TODOS LOS COLORES DE LA OSCURIDAD

CHRIS WHITAKER



Chris Whitaker

TODOS LOS COLORES DE LA OSCURIDAD

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino



Para Ten

El pirata y la guardiana de la colmena

1975

1

Desde el techo plano de la cocina Patch contemplaba a través de tupidos robles palustres y pinos blancos las imponentes montañas de Saint Francois, que sumían el pueblo de Monta Clare en sombras cualquiera que fuese la estación. A los trece años creía con todas sus fuerzas que más allá de la meseta de Ozark había oro. Que había un mundo mejor esperándolo.

Aunque unas horas después, cuando yaciera moribundo en el bosque, recordaría esa imagen congelada de la mañana y la estrujaría hasta que los colores se diluyeran, porque sabía que no podía haber sido tan bonita. Que nada era nunca tan bonito en su vida.

Volvió a su cuarto trepando por la ventana, se puso el tricornio y el chaleco, y se remetió los pantalones azul marino por dentro de los calcetines, abriendo las rodillas hasta que quedaron como unos bombachos. En el cinturón se enjaretó un puñal; era de metal cromado, pero daba bastante el pego.

Más tarde ese mismo día la policía repasaría los entresijos de su vida y descubriría que le gustaban los piratas porque había nacido con un solo ojo, y su madre había alentado todo ese cuento del sable y el parche porque a menudo para chavales así la fantasía ayudaba a soportar una realidad demasiado cruel.

En su dormitorio se fijarían en la bandera negra, colgada para tapar un agujero del tabique de yeso, en el armario sin puertas, en el ventilador, que no funcionaba, y en la radio Steepletone, que sí.

Examinarían el cofre antiguo que su madre había encontrado en un mercadillo de Saint Louis, los doblones de atrezo de una película, una réplica de una pistola de chispa con capacidad para un solo disparo. Meterían en una bolsa una traca de petardos y la *Playboy* de junio de 1965, como si fuesen pruebas de algo.

Y entonces verían los parches.

Patch los examinó detenidamente antes de escoger el morado con la estrella plateada. Se los hacía su madre y algunos picaban, pero el morado era suave como el satén. Dieciocho en total, sólo uno llevaba la calavera y los huesos cruzados. Decidió que quizá se lo pondría el día de su boda, si alguna vez se armaba de valor para hablar con Misty Meyer.

Se quitó el sombrero. Tenía un pelo rubio que se ponía casi blanco en verano y tirando a ceniza en invierno, y por mucho que se peinara siempre le quedaba un mechón en la coronilla tieso como una antena.

Su madre estaba sentada en la cocina. El turno de noche le mortificaba la piel.

—¿Estás captando señales con eso o qué? —dijo, e intentó alisarle el pelo con la palma de la mano—. Pásame el Crisco, anda, que te dome un poco ese remolino.

La esquivó y ella se echó a reír. A Patch le gustaba la risa de su madre.

El fin de semana anterior lo había llevado a Branson con ella a buscar trabajo. Ivy Macauley contaba los intentos fallidos como si aceptar un puesto fuera el mayor de los pecados. Patch le ponía al Fairlane la gasolina justa y su madre inundaba la cabina de la ranchera de entusiasmo, con su melena desfilada a lo Jane Fonda, apretándole la mano y diciéndole: «Esta vez sí.» Luego esperaba solo a que ella acabara la entrevista en ciudades que no conocía.

Le había preparado unos huevos, y Patch pensó en lo duro que era traer hijos al mundo, y en si a veces todos los pobres críos acababan siendo una ilusión frustrada.

—Hoy será el mejor día de mi vida —anunció.

Lo decía a menudo.

Porque no podía saber lo que se avecinaba.

2

Patch oyó al cartero y fue corriendo a la puerta por si era otro aviso de la escuela, pero ella le quitó el sobre y lo besó con los ojos cerrados.

—Tiene matasellos de Saint Louis.

Un mes antes la habían entrevistado en el jardín botánico mientras Patch sonreía a familias simétricas a la sombra de Tower Grove House.

Contuvo la respiración hasta ver que se quedaba cabizbaja.

La casa de alquiler en Monta Clare era una de esas viviendas temporales que ya empezaba a echar raíces; los cimientos iban enroscándose a los tobillos de su madre por mucho que se esforzara en cortarlos a machetazos con proclamas de liberación femenina o poniendo a Dylan a todo volumen para recordarse que los tiempos estaban cambiando.

—Aprendemos de cada revés de la vida —dijo Patch, y enrolló la carta. Echó un vistazo a los estantes vacíos de la nevera—. Black Bart Roberts asaltó cerca de quinientos barcos en su época, pero empezó después de que lo hicieran prisionero. Navegante legendario, sus captores se dieron cuenta de sus habilidades y le perdonaron la vida. Al cabo de poco lo nombraron capitán.

A veces su madre lo miraba como si fuera la suma de sus fracasos. Cada noche Patch levantaba unas mancuernas oxidadas hasta que sentía arder los brazos delgaduchos, fundiéndose la infancia.

Ivy se fijó en el moratón que su hijo tenía junto al pómulo mientras le quitaba el chaleco y le arreglaba los pantalones, y se lamió la palma de la mano para alisarle el pelo.

—¿Peleas, Joseph? Intenta recordar que eres lo único que tengo.

Hizo ademán de quitarle el parche del ojo, pero la sujetó de la muñeca y ella no insistió.

—Te compadezco. —Patch añadió una sonrisa.

A veces sacaba el álbum de debajo de la cama de su madre y trazaba el recorrido de su ascenso y su declive.

—Tienes que desayunar —le dijo ella cuando él apartó el plato.

—Nos dan algo en el colegio por si se nos olvida. —Mentía con

demasiada facilidad.

—¿Estás nervioso? Mi pequeño pirata... No más problemas a partir de ahora. Nada de robos ni peleas. Un nuevo colegio, un nuevo comienzo, ¿verdad?

—Dime un pirata que nunca se haya metido en ningún lío.

—Hablo en serio, Joseph. No quiero que vengan de la escuela dándome la lata cada dos por tres. Esa mujer que pasó por aquí me miraba como si yo ni siquiera fuese capaz de cuidarte. —Ivy le acarició la cara—. Prométemelo.

Podría haberle dicho que nunca era él quien buscaba jaleo.

—Prometido.

—¿Vas a ir con Saint?

Asintió con la cabeza.

Ivy se lo diría todo al personal de primeros auxilios, y luego al comisario Nix. Les contaría que no advirtió que hubiera nadie merodeando. Ni vio una furgoneta oscura. O nada más allá del lento despertar de Rosewood Avenue.

Y más tarde, cuando todo fue a peor, se preguntaría cuántas cosas de la vida de su hijo se había perdido.

3

Al otro lado de la calle, el señor Roberts empujaba su nueva máquina de cortar el césped. La casa de los Roberts se pintaba cada primavera, listones de madera blancos, alero azul marino. Esa noche, en lugar de *Hawaii 5-0*, los Roberts se sentarían en el porche a ver cómo la policía rastreaba la casa de los Macauley. La señora Roberts serviría un par de dedos de bourbon para calmar los nervios mientras el señor Roberts decía que era «sólo cuestión de tiempo que a ese chico le pasara algo malo».

Césped verde. Coches relucientes. Las banderas colgaban lánguidas e inmóviles. Vivían en una casa con un porte que quizá en otros

tiempos fue señorial, pero después de una generación de abandono había perdido lustre. Al ser la única de alquiler en la calle, Patch arrancaba las malas hierbas del jardín, quitaba la hojarasca de los canalones y encajaba a martillazos las tejas de pizarra después de cada tormenta como si no supiera que estaba acondicionándola para el futuro de otros. Silbaba enfrascado en la faena, saludando con la cabeza a los vecinos que pasaban. Sonriendo. Siempre.

A la mañana siguiente, la policía recorrería esa misma calle casa por casa, haciendo preguntas e intentando reconstruir los sucesos que enturbiarían el ambiente del pueblo durante años.

Las furgonetas de la prensa se apostarían delante de la pequeña comisaría y redoblarían la presión sobre el jefe de policía Nix, que se pondría delante de los focos y los flashes y leería a trompicones una declaración mal preparada. Ese día, Patch arrebataría la portada del *St. Louis Post-Dispatch* a Lynette Fromme y su intento de asesinar a Gerald Ford.

Encontró una vara y azotó el aire antes de convertirla en un arma de fuego y lanzar disparos de advertencia a la armada que se acercaba a babor.

—A los cañones, arpía del mar —dijo al cruzarse con la viuda de Anderson. La mujer no le hizo caso.

Al pie de Main Street buscó a Saint, su inconfundible peto azul roto a la altura de las rodillas, y la trenza que llevaba todos los días porque decía que así no se le metía el pelo en los ojos cuando trepaba al manzano de los Morrison e iba lanzando la fruta que cogía.

La esperó cinco minutos y luego se fue chutando una lata por Main Street.

Con su mejor acento vaquero, imitó al locutor Curt Gowdy:

—«Patch Macauley, el primer chico tuerto en anotar con una patada a setenta yardas.»

Delante de la cafetería de Lacey había un Thunderbird rojo cereza. Chuck Bradley y sus hermanos mayores estaban apoyados en el coche.

—Vikingos —murmuró Patch entre dientes. Intentó esquivarlos cuando Chuck lo vio y les pegó un codazo a los otros dos.

La policía tardaría dos días en dar con Chuck y sus hermanos, pero bastó media hora para que confirmaran su coartada.

Patch se escabulló por el callejón de atrás de las tiendas. Oyó pasos y al volverse los vio a los tres, así que reculó hasta quedar arrinconado.

—No hay escapatoria —dijo Chuck.

Era alto y mayor que él y bastante guapote. Sus hermanos, copias íntegras. Chuck salía con Misty Meyer, la célebre belleza de la que Patch seguía profundamente enamorado desde parvulario.

Se acercaron un poco más. Patch retrocedió hasta topar con el ladrillo frío, y fue entonces cuando notó que se le clavaba algo en la espalda.

Sacó el puñal del cinturón y blandió el mango.

—No te atreverás a usar eso —dijo Chuck, aunque Patch percibió la duda en su voz.

Patch habló sin apartar la vista de la hoja mientras le temblaban las rodillas.

—En noviembre de 1718, Robert Maynard capturó por fin al legendario Edward Teach. A quien conoceréis como Barbanegra.

Chuck miró a sus hermanos. Uno se rió.

—Maynard le asestó veinte puñaladas con un cuchillo igual que éste. Luego lo agarró del pelo y le cortó la cabeza.

—Tú no eres pirata. Eres un engendro tuerto.

—Maynard colgó la cabeza de Barbanegra del botalón de su barco para que los demás supieran que más les valía no meterse con él.

Blandió el puñal.

Y entonces caminó hacia ellos, con el corazón desbocado, hasta que retrocedieron lo justo. Apenas los pasó de largo, echó a correr.

Lanzaron amenazas.

No se detuvo hasta que los perdió de vista.

Los pinos se alzaban entre los rayos dorados y la sombra azulada, las hojas se apartaban a su paso mientras seguía los senderos que bordeaban el pueblo. Vio desde muy arriba las colinas de Loess batiendo el río Misuri, el aire cargado por el humo de las fábricas sobre las ciudades y las tierras de labranza atravesadas por silos plateados.

Había un Dodge hundido en la tierra, sin guardabarros ni ruedas, abandonado a su suerte para que los chavales hicieran puntería en el parabrisas.

Un folleto atrapado entre los vástagos del árbol del amor. Las flores fucsias envolvían a un Jimmy Carter sonriente, con la camisa arremangada como si estuviera cerca de la gente a la que pedía el voto.

El lago apareció a lo lejos. Un cartel descolorido advertía del peligro de las corrientes. En verano, los chavales saltaban desde rocas resbaladizas del color de la esmeralda. Un chico que se llamaba Colson había ido a nadar y nunca volvió, y se rumoreaba que vivía en el fondo, mirándoles las piernas a las chicas cuando pataleaban, aguardando el momento oportuno para estirar la mano y llevarse a una.

Patch cogió un guijarro plano y contó seis cabrillas mientras el agua trazaba ondas hacia los tallos del carrizo.

Hizo equilibrio por los raíles herrumbrosos del viejo ferrocarril de Monta Clare, con los brazos abiertos, sobre el acero rojizo y alabeado.

Vio a una tijereta rosada levantar el vuelo desde una rama.

El grito lo detuvo en seco.

Un chillido.

Abajo, en el fondo de un valle escarpado, vio esquirlas de una furgoneta azul marino, y la maleza era tan espesa que se acercó aún más. Tal vez fuera una ranchera trucada o una Ford.

Se agazapó en el suelo al ver a la chica.

Misty Meyer.

Por un momento pensó que había salido con un chico que se estaba propasando con ella. Misty iba a su clase de matemáticas, era de su edad, aunque aparentaba más con demasiada facilidad.

Entonces vio la espalda de un hombre, con la capucha puesta a pesar del calor.

Patch miró con desesperación alrededor buscando a alguien. Alguien que pudiera manejar la situación, que asumiera la responsabilidad, la apremiante carga de ver a una chica en apuros.

Otro grito.

Masculló una palabrota, y se llevó una mano al parche del ojo mientras su cabeza viajaba hasta Martin Lengua de Plata y el Salvaje Ned Lowe. La banda de los temerarios.

Se movió.

Misty gritó mientras Patch se deslizaba por la orilla.

Se agachó a coger una piedra, deseando haber llevado el tirachinas.

A menos de diez pasos, el hombre oyó algo y se dio la vuelta.

Un pasamontañas lo ocultaba todo salvo los ojos penetrantes.

Patch contuvo la respiración, lanzó la piedra y agarró al hombre por las rodillas para derribarlo.

—¡Corre! —gritó Patch.

Misty se quedó paralizada, con los músculos agarrotados por el miedo. Tenía la camisa rota, la bolsa en el suelo. Aturdida como si la hubieran arrastrado a una pesadilla.

El hombre rodó y se le echó a Patch encima.

—Corre —consiguió susurrar, con los pulmones vacíos. Notó una mano en la garganta y le suplicó a Misty con la mirada.

«Reacciona.»

Finalmente Misty vio a Patch.

Era alta, una estrella del atletismo. Sus miradas se encontraron, y entonces ella dio media vuelta, tomó impulso con los brazos y se alejó corriendo por el bosque.

El hombre se levantó e hizo ademán de seguirla, pero Patch se le echó encima.

Sacó el puñal por segunda vez aquella mañana. El hombre le agarró la muñeca y se la retorció.

El sol brilló en la hoja hasta que topó con el vientre de Patch.

Volvió a caer al suelo apretándose la herida y en el bosque a su

alrededor se hizo de noche, aunque no vio ni luna ni estrellas.

Al día siguiente un ejército de voluntarios recorrería el bosque buscando un parche morado con una estrella plateada.

El comisario Nix repasaría los antecedentes de todos los malhechores en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

Su madre acabaría derrumbada.

Saint, su mejor amiga, merodearía por las calles mucho después de que las esperanzas se consumieran, metiéndose en aprietos de otra magnitud.

Nadie podía sospechar aún la imprevisible tragedia que les deparaba la vida.

5

Ese mismo día, Saint se despertó al amanecer, bajó sigilosamente las escaleras y salió al porche trasero.

Siete calles más allá, Patch contemplaba ese mismo amanecer.

Se frotó los ojos mientras la bruma humeaba de la hierba como si debajo ardiera fuego.

Su rutina de la mañana, la misma cada día desde que llegaron.

Estaba a punto de entrar cuando lo oyó.

O no lo oyó.

Cruzó el jardín, andando descalza por la hierba mojada, y se detuvo a unos pasos de la colmena.

Saint se agachó y echó un vistazo dentro a las rezagadas.

Paseó la mirada a su alrededor, hacia el caserón, las casas vecinas, las copas de los árboles.

Con los ojos muy abiertos mientras trataba de comprenderlo.

Las abejas habían desaparecido.

Al entrar subió a toda velocidad la vieja escalera e irrumpió en el

dormitorio de su abuela.

—Alguien se ha llevado las abejas —dijo, sin aliento.

Norma se volvió de su sitio junto a la ventana.

—No llevas puestas las gafas. Puede que las abejas estén ahí, pero no las...

Saint salió corriendo de la habitación.

—Y lávate los dientes —añadió Norma.

Siguió por la escalera de caracol hasta su dormitorio en el desván. Cogió las gafas redondas de la mesilla de noche y vio que el mundo se volvía nítido a través de unas lentes tan gruesas que agrandaban sus ojos como en un asombro perpetuo.

Se puso un peto vaquero con las rodillas recién remendadas con parches.

Saint se restregó los dientes con pasta en el dedo índice porque había usado el cepillo para quitarle el barro a un fósil que Patch le había regalado y que luego resultó ser caca de perro seca.

Fuera encontró a su abuela de pie delante de la colmena desierta, oteando el cielo.

Norma carraspeó, con el pelo plateado bien corto, los antebrazos enjutos que insinuaban músculos de acero.

—Pero ¿por qué iban a...?

—Podrían ser hormigas. Aunque puse las trampas —dijo Saint, con un rastro de pánico en la voz.

—Entonces no puede ser.

—A ver, si no dejas de entrometerte se van, pero yo...

Norma suspiró.

—Te sientas aquí fuera con ellas cada día, a veces durante horas.

—Ya me conocen. Han pasado cuatro años.

—Podría ser una mofeta —dijo Norma.

Saint se enderezó.

—Una maldita mofeta. Voy a por el tirachinas.

—Leí sobre un criador en el condado de Wayne... Lo arrestaron por robar colmenas.

Saint se detuvo en seco y su naricita se frunció con rabia.

—¿Alguien me ha robado las abejas?

Empezó a pasear arriba y abajo, sin ver la cara de arrepentimiento de su abuela.

—Apuesto a que ha sido el señor Lewis. —Saint escupió el nombre.

—¿El clérigo? Es un anciano...

—Es un viejo diabético goloso...

—Esa lengua —advirtió Norma.

—Vino tres veces a probar la miel la última vez que monté el puesto. Se relamía esos dedos gordos decrépitos que tiene, y ni siquiera compró un tarro. Le pedí a Patch que pusiera un límite a las catas. Iré allí y...

—No irás allí.

—Pues se lo explicaré al comisario Nix. Que le ponga las esposas a ese viejo gordinflón...

—Basta.

Saint dio media vuelta y salió corriendo por la cancela.

Norma suspiró y movió la cabeza con desesperación.

6

Saint pasó más de una hora deambulando por el bosque, que se abría como una concha marina desde la parte posterior de la casa hacia las tierras de labranza de Tooms, deteniéndose de vez en cuando y rogando oír el zumbido sordo de sus abejas, con la esperanza de que simplemente se hubieran agrupado en la copa de un olmo mientras las exploradoras buscaban un nuevo hogar.

Cuando llegó a Main Street, la trenza se le había soltado un poco y empezaba a brotarle sudor encima del labio. Entró en la comisaría del pueblo dispuesta a exigir que detuvieran y decapitaran sin dilación al señor Lewis, cuando vio a Misty Meyer de pie ante un policía.

Joven, asustada y sin aliento.

Las rodillas llenas de arañazos.

Saint vio revolotear una pila de papeles mientras la chica caía como

si le hubieran quitado los huesos del cuerpo. El policía la sostuvo y la ayudó a sentarse en una silla.

—Respira —le dijo arrodillándose frente a ella.

—Él todavía está ahí —dijo Misty volviendo la vista hacia el resplandor de la calle, trémula, mirando a Saint sin verla.

Saint se fijó en la huella roja de su brazo. Una mano. Una mano grande. Una ligera hinchazón al lado del ojo, el cuello de la camisa roto.

—Ahora estás a salvo —la tranquilizó el policía—. Ahí fuera no hay nadie.

—No lo entiende —insistió ella, aún sin aliento—. Él me salvó.

—¿Quién te salvó?

Misty bebió un trago de agua, con los labios carnosos y sonrosados en contraste con su pelo, tan claro que rozaba el platino. Un halo para una chica que ya brillaba demasiado.

Saint podría haberse dado la vuelta, dejar lo de sus abejas para otro día, pero al oírla se le heló la sangre y se le erizó la piel, y fue como si supiera que a partir de entonces nada sería igual.

—Ese chaval, el pirata —respondió Misty.

Saint se acercó, guiada por el instinto. El instinto y aquella especie de temor frío.

—Le pegó, pero el hombre era muy corpulento —dijo Misty, con lágrimas en los ojos.

Saint sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Joseph Macauley?

Ambos se dieron la vuelta y la vieron. Saint estaba ahí, tan menuda, con las gafas balanceándose en una naricita salpicada de pecas. Sus clavículas destacaban orgullosas, su gruesa trenza sobre un hombro. Llevaba una sencilla cruz de oro colgada de una cadena fina. Su abuela le había regalado a Patch una a juego.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Saint.

El policía se agachó y sus músculos se marcaron a través de una camisa impoluta.

Saint sabía lo que era estar en shock, cómo se anulaba el pensamiento racional. Lo había aprendido el día que volvió del

colegio y encontró a su abuelo tirado en el suelo de la cocina mientras su abuela le bombeaba el pecho, con la cara seria como si estuviera batiendo una masa.

—Misty… —Saint intentó sonreír. El abuelo le había dicho que tenía una de esas sonrisas que iluminan las mañanas de enero, que recuerdan la primavera en lo más crudo del invierno en Misuri.

—¿Dónde ha ocurrido, Misty? —intentó el policía.

Misty no articuló ningún sonido cuando el policía cogió una chaqueta y la arropó para contener el temblor.

—Maldita sea, ¿dónde diablos está Patch? —preguntó Saint, mientras el policía se levantaba.

—En el claro. Junto al antiguo ferrocarril —dijo Misty.

Saint oyó que el policía prendía la radio, y entonces se lanzó a la carrera por Main Street hacia el bosque, atrayendo las miradas.

7

Los árboles se mecían cuando Saint separó las ramas de un sauce y aparecieron raíces que se alzaban como manos del suelo, suplicando precaución a cada paso.

Avanzó junto a los álamos trémulos, troncos blancos, delgados y fuertes con marcas oscuras. Una vieja señal de metal corroído por la herrumbre, las letras demasiado tenues. La arboleda se espesó. Olía a polvo y a Navidad. A veces, cuando llovía, Saint y Patch caminaban hasta la confluencia, cinco kilómetros más arriba, para echar barquitos de papel en los pliegues del agua.

Los árboles se iluminaron a medida que se suavizaba la colina, Saint pensando en su amigo, en que sonreía demasiado para ser un chaval con aquel panorama, a quien su madre le había hablado una vez de los piratas porque así su diferencia era algo más que una desgracia.

Sintió la respiración golpeándole los oídos.

Pasó rápidamente entre los árboles caídos que enmarcaban el claro. Levantó la cabeza, reconoció el terreno, pero hasta que llegó al pie del

valle no vio el lugar.

La camiseta.

La sangre.

8

Se corrió la voz por todo el pueblo. La pausada maquinaria de los comercios locales se detuvo hasta que Main Street quedó agonizando a medida que la gente se reunía en los márgenes del bosque. Los chavales llegaron pedaleando, con las mejillas coloradas al soltar las bicicletas todavía en marcha para unirse a la procesión, expectantes ante el temor de que un crío muerto ensombreciera el color de sus infancias.

Saint se quedó aparte y vio pasar al comisario Nix en el coche patrulla por delante de una fila de periodistas locales, ya replegados y contenidos por un cordón policial señalizado con cinta y conos de tráfico.

Salió del vehículo y se tapó el sol con el sombrero. Habitualmente su bigote enmarcaba una sonrisa. Observó a Saint mientras ella observaba a un hombre haciendo fotos de las huellas de los neumáticos, como si no estuvieran impresas en el barro endurecido, el tipo de pesadilla fosilizada a la que Saint rendiría homenaje en las semanas sucesivas.

Saint observó sus atractivos rasgos, y luego volvió a bajar la vista hacia el barro. Un dolor sordo le atravesó el estómago. Una opresión en los hombros huesudos que maduraría y le impediría dormir cada noche hasta que ya no se conociera a sí misma. Cada rincón de aquel bosque la enternecía con un sinfín de recuerdos, y luchó por contener las lágrimas. Patch y ella se hacían escopetas de palo y perseguían a bribones imaginarios. Ella se colgaba boca abajo de las ramas retorcidas del liquidámbar, advirtiéndole que no lo intentara porque con el ojo tuerto tenía el equilibrio fastidiado. Él intentaba ponerse de pie a la pata coja para demostrarle que estaba equivocada. Ella lo

ayudaba a levantarse.

Nix cruzó delante de ella, gritando a los demás policías:

—¡Todas las unidades. Cerrad el condado a cal y canto. Desde la ruta cuarenta y dos a la ochenta y seis, que nadie pueda entrar ni salir sin que le alumbren la cara con una linterna!

—Y la interestatal treinta y cinco —dijo Saint en un susurro que llegó hasta el corpulento jefe de policía, que se acercó a ella.

—¿Eres la nieta de la conductora del autobús?

Ella asintió.

—¿Eres amiga de este chaval?

Volvió a asentir.

—Ha sido muy valiente.

Saint podría haber gritado que no era ningún gallito. Les podría haber dicho que una vez en invierno se pasó toda la noche sentado en el terrado junto a la ventana de su cuarto cuando cayó enferma con gripe. Que Norma lo encontró de madrugada amoratado y lo entró en casa para que se descongelara. Que se pasó seis horas capturando pececillos de plata, escarabajos y hasta una polilla de luna porque a ella le preocupaba ver su hotel de insectos vacío. Que robaba sólo lo que necesitaba, y nunca lo que quería.

Los perros saltaron desde el maletero de un Taurus blanco.

El grito los impactó.

Un policía se mantenía firme, agarrando por la cintura con un brazo a Ivy Macauley, forcejeando para retenerla.

El comisario Nix le hizo un gesto al policía, que la soltó con alivio. Ivy caminó hacia ellos despacio, no perdió los nervios hasta que vio la camisa ensangrentada en la bolsa. Siempre iba arreglada, incluso cuando limpiaba por la noche, cuando fregaba el suelo de los baños salpicado de orina y birlaba el tabaco de los escritorios de caoba.

Ivy se encogió, arqueó la espalda y soltó uno de esos bramidos desgarradores que les heló la sangre a todos. Saint oiría el eco cuando se sentara en el patio aquella noche, tiritando a pesar del calor. Intentando por todos los medios no chillar cuando corrió la noticia por el pueblo.

Una vecina, Pattie Rayburn, había visto la furgoneta.

Giró a la derecha por la ruta treinta y cinco.

Patch desapareció.

9

Aquella primera noche no fue como ninguna que Saint hubiese vivido.

Se sentó en el porche con las piernas cruzadas, las plantas de los pies renegridas de tierra. Su abuela se erguía cada vez que veía pasar las luces bajas de un coche patrulla. Norma no le ofreció consuelo ni palabras huecas. Saint no conocía a una mujer más curtida a la que temer o imitar.

No olía el humo de las barbacoas ni vio los faroles de la iglesia ni el verdor de Monta Clare, tan precioso que se grababa en la memoria cuando te ibas. Patch pesaba sobre el pueblo como una nube de contaminación tan densa que las madres encerraron a sus hijos en casa y echaron el pestillo para que la noticia quedara fuera. Saint había sentido el paso de los minutos a medida que iban llegando policías de los municipios de Pecaut y Lenard Creek. El comisario Nix los envió armados con una fotografía en la que aparecía su amigo sonriente, con el parche puesto.

A las nueve, su abuela subió las escaleras y le dijo a Saint que no pasara la noche en vela porque seguro que el chico volvería pronto y sería mejor que repusiera energías para recibirlo.

A las diez, Saint se montó en la Spyder oxidada y pedaleó con ahínco hacia Main Street, saltándose el estricto toque de queda de su abuela.

La calle estaba animada por la gente del pueblo que se había reunido delante de la cafetería de Lacey. Aparcó la bicicleta delante de la funeraria Aldon y escuchó cómo hablaban de las llamadas que iban llegando de Jefferson City y Cedar Rapids, e incluso de una de las colonias de Amana. Más tarde esa misma noche clavaría alfileres en el mapa que tenía colgado encima de la estantería de sus libros.

«Por lo visto trincaron a un tipo en Pike Creek.»

«Eso he oído.»

«Tiene coartada, estaba doblando turno en la central nuclear de Roan Arnold.»

«Podría ser. El tornado destrozó una torre de refrigeración.»

Y cosas así.

Se abrió paso entre un grupo de curiosos hasta la ventana de la comisaría, y se tranquilizó un poco al ver el ajetreo que había dentro. El teléfono no paraba de sonar mientras los policías se reunían alrededor de distintos mapas y examinaban expedientes. Al fondo vio al comisario Nix pellizcarse el caballete de la nariz como si el despliegue fuera demasiado.

En los últimos ocho meses habían desaparecido en el estado de Misuri dos alumnas de secundaria y una joven que estudiaba en la universidad. Acudieron policías al instituto de Monta Clare a recordar a los alumnos que era importante estar alerta, y hablaban con los pulgares metidos en el cinto, rozando con los dedos el acero de sus Smith & Wesson modelo 39. Durante un tiempo el pueblo estuvo sumido en esa clase de miedo galopante por el que Saint no podía salir del patio de su casa después de que cayera el sol.

«Atraparán a ese demonio», había asegurado su abuela antes de dar una calada a un Marlboro, balanceándose en la mecedora.

—Vete a casa, chica. ¿No te has enterado de que un maleante anda suelto? —dijo un policía de Pecaut al pasar.

10

A las once volvió a bajar por la avenida. Enclavado en un valle, el pueblo de Monta Clare se alzaba y trepaba por la colina, las carreteras se abrían limpiamente por las laderas verdes.

Se dejó caer sin frenos y luego pedaleó con fuerza para llegar al pie de la cuesta y enfilar calles sinuosas salpicadas de campanillas azules de Virginia y flores de sangre y acantos. Qué derroche de color, maldita sea. Un halo de calidez emanaba de aquellos hogares

esplendorosos. Cuando el sendero se hizo demasiado abrupto, dejó la bicicleta entre unos matorrales y recorrió a pie los últimos doscientos metros.

«¿Dónde diablos estás, Patch?»

Tomó la empinada cuesta que llevaba a la finca de estuco y vidrio emplomado; tejados con aguilones de pizarra azul sobre un porche de piedra natural rematado con una madera recuperada tan nudosa que saltaba a la vista que había viajado para dar un toque de belleza al conjunto. Saint se dio la vuelta y vio el pueblo centelleando a lo lejos.

Nunca había visto la casa Meyer de cerca hasta entonces, pero la conocía. En el pueblo la conocía todo el mundo.

La puerta se abrió antes de que le diera tiempo a llamar. Un hombre llenaba el vano, y ella se fijó en sus ojos cansados, en las cerchas del pabellón a sus espaldas, en sus pies descalzos sobre el parqué de madera.

Saint se tragó nervios de distintas clases.

—Señor Meyer.

La miró con apatía, como si lo sucedido le hubiera arrebatado todo lo que creía saber sobre el pueblo y el lugar de su hija allí.

—Eres amiga de Misty —dijo, como si no supiera nada de la vida de su hija.

Detrás había una lámpara prendida y su sombra atravesaba el resplandor.

—¿Está...?

—Está durmiendo. No deberías andar sola tan tarde.

Saint intentó no ver todo lo que tenía la familia Meyer, sino lo mucho que podrían haber perdido.

Echó un vistazo hacia atrás y distinguió las copas de los pinos blancos orientales bajo las cuales Patch Macauley había salvado la vida de la hija del señor Meyer. Saint parpadeó para contener las lágrimas.

—Tengo que hablar con ella.

—Cuando duerma hablará con el comisario Nix. Su madre... —Tragó saliva—. Ahora vete a casa.

Saint sabía que algunos confundían el dinero con la clase, la rabia

con la fuerza.

Cuando cerró la puerta, ella sólo sintió el miedo de aquel hombre.

11

Aquella noche, sin poder pegar ojo, Saint se quedó mirando el mapa y marcó con un rotulador amarillo la ruta que había seguido la furgoneta. Tenía las estanterías repletas de libros; en las paredes no había ningún póster ni fotografías. No usaba maquillaje ni perfume, ni más vestuario que la ropa que se ponía para ir al colegio y la iglesia.

Al amanecer encontró a su abuela sentada a la mesa de roble, y sus ojos delataban que no había dormido a pesar de que esa mañana conduciría el autobús desde Monta Clare cruzando seis pueblos y hasta la fundición de Palmer Valley.

—¿Las abejas? —preguntó Saint, y su abuela negó con la cabeza.

Arriba se pasó una toalla mojada por la cara y las axilas, fijándose ya en los ojos enrojecidos y los mechones rebeldes que se le escapaban de la trenza. Tenía una pala torcida porque había perdido los aparatos mientras perseguía a Patch por el maizal en la vieja granja de los Hinton. Y después, cuando lo atrapó, se sentaron juntos, con los brazos rozándose. Recordaba la cara de Patch igual que si fuera la suya, el pelo revuelto, tan flaquito y mono, y cuando ponía aquella sonrisa…

«Dios mío, que vuelva a casa hoy.»

Su abuela preparó unos huevos que ninguna de las dos comió.

—Hoy la escuela está cerrada —dijo Norma. De las comisuras de sus ojos nacían unos surcos profundos como riachuelos forjados por las lágrimas calientes derramadas el día en que la madre de Saint murió.

—No iba a ir —dijo Saint, mirándola a través de las lentes como si esperara una reprimenda.

Nunca se había saltado un día de clase. Habría quien pensara que era porque Norma la trataba con mano dura, pero a veces Saint se daba cuenta de que la verdad era más prosaica. Le gustaba aprender.

—Lo encontrarán —dijo Norma—. Ya verás.

Después del desayuno, Saint fue al bosque.

El comisario Nix había lanzado tarde el aviso de que necesitaban hombres para hacer una batida en el bosque, una de esas expediciones donde el éxito y el fracaso eran lo mismo.

Monta Clare respondió a la llamada, y cerca de un centenar de personas apostadas en un hondo silencio escucharon al comisario Nix explicarles lo que en su mayoría sabían ya. Caminad en fila con la boca cerrada y los ojos abiertos.

El comisario Nix seleccionó sólo a los más capaces, y a Saint se le hizo un nudo en la garganta cuando la señaló con la cabeza.

Detrás de ella, una cincuentena de campesinos, jornaleros y adolescentes impávidos con acné trataban de aplacar su nerviosismo. Apartaban distraídamente los jejenes que se levantaban de la tierra a su paso, concentrados en la emoción de encontrar la ropa ensangrentada del chico.

12

Pasando junto a los espinos blancos en flor, Saint enfiló Rosewood Avenue. Había casas grandes y viejas, y la de los Macauley se reconocía enseguida porque Patch había tallado una calavera con los huesos cruzados en la cara del roble rojo que custodiaba el jardín.

Saint llevaba unas Nike desteñidas y no oía el zumbido de las segadoras. El señor Hawes había dejado la valla a medio pintar. La cuerda de saltar a la comba de las gemelas Atkinson estaba tirada en el jardín.

Ivy Macauley llevaba un vestido elegante bastante escotado, como si quisiera mostrar al mundo que era decente pero no tenía ropa adecuada para la ocasión.

Saint la siguió adentro por un pasillo con paneles de madera y papel imitación ladrillo y cortinas color arena sobre paredes brutalmente

recargadas. Ese tipo de desfases que clamaban a voces que era una vivienda amueblada de alquiler, tirando a barata.

Saint observaba el vaivén de las caderas de Ivy y a veces intentaba copiar sus andares.

—Maldita sea, Saint —dijo, y la chica se fundió con ella en un abrazo que olía ligeramente a humo y vodka y perfume.

Se oía el goteo constante de un grifo que perdía, como un metrónomo que aumentaba la tensión.

—He oído a Nix decir que vendrá un equipo a registrar la casa otra vez —dijo Saint.

—¿Registrarla para qué? ¿Crees que ha vuelto a robar?

Saint negó con la cabeza, aunque sabía que sólo hacía una semana que Patch había robado los gemelos de oro del maletín del doctor Tooms cuando estuvo de visita. Había ido con él en bicicleta a la casa de empeños de dos pueblos más allá para sacarles nueve dólares.

—Mírate, Saint. ¿Cuántos años tienes?

Saint se enderezó un poco.

—Trece.

Ivy esbozó una sonrisa triste y hermosa. Le tembló la mano al encender un cigarrillo. Saint se fijó en las caderas torneadas de Ivy, en la turgencia de su piel por encima de los codos. A veces se preguntaba si algún día también ella se convertiría en una mujer, si en su caso sería un cambio más repentino, porque a la mayoría de las chicas de su clase les salían las tetas como si las pidieran por encargo y Saint hubiese perdido la oportunidad. Acababa razonando que no serían más que un incordio para correr y trepar, y que le harían casi imposible arrastrarse debajo del porche de los Fullerton a buscar monedas.

—Hoy lo encontrarán —dijo Ivy aguantando el humo—. No es… A ver, todos sabemos lo que esos hombres hacen con las chicas. Aquellas dos estudiantes del condado de Lewis, y la universitaria —añadió sin tapujos, porque incluso Saint estaba al corriente—. La mayor parte de los hombres juegan a parecer decentes; al resto no se les da tan bien el juego.

Echó el humo hacia la ventana.

—¿Hay mucha gente hoy, en el bosque?

Saint asintió.

—Debería ser esa chica la desaparecida. Los Meyer tienen tanto… —Se contuvo, levantó una mano de disculpa a unos testigos que Saint no podía ver—. Misty… ¿está bien?

—Creo que sí.

—Hoy quería ir, pero Nix me ha dicho que no. Por si hay alguna llamada. ¿Quién coño va a llamar?

A Saint se le subieron un poco los colores cuando Ivy soltó la palabrota.

Ivy le dio la mano y la hizo sentarse en la silla de madera de la cocina para volver a hacerle la trenza con una pericia que Saint jamás podría igualar. Como si fuese una habilidad que sólo se transmitía de madres a hijas.

—Está vivo —dijo Ivy—. Si no, algo en mí lo sabría.

13

A las diez Saint observaba la partida de búsqueda apoyada en una camioneta.

—Está muerto.

Se volvió y vio a Chuck Bradley y a dos de sus amigos.

Oyó una risita, pero ésta no llegó muy lejos, como si fuera por inercia, como si incluso ellos supieran que no era el lugar.

—Mierda, esos periodistas en el pueblo hablando como si el chaval fuera un héroe.

—Es un ladronzuelo. Recuerdo cuando entró en el garaje de los Johnson. Robó un cortacésped.

—Pronto se cumplirán veinticuatro horas, ¿verdad? —dijo Chuck—. Todo el mundo sabe que pasado ese tiempo… el chaval está muerto.

Saint tragó saliva cuando Chuck se volvió hacia ella.

—¿Echas de menos a tu novio? Ve a llorarle a la marimacho de tu

abuela.

—Basta.

Saint miró al doctor Tooms, que mandó desfilar a los chicos. Llevaba una chaqueta deportiva y la más amable de las sonrisas.

—Doctor T —lo llamó.

Se dio la vuelta.

—Toda esa sangre...

—La sangre... a veces hace que las cosas parezcan peor de lo que son.

El comisario Nix se acercó, tocó suavemente el brazo del médico y lo hizo volver con los voluntarios. Luego se arrodilló para ponerse a la altura de Saint, que olió su colonia, y debajo el sudor.

—He preguntado por ahí. Sé que tú y él... sois íntimos. Casi como de la familia, ¿no?

—Tiene que encontrarlo y traerlo a casa ya —dijo.

—Ese hombre quería a la chica. Y en cambio se llevó a tu amigo. Por ahora lo vemos como una buena señal. No pierdas la fe.

Vio a Sammy, el borrachín propietario de Monta Clare Fine Art, elegante con una camisa blanca almidonada, chaleco de cinco botones y zapatillas de cordones. Sus ojos decían que tampoco había dormido, como todo el pueblo.

—¿Qué tal se encuentra la chica de los Meyer? —preguntó.

Nix estaba a punto de contestar cuando oyeron la llamada.

Se callaron al ver que una mujer levantaba la mano.

Nix intentó retener a Saint, pero la cría se escabulló y corrió hacia la mujer, y enseguida se detuvo en seco.

Nix se puso un guante y levantó la tira de tela hacia la luz.

Saint miró la estrella plateada sobre el fondo morado y casi se le escapó un grito.

Rastrearían aquel terreno durante tres días. A través de la espesura entre el cornejo, respirando la madreselva, el avellano de bruja y el saúco. La partida de búsqueda iría menguando, pero Saint se quedaría con ellos, rogando a los chavales de la zona que echaran una mano.

No dormiría más que unas pocas horas cada noche.

Estaría allí para ver morir cada segundo de su verano.

14

Saint había encontrado la colmena Langstroth el día que se mudaron al caserón de Pinehill Cemetery Road, enterrada bajo arbustos enanos, suculentas y bulbos. Cogió un hacha oxidada de la leñera y abrió un sendero, mientras su abuela andaba ocupada con los de la mudanza, un par de primos lejanos con un camión de alquiler que se escoraba en las curvas porque tenía la suspensión hecha polvo.

Se quedó mirando las cajas, la veta descolorida de los diez marcos, listones de madera de un par de centímetros, cada corte tan limpio que podía pasar la yema de los dedos por el borde. El verano estaba revuelto; en su recorrido habían atravesado una tormenta en Burlington antes de llegar al calor de Jefferson City, con las ventanas abiertas a una pared lisa de aire y la promesa de algo nuevo. La habían engatusado hablándole de un patio trasero con jardín, de que habría espacio para sus juguetes, de un barrio en el que podría quedarse en la calle al anochecer.

Había arrastrado a su abuela hasta el patio mientras sus primos, con el torso desnudo, subían el armazón de la cama a la buhardilla.

—Es una colmena —dijo Norma, se dio la vuelta y se marchó.

—¿Puedo...?

—No.

Saint tardó casi todo aquel primer año en Monta Clare en convencer a su abuela de que criar abejas era una buena idea. Sacó un libro de la biblioteca, hablaba de la miel cada mañana relamiéndose los labios, perseguía abejas por el jardín para convencer a Norma de que no le daban ningún miedo, e incluso logró contener las lágrimas cuando una obrera se encabritó y le plantó la cola en el lóbulo de la oreja.

—¿Ya estás contenta? —preguntó Norma, sujetando a Saint en equilibrio sobre la rodilla mientras le sacaba el aguijón con pinzas.

—Mucho —resopló Saint.

Se guardaba la paga y pedía ejemplares de *La abeja y la colmena*, aunque no llegaba a los cinco dólares anuales que costaba suscribirse al boletín anual de apicultura.

Saint venció las reservas de su abuela a fuerza de constancia: cada sábado por la mañana acompañaba a Norma en la ruta del autobús, sentada en el asiento de atrás y hablándole al oído para poder doblegarla con fascinantes datos del mundo de las abejas. Saint le explicó que uno de cada tres bocados de los alimentos que consumían dependía de los polinizadores. Que el abejorro tiene el cerebro del tamaño de una semilla de amapola. Que ya había plantado prímulas, budleias y caléndulas para fomentar la nectaración, una palabra que quizá ni siquiera existía, aunque Norma no la puso en duda.

Y entonces dio con la jugada maestra. La danza de la colmena. Tal vez era una forma de comunicarse o una celebración propia de las abejas, los científicos no acababan de ponerse de acuerdo, pero Saint se colocó en el pasillo del medio mientras Norma llegaba a lo alto de la cuesta de Parade Hill, se agachó un poco y empezó a menear el culo haciendo un zumbido con la boca.

—Dios santo —dijo Norma, que no era de las que blasfeman.

El fin de semana siguiente, bajo promesa de que sería el regalo de Navidad y de cumpleaños de Saint durante los próximos doscientos años, Norma llamó a un proveedor de Boonville e hicieron el pedido.

Se pasaron el verano en el jardín. Saint observaba atentamente cómo Norma alambraba el armazón, le daba los clavos de la cajetilla de puros antes de que los pidiera, le llevaba té helado cuando empezaba a sudar. Saint leía las escasas instrucciones mientras ella se encargaba de reparar, reforzando los cuadros, cambiando el saco de arpillera, maldiciendo el dichoso cazapolen.

—¿Cómo es que sabes hacer tantas cosas? —preguntó Saint, mientras su abuela alisaba un listón alabeado con una garlopa.

—Cuando tu abuelo vivía, ¿le hiciste esa misma pregunta alguna vez?

Saint negó con la cabeza.

Norma siguió a lo suyo.

Saint aguardó de pie en la entrada de la casa durante tres horas y soltó un chillido cuando vio acercarse la furgoneta blanca.

—¡Ya están aquí! —gritó mientras corría hacia la casa y arrastraba a su abuela de la mano.

La noche en que llegaron las abejas Norma no podía dormir, anduvo paseando por el jardín para ver cómo estaban, y Saint se despertó con el zumbido.

—¿Por qué no duermen? —dijo Norma.

Saint apareció en pantalones cortos y camiseta de tirantes en la oscuridad y se frotó los ojos.

—Están enfriando la colmena. Aletean todas a la vez y suena como un ventilador eléctrico.

—Pensaba que se estaban muriendo.

Saint le dio la mano mientras volvían hacia la casa.

—Me alegro de que te preocupes por las abejas, abuela.

—Veinte pavos. Quiero mi miel.

Norma tendió un pequeño toldo de tela sobre el árbol que había junto a la colmena, y Saint se sentaba allí a hacer los deberes de la escuela, observando a las obreras, y a veces cantaba «Be Thou My Vision» y «Abide with Me».

Saint no había hecho amigas a pesar de que sonreía, no levantaba demasiado la mano para contestar las preguntas de los profesores aunque supiera las respuestas e invitó a todas las niñas de su clase a que fuesen a ver la colmena; dedicó más de una hora a preparar cada tarjeta, decorando las abejas dibujadas a mano con cola de purpurina y bolitas de papel crepé.

Al manipular el escape de los zánganos las abejas le picaron más de veinte veces, pero siempre aparecía en la mesa del desayuno con hinchazones y una sonrisa.

Fue una buena cosecha. Las lluvias de agosto evitaron la sequía total, y en septiembre de 1973, mientras su abuela lloraba a Jim Croce, Saint recogió el último flujo del néctar. La miel quedó sellada en los panales, dos alzas a punto. Como no podía permitirse el gasto de un cepillo para desabejar, sacudió a las abejas para liberarlas mientras Norma vigilaba desde la ventana de la cocina, y a la mañana siguiente se acordó de soltar a las rezagadas del viejo cobertizo, que su abuela había arreglado para convertirlo en la caseta de la miel.

A principios del otoño, después de una serie de pruebas y errores, la angustia de la extracción y los apuros para filtrar, envasó el primer

lote. Guardaron un poco para ellas. Regaló algunos tarros a las niñas que habían dado muestras de un interés pasajero en sus productos y su posible amistad, y colocó el resto en una mesa plegable con un mantel de cuadros en el centro de Main Street.

Sammy, el borrachín, salió de la galería de arte y exigió que le enseñara el permiso para la venta ambulante, hasta que Norma lo amenazó con ir a buscar su Colt Python al garaje.

Saint sonreía a los curiosos y les ofrecía probar la miel en un biscote, y sin necesidad de hacer el baile de las abejas vendió cinco tarros.

—Reinvertiré lo que gane. A lo mejor me compro un tanque, una nueva cámara de cría y puede que incluso una tercera alza. Piensa en los beneficios. Dinerito fresco.

Norma frunció el ceño.

—Técnicamente has tenido unas pérdidas considerables.

El último día de las vacaciones de verano, mientras Saint estaba tumbada boca abajo en la suave hierba balanceando los pies en el aire, vio al chico de pie junto a la cancela, mirándola.

Lo conocía del colegio, era difícil que pasara desapercibido con aquel parche en el ojo. Llevaba vaqueros y una camiseta y, cuando bostezó desperezándose, Saint se fijó en que tenía un agujero debajo de cada brazo.

Saint se levantó y lo fulminó con la mirada, y estaba a punto de mandarlo a paseo cuando vio que llevaba en la mano una de las tarjetas que ella había hecho, con rayitas de purpurina que trazaban el vuelo de la abeja y punteada con bolitas de algodón, pero al acercarse se dio cuenta de que había tachado burdamente el nombre de la chica a la que iba destinada para poner el suyo.

—He venido por la miel —dijo, y husmeó a las espaldas de la niña como si estuviera buscando un tarro para él.

—Ah.

—Recibí esta invitación, que creo que vale para una muestra gratis, y quizá una visita a las instalaciones.

Era un imbécil, estaba claro.

Se fijó en la colmena y soltó un largo silbido.

—Manuka, ¿no?

—Sólo se hace miel de manuka en Australia y Nueva Zelanda.

Cerró el ojo solitario y asintió, como si la estuviera poniendo a prueba.

Tenía unos brazos con más hueso que carne, y el pelo largo. Olía ligeramente a barro y a caramelo, y se le veían rasguños en los nudillos, como si lo hubieran arrancado de una pelea. En una correa de cuero que le daba dos vueltas a la cintura llevaba enjaretado un sable de madera.

Podría haberle dicho que se fuera, pero entonces él sonrió. Y era la primera vez que un niño le sonreía desde que había llegado a Monta Clare. Y era una sonrisa bonita. Con hoyuelos. Dientes bien puestos.

—He oído que es la mejor miel de este lado de...

—Tardé seis meses en preparar la colmena —dijo ella.

Aunque saltaba a la vista que estaba tarado, era el primer chico que mostraba interés de verdad, así que lo cogió de la mano y tiró de él hasta las arnas, y aprovechó el momento para lucirse, deslumbrándolo con curiosidades sobre las abejas que él se apresuraba a decir que ya sabía. A veces metía baza para soltar algún disparate.

—¿Y son abejas puras? —preguntó.

Saint hizo como si no lo oyera.

Cuando llegaron a la caseta de la miel, se le abrieron los ojos como platos al ver las estanterías. Dos docenas de tarros, algunos resplandecientes con destellos dorados.

Le pasó uno y le dijo que esperara mientras iba a la cocina a por una cuchara, biscotes, un montón de servilletas y su delantal. Al volver Saint lo encontró sentado bajo una enramada de flores de sangre, con el tarro medio vacío y la mano pringada de miel.

Fue hacia allí con paso decidido y, poniendo los brazos en jarras sobre sus estrechas caderas, lo fulminó con la mirada. Él la miró con un churrete de miel en la barbilla.

—¿Sabes qué? Hubiera dicho que esto era lo más dulce que he visto en mi vida... y entonces te he visto a ti, Becky.

—¿Quién demonios es Becky?

El chaval se rascó la cabeza, dejándose un pegote de miel en el nacimiento del pelo. Luego buscó la invitación.

—Becky Thomas es la chica a la que iba dirigida la tarjeta —dijo ella.

—Bueno... entonces ¿quién ha puesto mi nombre? Tal vez sea cosa del destino. Cupido ha apuntado con su arco.

Patch hizo una O con el índice y el pulgar de la mano izquierda, antes de penetrarla con el índice de la derecha.

—¿Qué significa eso? —preguntó Saint.

—Veo que los mayores lo hacen. Creo que es la flecha de Cupido clavada en mi corazón.

Saint miró al cielo con exasperación.

—Esta miel podría untarse en el pollo. O en las costillas de cerdo, igual —sugirió Patch—. Deberíamos hacer negocios juntos. Vender miel a granel. Primero a escala regional, luego nacional. Tal vez en Latinoamérica. Es tremendamente adictiva. —Se lamió toda la mano, como un gato acicalándose.

Ambos levantaron la vista cuando quedaron bajo la imponente sombra de Norma.

—La conductora del autobús —dijo Patch, y le ofreció una mano pegajosa.

Norma escrutó a Saint en busca de una explicación. Saint se encogió de hombros.

—Parece que lo manda Cupido.

Patch volvió a hacer una O con el índice y el pulgar de la mano izquierda y la penetró con el índice de la derecha.

—Lárgate de mi propiedad —le ordenó Norma.

15

Cuatro días y ya era una sombra de sí misma.

Dormía poco y mal, apenas probaba bocado, recorría el bosque de

sol a sol, se presentaba en la comisaría y se sentaba en la silla de madera como si necesitaran que se lo recordara. Hacía tiempo que los policías se habían cansado de decirle que se marchara.

La semana se había zanjado con aparentes progresos, en la fiebre de patrones, pistas y expedientes de incidencias escolares entre jóvenes desaparecidos.

—Vaya con el chaval —murmuró el agente Cortez al repasar deslices y travesuras como si fueran la antesala a problemas más serios. Por la camisa entreabierta asomaba su pecho bronceado, tenía unas patillas tupidas como gotas de alquitrán.

—Esa manía con los piratas —comentó el agente Harkness.

—¿Por eso roba?

—No, roba porque no tienen nada de nada. Has visto la casa donde viven.

—El chico llevaba un puñal y lo sacó cuando lo acorralaron entre varios. Menudas agallas.

—Le sirvieron de mucho.

Cortez se rió.

Saint se preguntaba cómo podían reírse, cómo podían tomar café con pastas y hablar de fútbol.

Mencionaron un perfil psicológico y oyó el nombre de John Stokes y un poco de su historial. Sabía que esos hombres existían, a cierta edad todos los críos lo sabían.

—La madre ni siquiera pudo encontrar su certificado de nacimiento. Te da que pensar. Aun así, vaya culo tiene —comentó Cortez.

El viernes Saint había ido a ver a Daisy Creason, de *The Tribune*, y agradeció que Daisy no la echara entre burlas de la abarrotada oficina en la que trabajaba, encima de Seguros Monta Clare, sino que la escuchara pacientemente, para conocer mejor al joven pirata que había salvado a la chica más rica de la ciudad. Saint se pasó dos horas allí y soltó todo lo que llevaba dentro.

—Así que al chico le gusta la miel —dijo Daisy al terminar.

Saint se fue con la promesa de que Daisy no abandonaría la historia.

—¿Y si se ofreciera una recompensa? —sugirió la niña.

Saint se fue con otra promesa. Si podía recaudar el dinero entre la

gente del pueblo, Daisy sacaría la noticia en primera página, imprimiría los carteles y mandaría avisos a los municipios vecinos.

Nada de eso alivió aquel dolor sordo que le corría por las venas con el pálpito de que ya hacía demasiado tiempo.

Cuatro días era demasiado.

16

Se vistió con un mono azul marino y una blusa blanca debajo y, al bajar las escaleras, encontró a su abuela en la mesa leyendo *The Tribune*.

—Te veo muy delgada —dijo Norma.

Saint se miró las caderas huesudas.

—Estoy bien.

—Tienes tierra en las uñas.

—Como siempre.

—Ponte las sandalias de cuña. Vamos a misa.

Bajo la piedra ocre Saint se quedó de pie en el diluvio de color de los vitrales sacros, y no cantó con los demás ni escuchó al viejo sacerdote cuando predicaba que su Dios no era vengativo. Saint contuvo el impulso de preguntar por qué diablos no clamaba venganza.

Mientras coreaban la necesidad de prestar apoyo cuando falla el auxilio y desaparece el consuelo, se hizo un silencio cruel para Ivy Macauley, que se deslizó con sigilo al fondo y se sentó sola. Llevaba un vestidito trapecio de pana, abotonado hasta arriba, y el pelo oscuro recogido hacia atrás, ocultando la traición de sus ojos sólo porque rehuía todas las miradas.

Jimmy Walters, un chico de la clase de Saint, llevaba un incensario con una cadena, pero ella no vio el humo, sólo la sonrisa que le dirigía. No le hizo caso y su abuela la regañó por el desaire.

—Te ha sonreído.

—Probablemente le haya afectado el cerebro tanto inhalar incienso. Ni siquiera se da cuenta de que está sonriendo.

Norma suspiró.

—Está bien tener más de un amigo.

—No necesito más de un amigo.

El sacerdote los guió en una oración por el niño desaparecido. Y ahí Saint se arrodilló sobre el frío suelo y juntó las manos con tanta fuerza que los huesos crujieron en señal de súplica. No había sentido la necesidad de pedirle mucho a Dios en su corta vida, pero se ofreció plenamente, hizo promesas que no comprendía aún, con tal de que su amigo regresara sano y salvo.

Al final se abrió paso entre una multitud dispersa de gente que había acudido para la ocasión.

Misty Meyer llevaba un pulcro vestido azul marino, zapatos planos y nada de maquillaje. Tenía unos labios llenos y una bonita melena.

Se sentaron juntas en el murete de piedra seca.

—Eres amiga del pirata —dijo Misty.

Saint asintió con un estremecimiento de orgullo por que Misty lo supiera.

—Todos los inviernos la gente presume de lo bonito que está Monta Clare. Parece un crimen más grande, ¿verdad? Porque ocurrió aquí. Es como si nadie estuviera preparado para que nos acechara esa realidad de fuera —dijo Misty.

Saint se preguntaba cómo Misty podía ser tan equilibrada, tan íntegra a esa edad en la que debería ser un cúmulo de piezas mal encajadas y contradicciones.

—La policía no puede encontrarlo. —Los ojos de Misty eran de un azul cálido y le decían todo lo que pensaba antes de que llegara a sus labios—. Mis padres no quieren hablar de él… del chico pirata. Ni del hombre. No quieren hablar de lo que podría haberme hecho.

—¿Quieres hablar de eso?

—Si hubiera ido directa al colegio… en lugar de atajar por el bosque. ¿Crees que lo habría intentado en plena calle? No dejo de observar a todo el mundo con desconfianza. No consigo recordar su

cara. Cuando me siento con el comisario Nix, que es tan paciente, y quiero contárselo, pero... aquel tipo llevaba una máscara. Y, bueno, estoy acostumbrada a no hacerles caso a los chicos.

Saint estaba en la comisaría cuando llegaron los Meyer y, a través de la ventana, los había visto pasar las páginas, esperando un gesto de confirmación, la llamada para ir a algún sitio, probablemente al norte del estado, tal vez junto al peaje, donde había una docena de cabañas de cazadores. La mayoría de la gente sabía que probablemente hubiera un centenar más que no figuraban en ningún tipo de mapa, construidas sin más en las tierras alimentadas por el remanso. El rumor grave de un generador enterrado bajo el dosel de la naturaleza. Lo encontrarían muerto. Por supuesto. Y atraparían al tipo, pero sería en vano.

—Mi abuela dice que algunas personas nacen para que los demás trabajen con más ahínco —afirmó Saint.

—¿La marimacho que conduce el autobús?

—No es ninguna marimacho.

—Tiene el pelo corto y fuma puros.

Saint se encogió de hombros.

—En realidad casi no se los fuma. Sólo los huele.

—Que tenga cuidado. Cáncer de hocico.

—¿Cómo?

—Mi abuelo fumaba treinta Pall Malls al día y a su perro le salió un cáncer en el hocico por oler el humo.

Saint no supo qué decir.

—Tu abuela no es un sabueso —añadió Misty.

Saint tampoco supo qué decir.

—¿Por qué atajaste por el bosque aquella mañana, Misty?

Misty la miró, estudiándola tan sutilmente que Saint supo que sólo podría decepcionarla.

—No me preparé para el examen de matemáticas.

—Te van bien todos los exámenes, Misty. La gente cree que eres tonta porque te haces la tonta con los chicos, pero tú...

—Es una mentira absurda —dijo Misty.

Se quedaron mirando a unos hombres de traje con el pelo largo en

la nuca, pantalones un poco acampanados y botas de tacón, la tripa abultada sobre el cinturón.

Saint arrancó un geranio de entre la hierba alta, deshojó los pétalos y esperó. Cuando reunió fuerzas, se le aceleró la respiración.

—Vi a alguien. Quería ayudarle.

—¿A quién viste, Misty?

Misty apartó por fin los ojos de la piedra y miró a Saint.

—Vi al doctor Tooms.

17

—Esto se tiene que acabar, chica —dijo Nix desde el otro lado de la mesa.

El cansancio la arrastró hasta el rincón oscuro de la conciencia que le decía que los engranajes iban ralentizándose, volvía la rutina y una resignación muda empezaba a calar.

No había fotos en el escritorio, ni esposa ni hijos, ni apretones de manos con tipos adinerados y compañeros de golf. A pesar de la dedicación total, el comisario no podía encontrar al amigo de Saint.

Se quitó la tierra de las uñas, se atusó la trenza y se colocó las gafas en una nariz demasiado pequeña para soportar tanto peso. Sabía que cuando él la miraba, cuando la miraba la mayoría de la gente, veían a una pobre chica. No pobre como Patch, porque su abuela era la conductora del autobús y vivían en una casa decente de propiedad porque su abuelo tenía un seguro, sino pobre en un sentido mucho más complejo. Una pobre chica sin sentido del estilo ni de la feminidad, sin posibilidades de encontrar a un chico o después a un hombre. Una chica que buscaba en los libros respuestas a preguntas que nadie le plantearía. Preguntas que no tenían nada que ver con la moda ni con la repostería ni con la maldita vida doméstica.

—¿Aquella mañana el doctor T estaba ahí, en el bosque, justo donde ocurrió? —preguntó Saint.

Nix miró hacia la puerta de cristal que ella tenía detrás, como si

intentara llamar la atención para que alguien acudiera a salvarle.

—Estaba justo ahí, Saint.

Era demasiado pequeña, con los pies embutidos en unos zapatos de cuña que un año antes le iban bien, los brazos llenos de rasguños y cortes en cada codo. Sabía que las chicas como Misty ya se ponían colorete y se pintaban los labios y se depilaban las cejas.

—Pero ¿por qué estaba allí?

—Buscaba a su perro. El chucho se había escapado. Tu amiga Misty le estaba ayudando.

Saint metió las manos en los bolsillos, enrolló restos de pañuelos de papel y pelusas con las yemas de los dedos mirando fijamente al corpulento comisario.

—No tiene perro.

—¿Cómo?

—La casa de mi abuela linda con la parte de atrás de la granja de Tooms. En invierno, cuando los árboles pierden la hoja, alcanzo a ver los kilómetros que hay hasta la casa. Patch y yo solíamos ir corriendo hasta la granja. Nunca he visto un perro por allí, comisario Nix. Nunca.

Nix estaba a punto de responder cuando sonó el teléfono.

Saint vio que se quedaba lívido.

Esa tarde la noticia se propagaría por todo Monta Clare.

Otra chica había desaparecido.

18

Se llamaba Callie Montrose.

Vivía en un pueblo a poco más de cien kilómetros de Monta Clare y no había vuelto a casa después de clase.

Cuando Norma se enteró, fue a buscar el Colt donde lo guardaba en el garaje, comprobó que estaba cargado y durmió con el revólver en el cajón de la mesilla de noche.

Aquella noche Saint cogió su mochila y metió dentro una linterna

de bolsillo, un tirachinas, una caja de cerillas y una navaja tan oxidada que la bisagra se enganchaba.

Bajó por calles dormidas y, al llegar a la casa de los Macauley, se coló por la puerta de la cocina y encontró a Ivy amodorrada en el sofá. Saint la tapó, advirtiendo la botella vacía, y subió las escaleras con sigilo. Cuando estuvo en el dormitorio de Patch sacó la pistola de su lata de galletas abollada y contempló unos instantes la cama vacía.

—Te traeré a casa —dijo en voz baja—. Lo juro.

Era una pistola pesada, pero el recuerdo pesaba más en su corazón.

—¿Qué te han regalado por tu cumpleaños? —le preguntó Patch.

—La Spyder —dijo, y señaló la bicicleta esmaltada con freno de tambor y sillín de plátano acolchado—. Tiene una cesta para mis cosas.

Por el momento sus cosas eran libros, una guirnalda de margaritas y un mineral que más tarde llevaría a la biblioteca de Panora, donde ojearía la sección de geología y descubriría que no era una esmeralda.

Patch dejó escapar uno de sus silbidos. Llevaba un chaleco azul marino de húsar cruzado con filigranas doradas y botones de perlas, y era evidente que esperaba que le devolviera la pregunta.

Ella aguardó sin prisa hasta que se rindió.

—El chaleco. A mí me han regalado el chaleco, Saint.

—Todavía no es tu cumpleaños.

—Lo encontré escondido en el armario de mi madre. ¿Cómo iba a esperar con algo así?

Saint vio que estaba hecho con una vieja camisa de vestir; su madre era una costurera bastante mañosa.

—Es una preciosidad, Patch. De verdad.

A veces le daba vértigo tener a alguien a quien llamar «amigo». Al principio era consciente de que al chaval sólo le interesaba la miel, pero entonces él le propuso que corrieran juntos por el laberinto de maíz, y aquel principio de amistad fraguó. Procuraba no aturullarlo con demasiadas explicaciones que a los demás niños les parecían de sabihonda. Se mordía la lengua cuando él hablaba de piratas, porque había leído tres

libros sobre el tema para entender mejor a los de su gremio y se daba cuenta de que las fuentes de Patch hacían aguas por todas partes. No lo corregía al hablar, ni la gramática, ni se inmutaba cuando maldecía, lo que hacía a menudo y Saint intentaría emular, para incesante asombro de su abuela. Contuvo el impulso de invitarlo a cenar cuando se enteró de que su madre trabajaba con turnos que apenas le dejaban tiempo para ocuparse de él. Patch le parecía una criatura exótica a la que prefería no intentar asir demasiado fuerte por miedo a que se asustara.

—Creo que es el mismo tipo de chaleco que llevaba Henry Every cuando masacró los navíos mogoles —dijo Patch, y se sacó del bolsillo un catalejo oxidado con el que apuntó hacia el bosque cubierto de escarcha.

Saint apartó una ramita y metió baza con valentía.

—He leído que su tripulación también violaba a las esclavas.

Patch frunció el ceño, se miró el chaleco y volvió a fruncirlo.

—Entonces… ¿tengo pinta de violador?

Uf.

—Ni mucho menos, si acaso pareces justo lo contrario… como que violar es lo último que se te pasaría por la cabeza.

Frunció el ceño una vez más.

Qué difícil era dominar el arte de la amistad…

La suya brotó desde que él se presentó en su casa con una cuchara robada y un biscote, floreció mientras se sentaba a su lado cada día en el almuerzo, mirando de reojo su fiambrera para ver si llevaba miel. Y ahora sabía varios hechos relevantes sobre él.

Su madre trabajaba de noche y bebía vino, y a veces esa combinación hacía que cayera rendida en cualquier sitio.

Patch creía que con un solo ojo veía mejor que ella con dos, y que era capaz de leer letra impresa a cien metros. Una teoría que habían puesto a prueba con su ejemplar de Playboy *en el patio de detrás de su casa.*

—Ursula Andress. Nacida el 10 de marzo de 1936. Honey Ryder, la chica Bond —dijo escudriñando la página de lejos.

—Tienes buena vista para lo que quieres —señaló Saint, aunque maravillada por sus habilidades.

Era a la vez valiente y estúpido, con una temeridad que a ella le costaba entender, como si no supiera nada de riesgos ni consecuencias. La segunda

vez que salieron de excursión, Saint le había confesado que aspiraba a tener una segunda colmena para agrandar su imperio. Esa misma noche Patch intentó robar una colonia de la finca de los Melton. Fue tal la carnicería que faltó tres días a la escuela.

—Supongo que entonces yo también te puedo dar el regalo antes —dijo, y entró corriendo en casa mientras él se quedaba en el patio.

Hizo que cerrara el ojo para entregarle la réplica de una pistola de chispa.

Y cuando la vio se quedó boquiabierto. Miró a Saint, luego miró la pistola, luego a ella otra vez.

—¿Cómo…?

—La encontré de chiripa.

No quiso decirle que la chiripa venía de rastrear por el mercadillo, las tiendas de lance y las casas de empeño a lo largo de la ruta que seguía el autobús de su abuela y más allá. De vaciar la hucha y, como no le llegaba el dinero, convencer a Norma para que le hiciera un préstamo a cambio de que Saint cortara el césped y arrancara las malas hierbas del jardín durante los próximos setenta años.

Y de pronto la abrazó.

Sin previo aviso.

—Pues espera a ver lo que tengo para ti —dijo.

Esperó, y una semana después iba de lo más emocionada con el broche de mariposa que Patch le había regalado, hasta que en el tablón de la iglesia vio el encarecido ruego que la señorita Worth había puesto para recuperarlo.

19

De nuevo en el jardín Saint observó la colmena vacía y, a través de profundos vados de luz de luna, caminó siguiendo la linde de su parcela, los árboles como guardianes que flaqueaban sólo en un único punto que había encontrado con Patch aquella misma noche de hacía dos años.

Lo seguía de cerca mientras él abría un camino con un sable de madera.

—Grabé nuestras iniciales en el roble del cementerio —dijo Patch.

—Vandalizando la naturaleza por mí, se me acelera el corazón —dijo ella mordiéndose el labio para no sonreír.

—Me gusta pensar que, cuando ya no estemos, seguirá ahí. Perdurará.

—¿Quieres venir esta noche a mi cena de cumpleaños? —preguntó Saint, y no se atrevió a respirar durante un buen rato.

Patch se detuvo en seco, se arrodilló y revolvió la hojarasca con una mano pálida.

—Caca de lobo.

Ella arrugó la nariz y tomó nota mental de rociar a Patch con Lysol a la vuelta.

—Prepara la pistola —anunció.

Saint sacó de la mochila la réplica de la pistola de chispa y la amartilló, encantada de que le concediera semejante recompensa.

—¿Dispara? —preguntó.

—No hace falta. Te apuntan con ese cañón y vacías los bolsillos y confiesas todos tus secretos. O sales corriendo. Si ves uno, es mejor apuntarle al ojo —dijo.

—Qué salvajada. Y más viniendo de ti.

Siguieron adelante.

Saint carraspeó.

—¿Vas a venir a la cena de cumpleaños o no? Porque tengo a un montón de chicos a los que les gustaría...

—¿Habrá tarta? —dijo él, sin volverse para mirarla por encima del hombro.

Ella siguió su silueta con la mirada, los hombros huesudos que le bajaban en una uve hasta la cintura. Los pantalones le llegaban justo por encima del tobillo. Atufaba a colonia, una que ella no conocía, una que él había encontrado en una caja con las cosas de su padre y que tal vez hubiera sido mejor enterrar con él, aunque sólo fuera para ahuyentar a los carroñeros.

—¿Cómo va a ser una fiesta si no hay tarta?

—Sí, pero ¿qué clase de tarta?

—Bueno... tiene una calavera y unos huesos cruzados... es la única que

quedaba en la tienda.

Se le subieron un poco los colores por la mentira. Saint se había pasado casi una semana leyendo el Anuario Wilton de decoración de tartas*, le había pedido a su abuela que llevara chocolatinas de menta, tiras de regaliz y dos paquetes de ganache de chocolate para poder hacer el barco.*

Patch se dio la vuelta despacio, con una sonrisa tan grande que a Saint le pareció imposible resistirse.

—¿Tienes un pastel pirata?

—En efecto.

—Ahí estaré. Y llevaré un pequeño obsequio. Un caballero corsario no se presenta con las manos vacías.

Aquella misma tarde, al anochecer, aparecería con media botella de licor de albaricoque y ceremoniosamente se lo serviría a su abuela como si fuese vino, y ésta no podría hacer otra cosa que negar con la cabeza ante todo aquel lamentable asunto.

Se toparon con unas ortigas tan densas que tenían los brazos llenos de arañazos cuando por fin llegaron a la tierra de Tooms, llena de badenes y hoyos indómitos.

A lo lejos se veía una casa solitaria, coronada por un cielo cada vez más oscuro que de pronto se abrió y descargó la lluvia sobre la tierra.

Saint hizo ademán de ir a refugiarse en la arboleda, pero Patch se sentó sobre unas esteras de hierba y se tendió boca arriba.

—Cuando el cielo se abre tienes más posibilidades de ver el paraíso —dijo.

Ella se tumbó a su lado.

Con las cabezas muy juntas, sus pies señalaban el norte y el sur de una brújula.

—¿Cambiará algo ahora que soy un año mayor? —preguntó Saint.

—A lo mejor te salen por fin las tetas.

Ella asintió con la cabeza.

—No es que te hagan falta ni nada.

—¿Cómo?

—Eres inteligente, ¿no? Ya sabes que eres inteligente. Pero también, con según qué luz, te pareces un poco a Evelyn Cromer. Fue la pirata más

guapa que ha surcado los mares. Y por supuesto se recogía el pelo en una trenza, y mató a…

—¿Crees que soy guapa?

Patch asintió.

—Desde luego que sí.

La lluvia fue amainando, y Saint volvió la cara hacia otro lado y sonrió, pasándose la lengua por el diente torcido de delante y preguntándose si algún día se enderezaría solo.

—¿Por qué te llamas Saint?

Se le entrecortó un poco la voz.

—Fue el nombre que me pusieron mis abuelos.

—Porque tu madre murió antes de que le diera tiempo a elegir uno.

Ella asintió.

—Pero ese nombre…

—Me dijeron que yo era pura bondad, Patch. ¿Te lo puedes creer?

Él volvió la cabeza para mirarla.

—Claro que puedo. Desde luego que sí.

20

Saint se desprendió del recuerdo al volverse y mirar hacia el caserón una última vez. Tan sólo el tenue resplandor púrpura de su lámpara de lava en el desván impidió que lo ahogara por completo.

Encontró el claro y avanzó a través de campos áridos, por un sendero batido durante los gélidos inviernos en sus idas y venidas.

Un margen oscuro marcaba el comienzo de la reserva natural de Thurley.

La casa era señorial y antigua, como la mayoría en Monta Clare.

Saint conocía al doctor T, igual que todo el mundo en el pueblo, porque cuando tenía anginas era quien le miraba la garganta con aquellos ojos compasivos. Era el médico que iba al colegio a hablarles a las chicas sobre la menstruación, sobre las hormonas y los cambios del cuerpo.

Recorrió hileras de melocotoneros, ciruelos, manzanos y cerezos. Y en la oscuridad aspiró el aroma de la madreselva.

Saint oyó un grito salvaje y desenfundó el tirachinas, con las manos temblorosas, mientras pensaba en dar media vuelta, meterse en la cama y taparse con la sábana hasta las orejas.

Llamó a la puerta y, mientras esperaba, se obligó a calmarse. Había cogido prestado de la biblioteca el *Manual de la investigación policial de Peterson Davies*, que le aconsejaba actuar con astucia, eludir la historia que él había contado y tal vez hallar la manera de entrar en su casa para poder buscar a su amigo.

En la ventana del costado ahuecó las manos y se acercó al cristal para echar una ojeada, pero no vio nada más que el reflejo de sus propios ojos asustados.

Saint aporreó la puerta con más fuerza, retrocedió y se quedó mirando unas ventanas de guillotina tan oscuras que no podía imaginar que un lugar así fuese un hogar.

En el porche trasero subió los escalones e iluminó con la linterna el travesaño y los postes desvaídos, y una cocina de roble a través de la puerta acristalada. Alumbró las encimeras oscuras. Vio una cómoda abierta con macetas y hierbas aromáticas, y sobre el tablero lustroso un cenicero con un puro apagado en equilibrio en el borde.

En el suelo de baldosas no alcanzó a ver un cuenco de comida ni una cama para el perro, ni una correa colgada en los percheros de bronce en forma de liebre que había en la entrada.

Sacudió la puerta y, al ver que estaba cerrada con llave, le dio una patada y soltó una palabrota. Probó con las ventanas, y a pesar de que tenían un solo vidrio fino y los marcos daban un poco de juego, no consiguió forzarlas.

—¡Patch! —llamó, aunque no creía que él pudiera oírla o contestar, y tal vez ni siquiera creía que fuese a estar allí encerrado, sólo que el médico había mentido y nadie le había pedido explicaciones.

Volvió a alumbrar hacia los campos y con el corazón encogido ante un nuevo fracaso emprendió poco a poco el camino de regreso a casa.

Y entonces lo oyó.

Un grito.

Un grito tan desgarrador, desesperado y escalofriante que se echó a llorar.

Se volvió de nuevo hacia la casa y, aunque sus lágrimas se convirtieron en sollozos de miedo, se acercó lentamente hacia el sonido.

—¡¿Patch?! —gritó.

Saint corrió hacia la parte delantera de la casa.

Y fue al doblar la esquina cuando notó una mano en el hombro.

Chilló, y el doctor Tooms levantó las manos, con una cara pálida y compungida.

Saint se apartó de él, guardando la distancia.

No se movió para secarse las lágrimas ni para pedirle explicaciones o que la llevara hasta su amigo. Únicamente levantó la linterna, y sólo cuando el haz de luz azulada topó con las manos rojas de sangre del hombre se dio la vuelta y echó a correr.

21

Las refrescantes lluvias tamborileaban en las ventanas mientras Saint se ponía frente al viejo piano a tocar la asfixia de Chopin y su abuela la escuchaba, sentada a su lado en la mecedora.

Saint cerró las últimas notas lúgubres, sus dedos tan finos como su cuerpo, las mejillas cetrinas y la piel más pálida. Con el paso de las semanas, la conciencia de que habían perdido a Joseph Macauley la ahogaba. Apenas comía ni dormía, y en el colegio no abría la boca, y de vez en cuando se daba la vuelta para mirar el asiento vacío del fondo de la clase.

La noche que huyó del médico había creído estar cerca. Norma había encontrado a su nieta sentada en el suelo de madera de la cocina, con la puerta atrancada.

—Es él —le dijo.

Llegó el comisario Nix, y Saint se montó en la parte de atrás del

coche patrulla con su abuela, y aguardó delante de la granja de Tooms mientras el doctor salía y los dos hombres se quedaban hablando un buen rato. Oyó a Nix disculparse y vio que Toom miraba hacia el coche con una sonrisa triste.

Saint se pasaba horas en el bosque detrás de su casa, tumbada en el suelo vigilando las tierras de Tooms con el catalejo de Patch. Norma decía que era médico, que la sangre era uno de tantos gajes del oficio. Que el grito podría haber sido una pareja de lobos apareándose. A veces atisbaba un vehículo al otro lado, bajo unos árboles que dejaban el color y al conductor en sombras, y se preguntaba si el doctor también visitaba allí a sus pacientes.

Una semana más y el dinero de la recompensa aumentó hasta los dos mil dólares, después de que Saint repartiera cartas escritas a mano entre los residentes de Parade Hill.

Y el caso empezó a desaparecer de los titulares para quedar relegado a las murmuraciones.

Una pelea de bar acabó en un asesinato en Cedar Rapids; un conductor borracho se saltó un stop en Mount Vernon y mató a una mujer embarazada. Un grupo armado con pancartas le pegó fuego a una clínica de planificación familiar en Columbia. Saint leyó sobre las leyes del aborto y los centros de crisis y sacó el tema con Norma.

—Deberíamos tener el control total de nuestros cuerpos —dijo Saint.

—Si lo tuviéramos, tú no estarías aquí —dijo Norma sin levantar la vista de su periódico.

—Pero mi madre sí.

—Es pecado.

—Díselo a Jane Roe —dijo Saint.

—Ésa no es tu lucha.

—Sólo porque tú no me dejaste. Me hubiera gustado estar allí con Misty y las demás chicas. Quería llevar la pancarta y mostrar mi apoyo en la portada de *The Tribune*. No es justo.

—Lo justo tiene poco que ver con la religión y la política.

La vida siguió adelante con sus más y sus menos. A medida que el verano se desangraba, el aire otoñal transportaba una crisálida de

calma. Los verdes dieron paso a los ocres y dorados que Saint no advertía. Daba largos paseos escrutando el bosque mortecino, sin despegar los ojos del suelo por más que intentara forzarse a levantar la vista. Se saltaba el toque de queda, caminaba cerca de la carretera, poniéndose como cebo. Si el hombre seguía cazando, estaba dispuesta a dejarse atrapar. Nix la encontró y la llevó a casa, y su abuela pasó de la ira al miedo y a la desesperación.

Norma quería que viera a un psicólogo en Cossop Hill.

Saint le decía que estaba bien, tragaba a duras penas una cucharada de estofado y se le cerraba el estómago. Perdió más peso, se le marcaban los pómulos y su pelo parecía demasiado abundante para un cuerpo tan menudo. No tenía caderas, ni pecho todavía, aunque esas bobadas habían dejado de importarle.

Las noches crepitaban con el humo de las hogueras.

El nombre de Patch se mencionaba en susurros que con el frío ahora dejaban una estela de vaho.

Saint advertía el cambio en Ivy Macauley cada domingo en la iglesia. Cómo le temblaban las manos al rezar. Cómo el vodka dominaba ahora sobre el perfume.

Saint se quedó mirando la pantalla de televisión mientras Ronald Reagan se lanzaba al ruedo, prometiendo un cambio que ni en una docena de vidas se podría cumplir... «Esta vez sí, ya lo veréis.»

Saint no estaba segura de qué sería que «sí» esta vez, pero a la mañana siguiente, mientras veía las banderas de Ford alzarse desafiantes en los jardines escarchados, no pudo pensar en nada bueno.

22

En el bosque, una mañana gélida, encontró al comisario Nix lanzando la caña al lago. Se sentó en silencio a su lado porque sabía que estaba más cerca de Patch: ahora era su único vínculo, su única oportunidad.

El policía aspiró el vaho del café con un chorrito de brandy.

—Tiene que ir a ver a la señora Macauley —le pidió Saint.

—Cierto.

A pesar del frío, llevaba la camisa remangada. Un vello suave y oscuro le cubría los brazos. Saint oía que las mujeres del pueblo hablaban de él, tal vez era el hombre más codiciado de Monta Clare. No lo había visto salir con ninguna, y por alguna razón se alegraba.

—Ahora se droga —añadió.

Se fijó en sus rasgos atractivos, sus ojos azules y el bigote moreno cuando sacó un puro de un estuche de plata y lo encendió.

Saint dobló los dedos para desentumecerlos.

—Si Patch... si está muerto, sé que no podré...

—Podrás —dijo él con rotundidad, observando el azote del hielo que segaba las espigas de los juncos como si fuera a nevar—. Has de seguir con tu vida, Saint.

—Estoy...

—No duermes. Paso por tu casa y veo tu luz encendida a cualquier hora.

No le dijo que se quedaba despierta estudiando los mapas. Que había ido de puerta en puerta, que tenía la pizarra llena no de problemas de matemáticas, sino de nombres y direcciones que había conseguido después de suplicar que un policía de Cedar Rapids se apiadara de ella. Todos los propietarios de una furgoneta azul marino. Y que a veces, después de clase, iba a echar un vistazo por casas y garajes de madera podrida.

—El periódico decía que Callie Montrose fue a verle un mes antes de que desapareciera —dijo Saint—. ¿Por qué?

Él se humedeció los labios y contempló el agua.

—Eso es algo entre la chica y yo.

—¿Incluso si está muerta?

Él recogió hilo despacio y ella observó la boya.

—Incluso en ese caso —respondió por fin.

—El padre de Callie es policía —dijo Saint.

—Y de los buenos, por lo que he oído.

—¿Está...?

Nix exhaló.

—Está destrozado. Igual que la señora Macauley. Igual que tú.

—¿Y como usted?

El comisario miró fijamente la boya.

—¿Crees en Dios, Saint?

Ella no dudó.

—Sí.

—Tú reza por tu amigo. Y todo lo demás déjalo en mis manos. Prométemelo.

Ella guardó silencio.

—Hablo en serio, chica. Tu abuela… sólo te tiene a ti. Júrame que a partir de ahora vas a dejarlo estar.

Saint se levantó, y mintió, y siguió su camino.

23

Pasó junto a bulbos durmientes. De los aleros colgaban pelos de bruja al lado de los carámbanos que goteaban cediendo al amanecer, y trenzas de roble venenoso asaltaban la casa de los Macauley como si supieran que no las arrancarían. Tres semanas se convirtieron en tres meses mientras el invierno desnudaba Monta Clare resbalando por la ladera pelada y los brazos desnudos de los árboles tejían un cielo blanco sin interrupción.

La abuela de Saint le compró una chaqueta de borreguito que vio en el escaparate de una tienda de segunda mano; detuvo el autobús delante y dejó a los pasajeros protestando.

El cuello estaba forrado de vellón, y la zamarra pesaba tanto que a Saint le costaba ponérsela, aunque ya no se preocupaba mucho de su apariencia, ya no le importaba demasiado que los demás chavales se rieran de ella o comentaran que su abuela era una marimacho que conducía autobuses. Se caló el sombrero para protegerse del viento criminal y se quedó un momento mirando la podredumbre de la

celosía donde antes se entreveraban rosales de distintos nombres y colores.

Saint ya no entraba en la casa de los Macauley. Se había enterado por su abuela de que Kim, el casero, estaba intentando discretamente recuperar la propiedad. Ivy Macauley no pagaba el alquiler y, a pesar de la promesa de auge y regeneración y prosperidad económica, casi todo el mundo estaba sintiendo las estrecheces del que sería aquel invierno interminable.

En la ventana de arriba, entre las cortinas fruncidas en una esquina y amarillentas por el sol olvidado, vio la silueta de Ivy Macauley. Esquelética, su cuerpo era la viva imagen de la rendición. Con mucho tacto se había hablado de otra misa. El comisario Nix había dicho que no; el anciano sacerdote se había quedado de pie en la puerta, aferrado a su libro y mirando a su alrededor, los teléfonos que sonaban y las placas y las cartucheras colgadas de las sillas, como si no pudiera creer que el mundo de Dios necesitara una protección tan ferviente.

Saint levantó la mano para saludar a Ivy, que bajó las escaleras y abrió la puerta.

Llevaba pantalones cortos y camiseta de tirantes, y su piel era del tono gris violáceo de los moribundos.

—Eres demasiado joven para esto —masculló con voz pastosa al verla.

Y Saint no le dijo que Patch también.

Saint echó a andar hacia el bosque procurando ser consciente, no rastrear el lienzo blanco en busca de pistas perdidas, sino fijarse en el sol alto que derretía poco a poco la estación, en las gotitas trémulas que caían de los pinos.

Encontró a la chica sentada en el duro suelo, contemplando el agua.

—La gente sigue con su vida —dijo Misty.

Saint vio que un andarríos probaba el agua y luego se alejaba levantando el vuelo.

—¿Crees que está muerto? —preguntó Misty, con las manos hundidas en los bolsillos, las piernas hábilmente cruzadas y la cara

transida por la preocupación.

Saint sabía que no siempre había un momento exacto en el que los niños se convertían en adultos. Para los más afortunados era una aceptación progresiva y ganada a pulso de la responsabilidad y la libertad, pero para ella, y para Misty, había sido un corte brusco y fatídico.

—Algunos creen que sí —dijo Misty, como si a Saint no le estuvieran llegando sus palabras—. Es sólo un chaval, como nosotras. Las demás chicas hablan de chicos, y de cine y del pelo y... joder. Maldita sea, joder.

Saint se sentó en el suelo gélido a su lado.

—¿Y si tiene frío? ¿Y si está en algún sitio y tiene frío y no tiene abrigo ni guantes? —insistió Misty.

Saint miró las ramas de los árboles, sin cruzar la mirada con la chica porque no quería que viera lo que decían sus ojos, que ella no tenía derecho a preocuparse por Patch, porque él no le pertenecía como los demás. No lo conocía en absoluto.

—Sigo intentando recordar algo. Aunque mis padres... pagan una terapia para que me haga olvidar. —Saint vio las lágrimas de Misty—. Cuéntame algo sobre él.

Saint se quedó largo rato callada. Y luego habló. Y olvidó que no estaba sola, y se dejó llevar arropada por aquel recuerdo.

24

La primera vez que tocó el piano para él fue un jueves frío durante la oleada de huracanes de 1974. Cien tornados en veinticuatro horas, y aun así Patch se había estremecido, sobresaltado por unos truenos tan fuertes que sacudían las ventanas de la casa y amenazaban con arrancar el tejado del cobertizo de la miel. Norma encendió el fuego y luego salió a sentarse en la mecedora del porche apenas cobijada de la insistente lluvia delante de los árboles desnudos.

Patch había llegado calado hasta los huesos, así que Saint fue a buscar

una manta al tiempo que él se desvestía y se quedaba en calzoncillos dejando un charco en el suelo mientras las llamas agitaban reflejos en su ojo. Aquel día no sonreía.

—¿Por qué tu abuela se sienta ahí fuera cuando hay tormenta? —susurró.

—Hubo una tormenta el día que murió mi abuelo.

Cuando dejó de llover y el viento amainó, la condujo al patio y de la mochila que había llevado sacó un recio tirachinas profesional y una cajita de perdigones. Cogió latas de conserva vacías de la basura y con cinco montó una pirámide en la hierba empapada, y después se puso a su lado a más de cinco metros y las fue derribando una por una.

—Con esto puedes cazar —dijo.

Se colocó detrás de ella y le enseñó a qué distancia había que tirar, la memoria muscular y el arte de la puntería. Le dijo que tensara hacia atrás el cuero hasta que quedara debajo del ojo con que apuntaba, y así Saint le pilló el truco.

Practicaron con piedrecitas.

La primera vez que tumbó la lata de encima de la torre se dio la vuelta sonriente, pero lo encontró ensimismado. Saint no sabía que le preocupaba que aquel invierno no pudieran encender la calefacción de su casa y que la nevera se quedara vacía. Ella no sabía que los niños se preocupaban por esas cosas.

Un par de horas después ya controlaba la postura, calculaba la trayectoria y el peso de la piedra, y daba en las cinco latas con facilidad. Patch la enseñó a acercarse con sigilo, a colocar los pies y a ponerse en contra del viento, y le habló de la hora mágica. Ese último atisbo de luz al caer el sol cuando los conejos se aventuran a salir.

—¿Has matado un conejo alguna vez? —preguntó ella, y contuvo la respiración hasta que él negó con la cabeza.

—Pero podría. Quiero decir que, si tuviera que matar, podría hacerlo, ¿sabes?

Saint asintió, convencida de que ella no sería capaz.

—Hoy estás diferente —le dijo.

—Estoy cansado, supongo.

—¿Cansado de qué?

—De ser quien soy.

La siguió adentro cuando llegó la hora de practicar.

Ella se sentó al piano y tocó, y al oír las primeras notas Patch apartó la vista de las llamas y observó cómo nacía la música de sus delicadas manos.

Saint notó que se sentaba a su lado en el taburete. Notó su calor.

Y aunque estaba segura de que se burlaría de ella, cantó sobre Mona Lisas y Sombrereros Locos, y de cómo en Nueva York no crecen las azaleas.

Patch no la interrumpió.

No se rió de ella.

—Es la música más hermosa que he escuchado en mi vida —le dijo.

—Sí.

—Mi madre ha perdido su trabajo de asistenta en la casa de los Parker. La han echado porque dicen que robaba. —Habló mirando el fuego.

Ahora su peso era también de Saint.

—Puedes venir a comer con nosotras —le dijo—. Y si tienes frío, puedes venir a dormir aquí también.

Se dio la vuelta, con la pierna pegada a la suya.

—Puedo ayudarte con los deberes —continuó ella en voz baja—. Y si tu madre necesita que le prestemos algo...

Patch se echó a llorar.

Los sollozos sacudían sus hombros menudos.

Saint lo miró y sintió una punzada en el pecho, como si nunca hubiera sentido nada.

Alargó una mano y le secó las lágrimas.

—Hay un lugar donde las abejas hacen una miel morada.

Patch escuchó en silencio.

—En las marismas de Carolina del Norte. En las dunas. Nadie sabe muy bien por qué, pero es morada de verdad. Resplandeciente. Creo que eso es una prueba, Patch. Hay cosas mágicas esperándote ahí fuera.

Se secó las lágrimas con el brazo.

—Júralo.

—Te lo juro por Dios.

—¿Podemos ir algún día? Adonde hacen la miel morada —preguntó.

Saint asintió con entusiasmo.

—Claro que sí. Será nuestro lugar.

—Adonde iremos a escondernos del mundo.

—No necesitaremos escondernos. Porque seremos nuevos allí. Empezaremos otra vez. Yo dejaré de ser la chica a la que no ve nadie. Y tú, bueno, no tendrías por qué cambiar. Porque a mí me parece que eres perfecto. Aunque te falte un ojo. Eres el chico que...

Entonces la besó.

Su primer beso.

Para ambos.

Al día siguiente, en el colegio, Chuck Bradley le quitó a Saint el tirachinas de la mochila, lo partió en dos y la empujó al suelo.

Patch se abrió paso entre el corro de curiosos y, enclenque como era, le plantó cara al grandullón y soltó el primer puñetazo. Siempre hacía lo mismo. Y así los amigos de Chuck se le echaron encima y lo vapulearon hasta mucho después de que terminara la pelea.

—Eso ha sido una tontería —dijo Saint mientras lo ayudaba a ponerse en pie y le limpiaba la sangre del labio.

—Eres lo único que tengo —contestó Patch.

Y ella pensó: «No vas a necesitar nada más.»

25

Celebraron la vigilia en Darby Falls, un pueblo a noventa kilómetros de Monta Clare.

A orillas del pantano de Hunter, adonde la hija del policía, Callie Montrose, solía ir con sus amigos a ver cómo pescaban percas con señuelo antes de que le arrebataran la vida.

Norma los había llevado una fría tarde de noviembre.

Saint conocía la historia, como todo el mundo en cien kilómetros a la redonda: Callie volvía andando a casa del colegio con sus amigas, se despidió de ellas y atajó por un sendero de pedregal y árboles altos y nadie volvió a verla nunca más.

Norma llevaba el viejo gorro de cazador y las manoplas de su

marido. Era de noche y, bajo una luna brumosa, se quedaron detrás de un centenar de personas mientras un pastor guiaba la oración.

Encendieron farolillos de papel y los botaron, pero el agua estaba tan en calma que no se movieron y se quedaron allí flotando en una fila desordenada.

El pastor pronunció unas palabras que Saint, impresionada ante unas vidas tan intensamente marcadas por la pérdida, no alcanzó a oír. Sonó la música y un pequeño coro de chicos del instituto con abrigos de invierno empañó el aire con su canto, y cuando terminó Saint se separó de Norma y fue a buscar al padre de Callie, que estaba allí de pie sin llorar como los demás. Más de una docena de policías se apostaban a su alrededor en una guardia de respeto.

—Lo siento —le dijo Saint.

Llevaba una barba larga y una gorra de béisbol, y no iba de uniforme.

—¿Conocías a Callie? —preguntó el hombre en voz baja.

—Soy de Monta Clare.

—Ah, el chico.

Ella asintió.

—No sé por qué he venido… Es sólo que… ¿podría contarme algo sobre Callie? Cuando hablaban de mi amigo, Patch, los periódicos nunca decían cómo era en realidad. Hacían que pareciera… un chico cualquiera.

El hombre guardó silencio un momento, se quitó la gorra de béisbol y se alisó el pelo grasiento.

—Es una chica… con mucha chispa. Leyendo los periódicos, cualquiera diría que es un ángel.

Saint miró hacia Norma, que seguía observando cómo ardían los farolillos.

—La pillé robándome cigarrillos de la camioneta. Y bebiendo a escondidas en Acción de Gracias. Es esa chispa, sí. Eso es lo que echamos de menos. Ese candor que sabes que se le pasará con la edad.

Estrujó la gorra contra el pecho unos instantes, como si el verdadero dolor empezara y terminara allí.

—Señor Montrose —dijo Saint. Él levantó la mirada y se encontró

con el destello de las llamas en sus ojos—. ¿Volverán?

Aguardó largo rato, pero el hombre no contestó.

Saint se volvió hacia el agua y entonces, a través de la multitud que se dispersaba, un poco apartado, lo vio. El doctor Tooms se arrodilló para encender una vela, la puso dentro del farolillo y lo dejó flotando en el agua. La miró desde lejos.

Saint vio sus lágrimas. Vio más en su rostro de lo que podía descifrar.

—Asqueroso —oyó de repente. Saint se volvió para ver a la chica que estaba a su lado, una cabeza más alta y quizá un par de años mayor que ella, con la cara ovalada y el pelo recogido—. Es asqueroso.

—¿Por qué? —quiso saber Saint.

—Más de una vez lo he visto sentado en su coche delante de nuestro instituto.

Saint se quedó mirando a Tooms.

—¿Y qué hacía?

—Mirar a las chicas que pasaban.

26

Para Navidad, su abuela le compró una Nikon tan vieja que la tapa del objetivo se aguantaba con cinta adhesiva.

—Tienes un carrete. Revelar es caro. Elige bien a qué le haces fotos.

Saint sacó un libro de aves de la biblioteca, recorrió los bosques blancos y disparó con la cámara a pinzones, ampelis y una vez a un gavilán de cola roja.

Contempló cómo 1976 acababa enterrado bajo un manto de aún más nieve, a veces tan profunda que se le metía dentro de las botas y le empapaba los calcetines, mientras veía cómo un barrendero pasaba por Main Street retirando poco a poco los carteles del chaval del parche en el ojo. Le pidió uno y al llegar a casa lo guardó en la balda más alta de su armario. Siguió leyendo, sobre el trauma y la amígdala.

El manual de Polson de ciencia forense. Sumergía la cabeza en libros que, en cierto modo, mantenían vivo su vínculo con él. Se enteró de que un equipo de Nueva Jersey podía sacar huellas de la corteza de los árboles, incluso de las hojas. Le llevó la noticia a Nix, que la miró con tanta pena que a Saint casi se le partió el corazón.

Veía menos a Ivy, que ahora rara vez salía de casa. A veces Norma preparaba alguna tarta y Saint se la dejaba en el porche. Un día después la recogía, intacta. Saint se enteró de que ya nadie le daba trabajo y de que Kim le había puesto una demanda para desahuciarla. Saint rompió la hucha y le pasó a Ivy un sobre por debajo de la puerta. En él metió hasta el último centavo que le habían dado o había ganado, ya fuera barriendo el patio o vendiendo la miel.

Iba a clase de piano con la señora Shaw, en una pequeña aldea a unos quince kilómetros de Monta Clare. Y en aquel amplio salón Saint empezaba con ejercicios de calentamiento y de técnica. Escalas, acordes y arpegios. Solían repasar; a esas alturas Saint era una alumna tan consumada que los últimos quince minutos se le permitía tocar simplemente lo que le apeteciera.

Y mientras miraba por la ventana la pulcra casa del otro lado de la calle, tocó el *Arabesco en do mayor, op. 18*. Pensó en Schumann y en el vaivén emocional, y llegó al epílogo casi con los ojos cerrados, hasta que lo vio fuera.

El comisario Nix vivía enfrente, y Saint vio que salía empuñando una pala y atravesaba el camino de la entrada para despejar con cuidado un cerco alrededor de las raíces de un cerezo okame.

Mientras esperaba a su abuela, Saint cruzó y se sentó al lado de Nix en el banquito ornamental que había junto al árbol.

—Qué bonito es —dijo.

—Retiro la nieve alrededor de las raíces para que le dé el sol. Este árbol florece demasiado pronto para dar frutos. Mantiene siempre la belleza, intacta.

Saint notó el leve roce de su mano en el hombro.

—Quería traer de vuelta a tu amigo. Igual que deseaba que Callie Montrose estuviera sana y salva —dijo.

—Ya lo sé.

—Lo siento, chavala.

Aquella tarde se llevó la Nikon a la charca, pasando por encima del alambre de espino caído. Se agachó junto a la orilla y fotografió a un martín pescador lanzándose en picado al agua.

En el camino de vuelta fue a parar sin darse cuenta al lugar del suceso.

Y no lloró.

27

En Main Street, Saint vio a Dick Lowell y a unos cuantos más sentados delante de su ferretería combatiendo una resaca de campeonato después de la décima Super Bowl.

Saint no entendía cómo podían seguir adelante como si cualquier otra cosa en la vida pudiera volver a importar tanto.

Aquel invierno, tan frío y gris, se preguntó si sería algo que la acompañaría siempre. Norma le dijo que necesitaba otro pasatiempo, o a lo mejor ir al psiquiatra aquel, porque quizá no le vendría mal contarle cómo se sentía. Así que Saint sacó un libro de la biblioteca para aprender a hacer punto, y al poco se pasaba las tardes sentada tejiendo junto a la ventana, igual que su abuela en otros tiempos. Se hizo una bufanda y un gorro, y otro para su abuela, y a veces sorprendía a Norma mirándola como si fuera la niña más vieja de la historia, como si pronto fuera a tener el pelo blanco y la cabeza ida.

Jimmy Walters llamó a la puerta un sábado por la mañana y su abuela lo hizo pasar. Saint estaba que echaba humo por dentro. Norma les preparó chocolate caliente y se sentaron juntos en el porche trasero. A Jimmy se le pusieron los mofletes colorados al ver que un ratón algodonero se escabullía en la maleza.

—Viven sólo una media de cinco meses, pobrecitos —dijo Jimmy levantándose.

—Menos, si tuviera mi tirachinas.

—Hay una charca siguiendo los árboles de vuestra linde. A lo mejor

hay un galápago.

—Saint vio una vez un castor que iba hacia allí, y se ha hecho amiga de un conejito —explicó Norma asomándose.

A Jimmy se le iluminó la cara.

—Podríamos acercarnos dando un paseo.

Saint trató de sonreír, y no le dijo que era la charca donde una vez Patch y ella echaron a navegar barquitos de papel.

Se quedó despierta hasta bien entrada la noche para ver a George Foreman batirse con Ron Lyle. Norma se puso de pie en el quinto asalto, gritando y boxeando con las sombras, derramando la bebida y haciendo sonreír a Saint.

Juntas se sentaron a ver las noticias de la noche: ciudades arrasadas por los tornados, un coche volcado, granjeros cabizbajos rezando con los ojos cerrados mientras las cosechas volaban por los aires y se diezmaban los graneros.

—Dios mío —dijo su abuela—. Trescientos muertos y otros cinco mil que por poco no lo cuentan.

Norma se levantó despacio, porque una joroba en la que Saint nunca se había fijado había ido a peor, cambió de canal y luego se sirvió un dedo de bourbon para ver cómo la historia de Randle McMurphy arrasaba en los Globos de Oro. Norma cogió el libro de bolsillo manoseado y se lo lanzó a Saint.

—Tienes que escaparte más —le dijo.

Saint ya no sabía cómo.

Un sábado de nieve, Jimmy Walters apareció con un ramillete de flores cubiertas de escarcha atadas con una cinta morada.

Saint le afirmó a Norma que no quería verlo.

—Es un chico tenaz —dijo Norma, sacándola de la cama de un tirón.

—Y la gripe también.

Mientras paseaban por la nieve, Jimmy iba señalando los tallos y le habló del girasolillo y el díctamo.

—¿Por qué las has traído? —le preguntó Saint.

—Sólo quería que vieras que a veces las cosas sobreviven a las peores adversidades.

28

Con el primer deshielo, cuando los carámbanos empezaron a derretirse y bajo el manto blanco despuntaron los nuevos brotes de la vara de oro, Saint echó la vista atrás y rescató pocos recuerdos de aquel invierno, o de cómo había advertido los primeros indicios efímeros del florecimiento. Las únicas pruebas estaban en su cámara, donde las instantáneas capturaron geranios silvestres rosas, hierba de la araña y las delicadas anteras blancas de la escalera de Jacob. Vio un trágico accidente en Yuba City en las noticias de la noche y se preguntó cómo podía haber espacio para tanta devastación, cómo iba a competir Patch por la atención de un Dios que planificaba crueldades tan atroces.

Saint se quedó en la cama el día del cumpleaños de Patch y le dijo a Norma que no tenía fuerzas para ir al colegio. Norma le preguntó si quería ir a tomar un helado a la cafetería de Lacey, pero Saint le dijo que ya no era una cría. Norma le compró un puzle de mil piezas, y cada tarde aparecía un tramo más del monte Rushmore.

Bajo un límpido cielo azul, Saint se sentó en el banco en medio de Main Street, esquivando el destello de las rosas coral que brotaban de los maceteros colgantes. Respiró un aroma a especias mientras esperaba el autobús.

Jimmy Walters se sentó a su lado.

—Hola.

Saint no respondió.

—Te miro en la escuela y… echo de menos verte sonreír. —Asintió, como si ya hubiera dicho lo que tenía que decir.

—¿Cómo está aquel zorro al que le dabas de comer? —preguntó ella.

—Tuvo cachorros. Ahora vienen los cuatro.

Saint intentó sonreír, intentó sentir algo más, aunque fuera sólo un momento.

—Me he fijado en que vas por ahí con la cámara. Si quieres avistar cervatillos conozco un buen sitio, ¿sabes?

Lo miró y pensó qué fácil era su vida, qué insignificantes eran sus problemas. Poseía una confianza natural que, según su abuela, provenía de la verdadera fe. Como si no supiera que los otros chicos lo llamaban «santurrón» o, si lo sabía, sencillamente no le importaba.

En el autobús Saint se sentaba con su abuela, en el asiento de cuero justo detrás de ella, con las mejores vistas. Cuando era pequeña, Norma la dejaba empujar la palanca, y ella se ponía muy seria, tan concentrada, porque su abuela le decía que era el trabajo más importante, que sin su ayuda las buenas gentes de Monta Clare no podrían llegar a su destino.

—¿Quieres hacerlo, para recordar los viejos tiempos? —dijo Norma, captando su mirada a través del gran espejo retrovisor.

Saint sonrió y negó con la cabeza.

El autobús estaba reluciente. Aunque en la cochera había personal de limpieza, Norma llevaba una vieja gamuza para quitar las marcas de agua. Hacía su inspección rutinaria, chasqueaba la lengua si veía un cenicero sin vaciar, a veces encontraba tebeos abandonados y se los llevaba a casa para Saint.

La gente decía que fue un gesto noble de su abuela ponerse a trabajar así. Haciéndose cargo del puesto que su marido había ocupado en la ciudad, de conductor del autobús durante cerca de treinta años. «La niña tiene que comer», contestaba Norma. Aunque Saint sabía que un propósito, cualquiera que fuese, daba a los vivos una razón de ser. En momentos más íntimos, inconfesables, deseaba que su abuela fuera como las demás, aquellos días en los que Norma aparecía en el instituto y se quedaba apartada de las madres, fumando un Marlboro y con la gorra puesta.

Con un rugido grave del motor remontaron Marshall Avenue mientras Saint contemplaba el cañón de Edgewood, el río esmeralda azotado por los juncos que lamían la orilla. Crecían árboles entre rocas de pizarra. Una vieja noria se retiraba ante el arco de un puente de madera tan descolorida que casi se confundía con el bastión gris que mantenía a raya los azules. Se inclinó y sacó una foto con la cámara, y a lo lejos vio a dos hombres a caballo enmarcados por aquella mañana de Misuri tan fresca y hermosa que Saint no podía soportarla.

—Echo de menos a las abejas —dijo.

—Podemos pedir más —contestó Norma sin volverse.

—No. Quiero mis abejas.

—Las abejas son abejas. Todas te pican si les da por ahí. Me pregunto dónde estarán.

—Muertas. Ahora ya estarán muertas.

Una pared escarpada de piedra caliza. Líquenes, musgos y hepáticas se derramaban tapizando la ribera, y atrofiando los árboles. Y a medida que avanzaban, vio afloramientos cársticos de un millón de estratos.

La gente que se subió en el pueblecito de Fallow Rock sonreía a Saint como si recordaran a la niña de otros tiempos.

Su abuela había quedado en hacer el relevo en Alice Springs, a cuatro pueblos de Monta Clare, así que se bajaron, caminaron hacia el parque y se sentaron en un banco.

Saint sacó los bocadillos de la cesta de pícnic, los desenvolvió y puso al lado dos latas de limonada y dos manzanas.

—¿Quieres hablar? —preguntó Norma.

—No.

—Yo también lo echo de menos.

Norma había tardado en tomarle cariño a Patch, confundiendo su sonrisa con problemas, su ropa pirata con un desvarío. Todo eso cambió después de un paseo al atardecer en la primavera de 1974, cuando pasaron por delante de la casa de los Macauley y vieron la puerta de la calle entreabierta. Norma siguió a su nieta por el sendero; ambas se detuvieron al ver por la ventana a Patch limpiando el vómito del suelo junto a su madre, que se echó hacia atrás en el sofá. Patch la acostó y la tapó con un chal, y luego volvió a la faena con el cubo y la esponja.

Saint había hecho ademán de entrar, pero Norma le puso suavemente una mano en el hombro y, con una sonrisa triste, la alejó de un estado de abandono que Saint aún no era capaz de comprender. Acabaron de dar el paseo en silencio. Cuando Patch se presentó de nuevo en su casa, Norma hizo unas magdalenas de plátano y no dijo nada cuando el chico tomó una para la merienda y se guardó otra para

después.

—¿Es esto lo que pasa? ¿Raptan a niños que no vuelven más, nadie descubre jamás qué ha sido de ellos? —dijo Saint.

—Sabes que sí.

No había desaparecido nadie más desde Callie Montrose. Quienquiera que hubiese empezado parecía haberse detenido. Algunas noches Saint fantaseaba con que Patch lo había matado y estaba buscando poco a poco la manera de volver. Que había encontrado el medio de regresar, como Edward Low. A veces iba navegando, asomado a la proa mientras su barco surcaba el mar hacia ella.

Abajo, el meandro del río a lo lejos parecía una serpiente abriéndose paso entre árboles y rocas, con un dorso cristalino de un azul sobrecogedor.

—Tú todavía rezas —dijo Saint.

—Rezo como cuando murió tu abuelo.

Saint quiso preguntarle cómo era, perder aquello que más te definía. Aunque quizá ya lo sabía: te convertía en otra persona. Alguien desconocido que no tenías más remedio que tolerar, y que ver cada día, y sentir y temer.

—¿Pasará? Porque no puedo… —aseguró. Norma le dio la mano—. Quiero que todo tenga algún sentido, que lleve a alguna parte.

—Vi al chico de los Walters sentado contigo —dijo Norma—. Quizá quieras que sea tu amigo. Podrías traer más abejas y hacer miel y….

—Jimmy Walters es aburrido.

—¿Y cómo lo sabes?

—Sólo habla de animales. Y de Dios.

—Quizá si le dieras una oportunidad…

Norma se quitó la gorra y se la puso a su nieta, luego le quitó la cámara y le sacó la lengua.

Al ver que Saint no reaccionaba, Norma recordó aquella vez que Patch había intentado liarla con la encargada del comedor de la escuela de Monta Clare, que también llevaba el pelo corto.

—Más tarde se enteró de que tenía cáncer, claro. Y marido. Y de que yo no soy lesbiana —dijo.

La chica por fin sonrió. Y Norma hizo la última foto del carrete.

Saint había tardado casi dos estaciones del año en acabar ese primer rollo de película, tan austera era en sus apegos.

—Si puedes arrancarle a alguien una sonrisa o, mejor aún, hacerle reír, no dejes pasar la oportunidad. Cada vez que se te presente —dijo Norma.

—¿Y si es a tu costa?

—Más todavía.

—Jamás renunciaré a encontrarlo —prometió Saint.

Norma sonrió, como si supiera que el «jamás» de una cría no llegaría muy lejos. Que no siempre sería así. Como si subestimara a su nieta por completo.

29

Volvieron al pueblo dando un paseo, y su abuela se acercó a una pequeña cafetería donde vio sentados a un par de conductores de autobús. Saint siguió andando hasta llegar junto a la fuente de piedra donde había un grupo de niños balanceándose en el borde.

Miró los escaparates de una docena de tiendas y estaba a punto de entrar cuando vio una réplica de un escudo colonial por el que Patch hubiera dado cualquier cosa.

En el estudio Central Camera se pasó un rato mirando objetivos FD, super 8 y cámaras con zoom automático. El tipo del mostrador llevaba una bata azul y una corbata ancha y hablaba con un cliente de aberraciones y resolución, de cómo equilibrar el color y evitar destellos.

A Saint le gustaba el olor, entre químico y nuevo, de las fundas de cuero y las bolsas de lona marrón. Cuando llegó su turno el hombre del mostrador vio su cámara, le señaló la etiqueta con su nombre, Larry, y le preguntó sin preámbulos si quería que echara un vistazo a su trabajo.

—No es trabajo —contestó ella.

Fue mientras esperaba a que rebobinara el carrete cuando vio el tablón de anuncios que había junto al mostrador, lleno de cartelitos. Gente que vendía material de segunda mano, poco más que una serie de números que para ella no significaban nada.

Y al lado un póster.

Dejó a Larry con la mano tendida y se acercó a mirarlo.

ELI AARON

FOTÓGRAFO

Saint lo descolgó y observó a la chica del anuncio.

Misty Meyer, con una sonrisa un poco tímida, los brazos cruzados por encima de un largo chaleco de punto.

—No te creas todo eso de que van a hacerte modelo —dijo Larry limpiándose las manos en la bata. Carraspeó, como si se hubiera expresado mal—. Quiero decir que... si buscas a alguien para que te haga un retrato, ahí hay opciones mejores. Conozco a chicas como tú, todas queréis ser modelos, ¿verdad?

Saint se miró el peto vaquero y las zapatillas desteñidas que llevaba.

—Ve a probar con Sandy Wheaton, es bueno.

Saint puso el cartel encima del mostrador.

—Este hombre...

Larry reculó un poco, incómodo.

—Hemos revelado para él un par de veces.

—¿Y?

Larry bajó los ojos.

—Oye, chica...

—Por favor —dijo ella, ahora cansada.

—Nadie ha hecho una queja formal, pero he oído cosas. No basta para ir a la policía. O para que deje de poner anuncios por todo el pueblo. Digámoslo así: tengo una hija de tu edad y no me gustaría que le diera ni un centavo a este tipo.

Saint se guardó el cartel en la mochila y salió sin el carrete.

Larry la alcanzó en la puerta y se lo dio.

—Hay algo más. La verdad es que no es cosa mía...

—¿Pero?

—Es el fotógrafo que trabaja para media docena de colegios de por aquí. Diles a tus amigas que no tiren el dinero.

30

Esa noche subió las escaleras hasta su dormitorio del desván.

En la pared había una serie de telarañas que Saint había construido con fervoroso celo. Los periódicos decían que probablemente se trataba de un oportunista y que, como Misty era guapa, igual que las demás, con eso bastaba.

Colgó el cartel en el tablero.

En el pasillo cogió el teléfono y marcó el número de la comisaría. No le hizo falta buscar el número. Nix contestó como si fuera el único que seguía allí un sábado por la noche.

—Creo que he descubierto algo —le dijo Saint. Hubo un largo silencio, sólo se oía el ruido de la línea mientras ella se sentaba en el suelo con las rodillas contra el pecho—. Estaba en una tienda y...

—Tienes que acabar con esto de una vez —la interrumpió, y pudo verlo allí solo, tan derrotado como ella.

—Pero me dijo...

—Hablo en serio, Saint. Para ti esto ya se acabó. Sigue adelante, haz lo que hacen los chavales de tu edad. Ya has perdido mucho tiempo.

—No lo entiende. Vi a ese hombre y luego un cartel y...

Antes de que pudiera terminar, le colgó el teléfono.

Saint bajó las escaleras y por la ventana vio a Norma en el porche, vigilando la calle.

Entró en la cocina, donde estaba la estantería con los álbumes muy bien colocados en la última balda. Los hojeó, mirando a su madre con detenimiento y escrutando unos ojos como los suyos. Vio vacaciones olvidadas, ciudades y sonrisas.

Saint llegó a sus fotografías del colegio, catalogadas en un orden

donde sus progresos eran lentos, donde su cuerpo se aferraba tenazmente a la protección de la infancia.

Y ahí estaba.

Apenas un mes antes de que ocurriera.

Se miró a sí misma sin entender cómo había podido sonreír alguna vez con tantas ganas.

Saint sacó la fotografía de la funda y le dio la vuelta.

No se inmutó al ver el sello.

ELI AARON

FOTÓGRAFO

31

Era un Colt Python con capacidad para seis disparos y acabado en níquel reluciente, casi un kilo de peso.

Cuando Saint sacó el revólver de la caja de zapatos del garaje, le pareció pesada como el plomo. Sabía que tenía dos balas en el tambor, que había una caja con una docena más escondida en algún sitio y que si su abuela la pillaba tocándolo probablemente la mataría.

Saint llevaba un mono descolorido con una camiseta blanca de tirantes debajo, y cuando levantó el revólver unos bíceps se insinuaron en sus brazos finos, y en sus ojos brilló la determinación. Llevaba una calavera con unos huesos cruzados dibujada en tinta negra en el dorso de la mano derecha.

Encontró la dirección de Eli Aaron impresa en el cartel.

Salió al alba.

Las nubes iridiscentes de la noche empezaron a disiparse. Se colgó la mochila al hombro y emprendió el sinuoso camino hacia Main Street. La comisaría estaba a oscuras.

La única luz provenía de la iglesia, donde se encendieron las primeras velas, se colocaron los folletos del servicio religioso en los

estantes y se disponían a tañer las campanas.

—¿Adónde vas?

Saint no aflojó el paso para hablar con Jimmy Walters, que estaba de pie junto a la puerta de la iglesia, con la Biblia en la mano.

—A ver a un fotógrafo, Eli Aaron.

—¡¿Para qué?! —oyó que gritaba.

—Para pegarle un tiro. Y traer a mi amigo de vuelta a casa.

32

Saint tomó el primer autobús, con los trabajadores del turno de mañana, que agachaban la cabeza para poder dormir un poco más arrullados por el murmullo del motor.

La carretera gris se abría paso entre hileras de trigo maduro tan alto como Saint, que ondulaba como si Dios hubiera tirado de la alfombra de debajo de la tierra que los agricultores labraban antes de que se asentara. Las torres eléctricas se erguían en formación sin orden ni concierto, como un gran ejército de acero. Un tanque de agua rojo oscuro se elevaba en un cielo sin rastro de color.

En el pueblo de Chesterwood cambió de autobús; el conductor le prestó más atención de la cuenta cuando se sentó sola detrás de él, contemplando el destino inminente, un horizonte con respuestas que no estaba ni mucho menos preparada para encontrar.

A unos ocho kilómetros a las afueras, en la señal que decía 15SUR, el paisaje se allanaba y el pasto amarilleaba y el margen de la carretera se convertía en grava del color de la sal.

El autobús siguió avanzando despacio, la caja de cambios rascaba, la suspensión rebotaba como en una atracción de feria.

Se bajó en medio de ninguna parte y el conductor parecía reacio a marcharse, siguiéndola por el retrovisor hasta perderla de vista; las hondonadas y las lomas de la ladera la apuntalaban a cada lado.

Desde la carretera recta los bosques alfombraban cientos de hectáreas, y consultó el mapa una docena de veces antes de dar con

una señal amarilla.

PRECAUCIÓN: MANTENIMIENTO VIAL MÍNIMO
CARRETERA DE SERVICIO
CIRCULE BAJO SU PROPIA RESPONSABILIDAD

Avanzó siguiendo las roderas, entre las que crecía la hierba tan alta como para que se doblara al pisarla. Cosechas enrolladas en fardos abigarrados trazaban un caprichoso damero en los campos. Un tractor salpicado de barro había quedado con la pala enterrada en la tierra. El camino desembocaba en un bosque tan espeso que aminoró el paso cuando vio que las hojas de acebo se deslizaban hacia un barranco, con sus bayas rojas brillando en las sombras.

Saint se mojó los pies al vadear un arroyo y las zapatillas se le quedaron heladas, rígidas como un cepo.

Siguió bordeando los pastos azules un largo trecho, y se veían ciervos y mapaches a lo lejos, y más arriba cuervos que la observaban como a una presa.

Cuando empezó a caer la lluvia miró a través de las frondas que dejaban pasar la luz con el vaivén del viento.

La casa quedó a la vista. De una sola planta, con la fachada de madera deslucida hasta el punto de que los marrones se confundían con el yeso, un par de tonos más oscuros donde el agua había resquebrajado el sello de la veta. El tejado era de chapa ondulada, y contó tres construcciones exteriores, inclinadas como si el suelo cediera a su peso. Otro tractor con cadenas oxidadas que envolvían neumáticos de la altura de un niño. Otra casucha a la izquierda, podrida, con el armazón expuesto como una osamenta calcinada.

Saint avanzó con cautela. Las hojas sueltas flotaban como copos de nieve.

Descubrió el primer cobertizo vacío al atisbar a través de los cristales ahumados por la bruma del ciclo de las estaciones.

No sintió la arremetida del miedo hasta que llegó al granero más grande y, a través de unas rendijas en la pared, vio el acero de una furgoneta.

Azul marino.

Parachoques cromado colgando de la parte delantera.

Oyó un ruido y se volvió, casi sin poder respirar hasta que vio a una ardilla zorro trepando por el tronco de un haya americana.

—Joder —masculló en voz baja; levantó la vista, y la lluvia cesó tan rápido como había empezado.

Pasó por encima de trenzas de ortiga, subió a un porche de tablas rojizas y se quedó quieta delante de la puerta, a la escucha.

En la bolsa llevaba el tirachinas.

Y la pistola de su abuelo.

33

—¿Necesitas algo?

Eli Aaron parecía un hombre de monte. Llevaba una camisa de cuadros, pesadas botas de trabajo y unos vaqueros con una raja en la rodilla. Saint dio un paso atrás antes de sacar el cartel de la bolsa.

—Vengo porque me gustaría ser modelo —dijo tímidamente.

La brisa se llevó las palabras mientras él se agachaba un poco y alargaba la vista hacia los árboles.

—¿Has venido sola?

—Hice autoestop desde la carretera de servicio.

—Deberías ir con cuidado. Hay serpientes. Atrapo lo que puedo… las culebras plantan cara.

Más que nada se fijó en su corpulencia. Debía de medir un metro ochenta, y rondaría los noventa kilos. De hombros anchos, caídos. Las manos colgaban a los costados como pedazos de carne. Sus ojos estaban vacíos hasta que sonrió, la dentadura brillante sobre la barba incipiente, el pelo largo y peinado con aceite. No recordaba haberlo visto en el instituto, en su memoria aparecía alguien completamente distinto. Como si cambiara de forma cuando le convenía.

El hombre se frotó la barbilla como si le picara. Saint había leído en la biografía del detective neoyorquino Roger Gable sobre lo que él llamaba «el pálpito», que con el tiempo se convertiría en su mejor

amigo, y que no ignoraba jamás, bajo ninguna circunstancia. Más que miedo o desconfianza, era una sensación que se le metía hasta el tuétano, por debajo de las capas de la piel, la sangre y las vísceras, era un malestar, algo que te decía que muy pronto te tocaría desenfundar el arma, y más valía que estuvieras dispuesto a apretar el gatillo.

Eli Aaron se hizo a un lado y Saint entró.

Le cogió el cartel y se quedó mirándolo.

—Todas creéis que puedo haceros quedar así. La envidia... no sienta bien —dijo con cuidado—. ¿Traes el dinero?

Ella asintió.

—¿Nadie sabe que estás aquí?

Ella negó con la cabeza.

El hombretón le dio charla. Le contó que cuando su abuela falleció le había dejado una Leica, y que era un apasionado del bosque, pero que aceptaba los encargos para las escuelas porque el precio de la gasolina no había hecho más que subir. Renegó sobre los embargos e Israel.

Saint vio fotografías enmarcadas de paisajes por los que había pasado caminando. Incluso en aquellas escenas en sepia y blanco y negro se notaba la desesperación, como si la tierra hubiera encerrado algo más indescifrable.

En la pared había un gran crucifijo de madera labrada. Un solo clavo partía la veta justo en el centro. La cocina consistía en un solo hornillo y ollas colgadas de un alambre; las ventanas detrás estaban tapadas con sábanas, que tamizaban la luz a través de la urdimbre.

Saint sabía que debía tenerlo siempre de frente, a suficiente distancia. Las tuberías vistas reptaban a lo largo y subían a través de huecos en la madera hacia otras habitaciones.

—Misty Meyer, la chica de su anuncio, va a clase conmigo en el colegio.

El hombre se apoyó contra el madero de cedro que remataba la chimenea. Había un par de velas medio derretidas, desfiguradas.

—Lo vi en las noticias. —Él levantó la mirada un instante.

—¿Recuerda dónde estaba la mañana en que ocurrió? —preguntó ella, procurando que sonara casual, aunque le tembló la voz en cada

palabra.

—En Brooks Falls. Los osos salen de la hibernación y sacan salmones a zarpazos del río. Me gusta ir, desde niño. Ves toda esa sangre chorreándoles de la boca.

—¿Se queda en algún hotel?

—En un camping.

—¿Y vive aquí solo? —preguntó ella mirando de nuevo a su alrededor.

Aaron sonrió como si la encontrara graciosa, como si captara todo lo que se le pasaba por la cabeza y adivinara sus movimientos antes incluso de que ella tomara conciencia.

El fregadero estaba lleno de sartenes, el metal oscuro pelado hasta dejar a la vista el hueso de plata debajo. Empujó una puerta y ella alcanzó a ver un pequeño dormitorio con un colchón desnudo amarilleado por el sudor. El hombre sacó un par de sábanas de una cómoda.

Saint vio libros apilados desde el suelo hasta el techo.

—No hay mejor manera de aprender —dijo él—. Si ves a través de los ojos de otra persona, lo entiendes todo mejor.

Agarró una bandolera de cuero.

Cuando salieron Saint se preguntó si Patch estaría allí, quizá bajo la tierra que pisaba. La idea agudizó sus sentidos.

Posó la mirada en el granero rojo.

—Mi cuarto oscuro.

—¿Revela usted mismo? —preguntó Saint.

—Solía llevar los negativos a algún laboratorio. Es caro.

—¿Qué le parece el de Alice Springs?

Notó que se crispaba un poco.

—El tipo que trabaja ahí... no entiende de arte. No ve lo que yo veo.

Eli Aaron avanzó pesadamente entre las hojas caídas, y cada tres pasos se volvía.

En ese momento Saint deseó oír un motor, o sirenas, cualquier cosa que le permitiera saber que había alguien más, que no estaba sola con el revólver de su abuelo y un gigante en aquellos bosques de Misuri.

Lanzó una última y angustiosa mirada atrás y entró.

Dentro había una tenue luz roja encendida. Los rincones de la sala se perdían en las sombras, un laberinto de mesas y maquinaria y el zumbido de un generador. El olor le quemó en la garganta.

Entonces supo que estaba en un aprieto.

No los típicos líos en los que se ven envueltos los chavales, o que hacen dar un grito a los profesores o que su abuela podría perdonar.

Era uno de esos aprietos serios que salen en los periódicos y en el telediario.

Aprietos que marcan de por vida.

34

En una habitación separada por unas cortinas tupidas, el hombre acercó un cajón de madera y le dijo que se sentara. Saint dejó la mochila en el suelo mientras él preparaba la luz continua. Colgó una sábana detrás, murmurando en voz baja mientras trajinaba. Ella no alcanzó a entender lo que decía.

Y de pronto el generador se detuvo.

Y entonces Saint oyó las palabras que recitaba, y se le heló la sangre al reconocerlas.

«Él me lleva a arroyos de aguas tranquilas.»

«Me infunde nuevas fuerzas.»

El mismo pasaje que su abuela había recitado una vez.

«El Señor es mi pastor.»

Una oración fúnebre.

Iba a hablar cuando la luz se apagó.

Eli Aaron disparó la cámara y por un momento lo vio delante con el destello del flash.

—Quítate las gafas.

Con una mano temblorosa se quitó la montura y la dejó en el suelo.

—No sonrías. Se te ve postiza.

Otro destello, esta vez lo vio a su izquierda.

Saint respiró hondo.

—Las chicas del instituto que desaparecieron… la universitaria.

Otro flash.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —comentó él.

Saint se lo dijo, e incluso en la oscuridad oyó cómo la alegría alcanzaba sus palabras.

—¿Rezas?

—Sí.

—¿Qué pides?

Otro destello. Ahora se mezcló con las sombras.

—«Un final apropiado y justo» —dijo ella, mientras el mundo a su alrededor se difuminaba y los contornos se volvían tenues.

Él se rió.

—«Yo soy el camino, y la verdad.»

—«Y la vida.»

—Conoces las escrituras.

Ella tragó saliva.

—Sé lo que está bien y lo que está mal.

—«Entonces el Señor mandó serpientes venenosas entre el pueblo.» No te preocupes, no te morderé. Estarías preciosa… un día lo estarás.

Saint sintió que se le saltaban las lágrimas.

—El periódico dijo que a esas chicas se las llevaron en una furgoneta azul.

—Yo tengo una furgoneta azul.

—¿Fue usted quien las raptó, señor Aaron?

—Sí.

35

No conocía un miedo igual.

Miedo que se apoderó de sus músculos, de su sangre y de su aliento, de su voluntad. Miedo que le decía que se levantara y echara a correr.

Que se había pasado de valiente, el mismo error que tan caro pagó Patch.

Saint se arrodilló para buscar las gafas, pero se topó en cambio con la mochila, y notó el frío metal al empuñar el arma y apuntar hacia la oscuridad.

Le arrebataron el revólver de las manos como si tal cosa.

Otro destello mientras se perdía de nuevo en las sombras.

—Dices que eres una santa, pero quizá seas tan pecadora como las demás.

Saint encontró el tirachinas y la caja de balines plateados de acero.

Le temblaban tanto las manos que una docena se derramaron por el suelo antes de que atinara a cargar uno.

Saint gimió al disparar a oscuras, con la esperanza de apuntar en la dirección correcta. Se puso de pie y tembló con todo el cuerpo al sentir el crujido bajo sus zapatos. Recogió las gafas hechas añicos, se las puso y lo vio todo resquebrajado.

La cortina se abrió y un resplandor rojizo llenó el cuarto vacío.

Siguiéndolo, salió a la nave principal del granero, entre largos pasillos de cajas apiladas de cuatro en cuatro. Las luces ardían al rojo vivo.

Cuando llegó al final de un pasillo, giró y pasó al siguiente.

Sólo entonces levantó la vista.

Y se quedó sin aire, como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga.

36

Las fotografías colgaban de alambres que se entrecruzaban más arriba. Cientos de fotografías. Arrancó varias y vio a las chicas, con la sonrisa puesta para un desconocido porque sus padres querían un recuerdo en cada etapa.

Y entonces advirtió que estaban pintarrajeadas.

Círculos toscos dibujados encima de cada cabeza. Aureolas. Avanzó

hacia otra hilera, que estaba intacta. Saint sintió que la recorría un escalofrío al ver que eran de Misty. Saint contó una docena de fotos. Una era de Misty en la portada de un periódico. En otra aparecía en la página de deportes, con el palo de lacrosse suelto a su lado.

Oyó un ruido a su izquierda.

Saint dejó caer las fotos y se precipitó hacia delante hasta que llegó a la pared del fondo.

Cuando vio el panel de monitores en la pared, las imágenes de vídeo en blanco y negro de una docena de cámaras colocadas alrededor de la casa y el bosque, supo lo que acababa de descubrir.

Observando las pantallas una por una vio los cuartos de los que habían llegado, los árboles, un dormitorio más ordenado y bonito y, por último, una especie de búnker, y allí, en el colchón, una silueta encogida.

El generador se apagó.

—No debería estar aquí —susurró, buscando la calma en el sonido de su propia voz—. Quiero irme a casa.

Saint, agazapada, retrocedió poco a poco junto a las cajas.

Encontró una puerta y entró en otra habitación igual de oscura. El olor a químico se hizo más intenso.

Sacó la caja de cerillas del bolsillo del mono y encendió una.

Distinguió formas y sombras, y se concedió un momento para calmarse antes de que el disparo casi la hiciera pedazos, con un perverso eco cuando una bala impactó en la pared por encima de su cabeza.

Oyó risas, como si estuvieran jugando con ella. Como si la estuvieran cazando.

Saint chocó contra las estanterías y oyó el ruido de cristales rotos justo cuando soltaba la caja de cerillas y echaba a correr.

Encontró unos escalones hasta un ancho túnel que volvía en dirección a la casa. Saint avanzó con rapidez y sin ruido, por el túnel y subiendo las escaleras, y desembocó de nuevo en la sala de estar.

Saint miró la puerta de la entrada, abierta al bosque, y supo que era el momento de echar a correr hacia los árboles, conseguir llegar a la

carretera y pedir ayuda.

Y entonces vio otra puerta. Y pensó en Patch, y en lo que haría si ella estuviera en apuros.

Saint abrió la puerta. Había otras escaleras que volvían al subsuelo, como si todo el complejo se hubiera construido para que Eli Aaron pudiera moverse a sus anchas bajo tierra sin ser visto. Se abrazó a la pared mientras descendía a oscuras, con el tirachinas en alto mientras doblaba un recodo.

Olía a tierra y a humedad. Una ráfaga de calor subió. Repentina y húmeda.

Saint fue tanteando la pared hasta que dio con un interruptor y lo pulsó.

Alcanzó a verlas un instante.

Una docena de tanques. Las serpientes parecían silvestres, como si las hubiera sacado del bosque sólo para mantenerlas cautivas con vida. Conocía algunas especies por los libros. Víbora cabeza de cobre. Serpiente de cascabel massasauga.

La luz vaciló hasta apagarse.

—¡¿Patch?! —gritó.

Oyó a Eli Aaron en las escaleras, persiguiéndola, y corrió hacia la oscuridad.

Otro disparo.

El sonido retumbó a su alrededor. Saint cayó de rodillas y gateó por el suelo.

Cerró los ojos con fuerza.

Rezó para que todo acabara de una vez.

37

Cada célula de su cuerpo se bloqueó por el miedo.

Y entonces vio el resplandor.

Aunque por cómo parpadeaba enseguida supo que estaba en un

aprieto de una nueva magnitud.

Olió el humo, pero no podía ver las llamas que la habían perseguido desde el granero hasta la casa de madera.

Acercó una mano a la boca y llamó a Patch.

Al final del túnel miró hacia arriba y vio una escotilla. El cristal estaba pintado de negro, pero dejaba pasar la luz por las grietas de la pintura.

Sintió que el humo le oprimía el pecho, la garganta.

Se irguió y, metiendo las puntas de los dedos en el borde, trató de izarse, pero le fallaron las fuerzas.

Volvió a intentarlo, gruñó al encontrar un punto de apoyo en la pared rugosa y clavó con fuerza la puntera de las zapatillas.

Con el primer golpe del mango del tirachinas resquebrajó el vidrio, y con el segundo lo hizo añicos. Saint se retorció para salir, cortándose con los cristales.

Empezó a chillar cuando unas manos recias la agarraron por las axilas y la sacaron del todo. Sin ver quién era, soltó todas las palabrotas que conocía, gritó «¡cabrón!» e «¡hijo de puta!», y cuando las llamas entraron en contacto con más productos químicos y reventaron las ventanas, se desmayó y quedó inerte en sus brazos.

—Te tengo, chavala —dijo Nix—. Te tengo.

38

Se sentó en la rampa trasera de una ambulancia mientras el fuego hacía estragos.

Apenas oía a la mujer que le hablaba cuando le examinaba los ojos con una luz y le hacía preguntas.

Con una manta sobre los hombros, arropada hasta el cuello, lo miraba todo a través de las gafas rotas.

Los policías retrocedieron ante las llamaradas cuando el fuego corrió entre la hojarasca hasta los graneros contiguos a la casa.

Saint le contó a Nix lo que sabía, y enseguida organizaron un

equipo y rastrearon la sangre hasta perderse entre los árboles.

Tragando bocanadas de aire gélido, ella se preguntó por qué el bosque no parecía distinto, por qué el cielo seguía siendo azul y los rayos del sol seguían cortando las sombras a través de los olmos blancos. Fue detrás de un coche patrulla y vomitó. Olería el humo durante semanas.

Saint se quedó hasta el anochecer e ignoró las miradas mientras observaba, a la espera, porque tardaron una hora en controlar el fuego.

Y cuando Nix por fin salió y negó con la cabeza, fue corriendo hacia él y empezó a soltarle puñetazos en el pecho.

Lloró hasta que su cuerpo cedió a la tensión de los últimos meses, y deseó que la tierra se nublara y los colores se desvanecieran.

Nix la rodeó con un brazo por la cintura al ver que pretendía volver a entrar. Para quemarse con él, quemarse con todos.

—Está ahí —gimió ella, desesperada, convencida—. Está dentro.

—Dentro no hay nadie.

—Vi...

—Has hecho lo que has podido, Saint —la consoló, alisándole el pelo y abrazándola con fuerza.

Los policías se desplegaron a través de la tierra inhóspita, con huellas de hollín en la cara mientras el esqueleto de la casa seguía lanzando pavesas al aire como semillas de diente de león.

La luz de la luna se hundía a plomo en el este tras los rastros de humo blanquecino enviados como aviso de que lo daban por perdido, que se rendían y admitían una derrota demoledora.

La lluvia llegó tarde y arreció con fuerza, embarrando tanto el sotobosque que apenas podían moverse. Encontraron dos masas de agua cerca del pantano, las orillas rebasaban por encima de una loma. Uno de los policías del condado de Ames se cayó y se torció la rodilla, y tardaron un par de horas en sacarlo. A esas alturas Saint ya sabía lo que se avecinaba, pero aun así contuvo un grito cuando Nix dio por terminada búsqueda hasta el día siguiente.

Enviaron avisos a todas las unidades, siguiendo el protocolo habitual, y sabían que Eli Aaron no podía haber ido muy lejos, aunque

sin duda conocía el terreno mejor que ellos. También sabían que tal vez hubiera muerto en la casa, tal vez se hubiera quemado y no quedaran de él más que los huesos.

—Te llevaré. Tu abuela está esperando en la estación.

En cuanto lo oyó, Saint echó a correr.

Oyó que la llamaban desde detrás.

Palabrotas.

Saint los perdió durante casi una hora. Le pesaba la ropa, las zapatillas arrastraban la tierra a cada paso que daba, abriendo su propia senda.

—¡Ya basta! —gritó Nix, con el pelo aplastado por la lluvia.

Continuó adelante, agachando la cabeza para resistir los embates del viento.

—¡Saint!

—Que se vayan todos a la mierda —masculló ella—. A la puta mierda todos, joder.

Nix seguía llamándola, y vio las luces de un coche patrulla al pie de un camino, pero no hicieron mella en la negrura de aquella noche.

Sintió que le hervía la sangre. Aspiró el olor acre de la tierra, oyó ulular a un cárabo.

Volvió a caerse y se quedó tumbada un rato, hasta que por fin se puso en pie arañando el suelo, con el mono roto.

No fue hasta pasada la medianoche, al cruzar marañas de ortigas y una poza de agua estancada entre rocas musgosas que trepaba por sus pies entumecidos, cuando lo vio. Saint se precipitó corriendo.

Las rodillas se le hundieron en el barro mientras le acunaba la cabeza entre las manos. Cerraba el ojo con fuerza como aferrándose a la pesadilla.

Saint lo estrechó entre sus brazos, derramando lágrimas calientes sobre su piel. Ni siquiera se dio cuenta de que los policías se reunían a su alrededor.

—¡Está vivo! —gritó Nix.

Los amantes, los soñadores

1975

39

Aquel primer día.

Patch tiritaba y lloraba, y se palpó el ojo para comprobar que lo tenía abierto, pero no veía nada porque había llegado al borde del abismo y estaba contemplando el final. Estaba tan oscuro que no distinguía formas ni distancias ni siluetas, ni el menor atisbo de luz por las rendijas de puertas o ventanas o huecos a su alrededor. Levantó la mano y, aunque se la puso a un palmo de la cara, no podía discernir los dedos ni la sangre reseca en los surcos de las palmas. Dondequiera que estuviese, fuera cual fuese el estado en que se encontrase, bien podría ser que se hubiera quedado ciego.

Ardía de frío, su vida giraba en torbellinos rojos y negros, y apretaba tanto la mandíbula que los dientes le bailaban y de tanto restregarse los labios le brotaba sangre.

Se preguntó si estaba muerto.

La mayoría de los vecinos de Monta Clare iba los domingos por la mañana a la iglesia de Saint Raphael, y una vez Patch se unió a los fieles y se sentó al fondo, sin arrodillarse ni cantar, simplemente observando cómo el hombre al frente de todo encendía las velas, pasaba la mano por las cabezas de la gente y les decía que estaban fracasando, pero que había que resignarse al fracaso.

Patch supo en ese mismo momento que era puro teatro, y que la muerte, cuando llegaba, no era luz ni confesión, no era perdón ni paz ni fuego. Era ese frío espacio de tiempo antes de que nacieras, esa ojeada a los libros de historia que bastaba para saber que el mundo había seguido girando antes y seguiría girando de nuevo, sin importar

quién estuviera allí para presenciarlo.

Concluyó que la prueba más decisiva de la vida era el dolor, y lo supo el día en que el coche negro paró delante de su casa y los dos hombres con galones y pelo rapado militar llamaron a la puerta y le dijeron a su madre que su marido regresaría en un avión con cien cadáveres más, todos tan jóvenes que antes de la guerra difícilmente habrían podido situar Vietnam en un mapa.

A los diez años se dio cuenta de que las personas nacían enteras, y que las cosas malas iban quitando capas a la persona que una vez fuiste, menguando la compasión y la empatía y la capacidad de construir un futuro. A los trece sabía que esas capas a veces podían reconstruirse cuando alguien te amaba. Cuando amabas a alguien.

Patch se llevó la mano al estómago, notó puntos en largas lazadas de hilo de algodón que se hundían bajo los jirones hinchados de la piel.

Al subir palpó magulladuras en el pecho.

Y más arriba comprobó que llevaba la cruz, colgada de un cordelito alrededor de su cuello. Una cruz que le había regalado Norma porque decía que lo protegería de todo mal. Patch no creía en Dios, sólo en Saint y en su abuela, y a veces en su madre.

Estaba tumbado encima de algo blando, y debajo había cemento y una mezcla de tierra y gravilla, como si hubieran rebajado la primera capa del suelo. Tarde o temprano iba a entrarle el pánico, lo sabía, pero el tiempo lo había abandonado completamente a su suerte e iba a la deriva, y la vida eran restos que flotaban inalcanzables: el rostro de su madre, el supermercado de Green, Misty Meyer...

Oyó gritos sin saber que eran los suyos.

La oscuridad era su salvación y su condena, y en los momentos de lucidez se preguntaba si estaba en el hospital. Si estaba en coma en cuidados intensivos y nadie más que Saint pasaba a verlo y a tomarle la mano.

Los ataques de dolor eran tan brutales que le entraban arcadas y vomitaba espumarajos que se secaban y le formaban costras en las comisuras de los labios.

Ni siquiera podía permitirse tener miedo.

Patch sintió el roce de una mano.

Dio un respingo.

No estaba solo.

40

Patch sabía que los sueños eran experiencia y anticipación, la huella de los recuerdos y los correspondientes actos.

La chica olía a aire libre, a crema para el sol y a chicle de cereza y a humo de leña.

—Abre la boca y trágate esta pastilla.

Hablaba con un acento que él no conocía. Quizá fuera de algún lugar muy al sur, donde se cultivaba algodón y se bebía bourbon.

Sintió su mano suave y cálida en la mandíbula mientras le inclinaba la cabeza hacia atrás para ponerle una pastilla en la lengua y acercarle una botella a los labios.

—Cuéntame algo que no sepa, anda. —Su aliento era caliente y dulce. Patch no pudo articular palabra—. Pues entonces voy a contarte algo yo. Las gambas tienen el corazón en la cabeza. Por eso son animales impulsivos y prácticos. Mi madre decía que soy toda corazón, pero te aseguro que no es verdad. La gente habla de enamorarse locamente como si eso fuera algo bueno.

De tanto esfuerzo intentando encontrar la voz, Patch empezó a sudar.

Oía el roce de sus dedos en el suelo, en las paredes, como si estuviera trazando un mapa mientras hablaba.

—La gente dice que el futuro no está escrito. ¿Sabes lo que es el azar? Tal vez. Seguro que sí sabes lo que es el destino y todas esas patrañas.

—¿Qué eres? —consiguió articular por fin, en un susurro que sonó fuera de lugar, como si hubiera olvidado el orden de las palabras.

—Soy sólo una chica que intenta buscar su camino en la oscuridad.

—Patch iba a hablar de nuevo, pero ella lo cortó—. Nada de nombres ni lugares. El grandullón nos escucha. Estás vivo, ¿verdad?

—Sí —contestó, con un gemido ahogado.

—Pues quizá mejor no hagamos nada que pueda estropearlo. Si te encuentras mal, me lo dices. Si tienes hambre o necesitas más agua. Un cubo para lavarte, otro para ir al baño. Hay quince pasos hasta la puerta, puedes dejarlo allí y se cambia enseguida.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

—Diez sueños.

—Deben de haber sido más de…

—Tienes la cabeza en…

—En las nubes —dijo Patch.

—En el pico de las nubes, con el ángel. A lo mejor puedes ver Misty Moon desde allí arriba.

—¿Misty? —preguntó, con una gran confusión—. ¿Qué día es hoy?

—El nombre de algunos días de la semana viene de la astrología griega. Júpiter, Mercurio, la luna. Jueves, miércoles… y lunes.

Se acercó hasta pegar la pierna contra la suya, y notó el roce de su piel.

—¿Eres real?

—Tan real como que estamos vivos —susurró ella bajando la voz.

—Y ese hombre, ¿es… el demonio o algo así?

—Todos somos nuestro propio demonio, ¿no crees?

Sintió el estremecimiento de la fiebre y cuando ella le tocó la mano, la oyó respirar hondo y maldecir por lo bajo.

—Estás ardiendo —dijo.

—Había piratas en el golfo Pérsico. —Aguzó la mirada como si pudiera verlos—. Saqueadores. Cuando les daba la fiebre, se sentían tan cargados de calor que creían que así podían abrasar a sus enemigos y se lanzaban de cabeza a la batalla.

—Y los pobres infelices perdían la cabeza —dijo ella, y Patch notó que cortaba el aire con una espada imaginaria.

—Tengo que volver a casa —dijo.

Ella se quedó callada, así que él alargó la mano y le rozó el hombro y la encontró como una luz en la noche más sombría del invierno.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Reza. —Le agarró la cara con fuerza—. Si quieres sobrevivir aquí abajo, arrodíllate y reza cuando él esté cerca. Y ten fe.

—Pero es que no...

—Hay una razón por la que yo sigo aquí y las otras chicas no.

41

Humedeciéndose la palma de la mano con saliva, la chica le apartó el pelo de la cara.

—Mi madre me cantaba cuando creía que el mundo había dejado de girar y se sentía perdida en la oscuridad. Según ella, cuando cantaba aquello de que hay un lugar más allá del arcoíris, le recordaba a Dios las cosas buenas que había creado para que moviera el culo y pusiera el mundo en marcha de nuevo. Y antes de que te dieras cuenta el sol te iluminaba y lo inundaba todo de una luz tan radiante que disipaba cualquier rastro del mal.

Patch habló con voz distante:

—Creo que hay respiraderos. Creo que dejan entrar el aire, pero no la luz.

Sintió que el colchón se hundía cuando ella se echó a su lado.

Patch pensaba en el metal que le había atravesado el estómago, que tal vez le había dejado algo dentro, algo que actuaba despacio pero que poco a poco acabaría por alterarlo. Herrumbre. Una gangrena rojiza y parduzca que infectaría la carne sana corroyéndola como madera podrida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó.

—Nuestro universo es negro. Una galaxia y estrellas y materia oscura, los planetas y las personas y los organismos. Todo está contenido en esta habitación donde no hay ni rastro de luz. Incluso cuando salgamos, llevaremos dentro nuestro propio agujero negro, que se tragará cualquier atisbo de alegría.

—Necesito saber cómo te llamas —dijo.

Oyeron ruido.

Ella levantó la voz y recitó:

—«Sé fuerte. Sé valiente. No les temas ni les tengas miedo porque el Señor tu Dios está contigo, no te dejará ni te abandonará.»

—Tengo que irme a casa —masculló Patch.

Más alto:

—«Confía en el Señor con todo tu corazón, y no confíes en tu propia inteligencia. Busca la voluntad del Señor en todo lo que hagas, y él dirigirá tu camino.»

Él suplicó.

—Reza y vivirás —le susurró ella.

—Me llamo Patch. Y me raptaron en...

La llave encontró la cerradura.

Las manos de ambos se encontraron.

Patch no la soltaría.

Desde el primer momento sintió que estaban unidos para siempre.

42

Un día consiguió sentarse y palpó a tientas el tabique de yeso. Pintado de negro.

Registró la habitación, cartografiando cada centímetro con la palma de la mano, buscando un resquicio, una tabla suelta, algo por donde empezar. No tenía nada en los bolsillos. Tampoco llevaba puesta la camisa, porque hacía calor. No por la fiebre, sino un calor húmedo, como si lo hubieran llevado tan al sur que, aunque lograra escapar, no sería capaz de reconocer nada.

Sin un grillete en el tobillo, sin cadena. Sin zapatos.

Cuando se abría la puerta no entraba nada de luz, como si lo que había al otro lado estuviera igual de oscuro.

La chica iba y venía. A veces contestaba y otras se escondía tan a

conciencia que Patch se daba cuenta de que podía desaparecer a su antojo.

Una vez lo asaltó un recuerdo tan vivo de su madre que se incorporó de golpe chillando y la chica lo ayudó a tumbarse de nuevo.

Y cuando se puso a aporrear la puerta pidiendo a gritos que lo sacaran de allí, ella lo acompañó de nuevo al colchón y le dijo que se calmara.

—¿Estaba dormido? —preguntó—. Es difícil saberlo. Aquí abajo ya no sueño. Está demasiado oscuro. No sé dónde estoy.

—Crees que estás en el infierno. Pero la fe en Dios te puede llevar a un sitio mejor.

—¿Por qué hablas así?

—Intento que sigamos con vida. Y por si acaso, siempre es mejor curarse en salud, ¿no?

—Háblame de los demás.

—Tú eres el primer chico.

—Pero hubo otras chicas…

Oyó que tragaba saliva.

—Y ahora sólo quedo yo.

43

Oyó pasos junto a la puerta.

—No puedo respirar aquí abajo.

—Tienes que serenarte, arrodillarte y rezar —le dijo ella.

—Pero es que…

—«No temas, porque yo estoy contigo; no desfallezcas, porque yo soy tu Dios; te fortaleceré, te ayudaré, te sostendré con la diestra de mi justicia.»

Se quedaron tumbados en silencio hasta que los pasos se alejaron.

La chica le pasó un dedo por el estómago. Y luego subió por los huesos de las costillas, que sobresalían como fósiles. Resiguió la clavícula con el dedo y lo hundió en el valle, y luego siguió por la

garganta. La barbilla, la boca y los dientes.

La nariz.

Le rodeó el ojo y acarició las pestañas. Patch necesitó reunir sus últimas fuerzas para sujetarle la muñeca cuando se movió hacia el otro lado de la cara, e incluso en la oscuridad echó de menos llevar el parche.

—¿Sabías que te falta un ojo?

—Los chavales en el instituto suelen recordármelo.

Pensó en el doctor Klein y su consulta llena de frascos con cosas maravillosas y maquetas del oído interno y el aparato reproductor.

No tenían dinero para especialistas, pero lo de Patch no era nada especial. «Simplemente te falta un ojo que los demás tenemos.»

—Es muy suave al tacto, me encanta.

—¿Oye todo lo que decimos? —preguntó Patch en un susurro.

—Puede ser.

Patch metió las manos debajo de las axilas para contener un escalofrío que le subía desde las rodillas y le recorrió todo el cuerpo hasta que se le erizó el vello rubio de la nuca. No se ponía enfermo desde niño, cuando murió su padre y cayó con una gripe de la que no remontó prácticamente en un año. Los músculos se le resistían cada mañana cuando bajaba las escaleras, y vio como poco a poco perdían vigor. Fue una lenta caída en la pobreza que no había previsto, ningún niño puede. Las comidas iban a menos mientras el hambre iba a más, hasta que notó que los vaqueros le colgaban cada vez más de la cintura y tenía que hacer nuevos agujeros en el cinturón. Su madre era tan inestable como las estaciones, unas veces cálida, cuando lo abrazaba y le decía que las cosas se arreglarían, y otras parca y seca cuando él le preguntaba qué podían preparar con pan duro, un paquete de copos de avena y un par de latas de tomate. Conseguía y perdía empleos tan a menudo que él nunca sabía si al volver a casa lo recibiría el olor del estofado irlandés que solía preparar o se encontraría con que habían cortado la luz o al doctor Tooms esperando en la mesa de la cocina como si supiera que Patch pasaba tantas necesidades.

—No sé si podré aguantar —dijo.

Entonces se echó a llorar.

—Resistirás —contestó ella con convicción.

—Yo…

Le puso una mano en la mejilla.

—Eres fuerte. Tú y yo somos de otra pasta. Nacimos con todas las de perder. Vemos a los demás ahogándose en un vaso de agua y pensamos cuánto durarían si se pusieran en nuestra piel, con la infancia que hemos vivido.

Patch sollozaba.

Ella le acarició el pelo con la mano, bajando la voz hasta que fue apenas un susurro.

—Cuando salgas de aquí nadie sabrá que lo perdiste todo, que miraste de frente un final que los demás ni siquiera pueden comprender. Eso te hará fuerte. Y se arrepentirán de haberse metido contigo.

44

—¿Te estarán buscando?

—Hay un policía que a veces pasa por mi casa —dijo Patch.

Recordó las ocasiones en que el comisario Nix aparecía cuando algún vecino llamaba a la policía porque Ivy estaba desplomada al volante del Fairlane y Patch no conseguía sacarla de allí y meterla en casa a tiempo. Nunca daba parte. Se limitaba a llevarla adentro y la ayudaba a acostarse, y luego sacaba un par de billetes de la cartera y se los daba a Patch. A Saint no le había contado esas cosas. Aprendió pronto lo mucho que podía ocultarse con una sonrisa.

—¿Y tus amigos?

—Saint.

Pensó en aquella chica menuda, espabilada, siempre en busca de coincidencias que los acercaran. Que aprendió a dominar el tirachinas un día más rápido que él. Que se sentaba a su lado cuando hacían los

deberes de matemáticas y le ayudaba a encontrar soluciones que a él le parecían inalcanzables, engatusándolo y guiándolo hasta que sólo quedaba una opción y ella le sonreía como si la hubiera averiguado solo. Pensó en Norma, en su gran corazón, en sus platos deliciosos y en su espíritu tolerante.

Había intentado existir a la sombra de la vida de ambas para que no les pesara demasiado su presencia. Intentaba aportar sus puntos de vista, ser gracioso y encantador, hacerse querer. Echar una mano. Una vez les arregló el jardín mientras Saint acompañaba a Norma a hacer la ruta en el autobús. En otra ocasión pintó el marco descascarillado del ventanal delantero del caserón donde vivían. Esos días cenaba caliente y acababa tan saciado que dormía toda la noche de un tirón, ni siquiera se despertaba cuando su madre volvía del turno. Esos días se quedaba a cenar con ellas porque se lo había ganado.

—Saint... saca lo mejor de mí —dijo.

—Háblame de ella.

—Es lista. Y toca el piano tan bien que me quedo embobado mirándole los dedos. Es flaquita, lleva unas gafas grandes y el pelo recogido en una trenza.

—¿Y sus padres? —preguntó.

—Su madre murió un par de días después de dar a luz. Era muy joven. Saint dijo que, si el aborto hubiera sido legal, no habría nacido. Después su padre se largó de la ciudad. No les mandó nada de dinero a sus abuelos. Ella encontró cartas que su abuela le había escrito. Devueltas sin leer.

—Esta Saint está enamorada de ti.

—No. Lo que pasa es que es muy buena, y quizá también me tiene lástima. Supongo que a veces las dos cosas van de la mano. Y no voy a renunciar a ninguna de las dos.

—Tú no necesitas compasión. Y apuesto a que eso Saint ya lo sabe. Es buena contigo porque te quiere.

Patch negó con la cabeza.

—Ahora que no estoy se dará cuenta.

—¿De qué se dará cuenta? —preguntó ella.

Contestó sin ambages, la verdad pura y dura.

—De lo poco que se pierde.

Sintió el roce de su brazo desnudo en la piel.

—Necesito saber cómo te llamas —dijo Patch.

Exhalando su aliento caliente al acercarse, ahuecando las manos, bajó la voz y le susurró al oído:

—Grace.

45

Se arrodilló a su lado y Grace lo guió en la oración. Recitó las Escrituras en voz alta hasta que el hombre de la puerta se marchó.

—Tal vez un día seré la primera en verlo después de la Resurrección. Y si soy elegida, me enviará con las tres personas. Y me vaciarán por dentro. Verán cómo se derrama mi sangre sobre la roca negra, como si yo nunca hubiera existido.

—Amén —dijo él.

—¿Listo para empezar el día? —le preguntó.

No sabía si era la falta de luz lo que realzaba sus palabras o sencillamente que tenía la voz más dulce que él había oído nunca. Ella se encargaba de dividir sus horas entre la escuela y el fin de semana.

Y los días de clase, tras marcar unos objetivos, se tumbaban uno al lado del otro y se imaginaban una pizarra donde ella escribía con su primorosa letra ligada.

—Lunes por la mañana —anunció, y Patch se preguntó si en realidad no sería plena noche, y también si aquella chica no estaba un poco loca.

Grace carraspeó e hizo que retrocedieran dos décadas. Habló del canal que separa Francia e Inglaterra y recordó que un jueves por la tarde llovieron panfletos del cielo pidiendo a los habitantes de París que huyeran de la ciudad y fueran en busca de la oscuridad y la soledad del campo. Habló de los bombarderos que surcaban el espacio aéreo.

—¿Cómo se puede surcar el aire? Es aire —dijo Patch.

—No vas a dejar que un viejo Spitfire eyecte justo encima de tu cabeza —contestó ella impaciente.

Aunque no sabía lo que significaba «eyectar», se quedó callado. A Grace no le gustaba que la interrumpieran.

Le contó que, aunque París había ardido en una ocasión, los tesoros de la ciudad se salvaron porque Von Choltitz hizo caso omiso a una orden directa. De un salto pasó a Ana Frank y su cúmulo de contradicciones. Y cuando Patch conoció aquel miedo, contenido durante setecientos sesenta y un días, sintió que el nudo del estómago se le aflojaba un poco.

—Fin de la Segunda Guerra Mundial. ¿Alguna pregunta?

—¿Así que ellos...?

—Estupendo. Sigamos adelante. De las ruinas de Europa surgió nuestra expresión artística más sublime, que unió a los comunistas y a los capitalistas. Hablo, por supuesto, del ballet.

Patch dejó escapar un suspiro y la notó fruncir el ceño a través de la oscuridad.

Empezó a contar la vida de Pierina Legnani mientras se ponía en pie.

—Si pudieras verme ahora mismo, del asombro se te abriría el ojo como un plato. Hago piruetas con la elegancia de Marta C. Hasta podrías confundirme con un cisne.

—¿Un cisne?

—Una primera bailarina con la elegancia de un cisne, te arrancarías el ojo con el que ves al darte cuenta de que nunca volverá a ser testigo de tanta belleza.

—Hablas mucho de mi ojo.

Sintió una ligerísima brisa cuando ella empezó a dar vueltas.

—La clave es fijar la mirada en un punto mientras giras. Ayuda a no perder el equilibrio. Practicaba de niña, y hacía temblar las tablas de madera del suelo con mis zapatos de claqué hasta que sentía el corazón a punto de reventar y me temblaban las piernas como las patas de un perro cagando.

—Elegancia pura.

—Con la velocidad que estoy alcanzando ahora podría generar energía suficiente para iluminar el árbol de Navidad del Rockefeller Center.

Patch dejó escapar un suspiro.

—Irás a Nueva York, Patch. Y verás al príncipe y a Odette y a Odile, y te emocionarás con cada uno de sus movimientos. Y al final, cuando se reúnan en el momento de la muerte, serás el primero en levantarte, aplaudir y silbar.

—O el primero en quedarme dormido durante la función.

—Movimiento perpetuo. Vendrán de todos los rincones del mundo a ver a la chica que después de vivir en cautiverio llegó a ser primera bailarina de la compañía. En la prensa me darán el título de Maestra del Tirabuzón y batiré el récord de vueltas seguidas en puntas de pie sin caerme nunca.

Justo entonces perdió el equilibrio y se desplomó en el colchón.

—Y Grace se cayó —dijo Patch.

Ella le dio la mano y se la apretó con fuerza, y se acercó como para decirle algo al oído, pero entonces oyeron girar la cerradura.

46

—Hola, soy Johnny Cash —dijo Grace, con voz grave y pausada.

Empezó a cantar despacio, casi como si hablara. Disparé a un hombre en Reno. Y poco a poco se fue animando, y acabó cantando con tanta fuerza y pasión que a Patch le asomó una sonrisa.

En su canto pasó de Folsom a Sue, luego a caminar por la cuerda floja antes de afirmar que les quedaban cinco minutos de vida.

—Vestía de negro porque se identificaba con los golpeados por la vida. Y nadie ha recibido más golpes que tú, Patch.

—Cierto.

—Pero no te preocupes, vigilo de cerca tu corazón.

Patch se movió en silencio, a tientas. Contó diecinueve pasos por quince. No llegaba a tocar el techo, y durante un tiempo pensó que

ésa podría ser una salida. Y durante un tiempo había intentado contar de alguna manera cuánto pasaba entre visita y visita; cuánto faltaba para que cambiaran el cubo, trajeran el agua y la comida.

—Píntamela —dijo Grace.

—¿Qué?

—Píntame tu vida. O una imagen concreta. Píntamela con todos los colores que conozcas, para que pueda verla, para que podamos verla.

Le habló de la vieja casa de Rosewood Avenue, del día en que empezó a ir a la escuela y de cómo los otros niños le dieron de lado hasta que su madre le compró el tricornio y el chaleco, y le hizo el parche en el ojo con la calavera y los huesos cruzados.

—Por lo que cuentas, parece una buena madre.

—Lo es —dijo, plenamente convencido—. Nunca oímos ningún otro sonido de fuera.

—Te lo dije, ahí fuera no hay nada. La puerta da al espacio exterior. Mil millones de estrellas tan cerca que puedes alcanzarlas y tocarlas. Necesito agua, si no, no podré hacer ese bis.

—¿Adónde crees que va ese hombre? —dijo Patch pasándole la botella.

—A cazar.

—¿A cazar qué?

Le acercó suavemente los labios al oído.

—Malas personas, como tú y yo.

Pensó entonces en su madre y volvió a sentir las lágrimas a traición.

—Nosotros ya no lloramos —dijo ella, y le secó el ojo—. Él no merece nuestras lágrimas. Ni él ni nadie.

47

Contra la pared del fondo había un recio parapeto de ladrillo, y a veces se sentaban allí y Grace le decía que estaban mirando al Pacífico y le señalaba graneleros y cargueros y buques frigoríficos. Sabía

nombres de aves marinas que a Patch no le hubiera extrañado que fueran inventados. Mérgulo Empenachado. Erin Spencer. Le explicó que las puestas de sol eran tan bonitas porque la luz hacía un camino más largo a través de la atmósfera para poder esparcir esos violetas.

—¿Cómo sabes tanto? —dijo.

—He vivido una vida.

Mientras ella hablaba, Patch hundía las uñas en el cemento y trabajaba en el surco que había ido abriendo poco a poco. Y cuando ella se iba, usaba sus últimas fuerzas para mover el ladrillo de arriba hacia delante y hacia atrás, aflojándolo cada vez más.

Cuando el hombre apareció Patch reculó gateando. Aunque la oscuridad era total, no se les permitía darse la vuelta. El hombre no hablaba, pero aun así Patch sentía su presencia, su poder. El miedo de Grace.

Se arrodilló en su sitio junto a ella, que recitó con calma:

—«¡Dios es mi salvación! Confiaré en él y no temeré; el Señor es mi fuerza; el Señor es mi canción; ¡él es mi salvación!»

Grace le dio un codazo con disimulo.

—Isaías 12:2 —añadió Patch con aplomo en la voz, como habían practicado.

Reconoció algunos olores que emanaba el cuerpo del hombre. Melocotón. Sudor. Colonia. Moho.

Y cuando se fue, volvieron a respirar tranquilos.

Grace se encargaba de que hicieran ejercicio, tan duro e intenso que a Patch los músculos le ardían durante horas y días. Al principio los abdominales le dolían de tal manera que esperaba a que ella se durmiera para llorar.

Sintió que le metía algo en la boca con los dedos.

—Bombones rellenos de crema de cacahuete —dijo.

—¿Cómo los has conseguido? Nunca he probado nada tan dulce.

—Ya ves, soy espabilada.

Se sentaron juntos, de espaldas a la pared.

—Cuéntame lo que echas de menos —le pidió Grace—. Te contaré lo que yo echo de menos. Echo de menos cuando la luna se desliza

bajo el agua y todo se vuelve azul. Echo de menos las cuatro caras del tiempo. Echo de menos los caminos de baldosas amarillas y los hombres de hojalata. Echo de menos el otoño.

—Yo no echo de menos... A veces ni siquiera quiero volver a casa.

—¿Por qué no?

—La gente dice que soy un ladrón.

—¿Por qué?

—Porque robo.

A Grace se le escapó una risa que poco a poco empezó a sacudirle los hombros hasta que la presa estalló.

Y entonces él se echó a reír también.

En aquel vacío que succionaba todo el pasado hacia dentro y lo apagaba, Patch y Grace se reían a carcajadas.

Esta vez fue él quien recorrió con la mano los contornos de su cara, sus pómulos marcados, las leves hondonadas junto a sus sienes.

—Píntame —le pidió ella.

—Necesito verte.

—Estoy descalza en una orilla de los lagos del norte, con la arena rosada bajo mis pies porque la franja de riolita del noroeste es tan preciosa que duele mirarla. Como si fuera a petrificarme. Más de sesenta kilómetros abajo, con los cristales. Momificada en rosa. Ojalá me conserve igual de bella.

—¿Crees que hay alguien buscándote? —dijo él, y de algún modo la pregunta oscureció aún más aquella habitación, de algún modo robó un poco más del aire que respiraban.

—No queda nadie ahí fuera. Nadie.

Esa noche, después de que el hombre se la llevara, Patch se dedicó a seguir aflojando el ladrillo.

Hizo el surco más profundo.

La uña se le arrancó de cuajo, pero no lloró.

Cuando ella se iba, la veía en campos de amapolas, en la arena dorada o flotando en un mar muerto. No podía ponerle cara ni cuerpo, así que veía a través de sus ojos. Esos pensamientos se arremolinaban alrededor de una raíz más oscura que Patch trataba desesperadamente de ocultar.

Y cuando ella volvía el miedo lo anclaba a su lado mientras se armaba de valor para acercarse un poco más y pasarle el brazo por el hombro. Y, poco a poco, ella se acercaba a él y apoyaba la cabeza en su pecho. Patch aspiraba su olor. El cuerpo de Grace se amoldaba al suyo.

—Hay gente buscando —dijo él—. Hay policías, vecinos, carteles, anuncios de televisión y líneas telefónicas de asistencia. Y aparte de eso hay una brigada con las armas y la preparación necesarias para hacer las preguntas oportunas.

—A veces quiero que el hombre se muera.

Patch guardó silencio, preguntándose en qué momentos no quería.

Sabía que la compasión era fuerza y a veces debilidad, y que era eso lo que dividía la conciencia.

A veces le gustaba que estuviera callada porque se sentía más cerca de ella, y a veces deseaba que lo transportara lejos con sus historias.

—Háblame del jefe de policía —le pidió Grace.

—Cuando mi madre trabaja por las noches, se queda con el coche al ralentí delante de casa.

No le contó con qué ansia esperaba ese sonido, que sólo entonces podía acostarse con la tranquilidad necesaria para dormir. Que una vez se había asomado a la ventana y el policía le había saludado con la mano y luego le había hecho señas para que volviera a la cama, como diciéndole que fuera a descansar porque al día siguiente había colegio y era demasiado pequeño para quedarse solo en ese viejo caserón.

—Se preocupa —dijo ella.

—Pero seguramente este sitio no tenga nada que ver con los lugares por donde él podría estar buscando.

—Piensa que no es el único. El único buen policía.

—También está el médico. El doctor Tooms. Siempre es muy atento.

—Cuando salgas no necesitarás a ninguno de los dos —le indicó ella.

Cuando ella se iba, rezaba para que no volviera. Para que encontrara la manera de regresar a casa.

—Cuando sales de aquí... de esta habitación —dijo, y no pudo terminar su pensamiento, ni su frase, ni su respiración.

Ella se pegó a él, le agarró el brazo y se lo pasó por la cintura, apretándolo contra su vientre.

—Cuando salgo no es lo que imaginas... lo que temes. Esos pensamientos que hacen que quieras...

—Que quiera morirme —dijo él—. Y matarlo. Y protegerte.

Patch sintió la tersura, la oquedad que se abría bajo los huesos de la cadera de ella. Sintió la protuberancia donde acababan las costillas.

—Nunca podremos volver —dijo—. Ahí fuera nada es lo mismo. Las Rocosas no están nevadas, el río Colorado está seco y el sendero Apache no se encuentra en Phoenix. Una iglesia en Mesa Verde perdió a su dios, así que la gente reza a los demás como si no fueran demonios. Todo es distinto. Ahora todo es distinto.

Estaba convencido de que su pelo brillaba como el oro hilado y, por un momento, se preocupó al pensar en su propia apariencia. En que pudiera no gustarle porque no se parecía lo suficiente a la imagen que ella se había hecho.

—Tengo un hueco entre los dientes —explicó Grace.

—Ah.

—Y los dientes enormes. Como los de un conejo. Podría abrir una lata a mordiscos. Supongo que con la luz ideal, para el cazador ideal, soy adorable.

Patch sonrió.

—No te preocupes, yo me quedaba mirando los desguaces de coches en vez de volverme para a ver el río Charles —señaló ella.

—Nunca sé muy bien de qué estás hablando.

—Veo lo que otros no ven.

Se oyó el tintineo de unas llaves en la cerradura.

—Pues nos iremos a otro sitio —dijo él exhalando en su pelo. Más tarde, esa misma noche, soltaría por fin el ladrillo.

Notó las fuertes pisadas en el suelo al dar la espalda y arrodillarse en ademán de oración.

Esta vez olía a chamuscado y a metal.

No fue hasta más tarde cuando se dio cuenta de que era el olor de un disparo.

49

Grace le llevaba cosas: un cepillo y pasta de dientes, un cortaúñas.

A veces le decía la fecha como si la supiera, como si significara algo, como si ellos dos no fueran lo único que importaba.

Se movía a través de las estaciones, le hablaba del huracán de Galveston de 1900 y los ocho mil muertos que dejó a su paso. Y del Cuenco de Polvo de la década de 1930, cuando con la sequía las praderas quedaron arrasadas y se agrietaron hasta que dejó de crecer nada, ni siquiera trigo o cebada.

—La fiebre del oro. De California al verano en el reino de Colorado. Por supuesto no es sólo metal precioso enterrado en tierra de nadie, pero ya te haces una idea.

Pasó limpiamente a Steinbeck y a la familia Joad y el millar de emigrantes de Oklahoma en busca de esperanza por las tierras deprimidas. Pintó con tal viveza el Cuenco de Polvo que Patch podía ver las ventiscas negras convirtiendo el día en noche y sentir cómo le secaban la garganta y envolvían sus sueños como una mortaja.

—Quizá ésta sea nuestra gran depresión —reflexionó Patch.

Grace le dijo que no se pusiera tan dramático.

Le enseñaba francés con un acento tan auténtico que él apenas podía entenderle una palabra, pero aun así ella seguía marcando las nasales, las erres cavernosas, y aplaudía a rabiar cuando él intentaba imitarla, y lo llamaba *«mon chéri», «mon coquelicot», «mon chouchow».*

—¿Alguna vez te preocupa no estar del todo cuerda? —le preguntó, después de que lo obligara a cantar «La Marsellesa».

—La cordura es el redil de la falta de inspiración, mi querido Patch.

Prefiero vivir y morir en los extremos que moverme en la mediocridad.

Dejaba que rumiara esas cosas que le contaba. Al volver ella le hacía preguntas, y cuando él acertaba la respuesta la habitación se iluminaba. Y, para su sorpresa, retenía más que cuando iba a la escuela.

—Hoy es mi cumpleaños —anunció Grace.

—¿Cómo lo sabes?

Patch hacía flexiones. El sudor le resbalaba por la nariz al suelo de piedra. No contaba, seguía hasta que le flaqueaban los brazos. Descansó y volvió a empezar.

—Me gusta comer pastel de Navidad el día de mi cumpleaños. Mi madre llenaba la despensa cada diciembre.

No la había oído mencionar a su madre hasta entonces.

—¿Cómo es? —dijo.

Y cuando contestó, fue también en voz baja.

—Bondadosa. Débil. A veces me pregunto si las dos cosas van de la mano.

—La bondad requiere más fuerza.

La oyó tragar saliva y se dio cuenta de que estaba más cerca de lo que pensaba.

—Cuando salgamos de aquí, te traeré un regalo.

—¿En una cajita azul? Somos demasiado jóvenes y estamos demasiado jodidos para casarnos, Patch.

—¿Qué te gustaría?

—Quiero que me encuentres. Eso podrás hacerlo, ¿verdad? —preguntó.

—Deberías hacer flexiones conmigo.

—No puedo hacer flexiones el día de mi cumpleaños, Patch.

—Conseguiré que salgamos de aquí —le prometió él en un susurro tan bajito que ella se inclinó para poder oírlo—. Te prometo que te llevaré de nuevo a casa.

—Así que ahora eres un tipo duro, ¿eh? —bromeó ella, y él oyó la sonrisa.

La llave, el suave roce del metal, el giro brusco cuando el hombre

entró en la habitación. Grace se estremeció, tembló como nunca antes había temblado.

Patch no tenía nada que darle, ningún regalo para arreglar las cosas. Pero sabía que podía hacer algo para alegrarle el día.

Sintió cómo los dedos de Grace soltaban los suyos.

Se irguió a su lado, palpó el camino a tientas mientras se arrodillaban uno junto al otro para rezar. Patch alargó la mano y retiró el ladrillo suelto.

Pesado y macizo.

Y a punto.

—«No toméis venganza, queridos hermanos, dejad el castigo para la ira de Dios, porque está escrito: "Mía es la venganza; yo pagaré"» —recitó Grace alto y claro, y le dio un codazo con suavidad.

—Feliz cumpleaños —dijo él, y se levantó y descargó el golpe, fuerte y seco; el único sonido fue el pesado crujido del hueso. Y luego el ruido sordo del hombre al caer en el suelo.

Perdió la mano de Grace, y notó que otra lo agarraba del tobillo.

La oyó gritar cada vez más lejos mientras el hombre se arrastraba sobre su cuerpo. Con una mano en su brazo, empujándolo hacia abajo.

Cerró el ojo.

No lloró.

Su vida tenía un regusto a metal, y a otros posos amargos.

50

—Estás enfermo —dijo Grace.

Lo sabía desde hacía tiempo; horas o días, tal vez. Volvía a tener la piel resbaladiza y, aunque ella decía que le ardían la cabeza y el cuerpo, no podía hacer nada más que tiritar y acurrucarse hecho un ovillo en el colchón. Intentaba que no se le notara, hablar sin que le castañetearan los dientes, le temblara el pecho y le faltara el aire, pero por mucho que se concentrara apenas lo lograba. Las náuseas eran incontenibles.

—La pista de hielo. Rockefeller Center —dijo ella.

—¿Es de noche? —preguntó.

—Sí. Y está nevando. Y somos las únicas dos personas en toda la ciudad de Nueva York. Y estamos llenos.

—¿Llenos?

—Hemos ido a cenar al Barbetta.

A veces mencionaba lugares y Patch se preguntaba si se los había inventado porque sonaban bien, o si en realidad el mundo de ella era una galaxia comparado con el suyo, un grano de arena.

—Nos hemos dado tal atracón de pasta que apenas podemos respirar. Tú llevas una camisa blanca y hay una mancha de salsa, pero está en un ángulo ciego de tu ojo, así que ni te enteras.

Él frunció el ceño, y ella pareció darse cuenta porque se echó a reír.

—Me agacharía y te lo limpiaría. Escupiría en mi servilleta y restregaría la mancha.

—Y entonces nos pedirían que nos fuéramos.

Volvió a reírse, una risa dulce.

—Yo les diría que estaban en presencia de un pirata, y que tuvieran cuidado o los rebanaría con su espada.

—Sable.

—Pues con su puto sable.

Le gustaba cuando decía palabrotas. Sonaba fatal. Como oír a una monja o a un profesor soltando tacos.

Tosió y notó un regusto a sangre, pero no se lo dijo porque había cosas más importantes que decir.

—Antes estaba perdido.

—Sigues perdido, Patch.

—Dos personas están menos perdidas que una.

—¿Has pensado en escribir poesía?

—Sé patinar —sugirió él.

—No me lo creo. Con un solo ojo... debes de caerte constantemente.

—Nunca he salido mucho de Monta Clare. No sé dónde estamos ahora, pero seguro que será lo más lejos que haya viajado en mi vida.

—Tienes que ver cosas. El mundo es muy grande. Confía en mí y te lo enseñaré.

—Confío en ti.

—Entonces déjate llevar por la imaginación.

Descubrió una ciudad que no había visitado nunca. Vio hielo y nieve caer como ceniza de un fuego blanco. Edificios tan altos que se cernían sobre él. Luces refractadas y cristal y acero y vapor saliendo de las rejas. Grace lo pintaba todo con sus palabras, y Patch sentía el ardor de aquella energía que emanaba desde Wall Street y resplandecía en Broadway. Voces y motores, el crujido de los periódicos.

Y la música.

—Patch —preguntó ella en voz baja—. ¿Oyes eso?

—¿Es real?

Lo ayudó a levantarse.

El dolor era insoportable.

—¿Qué hacemos?

Sintió que ella lo miraba en silencio, y supo que no había nada que pudieran hacer. Nunca había estado en su mano hacer nada.

—Estamos en el hielo —dijo Grace, concentrada—. Estamos en el hielo y hay tantas estrellas que no podemos evitar mirar hacia arriba. Nos paramos en el centro y nos tumbamos boca arriba.

—Esta canción —dijo él, cuando por fin se permitió oírla.

—¿Crees que es ahí donde estamos?

—¿Dónde?

—En el final oscuro de la calle.

Se inclinó un poco, y ella lo atrajo hasta que la barbilla de él descansó sobre su cabeza, y Grace tarareó la letra directamente a su corazón.

Patch no sabía que la oscuridad pudiera ser tan hermosa. No sabía que dentro de su pecho una costilla le había perforado el pulmón. Que el aire se estaba filtrando en la cavidad pleural. O que se le había roto el bazo y se estaba desangrando poco a poco, por dentro.

—¿Habías bailado alguna vez con una chica, Patch?

Grace se dio la vuelta. La siguió. Y empezaron a moverse lentamente.

—Podríamos bailar sobre el hielo y todo el mundo nos vería —susurró ella.

—No me gusta que me miren.

—Bueno, entonces has elegido a la chica equivocada para bailar.

Durante un instante perfecto no fueron más que dos adolescentes enamorándose.

—Nos encontrarán —dijo ella en voz baja.

Cuando la música se fue atenuando y sólo oyeron el ruido de fondo del disco dando vueltas, Grace levantó la cabeza y los labios de Patch se encontraron con los suyos.

51

Grace le dijo que estaba amaneciendo, el centro del sol dieciocho grados por debajo del horizonte dispersaba su luz a través de la frágil atmósfera terrestre. Le dijo que tenía que respirar a toda costa, ser valiente, ser un pirata.

Patch perdía la conciencia y la recuperaba a ráfagas.

Soñó que saldría por una especie de trampilla a un bosque muy parecido al que estaba cuando lo raptaron. O quizá a una calle en un pueblo desconocido de una ciudad desconocida, donde harían señas a un coche que lo llevaría a la policía y quizá al hospital.

Le preocupaba el escándalo, los flashes de las cámaras por dos chavales enterrados hacía tiempo. Le preocupaba más que nada que a ella se la llevaran lejos, que no fuese capaz de sobrevivir si no la tenía a su lado.

—No te duermas —le dijo Grace apretándole la mano demasiado fuerte—. Hay tantas cosas que no has visto... El cielo en Baldy Point, cómo el lago Altus-Lugert rebasa la presa, abriéndose paso a lo largo del afluente norte del río Rojo.

—Cuéntame algo de verdad —dijo él, y no reconoció su voz.

—Crecí en una casa grande y blanca. Había una habitación para mí, otra para mi madre, y tres más que alquilábamos a gente que estaba

de paso. Una vez fue una chica de unos diecinueve años que me enseñó el arte del maquillaje. Decadencia, Patch. No hay palabra más decadente. Otra vez fue un predicador camino al condado de Pearl River. ¿Alguna vez has visto la ciénaga de Hemmsford? Uf, ese lugar sí que necesita un exorcismo.

Patch susurró:

—Píntame tu casa.

—Hay un largo sendero con árboles altos a ambos lados. Árboles que se elevan como si enlazaran los brazos para proteger a la gente que camina debajo. Y una hierba tan verde que parece que la hubieran pintado realmente. Y en los parterres, al pie de los ventanales, las flores de sangre resplandecen como una hoguera.

Él intentó sonreír.

—Hay postigos en las ventanas, y un balcón que rodea todo el edificio. Hay una escalera de caracol que sube desde el patio hasta el dormitorio, y en invierno la puedes ver porque los árboles pierden la hoja hasta que la casa aparece como un copo de nieve en un día de verano.

Grace hizo que se terminara el agua y luego acercó los labios a los suyos. Cuando se separó, Patch estaba sin aliento.

—¿Quieres rezar?

Él negó con la cabeza.

—Bien, porque me parece que rezar implica pedir perdón a cada momento, como si con eso se arreglaran las cosas. Pero ¿sabes de qué me he dado cuenta?

Él volvió a negar con la cabeza.

—A veces la única forma de curar una herida es haciéndole una más grande a la persona que te hizo daño.

—Estoy cansado, Grace.

—Alguien me dijo una vez que se puede oír una sonrisa —dijo.

—Mentira.

—Di algo y te diré si sonríes.

—Aunque esté oscuro, siempre te encontraré. Aunque seas más fuerte que yo, siempre me aseguraré de que estés a salvo. Para mí, siempre serás lo primero.

—Estás sonriendo.

—Porque es la verdad.

Patch no recordaba haberse caído. No recordaba el plan que ella había ideado, ni sus gritos, ni sus bofetadas en la cara para intentar despertarlo.

No recordaba los disparos al otro lado de la puerta.

Patch no recordaba haber olido el humo.

O el calor del fuego.

No recordaba haber dejado marchar a Grace.

El pintor

1976

52

Los periódicos indagaron en la vida de Eli Aaron, pero apenas averiguaron nada. La devastación del incendio fue total. Probablemente se trataba de un nombre falso; no hallaron ningún registro de su nacimiento ni de su vida.

La policía contemplaba la teoría de que Aaron había encontrado la casa abandonada en el bosque y se la había quedado. La ocupó y la arregló, haciéndola suya. También se contemplaba la teoría de que estaba muerto, aunque corrían rumores de que lo habían visto y luego le habían perdido la pista; en una clínica en Woodward un hombre ingresó con quemaduras graves y al poco tiempo se marchó sin que le dieran el alta; un hombre había asaltado a un conductor para robarle el coche en el condado de Buchanan y la descripción encajaba. Lo poco que no destruyó el fuego se peinó a conciencia. Encontraron recortes de prensa quemados sobre chicas desaparecidas de lugares tan lejanos como Oklahoma City. Un centenar de fotos rescatables. Una lo bastante clara. Callie Montrose.

La policía fue a todas las escuelas que Eli Aaron había visitado, hablaron con mil estudiantes y todos decían lo mismo, que no lo recordaban. Que no les había dejado ninguna impresión.

Al tercer día, los perros señalaron un lugar a trece kilómetros de la casa, donde encontraron a la primera chica enterrada en una fosa tan profunda que toparon con un acuífero y eso los demoró.

La prensa no dejó de presionar hasta que Nix hizo una declaración con palabras escogidas sobre la entereza y la dedicación que había demostrado el cuerpo de policía de Monta Clare, y la valentía de una

niña que los condujo hasta aquel bosque. Mencionó la fe y el corazón, la indulgencia y las lecciones que podían extraerse de la tragedia. El reencuentro de una madre con su intrépido hijo. Y luego confirmó que sí, que habían encontrado los restos de tres de las chicas desaparecidas, a quienes sus familias podrían dar sepultura. Seguirían buscando a Callie. No sabían cuántas víctimas más había, si es que había alguna. Después no hubo preguntas, sólo un resumen de los hechos, y todos los allí presentes fueron testigos de las lágrimas que asomaron a los ojos del corpulento policía.

53

Saint dormía en una butaca del hospital.

Comía en la cantina del hospital junto a los celadores nocturnos y los médicos residentes, y a veces con Norma, que la miraba con preocupación.

—Por favor —le decía, y cada noche lo intentaba por todos los medios, aunque sabía que Saint había tomado una decisión y que no la iba a disuadir hablando de faltar a la escuela o a la iglesia. No, la chica se quedaría. A veces recostaba la cabeza en el pecho de su amigo y esperaba a notar el latido en la mejilla porque no se fiaba de la pantalla que hacía líneas de su vida.

«No pienso quitarte los ojos de encima.»

Lo repetiría como el estribillo de una canción cuyas estrofas habían dejado de importar. Volvía a ser suyo. No pensaba perderlo.

Durante seis días y seis noches en que sólo se apartó de su lado cuando la obligaron los médicos, Patch respiraba aire mecanizado, con la piel fría y el ojo ajeno a la histeria que había provocado.

Norma llevó varias mudas de ropa para Saint, que se miraba los vestidos arrugando la nariz hasta que su abuela volvió con el peto.

—Quiero que cuando despierte me vea exactamente igual que la última vez.

Norma le pasó la mano por el hombro esquelético.

La segunda noche se activó un código y sonó una alarma, y Saint vio entrar a los médicos y las enfermeras a toda prisa en la habitación y la dejaron fuera.

No puede morir ahora.

Eso fue lo que les dijo.

Su abuela la llevó a la capilla, y Saint lloró al arrodillarse y juntar las manos para rezar una vez más.

—Esto refuerza tu fe, ahora que has recuperado a tu amigo —le dijo Norma.

Saint la miró.

—Dios provocó el incendio. Y ahora quiere llevarse el mérito de apagarlo.

54

Patch no murió esa noche.

En la sala de espera, Saint tendió su chaqueta entre dos sillas hasta que un celador se apiadó de ella y le llevó unas mantas y una almohada. Respiraba el aire desinfectado, bebía refrescos de la máquina expendedora, tenía los dientes ásperos y la piel seca y grasienta.

Saint oyó que hablaban de otra infección. Bombearían unos fármacos potentes por vía intravenosa ahora que lo habían estabilizado, después de contener la hemorragia interna y drenar el aire del pulmón dejando una sonda para volver a expandirlo.

Una semana después encontró a Misty Meyer sentada como una aparición en la silla de enfrente, demasiado educada para quedarse embobada al ver hecha una calamidad a la chica que había salido en las portadas de todos los periódicos locales en mil kilómetros a la redonda. Alababan el «heroísmo» de Saint. Igual que el del chico.

Misty había dejado unas flores en la silla de al lado, como si la avergonzaran.

—¿Está despierto? —dijo Misty.

Saint se irguió.

—A ratos.

—¿Está...?

Saint no sabía lo que venía a continuación, pero le ahorró el esfuerzo.

—No me dejan verlo.

—Pero no se va a morir —dijo Misty, y se le entrecortó la voz al pronunciar la última palabra. Sentada con las manos sobre el regazo, llevaba medias blancas y unas merceditas abrochadas con una hebilla.

—No —dijo Saint con convicción.

—¿De verdad fue el fotógrafo quien lo hizo?

Saint, cansada, se restregó los ojos.

—Sí.

—Usó mi foto del colegio en el cartel, ¿no?

Saint asintió.

—Daba grima. Me hizo un montón de preguntas, quería saber en qué creía. Si tenía novio. Pero Patch...

—Tal vez consiguió escapar y se perdió en esas tierras.

Misty no pintaba nada en esa sala de espera a esa hora. Estaba reservada para los luchadores, para los indecisos y para los desesperados.

—En el periódico decían que quizá lo mataste al provocar el incendio. —Susurró las palabras, como si pesaran tanto que al caer de su boca pudiesen hacer añicos las opciones de Saint de volver a la normalidad.

—Ya.

—Pero no son capaces de encontrarlo.

—No.

Se quedó una hora más, y Saint no tenía fuerzas para hablar, así que se tumbó y encogió las rodillas contra el pecho y al poco rato se durmió. No se dio cuenta de que Misty la cubría con la manta.

Y cuando los rayos del sol la despertaron, en lugar de Misty vio al comisario Nix; había dejado el sombrero en la mesa junto al cinto y la pistola, y el vello del pecho que asomaba por el cuello desabrochado

de la camisa.

Saint, asustada, se incorporó de golpe.

Nix levantó la mano, le dijo que se calmara, que no podía dormir y se había acercado por la noche para ir a ver al chaval un rato.

—¿Cómo lo llevas? —dijo.

Ella no contestó.

—Necesitas ver a alguien… después de todo lo que has pasado.

—Necesito ver a Patch, a nadie más.

—Qué bien lo hiciste, chica. Siento no haberte escuchado.

Nix tomó un sorbo de café de un vaso de papel, como si necesitara una dosis de cafeína antes de soltar las palabras de rigor reconociendo cuánto les había ayudado Saint.

—¿Cómo está la señora Macauley? —preguntó Saint.

—No está preparada para esto. El doctor Tooms la vigila, duerme en la butaca del cuarto de estar. Tampoco sé si se da cuenta de nada, con las pastillas y demás.

—¿Patch será el mismo de siempre?

Nix se puso de pie, se estiró y recogió sus cosas. Y al marcharse le acarició la mejilla.

—Me temo que ninguno de nosotros seremos ya los mismos, chica.

Al amanecer del octavo día, cuando Saint consiguió sortear a la plantilla del turno de noche y acurrucarse en la cama acoplando su cuerpo huesudo hasta quedar bien pegada a su lado, Patch se despertó.

Y supo que estaba despierto por el cambio en su respiración y comprendió desolada que el mundo que ambos compartían se abriría hasta que no fuera exclusivamente de los dos. Y se quedó junto a él sin moverse, ahogando las lágrimas para que no viera cuánto la habían destrozado los últimos meses.

Cuando por fin lo miró a los ojos, respiró hondo.

—Los polis se llevaron tu *Playboy*.

55

El comisario Nix conducía.

Patch iba al lado de Saint en el asiento de atrás del coche patrulla.

Se dio cuenta de cómo ella lo observaba, igual que había hecho toda la semana, en busca de un indicio, de algo que le permitiera saber si seguía siendo o no el mismo chico que se presentó en su casa para robarle la miel.

Saint estaba allí cuando gritó aquel nombre.

Grace.

Gritó hasta que llegaron las enfermeras y pulsaron un botón, hasta que los recuerdos se barajaron y se repartió una nueva mano. Destellos en la oscuridad, los pensamientos de Patch no eran más que la débil llama de una cerilla en medio de una tormenta. Cuando todo estaba oscuro, sentía los huesos desarticularse mientras flotaba por los ríos de medianoche. No era capaz de recordar las últimas horas que pasaron juntos. A veces veía a la enfermera y le rogaba que dejaran de drogarlo para que pudiera recobrar el sentido, y otras le suplicaba que lo drogaran más para seguir flotando.

—Tiene que encontrarla —le dijo al comisario.

Nix lo miró a los ojos por el retrovisor.

Los policías que habían ido a tomarle declaración durante horas en tres días distintos se miraban unos a otros como si supieran que la chica que había estado encerrada con él en ese sótano probablemente estaba muerta.

—Todos seguimos buscando —dijo Nix.

—Y yo también —dijo Saint a su lado, con la mano en el asiento entre ambos como una ofrenda.

Patch sabía que él podía darle la mano y devolverle al amigo que añoraba. Apartó la mirada y observó desde un abismo demasiado remoto, tensando los hilos de su propia mente. Una vez más tejía los recuerdos para que las drogas volvieran a deshacerlos.

Cuando le tomaron declaración, le hicieron las mismas preguntas de distintas maneras. Habló de Grace y de lo que recordaba, que era

tanto y a la vez tan poco, y los dos policías estatales intercambiaron miradas que él no acertó a descifrar.

Después no era capaz de hablar ni de comer ni de respirar.

Las enfermeras le iluminaban la pupila con una linternita y le tomaban el pulso consultando sus relojes de pulsera plateados. Patch se arrancó los tubos de la mano y observó manar la sangre hasta que Saint se dio cuenta y gritó para llamar a la enfermera.

Un médico le dijo que era normal que estuviera deprimido. Confusión mental, estrés. Olvidar cosas. El sistema inmunológico debilitado.

—Necesitamos luz para sobrevivir —le explicó.

—No todos —contestó Patch.

Vio aparecer el pueblo a lo lejos, yendo y viniendo bajo el cielo azul. Los últimos meses podrían haber sido un parpadeo de no ser por ella.

—Ella me necesita —afirmó, mientras el bosque relampagueaba al pasar, y después se corrigió—. Yo la necesito.

Sentía a Saint a su lado.

—Me salvó la vida. Me sacó a rastras de allí —dijo, y repitió la frase más de una vez.

La rodilla le rebotaba sin querer y él se la quedó mirando como si pensara que no podía controlar nada en absoluto.

—¿Eso lo recuerdas? —dijo Nix girando la cabeza para mirarlo.

Ahora el cielo era inclemente, los cables grises trazaban curvas de la montaña. Saint le había comprado unas gafas de sol en la tienda de obsequios porque la luz le hacía daño. El médico dijo que era cuestión de tiempo. El tiempo volvía a ser algo palpable otra vez.

Tenía costras en los dedos, igual que en las rodillas y los codos, y aunque lo habían lavado aún se veían rastros de suciedad debajo de las uñas.

Nix soltó un taco cuando al entrar en su calle vieron las furgonetas de la prensa paradas delante de su casa. Los vecinos aguardaban sonrientes como si fuera la estrella de un desfile, como si alguna vez se hubieran dignado a sonreírle.

Patch se subió la capucha y se tapó mientras Nix les abría paso con

su placa y los guiaba por un costado de la casa hasta el patio.

Patch vio la cara de su madre y, a pesar de lo mucho que ocultaba el maquillaje, cuando lo abrazó supo que la mayor parte de ella había muerto.

—Mi niño —gimió.

Patch se quedó sin fuerzas en los brazos de su madre.

Olía ligeramente a Sweet Honesty y a descomposición.

—El césped está cortado —le dijo Patch.

—El señor Roberts viene a cortarlo ahora. —Se secó los ojos y la nariz, y sonrió enternecida por que fuera lo primero en lo que se había fijado Patch.

56

El dormitorio de Patch ya no era el suyo.

La ropa, las sábanas y el papel pintado de las paredes. La cómoda y los pósteres, la bandera pirata. La pistola de chispa que Saint le dijo que se había llevado y luego había devuelto.

Ni siquiera su piel era la suya. Le escocía, no dejaba que las heridas curasen por temor a que no dejaran ninguna cicatriz.

Aquella tarde su madre entró en el baño justo cuando él salía de la ducha y vio un cuerpo que no reconoció, y él vio en sus ojos una mezcla de miedo y tristeza y un atisbo de repulsión. Como los policías, los periodistas y el resto de los chicos, también ella se preguntaba en qué medida él era distinto de los demás.

Después, mientras ella dormía, desplegó el mapa que había encontrado en el desván. Cubría todo el país con bastante detalle, cada estado de un color, desde los rosas de Arkansas y Luisiana, hasta el acero de Michigan y el verde más intenso de Montana y más allá.

—Podrías estar en cualquier parte —musitó.

Al salir esquivó una furgoneta de prensa solitaria y bajó la calle preguntándose cómo la noche podía ser tan luminosa.

En el Palace 7 de Main Street vio a chavales del instituto haciendo

cola.

Vio a las parejas jóvenes y las familias que decoraban el escaparate de la cafetería de Lacey. Observaba todo como si llevara una lente de largo alcance incorporada, como si estuviera a cien kilómetros de cualquier otro ser humano.

Y entonces la vio.

De pie, con su grupo.

Patch iba a dar media vuelta, a huir de la escena como del crimen que era, cuando Misty Meyer levantó la vista.

Y fue hacia ella por instinto, sus piernas actuaban en contra de su cerebro.

Misty soltó la mano de Chuck y echó a correr.

Se abalanzó sobre él en medio de la calle, lo abrazó y ahogó sus gritos en el hombro de Patch.

Él no sintió el dolor en las costillas, sólo la levedad del cuerpo de la chica mientras se estremecía en sus brazos.

Los coches pasaban de largo, pegando bocinazos, pero no les prestaron atención.

Misty le sujetó la cara entre las manos y lo miró a los ojos como si no fueran dos desconocidos, como si alguna vez se hubieran dirigido la palabra.

Llevaba un vestido blanco y sandalias, y olía tan bien que a Patch le costaba recobrar el aliento.

Pasó otro coche a toda velocidad.

Y entonces Chuck la agarró de la mano y la apartó de la carretera de un tirón. Misty se volvió, mirando a Patch como si fuera una especie de fantasma a quien sólo ella percibía.

La vio sollozar mientras Chuck la llevaba hasta la entrada del cine, y luego volvió paseando despacio por el pueblo, aunque pegándose a las sombras, viendo que la vida seguía adelante como ya imaginaba, como ya había imaginado.

No se dio cuenta de que Saint estaba delante del supermercado Green. No oyó que lo llamaba, porque habló en susurros. No se dio cuenta de que lo seguía a distancia hasta que llegó a casa sano y salvo, con el tirachinas en la bolsa que llevaba colgada al hombro.

Patch recogió el montón de periódicos apilados en el rellano.

No leyó los titulares.

MENOR DESAPARECIDO

Empezó a pegar las hojas en la ventana, una tras otra, hasta conseguir que ni una pizca de Monta Clare se metiera en su habitación. Y luego cerró la puerta y tapó las ranuras con mantas, sacó el colchón del viejo armazón y lo puso en el suelo.

No le contaría a nadie que quería volver allí.

Nadie lo entendería.

Sólo cuando la habitación estuvo completamente a oscuras, se tumbó.

Y alargó la mano esperando a que ella se la estrechara.

57

Saint no volvió a verlo aquella primera semana.

Todas las mañanas se apostaba delante de la vieja casa de Rosewood Avenue y aguardaba, sin apartar la vista de la ventana tapada, y a veces se metía en el patio y se sentaba en una silla de jardín oxidada. Ivy salía y le acariciaba el pelo, le decía que Patch estaba durmiendo, que estaba cansado. Saint se pasó horas haciendo una tarjeta pirata, esbozando el mástil y el casco del barco, con sus aparejos y dibujando el mascarón de proa con la cara de Patch, antes de decidir que era una chiquillada y tirarla a la basura.

En el instituto lo pasaba mal, soportando los cuchicheos de que Patch había vuelto desfigurado, de que aquel hombre malvado del bosque le había arrancado el otro ojo y ahora vagaba ciego.

Misty se acercó en clase de tutoría.

—¿Cómo está?

Saint no contestó, aunque le dieron ganas de mentir, decirle que él

no estaba en condiciones de ver a nadie más aparte de ella, que sabía por lo que había pasado durante su desaparición pero que no le correspondía a ella contarlo.

—¿Y si le hago un strudel? —preguntó Misty.

Saint no sabía lo que era un strudel.

Jimmy Walters la acompañaba todos los días al salir de la escuela, y a menudo recogía flores silvestres y se las ofrecía; Saint las aceptaba por cumplir hasta que él se iba y luego las tiraba al jardín de los Baxter.

—Gracias por dejarme andar contigo —dijo Jimmy.

Ella se encogió de hombros.

—Podríamos ir a dar un paseo alguna vez —le propuso él.

Ella frunció el ceño.

—Podría ir a ver a tu conejito.

—¿Eres un pervertido o qué? —dijo Saint.

Jimmy se dio cuenta del desliz y se puso colorado.

—No, no… Me refería a ir a la charca contigo a verlo.

—Y esperas que allí te enseñe mi conejito, ¿no?

Jimmy empezó a sudar mientras se aflojaba el cuello de la camisa.

—Quería decir… que una vez allí podría ayudarte a hacerle una foto.

Saint resopló.

Jimmy levantó la vista hacia el cielo y luego se miró los zapatos.

Y entonces Saint se echó a reír. Y al ver el gesto horrorizado de la cara de Jimmy, tan franca y honesta, se puso las manos en la barriga y se rió con tantas ganas que Jimmy no pudo sino secarse el sudor de la frente y reírse sin mucha convicción.

Cuando se quedaron callados, Saint cerró los ojos sintiendo el sol de la tarde en la cara y no fue capaz de recordar la última vez que se había reído. O sonreído. O experimentado algo más allá de la agonía de aquel último año.

Citaron a Saint en la comisaría, donde Nix le estrechó la mano con firmeza y le entregó un certificado y un cheque por valor de dos mil dólares. Daisy Creason le hizo una fotografía. Su abuela, rebosante de comedido orgullo, compraría una docena de ejemplares del periódico y los guardaría de recuerdo.

Saint le pidió a Norma que fuera ella a cobrar el cheque.

Aquel lunes Saint llegó un poco antes y metió hasta el último dólar en un sobre que echó en el buzón de los Macauley.

Delante de la casa encontró una caja al lado del cubo de la basura, y dentro, bien doblada, vio la bandera pirata. La sacó y debajo vio el antiguo cofre del tesoro y los doblones dorados.

Y entonces oyó que se abría la puerta de la calle y al darse la vuelta vio a su amigo.

Saint sonrió.

Patch llevaba vaqueros y una camiseta lisa azul marino. Estaba flaquísimo.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó ella.

—No soy un pirata.

Saint examinó detenidamente la basura.

—No está la pistola de chispa.

—Eso fue un regalo.

Saint sintió que se le levantaba un poco el ánimo.

Caminaron hasta la escuela en un silencio que ella trató de romper a toda costa hablando del misterio de la desaparición de sus abejas, de que había visto un Olds chocando con un Chevy por detrás y de cómo los dos conductores se habían bajado y empezado a gritarse.

Le contó que su abuela había dejado de fumar Marlboro y se había pasado a los Virginia Slims, que el borracho de Sammy se había dejado las llaves dentro de la galería de arte y había roto la ventana de un puñetazo para entrar, y, como al despertarse no se acordaba de nada, había denunciado el allanamiento al comisario Nix.

Saint habló casi sin respiro, pero cada vez que se interrumpía se fijaba en la forma de andar de su amigo, como más pausada, la barbilla un poco más baja, la mente lejos de ella y de las tonterías que decía.

Él ya no sonreía.

El día después de que Patch regresara Saint había ido en la Spyder a la biblioteca y había sacado un libro sobre el trauma y los trastornos psicológicos. Sabía que no debía entrometerse, que probablemente lo asaltaban pesadillas, recuerdos recurrentes, incluso sensaciones físicas. Rabia, vergüenza. Se había pasado toda la noche leyendo. Estaba preparada para ayudarlo en lo que necesitara.

—Necesito robar un coche —dijo Patch.

Saint no estaba preparada para eso.

59

Patch recorrió los pasillos de la escuela con la cabeza gacha, sin apartar la vista del suelo encerado. Se sentó en su sitio al fondo de la clase, ajeno a los murmullos. Los profesores no le llamaron la atención ni le preguntaron por qué se pasaba los cincuenta minutos de clase sin coger el bolígrafo.

El director lo llamó y le preguntó cómo estaba, y luego mencionó la guerra y dijo que los hombres buenos se forjan en el miedo y el valor. Añadió que ésa era su oportunidad.

Patch salió del despacho y se largó de la escuela, y en Main Street vio al señor y la señora Roberts entrando en la cafetería de Lacey para almorzar. Fue directo a su casa, sacó la llave que escondían debajo del felpudo, entró a hurtadillas en aquel hogar inocente y cogió las llaves del Aspen mostaza. Desde el asiento de cuero color crema observó su propia casa a través del parabrisas.

Había aparcado el Fairlane de su madre infinidad de veces; arrancó el coche nuevo de los Roberts, metió primera y se alejó tranquilamente calle abajo.

Condujo hasta la biblioteca pública de Panora.

Una anciana lo miró por encima de las gafas y, compadecida, le ofreció una sonrisa y ayuda para consultar las microfichas. La pantalla era grande, el estuche pesado y la lente estaba un poco desenfocada.

Se pasó dos horas buscando las noticias sobre personas desaparecidas de todos los periódicos en mil kilómetros a la redonda, ordenándolos por fecha.

Había muchos desaparecidos de los que nunca volvía a saberse nada, y ni siquiera se imputaba a nadie. A veces un caso seguía siendo noticia durante un tiempo y Patch observó cómo pasaba factura, los padres que no podían seguir juntos compartiendo la agonía, de modo que propagaban el mal e intoxicaban a nuevas parejas, aunque bebían de su consuelo, porque cualquier sufrimiento que los demás hubieran conocido quedaba tan lejos que ni siquiera contaba.

Había cincuenta chicas por cada chico. Variaban en apariencia, pero eran todas iguales. Jóvenes. Demasiado jóvenes para darse cuenta de que estaban señaladas desde el nacimiento con marcas que sólo se acentuaban con el tiempo; invisibles al principio, tomaban forma durante los años de desarrollo y acababan grabadas al rojo vivo durante la pubertad y la adolescencia.

Saint se deslizó en el asiento de al lado.

Ahora Patch notaba más los olores.

Flores y barro y jabón de perfumería.

—La ruta de mi abuela pasa por aquí —dijo ella.

Patch se quedó mirando *The Morning Star*. La chica era Callie Montrose. Sonrisa borrosa en blanco y negro, con el peso en un pie, sacando la cadera. Todo a la vista, pero nada que él pudiera situar.

—¿A ella la raptaron después que a mí? —preguntó.

—Esa chica… Grace, ¿cuándo llegó?

No podía saberlo.

—Callie Montrose. Podría ser ella —señaló Saint.

Patch anotó el nombre como si pudiera olvidarlo.

Pasó a la siguiente foto y miraron a una niña asiática de trece años. Un par de páginas después había fotos de su funeral.

—Aquel día viniste al bosque —dijo Patch. Ella asintió—. ¿Birlaste el Colt de tu abuelo?

Ella asintió de nuevo.

—Te envalentonaste cuando desaparecí —añadió, y por fin se volvió para mirarla.

—Estaba… estaba asustada. No me quedaba otra.

—Háblame de Eli Aaron —le pidió.

Le contó lo que ya sabía, lo que la policía estatal le había explicado cuando él se lo preguntó. Que el hombre fotografiaba a las chicas y después tal vez iba a por las que más le gustaban. Que seguían buscando en sus tierras, pero con una extensión tan grande quizá no terminaran nunca. Que había huellas de una docena de vehículos. Que tal vez no trabajaba solo. Que los tres cuerpos encontrados aparecieron con un rosario enrollado en la garganta.

—Ese de ahí es el coche nuevo de los Roberts —dijo Saint—. Si le doy las llaves a Nix y le digo que me las encontré tiradas en la calle, no será tan grave. Quizá pensará que lo han abandonado y no se moleste tanto en averiguar quién se lo llevó.

Patch metió la mano en el bolsillo y dejó las llaves encima de la mesa.

Saint suspiró aliviada.

—Ahora tengo una cámara —dijo sintiéndose de lo más boba—. Le hice una foto a un cárabo. ¿Quieres venir a verla?

Él no contestó.

—O sea, estaba muerto, pero aun así… —dijo empeorándolo aún más.

Finalmente la miró a los ojos.

—Cuando veas a Nix dile que, si él no busca a la chica, la buscaré yo.

Saint lo entendió entonces.

Patch se puso de pie.

—Y lo quemaré todo a mi paso hasta encontrarla. No voy a titubear. Ni siquiera miraré atrás para ver las cenizas.

60

Patch encontró los sobres en el compartimento de hielo del

congelador.

ÚLTIMO AVISO

Había requerimientos de pago, amenazas de emprender acciones legales, de desahucio.

Esa tarde llamó a la inmobiliaria y les dijo que su madre volvía a trabajar.

Aquella misma noche, cuando Ivy cayó rendida, se puso unos pantalones de chándal, una camiseta vieja y una gorra de béisbol, y fue al pequeño garaje pegado a la casa a por los productos de limpieza de su madre y, tras cogerle el llavero del bolso, salió hacia Main Street.

Ya la había acompañado un par de veces, porque algunas noches no podía dormirse antes de que ella saliera de casa y no le apetecía quedarse sentado oyendo el canto de los grillos ni pegar un brinco cada vez que las trompetillas de las enredaderas sacudían el vidrio de la ventana.

Empezó en el bufete de Jasper y Coates, donde se acordó de lustrar bien la caoba porque su madre le había dicho que cuando Ezra Coates contaba los billetes quería ver el reflejo en la mesa. Los expedientes cubrían todas las superficies, desparramando los secretos silenciados del pueblo. Patch se enteró de que Mitch Evans había demandado a una fábrica de escaleras de mano de Misuri tras sufrir una caída que Patch supuso que podía haber sido sólo culpa suya, y de que Franklin Meyer estaba implicado en un recurso de apelación del que Patch no atinó a entender nada.

Vemos a los demás ahogándose en un vaso de agua y pensamos cuánto durarían si se pusieran en nuestra piel, con la infancia que hemos vivido.

Aspiró la moqueta, limpió los cristales y el latón de cada interruptor y cada placa, vació las papeleras y fregó las salpicaduras de orina alrededor del inodoro.

A medianoche se trasladó a la oficina de J. Asher, contable, y se detuvo al pie de una torre de archivadores estampados con un surtido de nombres de empresas. Echó lejía pura en el lavabo porque en una nota decía que estaba embozado. Se comió una única galleta de una

lata abierta en el *office*.

Quitó el polvo de las cornisas, barrió la chimenea de un despacho más grande que la planta baja de su casa. En un escritorio había una foto enmarcada con un niño y una niña de ojos azules. No se paró a pensar en la equidad y la justicia al vaciar el cenicero y tirar las colillas de puro del padre de esos críos, y levantó una nube de ceniza porque no sabía que primero hay que mojarla.

Cuatro oficinas, un taller de artesanías, una tienda de máquinas de escribir. Eran las cuatro de la madrugada cuando por fin llegó a la última parada, con los brazos doloridos.

La galería de Monta Clare Fine Art ocupaba un edificio de estuco de doble fachada justo al principio de Main Street.

Patch se quedó mirando a través de los grandes ventanales el cuadro de un campo de batalla en Gettysburg, y al pegar la cara al vidrio empañó con su aliento a los muertos, los cañones humeantes y las banderas raídas, cien sombras inclinadas como fichas de dominó sobre la colina de Culp.

El chico respiró hondo y empujó la pesada puerta para entrar en otro mundo. Las paredes blancas se alzaban hacia líneas de luz que caían sin sombras que opacaran los robustos marcos dorados. Se movió con cuidado, sin querer que sus pasos resonaran al detenerse ante una serie.

El suelo era de madera oscura, sumamente lustrada, y el espacio estaba tan inmaculado que no podía creer que necesitara limpieza en cien años.

—Eres el chico que salvó a la hija de los Meyer —afirmó Sammy.

Patch se volvió.

Sammy se apoyaba en un bastón, aunque ni mucho menos era tan viejo como para necesitarlo. Llevaba la camisa desabrochada, chaqueta de tweed, e iba descalzo y con el pelo rizado revuelto. Era un hombre apuesto, aunque un poco deslucido.

Se había remangado los puños para dejar a la vista un reloj macizo de oro. Sostenía una copa en la mano, y la luz centelleó en las facetas del cristal cuando apuró el brandy de un sorbo y observó a Patch con cierto aire de diversión.

Patch miró un inquietante cuadro que había a sus espaldas, tan grande que ocupaba la mitad de la pared del fondo. Patch se imaginó al artista subiendo a una escalera para poder pintarlo. De cerca no habría podido ver lo que estaba creando.

—Lo único bueno que he hecho en mi vida —dijo Patch.

—Todavía hay tiempo.

—No para mí.

—La gente tiene poca memoria cuando haces algo bueno, y mucha cuando la cagas —declaró Sammy.

—Así que...

—Así que o sigues haciendo el bien...

—O deja de importarte una mierda lo que piense la gente.

Sammy sonrió.

—Aquí no se utilizan productos químicos para limpiar —le dijo.

—No se toca ninguna de las piezas. No se quita el polvo de los marcos. No respiras a menos de un metro de los cuadros.

Patch echó un vistazo hacia la izquierda, al pequeño retrato de una niña de no más de diez años, con la cara transida de asombro o quizá de miedo, como si hubiera diferencia entre una cosa y otra.

—*La niña de Memphis*.

Sammy no apartó los ojos de ella.

—Addison Lafarge la pintó hace casi doscientos años. Iban a venderla a un tratante, y ella lo sabía; en sus ojos puede verse que está a punto de que le arrebaten la infancia.

—Es...

—No hay nada en este mundo más hermoso que el sacrificio, chico. Ojalá no tengas que aprenderlo por ti mismo.

Patch conocía esa mirada, a veces le preocupaba que ahora fuese también la suya.

Trabajó con más cuidado, resiguió los zócalos con el paño y barrió la suciedad imaginaria y contuvo la respiración al pasar junto a la niña, que observaba cada uno de sus movimientos. Al terminar se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Las tablas del suelo dejaban pasar el aire y juntó los dedos para tapar las ranuras. Detrás de él había un cuadro de un viejo barco encallado en aguas estancadas.

El recuerdo lo asaltó por sorpresa.

—Cuéntame algo sobre los piratas —le pidió Grace.

—En 1701 Sam Thompson capturó la Estrella Maldita. *Equipó la fragata con veintiocho cañones. Un par de meses más tarde se hundió en una tormenta frente al cabo de Cod. Más de doscientos años después encontraron sus restos. Se pueden ver las reliquias en Provincetown. Deberíamos ir algún día.*

—Si todavía estoy aquí.

Se acercó y sintió las lágrimas calientes de Grace en su hombro desnudo.

Patch levantó la mano y esta vez palpó suavemente a través de la oscuridad y sintió su mejilla y sus lágrimas.

—No soporto que llores —dijo.

—Entonces aparta la mano y píntame sonriendo. En la oscuridad siempre sonreímos. Somos todos iguales. Estamos todos bien, felices y radiantes.

—No sé pintar.

—El arte es sentimiento, nada más. Tú sabes sentir, Patch.

En un cuarto trasero encontró un juego de lápices y un cuaderno vacío, y se los llevó.

Cuando por fin echó la llave de la puerta de su casa estaba demasiado cansado para dormir y se sentó a hacer un bosquejo.

Era fluida y compacta, y tan huidiza que apenas conseguía rozar su contorno con la punta de los dedos.

Era un cúmulo de constelaciones que no podía cartografiar.

Era hermosa y aborrecible, nubes de tormenta y aguaceros de verano.

Hizo y rehízo esbozos, descartó unos y desarrolló otros, perfiló luces y sombras. Serían los primeros bocetos. Los arrugaba con tanta rabia que le dolían los nudillos cuando los tiraba a la basura.

Las estrellas desaparecían mientras subía a acostarse en el colchón, agotado.

La alarma del reloj lo despertaría en una hora para ir al colegio. La apagaría y se saltaría las clases, sus prioridades cambiaban a diario.

Se abrazó las rodillas contra el pecho.

La echaba de menos.

61

Hizo falta que no pisara el instituto durante un mes y se pasara el día recorriendo en autobús pueblos remotos y colocando avisos en los tablones de anuncios y llamando a todos los hospitales del estado de Misuri para que el comisario Nix se presentara en su casa. Poco antes de las ocho, Patch abrió la puerta y el corpulento policía entró y fue directo a la cocina, abrió una bolsa de la cafetería de Lacey y puso un par de magdalenas de canela sobre la mesa. Dejó una segunda bolsa y la señaló con un gesto de la cabeza.

Patch echó una ojeada dentro y al ver su viejo ejemplar de *Playboy* enarcó una ceja.

Nix hizo lo propio.

Se sentó.

Patch se sentó.

—Come.

Patch comió.

—Harkness salió para atender una llamada y volvió mucho después de que cerráramos. Dice que te vio limpiando la comisaría.

Nix dio un buen mordisco.

—Qué va. No tengo edad para trabajar.

El linóleo roto en todos los rincones, con surcos alrededor de la cocina y rizado como la mantequilla. Un reloj parado colgaba en la pared junto a un calendario del año anterior, como si su madre se hubiera limitado a apretar el botón de pausa.

—Pareces cansado —dijo Nix.

—No puede encontrarla.

—Tampoco puedo parar a los Servicios Sociales. Me llamaron del instituto porque les pedí que te echaran un ojo.

—Iré al instituto.

Nix dio otro mordisco a la magdalena y no volvió a hablar hasta que hubo tragado.

—¿Cómo está tu amiga?

Patch no disimuló el cansancio.

—Está bien, como todo el mundo que está bien.

—No hay muchos amigos de ésos. De los que harían cualquier cosa por ti.

—No necesito amigos. Necesito policías que hagan su trabajo.

Nix lo miró fijamente, como si no reconociera al chico que había vuelto.

—Tú y tu vida. No trabajaré en ningún otro caso y aún me faltará tiempo.

—Encuentre a Grace.

—Volví a hablar con la policía estatal. Pasaste mucho tiempo completamente a oscuras. Eso pone al límite la mente. El cuerpo. ¿Sabes lo que es un espejismo?

—Váyase a la mierda, comisario Nix.

—Tu mente se agarra a algo para ayudarte a salir adelante. Ofrece una salvación donde no la hay. Deberías hablar con el doctor Tooms.

—Él no puede ayudarme.

—Es el mejor hombre que conozco. Es…

Patch le interrumpió:

—Ella es real. Es una chica desaparecida. Su deber es salvarla, comisario Nix. Asegurarse de que no sufra y de que está viva.

—Esto tiene que acabar antes de que te metas en problemas de verdad.

—Pues dígame que está sana y salva.

—No puedo hacer eso.

Patch lo miró a los ojos.

—Si ella no está bien, entonces no se puede acabar.

62

A la hora del almuerzo Patch estaba sentado solo en un roble caído mirando el mapa cuando Misty Meyer se acercó a él. Llevaba una sudadera azul marino encima de un jersey blanco de cuello alto y el pelo rubio bien tirante peinado hacia atrás. Sacó una caja de cartón de la mochila y la dejó a su lado.

—Te perdiste tu cumpleaños. Cuando no estabas. —Abrió la caja y dejó a la vista una monstruosidad glaseada con varios pegotes escarchados encima—. Mi madre me manda a clases de cocina todas las semanas.

Patch miró el pastel, se fijó en la corona torcida, las profundas grietas de los costados.

—Vaya.

—Tiene la bandera pirata —dijo ella, y sonrió.

Él se quedó mirando una esfera negra. El colorante chorreaba por uno de los lados.

—El chef Pierre dice que voy mejorando con las bolas.

Patch recibió el comentario con cara de circunstancias mientras ella sacaba de la bolsa un cuchillo plateado de repostería y le cortó un trozo tan grande que necesitó las dos manos para pasárselo.

Patch observó los churretes pegajosos bajo su atenta mirada. Dio un mordisco y consiguió tragar.

—¿Bien de sal? —dijo Misty.

—Sí.

—Me gusta el parche que llevas hoy —dijo ella.

—Es de satén —contestó él, y se arrepintió al instante.

—Mi tío trabaja con piratas.

Patch no pudo disimular un poco de curiosidad.

—Ayuda a evitar la piratería de los derechos de autor.

La curiosidad se esfumó.

Misty echó un vistazo a su almuerzo, el pan con mantequilla y la manzana que había arrancado del jardín de los Baxter de camino al instituto.

—¿Estás a dieta? Si es así, puedo conseguirte pastillas de Christy Dalton. A ver, te entrarán diarreas, pero…

Patch se miró los brazos, cómo se le marcaban los huesos.

Ella se marchó precipitadamente.

Aquella tarde en el instituto robó papel del armario del material e hizo un lote de veinte carteles de la chica desaparecida que no daban muchos detalles. Sólo una vaga idea de la edad, la estatura, la talla y un nombre.

Saint lo alcanzó en la puerta de la escuela y volvieron juntos caminando en silencio. Se quedó a su lado y cuando se montaron en el autobús de su abuela se sentó con él.

Patch se durmió en el asiento de cuero caliente y apoyado en el cristal, donde el sudor dejó impresa la huella de su cabeza mientras el autobús hacía su ruta y Norma velaba por él como si fuera el último de su especie. Mientras dormía, Saint le miró la mano e hizo ademán de cogérsela, pero captó la mirada de su abuela en el retrovisor y vio que sutilmente le decía que no.

Colgaron carteles aquí y allá por los pueblos de los alrededores, desde Fallow Rock hasta Alice Springs, desde el cañón Edgewood hasta la presa Coldwater. Había calculado que Grace tenía entre trece y diecisiete años sólo porque uniendo retazos de las historias que la chica le había contado hiló una especie de línea temporal que no tenía mucho sentido para nadie más que para él. Sabía que cuando estaban de pie, la cabeza de Grace le encajaba justo debajo de la barbilla. Que a veces su pelo le rozaba los hombros; en otros recuerdos, el pecho. Era tan menuda como para que le notara las vértebras en la columna y pudiera rodearle la muñeca con el pulgar y el índice.

En una estación de autobuses se quedaron mirando el tablón de anuncios donde sólo había una foto de Callie Montrose.

—Su padre es policía, y aun así siguen sin encontrarla —dijo Saint.

—Tampoco podían encontrarme a mí.

Tímidamente, ella le dio la mano.

E intentó no sentir cómo se estremecía.

63

Al día siguiente, Misty le puso delante un plato Le Creuset, sacó cubiertos de plata de ley de una bolsa y se los entregó mientras quitaba la tapa esmaltada.

—Arroz de pato —dijo en español.

Se quedó mirando el mazacote con pavor, se rascó la cabeza y

jugueteó con el parche del ojo mientras ella lo observaba comer.

—¿Notas el sabor del mulard?

Patch asintió y en silencio se juró averiguar qué era un mulard y darle su merecido. Y esperó a que ella se volviera hacia sus amigos antes de limpiarse la lengua en una hoja de espino blanco.

A lo lejos, un par de chavales chutaban un balón de fútbol, lanzándole de vez en cuando una mirada a Misty para ver si se fijaba. No se fijó, pero Patch vio a Saint en la ventana de su clase de matemáticas aplicadas. Y ella lo vio e hizo una O con el pulgar y el índice de la mano izquierda, antes de penetrarla con el índice de la derecha.

Patch desvió la mirada rápidamente, y volvió a asaltarlo un recuerdo del sótano.

—Sabes que eso significa que quieres follarte a alguien, ¿verdad? —dijo Grace.

—Qué va.

—Piénsalo.

Lo pensó. Durante mucho, mucho rato.

—Madre mía —dijo.

—Salías mucho en los periódicos. Hice un álbum de recortes —dijo Misty arrancándolo de allí.

Patch se preguntó cuáles serían las aficiones de esa chica.

—A lo mejor tú sólo quieres olvidar todo ese mal trago y aquí vengo yo cada día a sentarme contigo para recordártelo.

Otra vez aquella sonrisa.

Era una sonrisa en toda regla.

—No tienes por qué hacerlo —dijo él.

—A ver, me gusta cocinar y todo eso.

—No me debes nada, Misty.

Ella levantó la vista, con unos ojos que no envidiaban el azul del cielo.

—No he dormido mucho últimamente. Seguro que pronto me saldrán una barbaridad de arrugas. Me quedaré como un acordeón. Una uva pasa. —Se aclaró la garganta y lo miró—. Fuimos a la iglesia y recé por ti.

Patch quería levantarse y alejarse de aquella chica que lo tenía todo. Quería salir por la puerta del instituto y acercarse a la puta comisaría y quemarla hasta los cimientos.

—¿Los cubiertos son de plata auténtica? —preguntó.

—Sí.

Se dijo que en cuanto pudiera fingiría que se atragantaba y se los guardaría en el bolsillo.

Sonó el timbre, recogió los carteles y se alejó del edificio, saltándose biología.

Misty dudó un momento antes de seguirlo.

64

Aquella tarde Misty Meyer subió al autobús con él, y Norma no sonrió ni saludó, se limitó a dejar que se sentaran sin pedirles el billete.

Mientras avanzaban a trompicones por la carretera, con las piernas muy juntas, miraban los prados a través del ancho parabrisas, entre los pastos azules de Kentucky secos y marchitos frente a casas de madera que se aferraban a los precarios salientes de la ladera.

—Nunca había montado en autobús —dijo Misty—. Es sólo un coche largo, a fin de cuentas.

Norma frunció el ceño.

Se bajaron en Branton, y Patch sacó los carteles de la mochila y clavó el primero en un poste de la luz de madera de pino amarillo.

El calor fue a más, y al acabar se sentaron en la parada del autobús encima de un banco tallado de cedro con volutas, dejando las zapatillas en la grava. Patch arrancó un diente de león, acarició con los dedos el pompón de semillas mientras ella sacaba un refresco de la bolsa, bebía un trago y se lo pasaba. Se puso a hablar. Le contó que coleccionaba bolas de nieve. No tenía hermanos, pero le gustaba la idea de tener a alguien a quien transmitir sus conocimientos. Tenía dos perros y creía que estaban emparentados hasta que los pilló apareándose.

—Podrían estarlo de todos modos —sugirió Patch.

—Lo sabremos cuando nazca la camada. Perros de dos colas y sin ojos y cosas así.

Él se tocó el parche.

Ella lo captó.

—No insinuaba que fueras producto de semejante...

Él se rascó la cabeza.

Ella se mordió el labio.

Hicieron el trayecto de vuelta en silencio, atrayendo de vez en cuando la mirada de Norma, y al llegar a Monta Clare fueron paseando hasta la orilla del lago. Se tumbaron allí hasta que oscureció, y Patch observó cómo las estrellas se perdían en el agua.

—Mi padre no puede hablar del tema. Y a mí ni siquiera me pasó nada, en realidad. Habla de ti como si fueras un héroe y un cáncer. Volviste más alto, y la gente dice que para crecer hace falta la luz del sol —dijo Misty con naturalidad.

—A las plantas.

—Eres bastante guapo, Joseph Patch Macauley. Tienes unas pestañas muy largas. A lo mejor porque tu cuerpo las puso todas en el mismo ojo.

Él frunció el ceño.

—Menudo desperdicio en un chico —añadió antes de que la acallara el canto de las cigarras.

Y entonces se echó a llorar.

Patch se acercó a ella y al darle la mano notó la suavidad de su piel.

—Ese momento nos une. Ese hombre y ese momento. La gente sigue queriendo saber cómo me sentí. Sólo estaba asustada. Y te dejé allí.

Vio ondas que rompían la quietud.

—Tenías que huir. No había otra opción.

—Cuando Chuck me llevaba al cine. Cuando Laurie Beth me pedía que fuera con ella a la peluquería. Quería gritarles, joder, porque tú estabas ahí, a saber dónde, mientras yo estaba con ellos gracias a ti.

Patch no le soltó la mano.

—La psiquiatra a la que me mandan da golpecitos con el lápiz y me mira ceñuda. Y habla de que construimos nuestros ideales a partir de

los errores que cometemos. Y yo me pregunto qué es exactamente un error. Algo que no deberíamos haber hecho, ¿no? Pero si aprendemos a base de probar y equivocarnos, los errores no existen, sino que son pasos que nos ayudan a mejorar.

La acompañó hasta el pueblo y se pararon enfrente del Palace 7, donde su pandilla estaba esperando en la puerta.

—Dustin Hoffman es un encanto —dijo ella mientras sacaba un espejo de mano del bolso y se retocaba el maquillaje, poniéndose colorete.

Patch vio a Chuck observándolos desde la otra acera, e imaginó lo que les deparaba el futuro a aquellos dos. Fue entonces cuando se vio a sí mismo con plena conciencia: era el borrón en la historia de ellos, y el tiempo que Misty pasaba con él no era más que una penitencia.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Se alisó el vestido plisado, y él la imaginó sentada al lado de Chuck en la sala a oscuras, dándole la mano, riendo y ahogando gritos de asombro mientras comía palomitas y la luz centelleaba en sus ojos.

Se roció la muñeca con un pequeño frasco de perfume.

—Esto es para mí un viernes por la noche. Durante mucho tiempo los tuyos fueron un tormento tan grande que no me lo puedo ni imaginar. Mis noches y mis días. Cada bocado de comida. Cada película que veía o cada libro que leía. Cada vez que reía o que mi madre me abrazaba. Todo, Patch. Te lo robé a ti.

La vio dar media vuelta para cruzar la calle.

En ese momento Patch quiso decirle que no perdiera el tiempo. No le había robado tanto. Nunca había tenido nada, para empezar.

65

—¿Cuál es tu mayor miedo? —preguntó Grace.

—No volver a ver cosas bonitas.

—Las verás.

—No irme nunca de Monta Clare. Trabajar en algún sitio más oscuro

que éste.

—No hay ningún sitio más oscuro, Patch.

—En algún lugar donde ni siquiera tenga tu… a ti.

—Verás el mundo entero. Hay tantos lugares preciosos… Los verás todos. Me aseguraré de que así sea.

Patch se despertó ahogándose, enredado en las sábanas. Sudoroso, fue al baño y bautizó sus pesadillas con agua fría.

Recordó la cara de ella.

Bajó las escaleras a toda velocidad, con el corazón martilleándolo mientras corría por las calles y se colaba en Monta Clare Fine Art.

En el estudio encontró una resma de papel y empezó con una carta de colores y lo mezcló todo, desde el amarillo cadmio hasta el negro humo, pasando por el viridián. Sólo dos pinceles, un Goldenedge del número tres y un Simmons cero, ambos un poco despeluchados. Un juego de acuarelas Pelikan. Todo robado unas horas antes de la tienda de segunda mano mientras barría el suelo. Los mojó y alisó la punta con los dedos.

No sabía hidratar el pigmento, diluir con una cuchara, secar antes de elegir tonos más oscuros. En la escuela había aprendido las mezclas básicas. Recordó cuando la señorita Frey les hablaba de los grandes maestros, de la aguada de tinta y del punteado, del cubismo y del postimpresionismo. No conocía la sutileza del contorneado, de dividir las zonas claras de las oscuras hasta que afloraban las dimensiones.

Patch conocía el sentimiento y nada más. Sabía cerrar el ojo hasta que en su mundo no existía nada más que ella, y luego abrirse paso a través de una oscuridad que parecía insondable hasta que conseguía liberar los matices de su voz. La delicadeza con la que ella modelaba las vocales, el calor cuando se enfadaba, la frialdad de su silencio. Levantó la mano y recordó el suave tacto de su piel, el arco de su labio superior, la finura de su mandíbula. Palpó la cuenca de cada uno de sus ojos, la suavidad de las cejas, la sublime curva de sus pómulos. Y su pelo, el ligero calor que emanaba el cuero cabelludo, la profundidad de sus pestañas.

Y así empezó a recrearla en cada página. No le daba importancia ni se preocupaba por la estructura, pero en cambio dedicó treinta

láminas a cada uno de sus ojos, repitiéndolos una y otra vez hasta que pudo ver lo que nunca había visto.

Después pasó a su pelo, y unas veces la encendía con un rojo ardiente y otras con un cobrizo suave. Un rubio tan rubio que parecía blanco, un moreno que mezclaba todas las sombras del negro. A veces largo y suelto, otras veces tan corto que podía perfilar su cráneo.

Cuando el alba rompió su noche febril, se sentó a contemplar la cincuentena de bocetos que había dibujado. Lamentables, abstractos, en algunos no se veía más que una oreja y el pelo que la cubría. Los juntó todos y empezó a unirlos poco a poco. Era una tarea lenta, las piezas de un rompecabezas imposible de completar. No sabía nada de la creación, de cómo una obra inacabada a menudo era un fin en sí mismo. Apenas podía levantar el brazo, y volvió a sentarse en el suelo, rodeado de fragmentos de una desconocida, y se tiró del pelo y se arañó la piel y maldijo, y los arrugó uno por uno apretando los puños.

66

Desde fuera olió el dulce aroma de la panadería mientras la señora Odell adornaba el escaparate con pan de centeno y cebolla y *pumpernickel* austríaco. Risas exangües lo sacaron de su embeleso, y vio a la pandilla encabezada por Chuck, que subía por Main Street arrancando sus carteles.

Apretó los dientes, se plantó en el medio de la carretera ajeno al bocinazo de un Jeep que frenó en seco, y desde allí les pegó un grito y les dijo que eran unos gallinas.

Pararon y se dieron la vuelta, los cinco como un escuadrón militar con las chaquetas del equipo del instituto, guiados por su general para encararse con Patch.

—Estás ensuciando nuestra ciudad —dijo Chuck, tan pusilánime que Patch casi se echó a reír.

Seguía siendo guapo de aquella manera insulsa, con el flequillo rubio peinado hacia un lado, un bronceado uniforme, bien

proporcionado y diez centímetros más alto que Patch. Miró a los amigos de Chuck y se preguntó cómo se habrían encontrado, personas tan parecidas y tan pobres de espíritu. Quizá habían coincidido en el campo de fútbol, o quizá todos tenían un padre que trabajaba en un banco o una compañía de seguros, y una madre que se reunía con otras para tomar café por las mañanas y ponían flores frescas en jarrones opalinos.

Chuck sostenía en alto un par de carteles.

—Ésta es la novia que te inventaste, ¿verdad?

Patch echó una ojeada hacia la galería de arte y vio a Sammy apoyado en la puerta observando, y vio los grabados a su lado en el escaparate. El suelo de madera y la tropa de chicas engalanadas con zapatillas de ballet y cintas de colores. Pensó en Grace dando vueltas y en el futuro que ella había vislumbrado para sí misma, para ambos.

—Cinco contra uno —dijo Chuck.

Patch lo miró fijamente.

—¿Quieres llamar a un par más para igualar las cosas?

No estaba seguro de quién le había empujado, pero se las arregló para mantenerse en pie, y eso quizá fue un paso en falso, porque al empujón le siguió una ráfaga de puñetazos y patadas. No sintió nada, se limitó a dejarse caer en la acera y no movió un dedo para protegerse. Con el regusto de la sangre en la boca, vio aletear el nombre de Grace a medida que los carteles aterrizaban a su lado.

Pensó en Eli Aaron, en que aquello sí había sido una auténtica paliza. Retrocedieron un poco cuando vieron que les sonreía.

Se puso de pie. Se estiró. Levantó los puños y con una mueca les hizo señas para que volvieran a por más.

Patch no vio a la chica ponerse delante de él hasta que sacó la baguette de masa madre de la bolsa y arreó a Chuck tan fuerte que el crujido resonó.

Chuck, con ojos llameantes, se llevó la mano a la oreja.

Los demás hicieron ademán de acercarse, pero Misty les plantó cara y los miró desafiante, como si estuviera decidiendo quién sería el siguiente.

Un rótulo de Coca-Cola giraba mientras Patch recogía con

delicadeza sus carteles.

Misty llevaba unos vaqueros acampanados pero ceñidos a la cadera y el pelo rubio recogido en una cola que le caía sobre el hombro, como una especie de suntuoso *foulard*.

Un par de chavales observaban la escena desde la acera de ladrillo rojo mientras Chuck sopesaba cuidadosamente la situación.

Allí estaban, la niña rica y guapa y el chaval desaparecido frente al rey de Monta Clare High y sus secuaces.

Empezaron a abrirse en abanico, alejándose despacio.

Patch rebuscó en la mochila y sacó un rollo de cinta adhesiva.

Misty sujetó los carteles mientras Patch los pegaba con cuidado. Siguieron juntos calle arriba, de poste en poste.

—Mis padres quieren que vengas a cenar —dijo Misty, concentrándose demasiado en la tarea que tenía entre manos.

—¿Por qué?

—Por gratitud. O culpa, quizá.

Ella le entregó la baguette, tan dura que Patch se apiadó un poco del garrotazo que se había llevado Chuck en la oreja, y se preocupó seriamente por su pobre dentadura.

—Te la he preparado para el almuerzo.

—Tiene un poco de sangre de Chuck.

—El otro día no me devolviste los cubiertos de plata.

—Ya lo sé.

67

Saint fue a clase de piano como hacía todos los sábados por la mañana, y la señora Shaw rezongó al ver cómo se abría paso a tientas por *Claire de Lune* fastidiando las corcheas con la mano izquierda hasta que dijo basta y la mandó fuera a que le diera un poco el aire y se despejara.

Saint vio a Nix tomando café bajo el cerezo okame al otro lado de la calle. Levantó la mano para saludarla, con una sonrisa tan triste que

Saint sintió que se le echaba encima todo el sufrimiento del último año y volvió adentro a terminar lo que había empezado.

—No te precipites. A veces son las notas que no tocas —dijo la señora Shaw.

El lunes, cuando Patch no se presentó en clase, Saint pidió permiso para ir al baño y recorrió los descoloridos suelos de parqué.

Se asomó a las aulas, y cuando Jimmy Walters le sonrió hizo como si no lo hubiera visto.

Encontró a Patch sentado solo en un pasillo. Se lo veía indefenso en ese momento, el niño que ya no volvería, y la hinchazón del ojo ya empezaba a ponerse verdosa en contraste con la delicadeza de su piel.

Se sentó en la sillita de plástico a su lado y miró el perseverante segundero que marcaba otra hora de sus vidas. Se preguntó si iba a estar siempre a caballo en aquella línea difusa entre la infancia y la edad adulta, si lo llevaba impreso en la piel como una advertencia de que no se podía contar con ella ni desearla.

—¿Es por lo que ha pasado esta mañana? Me he enterado de lo de Chuck.

La puerta del despacho se abrió, y el director salió con Chuck y su padre. Chuck tenía sangre seca en la nariz, y ya se le estaban amoratando los ojos.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó Saint a Patch.

Luke Bradley, el padre de Chuck, que era un simplón, lo fulminó con la mirada.

—Chuck trajo un trofeo de fútbol. Joseph lo robó.

—¿Para qué ibas a robar su trofeo? —le dijo Saint a Patch.

—Para poder follarme a su madre con él. Parece que Luke no está por la labor —respondió Patch.

—Ay, Dios —dijo Saint en voz baja en el instante anterior a que Chuck y su padre reaccionaran. Se habrían abalanzado sobre el chaval si el director Rodríguez no se hubiera puesto en medio.

Patch los siguió con la mirada mientras se iban.

—Bonito parche —le dijo Saint.

Patch tocó la estrella azul con aire ausente.

—Pete Manos de Garfio cambiaba el color de su estrella cada vez

que le quitaba la vida a alguien —dijo Saint—. Las llevó de casi todos los colores, porque era malísimo. Hasta que un día sacó la pistola y apuntó a un tipo, pero estaba tan borracho que la bala se desvió y le atravesó el corazón a una chica, Nancy Blue. Pete Manos de Garfio no volvió a quitarle la vida a nadie y, hasta el final de sus días, vistió de azul a modo de sentido homenaje.

—Yo no soy un pirata —aseguró él mientras el director se lo llevaba a su despacho y le decía a Saint que volviera a clase.

Se quedó media hora sola esperando y, cuando la puerta volvió a abrirse, se escondió detrás de la esquina. Al oír sus pasos ligeros, lo interceptó.

—Expulsión —indicó.

Lo siguió hasta la salida del instituto y volvieron andando juntos en silencio hasta su casa. No la invitó a entrar, pero ella lo siguió y vio a Ivy durmiendo en el sofá, tapada con la manta hasta la barbilla, aunque con las piernas al aire.

Siguió a Patch cuando salió de nuevo por la puerta y se quedó callada cuando vio que abría el Fairlane, se sentaba al volante y arrancaba.

Saint abrió la puerta del copiloto y se sentó a su lado.

—Te meterás en líos —le advirtió Patch.

—Pues nos meteremos en líos —dijo ella mientras enfilaban la calle.

68

Atravesaron Monta Clare, y Saint no le preguntó adónde se dirigían. Bajó la ventanilla y entre los árboles inmóviles vio que diluviaba hasta que las calles se convirtieron en espejos. Patch conducía bastante bien, y ella pensó cuántas veces habría robado el viejo coche en plena noche.

Durante un buen rato lo observó de reojo y trató de ver la diferencia, pero no fue capaz, desde fuera.

No fue hasta que él giró en Eleven Valley Road por un camino sin señalizar y se metió por una alfombra de agujas de pino secas cuando Saint se dio cuenta de dónde estaban y adónde se dirigían y se le entrecortó la respiración.

—¿Vamos a...?

—Puedes esperarme aquí —dijo él.

Se bajaron del coche y ella lo siguió en silencio pasando junto a trémulos robles venenosos y tupidas marañas de enebro común. Patch recogió oscuras piñas azuladas, pero se detuvo y se quedó inmóvil a su lado contemplando el lago de White Rock.

—Monta Clare bien podría ser nuestro pequeño mundo, ¿no? —dijo Saint.

Los ríos de montaña alimentaban el lago con aguas oscuras y susurrantes.

En silencio llegaron a lo que quedaba de la casa incendiada de Eli Aaron. Continuaba acordonada, pero hacía tiempo que la policía se había marchado. Los perros habían rastreado unas cuarenta hectáreas junto con un equipo de especialistas que sacó tres cadáveres de su inquieto reposo.

Patch se veía pequeño en medio de los restos calcinados, la estructura destruida, tosca y erosionada, e impermeable al agua que necesitaría para recuperarse. Saint se alegró al pensar que allí no volvería a crecer nada.

—Para encontrar a Grace, tenemos que averiguar cómo la eligió. Y cómo eligió a Misty. Y a las demás —dijo Patch.

Sacó un papel de la bolsa y lo sostuvo en alto.

Saint se quedó mirándolo.

—Es una foto del rosario —dijo él. La había robado cuando limpiaba la comisaría.

Saint se fijó en la finura de la pieza Los azules metálicos, la cruz del perdón. Las cuentas más grandes a intervalos, las flores jaspeadas, tan hermosas que supo que estaban pintadas a mano. Aguzó la vista, pero no pudo distinguir qué santo era ni la inscripción.

—¿Puedo quedármela? —le preguntó.

Más tarde se la llevaría a la biblioteca y rastrearía en los archivos

sin encontrar nada.

La casa había desaparecido. Los graneros se mantenían en pie a lo largo de una curva de maleza intacta, y aunque Saint no quería seguirlo tampoco quería dejarlo solo.

—No te di las gracias —dijo Patch.

—No hacía falta.

Metió la cabeza por un hueco en los tablones del pajar y no vio nada, porque los policías lo habían vaciado casi todo.

Se coló dentro y ella fue detrás, tiznándose los pantalones.

Rebuscaron entre los escombros.

Saint se arrodilló y vio los papeles podridos, la tinta corrida por la lluvia y las mangueras de los bomberos. Las páginas de los libros, los lomos aún intactos. Se distinguía alguna que otra palabra. *Historia. Arte. Guía*.

—¿Crees que Eli Aaron está vivo? —le preguntó.

—Sí. Si no, Grace ya me habría encontrado.

69

Llegaron a la primera fosa, a unos quinientos metros de la casa, donde no habían repuesto la tierra excavada.

Patch se arrodilló al lado.

Saint se sentó con las piernas cruzadas sobre lechos de hojas plateadas.

—Elk Rock, Roberts Creek y Cordova Park. Miles de hectáreas que ni siquiera podríamos empezar a explorar —dijo.

—Me pregunto sobre esa chica muerta que estaba enterrada aquí.

—Y alrededor hay cuatrocientas hectáreas más, y un par de carreteras. Y un millón de lugares donde esconder cosas.

—Debía de tener amigos, gustos, aficiones. A lo mejor criaba abejas —dijo, y Saint sonrió antes de darse cuenta de que no lo decía por ella.

Patch se daba tirones al cuello de la camiseta.

—Y no hablo sólo de los parques naturales... de los estados —dijo ella.

Patch miró la fosa cavada más allá, los lados de piedra, un sepulcro que ya no servía a su propósito.

—Nix me dice que pare de buscarla. Y que siga adelante con mi vida... —empezó Patch.

—Yo no...

—Eli Aaron lo sabía, ¿verdad? Sabía de dónde era ella y hacia dónde iba. Éste ya no es mi lugar. No es mi lugar... —La llamada de un jilguero enterró sus palabras.

—La gente dice que... el mundo... se abre a nuestros pies. Pero quizá tú lo estás cerrando, Patch. Estás cerrando todos los caminos hasta que sólo queda uno, que no lleva a nada bueno.

—Recuerdo cosas. A veces en mitad de la noche recuerdo algo que ella dijo, y después no puedo dormir. Podría ser algo que me ayudara a encontrarla.

—Cuéntamelo y lo anotaré. Recopilaré todo lo que tengas. Se me da bien... ser organizada —dijo, y suspiró para sus adentros.

—Dime que crees que ella es real.

Saint pensó en cómo la había descrito. Pelo largo, pelo corto. Las voces. Que no había ningún rastro de su existencia.

—Creo que es real.

Patch dejó caer la cabeza entre las manos y se quedó tan hundido que ella alargó la mano, pero no se atrevió a rozar su piel, así que la mantuvo cerca, sintiendo el calor de su desesperación. Quería volver a verlo sonreír. Lo necesitaba.

Saint comprendió que estaba en una situación complicada.

Y que él estaba en una situación parecida. De esas de las que probablemente nunca se librarían del todo.

—Te vi con Misty —declaró intentando a toda costa mantener un tono neutro mientras se quitaba la zapatilla y sacudía una piedra.

—Me trajo pastel, arroz, una especie de estofado. Habla de huesos de ternera y tofu y otras cosas de las que nunca he oído hablar.

—Le gustas.

—No has probado esa bazofia.

A Saint le habría encantado ir en busca de rocas, deslumbrarlo con drusas de cuarzo mientras él buscaba galena, porque decía que según la luz brillaba como un tesoro pirata. Quería sentarse a su lado y ver la serie del señor Rogers y la señora Aberlin, y a Joe Negri enseñar su acordeón. Y quedarse muy quieta cuando jugaban a las estatuas, tan inmóvil que al cabo de un rato él le hacía burlas hasta que a ella se le escapaba la risa. Quería que Patch volviera a ser un pirata.

—Y ahora quiere que vaya a cenar a esa condenada mansión donde vive.

—Mi abuela me dijo que puedes venir a comer con nosotras... También los domingos, que prepara cordero.

A pesar de estar donde estaban y de lo que los rodeaba, Saint sintió que se ruborizaba.

—No sé... esto de ir a casa de los Meyer. Me darán las gracias, pero no entiendo muy bien lo que significa.

—Quiere decir que actuaste bien, y a veces en la vida necesitas que te recuerden las cosas buenas que haces. Porque si lo olvidas...

—Nix dijo que te quedabas sentada en la comisaría todos los días para que los polis no se olvidaran.

Se atusó la trenza y no lo miró mientras se pasaba la lengua por el diente torcido.

Patch posó una mano en la suya, y ella exhaló como si llevara un año conteniendo la respiración.

—Si las cosas no hubieran ido exactamente como fueron, la gente no sabría que Grace existe y que es tan genial y brillante, y que no podemos olvidarnos de ella y debemos encontrarla.

—¿La quieres? —preguntó Saint, apocada, en tensión.

La pregunta se quedó en el aire.

Y el aire la cauterizó.

Patch no respondió.

Patch sacaba libros de la pequeña biblioteca de Pecaut.

Arte moderno; *Paisajes urbanos*; *Cómo hacer retratos*.

Los estudiaba en el autobús.

El 74 le llevó a Lewisville, donde recorrió la avenida poniendo carteles en cada una de las farolas. Una vez intentó pegar uno en las ventanas encaladas de una vieja barbería, pero se llevó la reprimenda de un policía local. El tipo se ablandó al ver el dibujo; en ése Patch le había hecho el pelo más claro y la línea de la mandíbula más delicada. En los carteles figuraba el número de teléfono de la policía de Monta Clare. El comisario Nix se quejaba de la cantidad de llamadas que recibían de gente que les hacía perder el tiempo. Patch habría puesto su propio teléfono, pero estaban tan en números rojos que Southwestern Bell acabó por cortarles la línea.

Tomó el 50 hasta Le Masco, y Saint no se separó de su lado mientras llenaban el pueblo de carteles.

Tres autobuses para llegar a Afton, un municipio de no más de doscientas casas, más algunos remolques. Las bombonas de gas oxidadas amenazaban con volcarse cuando llamaban a las delgadas puertas y se encontraban con miradas vacías.

Viajó solo hasta Saddlers Clay y Lenard Creek, Newton Bale, y a una docena de colonias. Sombreaba por zonas un mapa tan grande que ya no podía soportar desplegarlo del todo.

—Sabes que mi nieta no dormía cuando tú desapareciste. —Norma sorteó un bache.

—Lo sé.

—Supongo que también sabes que se saltó las clases la otra tarde. Es puro corazón. Así que es más fácil que se lo rompan —dijo Norma.

—También lo sé.

—No sé si lo sabes —respondió, aunque no fue un comentario desagradable.

En una pequeña radio sonaba Sinatra, la única música que permitía en el autobús. Norma lo dejó en la esquina de Loess Hills.

—Pasaré por aquí a las cuatro.

—Eso no está en la ruta de vuelta —dijo el anciano de atrás.

Norma frunció el ceño.

—Es mi autobús y pasaré por donde me plazca. Y si no le gusta, quizá prefiera ir andando.

Patch fue al pueblo de Darby Falls y se detuvo en el umbral de la casa de los Montrose. Richie Montrose le hizo pasar, y Patch lo siguió hasta un salón desangelado donde había un televisor encendido que emitía un partido de béisbol y un par de docenas de latas de cerveza vacías formaban una torre.

Richie se sentó con los ojos enrojecidos y miró a Patch con una mezcla de confusión y desinterés. Patch vio el uniforme tirado encima de una silla, el cinturón y la placa, la gorra en el suelo.

—¿Eres el chaval que no para de llamarme?

Patch asintió.

—¿Crees que te tenían encerrado con mi hija Callie?

—Hay una posibilidad.

—Espero que te equivoques. Confío en que ella... que ese hombre no se la llevara.

Richie no apartaba los ojos del partido.

—¿Puedo echar un vistazo a su cuarto? —preguntó Patch.

—Arriba, primera puerta a la izquierda. No toques nada.

Cortinas y colcha rosas, y una alfombra calabaza.

Patch se colocó en el centro bajo una lámpara y se fijó en el orden de la habitación, en la cómoda y el par de pósteres pegados a la pared. Bowie y Hendrix y nadie que recordara que Grace hubiera mencionado. En su estantería había una foto enmarcada, y se quedó mirando su cara e intentó reconocer la forma, la frente lisa, el arco de sus cejas.

«¿Eres tú?»

Respiró hondo y se preguntó si la recordaría. Su piel y su pelo y, a veces, su sudor.

Y entonces oyó la canción.

Patch bajó las escaleras despacio.

Richie Montrose estaba desplomado en la butaca, y en un rincón giraba el viejo tocadiscos.

Patch se detuvo en la puerta.

Y escuchó la voz profunda de Johnny Cash.

71

En el instituto, Misty le sirvió un gulash de una carne tan dura que se pasó casi toda la tarde masticando un trozo, con la mandíbula dolorida mientras ella le hablaba de la técnica para prepararlo y de que probablemente abriría su propio restaurante en la ciudad.

—Semillas de alcaravea —dijo ella, como si respondiera a una pregunta que él no había hecho—. Las trituro a mano, no se necesita ningún utensilio.

Patch se sacó una semilla enorme de entre los dientes.

La inminente cena con sus padres se avecinaba como un camión de dieciocho ruedas en una carretera estrecha.

Misty se quedó mirando las Graces de los carteles, cada vez más numerosas, detalladas y delicadas. Como un niño poseído, él se sentó en su tronco a resguardo de la lluvia mientras le acariciaba la piel con el lápiz.

Sacó algo blanco del guiso e hizo ademán de relamerse los labios.

—¿Qué queso es?

—Es pavo.

Patch agachó la cabeza.

—Es una manera de compensarte —dijo pasándose un cepillo por la abundante melena rubia—. Por salvarme la vida.

—Creo que ahora estamos en paz. Quiero decir que... el gulash estaba muy bueno. Y el pastel. Y esa cosa con las cabezas de pescado...

—Así que técnicamente ahora eres tú el que estás en deuda conmigo.

Llegó a casa y se encontró al doctor Tooms sentado en la cocina.

—¿Dónde está mi...?

—Durmiendo —dijo el doctor Tooms.

Patch se sentó enfrente y le dijo al médico que estaba bien. Tooms le dedicó aquella sonrisa triste, y Patch se preguntó qué le habría pasado al hombre en su ausencia. Ya no veía el brillo en sus ojos, que ahora tenía apagados y ojerosos. La camisa le bailaba, se había quedado en los huesos, y tamborileaba en la mesa con los dedos como si no pudiera relajarse.

—Estoy preocupado por ti.

—Estoy bien —aseguró Patch.

—Sólo me preguntaba si vas recuperando la memoria.

Tooms observó a Patch con atención, escrutándolo como si buscara un indicio, algo que le mostrara que el chico se estaba ahogando.

—¿La memoria?

—Si recuerdas algo más del hombre.

Patch se encogió de hombros.

—A ver... era Eli Aaron, ¿no? Pero nunca lo vi. Ni siquiera oí su voz.

Tooms suspiró, y luego habló de lo importante que era la terapia, alimentarse bien y tal vez hacer un poco de ejercicio.

—He visto los carteles que has puesto por el pueblo —dijo—. Colgaré uno en la consulta.

Tooms se puso de pie, erguido, y se dispuso a marcharse, pero al pasar a su lado se detuvo.

—Tú saliste de ahí, Joseph. Me preocupa que aún no te hayas dado cuenta.

Patch se volvió y vio a su madre en la puerta, mirando como embobada hasta que ubicó al médico. Sacó un cigarrillo y le ofreció el paquete, pero Tooms negó con la cabeza, le dijo que él nunca había fumado, aunque no sonó como un reproche.

—Esa chica, no tienes ni idea de quién es —le dijo Tooms a Patch.

—No la tenía, pero igual ahora sí —contestó él.

—Esa chica... —dijo Ivy mesándose el pelo.

—Cuéntame —pidió Tooms acercándose a Patch.

—Me parece que podría ser Callie Montrose. Si yo... ¿Es posible que estuviera inconsciente mucho tiempo?

Tooms sonrió, la cara surcada por el dolor, los ojos llenos de tantas emociones que Patch no alcanzaba a entender.

—Necesito otra receta. Me estoy quedando sin Quaaludes. —Ivy acarició suavemente la cara de Patch entre las manos.

Patch se volvió hacia Tooms, pero vio que ya había salido por la puerta.

Y no miró atrás.

72

Esa noche fue a limpiar, aunque estaba tan cansado que su cuerpo se resistía a cada movimiento y se le agarrotaban tanto los músculos que le dolían. Llegó a la galería a las tres de la madrugada. Cuando se arrodilló para abrillantar la madera la espalda se le resintió. Entonces vio un libro grande y pesado encima de una mesa de vidrio en el centro de la sala. Empezó a hojearlo y se detuvo en la imagen de una mujer tumbada boca arriba en el agua con flores silvestres en una mano. Patch la contempló, hipnotizado. Los sauces y las ortigas, las tonalidades del verde, la forma de su cráneo.

—Es Ofelia. ¿Leíste *Hamlet* en el instituto? —le preguntó Sammy.

Sammy llevaba unos zapatos de cuero calado, sin calcetines, y tenía los tobillos morenos. Pantalones ceñidos, igual que el chaleco. Y debajo una especie de corbata que Patch sólo había visto en un libro. Según cómo, a media luz, aquel hombre podía pasar por un pirata. Quizá un corsario del puerto de Saint-Malo.

—No —dijo.

—¿Vas al instituto, al menos?

Patch guardó silencio.

Ambos se dieron la vuelta cuando una mujer bajó las escaleras, ligeramente ruborizada. Llevaba un bolso en la mano.

—Bueno, pues me voy —dijo la mujer, y sonrió a Sammy.

—Su carruaje la espera —dijo Sammy, y fuera se detuvo un taxi.

Patch se fijó en que la mujer salía despacio, como si estuviera esperando algo más.

—No volverás a limpiar aquí —dijo Sammy al cerrarse la puerta.

—Sólo estaba mirando…

Sammy clavó los ojos en la bebida que sostenía mientras habló con un suspiro, como si la decepción casi igualara a la falta de sorpresa.

—A mí no puedes robarme, chico. ¿Has oído hablar del pacto de honor entre ladrones?

Patch se quedó quieto, con la fregona a la espalda y el cubo junto a la zapatilla. Llevaba un parche negro en el ojo y una camiseta agujereada.

—Usted es el único a quien no… No le he quitado nada.

—La gente de aquí probablemente diría que tengo el deber de proteger el pequeño negocio de Monta Clare. A mí no me importan mucho los demás. Cuido de mí mismo y de mis intereses, y así lo he hecho desde que no era mucho mayor que tú. Yo aprendí la lección por las malas, para ti será más fácil.

—¿Qué he robado?

—Una resma de papel. Indagaste, averiguaste la calidad y lo que cuesta. Y te la llevaste pensando que no lo notaría. Esa chica flaquita, la nieta de la lesbiana. Dice que eres un pirata.

—No soy ningún pirata.

Sammy suavizó un poco la postura, dejó caer los hombros al apurar la copa.

—Seas lo que seas, ya no eres mi problema.

—¿Se lo dirá a la agencia?

—Tengo que hacerlo.

Patch recogió el cubo y lo vació en el pequeño lavabo que había junto al inodoro. Enseguida pensó en las facturas, en el dinero que faltaría en casa. Su madre cogería la llamada, se enteraría de que la habían despedido de un trabajo para el que no estaba en condiciones de cumplir. Tal vez sería el último puente quemado. Se le hizo un nudo en el estómago.

—La mayoría de los hombres se encuentran en una encrucijada al menos una vez en su vida.

—A tomar por saco —dijo Patch.

Al llegar a la puerta, abrió la mochila y sacó el grueso papel que había cogido, con los bocetos de Grace en cada hoja.

Los lanzó hacia Sammy y no se quedó a ver cómo los fragmentos de su memoria bajaban flotando.

73

Sin darse cuenta Patch fue a parar a Saint Raphael y se detuvo en el

atrio. En las horas intermedias entre el anochecer y el amanecer, cuando el pueblo dormía, sentía la presencia de Grace más cerca. En ese momento, mientras pisaba las huellas de los penitentes, dejó que el cansancio y el rotundo fracaso que sentía lo condujeran al interior del edificio que nunca cerraba sus puertas. Patch no podía entender una muestra tan despreocupada de confianza.

Las velas estaban encendidas, y el silencio era un peso tan familiar que fue a sentarse delante de todo, y contempló la posibilidad de pedir ayuda cuando miró hacia el otro lado y vio al hombre en el banco contiguo.

—Doctor Tooms —dijo Patch.

El médico siguió arrodillado y sólo cuando hubo terminado de despachar sus asuntos con Dios se levantó, se acercó y se sentó junto a Patch.

El hombre olía a chamuscado y a metal, y su cara de niño se veía demacrada.

—Estaba rezando, ¿verdad? —dijo Patch.

—Sí.

—¿Y no hay ningún cura?

Tooms negó con la cabeza.

—Si le confieso a Dios todas las cosas malas...

—Seguirás habiéndolas hecho, y seguirán siendo malas.

—No quiero el perdón.

Patch miró el retablo detrás del altar, el relieve de dorados y cremas y los vitrales sacros.

—Entonces ¿qué quieres?

—Ayuda.

Tooms sonrió como si supiera lo que pedía y cuál sería probablemente la respuesta.

—Cuando estaba allí abajo, recitábamos pasajes de las Escrituras para seguir con vida —dijo Patch—. Y ahora me los repito, pero me parecen tan vagos...

—Algunos dicen que la traducción no es literal. Son una serie de pautas que no siempre encajan.

—He metido la pata, doctor T —dijo entonces Patch, desesperado.

—A la mayoría de la gente que viene a la iglesia le pasa lo mismo.

—No sé cómo arreglarlo.

—No es tu trabajo arreglar las cosas, Joseph.

Pensó en las campanas del santuario, que sonaban durante la liturgia, y cómo la gente sabía concentrarse en esa parte, aislarse de todo lo demás.

—¿Por qué está usted aquí? —quiso saber Patch.

—He venido para pedir perdón por pecados que en lo más profundo de mi corazón sé que volveré a cometer.

Patch lo observó detenidamente, aunque el médico parecía estar en paz. Llevaba unos zapatos elegantes llenos de barro. Tenía un pequeño desgarrón en la costura de la camisa.

—Pero sigue pidiendo perdón —dijo Patch.

Tooms se quedó mirando la cruz.

—Y él sigue sin hacerme caso.

74

Saint ayudó a Patch a elegir ropa de la caja que contenía las cosas de su padre.

Apartó la mirada mientras él se quitaba la camiseta y cruzaba los brazos sobre el torso para taparse. En la ventana Saint vio su reflejo, la cicatriz todavía protuberante, una historia grabada tan adentro que ella había dejado de intentar competir, procurando en cambio que poco a poco él volviera del todo a casa. Saint escribió a la Unidad Federal de Personas Desaparecidas de Nebraska. Al Centro Nacional de Personas Desaparecidas de Texas. Se sentó en el rellano del caserón cuando su abuela conducía el autobús y llamó a la Fundación Aileen Plattas en Arkansas, y le contó a la señora todo lo que sabía, que era poco menos que nada. Encontró más entidades con largos títulos en la biblioteca y pronto se dio cuenta de que no eran organismos acreditados ni oficiales, simplemente pequeñas facciones de

extraviados de la sociedad, que intentaban mantener vivos los recuerdos y la esperanza mientras cotejaban datos y compartían información con los departamentos de policía de todo el país.

—No tienes por qué estar aquí —dijo Patch.

No se dio cuenta de que ella llevaba una blusa nueva, con un estampado de chevron del mismo tono castaño que sus ojos.

—Estás nervioso —contestó Saint escurriendo el bulto.

—No pienso ponerme corbata —dijo él.

Ella le tiró una pajarita roja.

Se la puso y se remangó los puños de la camisa, y el pelo le caía encima del ojo. Saint cogió un poco de la gomina de su padre y se lo peinó hacia atrás.

—Parezco un mago grasiento —dijo Patch.

—Como si hubiera magos de otro tipo.

Le hizo el nudo de la pajarita como su abuelo le había enseñado en una ocasión.

—Te echaba de menos, Saint. Cuando estaba allí. Te echaba de menos.

Saint se apartó para que él no viera cuánto tiempo había esperado aquellas palabras.

Caminaron juntos hasta Main Street, y en el supermercado Green ella eligió un ramo de flores color melocotón y lo pagó con el menguante dinero de la miel que en su día había escondido.

—No quiero ir —se quejó Patch.

—No les robes a los ricos —dijo ella, y se quedó observándolo mientras se alejaba desganadamente entre los árboles de las tulipas y subía la curva hacia las casas señoriales.

—Me gusta tu blusa.

Se dio la vuelta y vio a Jimmy Walters. Llevaba una camisa elegante con unos pantalones de pinzas, el pelo repeinado sin piedad por una madre a la que Saint una vez había visto que le limpiaba la mejilla con saliva en un pañuelo.

—Desde que Joseph ha vuelto ya no te veo tanto —dijo.

Saint asintió.

—Recé para que volviera —confesó el chico en voz baja.

—Yo también, Jimmy.

Le lanzó una mirada a hurtadillas, a sus ojos demasiado azules y serios, como si Jimmy nunca hubiera visto la maldad. En ese momento deseó poder observar el mundo con aquella mirada, segura de que sería más simple y más puro, y sin duda más fácil ver todas las cosas buenas.

—Nunca te he dado las gracias —dijo Saint.

Jimmy la miró, y ella se dio cuenta de que tenía las pestañas tan oscuras como el pelo, y una piel tan pálida como la de ella.

—¿Por qué motivo? —preguntó extrañado.

Ella miró su boca en forma de corazón mientras él hablaba, y se fijó en el finísimo vello del bozo.

—Aquel día… si no le hubieras dicho a Nix adónde me dirigía.

—Seguro que te las habrías arreglado bien sin él —mintió Jimmy.

Saint sonrió llena de gratitud mientras él se alejaba.

Volvió al caserón, se puso el peto y se pintó la cara de distintos verdes, marrones y negros, y sintió el anclaje de la infancia mientras avanzaba por la espesura y ocupaba su puesto sobre una pesada manta en la hierba alta.

A través del objetivo de su Nikon observó la casa de Tooms.

Pensó en Patch.

Cada día lo perdía un poco más.

75

Patch quizá habría dado media vuelta, pero vio a Misty al pie de un camino sinuoso; la casa blanca colonial surgió imponente ante él y lo empujó hacia la sombra.

Ella llevaba un sencillo vestido rojo, y otro día, en otra vida, al verla Patch habría caído muerto allí mismo, en plena calle.

Misty no lo miró de arriba abajo ni se fijó en su pajarita, en su camisa arrugada o en el brillo de las rodillas de sus pantalones de vestir.

Patch le ofreció las flores y ella las cogió.

—Hace una hora que está aquí fuera preocupada por si no venías.

—Mamá —dijo Misty lanzándole una mirada a su madre.

La señora Meyer, alta y seria, se acercó a Patch y le estrechó la mano con delicadeza. Y luego le dio el repaso con la mirada que no le había dado su hija.

—¿Te gustan las flores, Joseph? —le preguntó guiándolo hacia la casa.

Empezó a hablar de la milenrama, la flor de sangre y las equináceas. Señaló una zona invadida por la vernonia. Los arriates eran un estallido de colores demasiado vivos para aquella tarde de otoño, como si los Meyer fueran tan ricos que pudieran disfrutarlos todo el año, como si no conocieran la palidez del invierno en aquel lugar privilegiado.

Patch se fijaba en todo lo que le señalaba la señora Meyer, escuchaba las historias de los árboles con enfermedades que habían rescatado para preservar el paisaje de la casa más antigua del pueblo.

El señor Meyer salió a la puerta para recibirlos y le estrechó la mano a Patch con demasiada fuerza, como dando a entender con ese simple gesto que también él se habría llevado un navajazo en la barriga para salvarle la vida a una chica que ni siquiera sabía cómo se llamaba su benefactor.

Franklin Meyer medía dos metros y llevaba unos pantalones de color crema y una camisa con tres botones abiertos. Miró a Patch de arriba abajo, pero sin perder aquella sonrisa de grandes dientes blancos.

La señora Meyer se llevó a Misty a la cocina a buscar un jarrón mientras Franklin conducía a Patch hasta una sala sobria. Le ofreció un vaso con una bebida oscura, y el chico bebió y casi se atragantó de lo que ardía.

—No le digas a Mary que te he dado a beber esto. —Otra vez la misma sonrisa, y Patch se preguntó si el ricachón podría sostener aquella mueca toda la noche o los músculos le fallarían y se quedarían colgando como si hubiera sufrido una embolia.

En un comedor de cortinas tupidas y tapices de seda, sillas de arce y

vajilla plomiza, Patch padeció con los cinco platos de la cena, observando de vez en cuando a Misty para ver cómo se comía exactamente una langosta. La picoteó con cuidado, por temor a que la mantequilla caliente saliera disparada y echara a perder una antigüedad.

Misty hablaba de competiciones de natación y atletismo mientras sus padres lo sondeaban, Franklin apuntando a los deportes, Mary flotando alrededor de las artes como si no conociera a sus interlocutores. *Tristán e Isolda, Otelo* y *Tosca*.

—Misty quiere meterse en política —dijo Franklin como si tal cosa.

—Con lo orgullosos que estabais cuando hice campaña por Jane Roe —contestó Misty, y se volvió hacia Patch y sonrió—. Salí en la portada de *The Tribune*.

—Eso es religión, no política —dijo la señora Meyer.

—Ah, sí, lo olvidaba. ¿En qué iglesia fue el litigio de Roe contra Wade? —repuso Misty.

La señora Meyer, mientras bebía otra copa de vino, le preguntó a Patch si había estado alguna vez en Chicago o Boston, y se dio unos toquecitos con la servilleta por las mejillas encendidas cuando él dijo que nunca había salido del estado.

Patch le preguntó entonces por *El lago de los cisnes*, y por el príncipe y Odette.

A la señora Meyer se le iluminaron los ojos, le dio la mano a Patch y lo condujo a otra estancia donde se puso a rebuscar en el cajón de un escritorio de roble.

—Teatro Estatal de Nueva York, hace ya casi seis años. —Encontró el folleto del programa y se lo mostró—. Cynthia Gregory estuvo divina, aunque por supuesto a Franklin le pareció poco inspiradora.

Patch miró la imagen, la letra en negrita y el orden de aparición.

—¿Tendrán una lista de la gente que asistió?

—No lo creo —dijo la señora Meyer, todavía mirando en el cajón—. Guardé la entrada... qué maravillosos recuerdos.

Empezó a hablar del doctor Coppélius y de Franz y su chica de juguete, pero Patch ya no la oía: tenía la mente ocupada en el

recuerdo de Grace.

Y al final, cuando se reúnan en el momento de la muerte, serás el primero en levantarte, aplaudir y silbar.

Grace se apoderó de todos sus pensamientos.

76

Misty lo llevó hasta un jardín que parecía no tener lindes, inmenso, como si sus padres y ella no conocieran límites de ninguna clase.

Había una piscina cubierta, una pagoda decorada con flores y asientos de piedra delante de la escultura de una mujer sin brazos. Se montaron cada uno en un columpio a la sombra iluminada por la luna de las montañas del fondo.

Misty había dejado las sandalias en la hierba y flexionaba las pantorrillas suavemente al moverse. Patch imaginó las fiestas que montaban allí, y la clase de chicos con los que ella salía. No los odiaba, pero no se atrevía a intentar comprenderlos.

—¿Quieres venir a verme algún día a clases de doma? —le preguntó ella.

—No sé lo que es.

—Hago bailar a mi caballo.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros y se quedaron en silencio largo rato.

—Es duro, ¿no?

—Es hacer bailar a un caballo, Mist. Forzar así la naturaleza no puede ser fácil.

Ella negó con la cabeza.

—Me refiero a lo que viene ahora, a empezar de nuevo.

Patch no le dijo que antes también había sido duro, aunque de otra manera, más manejable.

—Nunca vi llorar a mi padre —dijo ella.

Patch observó las formas geométricas del cuerpo femenino, los conos y las esferas y los cilindros, y se preguntó cuáles serían también

de Grace.

—Aquel día, cuando vinieron a la comisaría y mi padre me vio la cara… Y después, cuando pensaban que dormía porque el doctor T me había dado todas aquellas pastillas. Me senté en las escaleras y vi cómo se le estremecían los hombros mientras mi madre apoyaba la mejilla en su espalda.

Patch no dijo nada porque sabía que su papel ya se había representado.

—No fue nada, Patch. Nada comparado con…

Tal vez el mundo perfecto de aquella chica se había resquebrajado, pero no estaba ni mucho menos roto. En ese momento Patch se dio cuenta de que se alegraba.

—Ya has cumplido, Misty. Me has tendido la mano y te lo agradezco…

—¿Pero?

Lo que ella podía perder era infinito.

—Cada vez que vienes a sentarte a mi lado. A hablar conmigo. Que te fijas en mí. Me acuerdo de que tu mundo está patas arriba.

Ella negó con la cabeza.

Patch se miró los restos de pintura en las uñas.

—Y entonces ¿qué debería hacer? —preguntó ella, con voz contenida.

—Comer langosta. Y sentarte en el columpio de tu jardín.

Lo miró; estaba guapísima.

—¿Y después?

Él dejó de balancearse.

—Y después vuelves al lugar que te corresponde, Misty.

Patch dio las gracias a los Meyer. Y a ella le dio las buenas noches.

Y supo que el lunes siguiente, cuando se sentara en el roble caído, ella no iría a sentarse a su lado.

Patch se apoyó en los arcos de ladrillo, sujetó el folleto del programa y resiguió la caligrafía con el dedo.

El lago de los cisnes.

Sabía que Grace viajaba, que era tan culta como para ir al ballet, tan educada como para saber prácticamente de todo. Una chica así desaparece y deja un vacío. Estaba seguro de que existía un registro, que había padres, amigos, y un colegio.

Vio uno de sus carteles en el tablón de anuncios junto a las ofertas de trabajo, anuncios de clases de piano, servicios de jardinería y mantenimiento, un cuarto en alquiler. Las letras estaban ya decoloradas por el sol y el número de la comisaría de Monta Clare tan borroso que no alcanzó a leer los dos últimos dígitos.

No se percató de que el hombre estaba a su lado hasta que notó que lo sacaba a rastras de allí.

—Sígueme —dijo Sammy, como si le arrancaran la palabra con unas tenazas.

Entraron en la galería gélida.

Dentro de un despacho blanco, Sammy se sentó detrás de un escritorio cubierto con el papel que Patch le había quitado, alisado para que se pudieran ver los bocetos.

Sammy lo miró y frunció el ceño al ver su camisa, y luego su pajarita.

—¿Has estado practicando trucos de magia?

Patch maldijo a Saint para sus adentros.

—Estos bocetos... —dijo Sammy apoyando una mano en el abdomen, los rizos le caían limpiamente sobre sus ojos verdes—. ¿Los has hecho tú?

—Pensé que quizá podría poner uno en el escaparate —señaló Patch.

—O ya puestos podría restregar heces humanas en el vidrio. Eres un problema, chaval.

Tenía unos dientes rectos y blancos, las uñas relucientes como si hubiera ido a un salón de belleza. Olía a una mezcla de colonia, jengibre y ponche de sidra. Patch lo miró a los ojos y no vio nada más que confianza, flema y un furibundo amor propio.

—Puede ser. Pero no soy su problema —dijo Patch.

Sammy lo miró con cara de circunstancias, como a menudo debían de mirarlo a él, suponía Patch.

—¿Sabes algo de mí? —preguntó Sammy.

Una vez, cuando iban en el autobús, le había preguntado a Norma por Sammy.

«Quien bebe así es para recordar o para olvidar. Diría que Sammy lo hace por ambas cosas.»

—La gente dice que es un borracho.

—Lo soy.

—Y un canalla.

—¿Acaso sabes lo que es un canalla?

Patch negó con la cabeza.

—Un canalla es un capullo distinguido.

—Me lo imaginaba —dijo Patch, y Sammy casi sonrió.

Había una serie de pinceles desplegados.

Sammy cogió uno.

—Marta cibelina. El eje perfecto en la más selecta de las fibras. Absorberá el óleo tan bien dentro de cincuenta años como ahora. Ojalá pudiera decir lo mismo de tu pelo, chaval.

Patch volvió a maldecir a Saint para sus adentros.

Sammy eligió otro.

—Almendrado. —Y luego otro—. Lengua de gato. —Paseó la mano por encima de la hilera de pinceles—. Un brillante, un delineador, dos de oreja de buey y uno redondo. Un surtido de tamaños, usarás un seis para los trazos más finos, un catorce para franjas de piel.

Sammy abrió el cierre de un estuche de cedro baqueteado y la giró hacia Patch.

—Óleos Sennelier. Al lado del Musée d'Orsay hay una tienda, la predilecta de Matisse y Ernst y Monet y el propio Picasso. Aceite de cártamo que no amarillea, se asientan en el lienzo durante cien años sin atenuarse y sin brillo. Contigo será un desperdicio.

Patch no dijo nada.

—Lienzo Old Holland. —Sammy cogió un taco fino y lo dejó caer en el escritorio con un golpe sordo—. Lino belga cien por cien. Dos

manos de imprimación. Habrá quien te diga que el Daveliou de tres capas es superior. Pero también habrá quien te diga que vayas a la iglesia todos los domingos. —Sammy se llenó la copa hasta el borde—. Para los retratos pintarás al óleo. Sobre lienzo. Con luz natural. Pinceles de cerdas. Ventilación. Trementina si quieres gasearme…

—Claro que quiero…

—… aceite de nuez si no. Linaza si hace falta.

Patch hurgó en la mochila buscando papel para tomar notas, y sin querer se le cayeron sus pinceles al suelo.

Sammy los inspeccionó como si le resultaran completamente ajenos.

—Ésos los usas para limpiar los desagües, ¿no?

—¿Semillas de trementina, ha dicho?

—Ay, Dios. Tengo caballetes de exposición que te irán bien. Y una habitación al fondo. Luz del norte. La difusión lo es todo, con suerte lo aprenderás, o puede que te salgan las mismas birrias que harías a oscuras. El tiempo lo dirá.

—No entiendo —dijo Patch.

—Pintarás aquí.

Patch dijo que no con la cabeza.

—No me voy a quedar…

—No vas a quedarte nada. Es un préstamo. En algún momento tendrás un oficio, probablemente en una fábrica o en una mina, y saldarás tu deuda, de la que tomaré buena nota. Un hombre de verdad siempre salda sus deudas.

—No puedo…

—¿Acaso te he preguntado?

Patch volvió a negar con la cabeza.

Sammy salió y Patch fue detrás.

Abrió una puerta oculta por una gran escultura, un pedrusco irregular de cuatro metros de altura, que de frente describía una curva de tersa oscuridad.

La habitación por dentro era blanca. El suelo, las paredes y el techo. Estaba vacía, salvo por un caballete. Sin asiento. Nada más allá de una ventana, ligeramente velada por una especie de papel.

—Te daré una sola llave. Trabajarás aquí cuando te venga en gana. No hablarás conmigo ni con nadie que esté de visita. Dejarás el estudio tal y como está. Guardarás tus pertenencias en una taquilla que te proporcionaré.

Patch miró a su alrededor.

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué no denunció mi robo a la agencia?

Sammy se apoyó en la puerta y, por un momento, miró a Patch como si lo conociera, como si supiera la silenciosa agonía de cada minuto que vivía. Y luego se desentendió, echó una ojeada hacia el fondo y posó la mirada en la chica prometida.

—Cada día doy un paseo hasta Parade Hill para recordarme por qué no dejé este pueblo de mala muerte hace una eternidad. Tú salvaste a la chica de los Meyer. Y siempre te estaré agradecido. ¿Quieres encontrar a tu amiga Grace?

Patch asintió.

—Pues píntala y haz que cobre vida.

78

—¿Vendrás a buscarme? —preguntó Grace.

—No hará falta. Saldremos juntos de aquí. Y no nos separaremos. Porque nadie se dará cuenta. Nadie sabrá como nosotros lo que hemos pasado.

—Creerán que sí, Patch. Creerán que pueden imaginárselo. E inclinarán la cabeza hacia un lado comprensivamente. Nos harán hablar con psiquiatras que han estudiado en fantásticas bibliotecas de fantásticas universidades leyendo historias como la nuestra. Mencionarán a Charcot y Freud, a William James y Pierre Janet. Leerán los mismos libros que yo. Y sacarán las mismas conclusiones. Al final.

Él le dio la mano.

—¿Qué conclusiones?

—Que las personas como nosotros existimos en un estado de crisis permanente. Que será un milagro si morimos por causas naturales. Nos

volveremos alcohólicos o drogadictos, y no estrecharemos lazos con nadie porque nos protegeremos demasiado de los demás.

—No necesitamos a nadie —dijo él.

—Claro que sí. Sólo que aún no te das cuenta. Vicios malsanos. Nos quedaremos en los extremos porque en el medio es donde la gente sana pasa el tiempo.

—¿Nos irá bien? —preguntó, y no pudo impedir que las palabras salieran de sus labios.

—Ni por asomo.

El recuerdo lo sacó de un sueño ligero.

Tenía el estómago vacío. Estaba agotado. Sabía que no iba a aguantar mucho más. Algo vital se rompería.

Abrió con su llave y empujó la puerta casi esperando que saltara una alarma. Sammy vivía en el piso de arriba y Patch era bastante ligero de piernas.

Al encender una lamparita en el cuarto de atrás vio la taquilla industrial restaurada y dentro encontró los óleos y los pinceles; en el centro de la habitación estaba el caballete, y un lienzo a punto.

Pasó una hora habituándose a todo.

Llevaba botas de leñador porque, aunque le iban un par de números grandes, estaban prácticamente nuevas. Metió una bola de papel de periódico en la puntera para que no le bailaran, y forró los talones con algodón para evitar las ampollas. El día anterior había recorrido en vano más de quince kilómetros por el condado de Ellis hasta un parque de caravanas porque leyó que no tenían electricidad ni teléfono y creyó que sabrían que por ahí había una chica desaparecida.

Un ligero vaho empañaba el vidrio cuando encontró un lápiz plano y empezó a dibujar. Sintió cómo los trazos se abrían camino en el grueso papel. Le temblaba la mano que sostenía el pincel.

—Sujétalo por la punta.

Sammy, con el traje, la camisa y la corbata de la noche anterior, se quedó observándolo, pero no dijo nada más.

Una hora después, Patch vio pasar a una mujer que se detuvo un momento en la puerta y salió a la calle, donde lanzó una mirada

anhelante hacia el balcón del piso de arriba antes de marcharse.

—¿Era la viuda de Sampson? —preguntó Patch cuando bajó Sammy.

—He oído el rumor de que a su último marido lo dejó tieso de tanto follar —dijo Sammy, descamisado y descalzo. Llevaba una botella de vino, y el verde del vidrio resaltaba con su piel bronceada.

—¿Y es verdad?

—Bueno, yo todavía sigo en pie, ¿no? Si te soy sincero, estoy un poco decepcionado.

—Creo que a casi todo el pueblo le pasa lo mismo.

Patch había pintado ocho trazos en marrones y rojos. Su pelo ardía. Diluyó con acetona y rodeó los ojos de Grace. Oscureció las líneas suaves con ocre, blanco de titanio encima, antes de perderla fugazmente.

Empezó a dar vueltas antes de tapar la ventana con una sábana que encontró en un armarito. Sólo cuando la oscuridad fue total se detuvo y volvió a encontrarla.

Oyó que la puerta se abría y se cerraba, y cuando por fin retiró la sábana y volvió al trabajo vio una taza de café en el suelo. Se lo tomó de un trago y luego estuvo dos horas con el corazón acelerado.

Vio por la ventana la escalera de emergencias del edificio de al lado, el hierro oxidado, y a partir de ese color le hizo el pelo.

Escatimaba demasiado con la pintura.

Sabía que era una locura.

Todo era una locura.

Soltó una palabrota.

—Paciencia —dijo Sammy desde la puerta.

—No tengo tiempo para eso.

79

A lo largo de tres semanas emergió su primer retrato de Grace.

Sammy iba y venía una vez le habló de Caravaggio a altas horas de la madrugada, amorrado a la copa de brandy como si recitara una obra de teatro a un espectador cautivo. Llegó una mujer nueva y Sammy la mandó arriba y se quedó con Patch, que trabajaba sin dejar de escuchar, del boceto al grabado, de la técnica de Caravaggio a la velada hedonista de Sammy.

A la noche siguiente, otra mujer quedó relegada mientras Sammy le hablaba a Patch de Frans Hals.

—Y con esas mismas manos iba después a casa y pegaba a su mujer.

Y Paul Gauguin.

—Tomar la absenta de día y reservar el vino para la noche. —Patch detectó la nota de admiración en la voz de Sammy.

A pesar de que poco a poco ganaba habilidad, cada trazo seguía siendo un insulto al lienzo, una vergüenza para los pinceles con que lo perpetraba. Sammy bebía sin importar la hora o el día que fuera; una vez se trincó cuatro botellas de vino antes de una inauguración al anochecer, estaba tan borracho que se fue a la cama mientras un corrillo de asistentes esperó en la calle durante una hora bajo la lluvia antes de retirarse despotricando.

Y cuando Sammy creía que estaba progresando, de buenas a primeras Patch cogió el lienzo y lo rompió por la mitad.

—No es ella. Todavía no es ella.

A lo largo de un otoño templado y un invierno severo que lo apagó todo menos el color de aquel pequeño rincón, Patch se acostumbró a una vida de estricta determinación. Dormía en el estudio, en un pequeño sofá que había aparecido el día después de Año Nuevo con una manta gruesa y una almohada ligera dobladas encima cuidadosamente. Sammy no mencionó el nuevo arreglo, y Patch se aseguró de ser un fantasma en el edificio y de no molestar a las visitantes. Algunas noches su madre se daba cuenta de que no volvía y él le decía que se quedaba en casa de Saint. La mayoría de las noches ni se enteraba.

En enero caminaba por el hielo, se sacudía la nieve como un perro mojado antes de quitarse las botas y trabajar en calcetines durante un par de horas antes y después del instituto. Tenía los dedos tan en

carne viva por las llagas de los pinceles que apenas podía sujetar el bolígrafo.

Se cruzaba con Misty en los pasillos, se miraban y Patch resistía el impulso de confesarle que pensaba en ella a menudo, que se alegraba cuando la veía correr en la pista o reír con sus amigas o incluso de que hubiera hecho las paces con Chuck. Con el tiempo él sería apenas un rasguño en el disco de su vida, ni siquiera lo bastante profundo para alterar el ritmo perfecto.

Los fines de semana daba largas caminatas con Saint, que se presentaba en su casa con comida y le decía que iba a pasear por los campos de Baker porque quería fotografiar los sembrados cubiertos de escarcha. Caminaban casi siempre en silencio, aunque a veces ella le contaba que quería que su abuela dejara de conducir el autobús tras sufrir una colisión sin importancia en Masterton Avenue. Patch no notaba ningún cambio cuando ella se ponía un brillo de labios o un abrigo nuevo o se rizaba el pelo. No se fijaba en que llevaba un retenedor o unas gafas nuevas de montura más clara, en que había crecido cinco centímetros, en que por fin tenía motivos para llevar sujetador.

En los primeros amagos de la primavera, Sammy le dijo que tendría que dejar los trabajos de limpieza para empezar a ayudar en la galería. Habló en un tono que no admitía réplicas, y una semana más tarde le dio a Patch unos pantalones nuevos, dos camisas elegantes y un par de zapatos de puntera reluciente. La deuda aumentó con creces, aunque por el momento se veía capaz de pagar el alquiler y las facturas. Sammy compró una barbacoa portátil y asaba selectos cortes de carne en el balcón, condimentados con azafrán y cardamomo, e insistía en que Patch cenara con él, fingiendo que no se daba cuenta cuando el chico envolvía chuletas en una servilleta para llevárselas a su madre.

A veces Saint se presentaba en la galería y se quedaba junto al escaparate con la esperanza de atisbar dentro a su amigo, hasta que Sammy la ahuyentaba con una mirada penetrante.

—Esa chica —dijo, y Patch no lo entendió.

Sammy hizo un viaje a Cuba la semana después de que se levantara la prohibición, volvió con una caja de puros y más bronceado, y le

habló a Patch del choque entre lo viejo y lo nuevo.

—Bailar salsa, chaval. Te digo que me he pasado todo el viaje empalmado.

En la habitación a oscuras, Patch respiraba los vapores de la trementina hasta que la nariz le goteaba y la cabeza anhelaba el aire frío y fresco. A veces preparaba café para las mujeres que acudían de visita y se sentaba con ellas.

—¿Sammy habla de mí? —le preguntó expectante una joven rubia de mirada seductora.

—A todas horas —dijo Patch justo cuando Sammy bajaba las escaleras, veía a la rubia y retrocedía.

—¿Sabes si quiere casarse algún día?

Patch asintió.

—Y le gustaría tener hijos.

Ese último comentario añadió un recargo de cien pavos a su deuda.

Bajo esa espinosa tutela Patch preparaba fondos de aguada en seco, trabajaba la textura de cada tono de la piel de ella, con capas y volumen, con manchas y degradados. Perfilando los contornos, Grace iba ganando dimensiones hasta que su rostro apareció en el lienzo. Aprendió a bosquejar primero con un grueso lápiz 4H, de lo general a lo particular, algo difícil con su pequeño pincel de oreja de buey, pero fue ganando confianza y mejorando la técnica. Emblocaba los valores oscuros, ascuas apagadas y cobalto, aguzando la mirada mientras trabajaba, las zonas claras aún intactas, la piel enfriada con pigmentos diluidos. Le daba brillo al pelo dejando a la vista una aguada más clara, suelta y gestual, y ella surgía de la noche como un capricho que le dejaba sin aliento, a veces extraña y a veces exacta, tan indiscutiblemente *ella* que Patch le daba la espalda y se marchaba y cerraba la puerta con llave y no volvía en todo el día, tal era el tormento.

Sammy no se deshizo en elogios. La habilidad de Patch era incipiente pero innegable. Patch no lo consideraba un don. Un don era innato. Mejoró su técnica a pulso. Poco a poco y con empeño.

Y entonces, cuando despuntaban los primeros destellos del verano en el pueblo de Monta Clare, diez meses e innumerables fracasos

después, mientras Reggie Jackson ponía otro en órbita en la pequeña pantalla del televisor, Sammy entró en la habitación y le quitó a Patch el pincel de la mano.

—Se acabó —sentenció Sammy.

Patch dio un paso atrás para contemplarlo.

—Tanto si es ella como si no —dijo Sammy—. Este cuadro está terminado.

80

En la comisaría, Sammy puso el cuadro encima del escritorio de Nix.

—*Grace número uno*. Cópielo.

Nix podría haber dicho algo, podría haberse desentendido del asunto aduciendo que era una locura, pero cuando echó una ojeada al cuadro la imagen acaparó toda su atención. A la luz cruda de su despacho no vio nada sacado de la imaginación, sino un retrato tan claro y con un detalle forense tan preciso que era como mirar una fotografía. Si no hubiera sabido que procedía de una obsesión, Nix habría supuesto que era obra de un maestro veterano.

Se quedó inmóvil largo rato, mirando la cara embelesado.

—¿Lo has hecho tú?

Patch asintió.

A su lado Sammy parecía indiferente al asombro que mostraba el jefe de policía.

—¿Es ella? —preguntó Nix.

—*Grace número uno* —dijo Patch.

Sosteniendo el retrato con sumo cuidado, Nix levantó la pesada tapa de la vieja fotocopiadora para evitar que dañara la imagen.

Patch observó toda la operación atentamente, conocía la mecánica porque había leído sobre impresión en polvo, carga negativa y fotoconductores. Cuando la máquina escupió una imagen tras otra, cogió una y quedó satisfecho con el resultado.

Nix hizo cincuenta copias.

—Haremos que circulen. Vamos a mandarlas a los departamentos de policía de cada estado del país —dijo Patch.

Sammy sacó una petaca del bolsillo y bebió un sorbo.

—Ya me encargo yo —dijo Nix, sin dejar de mirar a la chica—. Me aseguraré de que llegue adonde tiene que llegar.

Patch volvió a la galería y se sentó a contemplar a su Grace, perdiéndose en sus limpios contornos.

Misty apareció en la puerta, una vaharada de su dulce perfume en el aire químico sacó a Patch del trance.

Allí estaba, con un vestido verde y el pelo recogido con una cinta blanca, entre los cadáveres desparramados de un centenar de Graces.

Misty se detuvo delante del último lienzo.

—Es tan… es preciosa.

Patch miró sus pies enterrados bajo el lago de lienzos.

—Debería estar expuesta en la pared o en el escaparate. En una gran galería.

Misty se arrodilló a recoger las niñas perdidas y las ojeó; la diferencia entre una y otra era casi imperceptible, aunque Patch sabía que aquel cauto progreso un día acabaría por acercarla hasta el punto de que él la tendría delante, oiría su voz y sentiría las yemas de sus dedos descifrándolo por completo.

—Hay muchísimas —dijo Misty.

La última vez que hicieron cuentas, Patch le debía a Sammy mil dólares redondos. Patch no estaba seguro de cómo iban los cálculos, sólo sabía que un trazo errático podía disparar la suma.

Dejó el pincel con cuidado, se dio la vuelta y por fin vio las sutilezas de la chica que estaba a su lado, los trazos finos y las sombras marcadas. La vio en una mezcla de tonalidades, su piel titanio y ámbar tostado y carmín de alizarina. Sus ojos prusianos. Su pelo serían oscuros suavizados con siena antes de aplicar las capas de luz.

—Te veo en el instituto —le dijo Misty—. Y te echo de menos.

Patch se quedó mirándola y vio cadmio acerado con violeta Winsor y azul de ftalo.

—Me miras como no me mira nadie —añadió Misty, y se ruborizó.

Llevaba un sobre en la mano. Se lo entregó, se dio la vuelta y se fue.

Patch se quedó en la puerta mirando cómo se alejaba.

Entonces lo supo.

Podía usar todos los colores a su alcance para pintar a Misty Meyer, y aun así nunca conseguiría acercarse.

81

Fueron en coche hasta las gargantas del río Castor y, a través de la lente de la Nikon, Saint capturó las vetas del granito rosa. Le dio la lata a su abuela describiéndole la formación mientras veían a un san Bernardo vadear unas pozas tan hermosas que Saint gastó un carrete entero antes incluso de llegar a las aguas bravas.

Y allí su abuela la cogió de la mano y fueron juntas por el sendero llano que atraviesa el Área protegida de Amidon. En la frondosa arboleda Norma caminó más despacio.

—¿Crees que debo preocuparme por ti?

Saint miró a su abuela y vio las huellas de la angustia en su cara, los ojos azules llorosos, el pelo cada día más fino y más gris.

Cambió el carrete y fotografió pinos de hoja corta, musgos y encinillos. Su abuela suspiró junto a un liquen de un verde intenso.

—Tú no puedes salvar a Patch —dijo Norma.

—Sí que puedo.

Saint apuntó la cámara hacia un agua tan clara que más tarde vería la sombra de escorpinas y percas de boca pequeña.

—Saint.

Saint finalmente bajó la lente.

—Estoy bien, abuela.

—Ese chico deja mensajes en nuestro contestador. A veces en plena noche. Divaga sobre un sueño que ha tenido, una frase que recuerda que dijo la chica.

—Yo le di permiso. Guardaré las cintas y un día me llevarán hasta ella —dijo Saint.

—¿Que te llevarán a ella? Estás... Ya no sonríes. No como antes. La vida de él no es la tuya.

Saint respiró hondo.

—Patch es mi mejor...

Norma miró a lo lejos.

—Volveremos cuando broten las flores silvestres en primavera.

—¿Por qué no te cae bien?

Norma cerró los ojos. Algunos decían que era severa, le criticaban el corte de pelo, la torpeza con que llevaba su estatura. Tenía los brazos fibrados, y cuando Saint de pequeña le preguntaba si ella algún día también sería alta y fuerte, Norma le decía que sí.

—Cuando yo... Si miro al chico ahora como lo miraba entonces, no veo lo mismo, Saint. Y sé que no va a... Quiero lo mejor para ti. Y no voy a pedir perdón por eso.

—No es justo —dijo Saint de pronto, bruscamente. No quería llorar, intentó contener las lágrimas con todas sus fuerzas—. Busco guijarros y cosas que creo que podrían gustarle. Pero ya no le interesan.

Norma se quedó observando los saltos de agua.

—Me tropecé con el doctor Tooms en el pueblo. Me contó que te ve merodear por ahí, vigilando su casa. A veces hasta altas horas de la noche.

—Aquella noche mintió —dijo Saint.

—Tooms no...

—Oí un grito. Vi sus manos manchadas de sangre. Y cuando llegó Nix, ya se las había lavado.

—Diste con el culpable, Saint. Le salvaste la vida a tu amigo. No le debes...

—No se trata de ninguna deuda.

—En un par de años irás a la universidad, y en Navidad volverás a casa, y yo me quedaré aquí y seguiré conduciendo el autobús. Pero sonreiré, seguiré sonriendo cada día cuando piense en ti. Y se me romperá un poco el corazón cuando piense en Joseph, te lo aseguro. Pero tú eres mi nieta. Y él no.

—No tiene a nadie. No tiene recursos.

—Está persiguiendo un imposible. Esa chica no existe. Lo veo en los

ojos de Nix, demonios, lo veo en tus ojos.

Saint asió con fuerza la cámara.

—La encontraré, por él.

—Y te perderás por el camino.

Hicieron el trayecto de vuelta en silencio.

Al llegar a casa Saint encontró la invitación metida en el buzón.

Saint miró la calle de arriba abajo, como si esperara ver a alguien saltando desde detrás de los setos de los vecinos y se viera que era una broma.

—¿Qué pasa? —preguntó Norma al acomodarse en la mecedora observando el humo de las chimeneas distantes.

—Misty Meyer cumple dieciséis años. Hay una fiesta esta noche.

Norma no mencionó que la invitación llegaba demasiado tarde, pero Saint sabía que un propósito de último momento seguía siendo un propósito.

—Irás —dijo Norma.

—No tengo ningún vestido bonito.

—Joseph estará allí.

Saint negó con la cabeza, aunque no lo sabía. Ahora cuando estaban juntos se dedicaban únicamente a la búsqueda.

—Irás, y si Joseph está allí supongo que se lo recordarás.

Saint se quedó mirando el papel, contemplando la fabulosa caligrafía y la palabra «cordialmente».

—¿Recordarle qué?

Norma le estrechó con fuerza la manita.

—Que no lo perdió todo cuando desapareció.

82

Pasaron un par de chicas por la calle con blusas campesinas.

Sus melenas onduladas caían sobre unos vaqueros acampanados y tacones de vértigo, espesando el aire con los perfumes robados a sus madres.

Patch se sentó en el bordillo con la mochila al lado mientras los últimos rayos del sol acariciaban Monta Clare. Los chicos en la acera vestían chaquetas con camisas de flores desabrochadas, por las que asomaba la piel pálida, y la mayoría llevaba el pelo largo.

Una docena de rótulos daban vueltas con la brisa. JOYERÍA HANES y AUTOMÓVILES REWALT; CAFÉ BRAYBART; el rojo, blanco y azul de PEPSI-COLA. Más chicas con vestidos sonreían junto a chicos atolondrados deseosos de que la noche fuese memorable en un sentido que les emocionaba y aterrorizaba a la vez.

Delante de las oficinas municipales Patch se apoyó en el plano acristalado de la llanura aluvial y se quedó allí hasta que oscureció del todo y las luces del salón parroquial se encendieron.

Tenía en el bolsillo de los vaqueros la invitación que le había entregado Misty, aunque a medida que se acercaba el día se le iba haciendo un nudo en la garganta porque se arrepentía de haberle prometido que iría.

Llevaba una cajita, con una bola de nieve que había visto en el escaparate de una tienda de artesanía mientras colgaba carteles en la aldea de WELLBRAY CREEK. Dentro de la bola de vidrio se veía un pueblo en miniatura nevado, tan delicado y minucioso que Patch lo contemplaba por las noches antes de dormir. Le había costado un dólar. Lamentaba el despilfarro.

En un corro cerca de la puerta, la pandilla de Chuck se pasaba una botellita de licor. Dentro había serpentinas colgadas de las vigas y globos fosforescentes flotando alrededor de una bola de espejos que despedía destellos de luz. Grupos de chicas bailaban, moviendo los pies a la vez, y en ese momento se preguntó qué se había perdido. Y lo que Grace se perdería.

Patch casi había conseguido atravesar la multitud cuando le arrebataron la caja de las manos.

Oyó risas. Se burlaron de su ropa, de sus zapatillas viejas, de sus pantalones. Intentó avanzar, pero le cortaron el paso, intentó dar la vuelta pero lo empujaron y cayó al suelo.

Y durante un instante paralizante sintió que le arrancaban el parche del ojo.

Fue entonces cuando las risas se apagaron, y tal vez por cómo miró a los chicos cesaron del todo, y alguien se lo devolvió. Rápidamente se lo pasó por la cabeza y lo colocó otra vez en su sitio.

Y después le tiraron la caja.

Patch oyó que el cristal se hacía añicos al caer al suelo.

Se quedó allí arrodillado mientras se alejaban.

En ese momento deseó volver a la oscuridad.

Junto a ella.

83

Saint había pasado una hora en la boutique de la señorita Kline, que cerró más tarde porque vio la súplica en los ojos de Norma cuando la chica desapareció en el probador con un vestido midi de pana color crema y mangas abullonadas.

—Parezco una tartaleta —oyó que decía Saint desde detrás de la cortina.

La señorita Kline sacó un vestido acuarela de andar por casa.

—Puedo presentarme en la fiesta como si fuera la madre de la cumpleañera. Estupendo.

Un estampado rojo abstracto psicodélico.

—Me marea un poco.

Y, por último, un vestido hasta los pies rojo y azul con un escote de vértigo.

—¿También vende tetas de relleno?

La señorita Kline le iba lanzando miradas a Norma, que contemplaba la puerta con melancolía.

Se decidieron por un vestido negro de flores con un cuello blanco.

Saint desfiló al llegar a casa.

—Es un poco largo —dijo Norma viendo que se lo subía para que no arrastrara por el suelo.

—Soy un poco bajita —replicó Saint, de mal humor. Rebuscó en la caja de maquillaje de su abuela y frunció el ceño—. Creo que todo

esto está caducado.

—El maquillaje es como el vino —empezó a decir Norma, y no terminó la frase cuando Saint levantó unos polvos compactos cuarteados de 1955.

Diez minutos después Norma fue a buscar a la señora Harris, la vecina de enfrente. Saint vio llegar a la mujer con su moño de colmena, la sombra de ojos azul y el estuche de maquillaje industrial y lanzó una mirada de pánico a su abuela.

—Tranquila. La señora Harris trabaja de esteticista para el señor Nathaniel —dijo Norma.

Saint abrió los ojos como platos, horrorizada.

—¿El señor Nathaniel... de la funeraria de Monta Clare?

La señora Harris la empujó sin contemplaciones y la sentó de nuevo en la silla.

—Si puedo devolverle la vida a un cadáver, puedo ocuparme de ti.

—Y así el circo está completo —dijo Saint.

—¿Quieres que haga algo con esta trenza?

—Sí. Dejarla en paz.

—Por eso no trabajo con los vivos.

Veinte minutos y un par de palabrotas más tarde, Saint bajó las escaleras. Su abuela le hizo una decena de fotos mientras ella contenía el impulso de apagar la cámara.

84

Saint atrajo varias miradas en la fiesta mientras bordeaba la pista de baile e iba hasta la mesa de los regalos a dejar el suyo. Un jersey rosa que había tejido en ausencia de Patch; a ella le estaba un poco grande, así que probablemente a Misty le quedaría un poco pequeño.

—¿Él ha venido?

Saint se volvió y cuando vio a Misty con un vestido blanco justo por encima de la rodilla y tacones a juego se quedó muda de asombro. Llevaba las uñas pintadas, los rizos en un recogido alto, los ojos con

un toque de sombra tan sutil que Saint pensó que seguramente a ella no la había embellecido una maquilladora de muertos.

—No lo sé —contestó Saint.

Misty miró a su alrededor, atrayendo las miradas de todos los chicos de su curso y de la mayoría de las chicas.

—Feliz cumpleaños —dijo Saint.

Misty esbozó una sonrisa, pero vacía.

—Entonces ¿no ha venido contigo?

Saint negó con la cabeza. Y de pronto lo entendió. Y al entenderlo sintió que le faltaba el aire dentro del salón parroquial. Supo por qué la había invitado Misty.

—No te lo lleves —dijo Saint, y sintió un calor por dentro, la vergüenza de sus palabras. Misty se quedó mirándola—. Sé cómo suena esto. Pero tú, tú puedes tener… ya tienes a todo el mundo.

Saint miró el destello de las luces y observó a la opulenta familia de Misty.

—No sé a qué te…

—Por favor, Misty. Si es por lástima, si es una especie de obligación que…

No llegó a terminar la frase porque empezó a sonar una música lenta y, con los primeros acordes de guitarra, Chuck agarró a Misty de la mano y tiró de ella hacia el centro de la pista, donde debía estar.

Y a través de las puertas abiertas Saint vio a Patch, alejándose despacio.

Si hubiera podido volver atrás, lo habría llamado, pero plantada allí con aquel vestido y aquel maquillaje se sintió tan boba que no pudo hacer nada más que quedarse mirando mientras Misty apartaba a Chuck de un empujón y salía al aire cálido del anochecer.

—Estás muy guapa.

Saint se volvió y vio a Jimmy. Llevaba una americana y pantalones de pinzas, la corbata de su padre.

—No pensaba encontrarte aquí —le dijo.

—Mi madre conoce a los Meyer —contestó él encogiéndose de hombros.

Ella se volvió.

—Saint, ¿te gustaría bailar conmigo?

Ella negó con la cabeza.

Jimmy esbozó una sonrisa, cálida y tierna.

—Cuando Joseph desapareció… y te dije que rezaba por él… quería que volviera sano y salvo, por supuesto. Pero también quería que tú estuvieras bien. Lo necesitaba.

—¿Por qué? —preguntó ella.

La miró con sus ojos azules, y esta vez no se ruborizó ni se cohibió.

—Te veo, Saint. Veo cómo te preocupas. Veo cómo cierras los ojos un par de segundos antes de reír. Veo cómo intentas esconder el diente torcido cuando sonríes. Pero no hace falta, porque eres… porque es una sonrisa perfecta.

—Jimmy…

—Sé que… Sé que no soy tu primera opción, pero aun así baila conmigo.

Saint se volvió una vez más para mirar hacia fuera, donde Misty se acercaba a Patch.

Y le dio la mano a Jimmy.

85

—Llegas tarde —dijo Misty.

Patch se volvió.

—Es que…

—Temía que no vinieras.

—¿Qué te han regalado por tu cumpleaños?

Ambos se volvieron hacia el salón cuando empezó a sonar una música lenta y se fueron formando parejas.

—¿Crees que siempre será tan difícil? —dijo ella.

Patch vio al padre de Misty, con la espalda erguida y los brazos rígidos, y a su madre, elegante con un vestido largo y gruesas perlas.

Se preguntó cómo sería tener el futuro pintado así, tener un mundo perfecto tan definido. A lo mejor ya lo sabía. Sólo que de otra manera.

—Tengo miedo de no encontrarla nunca —confesó, y apenas pudo soportar hablar de esa horrible verdad.

—Puedes seguir buscando —dijo ella—. Aunque corres el riesgo de no ver lo que tienes delante.

Patch no la miró.

—Creo que después de lo que te pasó… no eres como ellos, Patch. Todo el mundo es… nadie te conoce. En el fondo, no.

—Esta canción —dijo él al oír el tema de Neil Young sonando en aquel momento, bajo aquel cielo perfecto, en su pueblecito perfecto.

Incluso cuando ella le dio la mano, él no movió los pies, que se quedaron como clavados en el suelo.

—¿Crees que es verdad? ¿Sólo el amor puede romperte el corazón? —preguntó Misty parafraseando la letra de la canción.

La luna brillaba demasiado. Había demasiadas estrellas en el firmamento. A veces deseaba borrarlas todas.

—Si tu mundo se viniera abajo… —canturreó.

Misty se pasó el brazo de él alrededor de la cintura y le apoyó un brazo en el hombro. Se quitó los tacones delicadamente y hundió los pies descalzos en la hierba.

No era la primera vez que Patch bailaba con una chica.

Aspiró su perfume.

—No me has dicho lo que te han regalado —dijo Patch.

Misty lo miró con unos ojos tan azules y profundos que él temió ahogarse en ellos.

—Justo lo que quería.

—¿Y qué era?

Apenas en un susurro:

—Bailar con el chico que me salvó la vida.

Los corazones rotos

1978

86

Misty esperaba el autobús cuarenta y dos todos los días al salir del instituto.

Y cuando se bajaba Patch, que ahora medía más de un metro ochenta, el mono atado a la cintura y una camiseta blanca insinuando músculos nuevos y el pelo rubio peinado hacia atrás bajo una gorra oscura, ella cruzaba corriendo la avenida, saltaba a sus brazos y le rodeaba la cintura con las piernas. Los dos a solas en su beso, mientras las otras chicas miraban.

A los dieciséis años, él había dejado los estudios y aceptado un empleo en la Bell Lewis Company. Cada mañana tomaba cuatro autobuses hasta el pie de los pozos, donde recogía su chaleco y su casco y se ponía a trabajar codo con codo con hombres que le doblaban la edad. La primera vez que bajó por la roca dolomítica hasta el frente de la mina, se apoyó en un pilar y miró hacia arriba, el espacio excavado hasta alcanzar el tamaño del gimnasio de un instituto. Fue una iniciación rápida y ardua. Seguía como una sombra a los hombres que cargaban el mineral en las vagonetas, se acercaba demasiado a la trituradora y cuando volvía a los elevadores le zumbaban los oídos. Tardó un par de días en acostumbrarse al olor, la humedad y el frío. Un par más hasta que se acordó de persignarse ante la estampita de santa Bárbara antes de bajar. Patch pasaba ocho horas al día bajo tierra, a menudo en una oscuridad interrumpida sólo por el brillo del mineral y los recuerdos de Grace. Perforando, dinamitando y transportando. Los hombres se quejaban de los precios del acero mientras comían el bocadillo en los bancos de madera bajo el

parpadeo de las bombillas naranjas.

—¿Tienes novia? —le preguntó uno de los hombres al final de su primera semana allí.

Patch asintió.

—Sí, tengo novia.

Patch iba por la vida amarrado a una chica que se estaba convirtiendo rápidamente en una auténtica belleza. Mientras la adolescencia marcaba a la mayoría de las jóvenes de su clase con acné y figuras desgarbadas, Misty navegaba esa ola con una gracia y una firmeza imposibles.

Pasaron inviernos blancos recorriendo los bosques nevados; en las radiantes mañanas de primavera desafiaban el frío del lago y caminaban a contracorriente, a veces se tumbaban boca arriba y flotaban.

La primera vez que Misty se quedó desnuda, Patch apartó la vista hacia otro lado, sólo para encontrarse con una mirada de sorna cuando se volvió hacia ella de nuevo. Ganó confianza como cocinera, aunque no habilidad, y él tragaba valerosamente maravillas como conejo a la *bourguignon*, brochetas de cangrejo y un chili especialidad de la casa tan picante que buena parte del otoño le hizo sudar la gota gorda.

Vieron por televisión cómo una tormenta de nieve sumía a Nueva Inglaterra en el caos. Misty le pasó los pies descalzos por debajo de la pierna como si pudiera sentir el frío filtrarse a través de la pantalla en color. Los Meyer contemplaban el floreciente romance con un aire divertido, seguros de que su hija muy pronto saldaría su deuda.

Patch pasaba los sábados por la mañana en la galería de arte, y frunció el ceño al ver a Sammy llorando a lágrima viva el día en que le pegaron un tiro a Larry Flynt en Georgia. «Nos ha dado tanto. Tanto, tanto.»

En otoño del 78, Misty se sacó el carnet de conducir, y aquel invierno los dos cruzaron el estado en coche hasta Petra, un pueblo de postal en el condado de Marion. Surcaron carreteras blancas hasta ver el molino de viento de los Cupler.

Patch dejó a Misty resguardada en su Mercedes y se reunió con

Carol Birch, madre de una chica que había desaparecido cuatro años antes. Había encontrado sus datos en *The Herald* del condado de Marion y habían cruzado varias cartas. Juntos, embozados en sus gruesos abrigos, recorrieron las calles heladas junto al canal de Nine Fork. Mientras Carol le hablaba a Patch de su hija, observaron a una pareja de cisnes nadando en el agua helada. La chica se llamaba Melinda, y no había nada en absoluto que sugiriera que podía o no podía ser Grace. El rostro de Carol reflejaba ese temor angustioso, como si durante cuatro años hubiera estado mirando la puerta esperando a que llamaran. Patch se preguntó si la esperanza era en sí misma un castigo, a veces peor que la certeza, que el largo y solitario camino hacia la curación.

Se marchó con una fotografía de Melinda tomada ante una puesta de sol en Mount Vernon. En el camino de vuelta casi no hablaron, y, al llegar a casa, Patch colgó la fotografía en el tablero de corcho de su cuarto mientras Misty salía por la ventana al terrado. Patch la siguió y esperaron de la mano a que aparecieran las estrellas; entonces él le contó historias de la antigua Grecia y leyendas ancestrales.

—¿Qué tal va en las minas? —le preguntó ella pasándole el brazo alrededor de la cintura.

—Va bien, Mist.

—Me preocupa que te caiga una roca en la cabeza.

—Llevo casco.

—¿Compartiste mis magdalenas con los otros chicos?

Patch pensó en los pasteles que se pudrían allí abajo, entre las brechas, y asintió.

—Estupendo. Así es como harás amigos, Patch.

Mientras las notas de Misty subían como la espuma, él seguía posibles pistas por todo el estado. La mayoría quedaban en nada. A veces la gente no se presentaba o no contestaba sus llamadas, y a veces se le hacía un nudo en el estómago, sintiendo que no la encontraría o que, quizá, ya estaba muerta.

Una fresca mañana en Huntersville quedó con otra madre y se guardó otra fotografía, y después se sentó con Misty al fondo de la basílica. Ella se arrodilló mientras él miraba las columnas azules y el techo estrellado.

—Ahora me cuesta rezar —dijo Misty.

—¿Por qué?

—Ya he tenido suficiente.

Lo besó.

Cuando se separaron, no le soltó la mano. No volvería a soltarla.

Misty no se daba cuenta de que Patch comparaba los rosarios colgados en los ganchos de hierro al lado de la puerta con los de cuentas ornamentadas que Eli Aaron enterraba junto a sus víctimas. Patch no olvidaba a Grace en ningún momento.

Patch pasaba buena parte de su tiempo libre en la biblioteca municipal, buceando a fondo en una década de sucesos tan tortuosa como próspera. Pasaba por encima de antiguas noticias que no entendía cómo había podido perderse: una tormenta de nieve en Buffalo; Harvey Milk y el alcalde George Moscone; un apagón en Nueva York; una película de ciencia ficción con espadas láser; un rey muerto y setenta y cinco mil personas en las calles para llorar su voz y su impúdica manera de moverse en el escenario.

Amplió el radio de búsqueda hacia los estados de alrededor y su colección de nombres y caras aumentó. Las fotocopiaba en un lugar dos pueblos más allá, asegurándose luego de dejar una copia encima de la mesa de Nix. El comisario ya no se daba por aludido, se limitaba a recoger las copias y guardarlas en un cajón de su escritorio.

A Sammy le dio por perfeccionar elaborados adobos y cada domingo por la noche hacían juntos una barbacoa en la terraza que daba a Main Street. Patch se tomó un refresco mientras Sammy hablaba de *Raíces* y de Kunta Kinte.

—Entiendo lo del rito de iniciación tribal y todo eso, pero ¿realmente hace falta que te quiten el prepucio? —se preguntaba Sammy protegiéndose con una mano la entrepierna.

—Una mujer ha venido a verte esta mañana. Ha dicho que se llama Nina —le contó Patch.

Sammy se pellizcó el caballete de la nariz.

—No debe de haber leído el mensaje.

—He apuntado su número.

—Es que le mandé un mensaje notificándole que agradecía sus servicios, pero dejando claro que ya no requería su presencia en mi cama.

Patch esperó a que se riera.

Sammy no se rió.

Misty empezó a hablar tímidamente del baile de graduación. A pesar de que no le pedía abiertamente que la invitara a ir, cada vez que pasaban por delante de la boutique de la señorita Kline, en la avenida, se detenía a mirar el vestido amarillo del escaparate, con detalles de encaje y chaleco, y suspiraba con tanto sentimiento que al final Patch se armó de valor para llevarla a Elion Point, donde cumplió con el protocolo de rigor y ella le dio un achuchón tan fuerte que por poco lo desmonta.

Hacía todo lo posible por cuidar de su madre, se aseguraba de ir a buscarle las pastillas y prepararle el desayuno y la cena, y se encargaba a rajatabla de que Misty nunca pusiera un pie en la puerta de su casa. Con lo que ganaba en la mina, entre el dinero que obligaba a Misty a aceptar para la gasolina y las deudas atrasadas que tenía que saldar con el casero de su madre, apenas le quedaba suficiente para cubrir otros gastos. Más de una vez al mes, su madre llamaba a la galería para decirle que le habían cortado la luz, y al volver se encontraba la nevera goteando y un creciente malestar.

A veces se cruzaba con Saint en el pueblo, y ella al verlo esbozaba una sonrisa, que él le devolvía. Le consolaba saber que no tardaría en olvidarse de él.

Y en ese estado de extrañeza subsistía, en ese término medio entre vivir y no vivir, entre seguir adelante y estancarse.

Si el viaje se convirtió en su grito al vacío, en la pintura encontró el norte de verdad, un talento tan estimulante que Sammy ya no lo guiaba, simplemente se apartaba para entregarse a la contemplación en silencio.

Pintó a la chica de los Birch, luego a la chica de Huntersville, dedicando meses a cada retrato, y al terminar le pidió a Sammy que pagara el porte y mandara el cuadro a las madres. Una semana después Carol Birch hizo el largo viaje hasta Monta Clare, aparcó en la puerta de la galería, estrechó a Patch entre sus brazos y rompió a llorar.

Y después pintó a Callie Montrose.

Con tanta sutileza y precisión en el detalle que cualquiera que pasaba por delante del escaparate el día que Sammy lo expuso se paraba a mirarlo. Nadie se demoró más que el comisario Nix, que se quedó allí paralizado, ahora con el pelo un poco más corto y la misma expresión afable, completamente conmovido.

Mandaron puntualmente el retrato a Richie Montrose, que lo devolvió en el acto.

—¿Qué vas a hacer con el cuadro? —le preguntó Nix una tarde mientras Patch limpiaba la fachada acristalada de la galería.

—Sammy dijo que podemos dejarlo aquí colgado hasta que la encuentren. ¿Por qué su padre no lo quiso?

Nix contestó sin apartar la mirada de la chica:

—A veces duele demasiado.

88

Patch pasaba más tiempo en la gran casa de Parade Hill. Una vez, la madre de Misty los llevó al centro comercial de Lakeland. Madre e hija lo acompañaron a unos grandes almacenes donde fueron eligiendo entre hileras de camisas *oxford* con botones en las puntas del cuello, jerséis de cuadros escoceses y lustrosos zapatos de vestir.

Misty lo cogió todo, se lo dio al dependiente y le dijo a Patch que era un regalo de Navidad adelantado. Faltó poco para que se echara a llorar cuando se marcharon con las manos vacías, mientras la madre miraba hacia delante como si Patch hubiera suspendido algún tipo de

prueba a la que nunca había pretendido someterse. Intentó no verse como un proyecto, no ser otra de las obras de caridad de la señora Meyer.

La primavera del 79 la abuela de Saint hizo su ruta por última vez. Aunque ella hubiera seguido, en Tráfico tenían normas estrictas sobre la edad y la idea de fuerza mayor. Norma les armó un escándalo, y luego se lo armaba a Patch, que iba con ella en el autobús cada mañana. Amenazó con demandarlos, se reunió con los abogados de Jasper y Coates, que le dijeron que el caso no tenía fundamento. Norma amenazó con demandarlos también a ellos.

Patch acabó por conocerlo todo de Misty Meyer, hasta cómo se reía al verlo con una boina puesta. Las otras chicas empezaron a fijarse en él, tal vez por las compañías que frecuentaba, por el consenso de que ahora era un hombre en un mar de chicos, por el parche que llevaba en el ojo o por el hecho de que una vez había arriesgado su vida para salvar otra. Fuera lo que fuese, era un cóctel tan embriagador como para que Anna Blythe, Christy Dalton y Heather Baxter mostraran sus cartas y cada una hiciera su respectiva jugada con pocos días de diferencia, presentándose en la galería mientras Sammy, perplejo, contemplaba la escena. Misty las despachó con una sarta de palabrotas tan soeces que casi dejó a Patch intimidado.

—No te metas en la madriguera de una loba herida —sentenció Misty, mientras Heather se alejaba conteniendo las lágrimas.

—Me temo que eso te convierte en su cachorro —le susurró Sammy a Patch, que tenía más que un poco de miedo en los ojos.

Algunos días cogían su vieja Sting-Ray roja y bajaban por las curvas hasta Pike Creek, con el sol recortando un precioso horizonte mientras ella iba montada en el manillar.

Tomaban el sol junto al lago, donde él se armó de valor para quitarse el parche del ojo porque el algodón se deshilachaba y le molestaba, y de pronto una ráfaga de viento lo arrastró hasta el agua. Misty se remangó el vestido y se metió a buscarlo, y se acercó enseguida empapada para ponérselo antes de darle un beso.

Hablaban a menudo de Grace, pero nunca de un modo con el que ella se sintiera amenazada. Patch sabía que Misty se preguntaba hasta qué punto tenía que competir con una chica tan fantasmal.

Y cada vez que Patch seguía una pista hasta un callejón sin salida y después se refugiaba en un lugar donde no podía alcanzarlo, sabía que ella se inquietaba, aunque tal vez también encontrara consuelo en sus fracasos. Y así el círculo vicioso se cerraba.

Tuvieron su primera pelea una gélida tarde de mayo. Misty había comprado entradas para ver una película en el Palace 7, pero Patch recibió la llamada de una señora que había visto uno de sus carteles en Loess Hills. En el fondo sabía que no lo llevaría a nada, pero fue de todos modos. Misty se había puesto nerviosa, y que él no reaccionara sólo la sacó aún más de quicio. Cuando el autobús arrancó, empezó a perseguirlo y dio tal patada en un costado de la carrocería que su padre le tuvo que extender un cheque a la empresa de transportes.

—Misty es puro fuego —dijo Patch.

Sammy levantó la copa.

—Igual que su madre.

Estaban sentados en el balcón, mirando a Main Street.

Sammy había perdido un poco de peso y lo achacaba a haber estado viendo a tres mujeres distintas al mismo tiempo.

—La última pasó por aquí, y me había quedado seco. Tuve que fingir un orgasmo. Y luego la gente me tacha de misógino.

Patch terminó otro cuadro, conjurando imágenes de cada palabra que recordaba que le hubiera dicho Grace.

—¿Así que ésa es la casa? —preguntó Sammy observando el cuadro. La casa blanca a la suave luz de la mañana, pinceladas sueltas y turbulentas topando con salpicaduras de color sin mezclar. Detrás, los amarillos de un prado, las estribaciones de una colina ondulada. La sensación de lugar impresionaba, el detalle, el recuerdo inventado de la casa familiar de Grace.

—Estoy enseñando tus cuadros —le dijo Sammy.

—¿A quién?

—A mi escroto vacío. A posibles compradores, bobo.

—No están en venta.

Sammy se llenó la copa hasta el borde y bebió un poco más.

—No hagas que te recuerde lo que me debes.

Patch se aclaró la garganta, evitando a toda costa mirar a Sammy mientras hablaba.

—Sabes que hay una escuela de bellas artes en Saint Louis. Me imagino que, si llego a ser lo bastante bueno, más gente verá los cuadros. Eso podría estar bien, ¿no?

Sammy agitó la mano, indignado, derramándose un chorro de bourbon por el brazo.

—La puta escuela de bellas artes es la primera lacra. Más te valdría coger esos pinceles de cien dólares y limpiarte el…

Patch levantó ambas manos en señal de rendición.

—¿Y la rubia qué dice? ¿No le importa que trabajes en una mina? —preguntó Sammy tranquilizándose.

—Terminará el instituto. Y luego la universidad. Y todo esto llegará a su fin.

—¿Y hasta entonces?

Patch se llevó el refresco frío a la cabeza y cerró el ojo.

—¿Qué coño estoy haciendo, Sammy? Finjo ser normal. Tengo novia. Vamos al cine y a comer hamburguesas, y actúo como si no fuera evidente que todo es una pérdida de tiempo. Debería dedicar cada segundo a encontrarla. En vez de eso…

—Estás pulsando el botón de pausa, chaval.

Patch asintió, aunque sabía que una pausa por definición era temporal.

89

Saint tocó el *Liebesträum n.º 3*.

Las manitas se desdibujaban recorriendo el teclado, la frente

sudorosa por la rápida cadencia y tal nivel de concentración que ni se dio cuenta de que su abuela entraba en la habitación.

La lluvia primaveral hacía espejos en la calle, caleidoscopios que reflejaban el arco del trilio blanco.

Cuando se aproximaba a la mitad de la pieza, la serie de octavas que precede a los arpegios, la abuela se quedó de pie a su lado, un hecho inaudito cuando Saint estaba practicando.

Saint miró de reojo y vio que sostenía un sobre grande.

—Trae matasellos de Hannover —dijo Norma. Había empezado a llevar gafas, más finas que las de su nieta.

Saint se frenó y tocó un acorde suspendido. Luego le dijo a su abuela que lo abriera.

A Norma le temblaron las manos, no de la emoción, sino porque no podía evitarlo.

Había envejecido de la noche a la mañana desde que estaba jubilada.

—Dios mío. Has entrado, Saint. Has entrado.

Saint atormentó el teclado.

Norma se quedó hasta el final y aplaudió suavemente cuando terminó.

—Ha sido perfecto —aseguró.

—He perdido el contrapeso —dijo Saint, y se miró la mano derecha como si de algún modo la hubiera traicionado.

—Has entrado en Dartmouth, Saint.

—No quiero dejarte.

Norma atrajo la cabeza de Saint hacia su cuerpo.

—Tontuela.

—Eres todo… lo que tengo.

—Va, te llevaré a tomar un helado a la cafetería de Lacey para celebrarlo.

Saint se volvió de nuevo hacia el piano.

Volvería a intentarlo.

No sabía cómo rendirse.

Los fines de semana Saint iba a trabajar a la biblioteca pública de Panora; dejaba la bicicleta apoyada junto a la baranda negra y se zambullía en la tarea como un cisne en un lago.

Gestionaba consultas y préstamos, reservas, e incluso simplificaba el anticuado sistema de tarjetas. Y en los momentos de tranquilidad, que eran muchos, se dedicaba a investigar.

Escribió cartas a un centenar de forenses de otras tantas jurisdicciones, habló con treinta y siete recepcionistas de hospitales en un radio de mil quinientos kilómetros de la casa de Eli Aaron. Dio la descripción de la chica del cuadro, tragándose sus propios reparos y las protestas de su abuela.

—Patch no puede saber qué aspecto tiene —dijo Norma una tarde en la cafetería de Lacey mientras merendaban magdalenas de limón.

Saint no respondió, se quedó mirando hacia el otro lado de la calle cuando llegó el autobús cuarenta y dos y vio que él se bajaba y se lanzaba a los brazos abiertos de Misty.

Por Norma sabía que Patch investigaba por su cuenta, que buscaba a los padres de adolescentes desaparecidas y cada mañana tomaba notas en una carpeta roja en el trayecto a las minas de Saint Francois. Ella se pasó un año consultando registros públicos y estatales. Se centró en los certificados de defunción. Era un trabajo minucioso y exigente, aunque la mayoría de los certificados podía descartarse comprobando simplemente la franja de edad. Partió de la suposición infundada de que Grace podía ser tres años mayor, porque eso le daba un poco más de margen de acción, así que buscó también en colegios profesionales. Enfermería, psicoterapia, derecho y medicina. Cuando encontraba posibles coincidencias, tomaba nota y empezaba a indagar en sus vidas. Hizo cerca de trescientas llamadas a una serie de mujeres, madres, padres y abuelos desconcertados. Saint fue puliendo la manera de abordarlos, procurando no entrar tan de sopetón, y al poco tiempo empezó a preguntar: «¿Conoce a un chico llamado Patch?» A veces la escuchaban para conocer un poco de qué iba el

asunto, pero en otros casos simplemente colgaban el teléfono.

Intentó solicitar registros federales, pero sólo con un nombre de pila enseguida se dio por vencida.

Saint perdió interés en el doctor Tooms después de estar un año vigilando su casa. Fuera lo que fuese lo que había escondido, estaba segura de que no tenía nada que ver con Grace.

Patch seguía llamando en plena noche, y había llenado tres cintas con sus divagaciones. En algunas estaba frenético, embarullado y confuso. En otras hablaba de cómo olía Grace en lo que tal vez fuera una mañana de invierno en el sótano donde los tenían encerrados. Recordaba el aroma a limón en su piel, a menta en su aliento. Mencionó el cielo en Baldy Point, cómo el lago Altus-Lugert rebasaba la presa, abriéndose paso a lo largo del afluente del río Rojo. Cada noche Saint tapaba el teléfono con una manta para que al sonar no despertara a su abuela. Era una locura y el vínculo que los mantenía unidos.

Con los estudios no puso el piloto automático, se alzó claramente entre los primeros de la clase, ajena al alboroto en torno a la universidad y el baile de graduación.

Ya no llevaba la trenza, se recogía el pelo largo hacia atrás y en general pasaba de las modas y las tendencias pasajeras. Cortes escalados, rubios platino. Llevaba monos de pana y no pestañeaba cuando veía a Misty deslumbrante con cuellos de capelina y canesús de encaje.

Un día, al levantarse, vio una hilera de rosas que iba desde la puerta de la calle hasta Jimmy Walters, que sostenía un ramo enorme entre las manos.

—Quiere invitarte al baile de graduación —dijo Norma a su lado.

—Ya lo sé.

—He oído que Patch va con Misty —comentó Norma, como si hiciera falta decirlo.

—Yo también lo he oído.

Norma se enterneció.

—También he oído que Sammy va a exponer los cuadros de Patch

este fin de semana.

—Ah.

—Dale a Jimmy una oportunidad. Por mí. Y te prometo que, si no funciona, cargaré con las consecuencias.

91

Saint se pasó la semana siguiente haciendo llamadas y arrastrando a su abuela a pueblos remotos. Del condado de Camden a Dade, de Jasper a Ozark, preguntó, arengó y suplicó hasta que un par de periodistas de la prensa local accedieron a ir a conocer al pirata, un chaval que pintaba la vida de una chica que quizá nunca había existido. A los indecisos, les mandó por fax desde la biblioteca copias de los grabados, y quedaron tan impresionados con el talento del artista que aceptaron publicar algo.

En la pequeña oficina de *The Tribune* de Monta Clare, Saint se sentó delante de la reportera Daisy Creason, que puso los pies encima del escritorio y mordisqueó un lápiz contemplando la lámina impresa.

—¿Ésta es la chica? —preguntó Daisy.

—A ver, podría ser.

Daisy frunció el ceño.

—Si lo publicas, me encargaré de que ese chico pirata deje de molestarte —mintió Saint.

Daisy asintió en el acto.

La noche trascendental Saint llegó una hora antes y desde la calle vio a Patch barriendo el suelo mientras Misty colocaba farolillos de una barra improvisada que Sammy estaba montando con unos caballetes. Las obras colgaban de las paredes, media docena en conjunto, todas brillantes por igual.

Saint mató el tiempo en el patio de la iglesia y cuando por fin vio a su abuela subiendo el camino lentamente se reunió con ella en la puerta y entraron las dos juntas.

—¿Va a venir su madre? —preguntó Norma.

Sammy se quedó mirando la copa de brandy.

—No tiene sentido que venga nadie. El muy idiota ha decidido que no va a vender ninguno. Y tengo a un tipo que viene adrede de la ciudad.

Saint se escondió hacia el fondo en la penumbra mientras la galería empezaba a llenarse de gente del pueblo, un par de periodistas y forasteros de la ciudad a los que no reconocía. Los padres de Misty acapararon protagonismo, contentos por esa noche de que su hija hubiera elegido a un artista tan prometedor para cortejarla.

No se fijó en Jimmy Walters hasta que olió su colonia, ligera y fresca.

—Tengo un hurón —anunció, sin más preámbulos.

—Y supongo que quieres presentárselo a mi conejito.

Jimmy se sonrojó, pero consiguió añadir una carcajada. Llevaba una camisa de satén que se le pegaba al pecho. Saint a veces lo veía correr junto a las viejas vías del ferrocarril.

Carraspeó.

—El corazón del hurón late doscientas cincuenta veces por minuto.

A juzgar por el temblor de su voz y los cercos oscuros en las axilas, Saint supuso que Jimmy y ella eran tal para cual.

A veces consentía en que la acompañara cuando se adentraba en el bosque con la cámara. Casi siempre sabía guardar silencio, aunque mostraba un entusiasmo que la molestaba, como si necesitara recibir su aprobación. No sabía por qué ella le importaba, por qué veía algo en ella que ella misma sabía que no existía.

—Saint —le dijo. Ella se volvió—. Sé que no me miras con los mismos ojos que miras a Patch. Pero yo estoy aquí invitándote al baile, y él no.

Jimmy sonrió de nuevo y volvió a reunirse con su madre, que contemplaba el retrato de Callie Montrose.

Saint buscó a Patch por la sala, y entonces vio la puerta de atrás abierta y lo encontró sentado solo en la terraza, el cielo de la noche bañado de estrellas tan radiantes que llenaban su propio lienzo.

—Ahora eres famoso.

Levantó la vista y sonrió por primera vez aquella noche.

—Qué tal, Saint.

—Qué tal, chaval.

Se levantó y por un momento pensó que iba a abrazarla, pero se quedó a distancia, junto a la baranda.

—Sammy está cabreado conmigo.

—Es un borracho idiota.

—¿Cómo va la vida, Saint?

Ella se recogió el pelo detrás de la oreja. Llevaba un retenedor desde hacía dieciocho largos meses, y cuando sonrió él no se dio cuenta de que se le había enderezado el diente. Seguía siendo menuda, y parecía ser mucho más joven aún de lo que era, la nariz todavía salpicada de pecas, aunque ahora llevaba unas gafas de montura más fina.

—He estado... He estado aquí.

Él sonrió. Saint intentó no sentirlo como un vacío en la boca del estómago, como una punzada en el pecho.

—Trabajas en una mina.

—No puedo vender los cuadros.

Saint miró al cielo.

—Cuanta más gente vea lo que tú ves... Puedes colgarlos aquí o mandarlos y dejar que sigan su camino, quizá acaben en la pared adecuada en el momento adecuado y pase algo.

Patch alargó la mirada hacia las luces de Monta Clare.

—No es real, ¿verdad? Ésta no puede ser mi vida, Saint.

Saint echó una ojeada hacia dentro por la ventana, donde Misty estaba de pie charlando, aunque paseaba la vista por la habitación, buscándolo.

—Aun así, diste con la chica, Patch.

—Algunas noches me acuesto en la oscuridad y ya no puedo encontrarla.

Saint quiso decirle que seguía buscando, que cuando lo miraba sabía que nunca se rendiría.

—¿Mi madre está dentro?

—Podría ser. Hay tanta gente que...

Lo entendió. Sonrió.

—¿Crees que debería vender mis cuadros? —le preguntó.

—Tal vez podrías lanzar algunas señales de la vida de Grace por ahí. Y ver lo que vuelve.

Dentro, Patch encontró a Sammy en la barra e intercambiaron unas palabras.

Saint vio a su abuela sola frente al cuadro de la casa blanca.

—Es precioso —dijo Norma.

Sammy le presentó a Patch a una mujer, la señora Aileen, que llevaba casi una hora contemplando la escena de la calle, *Main Street de Grace*. Le dijo que era una belleza, que la colgaría en el despacho de su marido, como una ventana a un lugar más bonito. Sammy le dijo un precio y ella le estrechó con delicadeza la mano, le dio las gracias por su amabilidad y sacó el talonario. Su primera venta.

Saint salió un momento y vio al doctor Tooms al otro lado de la calle.

—¿Va a entrar?

Sonrió y negó con la cabeza.

—¿Cómo le va a Patch?

Tooms aguzó la vista tratando de distinguirlo entre la multitud.

—Todavía está buscando a la chica.

Al ver que se daba la vuelta, Saint lo llamó.

—Doctor Tooms. Lo siento. Siento lo que hice.

—Estabas pendiente de tu amigo.

—Ya. Pero aun así lo siento.

—La chica del cuadro. Grace. Espero que Patch la encuentre. Merece que la encuentre.

—Igual que todas —dijo Saint.

Se volvió y vio que Tooms miraba el cuadro de Callie Montrose.

—Precioso —dijo Saint, aunque al volverse lo vio ya calle arriba, caminando hacia la iglesia.

Saint fue pasando sin prisa de pieza en pieza, con Norma del brazo. Una vez más se detuvo junto a la casa blanca, como si se quedara clavada en el sitio.

—Se parece al lugar donde creció mi madre. En esa fotografía que tienes —añadió Saint.

—Mucho más esplendorosa, adónde va a parar.

—Pero aun así, me recuerda a ella.

—Hiciste algo bueno por ese chico, Saint.

Una hora más tarde, todos los cuadros salvo un par llevaban una pegatina roja. Patch custodiaba *Grace número uno* y, aunque un hombre de Saint Louis ofreció una suma decente y Sammy soltó una palabrota, Patch no lo quiso vender.

Otra hora y la bebida empezó a escasear. Nix llegó tarde y se quedó mirando el retrato de Callie Montrose.

—¿Cuánto?

—No tiene precio. Dice que él no es quién para venderla —contestó Sammy.

Nix sonrió, levantó el ala del sombrero para saludar a Patch y se marchó.

—Te lo devolveré —prometió Saint, con una gran sonrisa.

—Nunca me pides nada —dijo Norma.

—Una vez te pedí abejas, abuela. —Saint le dio un beso en la mejilla y abrazó a Norma con fuerza.

Al día siguiente recibirían la entrega de un único cuadro.

Saint colgaría la casa blanca encima de su piano y la miraría mientras tocara.

Fuera encontró a Sammy encendiendo un puro.

—Patch es genial —dijo Saint.

Sammy miró fijamente *Grace número uno* a través del vidrio.

—No lo es, todavía no. Hace demasiados retoques. El chico no sabe cuándo hay que dejarlo.

92

El sol de última hora de la tarde era demasiado cegador, el bosque de Monta Clare implacable en su belleza. Saint apuntó con la cámara a un cervatillo a lo lejos, que se detuvo con una pata en el aire ladeando

la cabeza cuando estaba a punto de disparar. Esperó un momento y siguió adelante, como si lo supiera. Arriba, una tángara roja la observaba. Su abuela le había dicho una vez que ese pájaro era el símbolo de la paciencia, una señal de que el universo te guiaba, de que tu camino estaba trazado desde mucho antes.

Y mientras rebobinaba el carrete y volvía paseando por los senderos, respiró el aroma del verano y se sintió tan cerca de la calma como no lo había estado en mucho tiempo. Los sueños angustiosos, de los que no hablaba con nadie, el recuerdo del rostro de Eli Aaron, habían empezado a desvanecerse poco a poco.

Sacó el rollo de película de su cámara.

Y mientras hacía cola en la droguería para dejar el carrete a revelar, se fijó en un par de chicos que esperaban nerviosos en el pasillo de al lado.

—Condones.

Se volvió y vio a Ivy Macauley detrás de ella. Tenía la cara demacrada y los ojos enrojecidos.

—El baile de graduación —dijo Ivy lanzando una mirada hacia los chicos, que inspeccionaban las estanterías con miedo en los ojos.

—Me alegro de verte —dijo Saint.

Ivy le rozó la mejilla con la mano.

—Te veo igual que... antes de, como yo digo. Te pareces a la niña que recuerdo.

Saint sonrió.

—¿Vas a ir esta noche? —preguntó Ivy.

—Sí.

Saint pensó en Jimmy Walters, que se lo había pedido media docena de veces más antes de que ella por fin cruzara la iglesia el domingo anterior y le dijera que sí. Su madre había sonreído tanto como su hijo.

—Joseph irá. En el instituto dijeron que podía.

Saint pensó en Patch con una camisa de vestir azul pastel y casi sonrió. Luego lo imaginó con Misty del brazo. Hacían buena pareja. De algún modo, contra todo pronóstico, al verlos juntos Saint pensaría que hacían una pareja sensacional. Se dijo que ahora podría hacerlo.

—No consigo recordar si te di las gracias —le dijo Ivy.

—Me las diste.

Ivy la miró a los ojos, pareció comprenderla, pero sonrió porque lo que hubiera o no hubiera dicho había quedado totalmente enterrado.

—Tienes hijos, y no te das cuenta de que todo se te hace demasiado grande.

—¿Has visto sus cuadros? —preguntó Saint.

—Me pregunto de dónde le viene. Nadie pinta en la familia. Me gusta la idea de que sea un don divino.

—A mí también.

—Nadie te enseña a ser madre. Sólo porque puedas, porque seas capaz, no significa que vayas a hacerlo bien. Y si no lo haces bien, no es sólo tu vida...

Observaron cómo los chicos escogían, entonces el más alto al echar una ojeada hacia ellas vio a Ivy mirándolo fijamente y soltó el paquete. Salieron los dos pitando a la calle.

—Parece que alguien se va a quedar embarazada esta noche —dijo Saint.

Ivy se rió y se pasó una mano por el pelo, ahora rubio decolorado, con las raíces oscuras y grasientas.

—Querían hacer un funeral o algo así. Cuando pasó. Ahora no puedo librarme de los recuerdos. El padre Adams quería enterrar a mi hijo sin un cuerpo. Poner una caja vacía en el suelo para que yo pudiera seguir adelante. O tal vez para que él pudiera pasar página. Para no tener que mencionarnos cada semana en la iglesia. A veces pienso que eso es real, y esto, ahora mismo, esto es el sueño. Como si quizá me hubiera muerto y esto fuese una especie de purgatorio.

Ahora atrajeron un par de miradas.

—Pero tú eres real, Saint. Tú trajiste a mi hijo de vuelta a casa.

—Sí, Ivy. Volvió a casa —dijo Saint en voz baja.

—La espera aquí se hace eterna —dijo Ivy, y la mano le tembló un poco—. Sigo sin poder dormir sin pastillas. Las malditas pesadillas no me dejan en paz.

Saint se hizo a un lado y dejó pasar a Ivy.

Ivy se acercó al mostrador y Saint trató de no escuchar cómo la

chica le decía que no podía darle más pastillas, que las recetas no se habían renovado.

—Llama al doctor Tooms y compruébalo —le pidió Ivy.

La chica le dijo que lo sentía.

—No necesito disculpas, joder, necesito dormir. —Ivy la agarró de la mano—. Por favor.

La chica se zafó mientras Ivy se enderezaba, maldijo de nuevo y volvió a salir a la calle.

Saint recogió los papeles que se le habían caído a la chica. Miró el nombre impreso en el membrete.

Martin Tooms. Prescripción personal.

No estaba segura de si fue curiosidad o esa sensación visceral que nunca la abandonaba. Saint se puso de pie y revisó las hojas mientras la chica y el farmacéutico seguían a Ivy para ver cómo estaba. Antibióticos de amplio espectro. Calmantes. Somníferos.

Echó un vistazo a su alrededor, se metió los papeles en el bolsillo y se marchó.

Saint esperó hasta llegar a casa, y al subir las escaleras vio el vestido azulón plisado colgado en su habitación.

Y entonces sacó los comprobantes del bolsillo, se sentó en la cama y contuvo la respiración mientras comprobaba cuándo empezaron a renovarse las recetas.

Saint lo comprobó dos veces.

Se le aceleró el corazón.

9 de septiembre.

Justo el día después de que se llevaran a Patch.

93

Franklin Meyer le ofreció a Patch un brandy en un vaso de cristal tallado, se sirvió uno y lo acompañó a la terraza de losas de piedra.

A lo lejos había un jardinero trabajando. Una pasarela de madera

cruzaba los árboles en dirección a un estanque en el que despuntaba una soberbia fuente. Una larga franja de lavanda perfumaba el aire, el sol empezaba a caer justo cuando se encendieron unos faroles ocultos.

Detrás, el estuco blanco se erguía rematado con tejados a cuatro aguas de pizarra azulada y tizones floreados en cada una de las catorce ventanas y frontones.

Franklin lo condujo hasta una larga mesa de vidrio ahumado y se sentaron en unas sillas de mimbre acolchadas. Paladearon un instante el licor y disfrutaron de los sonidos del anochecer.

—¿Así que esta noche es la gran noche? —dijo Franklin cruzando una pierna. Llevaba una camisa blanca con tres botones desabrochados.

—Sí, señor.

Miró el traje de Patch, azul marino, de corte caro, que le había prestado Sammy. Le iba un poco grande, pero estaba muy por encima de los azules y cremas con chorreras que había visto en el paseo hasta su casa.

Una limusina aguardaba en la entrada, y al lado había un fotógrafo esperando en su vehículo la señal para capturar a la chica más guapa del pueblo en la noche de su baile de graduación.

Franklin sonrió.

—Nada que ver con las películas, ¿verdad? No me acuerdo de quién le gusta ahora... el chico de las patillas.

A Patch enseguida le vinieron a la cabeza Danny y los T-Birds, Sandy y sus Pink Ladies. La había tenido que ver ya cinco veces. El sábado anterior habían pillado la sesión matinal antes de que Misty se pusiera de morros mientras comía la hamburguesa con patatas fritas hasta que Patch cedió y también fueron a la función de la noche. No sólo fueron. Misty cantó cada uno de los números, antes de declararse rendida por completo a Patch mientras subían la cuesta, con una voz estridente que desentonaba a más no poder con el resto de su ser.

—¿Cómo va el trabajo? Estás en Bell Lewis, sí.

—Está bien.

Su último turno. En las profundidades. El túnel tenía menos de metro setenta de altura, así que Patch se pasó las nueve horas

encorvado. Al enderezarse después casi se le habían saltado las lágrimas.

—Es un trabajo digno, Joseph. Un trabajo importante. El corazón de la tierra… —No terminó la frase—. Así que hoy es el baile de graduación —dijo, con una nota de nostalgia en la voz, como si la infancia de Misty hubiera pasado demasiado rápido—. Queríamos más críos, ¿sabes? Un hijo. Supongo que todos los hombres lo piensan en algún momento. El destino no lo quiso. Así que, como ves, Misty lo es todo para nosotros. Y no lo digo como un comentario manido, Joseph. Misty es todo lo que tenemos.

—Es una chica especial, sin duda.

—¿Has probado su comida?

Patch asintió.

Ambos miraron a lo lejos, con ademán serio.

—Estáis muy unidos, los dos. Claro que, como sabes, Misty se irá a Harvard en unos meses.

—Sí, señor.

Era un secreto a voces que se avecinaba como un tren de mercancías a toda máquina. Patch sabía que el daño sería importante, pero también que había visto la amenaza en el horizonte desde el momento en que ella se sentó a su lado en el roble caído. Misty, por su parte, se desentendía cada vez que él sacaba el tema. La imaginaba allí, en un mundo a su medida, entre chicas como ella y chicos que no se parecían en nada a él.

—Dice que no quiere marcharse —dijo Franklin. Sacó un habano y se lo ofreció a Patch, que negó con la cabeza. Lo encendió y apartó el humo con la mano libre—. Si te soy sincero, pensé que se le pasaría.

Si era sincero, Patch también lo había pensado.

—Entiendo de dónde viene. Lo vuestro… es romántico. No soy tan viejo como para no verlo. Como si estuviera escrito en las estrellas.

—Todos piensan que salvé a Misty. Pero ella es la fuerte.

Franklin sonrió.

—Sin embargo, debes saber que se siente…

—Comprometida.

Franklin levantó una mano con gesto tranquilizador, como para apaciguarlo, aunque Patch no perdió la calma.

—A veces, cuando estás en una posición como la mía, cuando tienes tanto... es fácil que te tachen de egoísta... de engreído y presuntuoso y, bueno, de todo lo que solía pensar yo de mi propio padre. Venimos de una familia de dinero. Mi principal cometido era no perderlo, y quizá hacer que creciera un poco. Conservar el patrimonio.

Patch miró hacia la casa una vez más cuando las luces se hicieron visibles a través de los vidrios. El humo lento de una chimenea, una voluta gris flotando antes de disiparse. Una ventana del piso de arriba se abrió y llegó música. La guitarra lenta, la promesa de la infancia y los caballos salvajes.

Y se sentó a esperar lo que siempre supo que algún día iba a llegar.

—Tenemos que querer más para nuestros hijos, Joseph. De lo contrario, los limitamos a que sean un reflejo de nosotros mismos. Así no se progresa. Nosotros nos esforzamos. Mi hija es brillante en muchos aspectos, pero en ninguno más que en su deseo de reivindicar todo lo que pueda. Cada paso en falso que su madre y yo hayamos dado, Misty lo enderezará.

Patch miró fijamente el vaso, que se escindió en una gama de tonalidades al observarlo a contraluz del farol oculto entre los árboles. Se preguntó si la persona que lo había tallado sabía que era perfecto. Miró a su alrededor y vio muchas cosas perfectas. Y sólo una que nunca podría pertenecer a aquel lugar.

—Hablaré con ella —dijo, tranquilo.

Franklin sonrió afablemente y por fin lo miró.

—No creo que a estas alturas baste con hablar. Aquella mañana mi hija esquivó una bala... Ahora sólo intento ayudarla a esquivar otra.

Patch sonrió, no porque no lo entendiera, sino porque lo captó a la primera.

Y con eso Franklin metió la mano en el bolsillo, sacó el cheque y lo puso sobre la mesa.

—Te estaré agradecido hasta el día en que me muera, Joseph. Hay muchas cosas que puedo darte, pero mi hija no es una de ellas.

Se levantó, le dio una palmadita en el hombro a Patch y volvió a entrar en la casa.

Los tonos del ocaso desmoronaron aquel plácido día de verano.

Se quedaron al pie de la majestuosa escalinata mientras Misty bajaba. Patch permaneció allí, bajo el estroboscopio del fotógrafo, no tan deslumbrado por el flash como por una chica a la que de ninguna de las maneras se habría atrevido a retener. Llevaba un vestido largo hasta el suelo, del mismo amarillo que la cinta de su pelo. Cuando llegó a su lado, le dio la mano.

Sus padres se acercaron también.

Nunca había visto a Misty tan sonriente.

—Estás guapísimo —le dijo pasándole la mano por el pelo.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Nada entre los dos encajaba. Nada entre los dos se correspondía.

Misty lo amaba con una entrega total y absoluta.

94

La casa de Tooms estaba a oscuras, la luna no era más que una faja blanca.

Saint estaba ante ella con su vestido de graduación.

Había ido a la peluquería y su pelo caía en ondas castañas. Se había maquillado con esmero, se había rociado ligeramente con perfume y se había abrochado a conciencia las bailarinas.

—Estás preciosa, Saint —le dijo su abuela—. Se te ve el pelo...

—Cepillado.

—Y la cara...

—Maquillada.

Norma optó por una retirada a tiempo.

Y luego Saint se marchó diez minutos antes de que Jimmy Walters pasara a buscarla, con una sonrisa de oreja a oreja y un ramillete.

Saint cruzó la vegetación, se subió a los bloques de hormigón y oteó los campos.

Pensó en la chica. Grace.

Tal vez estaba ahí fuera, en alguna parte. Tal vez respirando, o tal vez enterrada en un lugar tan profundo que ni siquiera los perros la encontrarían.

Al llegar a la granja, trepó por una ventana de la planta baja y se movió en la oscuridad, arrastrando el vestido por el suelo de madera.

En la cocina había latas. Sopa Campbell y cerdo con alubias Van Camp, leche condensada y la salsa Hunt para los bocadillos de carne picada.

Comida en lata no perecedera.

Todo excepto comida para perros.

No sabía lo que buscaba, pero estaba demasiado exhausta para sentir siquiera el hormigueo del miedo.

A lo lejos, al otro lado del bosque, la luz de la casa de su abuela estaba encendida.

En la planta de arriba vio la puerta del desván. Y entonces oyó un ruido.

Tiró de la cadena y vio cómo se desplegaban los escalones.

—¡¿Doctor Tooms?! —gritó.

Al subir le temblaron un poco las rodillas.

Tosió polvo. El vestido se le rasgó al engancharse en las vigas.

Y entonces lo oyó de nuevo a sus espaldas, cerca.

Se volvió, con todos los músculos en tensión, y ahogó un grito.

95

Bebieron ponche bautizado con licor en la sala de actos del instituto, transformada para la ocasión. Unas serpentinas engalanaban el techo y una bola de purpurina colgada en el centro proyectaba destellos de luz sobre las parejas que se movían lentamente en la pista de baile. Chuck y su pandilla estaban juntos, lanzando miradas de vez en cuando a un chico que ahora les sacaba una cabeza a todos. Las chicas no le

quitaban la vista de encima, porque ya no era uno más.

—Y ahora tienes que bailar conmigo —dijo Misty.

—Sabes que no bailo.

Y entonces acabó la canción y empezó otra que hizo que a Patch se le encogiera el corazón y suspirara al verla abrir los ojos de la emoción.

Misty agachó un poco la cabeza y puso un mohín hasta que él la tomó de la mano y la llevó hacia el centro. Se abrió un hueco, y ella lo agarró de la espalda y se apretó contra él.

Le dio la mano y la levantó para dar lentamente la vuelta mientras cantaba que el suyo no era el primer corazón que se rompía. Y ella asintió con la cabeza, implorando, suplicando.

A regañadientes, le contestó que sus ojos no eran los primeros que lloraban.

—Ojo —corrigió Misty.

Patch frunció el ceño mientras ella se echaba a reír.

Ella siguió susurrando la letra de la canción abrazándolo del cuello, tan entregada que acabó levantándola del suelo y haciéndola girar en sus brazos.

—Te quiero —dijo Misty.

Patch notó el peso del cheque en el bolsillo.

Y más peso aún en su corazón.

96

—Maldita sea, chavala —masculló Nix enfundando el arma.

La ayudó a bajar.

—Allanamiento de morada —dijo, su silueta corpulenta a contraluz frente a la ventana.

—Es Tooms.

—Ya estamos otra vez.

Saint se miró el vestido roto. Pensó en Jimmy Walter mientras iba de una habitación a otra y empezaba a abrir armarios y a desparramar

la ropa.

—Basta —le ordenó Nix.

Sin hacerle caso, pasó a toda velocidad y se coló en otra habitación. Se le aceleró el corazón al vaciar los cajones sobre la alfombra. Quiso volver a pasar de largo, pero esta vez Nix se lo impidió, agarrándola con fuerza por la cintura.

—Suélteme.

La sujetó con brazo firme, sin decir nada ni reaccionar a sus insultos.

Entonces Saint no pudo contener las lágrimas.

La frustración de los últimos años, por haber perdido a un amigo, por el extraño que volvió a su vida. Que no sonreía. Que la mayoría de los días ni siquiera se fijaba en ella cuando se cruzaban por la calle. Por Patch y Misty. Por Jimmy Walters.

Lloró hasta desahogarse.

Nix la abrazó; no le dijo que todo iría bien, y durante un instante lo quiso por eso.

—Lo siento —dijo él, y ella supo que era sincero.

Fuera brillaba la luna.

Saint respiró hondo y se calmó.

—Te veía en la iglesia cuando desapareció. Rezaste para que volviera. Quédate con eso.

Ella miró hacia la casa de Tooms. Nix carraspeó.

—Mantener la fe… cuando haces este trabajo. Es algo que nunca he logrado. Dios es una primera llamada y un último recurso, desde el bautizo hasta el lecho de muerte. En medio es donde la fe se pone a prueba. Las cosas mundanas. Cualquiera puede arrodillarse a rezar ante una crisis, pero hacerlo cuando todo está en calma…

—Hice una promesa. No me la quito de la cabeza —dijo ella, sin saber muy bien por qué se lo confesaba esa noche.

Nix la observó.

—Le prometí a Dios que no cometería ningún pecado. Si me devolvía a Patch.

Nix no se rió ni se burló.

—Lo harás lo mejor que puedas. Seguirás adelante por tus propios méritos. Norma me ha dicho que vas a estudiar en Dartmouth.

—Grace está ahí fuera —dijo Saint.

—Y tú estás aquí. Y te estás perdiendo tu baile de graduación. Vamos, te llevaré a casa.

Saint estaba a punto de seguirlo cuando llegó otro coche patrulla y se bajó el agente Harkness.

—No es nada —dijo Nix haciéndole una seña para que diera media vuelta.

Harkness, sin embargo, aprovechó el momento para encender un cigarrillo.

Saint se plantó entre ambos, en un último intento por llevar a los dos policías hasta el terreno de la locura en la que vivía.

—Sé que Tooms hizo algo malo. Por favor. Imaginen sólo por un momento que hay otra chica ahí fuera. Otros padres desesperados. Todos dijeron que Eli Aaron podría haberse compinchado con alguien más.

—¿El médico del pueblo? —preguntó Harkness enarcando una ceja.

—No lo hagan porque se lo pido, o porque Patch en el fondo sigue perdido. Ni siquiera porque son policías. Háganlo porque esa chica debería estar ahora mismo en algún sitio, sonriendo para la foto con su vestido de graduación. Y…

—Ya registramos la casa —dijo Nix.

Harkness cruzó la grava y se detuvo delante de una pila de leña.

—¿Qué? —dijo Nix siguiéndolo.

Harkness frunció el ceño.

—Yo solía venir por aquí cuando era chaval. Hay un sendero que lleva por detrás donde acaban las tierras de Adler, y de niños corríamos por el maíz, nos perdíamos y nos asustábamos.

Empezó a mover la madera. Saint se agachó a ayudarlo.

—Había un depósito subterráneo. Justo aquí, estoy seguro.

El coche iluminó la montaña de leña, hojas y mantillo verdoso. Cuando llegaron a la última capa sudaban a mares, y el vestido de Saint estaba manchado de tierra.

—No tenemos una orden de registro —señaló Nix.

Ahí Harkness finalmente se detuvo.

Saint suplicó, dijo que podía haber algo, pero en los ojos de ambos vio que era inútil, que perseguía la última causa perdida.

Nix la condujo hasta el coche y dejó que subiera delante mientras Harkness arrancaba el motor. Los dos patrulleros empezaron a remontar la pista de tierra.

Saint quiso creer que Nix tenía razón, que su amigo había regresado a casa. Por distante que pareciera, quedara lo que quedase de él, estaba de vuelta en Monta Clare. Y cada noche le daba las gracias a Dios por eso.

—¿Quieres ir a cambiarte? Puedo llevarte al baile —dijo Nix.

El baile de graduación. Saint pensó en Grace. Pensó en Callie Montrose. Quizá no tenían a nadie como ella, nadie que luchara con tanto ahínco.

Saint abrió la puerta de golpe y Nix pisó el freno.

Lo oyó maldecir mientras ella echaba a correr hacia la leña.

Cayó de rodillas y levantó unas planchas de madera podrida, puestas allí para cubrir el suelo.

—¡Maldita sea, chica! —gritó Nix.

Los dos patrulleros dieron la vuelta y retrocedieron, aparcaron en una uve, alumbrándola con las luces largas cruzadas.

Y alumbrando unos viejos portones de madera que había dejado al descubierto.

Saint levantó con esfuerzo los dos batientes.

Los escalones se perdían en una oscuridad más profunda.

Saint bajó antes de que pudieran alcanzarla.

Los peldaños se sacudían un poco, la madera cimbreaba, el armazón estaba arqueado y crujía.

Harkness apuntó con la linterna hacia abajo.

Apenas alcanzaba a iluminar.

Entonces Saint gritó. Tapándose la boca con una mano.

Harkness se tumbó boca abajo, sin arriesgarse a bajar aquellos escalones. Paseó la linterna por la escena.

—Dios.

Un colchón estrecho.

Y mucha sangre.

97

Patch y Misty subían andando por la cuesta, y ella se quitó los zapatos y los llevó en la mano, quejándose de que le dolían los pies, hasta que él se inclinó un poco para que se montara a caballito sobre su espalda.

Cuando llegaron arriba, se detuvieron delante de la casa a contemplar Monta Clare; la tierra descendía bruscamente, como si el pueblo hubiera caído del cielo formando un cráter al aterrizar.

Misty le dio la mano y recostó la cabeza en su hombro.

—Es tan bonito…

—Sí que lo es. Pero hay un mundo muy grande ahí fuera, Mist. Al menos eso es lo que cuentan.

—Sí, pero a veces salimos a buscar algo que ya tenemos.

—Boston. La ciudad, toda esa gente inteligente. Puedes recorrer el Camino de la Libertad… Quizá tengas que pagar a alguien para que te lleve a cuestas el último trecho, pero aun así.

No le hizo gracia.

—Faneuil Hall, es precioso, desde luego. Puedes dar un paseo en uno de los barcos cisne, ¿los has visto? Tienen la antigua iglesia del norte, y el agua, y Copley Square. Y en el museo están los *Almiares* de Monet. Sammy me dijo que es un espectáculo. Y todo eso antes de llegar a Harvard Square.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella.

—Vi un libro en la biblioteca. Quería saber cómo es… la ciudad donde vas a vivir.

Misty se miró el brazalete de flores.

—No voy a ir. Ya lo he decidido.

—Anda ya.

Lo miró con ojos centelleantes. Patch hizo ademán de acariciarle la mejilla, pero ella apartó la cara.

—No puedes tirar esa oportunidad por la borda —le dijo.

—Hablas igual que mis padres.

—A lo mejor tienen razón.

Ella se rió.

—Tú odias a mis padres.

Se metió las manos en los bolsillos.

—No los odio, es sólo que... somos tan diferentes...

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te comportas así?

—Pues porque... no sé cómo va a funcionar esto.

—Funcionará porque yo te quiero y tú me quieres.

Y de pronto Misty comprendió, como hasta ese momento no había sido capaz, como si la música y el baile lo hubieran ocultado.

Patch se volvió, sorprendido por una luna demasiado cruda, por la indeseada luz de las estrellas.

—No puedes compararte con ella —le dijo.

Sintió que le ponía una mano en el hombro.

—No hablas en serio. Lo dices para que vaya a Harvard.

Sintió un dolor sordo en el pecho.

—Si hablas en serio, si es verdad, ¿por qué no puedes mirarme a la cara?

—Ella me necesita. Tú no. Ve a Boston y sé tú misma. Ya no tendrás que seguir haciéndote la tonta.

—Eso no es...

—Nunca te lo he dicho. —Apretó los dientes—. Cuando me has dicho que me querías. Nunca te he dicho que yo también. Porque no...

Misty lo empujó, Patch volvió a acercarse y lo empujó de nuevo, y él se volvió y ella le dio una bofetada.

—Tú no rompes conmigo.

Otro empujón y Patch se cayó al suelo.

—No puedo competir con ella porque no existe. Es un puto fantasma. Todo el mundo lo sabe. Grace no existe.

A Patch se le habían rasgado los pantalones por la rodilla.

—Soy yo quien decide que se acabó. Alguien como tú no puede dejar a alguien como yo.

Se calló, impactada por sus propias palabras, rota.

—Sinceridad ante todo, Mist. Nunca te sientas mal por ser sincera.

Sus padres salieron a la entrada de la casa. La madre abrazó a su hija e intentó acompañarla dentro, pero Misty miró a Patch, sentado en el suelo, se liberó pataleando y corrió hacia él.

El chico se irguió y ella se enterró en su pecho y lo agarró de la camisa.

Franklin se la llevó.

Patch se puso de pie y se alejó de sus vidas.

Sin mirar atrás.

Policías y ladrones

1982

98

Salieron por la ruta nueve.

En una gasolinera perdida en medio de la nada, Saint le tomó declaración al viejo que manejaba los surtidores y luego vio una grabación de la cámara de seguridad tan borrosa que no pudo distinguir mucho más allá de una figura que sacaba una pistola y se llevaba algo menos de cien dólares.

Nix se quedó mirando los solares baldíos y las casas a medio construir.

—Dicen que hemos salido de la recesión. Un par de millones de empleos perdidos. Que yo sepa, todavía no se han recuperado. A pesar de todo lo que se habló entonces sobre el petróleo y los acuerdos de Bretton Woods.

En una cafetería con reservados rojos, el cuero resquebrajado y los asientos llenos de bultos, un ventilador daba vueltas, había una batidora en marcha, y los camioneros no se cansaban de pedir café y miraban fijamente los periódicos del día anterior como si estuvieran siempre un paso por detrás.

—Lo has hecho bien —dijo Nix.

Saint llevaba el uniforme azul marino, la talla de camisa más pequeña disponible, pero aun así las mangas cortas le llegaban hasta la mitad del antebrazo.

—Tomar una declaración no es atrapar a un...

—Es la base —sentenció él, y dio un mordisco al queso a la plancha —. No hay una comida mejor en el mundo.

Ella tomó un sorbo del refresco.

Nix se frotó el bigote con una servilleta.

—¿Cómo está tu abuela?

—Como siempre.

—No es ninguna vergüenza llevar placa.

—Lo sé.

Nix echó otro terrón de azúcar en el café.

—¿Sabes algo del chaval?

—No.

—¿Crees que sigue por ahí buscando?

Patch había comprado a finales de los setenta la casa de alquiler donde vivían, y eso le dio a su madre la tranquilidad que llevaba tantos años buscando. Saint no le preguntó de dónde había sacado el dinero.

Después del baile de graduación, lo veía cada día bajar del autobús cuarenta y dos al final de la jornada, con el mono atado a la cintura, el pelo largo hacia atrás bajo un pañuelo y la mandíbula fuerte. A veces Saint sorprendía a las otras chicas mirándolo, susurrando y riendo como solían hacer a esa edad. Y durante un tiempo veía también a Misty, más guapa que nunca, apartada del resto de la pandilla, hurtando de vez en cuando una mirada al chico que una vez le salvó la vida y que le había roto el corazón. Después de la graduación, Saint oyó que Misty se había tomado un año para viajar y poner distancia con Monta Clare y los recuerdos que le traía. Según su abuela, el primer amor era el peor de los males.

—Presenté otra solicitud para ir a visitar a Tooms —dijo Saint.

—No quiere ver a nadie.

—Pero tú vas allí todos los fines de semana.

Nix se encogió de hombros.

—Sólo necesito verlo. Necesito mirarlo a los ojos.

—Quizá nunca sepamos la razón.

Aquel otoño Martin James Tooms se declaró inocente del asesinato de Callie Montrose, poniendo fin así al año que tardó la vista preliminar del juicio, durante el cual el fiscal presionó y los ahorros de Tooms fueron mermando. Perdió la granja, pero mantuvo en todo momento un ignominioso silencio que hacía a Saint rezar cada

domingo por que se muriera.

Saint se quedó al lado de Nix y el fiscal cuando detallaron los pormenores, y se comprometieron a evitar que el chico Macauley se presentara en la puerta de la cárcel armado con un puñal y la promesa de destriparlo si no le decía dónde estaba la chica. Un compromiso que incumplieron en tantas ocasiones que a los policías del condado de Ellis no les quedaba más remedio que arrestar a Patch, meterlo toda la noche en el calabozo y soltarlo de nuevo al amanecer.

Patch le escribió cerca de sesenta cartas a Marty Tooms; Saint las leyó todas antes de entregarlas. A veces divagaba páginas enteras sobre su vida y adónde decían los agoreros que iría a parar. Otras veces rogaba, suplicaba, se ofrecía a ir a ver al juez Heinemann y pedirle que lo indultara antes de la sentencia. Y en los días oscuros, lo maldecía, especulaba sobre el infierno que le aguardaba, sobre cómo podía haber colaborado con Eli Aaron en semejante horror.

Redactaron una declaración de impacto. Saint tomaba notas mientras Patch hablaba del espantoso vacío que lo tenía en vela cada noche, preguntándose por Grace, con la esperanza de que no existiera. Saint no tergiversó sus palabras ni hurgó en las heridas; durante tres páginas se limitó a exponer lo que le había sucedido a Patch: su vida anterior, su vida actual y lo que aún podía estar por llegar. Toda una vida de terapia, de dormir en el suelo en la oscuridad. De perseguir la sombra de una chica que, si de veras existía, probablemente estuviera muerta o deseara estarlo.

Tooms no habló, ni siquiera con sus abogados, que pidieron que lo declararan demente por esa misma razón. El juez, al observar el grado de premeditación, lo desestimó en el acto.

El caso cobró fuerza cuando muestras de pelo encontradas entre los restos de la casa de Eli Aaron coincidieron con las de Marty Tooms. Saint y el fiscal conectaron puntos que no eran tan difíciles de unir. Y luego llegaron los análisis de la sangre.

Se tomaron ocho muestras del colchón del depósito subterráneo en la casa de Tooms.

Los ocho correspondían a Callie Montrose.

Saint había visto a Nix negar con la cabeza con desesperación y

cerrar los ojos, consternado. Más atrás, en la galería, el padre de Callie Montrose gritaba, maldecía y pataleaba mientras lo sacaban de la sala los mismos policías con los que trabajaba.

Tooms únicamente dejó entrever un rastro de emoción cuando le pidieron que desvelara dónde estaba el cuerpo de Callie, para que su padre pudiera al menos consolarse dándole sepultura.

Tooms guardó silencio entre lágrimas.

Se presentaron registros, y se puso en conocimiento del jurado que Marty Tooms se recetaba analgésicos y somníferos a mansalva, y se los suministraba a Eli Aaron, que los utilizaba para someter a sus víctimas. Saint había visto el desgarro en los ojos de aquellos doce hombres y mujeres.

La noche antes de la sentencia, Patch siguió al juez Heinemann hasta su casa, una mansión colonial en el condado de Elion. El juez llamó a la policía. Mientras esperaba a que se lo llevaran, Patch se quedó fuera sentado, apoyando la espalda en la puerta y hablando de Grace, de qué clase de chica era, de la vida que le habían truncado. No supo si el juez o sus dos hijas lo escucharon, sólo que al día siguiente Marty Tooms fue condenado a muerte. Un escarmiento que dio mucho que hablar, puesto que Heinemann siempre había sido de tendencias progresistas. Saint observó cómo la prensa especulaba que era una estratagema, que la condena se reduciría a cadena perpetua si Tooms confesaba el paradero de Callie Montrose y de la presunta chica desaparecida. Saint se asombró con Patch, que se mantenía fiel a su palabra.

Lo quemaría todo y a todos a su paso.

99

—Cuando renunciaste a ir a una universidad de la Ivy League, Norma pensó que era una fase y que se te pasaría —comentó Nix.

—Tú también lo pensaste —dijo Saint.

—Un año de despacho antes siquiera de que pudieses empezar la

formación. Tampoco es que escucharas.

—Aun así me elegiste como compañera —dijo Saint.

Nix frunció el ceño.

—¿Compañera? Eres una novata bajo mi supervisión, ni siquiera tienes placa todavía. Le prometí a tu abuela que cuidaría de ti.

El primer día Saint se puso a indagar en la vida de Marty Tooms. Y no paró hasta el invierno siguiente, cuando una tarde helada, mientras veían cómo Reagan juraba el cargo y concluía la crisis de los rehenes en Irán, Patch fue con el Fairlane hasta la otra punta del estado para seguir una pista tan tibia que ni siquiera le dio detalles, sólo le pidió que fuese a echarle un ojo a su madre, que seguía perdida en un limbo mientras el mundo giraba a su alrededor.

Saint llamó a la puerta y esperó un poco; luego golpeó el cristal, pero no consiguió ver a nadie dentro.

Tal vez fue el instinto lo que la empujó a bordear la casa hasta el patio de atrás. Subió al porche, se asomó por las puertas correderas y vio a Ivy Macauley tirada en el suelo de la cocina.

Al poco certificaron su muerte en el lugar donde la había encontrado.

Patch se tomó la noticia con calma.

No lloró en el funeral. Su madre llevaba muerta mucho tiempo.

Al día siguiente se marchó de Monta Clare.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo empezó la colaboración entre Tooms y Eli Aaron? —dijo Saint—. He rastreado tan atrás como he podido. Tooms vivió toda la vida en Monta Clare. Estudió Medicina en la Universidad de Michigan. Quizá se conocieran allí, pero no me dio la impresión de que Aaron fuese un tipo culto.

Nix se miró las manos, las líneas de la vida.

Saint sacó el hielo del refresco con el tenedor, y de pronto se acordó de dónde estaba y lo dejó caer.

—Dios los cría y ellos se juntan, supongo. Aun así, hubo una sentencia de muerte sin un cadáver.

—Al final todos vamos a morir —dijo Nix.

—¿Y qué me dices de Grace?

—Ya has leído el expediente del caso. El informe del psiquiatra.

¿Qué crees tú? —Nix le hizo una señal a la camarera, que le sirvió más café con una sonrisa.

Saint jugueteaba con el salero.

—¿Como amiga o como policía?

Nix la observó, como si la pregunta sobrara.

Saint respiró hondo.

—Patch proyectó una fantasía desde ese rincón oscuro de la mente que le decía que era un niño de trece años atrapado en la habitación con un monstruo que le hizo Dios sabe qué. Patch no permitió que examinaran su estado mental. Al menos no a fondo.

—Sabes que aun así tú te perdiste el baile de graduación para perseguir a un médico del pueblo. Renunciaste a tu plaza, una plaza que te habías ganado a pulso, en una de las mejores universidades de este dichoso país. ¿Y ahora me dices que no haces todo eso porque quieres encontrar a esa chica?

Ella observó a una pareja en la barra.

—Ya has oído las cintas de las entrevistas —dijo Nix—. Las has escuchado mil veces.

Saint pensó en las grabaciones que le habían hecho a Patch hablando con los agentes de la policía estatal, con el propio Nix, con el psicólogo. El objetivo había sido construir una imagen, recuperar recuerdos claros que les pudieran llevar hasta la chica. Saint no le dijo a Nix que había hecho copias, que las palabras de Patch cada noche la sumían en un sueño inestable.

—Los detalles —dijo Nix.

—Patch daba muchos detalles porque aún tenía frescas en la cabeza todas y cada una de las conversaciones. Y cuando le vienen nuevos recuerdos, llama a mi casa y me llena el contestador. Guardo las cintas. Lo guardo todo.

—Pero los detalles cambian. Una vez tiene acento sureño, la siguiente es del Bronx. Cree que es una rubia texana, a veces una pelirroja de Virginia. Es mayor que él. A veces de su misma edad. Es fuerte…

—Grace siempre es fuerte. Eso nunca cambia.

—La chica es fuerte porque Patch cree que él no lo era. Trastorno

disociativo de identidad. Ocurre cuando...

—¿Así que ahora él es la chica?

Una familia entró en el aparcamiento. La mujer llevaba un bebé, y Saint los siguió con la mirada.

—Ese nivel de trauma. No significa que se lo inventara.

—Pongamos que no se lo inventó. Dime en qué podemos basarnos para seguir adelante. Con tantos casos, tanta gente haciendo fechorías. Por cada uno de nosotros hay un millón en contra. Y eso suponiendo que nosotros seamos todos buenos. Darle a un hombre una placa y un arma no significa que le hayas dado el código moral para que las use correctamente. Máscaras, Saint. Un traje con corbata. Una bata de laboratorio y un uniforme. Son sólo disfraces.

—O sea que todos tenemos defectos —concluyó ella, mientras él sacaba un billete de diez dólares y dejaba una buena propina.

—Algunos les damos más mérito a esos defectos. Si tenemos un diez por ciento de maldad, ¿somos buenos?

Bajo el sol, Saint apoyó una mano en el capó del coche patrulla.

—Depende de cuán malo sea ese diez por ciento.

—En el calor del momento, mato a tiros a un hombre por una deuda de juego. ¿Soy peor que el hombre que agrede a su mujer cada semana? Según la ley, sí.

—La ley es una patraña.

Nix se rió.

—Ahora estás empezando a hablar como un policía.

Al lado de la cafetería había un par de tiendas cerradas desde hacía tiempo, y en un escaparate encalado Saint vio un antiguo cartel descolorido.

CHICA DESAPARECIDA

—Pasa página, Saint. No nos corresponde a nosotros lidiar con las secuelas.

—¿Y si ella sigue ahí?

Una brisa remolcó las nubes hasta cubrirlas de sombra.

—Si sigue ahí, está muerta —contestó Nix.

—Eso no lo sabes.

—Pero sé que de todos modos el chico no se lo creería —le dijo Nix.

—Lo que sería un acto de nobleza por su parte.

—Lo sería. Sin embargo, los actos nobles... no siempre acaban bien. Pero dondequiera que esté ese chico, espero que no se esté metiendo en más problemas.

100

Patch hizo cola en el First Union Bank.

Era un edificio magnífico venido a menos. Columnas de mármol con vetas oscuras sostenían un techo de pintura descascarillada y se asentaban sobre una moqueta gris tan gastada que se levantaba en algunas partes como si por debajo se agitara el oleaje. Palmeras de areca dispuestas en hilera, con las hojas de plástico polvorientas.

Detrás de él había una mujer con su hija; delante, un anciano sujetaba un talonario y un par de billetes de veinte dólares. A través de las enormes cristaleras el calor se arremolinaba sobre las lejanas Montañas Rocosas, cubiertas de nieve y empañadas por el aliento de una ciudad como el humo antes de ser exhalado. Se preguntó si era la pintura, si Sammy le había grabado a fuego ese afán de cambiar lo que era sencillamente bello por algo más.

Tenía el Celica del 72 aparcado a tres calles de allí.

Había hecho las maletas con sus escasas pertenencias y había salido de Monta Clare una hora antes del amanecer. Al bajar la ventanilla oyó el débil rumor de un avión mientras se alejaba del pueblo donde había vivido siempre.

No había encontrado tráfico hasta Des Moines, notaba el paso del tiempo por la luz cambiante, los ámbares que ondeaban desde Kansas. Pensó en Misty mientras cambiaba la interestatal por una carretera de dos carriles, el hormigón por Flint Hills y las exuberantes praderas de pastos altos. Aparcó en Cottonwood Falls y caminó con los rancheros y sus familias hacia el centro del pueblo y sus edificios de ladrillo rojo,

donde se asomó por las ventanas de galerías recónditas.

Un par de kilómetros más adelante se detuvo en el lago de la reserva estatal de Chase y caminó por la orilla hacia los lodazales donde los pescadores sacaban lucios y bremas. Conoció a un matrimonio, Drew y Sally, que se dieron la mano y se sentaron en un banco de la orilla a enseñarle fotografías de su hija Anna May, que había desaparecido hacía casi ocho años. No podía ser Grace.

Los había dejado con una promesa, y ellos a su vez le dejaron una fotografía de su hija, un bien tan preciado que a Sally le costó desprenderse de aquel recuerdo.

Cincuenta kilómetros más adelante por la carretera secundaria, desplegó el caballete y el lienzo y pintó a Anna May con el telón de fondo de un paisaje que no había cambiado en mil años, donde el espíritu de los kaw y los osage impregnaba la tierra mientras él perseguía lentamente la luz del norte.

Habló con Mitch y Sally, que en lugar de pedirle el cuadro preguntaron si iba a exponerlo en algún sitio. Donde pudiera verse. Donde su hija no cayera en el olvido.

Un mes más tarde salió del Camino del Sagrado Corazón y en una pequeña oficina de correos empaquetó cuidadosamente el lienzo después de anotar en el reverso el nombre de Anna May y la fecha en que fue vista por última vez. Les mandó la fotografía a sus padres, junto con una nota en la que les decía que el cuadro estaría en la galería de arte de Monta Clare, donde Sammy haría lo posible por darle un lugar destacado.

Patch se mantuvo en la interestatal treinta y cinco, inmune a las luces de Oklahoma City. Dormía en el coche, con la ventanilla abierta al cielo de la noche de Texas, arropado por el manto de estrellas. Comía polenta en los bares de carretera, una vez al día porque lo poco que tenía se lo gastaba en gasolina. Se lavaba en los aseos y llenaba la cantimplora con agua del grifo.

Una semana en los vastos parajes de Texas, interminables en una lenta travesía que sólo interrumpió para reunirse con dos familias que había rastreado a través de los archivos de la prensa. En Corpus

Christi vio el océano por primera vez en su vida y pasó un día observando sus pliegues y respirando un aire salado tan seco y perfecto que hizo una llamada a Sammy para contarle con exactitud la sensación de meterse en el agua cuando encontró un tramo desierto, se quitó la ropa y se zambulló.

—Deja de llamarme —le había dicho Sammy, aunque era la primera vez que lo llamaba.

A lo largo de ocho semanas en esa misma playa pintó a Lucy Williams y Ellen Hernández. Los coches llegaban casi hasta la carretera, las camionetas abrían las cajas traseras y las familias montaban toldos para pasar el día en ese lujo sin pretensiones.

Patch evocaba a las desaparecidas con los diestros trazos de su pincel, y al terminar enrollaba los lienzos y regresaba al pueblo.

—¿Eres un pirata? —le preguntó un niño cuando Patch pasó a su lado hacia la oficina de correos para enviarle las obras a Sammy.

—Lo fui —dijo Patch, con una sonrisa que alcanzó sus palabras.

Aquella tarde paseó por el bullicioso puerto mientras el sol se ponía y lanzaba cañonazos de color a través del mar. Y entonces vio los barcos.

Patch se perdió toda aquella noche entre las cubiertas relucientes, las lanchas, los catamaranes y los yates. Las pasarelas desembocaban en pequeñas islas, y Patch saltó una barrera mientras los patrones guiaban sus embarcaciones hacia el puerto deportivo, con las manos en los bolsillos y una amplia sonrisa en la cara.

El intenso runrún de los motores, la atalaya acristalada, un espejo del prodigio. Atraparon su mirada los cascos gemelos de un pontón que se deslizaba con tanta elegancia que a Patch le recordó a Misty. Caminó despacio hacia allí y vio atracar el bote mientras un muchacho no mayor que él saltaba descalzo al muelle de madera para amarrarlo.

Patch lo observó detenidamente, con la convicción de que era el chico más afortunado que había visto nunca.

A medida que caía el sol, el puerto era un clamor de gente sentada en las cubiertas, bebida en mano. No estaba seguro de si fue el agua del mar, o tal vez el suave vaivén, pero cuando vio a una mujer con el

tono de pelo justo, limpiando con la manguera el casco de un imponente velero, sintió aquel hondo malestar, que no llegaba a ser dolor, sólo la sensación de que la buscaría hasta el final de sus días y que no acabaría de ser feliz hasta que no supiera que ella estaba bien.

Durante diez meses fue dando tumbos de un estado a otro, siguiendo las pistas más insignificantes, el menor indicio de que iba tras un rastro de vida, en constante movimiento. Subsistía con una mochila a cuestas, compraba sólo lo que consideraba esencial. Corría cuando podía y hacía un par de cientos de flexiones cada mañana.

Leía los periódicos abandonados en los respaldos del autobús, veía fotos en color de tropas de hombres demasiado jóvenes, a los que enviaban a un lugar remoto que ni siquiera sabrían situar en un mapa del mundo, a combatir bajo un sol extranjero, contra un enemigo incomprensible, pues antes los habrían entrenado para no entenderlo. Las muertes eran victorias. Patch conocía a aquellos muchachos, muchachos como su padre, porque la historia no estaba tanto condenada a repetirse como condenada sin más.

Se reunió con una docena de familias que buscaban a una docena de niñas perdidas, y a veces se mostraban hostiles porque ya habían hecho el duelo y no quería volver a pasarlo, y otras veces se sentaba con madres de mirada vacía que se aferraban a sus fotos y a sus recuerdos, y que a la vez esperaban y temían que Grace fuese su hija.

Patch pasó una semana con un padre en un humilde rancho de Kansas. A las pocas horas ya sabía que no buscaban a la misma pobre criatura, pero el hombre encontró apoyo en él porque a su círculo más allegado les costaba mucho hablar de la chica. Se sentaban en el balancín del porche a beber bourbon y contemplar la pradera en el crepúsculo. A veces la belleza bastaba para mitigar el dolor.

Patch trabajó un mes en una granja de Luisiana, al final de la temporada, cuando las nubes eran tan bajas y pesadas que casi podía tocarlas. Y los domingos bordeaba el lago Martin porque en los archivos encontró la foto de una chica que podría haber sido Grace y que había desaparecido cuando su padre estaba pescando. El hombre llevaba tiempo muerto, pero Patch pensó que tal vez sentiría algún pálpito mientras atravesaba los terrenos pantanosos, atajaba por los

senderos y observaba las garcetas, las ranas toro y los ibis.

Un mes después llegó a la costa de Texas, quedó con un hombre en el casco viejo de Galveston y caminaron por el paseo marítimo, y mientras el hombre le enseñaba una foto, a la sombra de los jardines Moody, Patch empezó a temer por su cordura. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué sentido tenía rastrear el paradero de una chica a la que no podía reconocer, alguien que pertenecía a un pasado tan lejano que en su búsqueda sólo encontraba a los más desesperados?

Y entonces se quedó sin dinero, y llamó a Sammy, que empezó a quejarse de que la crisis se hacía notar, maldijo el estancamiento y la inflación, y arrastrando las palabras le habló sobre una pareja que había querido comprar el retrato de una de las niñas desaparecidas por una suma tan irrisoria que tuvo que echarlos de la galería con un bastón sólo para vengar la ofensa. Nix había acudido y lo había amenazado con arrestarlo, y él había respondido retándolo a batirse en duelo.

Así pues, entró en un banco de Tucson, y, después de dejar pasar a un anciano, se acercó al mostrador de caoba, sacó una pistola de la correa del cinturón y apuntó directamente al cajero. El empleado tardó un momento en reaccionar, en dejar de sonreír y poner cara de miedo. Los aparatosos ventiladores removían el aire denso mientras el sudor empezaba a gotearle por la nariz.

—Llena la bolsa —dijo Patch. Llevaba vaqueros con una camiseta oscura y gafas de sol, y un pañuelo atado en la cabeza que le sujetaba el pelo hacia atrás.

El hombre miró a su alrededor para llamar la atención de un guardia de seguridad dormido, pero decidió que no merecía la pena jugarse la vida.

Una madre estaba con su hijita a suficiente distancia, y cuando Patch se volvió, captó la mirada de la niña y le sonrió. La madre le devolvió la sonrisa.

—Siento que esto haya ocurrido —le dijo al cajero.

El hombre se secó el sudor. Llevaba manga corta, corbata azul

marino con una aguja dorada y un reloj digital.

—Tengo mujer y dos hijos.

—La pistola no está cargada.

Patch cogió la bolsa y salió a la calle, se montó en su coche y arrancó.

No hubo alarma ni persecución.

Al día siguiente, en el *Post*, el cajero declararía que Patch había amenazado su vida y la de su mujer y sus dos hijos. Para entonces, Patch estaría bajo los cielos límpidos de Utah, adonde iría a indagar más sobre una chica, aun sabiendo en el fondo de su corazón que no sería ella. Por el camino donaría el dinero (salvo un par de cientos de dólares) a Destiny, una organización benéfica dedicada a las personas desaparecidas.

101

Cenaron con Norma, quien, sin hacer prácticamente caso a su nieta, sonreía a Jimmy Walters mientras le llenaba el plato con filetes de cerdo, patatas fritas y verduras al vapor.

—Después de estudiar tanto debes de tener hambre —dijo mientras le untaba un bollo con mantequilla y se lo ponía en el plato.

Saint daba vueltas a sus patatas mientras Jimmy le hablaba a Norma de los estudios y de sus fines de semana como ayudante en el zoo de Culpepper.

A continuación pasó a relatarle las desventuras de un lobo con moquillo, una tortuga infectada por el poxvirus y un hipopótamo al que había que sacarle un diente.

—Suena difícil —dijo Norma.

Negó con la cabeza.

—Difícil es sexar un lirón.

—Seguro que podría arrestarte por eso —afirmó Saint.

Jimmy le sonrió, pero Norma no.

Acabaron con bizcocho de postre, y Norma le sirvió a Jimmy un trozo que por lo menos era el doble de grande que el de Saint. Y cuando terminaron, después de que Norma diera las gracias a Jimmy por haber bendecido tan bien la mesa antes de comer, Saint salió con él y fueron paseando juntos hasta Main Street.

Se pararon a mirar el escaparate de la tienda de antigüedades, donde Jimmy señaló un reloj de pared con cámara de nacela de nogal, un sillón de orejas caroleano y una coctelera de litro y medio.

—Podría gastarme todo mi salario en una hora —dijo mirando embobado un globo terráqueo de Costello tan maltrecho que apenas se leían los detalles.

Tampoco daba para mucho, pensó ella, y se mordió la lengua porque sabía que estudiar Veterinaria y a la vez trabajar los fines de semana pasaba factura. Y que, a la larga, cuando Jimmy obtuviera el título, ganaría un sueldo decente.

Bajo el toldo de la Ferretería Monta Clare él le dio la mano a Saint.

—Con el tiempo será más fácil, con tu abuela.

—Sólo si entrego la placa y vuelvo a estudiar —dijo.

—¿Y eso sería tan malo? —preguntó él, sin apartar los ojos de las ventanas, de una pareja que pasaba, del campanario de la iglesia—. Algún día tendrás que dejarlo, cuando formemos una familia.

Jimmy llevaba un jersey beige, pantalones blancos y unos zapatos cuadrados en los que ella intentaba no fijarse. La mayoría de las noches cenaban con su madre frente a una pared dedicada a fotografías de Jimmy que daban fe de lo poco que el chico había cambiado desde el parvulario. Aunque era fuerte y apuesto, apenas le sacaba cuatro dedos a Saint. En la iglesia decían que formaban una pareja encantadora.

—Mi madre me ha preguntado si querrás venir a cenar con nosotros el sábado por la noche. Va a hacer sus famosos bocadillos de carne picada.

Los había probado por lo menos una docena de veces ya y todavía se preguntaba por qué tenían tanta fama.

—Claro, Jimmy.

Él le apretó la mano y la besó suavemente en la mejilla.

—Te quiero —le dijo.

—Yo también —dijo Saint.

—Podrías ponerte el vestido verde que te compré.

Pensó en el vestido, largo hasta los tobillos y abotonado hasta el cuello.

—Sin demasiado maquillaje, ya sabes cómo es mi madre —dijo con cara de circunstancias.

Saint se echó a reír.

Después de que la acompañara a casa, Saint se retiró a su cuarto del desván y se sentó a revisar la copia que tenía del expediente del caso Joseph Macauley y fue pasando las páginas con aire distraído. Se detuvo en la que hablaba de Eli Aaron y los rosarios. Había visitado todas las iglesias en cien kilómetros a la redonda, todos los bazares chinos, las tiendecitas de regalos, joyerías y librerías católicas, había consultado con varios sacerdotes que se rascaban la cabeza explicando que existían infinidad de sartas de cuentas para rezar, cada uno con sus peculiaridades, cada uno cargado de promesas por igual. Y, una vez más, Saint repasó lo que tenían. Fotografías de seis chicas. Una era Misty Meyer. Otra, Callie Montrose. Había seguido el rastro de Eli Aaron por una larga serie de institutos y escuelas de una docena de estados. A las otras chicas no podía ponerles nombre. Marty Tooms había sido el cómplice de Aaron. Quizá fuera el médico el que las atraía algunas veces. Otras veces Aaron las raptaba. Era todo muy turbio y sumamente anómalo.

Se durmió con la carpeta abierta sobre el pecho.

Como todas las noches.

102

Se llamaba Walter Strike. Era cojo y caminaba con bastón, y le habló a Patch de sus antepasados, patriotas de la guerra de la Revolución y parte de un gobierno secesionista que delataban una independencia

feroz.

El telón de fondo de las montañas se perdía hasta Virginia, una veta tan indómita que Patch sintió la pugna dentro del hombre mientras caminaban bajo la sombra estrellada del sabal.

—Antes pensaba que no necesitábamos a nadie —dijo Walter. Patch se alisó el pelo bajo la gorra y se metió las manos en los bolsillos—. La policía no hace lo que debería hacer. Mi Eloise tenía quince años, y actuaron como si fuera mayor de edad. Como si no fuera una niña.

Pasaron junto a una mujer con cuatro críos enredados a su alrededor, que hablaban una lengua veloz, chillona y dulce.

—Gulá —aclaró Walter saludando a la señora con la cabeza y sonriendo a los niños—. Los amigos dicen que se fugó con uno, pero yo sé que no lo haría.

Patch escuchaba con atención esas historias, en un intento de construir a Grace a partir de los recuerdos y echando siempre en falta los materiales necesarios.

—Mi mujer aún se levanta de un salto de la cama cuando oímos que llega un coche de madrugada. Como si esperara que apareciera, quizá un poco borracha, y revolviera los armarios de la cocina para prepararse un bocadillo, como solía hacer. Y pusiera mis discos de Johnny Cash y empezara a berrear. —Se echó a reír.

Pasaron la tarde en Middleton Place, una plantación del río Ashley; los jardines eran tan elegantes que Patch se preguntaba cómo podía haber ocurrido allí nada malo. Walter le habló del día en que la chica desapareció, y le dijo que la policía siguió un rastro tan largo que llegaron a unas ciénagas de aguas negras.

Se detuvieron junto a una palapa, aguardando mientras una pareja posaba para las fotos, la novia colorada con su sencillo vestido blanco.

Ninguno de los dos lo dijo. La hija de Walter, Eloise, probablemente estaba muerta. Él no podría estar en su boda ni verla sonreír, entregársela a un hombre, compartir las lágrimas de emoción con su mujer.

—Tengo un hijo, Coop, y el muchacho perdió el rumbo cuando Eloise… Ahora trabaja en una biblioteca. Vive tranquilo, porque el

mundo se quedó en silencio y se volvió insípido y… Es complicado.

El día se apagó con el canto del último reyezuelo de Carolina.

—¿Qué? —preguntó Patch en voz baja, como con miedo.

—Despidámonos. ¿Cuánta gente como yo has visto ya?

Patch recordó los tableros de corcho en su antiguo sótano. Las caras. El mapa marcado en Wild Basin, Kitt Peak, Chesapeake… y así sucesivamente. Conocía el nombre de pila de dos docenas de voluntarios que dedicaban la vida a encontrar a personas desaparecidas.

—Demasiada —dijo Walter sin esperar su respuesta.

—No la suficiente.

El hombre le tendió una mano a Patch, se la estrechó con sentimiento y lo atrajo para hablarle de cerca.

—Sé que ya te lo habrán dicho antes y que seguramente vuelvas a oírlo. Tienes una sola oportunidad para acertar… no parece justo, pero si apuntas bien bastará. Nunca olvidaré que hayas venido a verme, no sabes cuánto significa para mí el mero hecho de oír a alguien decir su nombre. Si aprendes de los momentos en que te vienen mal dadas, puedes celebrar los momentos que no.

103

A la mañana siguiente, Patch entró en una sucursal del South Atlantic Bank, le apuntó a la cara a un chico no mucho mayor que él, y llenó la bolsa. Al tomar la interestatal noventa, tuvo un coche de policía pegado durante casi cinco kilómetros antes de que pasara de largo. Patch pensó que, si lo atrapaban, caería con un único remordimiento. Salía mejor parado que la mayoría.

Dio prácticamente hasta el último centavo a la Fundación Harvey Robin, que abarcaba varios estados del sur y llevaba a cabo una labor incansable y vital.

Dos familias más, pintó a las chicas y le mandó los lienzos a Sammy, aunque no lo llamaba mucho y no añoraba su hogar porque ya no

sabía dónde estaba. La casa de Monta Clare seguía siendo suya, y pensó en venderla, pero sabía que era lo único que lo ataba, que le daba un mínimo vínculo con el pueblo donde había empezado todo.

Un mes después se trasladó de Silverton al paso de Red Mountain, pasando por las cataratas de Calf Creek hasta llegar al cañón de Bryce. Removía el polvo con los pies, rara vez apartaba el pincel del lienzo mientras se encontraba con padres y abuelos y amigos que no se resignarían nunca. Vio películas caseras granuladas en cuchitriles vacíos, sentado en sofás ajenos esforzándose para oír la voz de cada chica, sintiendo que se le hundía el corazón todas y cada una de las veces que no podía reconocerla.

De madrugada llamó a Saint, esperó a que saltara el contestador y le relató un recuerdo tan duro que lo hacía titubear.

—Cada persona en el mundo tiene una voz única, que es sólo suya —dijo Grace mientras se tumbaba a su lado, su voz acercándose desde la oscuridad.

—¿Como una huella dactilar? —dijo él.

—La longitud y la tensión de las cuerdas vocales. La profundidad de los pulmones. La caja de resonancia.

—A veces pienso que sabes demasiado.

—Me consuela —dijo ella.

—¿El qué?

—Oír los gritos. Ese último grito antes de abandonar este mundo. Tan personal que nunca se volverá a oír.

Tomó una ruta desde el río Colorado hasta Sedona, de la aridez a la frondosidad, de las dunas a los pinos. Y en Phoenix siguió el Sendero Apache.

Contempló el amanecer mientras se abría paso a través de las Montañas Rocosas, llegando a las alturas de la ruta del Millón de Dólares, y en Mesa Verde se detuvo en una humilde iglesia y se unió a la misa matutina, agachó la cabeza y pidió perdón. Cuando pasaron el cepillo, dejó cien dólares; la mujer a su lado lo tomó del brazo para demostrarle su gratitud como si no supiera nada del forajido y de que todos los billetes estaban manchados.

Junto a la iglesia, una mujer sentada en una mecedora tejía un tapiz de macramé. En la cesta guardaba una docena más, y en la mesa las baratijas y los rosarios que vendía.

Patch les echó una ojeada.

—Una cadena de rosas —dijo la mujer. Tenía la piel oscura y el pelo blanco, que le asomaba bajo un pañuelo. Llevaba un delantal desgastado y sus ojos estaban hundidos en las cuencas, que estrechaban su visión del mundo.

—Son para contar oraciones —dijo él.

—Y nos recuerdan los tres misterios que la historia no puede enseñar. De la dicha a la gloria. Del nacimiento de Cristo a la resurrección. A mi hijo lo enterramos con la suya.

—¿Por qué? —preguntó, pero se contuvo y le dio el pésame.

—Las colocamos sobre los muertos y luego cortamos el rosario para que no le siga otra muerte.

—La dicha y la gloria. Son sólo dos. Ha dicho que eran tres misterios —dijo él.

La mujer entornó los ojos, cegada por el sol.

—La pena. El sufrimiento y la muerte.

—Con los muertos. ¿Qué pasa si se les dejan las cuentas del rosario sin cortar? —preguntó Patch.

Ella se santiguó lentamente y continuó con su trabajo.

104

Saint atendió la llamada.

Una mujer de la calle en Saint Louis, sonaba joven, pero ella no bajó la guardia. No dio ningún nombre, sólo dijo que había una chica nueva a la que estaban prostituyendo, no debía de tener más de dieciséis años y quizá se parecía un poco a un dibujo descolorido que había visto en un cartel al pasar por Alice Springs. Le dijo una calle donde trabajaría esa noche, algo que en sí no era habitual, aunque Saint miró el reloj, pensó en Jimmy y su madre que la esperaban para

cenar. Cogió las llaves y se marchó.

Pasó una hora antes de que viera los rascacielos, el Arco Gateway y los farolillos blancos a lo largo de Herald Street. Los bares se vaciaban de gente, entre voces y jaleo.

Las luces en North Street estaban apagadas. Los coches en hilera mirando hacia la calle, de espaldas a los destartalados edificios blancos de atrás. Los cables de la luz caían del tejado como un amasijo de tripas. Había varios tipos juntos que la observaron al pasar y no le quitaron ojo mientras se detenía bajo una farola rota.

Comprobó el arma, como siempre, y vio que los tipos perdían interés y volvían a lo suyo justo cuando una chica se acercó desde las sombras. Adolescente, a pesar de todo el maquillaje. Una falda que apenas le tapaba el culo; los ojos delataban que era joven, aunque a saber cuánto habrían visto.

Saint bajó la ventanilla y la chica lanzó un trozo de papel dentro del coche. Siguió andando hasta desaparecer tras una puerta de acero, tan torcida que no se cerró después de que entrara la chica.

Saint encontró la dirección anotada en el papel, a un kilómetro largo a las afueras de la ciudad.

Justo entonces, mientras vigilaba la vieja casa en la esquina de Fairshaw con Brooklyn, la recorrió un presentimiento tan fuerte que le temblaron las rodillas al salir.

Dio el aviso y los detalles necesarios para que mandaran a una patrulla.

Saint no quiso fijarse en la luz que se apagaba en el piso de arriba, ni ver la silueta de una joven que pasaba por delante de la ventana, seguida de un tipo grandullón.

La música sonaba fuerte.

Detrás la calle se iluminó de azul.

Los agentes de la policía local tomaron el control y Saint se hundió en su asiento mientras llevaban a cabo el arresto.

Sacaron a la chica de allí.

Saint los siguió hasta la comisaría de Saint Louis.

La chica, Mia, tenía dieciséis años y se había juntado con una panda de gente a la que luego no podía abandonar.

Saint estuvo sentada en el aparcamiento hasta el amanecer, cuando los padres de la niña llegaron angustiados, la abrazaron y se echaron a llorar.

Condujo a casa ya de día.

Sería la primera vez que Patch salvara a una chica desaparecida.

105

Bajo un cielo plomizo tan amenazante que debería haber intuido lo que se avecinaba, Patch entró en la sucursal del Merchants National sin reparar en otro guardia que había apostado junto a la puerta lateral, leyendo un periódico.

Y cuando sacó la pistola, no vio que el hombre también desenfundaba la suya.

El empleado de la caja metió billetes en un sobre y lanzó una mirada por encima del hombro derecho de Patch al entregarle el dinero.

El disparo sonó como si descorcharan una botella o tiraran un petardo.

La mampara de vidrio se hizo añicos.

Los gritos le hicieron caer al suelo con el resto de la gente.

Gateó por la moqueta mientras el infierno se desataba a su alrededor. Sonó una alarma; los aspersores le quitaron el pánico mientras se acomodaba detrás de un escritorio y respiraba hondo.

El guardia avanzó dando alaridos, apuntando al frente con el arma temblorosa mientras disparaba.

Patch no conocía el historial de aquel hombre, pero sí sabía que una 36 llevaba seis balas, y había contado cinco disparos.

Así que cuando oyó que el sexto balazo se incrustaba en el escritorio de atrás, se puso de pie y escapó corriendo por la puerta.

Hasta entonces había sido un juego. Un reparto de la riqueza hacia donde más se necesitaba.

Envió el dinero por correo a la organización benéfica Forever

United. Los billetes aún estaban húmedos cuando selló el paquete.

106

Patch no respiró hasta que tres días después llegó al aire fresco de Washington, D. C.

Cenaron temprano en un asador del centro tan extravagante que Patch no sabía si el *77* garabateado junto al solomillo era el precio o los años que llevaba la carne madurando.

Patch llamó a un camarero e intentó pedir una Coca-Cola y un perrito caliente doble.

—¿Por qué haces esto cada vez que te llevo a comer a un buen restaurante? —gruñó Sammy, y Patch se mordió el labio con cara de disculpa.

Sammy pidió dos botellas de Chateau Palmer, le dijo al camarero que dejara los corchos, y le dio uno a Patch y se guardó el otro para él.

—Dentro de treinta años encontrarás esto en algún sitio y recordarás el día que te lo bebiste y algún memo influyente de Washington pagó diez mil pavos por una de tus chicas perdidas.

—Manda el dinero...

—La mitad para la familia, la otra mitad para alguna oscura organización benéfica destinada a personas desaparecidas. Ya lo sé, chico.

Patch cogió un palito de pan, lo apretó entre los dientes y le pidió fuego a Sammy. Sammy suspiró.

—Todos quieren saber más de ti. Los coleccionistas. El héroe pirata que llora a su amor perdido. Diablos, yo mismo me plantearía comprar tus cuadros si fueran mucho, mucho mejores.

Patch levantó su copa, fingió que podía apreciar el matiz de las bayas silvestres, los taninos.

—Final largo —dijo Sammy, y se relamió los labios.

—No como te lo bebes tú.

Mientras degustaban un pollo de corral con cebolletas y patatas confitadas, hablaron de arte, de los progresos que hacía Patch, de que cada pieza que le hacía llegar ahora tenía tanto valor que Sammy mandaba un servicio de mensajería para empaquetarla y recogerla.

—Tenemos que montar otra exposición. La gente tiene que ver a estas chicas —dijo Sammy, mientras reñía al chef por haberse pasado con el *vadouvan*.

Patch llevaba una camisa negra, con un par de botones del cuello desabrochados, y las zapatillas más elegantes que tenía, que no eran tan elegantes. Atrajo la mirada de una camarera; se fijó en la línea de su mandíbula, la ese de su clavícula, el reflejo rojizo de su pelo.

—Tengo una amiga en Nueva York y está...

—Me voy a Nueva Inglaterra —dijo Patch.

Sammy suspiró una vez más y pidió otra botella, con las mejillas coloradas.

—¿Y de dónde sacas dinero? Pagas impuestos por una casa en la que no vives. Deberías vender el *Grace número uno* y...

—Mi madre soñaba con ser propietaria de esa casa.

Sammy podría haberle dicho lo que ya sabía, pero en vez de eso se volvió hacia el plato.

—Veo a Saint a menudo.

—¿Todavía te cuesta creer que sea policía?

—¿Vamos a jugar a eso de que te haces el sorprendido como si no supieras por qué? —Sammy iba repeinado, con su moreno de playa y sus dientes blancos.

Patch lo ignoró, centrándose en la camarera.

—Saint se ha echado novio.

Patch sonrió.

—Jimmy Walters.

—Capullo mojigato santurrón niño de mamá.

Patch suspiró.

—Criticó el retrato de Callie Montrose. Dijo que llevaba una blusa muy escotada en el cuadro. Creo que la palabra que usó fue «impúdica».

—Pero Jimmy quiere a Saint.

—¿Qué tiene que ver el amor con eso? Por cierto, me follé a Trisha Mason. —Sammy miró su vaso con remordimiento.

—¿La de la lechería?

—Supongo que tendré que buscar otro sitio adonde ir a comprar el *gruyère*.

Movió la cabeza con resignación, como si no fuera culpa suya, y siguió hablando de un comercio de la ciudad. Patch se abstrajo y se puso a mirar el horno de leña abierto, a los cocineros con delantales marrones, a los hombres trajeados a su alrededor.

—… el muy cabrón intentó venderme Monterrey Jack añejo seco. Como si no se notara la acidez. Como si no le hubiera dicho que lo quería para maridar con jamón de bellota.

Cuando pasó la camarera, Patch atrapó su mano al vuelo. La chica se volvió, a punto de maldecir a otro tipo influyente con ganas de toquetear, pero sonrió al ver que era él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Melissa.

Otra vez la misma sonrisa. Él se fijó en sus dientes, en cómo modulaba las sílabas, y perdió el interés en cuanto desapareció la familiaridad.

—Te arrestarán por agarrar así a las chicas —dijo Sammy.

—La voz de la experiencia.

—Me caías mejor cuando limpiabas mi cuarto de baño.

Sammy pidió una cuarta botella, y Patch se reclinó en la silla y se dejó llevar por la calidez del ambiente.

—¿Quieres postre? —preguntó Sammy.

—Cualquier cosa con miel.

Sammy pidió *ricotta brûlée* para él.

—Y un tarro de manuka para el capullo de Winnie the Pooh.

—¿Ves alguna vez a Misty Meyer?

—Veo a su madre.

—¿Cómo les va?

Sammy sonrió con cara de borracho.

—La que se escapó. Misty está en Harvard.

—Todo bien.

—No todo. La chica también trabaja en un bar ahora.

Patch enarcó una ceja.

—Seguro que a sus padres les encanta. No es que le haga falta el dinero.

—En el Boatman. El mismo sitio adonde su madre solía ir a beber en aquellos tiempos. Creo que rondar por los antros contigo le dio amplitud de miras. Vaya familia.

—¿Los conoces bien?

Sammy hizo un gesto vago con la mano.

—Nadie conoce bien a nadie, chico.

Cuando los últimos comensales se acomodaron y Sammy amenazó con añadir la cuenta a la deuda de Patch, la camarera lo rozó al pasar y le deslizó su número de teléfono en el bolsillo.

—Dime que vas a usarlo —dijo Sammy.

Patch lo tiró a la basura al salir a la calle. Estaba a punto de volverse hacia su coche para dormir la mona cuando Sammy lo metió en un taxi.

Vio las calles desdibujadas de la ciudad antes de que pararan delante de un edificio *beaux-arts*, tan majestuoso que Patch se mareó al mirar las ventanas arqueadas.

Un portero estaba a punto de ponerse delante cuando vio a Sammy, se hizo a un lado y se tocó el ala de la gorra para saludar a Patch, que le hizo a su vez una profunda reverencia.

—No hagas reverencias, joder —siseó Sammy.

Patch lo sujetó del brazo mientras Sammy iba tambaleándose hacia el ascensor. Subieron al ático de Sammy, en el último piso. Patch lo ayudó a meterse en la cama. Sammy se tumbó y dejó que la habitación diera vueltas mientras Patch se admiraba de la opulencia que lo rodeaba.

—¿Cómo hiciste tanta fortuna?

—Con la pintura —farfulló Sammy.

—¿Pintabas?

—Compré un cuadro. Era un poco más joven que tú ahora. De

Rothko. Vi lo que pasaba por su mente donde otros sólo veían el color.

—¿Compraste un cuadro de Mark Rothko? —preguntó Patch.

—Yo era pobre. Un chaval pobre como tú.

—No actúas como si fueras pobre. Fuiste a Harvard.

—Fui a Harvard para ver a una chica. Tampoco es que esos cabrones pudieran enseñarme nada, de todos modos.

—Claro. Y eras tan pobre que tenías dinero para comprar obras de arte.

Pegó la frente en el vidrio y se maravilló contemplando el monumento.

—Vendí mi alma a un ricachón. El amor perdido, no hay un dolor tan exquisito.

Patch se volvió para mirarlo.

—No entiendo.

Sammy habló, exhalando.

—Cuando los ricos tienen un problema, lo entierran en dinero para que desaparezca.

—Lo entiendo perfectamente.

—Hay un minibar.

Patch escogió un Johnnie Walker en miniatura y para cuando llegó a la cama Sammy dormía a pierna suelta.

Desde la ventana miró el horizonte más allá de las luces de la urbe.

Y pensó cuánto se había ensanchado su mundo.

Mientras contemplaba el resplandor de la luna llena sobre la ciudad, un recuerdo lo dejó sin aliento. Marcó su número, esperó a que saltara el contestador y habló del pico de las nubes, de Misty Moon y de los diez sueños. No tenía ningún sentido.

La encontraría.

Moriría antes que rendirse.

Saint encontró a Jimmy esperando en el porche de su abuela, tumbado en el balancín con la chaqueta echada por encima.

Saint había trabajado hasta tarde; atendiendo una llamada había ido con Harkness a dar parte de un coche calcinado en la antigua Eastern Avenue, cerca de donde se habían llevado a Patch. Saint iluminó el suelo con la linterna, como si aún esperara ver la sangre filtrándose en la tierra.

Se quedó ahí, mirando a Jimmy mientras dormía.

Saint había ido a verlo el día después del baile de graduación frustrado, aguantó una pequeña bronca de la madre mientras ésta la hacía entrar en casa, donde el traje de Jimmy estaba en una percha, ya metido de nuevo en la bolsa de la tienda de alquiler; a veces aún se le hacía un nudo en la garganta al recordarlo.

Él era seis meses mayor que ella, sabía casi todo sobre casi todos los animales.

Votaba a los republicanos porque su padre los votaba, iba a la iglesia porque su madre iba y porque creía con una fe que deslumbraba hasta a la abuela de Saint.

Saint se había sentado en aquel dormitorio infantil y había visto la ropa limpia y doblada con esmero, las sábanas de la cama recién hecha.

La madre había llamado a la puerta para traerles galletas de avena. Era uno de esos niños que se convertiría en uno de esos hombres de los que hay que ocuparse.

—No hay otro tipo de hombre —dijo Norma una noche mientras comían pollo a la parrilla delante de una puesta de sol en Saint Francois.

Patch era de otro tipo, pensó Saint derramándose salsa barbacoa en la camisa.

—Joseph es distinto porque no tuvo al lado a una mujer que se lo hiciera todo —dijo Norma leyéndole el pensamiento mientras se limpiaba la camisa con una servilleta—. Por eso no sabe cómo cuidar a los demás. Cómo alimentar una amistad. Cómo ser un hombre.

—¿Las mujeres enseñan a los hombres a ser hombres? —preguntó Saint.

—Por supuesto. ¿Cómo si no crees que aprenden?

Jimmy la había besado, pero nada más. Y no eran los besos con la boca abierta que había visto que se daban Misty y Patch, los besos que llevaban al sexo que veía en las películas, el sexo que antes la había hecho sonrojarse pero que ahora le hacía cuestionarse el trato que había hecho con Dios. Nunca tanto como cuando se puso un vestido, se bebió dos copas de vino y le puso la palma de la mano en el pecho musculoso a Jimmy, empujándolo suavemente hacia la cama donde ella dormía. A él se le agitó la respiración hasta que se apartó y salió a tomar el aire.

El viernes siguiente la había llevado al Palace 7 a ver una película.

El protagonista era tan guapo con su traje azul marino que Saint se había puesto a manosear a Jimmy antes de que pudiera cruzar la puerta. Jimmy le había pedido que se sentara y le había dicho que no creía en el sexo antes del matrimonio.

—Anoche pasó por aquí y me pidió tu mano —dijo Norma.

Saint se quedó parada.

—Pero sólo tengo...

—Lleváis saliendo un tiempo. Ya sabes cómo es Jimmy, cómo te adora.

Saint dio un sorbo a su café, pensando en la joven prostituta.

—¿Existe de verdad el pecado?

Norma se sentó enfrente.

—Vi a una chica la otra noche que había hecho cosas... y sé que Dios no es vengativo y todo eso, pero a ella no la puede juzgar, ¿verdad?

Norma tardó un momento en contestar.

—¿Es la chica que busca Joseph?

Saint negó con la cabeza.

—Todos hacemos lo que podemos, Saint. Hay quien se apoya en los demás. Hay quien te da un empujón cuando lo necesitas. ¿Sabes qué tipo de persona es Jimmy?

Saint volvió a negar con la cabeza.

—A veces ser normal es más que suficiente —dijo entonces Norma.

—Quiere vivir una vida como la de sus padres.

—Parecen felices.

—¿Qué le dijiste?

—Que no me corresponde a mí dar tu mano ni a él tomarla. Tú eres la única que puede ofrecerla.

—No me arrepiento de no haber ido a la universidad —dijo Saint, con el desafío en la mirada.

Norma se quedó de pie detrás de Saint y le puso una mano en el hombro.

Saint ladeó la cabeza hasta encontrar el calor de la piel de su abuela.

—¿Qué debo hacer?

—Te diría que sigas a tu corazón, pero por ahí acecha la locura. ¿Crees en el destino?

Saint sopesó la pregunta y asintió.

—Aquel día, cuando te llevaste el revólver de tu abuelo y te fuiste al bosque...

Saint aún veía el dolor en la cara de su abuela.

—Perdóname por...

—Si Jimmy no le hubiera dicho al comisario Nix adónde ibas, si no se hubiera tomado la molestia, tal vez yo no te habría recuperado. Y Ivy tampoco habría recuperado a su hijo.

—O sea ¿que estoy en deuda con él? —preguntó Saint.

Norma negó con la cabeza.

—No, no... pero creo que todos tenemos el futuro escrito, y Jimmy Walters forma parte del tuyo.

—¿Cómo sé si lo quiero? —dijo Saint.

—Cuando se trata de matrimonio, el amor es sólo una visita pasajera a lo largo de la vida. El respeto y el cariño son los verdaderos cimientos. Si te soy sincera, creo que deberías casarte con él.

—Jimmy es un buen hombre —dijo Saint tragando saliva, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero no es...

—Lo sé.

Después del lío en el Merchants National Bank, Patch vendió su coche y se pasó un mes acarreando mercancías. A las cuatro de la madrugada se ponía una sudadera con capucha y cargaba carne congelada en camiones que la repartían por todo el estado.

Mientras caminaba, el alba lo acosaba como recordándole que tarde o temprano el tiempo lo empujaría a seguir adelante. Alquiló un cuarto en la última planta de una casa vieja, y pagó por adelantado porque la anciana lo miró como si conociera a los de su calaña.

Los días se le hacían cada vez más largos y duros, y sólo cuando oscurecía de verdad, cuando tapaba con cinta aislante la luz que se colaba de las farolas y los vidrios con cinco capas de papel de periódico, cuando despejó por completo el cuartucho, arrancando la moqueta y las láminas de los nenúfares, con el colchón tirado en el suelo, cerraba los ojos y dormía. Nunca sabía qué noches la encontraría, aunque ahora eran cada vez menos.

Se fijó en un par de chicas con el mismo tipo de pelo, casi la misma forma de hablar. Chicas que aparecían en las escaleras de facultades legendarias, bebían en los bares de estudiantes y pronto se cansaban de ver siempre al mismo tipo de chico universitario. Al ver a Patch confundían la luz de su mirada con la que tal vez irradiaban ellas. Patch sondeaba su pasado, no encontraba más que simetría y se escabullía de sus residencias universitarias antes del amanecer.

Después de un largo día al volver encontró su mochila en la entrada. La anciana le dijo que no le gustaba cómo había redecorado su habitación.

Durante un mes suspendió la búsqueda porque sabía que no podía tentar tanto la poca suerte que le quedaba, así que en un puerto de Gloucester se paraba delante de cada barco pesquero a preguntar si necesitaban a alguien para hacer el tipo de trabajo que el aumento de los precios de la langosta permitía pagar.

Limpiaba las algas de los aparejos de pesca, la sangre, las vísceras y las fibras. Colocaba trampas, cortaba el cebo y medía las langostas del ojo a la cola. Cribaba, sacaba la muda de los caparazones, marcaba a

las que llevaban huevas y sujetaba con gomas las pinzas de los bogavantes que había que despachar.

—Firme, muchacho —le dijo el capitán mientras surcaban las olas.

Se quedaba al lado de la consola central y sujetaba el timón mirando cómo los hombres del capitán sacaban las trampas amarillas del fondo del mar mientras la bruma del atardecer rozaba el oleaje. Más allá, detrás de las playas de arena blanca de la costa de Nueva Inglaterra, se escondían pueblos y montañas.

Un par de hombres lo regañaron por el parche en el ojo, como si estuviera jugando a ser un pirata. La primera vez que se sentó en la regala, se le secó la garganta con el aire salobre y le dolía la cara de tanto sonreír. Y después, cuando llegaban al puerto, descargaba y se ponía a limpiar mientras el capitán abría una nevera y repartía cervezas.

Patch se quedaba en el barco y bebía solo, mirando la puesta de sol.

Por la noche dormía en un rincón de la playa entre unos riscos bajos, con la camisa enrollada para usarla de cojín sobre la fina arena. Exhausto al final de la jornada, apenas comía, y guardaba lo poco que le daba el capitán porque sabía que pronto seguiría su camino, en busca de Grace.

109

Dos semanas después, dos jóvenes marineros de la tripulación se lo llevaron de allí. La cabina olía a colonia barata y desesperación mientras se pasaban una botella de Jim Beam y especulaban con el atractivo que tienen los hombres de verdad para las universitarias. Ochenta kilómetros en una vieja autocaravana, un par de horas hasta que vio asomar las luces de Boston.

Deambularon por JFK Street, Patch con sus viejos vaqueros y sus botas de cuero, tan gastadas que no recordaba muy bien de qué color se suponía que eran. En la primera taberna irlandesa un par de chicas le sonrieron, una se acercó, charlaron, le puso la mano en el pecho

mientras se echaba el pelo hacia atrás y se reía de algo que él no recordaba haber dicho.

—Mierda, tengo que conseguir un parche para el ojo —dijo uno de los chicos, mientras salían dando tumbos a la calle y se iban.

En otro bar, el Boatman, se fijó en las caras de todas las chicas preguntándose si algunas destacaban como habría destacado ella, si sonreían como habría sonreído ella. En las conversaciones captaba la cadencia de sus palabras, el timbre de su risa. Grace estaba en todas partes y en ninguna.

Patch se sentó solo en un taburete y vio pasar a un par de policías con un temor lógico pero sin fundamento. El suyo era un mundo reducido. Nadie lo conocía de nada.

Mientras se abría paso entre la multitud, oyó una voz un poco más alta que el resto, tan clara como para indicar que la chica estaba en apuros. Miró a su alrededor y vio a una pareja enzarzada en una especie de pelea doméstica. La chica, de espaldas, era alta y rubia, y el hombre que la acompañaba le plantó una mano en el culo.

Ella le dio un empujón en el pecho, pero él se echó a reír, la atrajo de nuevo mientras ella intentaba desasirse de las manos.

Patch vio que un par de los amigos del tipo se reían de la situación.

El tipo era alto y corpulento, con un pelo claro que caía hacia un lado. Patch se fijó en el anillo de sello y el reloj de oro. Casi había llegado hasta allí cuando la chica dio un paso atrás y se liberó. Patch soltó un puñetazo.

La cosa acabó rápido.

El grandullón se quedó hecho un ovillo en el suelo, la chica todavía se tambaleaba cuando Patch se inclinó hacia delante y la cogió en brazos.

Entonces por fin la vio.

Ella levantó la mirada, con la boca entreabierta.

Los amigos del tipo se reunieron a su alrededor.

Patch vio a los muchachos de su tripulación, con los puños preparados, sonriendo.

Una botella le pasó cerca de la cabeza y se estrelló contra la mesa.

En medio del caos de una pelea de bar un viernes por la noche, Patch levantó a Misty Meyer en brazos y salieron al bálsamo de un anochecer perfecto en Boston.

110

Misty le dio la mano y cruzaron el paifang, donde los leones custodiaban el portal entre Beach Street y Surface Road.

—Todo lo que hay bajo el cielo es para el pueblo —dijo por encima del hombro.

—¿Y lo que hay por encima? —preguntó Patch, desorientado por el ruido del barrio chino, los olores, las luces y el trajín. Contempló los murales, los mil hilos.

En una callejuela al otro lado del parque se sentaron en unas cajas de listones y bebieron sake caliente en vasitos de madera. Misty se ruborizó un poco al pasarle los dedos por los nudillos hinchados.

Cuando ella le quitó la gorra a Patch y se la puso en la cabeza, sonriéndole, él sintió que aún podía perderse en sus ojos. La veía cambiada, aunque no sabía en qué sentido; seguía distinguiéndose de la mayoría, aunque tal vez era por verla lejos de Monta Clare; parecía una chica de mundo, y más inalcanzable si cabe.

—Estás igual que en 1975 —le dijo ella. Él se fijó en sus vaqueros descoloridos y su camisa de seda, los tacones y el sutil maquillaje que llevaba—. Salvo por los músculos. —Le hundió un dedo en el brazo.

—Trabajo en un barco.

La mirada de Misty se iluminó.

—¿Un barco pirata?

—Saqueamos la bahía del Casco a la caza de la langosta.

La risa de Misty lo transportó atrás en el tiempo.

A su lado giraban rótulos de neón. Un salón de belleza en el sótano, bajo la reja de una salida de incendios, con la basura amontonada al resplandor cada vez más denso de las farolas.

Evitaron hablar de Grace, la razón por la que él se había marchado,

y de los padres de Misty y el peso de todo lo que habían compartido, y durante unos momentos felices fueron dos jóvenes conociendo las facetas más radiantes de cada cual en una ciudad que resplandecía sin límites.

Mientras bebían Misty empezó a hablar un poco más fuerte y a mostrarse un poco más apasionada al referirse a sus estudios, clases y profesores.

—A ver, la gente como mi padre lo votó a él porque sabe que nunca tendré que luchar para encontrar trabajo. Quiere que esa capa de aislamiento se refuerce más aún. Deberías haber visto la cara que puso cuando le dije que estaba de camarera en un bar, que quería ganar mi propio dinero. Como hiciste tú cuando dejaste la escuela. La Nueva Derecha no es tan nueva, Patch. Nos ha sacado de la recesión endeudándonos. La economía de derrame sólo funciona si hay un verdadero trasvase, ¿no?

Patch apuró el sake y rezó para que Misty no esperara una respuesta por su parte.

—¿Te ha sonado inteligente? Lo he sacado de un libro —le confesó ella.

—Estás en Harvard, Mist. No creo que tengas que bajar el listón, ni siquiera por mí.

Mientras aún podían caminar, Misty lo guió por una serie de calles y le fue señalando los lugares más emblemáticos.

Patch la hizo retroceder en Bay Village para escuchar a una artista callejera que calentaba la noche con su guitarra y una voz en la que ponía toda el alma.

La ciudad se quedó en suspenso mientras él le pasaba una mano por la cintura. Le dio la otra mano y se pusieron cara a cara.

—Creía que no bailabas —dijo ella, y se acercó.

La artista callejera sonrió y cantó como si sintiera que la tierra se movía entre sus manos.

Misty respiró hondo, como si se preparara para ahogarse pero quisiera seguir consciente en todo momento. Empezaron a moverse al son de la música y le apoyó la mejilla en el pecho.

—No sólo me rompiste el corazón.

—Lo siento.

—La elegiste a ella en vez de a mí.

—Todo el mundo te elegirá. Todo el mundo.

—Pero no tú.

Él se inclinó y recostó la cabeza en la de ella.

—Mira dónde estamos, Patch. En el mundo.

Arriba las estrellas brillaban como si estuviera escrito en el firmamento.

Y la gente que pasaba se detenía a mirar porque la música era preciosa, o tal vez porque los dos jóvenes bailando juntos parecían sacados de la trágica historia de un libro.

Misty, enlazando las manos alrededor de su cuello, se dejó llevar mientras él la alzaba y la hacía girar lentamente. A lo lejos se oyeron sirenas y Patch se preguntó si sería así como acabarían.

—No sé cómo olvidarte —le susurró ella al oído.

A Patch las palabras le llegaron muy dentro y dejaron un poso en su memoria al que recurrir en momentos de duda, en momentos de debilidad donde necesitara saber que podía ser bueno, que, a pesar de todo, de lo que había hecho y de lo que haría, en el fondo era bueno.

—Cierra los ojos, Mist. Y cuando vuelvas a abrirlos ya no estaré. Y tú vivirás esta vida maravillosa… una vida de la hostia. Irás a tus clases y hablarás con otros chicos que tienen cosas que decir, que tienen opiniones e ideas. Pronto olvidarás mi cara, y olvidarás mi voz. Porque te darás cuenta de que nunca tuve mucho que decir, a fin de cuentas.

Misty sacudió la cabeza con ferocidad.

Patch no soportaba verla llorar.

111

Después pasearon por la orilla oscura del río Charles hasta la Casa de Eliot, tan majestuosa que Patch no podía apartar la vista de las

elevadas ventanas blancas, y cuando por fin Misty lo arrastró a través del suelo de damero y subió las escaleras con paneles de madera hasta su dormitorio, se mareó al pensar en el privilegio de vivir en semejante lugar.

Misty lo besó, y él la besó.

Cuando le quitó la camiseta, Misty dio un paso atrás para mirarlo con detenimiento; sus ojos recorrieron el cuerpo escuálido, las cicatrices que soportaba por ella. Patch retrocedió a la sombra del tocador, como si lamentara ocupar incluso un mínimo espacio en su mundo.

Al alba Patch se despertó y salió con sigilo de la cama donde ella dormía, y contempló la llamarada del cielo sobre el Charles. Cogió lápiz y papel del pequeño escritorio y esbozó la figura de la joven con un detalle que supo que no olvidaría jamás.

Cuando firmó con su nombre y le dejó a Misty el retrato de recuerdo, desde la ventana vio aparecer la cúpula, y el parque JFK más allá.

Y mientras se escabullía de la vida de Misty como un ladrón siguió aquel rumbo hasta llegar adonde sabía que Grace había estado una vez, tras sus huellas.

Entonces supo que ya no volvería a embarcarse con el capitán.

Entonces supo que las cosas irían a peor y quizá no mejorarían nunca.

112

Por la mañana se sentó delante del piano en bata, con las gafas en el atril, la tapa del teclado levantada revelando unas sencillas letras doradas. Fuera un viento fuerte azotaba el pecíolo de las hojas rojizas hasta que las arrancaba y se caían, y Saint se preguntó si habría una muerte más hermosa.

—¿Qué es esto? —preguntó Norma.

Saint no se volvió y no vio que su abuela llevaba un vestido azul marino y un sombrero con flores de retama, como si no pudiera decidirse entre celebrar o llorar.

—Es una canción de una rana con un alma introspectiva —dijo Saint, contemplando el cambio de estación como por última vez, como si nunca más fuera a ser tan memorable.

—Es triste —dijo Norma.

—No lo es. Es para los amantes y los soñadores.

Saint se quedó mirando el cuadro de la casa blanca mientras tocaba, y recordó con qué delicadeza sujetaba Patch el pincel, cómo respiraba mientras ponía color en su mundo. La noche anterior se había quedado sentada en el pasillo resistiendo el impulso de contestar cuando sonó el teléfono, y en cambio había escuchado su voz en el contestador mientras hablaba de la fiebre del oro, de un verano en el reino de Colorado. Había despertado a su abuela y le había hecho prometer que cuando ella se fuera guardaría las cintas grabadas.

Saint y Norma desayunaron juntas por última vez. Se había decidido que Saint se mudaría a la casita de Alexander Avenue, un regalo que les habían hecho los padres de Jimmy antes de huir de Monta Clare para jubilarse en el clima cálido de Florida. Una casa donde la impronta del pasado era un clamor tan fuerte la hacía olvidar sus propios ritmos. Jimmy le dijo que la decorarían juntos, que irían a la ferretería de Monta Clare y elegirían los colores que ella quisiera, y que reformarían por completo el viejo cuarto de baño y la cocina.

Saint se puso un vestido marfil con un corpiño de encaje, sencillo y sin pretensiones, pero cuando bajó por la desvencijada escalera la sonrisa de su abuela le dijo que ya había hecho bastante por él, por la iglesia y la gente del pueblo que la llenaría para presenciar la boda de la policía novata con el veterinario novato.

—Pensé que llevarías tu trenza francesa —dijo Norma.

—Hoy no.

Le hubiera gustado pedir un coche, pero Jimmy prefería evitar el gasto, así que abuela y nieta salieron juntas hacia la iglesia, caminando despacio para disfrutar de una mañana que ya empezaba a cambiar.

Varios vecinos se asomaban y sonreían, y una niña la saludó con la mano y aplaudió. Y cuando llegaron al cruce con Rosewood Avenue, Saint respiró hondo.

La iglesia era un fundido abigarrado de grises; cuando asomaron los pináculos, Saint le dio la mano a Norma al pie de un sinuoso sendero que había recorrido mil veces antes, con anticipación y temor y, sobre todo, alivio.

—¿Son lágrimas de felicidad? —preguntó Norma enjugándole las mejillas con cuidado.

Luego se arrodilló y con el mismo pañuelo le limpió a Saint el barro y la hierba de los zapatos. Se quedó ahí, con la rodilla en el suelo mojado, mirando a su nieta respaldada por una iglesia a la que habían acudido en los mejores y los peores momentos de la vida.

—Será bueno contigo. Te lo prometo —dijo Norma.

113

La mitad del pueblo acudió a la ceremonia, y cuando llegó el momento su abuela la acompañó ante la mirada de todos, y Saint se detuvo durante un instante y se volvió hacia Jimmy, vestido con un chaqué de dos botones, solapas de raso y corbata de cachemira verde salvia.

Saint hizo todo lo posible por sonreír, recitar los votos y hacer promesas trascendentales con muy poco a lo que agarrarse. Y cuando prácticamente estaba todo dicho y hecho, cometió el error fatal de mirar hacia el fondo de la capilla.

Patch estaba allí sentado, solo, y durante un instante lo miró a los ojos.

Le dio la mano a Jimmy. Mientras él la llevaba por el pasillo en medio de los aplausos, ella volvió a buscarlo con la mirada. Y vio que se había ido.

Fuera, bajo la lluvia, mientras el fotógrafo se preparaba y la gente se reunía para tirar confeti, Saint se soltó de la mano de su marido y

bajó por el sendero.

—¡Hey! —lo llamó.

Y respiró hondo antes de que él se volviera.

—¿Cómo te has...?

Patch sonrió.

—Sammy.

—Exacto.

—No te quedas a la fiesta.

Patch negó con la cabeza.

La lluvia pronto le aplastó el pelo, pero se quedaron mucho rato ahí parados, tan cerca y tan lejos a la vez.

—Parece un chico...

—Será veterinario —dijo.

—Siempre te han gustado los animales.

Saint sonrió, y se preguntó si al mirarla aún veía a aquella niña con el diente torcido, el mono rasgado por las rodillas.

—¿Te trata bien? —dijo Patch.

Quiso contarle que Jimmy decía que no había sitio para su piano. Que a veces ella le preparaba la cena y él se olvidaba de darle las gracias. Que él no estaba para aguantar tonterías de ningún tipo.

Quiso contarle a Patch que a Jimmy no le gustaba que ella fuera policía. Que su idea era tener hijos enseguida, y esperaba que entonces ella lo dejara para ser madre. Sobre todo quiso decirle que tenía miedo. Era policía y había actuado muchas veces con valentía, pero ahora tenía miedo.

—Me trata bien.

La estrechó entre sus brazos y ella sintió su fuerza, el calor de sus manos en la cintura y de su pecho contra el suyo.

—Te echo de menos —le susurró al oído.

—Cada día —añadió él.

—Hay tanto que decir, Patch.

—Pero nada que vaya a cambiar demasiado las cosas.

Él le secó las lágrimas.

—Pórtate bien, chaval —le dijo ella.

Y luego volvió a la iglesia, donde Norma la encontró y la llevó a la

sacristía y la secó, le arregló el pelo y el poco maquillaje que llevaba.

—Estás preciosa —dijo Jimmy.

—Gracias.

—Me preocupaba que te hicieras aquella trenza en el pelo como cuando éramos críos —añadió, con una carcajada—. ¿Dónde te habías metido?

—Tenía que despedirme de alguien.

Saint consiguió sonreír para las fotos, estrechar la mano y dar dos besos y charlar con todos los que llenaron el salón parroquial hasta bien entrada la noche.

Y sólo cuando la pista de baile se despejó, y la luz del foco iluminó el centro, y Jimmy la estrechó entre sus brazos, sintió una mínima punzada de alivio por que Patch se hubiera marchado antes del banquete.

Los invitados formaron un pequeño corro y sonrieron cuando por los altavoces sonaron los primeros compases.

—¿Por qué has elegido esta canción? —preguntó Jimmy, mientras se balanceaban suavemente.

—Porque me gusta, nada más.

Saint siguió el movimiento de sus pies y evitó su mirada, cerrando los ojos con todas sus fuerzas.

Canturreó en un susurro, Mona Lisas y Sombrereros Locos, y cómo en Nueva York no crecen las azaleas.

114

Nix estaba sentado con el sedal en el agua y la cara en sombra bajo el gorro de pesca. Había pescado siluro y lucio amarillo, y tenía la cesta tan llena que devolvió un par al agua mientras se tomaba una cerveza fría.

—Querías verme —dijo Saint.

—No sé por qué has venido. Deberías estar de luna de miel.

—Recibí el mensaje. Y aquí estoy.

El sol caía bajo sobre el embalse de Glenn Hook, a caballo entre el condado de Calder y Winton. Saint observó cómo los alevines agitaban la superficie cuando les lanzó cebo entre los juncos y vio una perca persiguiendo un sábalo.

—Le dijo a Norma que podía esperar hasta que volvieras —añadió Nix.

—Es que... no nos hemos ido a ninguna parte. Estamos ahorrando para arreglar la casa. Y Jimmy pronto tiene exámenes.

Habían hecho el viaje en la autocaravana, aparcada en el camping junto al viaducto de Crook City.

—Bueno, ¿qué querías? —preguntó Saint mientras Nix le pasaba una cerveza, pero ella negó con la cabeza.

Él la puso de nuevo en la nevera.

—Vamos a hablar un rato.

Los últimos años Saint trabajaba los siete días de la semana; tenía una vaga sensación de que el tiempo pasaba sólo por el cambio de las estaciones, nada más. Veía los estragos del crudo invierno, pero no sentía el frío. Pisoteaba el radiante verdor del bosque en primavera y se entregaba a las tareas rutinarias, las patrullas y los allanamientos de morada, las multas de aparcamiento y delitos de poca monta.

Ella se quedó mirando la sencilla alianza de oro que llevaba en el dedo y pensó en la noche de bodas. Cuando Jimmy eyaculó antes de que ella pudiera quitarse los pantalones. Y cómo su marido se enfadó, salió de su habitación de motel barato y se fumó un cigarrillo en el coche. Cuando volvió a entrar se quedó dormido mientras ella contemplaba el techo e imaginaba su vida y los contornos de tantos pasos en falso. Al amanecer, se echó encima de ella y le gruñó al oído. Acabó casi igual de rápido. Saint había imaginado que le dolería. Había imaginado que al menos sentiría algo.

—¿Te gusta estar casada? —preguntó Nix.

Dio vueltas al anillo, porque le quedaba grande y le bailaba en el dedo.

—Bastante, jefe.

—Y apuesto a que Norma está contenta.

Saint sonrió.

—Ella quería que me casara con Jimmy. Cree que es un buen hombre.

—¿Te parece que ésa es la única razón?

Saint se volvió hacia él.

Nix se alisó el bigote.

—Que te cases con Jimmy tal vez signifique que Norma no tendrá que temer tanto por Joseph.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que hiciste alguna temeridad, cada vez que te apartaste del buen camino, fue por él. —Nix sonrió.

—Mi abuela me está protegiendo.

—Eres lo único que tiene. Y merece la pena proteger a una chica como tú, Saint.

Ella se sonrojó un poco.

—¿Quieres a este muchacho? —dijo sin mirarla a los ojos, porque para él no era una pregunta cómoda.

—El amor es una visita pasajera.

Nix se rió, pero sin malicia.

—Bueno, pues espero que pronto venga para quedarse.

—Tú nunca has estado casado.

Bebió un sorbo de cerveza.

—La gente habla de una vida... de una única oportunidad. En cambio yo creo que en una sola vida puedes asumir distintos papeles y responsabilidades. He perdido la cuenta de cuántas versiones de mí mismo he tenido, para bien o para mal. Los errores son desvíos que te recuerdan el verdadero camino, Saint. Amar y ser amado es más de a lo que se puede aspirar, más que suficiente para colmar a una persona aunque viviera mil veces.

—No sé si eso es verdad.

—Espero que algún día lo descubras.

Saint espantó moscas negras con la mano.

—¿Nunca quisiste tener hijos?

—Vaya responsabilidad. Me asombra que la gente la asuma. Decidir traer a otra persona a este mundo.

—No siempre se decide.

—Un millón y medio de abortos el año pasado. En cada clínica hay algún maldito morboso con una opinión y una pancarta.

Saint se quedó mirando el agua.

—Vamos en la dirección correcta.

—Demasiado tímidamente y demasiado tarde, en algunos casos.

—Ésta podría ser la peor luna de miel de la historia.

Él se echó a reír.

—Tuve un perro, de pequeño. Quería a ese chucho como si fuera humano. O incluso más. ¿Te parece extraño?

Ella asintió.

Él se rió.

—Hay mujeres en el pueblo que querrían salir contigo —dijo Saint.

—Con la idea que tienen de mí, tal vez. A mi verdadero yo, bueno, se le partió el corazón hace treinta años.

Saint sonrió.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre. Alguien abandona y deja solo al otro.

Levantó la cerveza hacia el agua, y a Saint le pareció imposible que una mujer lo hubiera abandonado.

—¿Adónde irás después?

Recogió carrete, volvió a lanzar, se sentó y bebió un trago.

—Haré un tirón largo hasta Severy City. Quizá salga a pescar en canoa. Les he echado el ojo a esos peces luna.

—Mi abuelo pescaba lubinas.

Nix silbó y luego esbozó una gran sonrisa.

—Río Alabama. Pasé toda la primavera en el norte, tal vez la mejor lubina negra que he sacado.

Saint no le dijo que parecía más triste desde entonces. No sabía explicar por qué, sólo que algo indeleble lo marcó el día en que Joseph desapareció, o quizá el día en que Marty Tooms acabó entre rejas de por vida. Como si no le cupieran en la cabeza cosas que antes no se había cuestionado. Que fuera posible que en su pueblo viviera un asesino.

—A veces creo que hemos avanzado mucho —dijo Saint.

—Y otras veces que no hemos dado ni un paso.

—Pienso en Callie Montrose —dijo ella—. He oído que su padre ha tenido que jubilarse antes de tiempo. También que provocó un pequeño altercado la otra noche.

Nix se apretó la botella contra la frente.

—Quizá todos deberíamos haber parado después de aquello. Cerrar e irnos a casa. Richie Montrose acabará sus días ahogando las penas en el fondo de una botella de whisky. Y no puedo culparlo.

Empezaba a refrescar y se recostó hacia atrás a contemplar cómo se atenuaba la luz.

—Te quieren del FBI —dijo Nix—. Recibí una llamada de un tal Himes. Ejecutivo de no sé qué. Quieren que vayas en avión a Kansas City a reunirte con ellos.

—Vale.

Encendió un puro.

Se quedaron allí hasta que el cielo tiñó el agua de malva.

Al llegar a su coche, lo abrazó con fuerza. Saint no conocía a un hombre mejor que el comisario Nix.

115

Jimmy picoteó con desgana el pollo que Saint había guisado.

—Bastante tengo con pasarme la noche en vela preocupándome por ti aquí en Monta Clare.

Jimmy tenía ojeras. Los fines de semana no se afeitaba, y la sombra azulada de la barba incipiente le salpicaba las mejillas y el cuello. La mayoría de las noches se quedaba estudiando hasta tarde, sorprendido por sus propias limitaciones. Había sacado buenas notas en el instituto. Nunca se había cuestionado su futuro, sus capacidades, tenía fe en sí mismo y en que todo saldría bien. Era una de las cosas que ella más admiraba de él.

—No tienes que preocuparte por mí.

—Eres mi mujer.

—Es mi carrera, Jimmy. Es importante para mí.

Bebió un sorbo de agua.

—Crees que no sé por qué lo haces.

—Quiero aportar mi granito de arena —contestó Saint, y se metió en la boca un poco de comida que no pudo tragar.

Detrás de Jimmy el papel de la pared estaba medio arrancado y formaba montoncitos húmedos. Se levantó y se puso a recoger los platos. Jimmy la atrajo a su regazo y ella sonrió.

—Nos tenemos uno al otro. Tenemos la fe. Yo haría cualquier cosa por ti —dijo él.

—Ya lo sé. Y sabes que yo haría cualquier cosa por ti, Jimmy.

—Excepto aparecer para ir al baile de graduación.

Le pellizcó los costados y ella se rió y él también. La besó.

—No te vayas a Kansas. Apenas me hago a la idea de lo que es estar casado con una agente de policía.

—Jimmy, yo…

Le acarició los pechos.

—Deberíamos intentarlo de nuevo… esta noche. Ahora.

—Los platos…

—Puedes lavarlos luego.

Tirándola de la mano, subió las escaleras y la llevó arriba.

116

Saint pegó la cara a la ventanilla mientras se le abría un vacío en el estómago con el rugido de los motores del 720.

Saint no había volado nunca, rechazó cortésmente las bebidas que le ofrecían y no protestó por la humareda de los cigarrillos que el hombre del asiento de al lado fumaba sin parar, como si estuviera empeñado en nublarle la vista.

Afortunadamente, el avión estuvo en el aire menos de una hora

antes de que aterrizaran en Kansas City.

Un coche la llevó al edificio de la policía federal, y dentro se unió a los setenta y tres agentes y los cuarenta y tres miembros del personal de apoyo que cubrían el Distrito Oeste de Misuri y todo el estado de Kansas. Pasó el control de seguridad, subió en el ascensor y atravesó el tumulto de ruido de una sala donde la gente atendía llamadas telefónicas en pequeños cubículos con paredes de fieltro gris, como si las vistas no hicieran falta para la tarea que tenían entre manos.

Un tablón de anuncios mostraba caras, nombres y delitos, desde asesinatos a tráfico de drogas o fugas de la cárcel. Había recompensas de millones de dólares. Pensó en Nix, de la policía local de Monta Clare, y sintió un nudo en el estómago cuando la condujeron a un despacho con paredes de cristal.

Se reunió con Himes, veinte años mayor que ella y con un título tan largo que después del «ejecutivo» perdió el hilo. La pared estaba cubierta de placas, de fotos enmarcadas donde el hombre aparecía con una serie de dignatarios que ella no conocía. Le hizo un pequeño repaso de la historia del departamento, desde Eberstein hasta Bonnie Parker y Clyde Barrow. Saint se preguntó cuántas veces la habría contado, cuántos novatos se habrían sentado en aquella silla con los ojos muy abiertos y una ardiente ambición.

Himes le habló de la masacre de 1933, cuatro agentes de la ley muertos a manos de Adam Richetti y Charles Floyd durante el traslado de Frank Nash a la prisión de Leavenworth. Luego pasó a Ollie Embry, y mientras tanto se puso una servilleta en el cuello de la camisa, partió un bocadillo en dos y le ofreció la mitad más pequeña.

Saint negó con la cabeza.

—Lo que tiene este trabajo es que comes cuando puedes. Nunca sabes cuándo te van a llamar.

—Con el debido respeto, señor, aún no sé qué hago aquí. Habla como si fuera a ingresar en el cuerpo, pero me faltan dos años para cumplir el requisito de edad.

—Podemos reclutar a quien consideremos...

—Entonces ¿me está ofreciendo un puesto? Creo que se ha equivocado de persona. Verá, soy nueva en...

Himes dejó el bocadillo, se levantó y se sacudió las migas de los pantalones.

—Nosotros no nos equivocamos. No se trata de un puesto… más bien de un encargo. Y puedes empezar…

—Está dando por hecho que voy a aceptar.

Sonrió.

—He examinado tu historial. Bastante notable. El caso de Eli Aaron. Vi la fotografía.

Saint conocía la foto. Había salido en la portada del *Post*. Ella aparecía allí de pie, insignificante, frente a las llamas de la casa de Aaron, con las mejillas tiznadas de hollín. Unas horas más tarde encontraría a Patch y le salvaría la vida.

—Y te graduaste con sobresalientes. Rechazaste las mejores universidades.

—¿Hay algo que no sepa de mí?

—Estás casada.

—Sí. —Pensó en Jimmy, que había salido de casa antes que ella, sin desearle suerte porque no quería que se fuera.

Himes volvió a coger el bocadillo, dio un mordisco, un trozo de lechuga le quedó colgando de la comisura de los labios.

—Aquí la mayoría hemos estado casados en algún momento. Sigues estudiando, de todos modos. Por correspondencia. Licenciatura en Psicología con especialización en ciencia conductual.

No le había dicho a nadie más que a Jimmy que estaba estudiando, y eso sólo porque él descubrió sus apuntes.

—¿Por qué?

—Exactamente por esa razón. Me interesa el porqué.

—Y eso no tiene nada que ver con una chica desaparecida. De nombre Grace.

Himes lanzó un expediente encima del escritorio, y al abrirlo Saint vio el cadáver; o el esqueleto, más bien.

—La encontraron junto al arroyo de Tensleep. Cerca del lago de Misty Moon.

—Pero…

Él pasó la página por ella. Saint echó una ojeada y luego se fijó en

la fotografía. Sintió que se le helaba la sangre y se quedó sin aliento.

El rosario.

—Angela Rossi. No podemos precisar con exactitud la fecha de la muerte. Una de las que buscas, ¿verdad?

Saint pensó en Eli Aaron. Himes se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Podemos ayudarte. Y creo que serías una buena incorporación para el equipo.

—¿Haciendo qué exactamente?

Lanzó otro expediente encima del escritorio entre ambos. Letra impresa en negrita. ATRACADOR DE BANCOS.

—No entiendo —dijo, confundida. Observó la primera página. La foto era borrosa. El hombre llevaba gorra de béisbol y gafas de sol—. ¿Cuánto se llevó?

—Un par de miles de dólares.

Himes le entregó tres páginas más.

—Van seis bancos por ahora. De Lawton a Austen, y de ahí a Kingsville. Casi le pegan un tiro en el Merchants National.

Saint hojeó los testimonios de los cajeros, todos contaban la misma historia. El atracador era tranquilo y educado.

—Puede que no sea el mismo tipo —aventuró, viendo la distancia entre un sitio y otro.

—Lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Saca la misma pistola.

Saint frunció el ceño.

—Lo siento, pero sigo sin entenderlo. Con el debido respeto, ¿por qué me hacen volar hasta aquí cuando estoy tan verde como la que más? Cuentan con gente preparada, gente que sin duda tiene al menos una remota idea sobre el tema de los atracos de bancos. Y...

—Saca una pistola de chispa —dijo Himes reclinándose en la butaca y observándola con atención—. Una réplica, probablemente. Nada habitual.

A Saint se le agitó la respiración.

Un arma pirata.

La búsqueda

1983

117

Saint se imbuyó de la ciudad, fue al teatro y presenció el asesinato de Hamlet y después se sentó sola en un restaurante a comer pollo a la parrilla. Volvía cada fin de semana en avión a casa con Jimmy, que apenas había abierto la boca desde que suspendió los exámenes.

Cuando Saint le dijo que se quedaría en Kansas de lunes a viernes y a veces también el fin de semana, se quejó amargamente. Cuando le explicó por qué, asestó un puñetazo a la nevera, haciéndose daño en la mano, que ella tuvo que vendar.

—Está rabioso —dijo Saint.

—La rabia es miedo mal canalizado —contestó Norma.

—O sea que ¿le da miedo la nevera? No pensarías eso si lo vieras sin camiseta. Ahora tiene las tetas más grandes que yo.

Norma se mordió el labio y dio media vuelta.

Saint empezó a hacer ejercicio, salía a correr al amanecer por las calles y con el tiempo fue ganando velocidad y resistencia. Encontró una peluquería en el este de la ciudad y le añadió unos reflejos rubios a su pelo castaño. Observaba las modas cambiantes, los peinados y las hombreras y los pantalones paracaídas. Veía los fosforitos y la ropa deportiva, y cada nueva tendencia no hacía más que resaltar que sus gustos se habían quedado anclados en la década anterior.

Los domingos un mercado de agricultores se instalaba en la esquina de Bleaker Park, y Saint se entretenía eligiendo las verduras, doblando las hojas para comprobar si estaban frescas y chasqueando la lengua cuando no le gustaba el color con un aplomo que habría complacido a su abuela. Sopesaba las ocras con las manos y golpeando las sandías

adivinaba cómo estaban por dentro; su aséptico apartamento pronto se llenó de los ricos olores del hogar. Cocinaba para un mes, comía sola en una mesa redonda y, al acabar, se tiraba un buen rato con la limpieza. En el fondo la reconfortaba tener su propio espacio, y si era sincera consigo misma se daba cuenta de que más que nada era porque Jimmy no estaba allí. A veces lo llamaba y saltaba el contestador; otras veces le preguntaba cómo le había ido el día y él solía quedarse callado y ni se dignaba a preguntarle cómo le había ido a ella.

Por la noche se tumbaba en su sofá nuevo, cerraba las persianas, apagaba las luces y ponía la cinta en el equipo de música.

Escuchaba la voz joven de Patch en las entrevistas grabadas.

La echo de menos. Su voz resonaba en el apartamento.

Habían llegado a un acuerdo bastante simple. Saint se encargaría de localizar a Patch, porque Himes decía que lo había logrado una vez cuando nadie más consiguió encontrarlo. Y a cambio ella dispondría de los recursos del FBI para buscar a Grace.

Se entrenaría con el equipo de Himes.

—Robar bancos es un asunto serio —decía Himes todas las santas mañanas, solemnemente, mientras comía una magdalena integral.

Durante el almuerzo, Saint le había preguntado por fin por qué se preocupaba tanto por encontrar a un hombre que tampoco se llevaba grandes sumas de dinero.

—Hay casos que te llegan. Tengo una hija. Espero que si alguna vez está en apuros haya un chico como Joseph Macauley para ayudarla.

Saint levantó la vista de su bocadillo.

—¿Y?

Himes mojó una patata frita en salsa barbacoa.

—Si lo atrapamos ahora, aún tiene una oportunidad. Ya ha tentado demasiado a la suerte. Si no lo traes tú, otro le parará los pies.

Saint condujo ciento treinta y cinco kilómetros por la ruta ciento setenta y siete, dejando atrás a excursionistas en las praderas mientras se dirigía al Palacio de Justicia del condado de Chase, un edificio de piedra caliza y tejado rojo. Aparcó delante del First Kansas Bank y notó las miradas curiosas de los habitantes de Cottonwood Falls.

La acompañaron a un despacho donde se encontró con una chica que debía de tener unos diecinueve años como mucho. Sonrisa de dientes grandes y melena castaña abundante, en la etiqueta de la solapa se leía DAWN y llevaba las uñas pintadas de un rojo atrevido, igual que los labios.

—¿Te importa si almuerzo mientras hablamos? —le preguntó Dawn desenvolviendo un sándwich tan fino que no podía tener mucha enjundia. Le dio un mordisco y frunció el ceño—. Se me pega al paladar, así que a lo mejor cecearé al hablar.

Un hombre alto regresó con una cinta y se la entregó a Saint, le lanzó una mirada a Dawn y se marchó otra vez.

—Quiere salir conmigo —dijo Dawn—. Es de una familia de terratenientes, y él heredará las tierras. Joder, no te imaginas cómo apestan esas vacas.

—¿Puedes contarme lo que ha pasado? —preguntó Saint mirándola a los ojos y tratando de mantener la calma.

Dawn dejó el bocadillo y sonrió.

—Con ese chico sí que habría podido salir.

—¿Un atracador de bancos?

Dawn se llevó las manos al pecho teatralmente.

—Ay, lo único que me robó fue el corazón.

Saint puso cara de circunstancias.

—A ver, fue hace tiempo ya, pero cada día lo recuerdo. Entró y yo estaba sola, algo que no es raro un miércoles por la mañana. Se acercó al mostrador y sonrió… y no era una sonrisa cualquiera. Quiero decir que lo iluminó todo. Llevaba una gorra, una especie de boina, de color caqui.

—¿Y qué dijo?

—Que venía a atracar el banco —contestó ella, con una gran

sonrisa.

—¿No te dio miedo?

—Sé que suena raro, pero me pareció que era honrado. Ni siquiera desenfundó el arma, sólo se abrió un poco la chaqueta. Y la pistola era… la verdad es que era preciosa. Y los vaqueros le quedaban ajustados y…

Saint levantó la mano.

—¿Qué más dijo?

—Abrí el cajón del efectivo y vi que no había muchos billetes, de modo que busqué la llave del otro, y entonces miró la fotografía de la pared, ¿la ves? Ahí estamos mis padres y yo de pequeña, el día que tomamos el relevo del banco cuando se jubiló mi abuela. Y entonces va y se pone a hacerme preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Le conté que la cosa está difícil. Somos un banco familiar y sólo manejamos dinero de la región, y la comunidad agrícola, los mataderos y los corrales de engorde, están produciendo, pero nadie compra. Por el precio del trigo y todo eso. Los granjeros de Kansas ya no dan de comer al mundo entero.

Saint vio el primer atisbo de tristeza bajo la ostentación y la tontería.

—Él me escuchó. Y… ya sabes que los chicos sólo te miran las tetas… —Dawn echó un vistazo al pecho de Saint y dio un pequeño respingo. Saint suspiró—. Quiero decir que este chico me estaba escuchando de verdad. Y tenía una piel como dorada, y el pelo medio rubio, aunque más oscuro, y apuesto a que detrás de esas gafas oscuras hay unos ojos…

—¿Así que le diste el dinero y luego llamaste a la policía?

Otra sonrisa, esta vez cómplice, meditada.

—Ésa es la cuestión. No se llevó nada. Dejó los billetes en el mostrador y se fue.

—¿Dejó el dinero?

—Y me dejó a mí. —Otro suspiro—. Ni siquiera lo habría denunciado, pero resulta que revisan las cintas, ¿sabes?

Siguió a Dawn hasta un despachito en la trastienda donde el tipo

alto introdujo una cinta de las cámaras de seguridad en el aparato.

—Atención, estáis a punto de ser testigos de cómo nace una historia de amor —anunció Dawn.

Saint no pudo evitar sonreír al ver a Patch. Alargó una mano, sin embargo la retiró antes de tocar la pantalla. Sintió un peso en el corazón, la boca seca. Ya lo sabía, pero al verlo tomó conciencia.

—¿Qué coño has hecho, chaval? —musitó para sí.

119

Saint durmió en un motel de carretera en la ruta treinta y tres. El condado de Payne y verdes extensiones kilométricas fracturadas por cúpulas blancas de almacenaje de crudo, los oleoductos se entrecruzaban bajo tierra mientras ella se daba un baño tan caliente que respiraba vapor.

Fuera el sedán se enfriaba, el motor hacía ruidos raros. Ya se sentía un poco como un viajante vendiendo la ilusión de la seguridad.

Con el teléfono al lado, estiró el cable mientras marcaba.

—Hola —dijo.

—Hola—dijo Jimmy.

—¿Cómo te va?

—Me va.

—Puedes volver a presentarte.

Jimmy no contestó, y se lo imaginó sentado en su sillón reclinable. Le preguntó por los animales, por sus padres y si había comido. Saint oyó una sintonía de *SportsCenter*, y el chasquido de una lata de cerveza al abrirse.

—Te echo de menos —le dijo.

—Pues entonces vuelve.

—Vivir juntos en una casa… ¿es como pensabas?

—¿Has encontrado ya una iglesia, Saint?

—Sigo buscando.

Aún no había buscado una iglesia en Kansas a la que unirse. Jimmy soltó el aire por la nariz.

—Te quiero mucho. Y sé que te he decepcionado. Y a mis padres, y a tu abuela. Pero yo...

—No has decepcionado a nadie. Todo irá bien, Jimmy. Tienes que concentrarte y...

—¿Crees que no me esfuerzo lo suficiente con los estudios? O quizá es porque me paso la noche en vela preocupado por mi mujer y pensando por qué no está en casa.

—Jimmy...

Se quedó callada, esperando. Y entonces oyó el frío tono del teléfono. Había colgado.

Un minuto después volvió a sonar.

Tenía las llamadas desviadas allá adonde iba, sobre todo para que su abuela pudiera localizarla. Norma había tenido una caída, dijo que no era nada, pero Saint le pidió a Nix que se pasara por allí cuando Jimmy no quiso ir a verla. Se sentaron en el porche los dos y bebieron tanto brandy que por lo visto Norma se cayó de nuevo.

—¿Jimmy? —dijo ella.

—Había un pirata que se llamaba François l'Olonnais.

Saint se incorporó.

—Era malo de verdad. Les tenía un odio a los españoles que rayaba en la locura. Y cuando hablo de locura, sé lo que me digo.

Saint reprimió una sonrisa.

—Un día capturó una flota española, le arrancó al capitán el corazón y se lo comió todavía palpitante. Y perdonó la vida a uno de sus tripulantes para que pudiera contarle a la gente lo que había visto. Navegó durante una década antes de caer cautivo de la tribu kuna. Lo hicieron pedazos. Y, según se cuenta, algunos de esos pedazos se los comieron.

—Una historia preciosa.

—Hay poesía en el karma, ¿no?

—¿Cómo te va, chaval? —preguntó cerrando los ojos mientras el agua resbalaba de su piel.

—Siento que me estoy acercando a ella, Saint.

La joven respiró hondo. Apenada.

—¿Dónde estás? —siguió él—. ¿Llevas el chaleco antibalas con las letras amarillas y la gorra, o eso pasa sólo en las películas?

—Sammy te lo contó.

—Saber que estás ahí, del lado de la justicia, me hace sentir bien, Saint. ¿Cómo te trata Jimmy?

—Está... estamos bien.

—Sabes que te mereces todo y más, ¿verdad? A cualquiera que se atreva a ponerlo en duda le haré morder el polvo.

Saint sonrió, casi con lágrimas en los ojos.

El grifo goteaba.

—Hoy estuve en Cottonwood Falls. En la sucursal del First Kansas Bank.

No se oyó nada más que el ruido de la línea durante unos momentos.

—Ajá —contestó Patch por fin, y ella se lo imaginó en una cabina telefónica en el fin del mundo, con la frente apoyada en el cristal frío asomado a un abismo tan vasto que no podía saber si flotaba o simplemente estaba cayendo—. ¿Dawn te ha hecho sonreír?

—Tienes que parar.

—Ya.

—No puedes huir para siempre, Patch.

—No huyo. Busco. Y también le doy a otra gente medios para buscar. La red se amplía cada vez más. No sólo para ella, sino para cada Grace desaparecida.

—¿Te alimentas bien?

Imaginó la cara que ponía.

—Sí, mamá. Me comí un cerdo entero la semana pasada.

Se sentó, el agua formaba un charco, y en su recuerdo volvió a ver el claro, el cuerpecito de aquel chico que se aferraba a la vida con tanto ahínco. Ahora su abuela diría que volvía a la carga con ímpetu renovado.

—Vi a Misty —dijo Patch.

—¿Cómo está?

—Está... perfecta, ya sabes.

—La recuerdo.

—Me dijo que querías hablar conmigo.

—Le pregunté a su madre por ti... Me dijo que Misty hacía tiempo que te había olvidado, pero se lo hice prometer, por si acaso.

—Cubriendo todos los ángulos.

—Tengo que verte. Tengo que hablar contigo en persona.

—Apuesto a que sí, federal.

Silencio.

Y entonces habló, y esta vez en voz baja, más inseguro, el Patch que sólo ella conocía de cuando eran niños.

—Vaya, vaya. Así que eres tú... eres tú la que me está buscando.

Alejó el auricular porque no quería que la traicionara la voz.

—Sabes que no puedo ir a verte, Saint.

—¿Y eso por qué, chaval?

—Dicen que soy un pirata. Y tú eres una agente de la ley.

Durante un largo rato acompasó sus respiraciones a las de él, y cuando por fin habló tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

—Cuando llegue el momento, tendré que pararte los pies.

—Lo sé.

—Y eso me matará.

—También lo sé.

120

A poco más de mil seiscientos kilómetros Patch pasaba por delante de las opulentas mansiones de Charleston, deteniéndose a observar los detalles de cada una, imaginándola del color adecuado, quizá antes de que la hubieran reformado. Llamó al timbre de la verja y paseó por la alameda, respirando los aromas celestiales. Lo recibió un ama de llaves que le dijo que en esa casa había vivido la misma dichosa

familia unos cien años.

—Recibí una carta desde esta dirección hace unos años. La escribieron los padres de una chica llamada Mya Levane.

El ama de llaves salió entornando la puerta y lo empujó hasta la calle. Le contó que habían encontrado el cadáver de Mya hacía seis meses.

—¿Qué le ocurrió?

La mujer se ablandó un poco, sonrió y le dio una palmadita en el brazo.

—Nada que quieras saber, hijo.

Patch empezó a hablarle de Grace, pero ella lo interrumpió y le dijo que Mya no era la chica que estaba buscando, que en esa época estaba al otro lado de la frontera, en México.

Una hora más tarde entró en la sede del Bank of South Carolina. Salió con mil pavos, de los cuales se quedó doscientos y entregó el resto a unos indigentes acampados junto al río Ashley. Una niña de no más de catorce años le dio un abrazo, emocionada.

Viajó toda la noche en autobús, mientras el atardecer incendiado sobre la cordillera Azul se transformaba en un cielo nocturno que ahuyentaba todo atisbo de vida de las exuberantes montañas.

Sin dormir, con una mano sobre la cicatriz, dejó que sus pensamientos vagaran de una vida a la otra. Cuando su ojo captaba la luz fugaz de los camiones solitarios, veía a través de la óptica de los quince años, como si no conociera la obsesión de la búsqueda, la puñalada hambrienta de un millón de horas infructuosas. Se preguntó cómo acabaría todo. Cuál sería el último rollo de la película, cuándo caería el telón, mucho después de que los implicados se hubieran marchado. Pensó en Eloise Strike, y en su padre, Walter. Algo en aquel hombre, tal vez su entereza, le sugirió a Patch que podían estar buscando a la misma chica. Era una corazonada. Era lo único que tenía.

Las pesadas puertas se abrieron, con un compartimento entre una y otra lo bastante grande para dos personas.

Los barrotes seccionaban la luz del sol que caía en el suelo encerado mientras Saint aguardaba en un silencio que no había imaginado posible en un lugar así. Se estremeció un poco, pero se armó de valor cuando la condujeron a una sala larga y estrecha, vacía salvo por una mesa y dos sillas.

Tooms estaba esperando, encadenado de pies y manos. Aun así, sonrió.

—¿Quería verme? —preguntó Saint. La carta había llegado al caserón. Norma la había avisado enseguida.

El hombre había perdido mucho peso. Tenía la piel apagada. Cuando lo miró a los ojos, no vio al hombre que una vez la había recogido en brazos cuando se cayó de la bicicleta.

—Recibí tus cartas —dijo él.

—No me contestó.

—El futuro empieza hoy.

La luz del techo era demasiado dura, la bombilla enjaulada en una maraña de cables negros. Saint percibió el olor del confinamiento, bajo el sudor, el detergente y el vinagre.

—Eres policía —dijo Tooms arreglándoselas para sonreír—. Siempre pensé que serías una buena médico.

—¿Por qué? —Le miró la boca mientras hablaba, un ligero corte en el labio superior, una roncha en el cuello.

—Me enteré de que te casaste con Jimmy Walters. Recuerdo cuando ibas a almorzar debajo del roble. Siempre sonriendo. Parece que fue en otra vida. Mi casa...

—Ya no está —dijo ella.

Él debía de saberlo, pero aun así Saint notó que se estremecía.

—Los recuerdos están en las personas, no en los lugares ni en las cosas.

—Quería verme —dijo Saint de nuevo.

—Joseph me escribe.

—¿Sabe dónde está?

Él negó con la cabeza, cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos,

Saint captó algo.

—Cuéntemelo —dijo ella, tranquila, como si aquello fuera a quedar entre los dos.

—Veo los matasellos. Está viajando. La última carta llegó de Baton Rouge. Ahora está en el sur.

A veces, por la noche, Saint cerraba los ojos y lo veía en una playa, quizá con chavales de su edad, con una chica del brazo.

—La está buscando —dijo Saint sosteniéndole la mirada—. No sólo la busca... se está dejando la vida en encontrarla.

—Siempre quise que le fuera bien —musitó Tooms.

—¿Sabe cómo suena eso?

—¿Alguna vez sientes que estás viviendo la vida de otra persona? ¿Pagando por errores que ni siquiera recuerdas haber cometido?

—La chica desaparecida. Grace.

—Los informes médicos de Joseph en esa época me llegaban todos a mí, como médico de cabecera. Su madre... quizá no estaba en condiciones de cuidar de él. Mi deber era dar parte. Sopeso mucho esas decisiones. Cada noche, cuando no puedo dormir.

—No puede pasar página hasta que sepa la verdad. Devuélvale su vida. Ya le ha quitado bastante.

Tooms la miró con una súplica en los ojos, en la voz.

—No puedo limpiarme las manos de sangre.

—Dígame dónde está Grace. Hágalo por Patch. Déjelo vivir. Mi abuela decía que todos somos capaces de sentir compasión. No es demasiado tarde para usted.

—¿No hay ninguna manera de conseguir que abandone?

Ante tanta desesperación, tanto dolor, ella sólo pudo negar con la cabeza.

Tooms respiró hondo y empezó a hablar.

De haberlo sabido, Saint se habría preparado, habría contenido la respiración, habría apretado los dientes, por Patch no se habría derrumbado, no habría echado a correr, pasando delante del alcaide y sus hombres, aguantándose hasta que llegó fuera y vomitó en el suelo.

Desde el último latido del verano a través de las llamas del otoño, Saint siguió los movimientos de Patch como si fuera un peón en un juego que ni él mismo podía entender.

Vivía a caballo entre su lúgubre cubículo de Kansas, la decadencia de los moteles y su sedán azul marino, ahora sembrado de envoltorios y latas de una docena de tentempiés que comía en la carretera. Nix le dijo que se mantuviera en forma, así que se levantaba a las cinco de la mañana y salía a correr allá donde estuviera, ya fuese por los bosques de Wichita, que tanto le recordaban a Monta Clare, o por las calles de hierro del centro de Dodge City, el Infierno de las Llanuras, sin separarse nunca de su pistola.

Patch desapareció del mapa después de aquella llamada. Saint trabajaba con el equipo de Himes, ganando en habilidad y estatura, con tanta perspicacia e intuición que Himes la empujaba a seguir adelante.

Apostada en un coche sin distintivos delante de un anodino bloque de apartamentos a cincuenta kilómetros de la ciudad, había seguido la pista de un tipo de Misuri desde Lee's Summit, pasando por Kansas City, y de ahí a Odessa. Micky Hubert había entrado en la sede de Summit Ridge Credit Union, apuntó una Smith & Wesson de nueve milímetros a la cara de la cajera y salió con algo más de tres mil dólares. Antes de subir a un monovolumen que lo esperaba fuera, cuya matrícula anotó una señora de la peluquería de enfrente, sólo le quedaban setecientos, el resto se le cayó por el camino. Se llevó cinco mil dólares más del Central Bank of the Midwest, y dos mil del Bank of Odessa.

Saint rastreó la matrícula hasta el apartamento, pasó un par de días haciendo turnos de vigilancia, y se preguntó si todos sus casos serían tan sencillos al ver que Hubert y otro hombre subían juntos en el mismo monovolumen.

Ni siquiera se le aceleró el corazón cuando vio llegar un sedán de frente para cortarles el paso; entonces desenfundó la pistola e hizo salir a Hubert del vehículo y lo obligó a echarse al suelo boca abajo.

Llevaba un albornoz, y en el bolsillo encontró un montón de billetes marcados, con el número de serie fichado. Hubert estaba en libertad vigilada por el gobierno federal, tras una condena previa por atracar un banco.

—¿Qué cojones iba a hacer si no? —le dijo Saint a Himes, que negó con la cabeza al oír la palabrota, aunque no podía dejar de darle la razón.

Indagó los antecedentes laborales de un guardia de seguridad de Southhaven que había atracado el banco para el que trabajaba, y perdió la ocasión de echarle el guante porque la Oficina Federal de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego detuvo al tipo un día antes en el aparcamiento de un 7-Eleven.

—¿Esos hijos de puta no tienen contrabandistas a los que perseguir? —protestó Saint, mientras Himes intentaba aplacarla con un cruasán.

Se fue alejando cada vez más de Monta Clare, de la vida que se suponía que debía llevar, de Jimmy. A veces pasaban días sin hablar. La madre de Jimmy la llamó, le dijo que estaba preocupada por su hijo. Le dijo que Jimmy no iba a la iglesia, que no estaba acostumbrado a fracasar en nada, y que tal vez fuera un poco por culpa de Saint, porque el muchacho no era capaz de concentrarse cuando su mujer no vivía en el domicilio conyugal. Cuando volvía a casa, Jimmy estaba a ratos atento y a ratos huraño, a ratos apasionado y a ratos frío. Saint veía fogonazos del niño que la amaba, del hombre que se cansaba de la mujer en la que aún se estaba convirtiendo.

Se adaptó a los ritmos de la unidad, dormía con los expedientes a los pies de la cama y se tomaba cada caso tan a pecho que era como si los dólares que robaban se los quitaran de su cuenta corriente. Presionó a un traficante detenido en la planta de abajo, que le dio el nombre de otros siete que estaban vigilando el Standard State Bank de Independence. Reunió fuerzas y presupuesto y, bajo la supervisión de Himes, montó dos furgonetas de vigilancia y puso micrófonos ocultos en la trastienda de un bar de Southwest Boulevard. La noche antes de que cayera la banda no pegó ojo, sintiendo en el estómago aquel dolor frío que había estado buscando. Después de detenerlos a los siete, Saint apareció en la página dos de *The Kansas City Star*.

—Ahorramos medio millón de pavos y le dan la portada al puto golf —dijo Saint.

—Lo más cerca que hemos estado desde aquel empate de…

Saint le lanzó una mirada.

Himes volvió a atacar la hamburguesa.

123

En Acción de Gracias fue a casa un par de días, acompañó a su abuela a misa y se quedó al fondo de la iglesia.

Luego, mientras Jimmy veía el fútbol en el caserón, Saint preparó una cazuela de pavo con puré de patatas, boniatos confitados y judías verdes, además de panecillos de maíz y arándanos macerados en azúcar de caña y zumo de naranja. Puso la mesa y comieron los tres juntos entre la montaña de viandas.

—¿Queréis galletas con mantequilla? —dijo.

—Si como una décima parte de lo que hay aquí, es muy posible que muera —contestó Norma, y echó un vistazo hacia Jimmy, que tenía los ojos enrojecidos como uno de esos hombres que beben un par de cervezas antes del almuerzo y un par de vodkas durante.

Había engordado, y lo achacaba a que Saint no estaba allí para cocinar y la mayoría de las noches tenía que pedir comida a domicilio.

Norma desenchufó la radio antes de que empezaran a retransmitir las noticias y se llevó el brandy al porche de atrás, donde Saint se envolvió en una manta y se sentó a su lado, apoyándole la cabeza en el hombro mientras su abuela calentaba el aire gélido con el globo del humo del puro y el remolino de su copa.

—Nunca llamas —dijo Norma.

—Intentaré llamar más.

—Vuelve un fin de semana y te llevaré a tomar un helado a la cafetería de Lacey.

—Soy demasiado mayor para los helados.

—Estoy preocupada por ti —dijo Norma.

—Llevo un arma encima, abuela.

—Me preocupa Jimmy y lo que le está pasando. El ego masculino es…

—Frágil.

—Una desgracia. Saben cómo dar lo mejor de sí mismos, la dignidad y el respeto, pero a veces pierden la brújula.

—El amor es una visita pasajera.

Norma la tomó de la mano.

—¿Te casaste con él porque yo te lo pedí?

Saint no miró a su abuela a los ojos.

—Nunca hago lo que me pides.

A la luz de las estrellas vio la silueta de la colmena. Recordaba aquella época como si cada momento fuera una perla de verano, perfecta y sin tacha, la luz se alargaba hasta muy tarde y empezaba muy temprano, como si apenas hubiera lugar para la oscuridad.

—Nunca llegaba a hacerse de noche del todo, cuando era niña.

Norma sonrió.

—Debe de pasar factura, estar rodeada de tanta calamidad. Rezo por ti. Ya lo sabes.

—Sí.

—Dios nos da las herramientas para ser mejores, para construir mejor. Y si nos damos la vuelta y usamos esas herramientas para hacer daño a los demás, para deshacer todo lo bueno que se ha construido, luego podemos volver y acusarlo de no hacer la construcción por nosotros.

Saint cogió el vaso de Norma y aspiró el calor y las especias.

—Rezo por Joseph —dijo la anciana.

En cada línea de su rostro había tanto escrito, y tanto dolor y tristeza ocultos completamente por la sonrisa más grande que Saint había conocido jamás.

—Necesito verlo —dijo Saint.

Norma llevaba un viejo jersey morado que ella le había tejido hacía tiempo.

—Ojalá que en los periódicos no lo hubieran llamado «Patch». Guardo los recortes. También dijeron que eras una heroína.

—No lo fui.

—Anda, calla. —Norma cogió el vaso—. Cuando cuidabas de la colmena, yo salía cada mañana antes de que te despertaras para comprobar si había abejas muertas y quitarlas. Las amiguitas se reunían y me atacaban.

Saint sonrió.

—¿Y sabes por qué lo hacía? Porque te hubieran arruinado el día. Porque te tomas los problemas… los defectos y los intentos fallidos, demasiado a pecho.

—Todavía es un crío.

—¿Y en qué te convierte eso a ti? Sabe distinguir el bien del mal. Y…

—¿Y?

—Y sabe pintar. Dios, ese chico sabe lo que es la belleza.

Saint la miró.

—¿No lo has visto?

124

Dejaron a Jimmy durmiendo en el sofá. Saint llevaba sus viejas botas de montaña forradas de borreguito.

Pasaron por delante de casas neocoloniales, atisbando por las ventanas escenas navideñas sacadas directamente de una tarjeta de felicitación. Mientras subían por una Main Street helada vieron grandes abetos, candelabros y el suave resplandor de las guirnaldas de luces.

Tan sólo en un establecimiento no había ninguna decoración porque no hacía falta, y Saint sonrió al ver el nuevo cuadro de Patch en el escaparate.

Se quedó mucho rato tan perdida como la chica del cuadro, incapaz de apartarse de allí.

Sammy se acercó a la puerta. Llevaba esmoquin, la pajarita suelta.

—Agente especial Saint Brown.

—¿Cómo estás, Sam?

—De lujo.

Norma se alejó despacio.

Los dos permanecieron un rato en silencio, contemplando los colores.

—¿No puedes dejarlo en paz? —le preguntó Sammy, con la mirada lúcida por un momento, como si se diera cuenta del peso de lo que le estaba pidiendo.

—¿Tú sabes dónde está, Sammy?

Sammy no dijo nada.

—Quizá le pida a alguien que eche un vistazo a tus impuestos, a ver si eso te refresca la memoria.

Negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Vas a traer mierda a un concurso de meadas?

—¿Sabes dónde está?

Sammy señaló con la cabeza a la chica del recio marco dorado.

—Se llama Eloise Strike, y casi todas las noches al acostarme veo su cara en cuanto cierro los ojos e intento dormir. ¿Sabes dónde está, Saint?

Saint miró fijamente el retrato de la chica.

Sammy habló tranquilo y sin desafío en la voz.

—Anna May. Summer Reynolds. Ellen Hernández. ¿Sabes dónde está alguna de ellas?

—No, Sammy. No sé dónde está ninguna de ellas.

—Pues tal vez será mejor que tú y el resto las busquéis antes que nada. Y después de encontrar a las chicas busquéis a esos monstruos desalmados que se las llevaron. Y después, si queda alguno con ganas de seguir hasta el final, entonces vais a por el chico. Aunque espero estar muerto mucho antes de que eso llegue.

—¿Sabes dónde está, Sammy?

Sammy miró el lienzo. Había rechazado treinta mil dólares de un coleccionista de Deerbank que había cruzado la mitad del país sólo para verlo.

—No lo sé.

Saint tampoco apartó la mirada del cuadro.

—Pero si lo supieras… si lo supieras… a mí sería la última persona a la que deberías decírselo.

Sammy asintió y podría haberle dicho que entendía su sufrimiento, pero ella no necesitaba su compasión. Así que Saint siguió a su abuela hasta Saint Raphael, y en el cementerio se detuvo un momento junto a la tumba de Ivy Macauley antes de entrar en la fría capilla, donde puso una vela y se sentó al lado de Norma, en el banco de delante.

—La última vez que viniste a la iglesia, rezaste —dijo entonces Norma.

—Me sentía tan desesperada como ahora.

—No deberías sentirte así, nunca.

Saint cerró los ojos.

—Pero entro aquí y no siento nada más que miedo. No oigo nada más que silencio.

—Los malos, que son pocos, a menudo gritan más fuerte y hacen más ruido que el resto, que son mayoría. No confundas silencio con debilidad.

Y así, junto a su abuela, se entregó.

Saint cerró los ojos y rezó a Dios para no atrapar a Joseph Macauley.

Y cuando los abrió, se volvió hacia su abuela.

—Estoy embarazada.

125

La gente iba y venía. Los autoestopistas gorreaban el viaje a un conductor demasiado amable para la ruta que hacía. Una pareja de ancianos se quejó en voz baja, echando pestes de tanto intruso. Patch cerró el ojo al llegar al condado de Hamilton y al abrirlo vio las luces de medianoche de un barco de vapor en Tennessee. Al amanecer de un

nuevo día siguió con la mirada a una mujer a caballo, con el sol a sus espaldas.

Otro autobús y llegó a Stillwater, y desde allí el autobús iba tan lleno que Patch le cedió el asiento a una chica que no tenía edad para cargar con la vida que crecía en su interior.

Durante cinco días recorrió tres estados y más de una docena de condados. En Oklahoma City pasó toda la noche en una estación de autobuses, buscó un teléfono público y marcó.

—Estaba pensando en Callie Montrose —dijo.

—Ya —dijo Saint.

Se apoyó en el cristal, notó el frescor a través de la camisa.

—Era como nosotros. De la misma edad, ¿verdad? Podría ser que tuviera un amigo como yo. Y salían y cazaban y hacían puntería con rifles de aire comprimido en los bosques nevados.

—Te suplico que ahora pares de una vez. Te estás volviendo temerario, chaval.

—Y Marty Tooms la mató sin más. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Y Eli Aaron. A todas, chicas como tú, como Grace.

—Necesito verte. Necesito verte la cara, hablar contigo y contarte algo.

—¿Es algo bueno? —preguntó él.

—Es...

—¿Estás embarazada? Serías la mejor madre del mundo, Saint. Mejor que la mía, desde luego. Criarías a un buen chico.

—Tú eres un buen chico.

—No lo soy, Saint. Si miras atrás, ya sea antes o después, verás que siempre estaba en el límite, siempre a punto de caer. Me sostuvisteis, cierto. Tú y Misty. Pero siempre se supo que iba a caer de todos modos.

—Eres mi amigo, Patch.

—Sammy dice que soy un buscavidas. Pero que eso no es tan malo. Sólo que a la gente a tu alrededor le cuesta más saber si la están timando.

—¿Me estás timando, chaval?

—Creo que quizá fue eso lo que pasó con Misty. Y dejé que pasara porque era bonito. Era bonito ver lo que ella veía. Durante un tiempo, al menos. ¿Encontraste algo sobre los rosarios?

—Todavía no. Sigo investigando. Sigo buscando.

—Gracias, Saint.

—A mí no tienes que darme las gracias.

A pesar de que detectaba en su voz que había algo más, nostalgia quizá, o una advertencia, siguió escuchándola. Saint le habló de Monta Clare, de Norma y del comisario Nix. Y al cabo de un rato le dio las buenas noches. Y ella no encontró las palabras para contestar.

Patch no sabía que, al otro lado, Saint había rastreado su llamada.

Patch entró en la ciudad a pie.

Con un mapa lleno de garabatos y las notas que había tomado, se sentó en un banco delante de la catedral de San José.

—¿Eres pirata?

Miró a su izquierda y vio a una mujer de unos noventa años con un sombrero bien calado para protegerse del sol.

—En otros tiempos lo fui. Ahora estoy casado. Mi mujer se llama Grace. —Otra sonrisa—. Vivimos hacia el oeste, en una casa modesta pero con muchas tierras.

—Me alegro de que encontraras a una chica.

—No necesito nada más en esta vida. En cuanto la conocí, lo supe.

—Cuando lo sabes, lo sabes.

—También sé que los piratas llevaban parches en los ojos para adaptarse a la luz y la oscuridad al subir y bajar de la cubierta durante el abordaje.

La anciana apoyó una mano en la suya y la estrechó suavemente.

—O sea que ahora estás en la luz, pero vienes de la oscuridad.

Esa tarde robó el MidFirst Bank. Saint llegó sólo quince minutos después.

El cerco se estaba estrechando.

Centro Derry Younger. Uno de esos nombres anodinos que servían poco para ocultar a qué iba allí una mujer.

Un edificio de dos plantas, pintado de un tono rosado, el tejado moteado de verde. Otro día Saint hubiera tenido que enfrentarse a las pancartas, quizá a un par de energúmenos que reclamaban a las mujeres y sus cuerpos como violadores enardecidos por una causa noble. Tu cuerpo, mi decisión.

Dentro, Saint dio su nombre, tomó asiento y no quiso mirar a nadie.

A trescientos kilómetros de Monta Clare, de Jimmy y su embotamiento, del cansancio de sus ojos y sus reproches. A veces Saint limpiaba la casita y Jimmy ni siquiera levantaba las piernas para que pasara la aspiradora.

Ella le había pedido cita para que fuera a ver al doctor Caldwell. Pensó que tal vez necesitara alguna medicación para recuperar el equilibrio que había perdido tras suspender los exámenes. No había ido.

—¿Duele?

Miró a la adolescente que tenía al lado.

Saint quiso decirle a la chica que suponía que sí, que inesperadamente en algún momento del futuro, cuando pudiera mirar atrás desde otra perspectiva sin sentir la cuerda tan tensa. La cuerda que la ataba a él y a aquella vida en la que no era la protagonista, ni siquiera una figurante. Quizá doliera cuando llegara Navidad. O cuando una amiga se quedara embarazada.

—Te repondrás enseguida —dijo Saint.

En un pequeño televisor en blanco y negro las noticias del canal 9 informaban de que la policía seguía la pista de James y Linwood Briley y otros seis condenados a muerte que se habían fugado del Centro Penitenciario de Mecklenburg.

—Hay algo romántico en una fuga de la cárcel —dijo la chica.

—Asesinos sueltos, me muero de la emoción.

La chica se echó a reír, y Saint se preguntó qué clase de vida llevaría.

—No sé cómo he acabado aquí —dijo la chica. Saint sonrió, aunque supuso que sí lo sabía. Como lo sabían todas—. ¿Crees que hay alguna diferencia entre equivocarse y arrepentirse?

—Si aprendes del error, hay menos arrepentimiento.

—No volveré a acostarme con nadie.

—Así se habla.

Saint oyó que la llamaban.

En el mostrador entregó el formulario. Detrás de la recepcionista soñolienta vio una fotografía en la que posaban varias personas en fila el día que la clínica abrió sus puertas. El doctor Tooms estaba ligeramente apartado del resto. No sonreía.

Saint no pudo apartar la mirada de sus ojos mientras la hacían pasar.

127

Encontró a Jimmy durmiendo en el sofá.

Por televisión daban un partido de hockey, aunque le había quitado el sonido.

Tres latas vacías sobre la mesita de vidrio. Como él no limpiaba mientras ella estaba fuera, cuando llegaba Saint se pasaba la mayor parte del día ocupándose de la casa. Limpió el linóleo salpicado de pis en el cuarto de baño y lavó las camisas con cercos amarillentos de sudor. Había sugerido que buscaran a alguien que fuera a lavar y planchar cada semana, pero él no quiso ni oír hablar del tema.

Saint se llevó una mano al vientre mientras observaba cómo subía y bajaba su pecho al ritmo de la respiración.

Metió en una bolsa los cartones de comida para llevar, sin arredrarse ante el olor y la leche cortada. Vació el cenicero y ni se preguntó cuándo Jimmy había empezado a fumar de nuevo. Cortinas color crema con estampado de flores otoñales. Una consola de madera para el televisor llena de revistas y algunos de sus libros. Un aparato de vídeo, un equipo de música y una lámpara que no recordaba haber

comprado.

La cocina tenía armarios de formica color crema y tiradores chapados. A ella le habrían gustado blancos, pero Jimmy dijo que el color crema le recordaba a la cocina de su madre.

Se sobresaltó al notar una mano en la espalda.

—Creía que estabas durmiendo —dijo.

Sudaba y tenía los ojos vidriosos de un borracho.

—Qué bien que estés en casa.

Ella preparó bocadillos para los dos, aunque era de noche.

Jimmy se sentó y la observó, y no hizo ningún comentario cuando le puso el plato delante.

El tabique de yeso estaba sin pintar porque había estado ocupado, aunque ella no sabía en qué. Le preguntó cómo le había ido el día y él le contó que un grupo de colegiales había visitado el zoo y uno había vomitado tanto que tuvo que ir dos veces a buscar el cubo. Saint apartó el bocadillo.

—¿Ya has pillado a tu novio? —preguntó Jimmy.

Ella tomó un sorbo de zumo.

—No es…

—Estoy bromeando —dijo él levantando una mano.

—¿Has pasado a ver a mi abuela?

—Me pasaré.

Y así quedó la cosa. Hasta que Saint oyó que llamaban a la puerta, y en vez de invitar a Nix prefirió salir, y se sentaron uno al lado del otro en el escalón de entrada.

—He visto tu coche.

—Me alegro de que hayas venido.

Nix le sonrió, y se dio cuenta de que echaba de menos esa sonrisa. En sus ojos vio reflejado el orgullo y también el agotamiento de los últimos años. Por mucho que el comisario dijera e intentara predicar que se preocupaba lo justo y luego desconectaba, el caso Macauley le había calado hondo.

—El FBI —dijo, y dejó escapar un silbido—. ¿Alguna novedad del chico Macauley?

Saint negó con la cabeza, sintiendo que el dolor le cortaba un

momento la respiración.

—Daisy publicó un artículo sobre la galería, sobre la chica del nuevo retrato que hay expuesto. ¿Alguna vez has pensado que de algo tan malo puede salir algo bueno? —preguntó Saint.

—Tal vez algo hermoso. Una toma de conciencia. Una revelación. Pero nada bueno, chica. El precio es demasiado alto.

A la luz vacilante de las farolas, sonaron a lo lejos las campanas de la iglesia. Saint recordaba una época en que cada noche la paz la envolvía como un edredón.

—Pasé a ver a Norma.

Ella le dio una palmada en el brazo.

—No lo lleva demasiado bien. Que estés fuera —dijo Nix.

—Lo sé.

—Asegura que las agentes del FBI probablemente se quedan estériles por el estrés antes de cumplir los treinta.

—¿Estériles?

—Yerma como el Mojave. No podrás llenar el nido de polluelos.

—¿Polluelos? Caray, ni que fuera una gallina.

Nix sacó un cigarrillo con un ligero temblor en las manos que ella no había advertido hasta entonces.

—La he cagado, jefe.

—Todos la cagamos, Saint.

Él no entendía de qué le hablaba, y Saint agradeció que no se lo preguntara.

—¿Cómo arreglo las cosas? —musitó.

—No siempre se puede, pero te paras un momento y te recuerdas dónde está tu norte. Aunque tengo la sensación de que ya lo sabes.

Se quedaron al lado del coche patrulla.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Saint.

—Tu abuela no es la única que te echa de menos.

La abrazó.

—Fui a ver a Tooms —le dijo ella.

—¿Y?

Mirándolo a los ojos, sonrió y negó con la cabeza. Nix olía a puro mezclado con colonia, y tal vez al lastre que cargaba desde entonces.

—¿Qué voy a hacer? —suplicó Saint.

—Haz algo que tenga sentido —dijo él—. O tal vez simplemente dale sentido a todo lo que haces.

128

—Me quedé embarazada.

Pasó un momento antes de que Jimmy reaccionara, y Saint no apartó la mirada del televisor porque no podía soportar ver nada más.

Él se levantó para ir hacia ella, con una sonrisa que le iluminó la cara.

—Fui a la clínica de la ciudad.

Él se detuvo en seco. Justo a su lado.

—Fui allí para zanjar el asunto. Lo siento. Pero tengo que ser sincera. Porque si no somos sinceros, entonces...

Ella no se esperaba el golpe.

Durante la instrucción, Saint había estado de prácticas en el Registro Oficial de Criminalidad y había trabajado también en Atención a las Víctimas. Había sido la sombra de una agente, Dana Cowell, durante tres semanas de lo más angustiosas. Noches enteras en urgencias viendo mujeres destrozadas, condenadas a vivir en un estupor permanente. A veces había ojos morados y labios hinchados, huellas de manos en azules y rojos. A veces había drogas y alcohol, por lo general había agresiones sexuales. Vio las cotas de inhumanidad de los hombres, que se apropiaban de tanto sin darse cuenta de lo poco que dejaban atrás. Y vio los estragos que dejaba en Dana, que una vez le dijo que todos los hombres tenían que disipar la culpa antes incluso de cometer el delito. Bastaba con ser capaz. La confianza era lo más difícil de ganar.

Mientras Jimmy la tiraba al suelo en un ataque de rabia ciega que la obligó a encogerse.

Mientras seguía soltándole una ráfaga de puñetazos y patadas.

Saint cerró los ojos y encontró la cara de Patch.

Y a través de las lágrimas gritó para que acudiera en su ayuda.
Igual que cuando eran niños.

129

Patch se despertó con un sudor frío, gritando en la oscuridad cuando ella le dijo que la pintara.

Que estaba en una orilla del norte.

Él descolgó el teléfono y marcó.

Patch trató de calmar la respiración mientras esperaba que saltara el contestador.

—Hola.

Se quedó mirando el auricular; conocía muy bien la voz que había al otro lado y, sin embargo, por un momento se sintió demasiado avergonzado para hablar.

—¿Joseph?

—Hola, Norma.

La oyó suspirar, y la imaginó en casa despierta mientras la ciudad dormía a su alrededor. Todavía recordaba con claridad su cara, con una sonrisa o, más a menudo, con el ceño fruncido.

—Por favor, Joseph. Entrégate.

—No puedo —dijo sabiendo que ella oiría el desgarro en su voz.

—Eres un buen chico. —Y él oyó el desgarro en la de Norma.

—Quería que...

—Dime, Joseph. ¿Qué querías?

Tragó saliva.

—Quería que fuerais mi familia. Tú y Saint. Quería...

—Aún no es demasiado tarde, estás a tiempo. Vuelve y te llevaré a tomar un helado a la cafetería de Lacey.

Sonrió.

—Os echo de menos, a las dos.

—Le estás rompiendo el corazón a mi nieta.

A Patch se le entrecortó la voz. Se enrolló el cable del teléfono en

un dedo, parpadeó para contener las lágrimas y trató en vano de responder a una afirmación que sabía que era cierta.

—Lo siento —dijo.

—Ahora tienes que dejarla ir de una vez, Joseph. Saint ya no te necesita.

130

Sentada en el reducido espacio de su apartamento, Saint se quedó mirando el mapa.

Era grande, cubría la mitad del suelo, y fue rodeándolo con cuidado, descalza. Sin dormir ni probar bocado se había subido al coche y había vuelto a Kansas, donde se dio una ducha caliente y no se atrevió a mirarse en el espejo.

—¿Y no has venido a verme? —le preguntó su abuela por teléfono aquella noche.

No permitiría que Norma la viera así, con los ojos hinchados, la herida en el labio y el corte junto a la oreja. Que viera lo mucho que le dolía todo al sentarse, al hablar, como si Jimmy le hubiera arrancado de dentro cada parte de su ser.

Todavía notaba el regusto a sangre.

—Tenía que volver al trabajo.

—No te noto muy fina.

—Me estoy resfriando.

—Trabajas demasiado.

—Lo sé, abuela.

Saint se miró las uñas, cortas, funcionales. En el bolso llevaba rímel y brillo de labios y un perfume suave que se había comprado para el último cumpleaños.

Recordó el árbol en el jardín de Norma, donde solía sentarse bajo la copa desmadejada dejando que la lluvia le chispeara el abrigo. Donde una vez había envasado la miel y hecho los deberes de la escuela soñando con que acudieran otros chavales para que ella pudiera

deslumbrarlos con todas las cosas que sabía. Por más que se empeñara en verlo, ya nada sería igual. No habría ningún recuerdo nítido porque su camino la había llevado demasiado lejos de casa.

Sabía lo que era la disonancia cognitiva. Sabía que las asociaciones negativas podían desaprenderse y desvincularse. Sabía muchas cosas.

—¿Estás bien? —preguntó Norma.

—Estoy bien.

—Cuando vengas, te llevaré a tomar un helado a la cafetería de Lacey.

Saint sonrió y sintió una punzada de dolor en la mandíbula, el diente aún flojo.

—Soy demasiado mayor para tomar helados.

131

Saint se pasó dos semanas sin salir del apartamento. Se puso en contacto con Himes y le explicó que estaba siguiendo la pista del pirata. Escuchó horas de entrevistas, repasó detenidamente las transcripciones y las cintas del contestador automático de su abuela, y trazó su ruta como si existiera algún tipo de método en el cúmulo de locura. Comía poco, dormía en el sofá, se consolaba con la voz de Patch mientras apagaba todas las luces y subía el volumen del pequeño equipo de música que había junto al televisor.

—Me habló del cielo en Baldy Point, de cómo el lago Altus-Lugert rebasa la presa, abriéndose paso a lo largo del afluente del río Rojo.

—¿Crees que viene de allí?

—Sólo sé que ella lo vio. Conocía lugares de los que yo nunca he oído hablar. ¿Cómo iba a saber estas cosas si ella no fuese real?

Saint acercó las rodillas al pecho y marcó con el bolígrafo en el mapa aquel lugar en Oklahoma.

Me contó que el sol se posa en Fort Sumter antes de ponerse en el puerto de Charleston. En el parque de White Point huele a melocotón y violeta. Sabéis que está embrujado, ¿verdad? Colgaron a treinta piratas en las

marismas de al lado. Stede Bonnet, entre otros. Hasta sabía más de piratas que yo.

Saint marcó ese punto en Carolina del Sur.

Comía sopa en lata. No dejaba que entrara ni el menor atisbo de la luz del sol. Se olvidó de sí misma y se instaló en aquel mundo oscuro para no tener que enfrentarse a su propia realidad.

Cuarenta horas. Volvía a estar allí mentalmente, en Monta Clare, y Patch tenía de nuevo catorce años.

Hizo que viera los pueblos mineros, aquellos elegantes edificios victorianos. Pude oír la estampida de los bisontes, contemplar las vistas desde el escalón del capitolio del estado que está una milla por encima del nivel del mar.

Saint señaló Denver.

Durante cinco días más fue cerniendo las migajas de la memoria de Joseph Macauley, en retazos que iban de Cottonwood Falls a Nueva York, de Nueva Inglaterra a Montana. Marcaba el mapa y trazaba las rutas de Grace.

Y entonces, al cabo de trece días, escuchó la última cinta, comprobó el lugar desde donde él había enviado el retrato más reciente, y dibujó un círculo en rojo.

Me dijo que donde más se veía el universo era sobre Tucson. El código del cielo oscuro del condado de Pima… Observar el firmamento desde Kitt Peak nos hacía sentir más pequeños, ya sabéis. No lo sabéis. No sabéis una mierda porque me miráis como si fuera un pobre chiflado mientras deberíais estar ahí fuera buscándola.

Habían pensado que Patch seguía un orden aleatorio.

Dio unos pasos alrededor, cogió el teléfono y llamó a Himes.

—El pirata. Va recorriendo los lugares que recorrió la chica. Creo que sé adónde se dirige ahora.

132

Una semana después, a la sombra de la hermosa iglesia de la misión

de San Xavier del Bac, el camino la llevó por tramos de dunas endurecidas, mesetas y collados, entre los naranjas y grises del saguaro.

Abrió la ventanilla para que el aire ahogara el recuerdo de los moratones y la sangre, los gritos y el llanto, el olor de la colonia de Jimmy.

Y se adentró con el coche por aquella tierra contaminada por la plata, la vida fronteriza pendenciera, los mineros y los granjeros y el río Salado que había estudiado en la escuela. En el pueblo de San Carlos se alojó en un hotelito delante del Chase Bank. Pasó tres días sentada al lado de la ventana, a resguardo de un toldo descolorido que atenuaba el sol. Rechinaba los dientes, dormía a trompicones en el maltrecho sillón y a veces veía la cara de Jimmy, tan real que se frotaba los ojos hasta que sólo quedaban los colores. Llamaba a Norma con regularidad, y le decía que estaba ocupada cuando su abuela intuía por algún comentario trivial que algo no iba bien y quería saber qué le pasaba.

Y entonces, en la calma chicha de una mañana de martes, al salir del baño empañado, saltó la alarma por radio. Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle.

Saint se plantó en el banco antes de que llegara la policía local y habló con un cajero conmocionado que le contó prácticamente la misma historia a la que ya estaba acostumbrada, sólo que en este caso había seguido al chaval hasta la acera y lo había visto marcharse en un viejo Chevy apuntando en dirección al Sendero Apache, apenas cinco minutos antes.

Saint se subió al sedán y pisó el acelerador, apurando las marchas, y abrió la ventanilla a la sabiduría ancestral de las Montañas de la Superstición. Agarró con fuerza el volante siguiendo una carretera tan serpenteante y escarpada que le dio un vuelco el estómago.

La radio chisporroteó al pasar junto a un barco de vapor en Canyon Lake, pero Saint la apagó sin apartar la vista del camino. A través de Tortilla Flat y el espíritu de los forajidos, el pavimento de la carretera acababa en Fish Creek Hill, y ella se alejó por los baches, frenando poco a pesar de las abruptas caídas sin barreras en los márgenes.

Y entonces, a veintidós kilómetros de cualquier lugar habitado, salió de la pista y aparcó en la tierra detrás de la camioneta.

Patch estaba iluminado por el sol, frente al mundo que se abría ante sus ojos, de espaldas a ella, que no se acercó.

—La carretera cae de golpe unos trescientos metros más adelante. Hay un par de curvas muy cerradas —dijo él, y se dio la vuelta.

Y por primera vez en mucho tiempo, Saint miró cara a cara a aquel chico tan guapo por el que lo había dado todo.

Parecía más alto, moreno de piel y el pelo rozando el dorado. Y cuando sonrió, Saint tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no devolverle la sonrisa.

—Qué tal, Saint.

Ella desenfundó el arma con serenidad, concentrándose en los pasos que debía seguir.

—Qué tal, chaval.

Patch se quedó mirando el cañón, y la sonrisa dio paso a tanta tristeza que ella casi se rompe de nuevo.

—Me gusta que me llames «chaval». Siento que aún hay tiempo por delante.

—Y lo hay.

—Me estoy acercando —dijo—. Eloise Strike. Creo que podría ser mi Grace. Ese nombre, y esa mirada que tiene… Su padre escucha a Johnny Cash.

—Igual que el padre de Callie Montrose. Y cien millones más —le contestó Saint sintiendo la frialdad de sus palabras; aun así, él sonrió.

A lo lejos se alzaban lomas verdes a través de la cara rojiza de las formaciones rocosas, el cielo una llamarada de belleza sobrecogedora.

—¿Ves a esas familias en el lago, Saint?

—Claro.

—Hay chavales con mapas del tesoro, buscando el oro holandés. Veo las sonrisas. Quizá antes no las veía. Necesito ver su sonrisa de Grace. Una vez nada más. Y luego seguiré adelante, agacharé la cabeza y no volveré a molestar a nadie. Necesito ver la sonrisa que adivinaba en su voz. Porque si puede sonreírme, una sola vez, sabré

que la he encontrado.

—Tengo que detenerte, Patch.

La miró fijamente.

—No me llevé ninguna fortuna. Las organizaciones benéficas no tienen recursos suficientes, Saint. Y sin recursos no la encontrarán nunca.

—Las cosas no funcionan así, chaval.

Ahora Patch pareció dorado por el sol.

—Te he visto un par de kilómetros atrás... en esta carretera —dijo, y al rascarse la cabeza se le subió la camisa, se le marcaron los músculos del torso. Llevaba un parche azul en el ojo.

Saint hizo todo lo posible por no ver al niño, por no recordar cómo habían corrido juntos el día que Patch le enseñó a rastrear las huellas de ciervo. La placa le quemaba.

Patch dio un paso hacia ella.

—Por favor —suplicó Saint.

Entonces, más de cerca, él le vio la cara.

—Dios mío —murmuró con cautela y preocupación.

A él no podía mentirle.

—Le conté a Jimmy que no quería el bebé y que había abortado.

La miró. El hematoma y la hinchazón persistían, por más que se pusiera hielo, como si su piel fuera demasiado frágil.

—¿Y te hizo eso?

Saint vio la oscuridad que él llevaba dentro y levantó una mano para que se calmara.

—Me lo merecía. Cada cual recibe lo que le corresponde. Es lo que mantiene el mundo a raya.

—Saint... —Le puso delicadamente una mano en la nuca. Ella no sintió nada más que ternura.

Refugiándose en él, cerró los ojos y volvió a sentir por primera vez la cercanía, el calor del hogar.

Se quedaron allí, juntos, y ella dejó que la abrazara, y pensó en lo que había hecho y lloró contra su pecho. Un halcón de cola roja volaba en círculos sobre sus cabezas y, al oír su llamada, Saint se apartó de un empujón.

—Ahora tienes que darte la vuelta y poner las manos en la espalda —dijo, con voz entrecortada.

—El camino se pone peor. No puedes conducir tan rápido, a menos que te importe un bledo perder la vida. Te mereces todo lo mejor, Saint.

—Date la vuelta y pon las manos en la espalda.

—No puedo hacer eso.

—Ella está muerta.

Patch le clavó la mirada.

—Tooms la mató. Me lo dijo. La enterró en la reserva natural de Thurley. No me quiso contar nada más.

—Mientes.

A ella se le saltaron las lágrimas.

—Sabes que no. Lo añadirán a su sentencia. Está muerto, de todos modos.

Él negó con la cabeza.

—Mentirosa.

—Por favor, Patch.

—No puedo abandonarla otra vez. No la dejaré.

—Por favor —insistió ella en voz baja—. Si no soy yo, será otro. Alguien que no te vea a ti, sólo las cosas que has hecho y que podrías volver a hacer.

—Eres fuerte. Haz lo que tengas que hacer.

Él sonrió de nuevo, esta vez con menos convicción, y en su cara Saint vio reflejado todo lo que había perdido. Pensó en Misty y en los chavales de su clase, chavales que fueron a la universidad, que tenían un trabajo, una familia o tantas otras cosas que él merecía.

—Dios mío, por favor, no me obligues a hacer esto —susurró ella para sus adentros.

Y entonces Patch dio media vuelta, y echó a andar hacia el coche.

Saint contuvo la respiración.

Y apretó el gatillo.

Destino

1990

133

Saint se quedó al sol a pesar de la escarcha, cristales de hielo que centelleaban como joyas en el aparcamiento en la más preciosa de las mañanas. Conducía un Bronco cuatro por cuatro desde el año anterior, un trasto tan grande que su abuela le decía que parecía una guinda encima de un camión monstruo, pero le facilitaba transitar por su calle ahora que caían nevadas históricas.

El centro penitenciario James Connor estaba en medio de campos sembrados de soja, y era un complejo construido a poca altura para que no se atisbara desde la carretera.

Las pesadas cerraduras giraron y allí estaba él.

Saint sonrió.

Él sonrió también.

Patch cojeaba ligeramente. La bala le había atravesado el muslo, rozando el hueso pero sin tocar ningún nervio ni vasos sanguíneos importantes. El cirujano dijo que había tenido suerte. Patch sabía que la suerte era fruto de las horas que Saint pasaba en el campo de tiro, acertando nueves con los ojos cerrados.

—Qué hay, Saint.

—Qué hay, chaval.

Abrió los brazos y ella se acercó, apoyó la cabeza en su pecho y lo estrujó hasta que él pidió clemencia. Él llevaba una camisa caqui, el pelo muy corto y el brillo todavía en la mirada.

Ella llevaba perfume, un poco de maquillaje y lentillas en lugar de gafas.

Mientras circulaban por la interestatal cuarenta y cuatro, Patch iba

observando al pasar los camiones y las gasolineras, el gris de las torres de agua inclinadas y los silos distantes contra un cielo pálido deslavazado. Ella lo miraba de vez en cuando y reprimía el impulso de preguntarle si estaba bien, porque no sabía cómo podías pasar seis años entre rejas y que no te marcara de alguna manera.

Almorzaron en una cafetería de mala muerte junto al peaje de la ruta Will Rogers, donde pidieron hamburguesas y patatas fritas, y Saint no pudo evitar pensar en todos los pequeños y grandes acontecimientos que él se había perdido. Estaba un poco más delgado, pero todavía tan guapo que la camarera sonrió al servirles la comida.

—¿Cómo está Norma? —preguntó.

—Ahí sigue.

Saint había intentado visitarlo más de una docena de veces, pero Patch no quiso verla, ni contestar sus cartas, aunque ella siguió escribiéndolas. Páginas y páginas hablando de todo y nada, del día a día en su modesta vida, de cómo había ascendido a agente especial a cargo de la unidad, lo cual no le sirvió para mucho más que poder permitirse alquilar un piso más grande en el que trastear. Cómo había cambiado de departamento para trabajar en anticorrupción durante un par de años, donde cerró un caso importante, tramitó docenas de acusaciones y declaraciones de culpabilidad. Cómo subió la escalera de piedra y entró en los juzgados en State Avenue para ver a un joven juez imponer condenas que llevarían a muchos a pudrirse en la cárcel. Sabía que había actuado bien, pero sentía un frío desapego.

En las cartas le contó que estaba pensando en tener una mascota, un gato maine coon o un ragdoll, quizá, aunque al final se decidió por un pequeño acuario. Que volvía a tocar el piano. Mirando atrás, tampoco le sorprendía que no le hubiera contestado.

A un par de cientos de metros del límite de Kansas se toparon con una tormenta de nieve que los frenó al entrar en Misuri.

—Te vi en el periódico —dijo Patch.

—También yo te vi en un par.

Sonrió.

—Me llamaban «pirata».

—Cierto.

—Fue por los asesinatos de Gower. ¿Ahora trabajas en homicidios?

—Sí.

No había presionado a su jefe, simplemente le dijo que quería hacer algo que tuviera sentido. Himes entendió el trasfondo. Que quería estar más conectada con la chica muerta desaparecida.

—Teníamos televisor —dijo él, y ella lo miró aunque él mantenía la vista fija en la nieve—. Podía seguir la actualidad, ¿sabes? El Hubble rompiendo el cielo. Y no sabes el jaleo que montaron un par de tipos cuando cayó el muro en Alemania.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—A los presos no les gustan los muros, Saint.

—Claro.

—De vez en cuando pensaba en Monta Clare, en Misty y… Uf, éramos muy jóvenes, ¿no? Cuando pasó todo aquello éramos muy jóvenes… Veo a todos esos chicos que van a Irak, como si no hubiéramos aprendido nada de…

Saint pisó el freno al acercarse a un tractor, y supo que él estaba pensando en su padre.

—Y también estaba ahí sentado cuando el reportero informó desde la sala del tribunal… Vi al hombre esposado, con la Biblia en el regazo. Todos seguíamos las noticias porque nos dábamos cuenta de que algo estaba cambiando, ya me entiendes. Los que decían que eran inocentes, que eran la mayoría, después se quedaban callados. Todo empezó con el caso de Tommy Lee Andrews.

Saint no pudo evitar que la preocupación se le notara en la cara.

—Las pruebas de ADN —añadió Patch.

Se quedó callada.

—Podemos volver —dijo él.

Ella carraspeó suavemente antes de hablar.

—Ya te dije una vez que de todo esto no puede salir nada bueno.

—¿Sigue en pie la granja de Tooms?

—Está vacía. Nadie quiere comprarla, cuando se entera de lo que pasó allí. Las tierras son propiedad del banco.

Patch se recostó en el asiento y por un instante volvió a ser aquel chaval de catorce años el día en que Nix los llevó a casa desde el

hospital, aferrándose todavía a las últimas esperanzas.

—El color se ha desvanecido —dijo, y ella esperó a que continuara—. Cuando miro atrás. Sé que había veranos, pero no recuerdo una época en la que no hiciera frío, en la que no fuera invierno. Volví a escribir a Tooms.

—También escribiste al juez —dijo ella, porque Heinemann la había llamado—. Es raro que una víctima testifique a favor del agresor.

—Casi tan raro como que una agente de policía testifique a favor de un atracador de bancos, después de pegarle un tiro.

Saint sonrió.

—Si Tooms muere, se la llevará a la tumba —afirmó Patch.

—No sabe dónde la enterró.

—Patrañas.

—¿Qué pasa si no encontramos nada nuevo? —preguntó ella, y él notó que contenía ligeramente la respiración.

—Un mechón de pelo. Cualquier cosa que nos dé una oportunidad para tirar del hilo. El padre de Eloise Strike, Walter, me escribió. Su esposa murió, así que me dijo que ya no tiene ningún motivo para no reemprender la búsqueda.

—¿Qué va a encontrar? —quiso saber.

—Tal vez nada. Tal vez sea eso lo que no le deja morir tranquilo, también. La esperanza es...

—La esperanza es hacerse ilusiones. Quien diga lo contrario, se engaña.

Cuando entraron en Monta Clare, Patch contempló las calles como si esperara que algo hubiera cambiado.

—Mi abuela cuidaba el jardín... y pintamos las ventanas el verano pasado —dijo Saint en voz baja al detener el coche en Rosewood Avenue.

Patch tomó la manita de Saint entre las suyas.

—Gracias por todo lo que dijiste durante el juicio, y más después de lo que habías pasado. Por conseguir que me trasladaran más cerca. No hubiera durado nada en una cárcel de Texas.

—Charles Vane prendió fuego a su propio buque insignia y lo lanzó contra las fuerzas del gobernador Rogers durante una salvaje refriega.

Sangre pirata. Hay que morir matando.

Él sonrió.

—Vamos a morir matando, chavala.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Miró la casa destartalada, todavía en pie, la única nota discordante en aquella calle, en aquel pueblo.

—¿Y cómo acabó? —dijo Patch.

—Como acaban todos los piratas.

—Tengo mal pronóstico, Saint. —Bajó de un salto, y entonces se detuvo y se volvió—. Pero acuérdate de Edward Low. Era temible. Aunque según algunos murió ahorcado en Francia, hay otra versión de la historia que cuenta que huyó al Caribe y acabó sus días en la playa, en el paraíso.

Desde el sendero lo vio caminar hacia la puerta, sintiéndose mal cada vez que cojeaba.

—Patch.

Él se dio la vuelta.

—Eso que he dicho de la esperanza… Sigo creyendo que encontrarás tu paraíso. Estoy total y absolutamente convencida.

134

El invierno pintó de blanco Monta Clare; un cielo desvaído se encontraba con las copas nevadas de los árboles, y el pueblo vivía en una burbuja donde los copos de nieve se arremolinaban a cualquier hora.

Aquella primera semana Patch no salió de la vieja casa, se limitó a quitar las capas de polvo y a abrir de par en par todas las ventanas, y corría un aire tan gélido que se acostumbró a ponerse el gabán de su padre, su gorra de caza y sus mitones.

—¿De qué coño vas disfrazado? —dijo Sammy cuando entró a empujones y vació en dos vasos una botella de Glen Grant que había

estado guardando para la ocasión. Sammy miró el desangelado salón —. Joder, esto es tan gris que si tuviera una pistola me volaría los sesos sólo para dar un poco de color a la decoración.

—Iré a buscar el Smith de mi padre y...

Sammy se sentó en una silla de mimbre del jardín y la desfondó. Maldijo y pataleó al aterrizar de culo, pero se las ingenió para no derramar una sola gota del vaso. Patch se desternillaba de la risa y tuvo que salir al patio porque no podía parar.

—Tienes que comprarte algunos muebles. —Sacó un cheque del bolsillo y lo dejó en la encimera de la cocina—. Vendí un cuadro.

Patch hizo ademán de protestar, pero Sammy levantó una mano para aplacarlo, con el dedo del medio levantado por si quedaba algún margen de discusión.

—Me pediste que me ocupara de la casa. Había que pagar impuestos.

—¿Qué vendiste?

—Relájate. Ninguna de las chicas. Vendí el paisaje del hielo.

Patch cerró el ojo y lo vio: dos figuras sin forma definida bajo el resplandor solitario de Sirio sobre el lago helado en medio de una lluvia de colores, del esmeralda más vivo al cobalto más frío, aunque los dos sólo podían verse el uno al otro.

—¿Quién lo compró?

—La misma mujer de Jefferson City. Tenía siete ofertas.

—¿Crees que un día podré recuperarlo?

—No. Pinta otro.

Negó con la cabeza.

—Pues al menos ven a recoger el correo.

—Claro, Sammy.

—Y esta mierda. —Sammy señaló con la cabeza las dos bolsas grandes que había llevado. Cintas de vídeo. Noticias de los últimos seis años.

—¿Las has grabado tú? —dijo Patch.

Sammy sacudió la mano.

—Me estaba tirando a la chica del canal 7. Son de archivo. Tuve que

llevarla a cenar. Madre mía.

—Gracias por tu sacrificio —dijo Patch.

Sammy se puso de pie, se masajeó la base de la columna y le soltó una palabrota a lo que quedaba de la silla, y otra a Patch.

—¿Cómo te fue en la cárcel? ¿Todavía conservas el culo intacto?

Patch lo miró ceñudo.

—¿Recibías el paquete que te mandaba todas las Navidades? —preguntó Sammy.

—Los guardias se quedaban con el queso.

—*Beaufort d'été*. El príncipe de los *gruyère*. ¿Y el sashimi?

Patch negó con la cabeza.

Sammy levantó las manos, desesperado.

—¿Ni el puto *Wagyu*, tampoco?

—Sabes que no te dejan cocinar tu propio...

—Maldito alcaide. Se dio un festín a mi costa seis años seguidos. Ahora casi me siento mal por agregarlo a tu deuda.

—Casi.

Sammy se bebió tres vasos de whisky.

Patch lo acompañó a la puerta.

Sammy se aclaró la garganta.

—Me alegra que...

—Lo sé.

—Quiero decir que... Este pueblo sin...

—Ya.

135

Patch salía a pasear cuando todo se quedaba en silencio y la nieve recién caída cuajaba. Evitando Main Street, caminaba con la cabeza gacha y respiraba aquel aire libre con tanta avidez que el frío le ardía en el pecho. Durante las semanas previas a su puesta en libertad, pasó muchas horas en la cárcel con un anciano llamado Terrence Roots;

Patch podría haber cumplido los catorce años íntegros de la condena si Saint no se hubiera presentado a las vistas para la condicional, impecable con su traje, impresionante con su título. Patch no había salido de su celda, pero Roots se lo desglosaba todo, y luego lo preparó para volver al mundo, como si estuviera a punto de atravesar una atmósfera tan inhóspita que tal vez buscaría solaz en la posibilidad del regreso.

Aprendió a buscar mentores, contactos de referencia, a localizar recursos y ser útil a los demás. Roots le enseñó a seguir rutinas diarias, como si los dos mil días allí dentro no le hubieran inculcado el hábito. Cómo encontrar ayuda, no meterse en problemas. Patch asentía con la cabeza cuando tocaba, escribía lo que había que escribir, sin necesidad de decirle a aquel hombre, ni al juez, ni al agente de la condicional que no tenían por qué preocuparse, que aquel primer año por fin había renunciado a su propósito, cuando se quedaba despierto cada noche en la litera y alargaba la mano pero no podía encontrarla. Había llorado la muerte de Grace en silencio y de una vez por todas.

Saint telefoneaba todas las noches y Patch siempre encontraba el momento de decirle que estaba bien, sonriendo al hablar, porque uno de los hombres con los que había compartido celda coincidía en que una sonrisa, de hecho, se podía oír.

Arregló el sendero de la entrada; abría un camino en el hielo y luego se ponía a romperlo con el tacón de la bota.

Saint le llenaba el congelador con platos e instrucciones claras de cómo calentar cada uno. Comió pollo frito, hamburguesas de salmón, pastel de carne, chuletas de cerdo rehogadas y pudin de plátano.

Sammy apareció con otra botella, un coñac añejo dorado Martell de 1950. Sirvió dos copas y se bebió una detrás de la otra, y luego abrió una botella de Courvoisier para Patch y se terminó la de Martell él solo.

—No lo saborearías, con el paladar embrutecido que traes de la cárcel.

Tan borracho estaba que Patch lo ayudó a volver a la galería, en su primera incursión por Main Street, que no había cambiado mucho en su ausencia. Un par de tiendas sustituidas por establecimientos más

nuevos que no conocía. Se subió el cuello de la chaqueta y cruzó la puerta mientras Sammy se desplomaba en un sillón de orejas tapizado en pergamino y perdía el conocimiento.

Patch sólo entonces las vio, a la luz cruda de la sala.

Una chica tras otra, enmarcadas y colgadas en la pared de ladrillo con tanto mimo y esmero que se quedó inmóvil durante un buen rato, sin poder hacer nada más que contemplarlas como si las hubiesen rescatado de un lejano barco hundido de la memoria. Caminó despacio, temeroso de proyectar un eco que lo devolviera a los catorce. Sammy no se había desprendido de ninguno de los retratos, no había hecho sitio para vender otros cuadros. Patch pasó de Anna May a Lucy Williams, de Ellen Hernández a Mya Levane. Se detuvo en Eloise Strike, la miró fijamente a los ojos y buscó a su Grace. Y al llegar a Callie Montrose alargó la mano y la retiró justo antes de acariciarle el pelo.

Durante dos horas se movió entre aquellas improntas que marcaban más de una década de su vida. Y entonces vio el saco del correo, toda la correspondencia que los padres de las desaparecidas, en un intento desesperado por localizarlo, mandaban a la galería que albergaba sus cuadros.

Cogió una manta de sarga de seda, con un estampado de rombos de algún legendario archivo italiano, y arropó a su amigo.

—Ha sido un gesto noble, Sam. Pero se acabó.

136

De distintos rincones de la vieja casa rescató una serie de recuerdos que daban fe de su locura, objetos que hacía diez años que no veía y que solían hacer que se sintiera más cerca de Grace.

Las estanterías se combaban bajo el peso de ejemplares de *Time*, periódicos locales y recortes de prensa. Las paredes estaban empapeladas con mapas antiguos, donde aparecían las calles pintadas con rotulador, junto a fotografías de diversos catálogos de moda,

Junior Bazaar, Misses Fashion, Sears. Atuendos confeccionados a partir de retazos de conversaciones que le venían a la memoria sobre todo en mitad de la noche, a oscuras, cuando se despertaba con tanta urgencia que bajaba las escaleras y escribía en diarios que fue numerando hasta casi llegar a la cincuentena. Palabras deshilvanadas. Cuadros escoceses, suelto, lima, vainilla. Les daba distintas interpretaciones según el día, a veces eran sonidos u olores e imágenes. Recortaba caras de las revistas y les ponía peinados de los periódicos, a veces les cambiaba el color de los ojos con la sombra de un pincel.

Tal vez fue por la pesadumbre de saber que estaba muerta, o por mirar atrás aquel sinsentido con la lucidez de la distancia, pero recogió toda la parafernalia, arrancó los recortes de las paredes de su antiguo dormitorio y llenó un cubo de metal en el patio. Cogió una lata de gasolina del garaje, lo roció todo y prendió fuego a sus recuerdos.

Al respirar el humo y cerrar el ojo, se encontró de nuevo allí, mientras las llamas iluminaban otro momento que había creído confinado para siempre a la oscuridad.

—¡Despierta! —gritaba ella—. Despierta, Patch, joder. Intentaré sacarte de aquí. Intentaré que te quedes conmigo. — Tosía, ahogándose y tirándolo de los brazos—. No tengo fuerzas para salvarte. No tengo fuerzas para hacer nada de esto sin ti.

Y cuando siguió con la mirada las volutas de humo vio a través de las lágrimas un cielo nocturno en el que no había reparado en muchísimos años.

137

Saint volvía a Monta Clare y lo sacaba a rastras de una casa destartalada para meterlo en otro caserón, donde se sentaba en el porche con Norma y la escuchaba tocar la armónica a la par que daba caladas a un cigarrillo, hasta que una vez perdió el ritmo y lanzó una

columna de humo por la embocadura. Norma tosía tan fuerte como Patch se reía, hasta que Saint salió al porche helado y les metió bronca a los dos porque la vecina acababa de tener un bebé y no quería que una anciana decrépita y un presidiario despertaran a la criatura.

A veces él se sentaba a escuchar a Saint tocar el piano, y eran los únicos momentos en los que experimentaba algún tipo de emoción.

Aquel primer mes la vida fue un rumor de fondo que, sin llegar al rugido, gracias a Saint y Sammy tampoco cayó en un murmullo inaudible. La nieve persistía, faltaba poco para que alcanzaran las cotas del 78; cada mañana los chavales pegaban la cara a las ventanas, rezando para que la antigua calefacción del instituto de Monta Clare se rindiera de una vez. Por los requisitos de la libertad condicional debía encontrar un trabajo remunerado, así que volvió a ocuparse de la galería como hacía en otros tiempos, sólo que ahora la gente entraba a admirar sus obras, y a veces preguntaba el precio; Patch los mandaba a otra galería a ochenta kilómetros al sur donde vendían cuadros mejores.

—Cada venta perdida la estoy añadiendo a tu deuda —le dijo Sammy.

—¿A cuánto sube?

—Doscientos cuarenta y siete mil dólares.

Desde lo más profundo de los pulmones de la galería observó los primeros brotes de la primavera con el comienzo del gran deshielo.

Pasó por el supermercado Green a recoger el café especial que Sammy encargaba y, a su lado, vio que una niña rubia se metía una chocolatina en el bolsillo.

—Así te pillarán —dijo.

La cría levantó la barbilla con desdén.

—Déjame en paz.

Él se agachó.

—Guárdatelo en la manga, niña —le susurró.

Atenta a la demostración, la cría observó la soltura de su técnica y cómo salía de la tienda tan campante.

Patch se detuvo en el callejón de al lado, atrapado tan bruscamente por el recuerdo que se llevó una mano al estómago. Mientras seguía

andando, se fijó en unas campanitas moradas que brotaban de una grieta en el hormigón y se fijó en la blanca garganta de las trompetas lilas que llamaban al verano.

Y de pronto, por la ventana de la modista, la vio.

Iba con su madre y, aunque llevaba un gorro de borreguito color crema, alcanzó a ver un atisbo de su nuca, la palidez de sus brazos, la curva de su cintura.

Se quedó hipnotizado, sin oír el paso del tráfico.

Y entonces ella se dio la vuelta.

Casi había olvidado cómo la sonrisa de Misty Meyer podía dejar el mundo en suspenso.

138

Esa mañana caía tal diluvio que los limpiaparabrisas de su coche no daban abasto.

El agua martilleaba con fuerza el techo de la camioneta cuando se detuvo delante de la casita. Saint corrió hacia la entrada y lo vio en el banco, algo guarecido bajo la copa del árbol, a pesar de que la lluvia seguía cayendo sin cesar sobre sus hombros y le había empapado la camisa.

—Sabes que está lloviendo —dijo ella sentándose a su lado.

—¿Es hoy? —preguntó Nix.

—Sí.

—Y esperas encontrar…

—Ni siquiera lo sé. Algo de la chica. Algo que nos dé un nombre. Un pasado. Una identidad.

Nix le dio un sorbo a su café, contemplando el árbol y las raíces como si fueran algo sagrado. Saint miró a su alrededor y pensó que incluso con lluvia el lugar era hermoso, como un refugio del mundo exterior.

—¿Cómo debería encararlo?

—Tú siempre sabes cómo, Saint.

—Y, sin embargo, siempre recurro a ti.

—Si encuentras algo, el chaval se lanzará a tirar del hilo de la historia de esa chica. De su pasado. Si no encuentras nada, él se las ingeniará para dar con otra forma de seguir dándole vueltas. Antes me decía que todo era una locura.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso que... si la quiere, si siente un amor tan profundo, ni siquiera tiene elección.

—¿Alguna vez te sientes solo? —preguntó Saint.

Nix atisbó el cielo a través de los árboles.

—Los recuerdos bastan. Tal vez deberías decirle eso al chaval.

—Mi abuela dice que rezas una hora cada semana. Antes de que empiece la misa. ¿Qué pides?

Nix tomó un sorbo de café, y Saint olió a caramelo, flores y humo amargo.

—Pido comprensión.

—¿Para qué?

—Por las cosas malas que hago.

Saint no se lo imaginaba haciendo nada malo.

—A ti ya no te veo en la iglesia, por cierto —añadió él.

Saint esbozó una sonrisa.

—No sé si sería bien recibida...

—Jimmy Walters no decide quién tiene derecho a ir y quién no, Saint.

La madre de Jimmy había anunciado el secreto de Saint a los cuatro vientos. Que había acabado con la vida de un bebé. Que había roto un pacto con Dios. Norma apenas había dirigido la palabra a su nieta ese verano.

—Rezo en casa. A veces en la orilla del lago. No me pongo de rodillas ni tampoco entrelazo las manos, pero digo lo que tengo que decir.

Nix le dio una palmadita en la rodilla.

—Eres una buena persona, Saint.

—Díselo a mi abuela.

—Tu abuela te adora.

—Es verdad. Sólo que ahora menos.

—No puede ser…

—Le hago cuestionar su fe —dijo Saint.

Él sonrió.

—Los grandes siempre lo hacen.

139

Al final de las rodadas en el barro Saint vio una furgoneta blanca.

Había tres mujeres poniéndose el traje de la policía forense.

Patch se presentó, aunque ella le había pedido que no fuese, y se quedó apartado entre unos árboles aún escuálidos tras la resaca del invierno.

La vieja granja de Tooms seguía en pie, tan firme como siempre; había capeado tempestades mayores que caer en manos de propietarios degenerados. La construyeron un año antes de que el huracán de Saint Louis se cobrara doscientas vidas en 1896. Saint había retirado la titularidad sólo porque a Tooms parecía preocuparle más una vivienda que una vida humana.

En las tierras más lejanas la vegetación crecía silvestre, las cabezuelas se espigaban, los pastos azules alcanzaban un par de metros de altura antes de ralear y dar paso a los abedules, cuyos troncos blancos como la leche alzaban brazos que ya empezaban a colorearse.

Saint miraba la casa y no salía de su asombro al ver los tablones de madera oscuros, como recién barnizados. Los campos más inmediatos aún parecían atendidos, como si alguien esperara el regreso de la vida a un terreno que había quedado en barbecho por la más triste de las historias.

Saint no siguió al equipo forense al interior de la casa, prefirió quedarse fuera y dejarles trabajar. Conocía la tendencia al alza de condenas anuladas; siete condenados a muerte habían recuperado su

futuro gracias a ciertas cadenas de secuencias que Saint no acababa de comprender. Himes le habló de la doble hélice, las instrucciones genéticas y los marcadores moleculares.

Trabajaron allí prácticamente todo el día antes de trasladarse al almacén subterráneo.

Saint se sentó en el Bronco, miró por el retrovisor y vio que Patch seguía allí, pero no le hizo señas para que se acercara; su sola presencia era un riesgo que algún día podía disparar las alarmas ante cualquier contratiempo. No sabía cómo se cribaban los restos de material humano, identificando qué pelo correspondía a cada cabeza, qué piel a cada cuerpo.

Cuando terminaron, vio que la furgoneta se hundía en la grava siguiendo los árboles y tomaba la curva hacia la carretera.

—Te has pasado siete horas ahí —le dijo Saint mientras se acercaba, con aquella leve cojera que aún le hacía un nudo en la garganta.

—¿Cuándo sabrás algo?

Saint se encogió de hombros, porque no lo sabía. Todo se basaba en una serie de favores que algún día le tocaría devolver.

Sentados en una roca resbaladiza, sus rodillas se rozaron mientras ella servía de un termo café solo, tan amargo que les secó la boca.

Saint se agachó a recoger una hoja de magnolia, la inspeccionó y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Caía una llovizna demasiado tenue para que los molestara.

—Esto podría cambiar las cosas —dijo él.

—Si la chica aparece en alguna base de datos. Y si no…

Patch acarició el plástico y respiró el vaho.

—Sólo quiero despedirme. Encontrar a su familia, por lo menos. No lo sé.

—Te entiendo.

Patch necesitaba cerrar un capítulo que ya era demasiado largo.

Patch miró por primera vez la casa de cerca. Buscó grietas por las que se filtrara sangre, aguzó el oído en busca del eco de sus gritos.

—No me cuadra nada. Y ya sé cómo suena, pero es que...

—¿Has visto a Misty desde que regresaste? —le preguntó Saint.

—Vamos a salir esta noche.

La semana antes de que lo soltaran, Saint estaba en la peluquería mientras ella se aclaraba el pelo.

Había estado en el salón de belleza haciéndose la manicura, se había comprado maquillaje y un perfume e incluso algunos vestidos nuevos. Estaba en forma, tenía una silueta esbelta y un rostro aún juvenil. Atraía las miradas de los hombres, los comentarios de los imbéciles.

—La busco cuando estoy en el pueblo. Quizá ya no va a Main Street. Ahora tienen esos grandes almacenes en Palmer Valley, con vestidos elegantes y todo eso.

—Sammy me contó lo que hizo la madre de Jimmy.

—Soy la primera divorciada de Monta Clare.

—Norma debe de estar orgullosa.

Saint pensó en su abuela. Había dejado de pedirle que fuera a la iglesia los domingos. Un gesto que le dolió más que aquel fatídico día. Saint pensó en aquel verano, en el que no había vuelto a Monta Clare para que su abuela no viera los moratones, cómo le chasqueaba la mandíbula al comer, el modo en que su cuerpo se había vaciado. Se había tomado seis meses sabáticos, en los que sólo salía de su apartamento para dar un paseo por la mañana. Se dedicó a leer, ver la televisión y cocinar. Hablaba con Norma por teléfono y le decía que estaba demasiado ocupada para volver. Fue el verano más difícil de su vida. Y eso que había mucha competencia.

—Aún somos jóvenes —dijo él.

Arrancó la cabeza de una Susana de ojos negros y se preguntó cómo había sobrevivido.

—¿Sabes? —dijo ella—. Ésta es la primera flor que crece después de un incendio o de una catástrofe natural.

Él se la quitó y contempló los rayos.

—Somos duros, ¿eh?

—Cómprate un barco, Patch. Vete a navegar por el océano Índico.

—¿Por qué no puedo sentirla… aquí? ¿Por qué no puedo sentir nada?

—Disincronía circadiana. Un fallo en la información de la luz. Los ciegos no tienen agudizados los sentidos.

—Ahí abajo yo era ciego.

—Grace no. Ella vio lo que vio. Él la dejaba salir y la volvía a encerrar, y ella llevaba eso a cuestas. Y lo que vio… la gente habla de un horror inimaginable, pero todos podemos imaginarlo. Tú lo sufriste en carne propia. Y sobreviviste.

—En parte.

Patch rascó con la uña el musgo de la roca.

—Te conozco desde hace… ¿cuánto? Más de veinte años —continuó Saint.

Al lado había un árbol horadado a hachazos, la savia seca chorreaba de los agujeros como el esmalte. Los amentos del aliso negro que salpicaban la base del tronco parecían granos de pimienta en la mesa de un gigante.

—¿Has vuelto a ver a Jimmy? —preguntó él.

—Se marchó del pueblo. Su madre le dijo a mi abuela que no podía soportar la vergüenza.

—¿Piensas en el bebé? —dijo. Nadie se lo había preguntado nunca.

No pudo responder, así que asintió en silencio.

La besó en la frente.

Durante mucho rato se dejaron acariciar por el viento.

Patch echó a andar hacia el almacén antes de que ella pudiera impedírselo. Antes de que pudiera llamarlo, decirle que no valía la pena, que nunca valdría la pena volver a pasar por lo mismo.

Saint resbaló con el barro, maldijo la lluvia y bajó los escalones detrás de él.

Se quedó en el centro, callado.

Pisaba el suelo de hormigón donde quizá en otros tiempos se había echado.

Saint lo supo entonces.

Supo que él se moriría cuando supieran cómo había vivido Grace.

—Cierra la puerta —le pidió. Ella no quería—. Por favor, Saint.

Ella levantó la pesada trampilla, la cerró y contuvo el aliento.

Y se quedó a su lado.

Y vio la mirada, durante un instante de confusión, y luego más clara.

La vio porque el sótano no estaba a oscuras, ni mucho menos, porque la luz se colaba por mil y un resquicios a su alrededor, haciendo pedazos todas las certezas que creían tener.

Patch recorrió el espacio detenidamente, siguiendo las paredes con los dedos. Caminó, contando los pasos mientras ella lo seguía con la mirada.

—Es mucho más grande —dijo.

Se arrodilló y palpó el suelo, miró a su alrededor como si pudiera ver lo que no había sido capaz de ver hasta entonces.

Se levantó y se volvió hacia ella.

—Tú crees que Tooms me cogió y me entregó a Aaron.

—Nunca he dicho eso.

—Entonces dime lo que piensas.

—No sé qué pensar. No hay nada claro. Podría ser que Aaron te raptara y te llevara directamente a aquella granja. Quizá Callie Montrose fue la única a la que retuvieron aquí. O quizá encontremos restos de ADN que permitan situar también a las otras chicas. Todavía hay preguntas que quizá no podamos...

—Pero Tooms estaba allí la mañana que me secuestraron. En el mismo bosque. A menos de cien metros del claro.

—Buscando a su perro —dijo ella. E incluso entonces a ella le chirrió.

—Grace tampoco estuvo aquí —afirmó Patch.

Lo miró, con la intención de hacer que entrara en razón, pero supo que no serviría de nada.

—No siento nada, Saint. Yo nunca he estado aquí.

Misty llevaba un vestido azul, perlas y el pelo recogido, realzando sus pómulos bajo unos ojos felinos que parecieron alegrarse cuando lo vio llegar.

—¡Si es el atracador de bancos en persona!

—¿Le dijiste a tu madre con quién ibas a cenar esta noche?

—Me dijo que vigilara el bolso.

La siguió hasta la cafetería de Lacey, donde se sentaron al fondo, en un reservado. Patch echó una ojeada a los taburetes de cuero verde, el mostrador cromado y el suelo de damero.

—No sé si ha cambiado el lugar o soy yo —comentó.

—Nueva iluminación —dijo ella.

—Entonces es el lugar.

La propia Lacey se acercó, le dijo que se alegraba de verlo, aunque no acompañó las palabras con una sonrisa.

Patch pidió un barco de banana, y Misty abrió los ojos con incredulidad mientras elegía unas clásicas gambas con sémola de maíz.

La miraba con disimulo, ahora tenía la cara más delgada. Y estaba más pálida.

Ella le contó que había abandonado la universidad, que la vida da vueltas inesperadas.

Patch le dijo que lo sentía.

Le contó que su padre había muerto un año antes jugando al golf cerca de los montes de Ozark. Que su corazón resultó no ser tan fuerte como sus principios y su fe en un bien común mayor que a veces sólo él veía.

Patch le dijo que lo sentía.

—Hace poco que he vuelto a Monta Clare. A pasar un tiempo con mi madre. A veces da la sensación de que en este pueblo puedes hacer que la vida transcurra más despacio —dijo ella.

—¿Y eso es lo que quieres?

—Pasa todo tan rápido...

Misty pagó la cuenta antes de que él se diera cuenta, y al salir había anochecido y el cielo resplandecía como con una nube de tinta.

—Buenas noches —se despidió ella, y echó a andar.

Patch no la alcanzó hasta que llegó a lo alto de Main Street. Delante de la silueta de las montañas de Saint Francois, el contorno trasquilado de un horizonte que una vez soñó con cruzar. Un reloj nuevo en la fachada del edificio del bufete de Jasper y Coates le indicó que sólo habían estado una hora sentados.

—¡Lo siento! —le gritó.

Misty se detuvo, sin volverse. A su lado las luces del escaparate de la librería resaltaban cubiertas de títulos que él no conocía. Finalmente se volvió.

—Esto es lo que siempre quisiste, ¿no? Verme desde el otro lado de la calle, en el lugar que me corresponde.

Patch avanzó hasta quedarse en medio de la carretera.

—¿Por qué lo sientes? —le preguntó ella.

—Porque te dejé.

—¿Crees que me arrepiento de aquella noche?

Él se preguntó cómo no iba a arrepentirse Misty. Se preguntó cómo no iba a lamentar cada ínfimo instante que había perdido con él, cada vez que le había tendido la mano aunque las suyas estaban vacías, que le había preparado aquella comida incomible y le había ayudado en su búsqueda de una chica muerta.

—Mi madre… cuando vio que habías vuelto al pueblo. Cuando supo que saldría contigo esta noche. Me contó lo que hizo mi padre.

Detrás de ella había una tienda nueva que vendía cuencos de falsa porcelana, platos de loza y sartenes de metal. Vio paños de cocina ecológicos y ropa de cama de lino natural e imaginó a las parejas que acudían allí buscando subir de categoría después de sus primeros artículos para el hogar. Asentándose poco a poco, pasando de la ligereza a la solidez. Entonces supo que lo que había cogido de los Meyer era más que dinero, más que una oportunidad de darle a su madre lo que siempre había perseguido.

Misty bajó a la carretera.

—Dime que estás casada —le pidió Patch, porque llevaba una sencilla alianza en el dedo anular—. Dime que vives en una de las casas en lo alto de la colina y que sales a pasear por las mañanas con

tu labrador. Tu marido es cariñoso y respetable. Tienes dos críos, pero un día volverás a la universidad y....

—La vida me va bien, Patch. Pero mi madre pensó que decírmelo me haría ver cómo eres.

—¿Y tenía razón?

—Siempre supe que no podía competir.

—No era un...

—Tienes razón. El partido estaba ganado de antemano. Ahora lo veo.

—Bueno, técnicamente los dos marcamos un gol esa noche.

Por fin ella esbozó una sonrisa.

—Uf. ¿Cómo voy a seguir enfadada con el chico que me salvó la vida?

142

Misty compró una botella de vino en el supermercado Green, y subieron juntos la colina hasta donde acababa la carretera, se sentaron en la hierba y miraron el cielo por encima de las luces de Monta Clare, hacia la oscuridad de las montañas, alineadas como el público de un concierto esperando el bis.

—Sé que fue hace mucho tiempo, pero nos queríamos, ¿verdad? Necesito saberlo.

Arriba pasaban estrellas fugaces, trozos de roca que habían viajado millones de kilómetros sólo para morir en su mundo.

—Claro que nos queríamos, Mist.

Patch notó que ella se estremecía y la rodeó con el brazo, apoyando el dedo en la hondonada de sus costillas.

Misty le preguntó por su vida. Patch habló un buen rato. Se quedó boquiabierta cuando le contó que un guardia le había pegado un tiro en el Merchants National Bank, y que había entrado cojeando en la cárcel para cumplir una condena de doce años. Que tal vez no habría conseguido salir de allí de no ser por un guardia de prisiones que lo

disuadió antes de empezar, un gran hombre en todos los sentidos. Le habló a Misty de la vida en prisión. Algunas noches veía las linternas que señalaban el camino a los nuevos hacia las cámaras de aislamiento, porque después de un intento fallido los vigilarían para que no pudieran volver a intentarlo. A las ocho al salir de su celda veía a un anciano fregando la sangre de aquellos cortes en las muñecas. Se metía en los aseos comunes donde cuarenta hombres se duchaban, se lavaban los dientes, intentando no respirar el tufo a mierda de los retretes.

Le contó que después de comer las gachas de avena trabajaba en la lavandería industrial del centro penitenciario. Ocho horas al día; cada mes se ocupaba de un millón de kilos de ropa de los hospitales e instituciones de los alrededores. Aprendió a manejar la maquinaria, a revisar las rejillas de los filtros y las mangueras, cambiaba las correas raídas y las escobillas calcinadas, y limpiaba las juntas.

El menú cambiaba con la estación, la comida no era más que combustible tras un par de rotaciones.

Y entonces le habló de Grace. De aquellos primeros años en que lloró su pérdida, cuando cada noche leía los libros de los que ella le había hablado. Desde Heathcliff y el amor perdido hasta Holden Caulfield y su cruzada contra los farsantes. Cerraba el ojo y vagaba por la isla tropical observando los restos de los ideales bárbaros de Ralph. Se reía con Scout y escuchaba a Atticus Finch en las peroratas más nobles de Grace.

Pero era entonces, cuando se apagaban las luces y el sueño se resistía, cuando más la echaba en falta, y a Saint, y, por supuesto, a Misty.

—¿Pintabas? —dijo.

—Perdí la razón para pintar.

—Siento mucho su muerte.

—No paro de darle vueltas, y no lo veo. Tooms y ella. La reserva natural de Thurley… Saint llevó allí a los perros. Un equipo. Volvía cada mes en coche. Quiero ir allí. Y a la vez no quiero. No creo que la encuentre ni descubra nada, pero necesito verlo.

—Pues entonces vayamos.

Misty conducía un Mustang del 85 y, cuando entraron en la interestatal treinta y cinco, le dio gas a fondo. Llevaba botas, un impermeable y el pelo rubio oculto bajo un gorro de lana color crema. Aminoró la velocidad al pasar junto al río Gold Run mientras Patch abría la ventanilla hacia los riscos y no oía nada; faltaban meses para que hubiera chicharras.

Pararon al pie de la carretera, en el borde de un cañón tan profundo y angosto que él imaginó a Grace allí abajo, su cuerpo entregado a la tierra desde hacía mucho tiempo.

Misty reclinó el asiento y cerró los ojos, y al poco rato se había dormido.

Patch se quedó despierto hasta que empezó a amanecer, bajó del coche y contempló el bosque blanqueado, donde había claros aquí y allá, y el suelo cubierto con la hojarasca como si hubiera tendido un manto. Patch sabía que abarcaba cerca de medio millón de hectáreas.

Misty le dio la mano. Los árboles se inclinaban con una pendiente tan pronunciada que tomaron una ruta más larga, cruzando por encima de traviesas caídas tan gruesas como su cintura. Tooms no había podido dar detalles, tan sólo dijo que había tomado una de las doscientas pistas forestales hasta que la espesura le impidió seguir adelante, y entonces se detuvo, cavó y sacó el cuerpo de una chica de su coche, la metió en la fosa y la cubrió de tierra.

Llegaron a un imponente roble que dejaba entrever el cielo de bronce por su entramado. Patch buscó un arroyo brillante como el vidrio pulido hecho añicos sobre unas rocas que asomaban desde el lecho para que los andarríos tuvieran un sitio desde donde pescar.

Las instrucciones de Saint habían sido tan claras como vagas.

Patch avanzó entre los pinos, Misty un paso por detrás.

Se detuvieron junto a la señal oxidada.

—Es aquí.

Misty jadeaba, así que hicieron un alto, con las botas en la grava del sendero transitable en todas las estaciones a pesar de que llevaba

tiempo cerrado. Saint había trazado un mapa de la zona, marcando todo lo que Tooms decía, y dedujo la ruta que había seguido desde Monta Clare, el lugar más probable en el que se había parado, pues la siguiente vía de acceso quedaba a unos cien kilómetros por carreteras que él no habría querido recorrer.

—El sendero de las cornisas —dijo Patch.

Caminaban despacio.

La pista subía empinada, casi ciento cincuenta metros por encima de calveros de dolomita rodeados de árboles del humo que se abrían a un horizonte de frondosos robles, pacanas y nogales.

—Es imposible que la llevara a cuestas tan lejos —dijo Patch sin ninguna emoción, un pensamiento tan frío que Misty se caló el gorro sobre las orejas y se arropó con la gabardina.

Desde allí volvieron a bajar, y Patch se paraba en cada brecha de los árboles, en cada llano que había antes de que el camino se precipitara por la cascada de orillas musgosas, resbaladizas por el rocío de la mañana y los penachos de eupatorio.

Se quedaba inmóvil durante horas en algunos lugares, mirando la tierra como si su locura siguiera un método. Sólo cuando volvieron a avistar la carretera de acceso, Misty se detuvo.

—¿Ésta es la carretera de Turners Breach? —preguntó. Él asintió—. Hubo una tormenta... cuando te raptaron. Arrasó con tramos enteros de bosque. Recuerdo que no lo limpiaron hasta el otoño, porque la presa de Danby reventó. Mi padre tenía tierras más arriba y llevó a juicio al Departamento de Recursos Naturales. Salió en *The Tribune*. O sea que si la carretera estaba bloqueada...

—No pudo haberla enterrado aquí —concluyó Patch.

—Ningún otro camino llega hasta esta zona. El siguiente acceso está a una hora al norte. ¿Se arriesgaría a conducir con un cadáver en el maletero? —aventuró Misty, sin que las palabras llegaran a sonar del todo reales al salir de su boca.

Condujeron de vuelta en silencio, Patch contemplando lo que sabía. Al llegar a la vieja casa, descolgó el teléfono y marcó.

Saint respondió como si hubiera estado esperando. Hizo unas comprobaciones y volvió a llamarlo.

—No significa que...

—Él mintió, Saint.

—Tal vez confundió el lugar. Era de noche.

—O tal vez todavía esté viva.

144

Pasaron el verano dejándose llevar hacia el tipo de amistad que ambos necesitaban. Cada domingo por la mañana salían temprano a caminar por rutas con vistas del río Meramec, que se extendía como una cinta dorada ahogada de verde bajo los árboles que se derramaban sobre las orillas. Misty le explicó lo que era el hidrotropismo, con el pelo recogido hacia atrás y las mejillas coloradas de subir la pendiente. Le contó que su padre solía llevarla a las montañas, con las bicicletas cargadas en la baca del coche. Juntos pedaleaban largos tramos que parecían intactos desde la era de los complejos turísticos.

Pararon antes de llegar al fondo del valle, el bosque de la llanura aluvial no estaba inundado. Misty sacó las fiambreras, cubiertos y servilletas.

—Cazuela de salchichas y patatas guisadas.

Patch sintió que le subía un poco la bilis.

—La preparó mi madre.

Él se la tragó como pudo.

Mientras almorzaban bajo un cielo gris, Misty le preguntó por Tooms. Él le contó que había solicitado una visita una docena de veces, que había vuelto a escribirle, que le había ofrecido el perdón, una vía de expiación. Saint había hecho lo mismo, aunque con menos fe, segura de que Tooms había matado a la chica y simplemente disfrutaba manipulándolos, el último vestigio de poder para un hombre que había sido despojado hasta los huesos.

—¿Vas a seguir buscando? —dijo Misty, tomando un sorbo de café de un termo mientras contemplaba a los estorninos moverse al son de una orquesta dirigida con total precisión.

Patch la observó; Misty tenía una apariencia tan estoica que era como si algo o alguien le hubiera robado la pasión.

—Hidrotropismo... ¿Desde cuándo eres tan lista, Mist?

—También sé que esa mariquita con lunares negros se llama «arlequín». Me gusta que algunas cosas sean simplemente perfectas, ¿sabes?

La miró, y lo supo.

145

A veces Misty se pasaba por la galería y se sentaba en el taburete junto al escaparate como una obra viviente; él rociaba el cristal y lo limpiaba, notando el sol caliente en la piel mientras era vigilado por las chicas desaparecidas.

Los sábados Patch iba a desayunar con Saint y su abuela a la cafetería de Lacey. Saint observaba a Norma con ternura y preocupación, a pesar de los dardos que le lanzaba a su abuela cuando le pedía a la camarera que le «bautizara» el café. Norma le preguntó a Patch si había visto en las noticias los disturbios de Los Ángeles, los saqueos y los tiroteos, y añadió que las revueltas civiles de entrada implicaban civismo.

—Le está dando por los sermones, con la edad —comentó Saint, para hacerla rabiar.

El Palace 7 había cerrado sus puertas en otoño de 1986 y seguía vacío mientras Sammy, que había adquirido el local, peleaba con «los cabrones del ayuntamiento» para impulsar un nuevo proyecto. Era una sala con los techos altos y los amplios ventanales que tanto ansiaba. Llevaba una eternidad batallando. Y entonces resultó que Walt Murray, proyeccionista del Palace 7 durante más de tres décadas, cumplía noventa años. La mujer de Walt, Mitzie, que era una señora de armas tomar, le propuso a Sammy abrir las puertas del antiguo cine sólo por una noche, para darle una sorpresa a su marido. Atrapado en plena cogorza de Remy Martin, Sammy aceptó encantado de la vida,

pero a la mañana siguiente se había olvidado de todo. Al cabo de una semana, cuando apareció un cartel en el escaparate del Palace 7, se quedó tan horrorizado por su acto de magnanimidad que fue directo al bufete de Jasper y Coates y amenazó con emprender todo tipo de acciones legales.

—La muy bruja me hizo una encerrona. Todo el mundo en este maldito pueblo sabe que el 11 de agosto celebro la muerte de Jackson Pollock. La puta técnica del goteo.

Patch lo llevó a rastras desde el otro lado de la calle y los dos se plantaron delante de la sala de cine vacía mientras Sammy seguía echando humo.

—Puede que lo vean con buenos ojos. Estás dando nueva vida al pueblo —probó Patch.

—No hago más que dar. La gente puede pasar por delante de mi galería y transportarse lejos de este pueblo de mala muerte con una sola mirada.

—Todo el mundo echa de menos el 7.

—El negocio se fue a pique.

—La gente te adoraría si lo abrieras de nuevo. Buen karma, Sammy.

—El día que me importe una mierda lo que la gente piense de mí será el día que vea pruebas contundentes de que el karma existe. Que a las buenas personas les pasan cosas buenas.

—Pues sólo por una noche. No puedes echarte atrás ahora, Sammy. Ya no.

Sammy negó con la cabeza con desesperación.

—¿Qué película van a poner? Más vale que sea algo con Catherine Deneuve.

Patch miró el escaparate y entonces vio el cartel.

—Vaya por Dios.

146

—Hacen un pase de *Grease* en el antiguo Palace 7 —dijo Misty por lo

menos diez veces durante la siguiente excursión.

Patch esquivó el tema hablando de sedimentos aluviales, deshielo glaciar y chorlitejos.

—¿Sabes que aún me acuerdo de todas las letras de las canciones? —insistió ella—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—Mucha gente confunde el vireo de Bell con un reyezuelo.

—Creo que todavía me entra el vestido amarillo que me puse la primera vez que la vi.

—Una vez, en la cárcel, un hombre se cagó encima en protesta por la falta de higiene. Qué ironía, ¿no, Mist?

Ella frunció el ceño.

—La verdad es que me encanta esa película —dijo.

Patch se ajustó el parche en el ojo y carraspeó deseando que se lo llevara una avalancha de barro.

A Misty se le iluminó la cara.

—Supongo que habrá una tarta gigante para el viejo Walt. A lo mejor la hace Mitzie. Era la dueña de la pastelería del número catorce. Mi madre decía que sus pasteles eran deliciosos.

—Sammy me contó que tiene la psoriasis. Tan severa que me hace barrer el suelo cuando la mujer viene de visita. Puede que se haya dejado la piel en esa tarta, Mist.

Se le nubló la cara.

Caminaron un trecho más. Misty iba cabizbaja, no levantó la mirada para ver el claro de las mariposas, los correcaminos o los pastos exuberantes. No tocó sus muffins ingleses, aunque no los había horneado ella misma.

Y cuando por fin llegaron de vuelta en el coche, él respiró hondo.

—Pues estaba pensando eso de la película en el…

—Me encantaría ir. Gracias, de corazón.

147

Era el municipio de Breckenridge, y Saint esperaba delante de una

vieja cabaña a la sombra de la cordillera de Tenmile, mientras los policías del condado de Summit custodiaban la escena con el silencio sepulcral que sólo acompaña a la muerte de una criatura.

Era una muestra de respeto hacia ella, rodeada en el gélido suelo por seis agentes de uniforme que cerraron las calles circundantes y acordonaron el bosque que había detrás. Saint se encontró con el comisario local, un tipo flaco con bigote de herradura y la tez pálida tirando a verdosa, como si se hubiera pasado la madrugada arrodillado en el cuarto de baño intentando purgar el recuerdo. Ella no le dijo que con el tiempo no sería más fácil. Que la imagen no se desvanecería.

Se puso los guantes y se abrochó un mono blanco. Después de cubrirse los zapatos con bolsas, pasó por debajo de la cinta y lo siguió por una pendiente pronunciada hasta la llanura de árboles talados, a bastante distancia de la maquinaria y los operarios, que la observaban con el casco en la mano.

—Casas nuevas —le dijo el comisario.

Saint vio el cúmulo de pedruscos y al lado montones de tierra húmeda.

La ropa había resistido bastante bien. Debajo estaban los huesos.

Y la razón por la que Saint había ido hasta allí.

Retiró cuidadosamente el rosario con los guantes.

Levantó las cuentas azuladas hacia la luz y miró fijamente la medalla.

Habían enterrado a la chica con ropa y zapatos y la cartera de la escuela. Saint sacó un monedero de entre los restos, pasó el pulgar por la carcasa de poliéster y lo abrió con cuidado.

—¿La conoce? —le preguntó el comisario.

—Las conozco a todas —dijo Saint.

Aquella noche ella lo llamó desde una cabina de teléfono que había delante de su motel, respirando el aroma de las lilas que crecían tres metros de altura. Surcaban la carretera las luces de los coches que subían bordeando la base de la montaña. Había pasado una larga tarde en la comisaría del condado de Summit, llamó a Himes y le envió un informe por fax, había comido una pizza mala y había repasado sus notas hasta ver la tinta emborronada, y entonces salió a llamar.

—Es medianoche —dijo Patch.

—Lo siento.

—¿Estás bien?

Podía verlo sentado en la oscuridad, sin una sola luz encendida en la vieja casa.

—Estoy en un pueblo que los lugareños llaman Breck, y desde donde estoy puedo ver una montaña que dejaría las nuestras en sombra. Si se cayera... si... nos aplastaría a todos.

—Creo que Misty está casada o algo así.

—¿Por qué?

—Sólo nos vemos los domingos por la mañana. No sé mucho de la vida que lleva ahora. Hablamos del pasado, pero nada más.

—¿Te reúnes con el agente de la condicional?

—Sí, señora.

Saint se rió.

—Me preocupas —dijo él.

—Me has quitado las palabras de la boca.

—Pensaba en ti todos los días, Saint. Pensaba en Jimmy y en lo que te hizo.

—Ha pasado mucho tiempo ya —dijo ella, como si no pensara también en aquello. Como si no le doliera cada vez que veía a una madre empujando un cochecito. Como si después no hubiera evitado a toda costa la sección infantil en las librerías, no hubiera acelerado el paso cuando pasaba por delante de un parque infantil. No imaginaba una vida distinta, en la que pudiera ser lo que no merecía ser. En la que Jimmy hubiera aprobado los exámenes y no le hubiera levantado

la mano. En la que aunque no pudiera ser el hombre que ella deseaba, pudiera ser un buen padre. Donde ambos pudieran ser los progenitores que ella no había conocido—. ¿Te acuerdas de Summer Reynolds? —le preguntó.

—Fort Worth. Esa chica tenía el pelo cadmio, ocre y violeta. Ojos viridián que les decían a sus padres que ella siempre iba un paso por delante. Recuerdo que su madre me contó que los traía de cabeza, pero con una sonrisa, ya sabes.

Saint le dio la noticia.

Y oyó el clic y la señal de llamada.

149

A la mañana siguiente Saint se levantó temprano y paseó por el centro, donde vio los murales de edificios que se remontaban a la primera fiebre del oro y a los yacimientos de Blue River. Apuntó con la cámara hacia la lavandería china y la casa Pollock, siguió un sendero hasta la pensión de Iowa Hill, preguntándose qué pensarían aquellos mineros de todo eso. Estaban poniendo los cimientos de un pueblo que se desentendería de los incendios forestales y la llamada a la modernización, un lugar donde una joven perdería la vida a manos de un hombre que permanecía fuera de su alcance a pesar de todo lo que sabían de él. Encontró una castaña de Indias y la abrió, le quitó la cápsula de púas y se guardó el reluciente fruto en el bolsillo.

Vio un tren de madera en una pequeña juguetería y lo estudió detenidamente. Ojeó las estanterías de libros sobre temas tan variopintos como el espacio exterior y las bellas artes, la historia de Estados Unidos y la vida salvaje. Y, por supuesto, libros de cuentos, desde el doctor Seuss hasta Rudyard Kipling. Saint miró a una madre que iba con su hijo; el niño esbozó una sonrisa y Saint le sonrió también. Eligieron *Donde viven los monstruos*. Saint tomó nota del título.

Al llegar al motel vio el viejo Buick en el aparcamiento y a Patch

apoyado en el capó.

Parecía hecho polvo, como si hubiera cogido las llaves en cuanto colgó el teléfono y se hubiera pasado toda la noche y buena parte del día conduciendo.

—¿Han venido sus padres? —preguntó.

Ella podría haberle dicho mil cosas. Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza y lo acompañó por la avenida hasta la comisaría. Iba cargado con un paquete grande, y cuando vio a la señora Reynolds, la mujer se levantó enseguida de su asiento debajo del viejo reloj y fue a su encuentro; aunque habían pasado muchos años, lo abrazó como si fuera de la familia.

Saint los dejó a solas en el despacho de atrás, donde Patch desenvolvió el retrato de su hija y se lo regaló. Saint sabía que era un cuadro valorado en muchos miles de dólares, pues Sammy se lo había dicho. También sabía que era un regalo del que los Reynolds nunca se separarían.

Saint pasó una larga tarde en el café Blue River con Patch, que lloraba el recuerdo de otra chica a la que nunca había tenido el honor de conocer.

—Tengo los resultados del ADN de la granja Tooms —le dijo—. Muchas muestras, pero ninguna coincide. No significa que ella no estuviera allí. Fue hace mucho tiempo. Probablemente limpiaron con lejía… A mí no…

Patch pegó un puñetazo tan fuerte en la mesa que las tazas se cayeron al suelo. Saint le hizo un gesto de disculpa a la camarera mientras acompañaba a Patch a la salida.

Y mientras avanzaba la tarde, le hizo prometer que volvería directo a casa. Había infringido la libertad condicional. Saint no lo delataría, pero tampoco mentiría para protegerlo si le preguntaban.

—Summer Reynolds. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? —quiso saber él.

—Mucho tiempo.

—¿Y no hay nada nuevo sobre Callie Montrose?

—Nada —dijo Saint pensando en Richie Montrose. Lo último que Saint había oído era que una pelea de bar se había desmadrado y

Richie acabó pasando la noche en el calabozo. Sólo se lo pasaban por ser quien era, y quizá porque todo el mundo lo sabía.

—¿Cuántas más, Saint? ¿Cuántas más de estas chicas a las que pinto hay por ahí enterradas?

150

Patch condujo siete horas de un tirón, estaba tan cansado que a veces el viejo Buick rebasaba las líneas blancas hasta que abría la ventanilla y dejaba que el aire húmedo lo despejara. Veinte millones de hectáreas de oscuridad.

Llevaba un antiguo mapa de ordenación, aunque prácticamente ilegible por todas las marcas y notas que había hecho. Echó una ojeada al río, pero no vio los prometedores destellos en el cieno que habían encontrado los mineros de antaño, sólo un recordatorio de que si su historia tenía un final no sería el esperado, un final donde encontraba a Grace, donde ella había llevado la vida plena que merecía. Aparcó en el arcén de la interestatal setenta y echó una cabezada.

Al ver la primera señal para Monta Clare, se acordó y se le encogió el corazón.

Pasó de largo por Rosewood Avenue y fue a Parade Hill, donde aparcó la camioneta al otro lado de la calle y se acercó a la puerta.

—Me perdí la película —dijo.

Misty asintió.

—Lo siento mucho. Surgió un imprevisto.

—No pasa nada —dijo ella—. Es sólo una película.

Quería contárselo, pero supuso que Misty ya lo sabía. Cualquiera que fuese el motivo, estaba acostumbrada. A esperar menos de él, porque muchos años atrás ya le había demostrado ser menos en todos los sentidos.

—Puedo… podríamos ir a algún sitio…

—Tengo que parar, Patch. No sé muy bien hacia dónde íbamos, pero ya no puedo seguir.

—Por supuesto.

—Nos vemos, entonces —dijo Misty acercándose a él para ponerse de puntillas y darle un beso en la mejilla, y se quedó allí un rato, como si ese momento significara algo que él no acababa de comprender.

Mientras volvía, Patch la vio al pie del sendero. Una cinta amarilla para el pelo, tirada entre los arbustos. Después de tantos años aún la recordaba.

Se agachó a recogerla y dio media vuelta y subió de nuevo por el sendero, sin saber exactamente qué iba a decir, sólo que las cosas no podían quedar así.

Estaba a punto de llamar cuando se encendió la luz en la ventana de al lado.

Y entonces vio a Misty a través del vidrio.

Y vio con quién estaba.

Pasó un momento antes de que todas las piezas encajaran. Antes de que el mundo girara una vez más sin él.

151

La niña se llamaba Charlotte y estaba delante de un televisor enorme.

Tenía el pelo dorado, largo hasta la cintura.

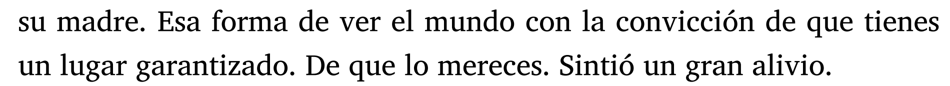
Misty los dejó a solas.

Patch miró a su hija, y la niña se quedó impasible mirándolo.

—¿Te gustan los Teleñecos? —le preguntó él fijándose en los peluches.

La niña llevaba un peto vaquero e iba descalza por un suelo de madera que reflejaba el sol de la mañana.

—Eres amigo de mi madre —dijo ella, sosteniéndole la mirada con tanto aplomo que supo en el acto que había heredado la confianza de


su madre. Esa forma de ver el mundo con la convicción de que tienes un lugar garantizado. De que lo mereces. Sintió un gran alivio.

—Sí —dijo.

—¿Cómo es que no te conozco, entonces?

—He estado lejos buscando a alguien.

—¿A quién?

Carraspeó ligeramente.

—A una chica que conocía.

—¿Cómo se llama?

—Grace.

Se dio cuenta entonces de que tenía los mismos ojos que él. Eran de un marrón clarísimo, con pestañas espesas y oscuras.

—Mamá me dijo que era amiga de un pirata, pero pensé que era un cuento.

Patch observó sus labios en forma de corazón mientras hablaba.

—También me contó que eras el chico más valiente del mundo, aunque eso también me suena a cuento.

Se acercó a observarlo tan de cerca que sintió el olor de la crema en su piel.

—Esa chica a la que buscas, quizá no existe. Eso es lo que dijo mi abuela. Y supongo que eso quiere decir que estás loco.

Patch sonrió, pero la niña no.

—Existe… o existía —dijo susurrando también.

—Así que es ella —dijo Charlotte.

—¿Cómo?

—Tu conexión arcoíris.

—¿Qué es eso?

La niña resopló con un gesto de incredulidad que recordaba a su madre.

—Cada persona ha venido a este mundo para unirse a otra. Si persigues tus sueños y os encontráis, estaréis juntos y nada más importará. ¿No has oído la canción de la rana?

Patch negó con la cabeza.

Charlotte se sentó a su lado y miraron a la rana verde rasgueando

un banjo.

La niña movía los labios siguiendo la letra, prometió que algún día se encontrarían.

Misty miraba desde la puerta.

Patch podría haberse conformado con eso. Ahí mismo, en ese preciso momento, podría haber pulsado el botón y el mundo se habría detenido por fin con un temblor y un gemido.

—«Los amantes, los soñadores y yo...» —cantó Charlotte.

152

—Por eso dejaste los estudios —dijo mientras se sentaban uno al lado del otro en los columpios.

—Sí.

—Podrías habérselo dicho a Sammy.

Misty se rió, pero no con frialdad.

—Y arrastrarte de nuevo aquí para que asumieras una responsabilidad para la que claramente no estabas preparado. Joder, Patch. Ni yo estaba preparada. Mi madre...

—¿Lo sabe?

—No te quiere cerca de Charlotte.

Patch no acertó a contestar. Misty le dio la mano.

—Quería contártelo. Pero antes lo que necesitaba era volver a conocerte.

—Y ella... ¿cómo es? —dijo, atreviéndose a preguntar como si tuviera derecho a hacerlo.

Misty volvió a sonreír, esta vez sin reservas.

—Es... No sé ni por dónde empezar. Es fuerte. Más lista que yo. Le gustan los animales. Su lugar favorito del mundo es el zoológico de Culpepper. Suelta palabrotas, y cuando lo hace a mí me da la risa y a mi madre le da el telele. Ni siquiera sabemos de dónde las saca. Y además... es una ladronzuela. Tampoco sabemos de dónde le viene

eso.

Patch frunció el ceño.

—Chocolatinas, más que nada. A veces alguna chuchería. Solía registrarle los bolsillos y encontraba de todo.

—Qué escándalo —dijo él sin levantar la mirada.

—Creo que sólo es una fase, porque últimamente no he encontrado nada.

No le sugirió que le revisara las mangas.

—Es clavada a ti, Patch. A veces me recuerda tanto a ti que no puedo soportarlo.

—No se lo cuentes —le pidió él de repente, desesperado.

Misty le apretó la mano.

—Necesita seguridad, no un padre que la abandona cada vez que llega una carta o que suena el teléfono y luego se va a la otra punta del país sin que ella sepa cuándo volverá a verlo. Necesita raíces a las que aferrarse. Estabilidad.

—No tengo... No soy nada de lo que pueda sentirse orgullosa. —Ella fue a hablar, pero él negó con la cabeza—. Sabes que es verdad, Mist. Es una cría perfecta, con una madre perfecta, que lo tiene todo. Por favor, no se lo cuentes.

Casi sin aliento, levantó la mirada. Justo entonces, unas nubes mastodónticas se combaron como bolsas cargadas de lluvia, y el cielo que las enmarcaba detonó como si ya no pudiera aguantar más la pena.

Misty llamó a Charlotte para que saliera, y se quedaron de pie las dos juntas inclinando la cabeza hacia atrás, en medio de unos jardines cuidados con esmero frente a la casa pintada de un nuevo tono amarillo.

Patch sabía que se avecinaba una tormenta, y que tendrían que resguardarse un tiempo y capearla, a la espera de que amainara.

Aquella noche se sentó con Sammy en la terracita encima de la galería. Un trueno lejano llegó desde las montañas de Saint Francois, anunciando el vendaval que soplaría en todo el estado, arrancando camiones de las carreteras y tejados de las granjas, mientras las familias se agazapaban debajo intentando buscar refugio. Mataría a noventa personas, causaría heridas a doscientas más, y se desvanecería a sólo ochenta kilómetros de Monta Clare.

Patch no se atrevía a pensar en Charlotte como su hija, porque solamente lo era en lo que menos contaba. Se lo había dicho a Sammy, que descorchó una botella de ron Clément cosecha de 1940 para «bautizar al bebé».

—Tiene siete años —dijo Patch.

—Dalí empezó a los seis.

Cayeron las primeras gotas de lluvia. No se movieron, el calor seguía apretando. Sammy tapó su copa con la palma de la mano.

—Estás preocupado.

—No tengo derecho a preocuparme. Ni a conocerla. Ni a pronunciar su nombre.

Sammy sonrió.

—¿Cuánto hace que te conozco?

—Demasiado.

—Y nunca te he hecho un cumplido, ¿verdad?

Patch se lo pensó un instante y asintió.

—No voy a empezar ahora. Pero te diré algo. Esa niña tiene un padre al que he visto convertirse de niño en hombre. Y no conozco muchos casos. Ya has dedicado la mitad de tu vida a buscar a alguien que te necesitaba. Tal vez ahora sea el momento de recuperar un poco de esas energías. No para ti, sino porque podrías dárselas a ella.

—Misty dijo que necesita estabilidad. Necesita raíces.

—Pues se las das.

Patch contempló la lluvia.

—No sé cómo.

Sammy bebió.

—Sí sabes. Sólo tienes miedo de dejarte llevar.

—Pienso en sus orígenes, en el padre de Misty y en cómo me miraba.

—Franklin Meyer era un cabrón, y de caballero tenía poco. El padre de Franklin también era un cabrón. De niños eran unos cabroncetes. Una estirpe de cabrones, cada cual más cabrón que el anterior.

—Me pregunto cuál es el término colectivo para...

—Cabrumen —dijo Sammy con aire sabihondo.

Patch tomó un trago y siguió mirando la lluvia.

—Grace me necesita. Más de lo que me necesita Charlotte.

Sammy se acercó y le plantó una mano en el hombro.

—No le des demasiadas vueltas. Yo nunca conocí a mi padre y, mira, tan mal no he salido.

Al día siguiente Patch le pidió a Sammy que vendiera media docena de cuadros.

Echaría raíces en Monta Clare.

154

El verano llegaba a su apogeo cuando Patch se quitó la camisa y empezó a sacar los muebles al patio de delante de la casa. El sofá y las estanterías, la mesita de comedor y la alacena. Tardó menos de una hora en deshacerse del pasado de la planta baja, donde veía a su madre entreverada en cada objeto, su silueta en los cojines, su olor en los armarios de la cocina.

Guardó los utensilios en cajas, arrastró el frigorífico y lo tendió en la hierba muerta.

En el piso de arriba quitó las sábanas y las colchas, metió la ropa en bolsas, las toallas, el maquillaje y los perfumes. Un frasco se cayó y se rompió, y los recuerdos que traía el aroma le ardieron en la garganta mientras trajinaba.

En su cuarto guardó en cajas todos los recuerdos de piratas. No era un pirata. Era un hombre de treinta años con antecedentes penales.

A la hora de comer fue a buscar a la abuela de Saint, que se quedó

en el patio mientras una furgoneta acudía a retirar lo que podía aprovecharse. Norma habló de viviendas protegidas y organizaciones benéficas.

Encendió un cigarrillo y vio a Patch volver de la ferretería con un mazo y liarse a golpes. Arrancó las puertas de los marcos, desprendió los zócalos y enrolló las moquetas. Con los músculos en tensión pasaba por la vieja casa como una apisonadora, levantando y destruyendo con brutalidad, arrancando las barandillas de los postes, haciendo pedazos la encimera de la cocina. Destrozó la bañera de porcelana y el lavabo, se apuntó a sí mismo en el gran espejo y blandió el mazo.

La vieja casa se defendió: un clavo errático le saltó al hombro rasgándole la piel, los tabiques de yeso soltaban tanto polvo que cuando volvió a salir al sol de la tarde Patch tenía el pelo gris.

Se quedó allí de pie, empapado en sudor y sangre, recuperó el aliento y volvió a entrar para un segundo asalto.

Saint llegó y se reunió con su abuela.

—Creo que se ha vuelto loco —dijo Norma.

—Estás insinuando que antes estaba cuerdo.

Aquella noche Rosewood Avenue resplandecía con las llamas y el humo que se elevaban desde el patio de la vieja casa de los Macauley. Patch se sentó en lo que quedaba del porche y observó cómo los maderos arrancados se carbonizaban hasta acabar reducidos a cenizas.

Misty y Charlotte bajaron de lo alto de la colina y contemplaron el espectáculo, junto con Sammy, que llegó deambulando desde Main Street, botella en mano, ofreciendo lingotazos.

—Château Léoville… Las Cases Saint-Julien Deuxième Cru —farfulló.

—Es una cría —dijo Misty apartando la mano de Charlotte de un manotazo cuando vio que la acercaba a una copa.

Patch se detuvo delante de las llamas y miró a su hija. Aquella noche no fue sólo el calor de la vieja casa el que lo reconfortó.

Al día siguiente Patch apareció conduciendo una excavadora por la calle y arremetió contra la fachada de la casa. Los vecinos se reunieron y vieron cómo la pala reducía a escombros lo que quedaba de la vivienda.

Patch se detuvo un momento en lo alto del montículo antes de ir a por una retroexcavadora y empezar a despejar el terreno.

Patch dormía en su coche, no se afeitaba, se lavaba en el lago y comía con quien tuviese la bondad de acogerlo, que la mayoría de las veces eran Saint y su abuela.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó Saint mientras cenaban pollo frito, macarrones con queso y pan de maíz.

—Construir —dijo Patch.

Saint miró de reojo a su abuela, que negó con la cabeza como si el barbudo hubiera perdido definitivamente la chaveta.

No contrató a un arquitecto, sino que trabajó a partir de los cuadros, de un recuerdo en el que sabía que no se podía fiar del todo.

Trajeron la madera en remolques de camiones que hacían retumbar el pueblo y despertaban a los vecinos a horas intempestivas. Para compensar, Patch prometió abrir las puertas de su casa y celebrar una fiesta en cuanto terminara.

—Es probable que se derrumbe si suben por la escalera más de dos personas —dijo Sammy desde su rincón en el césped, donde se sentaba cada tarde en una silla plegable y bebía mientras observaba a aquel demente, equipado con el cinturón de herramientas, sierra de mano, varios martillos, cinceles y taladros, repasar una serie de bocetos y rascarse la cabeza bajo el temible sol del mediodía.

Cuando se quedaba sin fondos, se paseaba por la galería y elegía otro cuadro del que desprenderse, perdiendo cada vez una pieza del mundo de ella que no podía recuperar.

Misty llevó a Charlotte a la galería, y Patch le habló de las chicas desaparecidas y del empeño que perseguía.

—Menudo disparate —le dijo la niña a su madre, que no pudo sino darle la razón.

Se gastó una pequeña fortuna en un torno, y otra mayor en madera

y vidrio.

Excavó a mano los cimientos, desde el amanecer hasta el anochecer, y una vez trajo focos industriales e intentó trabajar toda la noche antes de que los vecinos, encabezados por un Mitch Evans visiblemente nervioso, se reunieran y le dijeran que allí nadie podía dormir. Patch se rascó la barba y se ofreció a oscurecerles todas las ventanas con papel de periódico y cinta adhesiva.

Misty empezó a detenerse a diario con Charlotte al volver andando de la escuela, y las dos se quedaban mirándole la barba, que ahora le llegaba casi hasta el pecho, la maraña de pelo y la piel bronceada, y chasqueaban la lengua dándolo por imposible.

Sammy, cansado del espectáculo, trajo a varios arquitectos de la ciudad, que miraron los dibujos de Patch, fruncieron el ceño y negaron con la cabeza. Y a varios albañiles, a los que Patch les consintió que ayudaran a condición de que si sugerían un solo cambio en el diseño los haría caminar por el largo tablón que asomaba por debajo de la imponente cumbrera.

—No puedes amenazar a un contratista —dijo Saint, mientras comía churrascos con ensalada de repollo.

Patch asintió.

—La casa va a quedar estupenda, eso sí —dijo su abuela, viendo que el pórtico tomaba forma, con una columnata tan alta que Patch tenía que subir las tejas con un sistema de poleas que a menudo fallaba y obligaba a Sammy a correr para ponerse a cubierto cuando llovía pizarra del cielo de Monta Clare.

Patch se desvió tanto de la normativa de urbanismo que contuvo la respiración cuando el inspector de obras, un hombre que era más nervio que carne, tan enjuto que parecía un palo de escoba con piernas y brazos como palillos, atisbó por encima de las gafas y negó con la cabeza varias veces.

Saint agarró al hombre del brazo y a grandes rasgos le contó la historia que inspiraba la casa. Un par de correcciones y una multa simbólica, y Patch volvió al trabajo ese mismo día.

El trabajo se ralentizó en invierno cuando el suelo se helaba. El cielo se volvió blanco y Patch se puso un gorro de lana que Charlotte

le había regalado por Navidad. A cambio, él le regaló un retrato que hizo de la niña con su madre delante de la casa en llamas. Charlotte lo acusó de hacerle los ojos demasiado grandes, pero sin decir nada lo colgó en su dormitorio cuando se enteró del valor que tenía.

Acompañó a Misty y a su madre al recital de piano de Charlotte. La escarcha empezaba a derretirse en el pueblo, aunque no entre Patch y la señora Meyer, que no se dignaba a saludarlo bajo ningún concepto.

Patch soltaba las herramientas y lo dejaba todo cada vez que aparecía una pista, por más vaga que fuera. A veces, en plena noche, salía con su desvencijado Camaro por la calle en dirección a la ruta y recorría miles de kilómetros para poder hablar con unos padres ancianos que se aferraban a una posibilidad remota, en la que había menos sensatez que esperanzas. Era una especie de compromiso. No abandonaría a Grace, pero le demostraría a Misty que él siempre volvía.

156

Una vez terminado el armazón y seco el estuco, pasó una semana entera pintándola de blanco, con las contraventanas en un azul egeo que adquiría una tonalidad distinta cada vez que se tumbaba a oscuras y arrancaba recuerdos de la memoria como si fueran plumas de un pavo real que avivaban su locura.

Y hacía temblar las tablas de madera del suelo con mis zapatos de claqué hasta que sentía el corazón a punto de reventar.

Patch, descifrando una clave que no existía, decidió que necesitaba suelos hechos con corazón de pino, y se pasó un mes más recorriendo depósitos de material de derribo hasta que encontró un tono que encajaba con el que había imaginado.

Había una habitación para mí, otra para mi madre, y tres más que alquilábamos a gente que estaba de paso. Una vez fue una chica de unos diecinueve años que me enseñó el arte del maquillaje. Decadencia, Patch. No hay palabra más decadente. Otra vez fue un predicador camino al

condado de Pearl River. ¿Alguna vez has visto la ciénaga de Hemmsford? Uf, ese lugar sí que necesita un exorcismo. Cinco dormitorios para un hombre que viviría solo. Un cuarto de estar tenebroso y una cocina, además de un comedor, porque Grace había mencionado las formalidades de la cena de Acción de Gracias. Un jardín de invierno, como Saint lo llamaba, porque Patch no sabía qué coño era un jardín de invierno, sólo que el tejado de vidrio proyectaba la luz de la mañana sobre las paredes blancas.

La escalera exterior fue un martirio que lo trajo de cabeza porque no encajaba, ni flotaba, ni se fijaba. Al final aceptó la ayuda del primo de Saint, Patrick, un carpintero de Brookfield que la arregló durante el fin de semana del Día del Trabajo. El resultado final fue tan fiel a su visión que abrazó a Patrick tanto tiempo que el hombre buscó a Saint con la mirada para que lo liberara.

—Deja de asustar a la gente —le pidió ella mientras comían estofado Brunswick con panecillos de maíz.

Patch asintió.

—La casa va a quedar estupenda, eso sí —dijo su abuela.

157

El otoño siguiente Patch cumplió su palabra y abrió de par en par las puertas de su inmensa casa vacía. Norma se encargó de las invitaciones y acudieron a la inauguración cerca de trescientas personas, entre las que estaba Daisy Creason, de *The Tribune,* que publicó un artículo en primera plana. Patch accedió sólo porque de algún modo podría acabar llevándolo hasta ella.

Sammy declaró ser el único dignatario que merecía cortar la cinta y, allí de pie vestido de frac y con la lengua pastosa, pronunció un discurso tan inconexo que la gente miraba el reloj y se encogía de hombros. Habló de papeleo, de burocracia y de los cabrones de la oficina de urbanismo. Algunos refunfuñaron, hubo un grito ahogado y Charlotte estalló en una carcajada por la que se llevó una regañina de

su madre.

Cuando Sammy bautizó la casa como «el Manicomio», a Patch casi se le escapa una sonrisa.

Misty se encargó personalmente del ágape, y los invitados se rascaban la cabeza al ver los volovanes de gambas a la crema y la pizza de pavo.

Sammy había decidido colgar un par de cuadros, lo que generó un poco de revuelo e impulsó a varias solteras a buscar al artista y preguntarle si no se sentiría solo vagando por una casa tan grande.

Misty lo agarró del brazo y lo sacó por las puertas acristaladas hasta el patio, donde habían ensartado guirnaldas de luces entre los dedos de las ramas de nueve cortezas.

Se sentaron en un banco tallado en una sola pieza de roble con una motosierra de la que Patch se había deshecho después por miedo a recuperar la cordura un día y empezar a talar los cimientos del Manicomio.

—Esta casa… —dijo Misty mirando hacia la torreta.

—¿Qué es lo que ves, Mist?

—La pureza de la ejecución. Se parece a la del cuadro.

—En algún lugar hay una casa igual. Y ella vivía allí.

—¿Crees que les gusta mi pizza? —preguntó.

—¿Cómo no va a gustarles? —contestó él. A decir verdad, el par de porciones que le había endosado tapizaban ahora los macizos de flores.

—La mitad de nuestra vida, ya. —Misty suspiró.

A través del ventanal vieron al comisario Nix hablando con Saint y su abuela.

—¿Por qué volviste, Misty?

—Para que Charlotte pudiera tener lo que yo tuve. Para que mi madre pudiera conocerla. ¿Por qué volviste tú?

Dejó la botella de cerveza vacía en el césped.

—El mundo es demasiado grande. Si pierdes a alguien, es probable que lo vuelvas a encontrar si se queda en un mismo sitio, ¿no? Pero al mudaros vosotras dos…

Patch se puso de pie.

—Hay algo más —dijo ella.

Él se volvió y al verle la cara supo que algo no iba bien.

—Estoy enferma, Patch.

—¿Enferma?

Miró la forma de su rostro, los colores que conocía mejor que nadie. A la luz de la luna vio las sutilezas que la conformaban, los trazos finos y las sombras marcadas. La vio en una mezcla de tonalidades, su piel titanio y ámbar tostado y carmín de alizarina. Sus ojos prusianos. Su pelo sería de tonos oscuros suavizados con siena antes de aplicar las capas de luz. En toda su deslumbrante gloria.

No podía estar enferma. El mundo no permitiría semejante tragedia.

—El tipo de enfermedad de la que no te recuperas.

La estrechó entre sus brazos y supo que podría usar todos los colores a su alcance para pintar a Misty Meyer, y aun así nunca conseguiría acercarse.

158

Parque natural de Quartz Mountain.

Un ayudante del sheriff que llevaba un sombrero de ala ancha recibió a Saint en el sendero de Cedar Creek y la condujo en absoluto silencio. Atravesaron los matorrales resecos pisoteados de las tierras silvestres junto al antiguo sendero del paso de Black Jack.

A lo lejos se alzaba la cara de granito de Baldy Point. Más de noventa metros. Había pasado por Hobart y Lone Wolf, y la carcomía por dentro cierta inquietud porque el ayudante del sheriff estaba cualificado y no pudo pronunciarse.

Vio a un par de escaladores a lo lejos.

—Será insoportable cuando suba el calor —dijo el agente.

Por su cara Saint no supo calcular la edad que tenía, aunque supuso que era veterano, porque no reaccionó cuando llegaron a la fosa donde estaba enterrada.

Habían vigilado el lugar lo mejor que pudieron.

Entrar con las camionetas no sería posible.

Saint se arrodilló en el suelo y quedó a la sombra del agente.

—¿La ha encontrado un perro? —dijo Saint.

—Sí, señora. Los de la Coalición de Escaladores de Wichita estaban poniendo anclajes nuevos. Imagino que habían trabajado para despejar un nuevo sendero.

Saint se quedó mirando los restos esqueléticos.

—Supongo que no pudo enterrarla a la profundidad suficiente. Mucha roca. Quizá la tierra estaba dura cuando lo hizo.

No había ropa ni bolso. No había restos. Sólo un objeto permanecía intacto junto a los huesos.

Se fijó en la finura de la pieza. Los azules metálicos, la cruz del perdón. Las cuentas más grandes a intervalos.

—¿El mismo hombre? —preguntó el ayudante del sheriff.

Saint asintió, serena, porque lo había presentido mucho antes de tener la certeza.

—El mismo.

159

Patch no estaba preparado para la velocidad con la que el cáncer hacía estragos en el cuerpo de Misty.

En el verano de 1993 levantó su cama y la llevó hasta la ventana apaisada al otro lado de la habitación para que ella pudiera contemplar cómo se aproximaba el otoño antes de que el invierno barriera los colores y sólo quedara el recuerdo.

Pasaba mucho tiempo en la mansión de Parade Hill, donde permanecía más bien en un segundo plano presenciando escenas que empezaban a apagarse. Charlotte se acurrucaba al lado de su madre, a veces leyendo los libros de la escuela, otras escuchando a Misty hablar del pasado compartido, como aquella vez que Patch se había enfrentado a un matón que casi lo doblaba en tamaño.

—¿Chuck Bradley? —dijo Charlotte—. ¿El calvo que trabaja en el concesionario de la Ford?

Patch asintió. El mismo concesionario adonde llevaba a revisar su nuevo F-150.

En la televisión se veía de fondo el descarrilamiento de un tren Amtrak que se cobraría cuarenta y siete vidas y dejaría más de cien heridos. Patch no podía apartar la mirada del siniestro en el puente hundido del Gran Bayou. La reportera era joven y asistía conmocionada a la tragedia con voz temblorosa, pero en sus palabras él reconoció algo que lo dejó paralizado hasta que Charlotte le gritó que fuera a buscar a su abuela porque a Misty le estaba subiendo la fiebre.

Durante el verano más frío y el otoño menos colorido transcurrieron unos meses difíciles alentados por la promesa de una Navidad y un regalo con el que poder darle una alegría a su hija, aunque para entonces Misty sufría tanto que Patch se llevaba a Charlotte apesadumbrada cada tarde a la galería mientras llegaban las enfermeras. La morfina podía mitigar el deterioro de los nervios de Misty; en cambio, la tristeza premonitoria de su hija, no.

La enseñó a pintar, sin permitir que Sammy entrara en el pequeño estudio, y la animó a buscar su centro y a trabajar desde ahí. Encontró en la taquilla pinceles que no había utilizado desde hacía casi veinte años.

Mientras ella recogía, Sammy se asomó, echó un vistazo al lienzo y negó con la cabeza.

—Qué horror, joder.

Charlotte frunció el ceño y Sammy le hizo una peineta, y a pesar de la desolación estuvo a punto de provocarle una sonrisa.

Se volvieron cuando una mujer salió, bajó las escaleras y miró a Charlotte de reojo antes de marcharse.

—¿Era mi profesora del coro? —preguntó Charlotte.

Patch miró a Sammy, que se encogió de hombros.

—Sin duda llega a las notas altas.

—Dios —murmuró Patch.

—Ella también mencionó a Dios en un momento dado —añadió

Sammy.

—¿Quizá para decir algo como «Dios, quítame a este viejo carcamal de encima»? —dijo Charlotte.

Sammy se volvió y ambos observaron cómo le temblaban los hombros mientras se esforzaba por reprimir la risa.

Para recibir el nuevo año se sentaron los tres en la cama de Misty y contemplaron el cielo de Monta Clare iluminado con los fuegos artificiales. Charlotte pegó la cara en el vidrio mientras los cohetes surcaban el cielo y las fuentes resplandecían en Main Street, un espectáculo que Sammy había aceptado patrocinar en pleno estupor de una borrachera para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Audrey Hepburn, «la dama con la que estrené mi virilidad».

Después de medianoche, cuando el cielo se serenó y sólo quedaba la luz de las estrellas, Patch dejó a madre e hija durmiendo y encontró a la señora Meyer en la terraza.

—Joseph —lo llamó, y él subió los escalones de piedra para reunirse con ella.

El jardín estaba iluminado, el mismo lugar en el que una vez se había sentado con el padre de Misty, tantos años atrás.

—Eres bueno con ella… con las dos.

—No lo soy, pero gracias.

Tenía un aire tan parecido a su hija, elegante y digna, aunque en conjunto era gélida.

Con el pelo todavía rubio, la piel de alabastro, como si desviara los rayos nocivos con su frialdad.

—¿Te quedarás… después?

—Sí.

—Pero ¿de verdad? ¿Te quedarás del todo, o solamente la parte que pertenecía a mi hija? Me lo pregunto. Me pregunto qué serás capaz de darle alguna vez a otra persona. ¿Te parezco cruel?

Patch negó con la cabeza.

—No le echo de menos. A Franklin. Sé cómo suena, pero su manera de ver el mundo, y cómo decidía lidiar con los problemas. Es una tradición de los Meyer: echar dinero a un problema hasta que desaparezca…

—Yo era un problema —dijo Patch.

—Huy, el más grande —dijo añadiendo una sonrisa—. A mí nunca me hizo reír. Y yo lo sabía, antes de conocerle. Sabía lo que era el amor y la risa y lo dulce que podía ser la vida.

—Aun así, te casaste con él.

Miró a Patch como si fuera un niño, incapaz de comprender que el mundo siguiera girando.

—A veces la gente se reserva demasiado. Es como guardar un buen vino para una ocasión que nunca llega.

—Hay que bebérselo, entonces. Un martes, cuando brille el sol, o cuando se cierna una nube de tormenta, hay que bebérselo —dijo él pensando en Sammy.

—Durante mucho tiempo estuvimos sólo nosotras tres. Charlotte lo es todo, tiene que serlo.

—Lo sé.

—No estoy segura, pero espero que con el tiempo lo sepas.

160

Condujeron hasta el lago de Pine el día que empezó a helar. Patch ayudó a Charlotte a ponerse los patines de cuchilla y se acurrucó junto a Misty mientras veían a la niña hacer piruetas, cogiendo tal velocidad que Patch temía que hiciera un agujero en el hielo y se tuviera que tirar de cabeza a rescatarla.

—Gracias por no preguntarme cada treinta segundos si estoy bien— dijo Misty.

—Es porque no me importa demasiado.

Ella se rió, un sonido que él guardaría en un recuerdo que ya se escapaba, aferrándose con fuerza al tiempo fugaz. Charlotte estaba más alta, más guapa, curiosa y rebelde.

—Quiero contárselo —dijo Misty, arropada con capas de mantas y un gorro de lana rosa.

—No.

—Pronto, pues. Te va a querer mucho. Verá lo brillante que eres, Joseph Macauley.

—Ahora calla, veo que la enfermedad te hace decir cosas sin sentido.

Cada semana iban a un centro en Alice Springs, donde Misty tenía acceso a las mejores instalaciones. Cuarenta hectáreas del verdor de Misuri. En el cartel se leía que era un centro privado de cuidados paliativos. Misty había vuelto a la casa de su familia en Monta Clare, pero le gustaba visitar a las amistades que había hecho durante el tratamiento. Patch la esperaba fuera, mientras Charlotte iba a la escuela y la señora Meyer se tomaba un poco de tiempo para ella. Se topó con el comisario Nix, que ahora dedicaba sus días libres a ir de voluntario. Nix, empujando a una joven en silla de ruedas, sonrió. Por supuesto Patch sabía que el cáncer era una ola creciente, pero hasta entonces su alcance parecía ilimitado, secular.

En el camino de vuelta pararon en Saint Raphael.

—Tengo miedo —dijo Misty.

La estrechó con fuerza entre sus brazos.

161

Una fría mañana Patch contestó al teléfono de los Meyer y se enteró de que Charlotte había faltado a clase. La cubrió sin titubeos, le dijo a la profesora que se había resfriado, y luego salió a buscarla por Monta Clare. Mantuvo la calma, convencido de que no podía haber ido muy lejos, aunque despertó a Sammy y lo mandó a recorrer las calles de la zona alta.

Patch la encontró sentada en la orilla del lago, sola, con un girasol silvestre en la mano, sujetando entre los deditos la bráctea lanceolada mientras deshojaba la flor y los pétalos se quedaban flotando en el agua.

—¿Te importa si me siento? —le preguntó.

—Me importa.

Se sentó a suficiente distancia como para no rozarle la rodilla con la suya.

—Solía saltarme las clases y venir aquí cuando tenía tu edad.

—No me salto nada. Decidí no ir. No es la cárcel.

—Estás asustada… por tu madre.

—No estoy asustada.

—Yo sí.

—Por eso Sammy te llama «nenaza».

Él frunció el ceño.

—He visto fotos de mi madre cuando era joven, y es tan guapa como ahora. Pero te eligió a ti —dijo, como si fuera un desafío, como si no pudiera haber un misterio menos insondable—. Porque la salvaste. Mi abuela dice que te quería por lástima. Porque eras pobre. Se nota por las fotos en las que te he visto. Sales flacucho y con ropa de otra talla. Tu madre no te daba suficiente cariño.

—Yo era un niño difícil de querer.

—Eras malo.

Él asintió con la cabeza.

—Pero mamá se ha puesto enferma y tú no.

—¿Crees en Dios? —le preguntó.

La niña tardó un momento antes de negar con la cabeza.

Patch contuvo el impulso de tenderle la mano, y ella se dio cuenta y lo miró fijamente con rabia.

—Nunca te querré como a un padre.

—Yo…

—Todos creéis que no lo sé.

Detrás de ella un porrón coronado se zambulló, y las ondas concéntricas se propagaron hasta desaparecer, sin dejar ni rastro.

—Quiero que sepas que nunca te daré la mano. Nunca te abrazaré. Nunca seré tuya de ninguna manera.

Resignado, asintió en silencio.

—No es justo —dijo ella.

—Rara vez lo es.

Charlotte echó a andar para volver a casa.

Patch aguardó unos minutos y fue detrás, sin perderla de vista, a la

distancia necesaria para que la niña no tuviera que sentir que estaba ahí.

162

A medida que Misty perdía fuerzas, el ánimo se le agriaba a pesar del empeño que ponía en mantener la entereza por el bien de su hija. A petición de su abuela, Charlotte decidió montar un espectáculo y representar la película favorita de su madre en la magnífica terraza. Una idea que asaltó a Patch con un temor desconocido cuando le anunció que haría el papel de Danny para su Sandy, y que más le valía dejarse el pellejo.

Patch pasó una semana montando las luces, construyendo un decorado rudimentario y recopilando atrezo de la tienda de segunda mano de Main Street. Charlotte escribió un guión y lo reñía sin piedad cuando no conseguía recordar las frases que ella cambiaba a diario.

En una velada memorable, Patch redefinió el concepto de fantochada, perdiendo el hilo a cada momento y tropezando, mientras Misty se reía tanto que su madre temió aún más por su salud. La señora Meyer hizo de tramoyista, dirigiendo el foco hacia su nieta, que entonaba magistralmente las canciones y se movía entre cambios de vestuario y de peinado.

Cuando llegó el número final, Patch levantó a Misty en brazos, procurando no sentir lo liviana que era, cómo sus dedos se amoldaban a los huesos perfectos de la joven.

—Sabes que aún te quiero mucho, ¿verdad? —le susurró ella al oído.

Pasó otra semana.

Misty seguía allí.

Y después ya no.

163

Patch se sentó con Saint en el porche de atrás mientras las brasas se enfriaban y una brisa imperceptible levantaba cenizas blancas de la parrilla.

Esa mañana Patch había entrado en el bufete de Jasper y Coates, ambos ahora hombres de dinero con sus trajes azul marino, sus sienes plateadas y sus gemelos y relojes de oro. No sabía para qué lo habían citado y al llegar se sentó junto a la señora Meyer, que le tendió la mano en un gesto de compasión tan inesperado que sólo podía nacer de la tragedia. Los días transcurridos la habían despojado de algo vital. Estaba completamente devastada, una madre que había sobrevivido a la muerte de una hija.

La lectura del testamento fue breve. Misty dejaba la herencia a su hija, por supuesto. Pedía que se destinara una pequeña suma a causas benéficas y que se anulara el fideicomiso, para más adelante destinar los fondos como estimaran conveniente. A Patch le dejaba un cuadro.

Y entonces Jasper se enderezó un poco, se aclaró la garganta y se quitó las gafas doradas con montura de concha.

—Charlotte Mary Grace Meyer quedará bajo la custodia exclusiva de Joseph Henry Macauley.

Patch bebió un sorbo de cerveza, cruzó las piernas y observó a Saint en la cocina, vaciando los platos en el cubo de la basura. Volvió y se acomodó a su lado en el balancín, encogiendo los pies.

—Apuesto a que la señora Meyer tuvo algo que decir al respecto —dijo Saint.

—Ella ya lo sabía.

—Se hace mayor. No tan mayor como la mujer de ahí dentro. —Miró por la ventana, donde su abuela dormitaba en un sillón de cuero—. No puede darle a Charlotte la vida que tú le vas a dar. La niña necesita salir de este pueblo y conocer mundo.

—¿Crees que ella lo hizo por eso? —dijo Patch.

—Los dos sabemos la respuesta a esa pregunta, también.

—A la niña le gusta robar.

Saint se mordió el labio inferior.

—No es que robe como robaba yo —dijo él.

—Los críos hacen tonterías.

—Como cuando tú me hiciste un ojo de cartón piedra.

—Eso no fue ninguna tontería.

—Era un ojo saltón.

—Para que pudieras mirar más allá de las esquinas.

—Seguro que no crees que la cría va a estar mejor conmigo. Has visto la casa de los Meyer, la vida que…

Saint persiguió con la mirada el aleteo errante de un murciélago.

—Lo he visto. Y tú también lo viste. Pero entre ver y…

—¿Saber?

—Comprender. Todos te vemos, Patch. Todos te decimos que sigas adelante, pero ¿en qué dirección exactamente? No hay ningún otro lugar al que podamos ir. Enfrentarse al pasado es dar la espalda momentáneamente a lo que sucede ahora. Y cuando haces eso, maldita sea, te pierdes un montón de cosas.

—Y entonces ¿qué?

—Misty te está liberando.

—¿Y si no quiero ser libre?

—Entonces pasa los días en ese sótano, tratando de dar sentido a la oscuridad.

Patch exhaló un suspiro.

—Háblame de la chica de Oklahoma.

Saint exhaló también.

—No está en tu lista ni en la nuestra. No hay forma de saber exactamente cuánto tiempo llevaba allí. La madre está muerta. Otra de las que cayeron en las garras de Eli Aaron. Indagué sobre su vida lo mejor que pude. Ningún motivo. Nada.

—Necesitamos una chiripa. En todo este tiempo, nunca hemos tenido un golpe de suerte.

—Una multa de aparcamiento. Un coche robado.

—Cualquier cosa, Saint.

Saint bostezó y se estiró.

—Las chiripas suelen darse cuando dejas de buscar.

—Esta chica podría ser Grace —dijo Patch.

—Sí. Pero tú no crees que sea ella.

—No.

164

La enterraron en el pequeño cementerio de la iglesia de Saint Raphael, un día en que la niebla se arremolinaba en las colinas y el cielo desplegaba sus grises sombríos hacia el valle del Cedar; en el que sólo el humo de la fábrica de John Deere en Pecaut le recordaba a Patch que la gente seguía con la rutina en un día tan odioso.

Charlotte llevaba un vestido azul marino y no lloraba. Se había puesto unas sandalias de charol. Patch se fijó en los dedos de los pies, las orejas y el pelo rubísimo. Pensó que podía llevarla al lago de Clear Spring, a pasear por los pueblos y tal vez salir en bote a pescar lucio amarillo y lubina.

Cuando ella le hacía preguntas delicadas sobre su vida y su pasado, él le contestaba sin tapujos, y eso molestaba a su abuela, que a veces miraba a Patch como si no pudiera hacer otra cosa que romperle el corazón a su nieta con la misma despiadada indiferencia con que se lo había roto a su hija.

Patch se fijó en mujeres que en otros tiempos eran niñas con las que había ido a la escuela; se secaban con cuidado los ojos para que no se les corriera el rímel. Cuando los hombres más altos bajaron el ataúd reluciente, la madre de Misty por fin gritó.

Patch quería decirle a Charlotte que todo iría bien.

No quería mentir.

Patch siguió a su hija, que arrojó un puñado de pétalos encima de la caja de madera que contenía el cuerpo de su madre.

—No llores porque terminó, sonríe porque sucedió —murmuró la niña.

Él recordó los libros de Charlotte, pero aun así no fue capaz de esbozar una sonrisa.

Cuando terminó el funeral y llevaron a la niña hacia el modesto salón parroquial, Patch se acercó al comisario Nix, que se había quedado apartado.

—Vaya día —dijo Nix. Llevaba gafas de sol, pero no podía ocultar su tristeza. Seguía siendo su pueblo, la gente por la que velaba—. Me alegro de verte, Joseph.

Patch sonrió por fin y los dos hombres se estrecharon la mano. El comisario dejó la mano lánguida, como si no le quedaran fuerzas. Saint le había contado que a Nix le había dado una embolia mientras estaba pescando. Al parecer fue leve.

Miraron al suelo. Flores en abundancia. Un picogordo cantó y ambos lo observaron.

—Monta Clare... Cualquier otro día sería un lugar precioso —dijo Nix.

—No creo que pueda volver a serlo. No de la misma manera.

—¿Cómo estás tú, Joseph? Dime que hiciste algo bueno. Que aquello no te enterró.

A Patch le extrañó su franqueza y pensó que tal vez fuera a raíz de la embolia. El hombre no tenía tiempo para andarse con rodeos.

—Todavía la estoy buscando.

Nix, lloroso, cerró los ojos y asintió, y cuando volvió a abrirlos se le cayó una lágrima, pero no se molestó en secarla.

—Saint dijo que nunca te rendirías.

—¿Y usted se rindió? —preguntó Patch.

—Nunca me rendí contigo. Nunca perdí la esperanza de que encontraras tu camino y emprendieras otra vida. Una vida mejor... —Tragó saliva.

—Mi madre... siempre hablaba bien de usted, comisario.

—Nix a secas, ahora. No he sido comisario desde aquel día, Joseph. Ésa es la verdad.

Tras echar un último vistazo hacia la tumba, se persignó y se dio la vuelta para marcharse.

—¿La encontraré? —le dijo Patch de lejos, sintiéndose como un niño.

Nix se volvió.

—Ese día, cuando ocurrió. Saliste cambiado. Más fuerte, y centrado.

Patch a menudo lo pensaba. La divergencia. A veces recreaba una versión alternativa, en la que oía gritar a Misty y no intervenía. Se imaginaba apartándose de sí mismo y la vida que llevaba. Su madre viva todavía. Juntaba los pedazos de su vida en común como un jarrón roto, tan bien reconstruido que aquella tarde apenas dejaba mella.

—Antes, en cambio, eras aquel chico al que yo solía ir a ver de vez en cuando... Quizá fue a él a quien dejaste en la oscuridad. Sólo a él.

—Ni siquiera recuerdo cómo era yo antes de aquel día.

—Joder, chaval, cuando volviste estabas a tope. Tan al rojo vivo que sólo podías ir a parar a un sitio. Me puse triste cuando me enteré, pero ¿me llevé una sorpresa? No.

Patch miró hacia el pueblo de Monta Clare, vio lo que Nix debía de haber visto, una vida de orden y convivencia, de invitaciones a tomar café, de visitas a la escuela de primaria y dejar a los niños tocar su insignia.

Y de pronto aquel día.

—¿Crees que la gente es buena? —preguntó Nix, sin asomo de sorna en la voz.

—Todos somos capaces de ser buenos.

—El yin y el yang nacieron del caos para existir en perfecta armonía.

—Eso es una fábula —dijo Patch.

—La gente cree que tal vez el bien y el mal encuentran una manera de coexistir, de mantener un equilibrio; el mal sirve para recordarnos a todos la necesidad de trazar una línea.

—¿Así que Marty Tooms fue puesto en este mundo como la moraleja de una fábula?

Nix se aplacó entonces.

—Marty Tooms es... —Carraspeó—. ¿Has estado alguna vez en Yellowstone? En medio de la llanura hay un pueblo llamado Cody... pura estampa de la frontera. El afluente norte del Shoshone. Vas allí, ves tanta belleza, conoces a ciertas personas y, simplemente, lo

sientes.

—¿Qué?

—Que no hay un Dios ahí arriba. Todo es tan perfecto que no hay manera de que nos haya dejado a todos sueltos aquí abajo para echarlo a perder.

—Estoy cansado, la verdad.

—Ahora tienes una hija. Dedícale tiempo. Y cuando no te necesite tanto, ya retomarás la búsqueda. Y te deseo todo lo mejor en la vida. No hay nadie que se lo merezca más.

165

Charlotte llegó a la puerta del Manicomio con una maletita blanca adornada con mariposas azules.

Su abuela se quedó al pie del sendero e inclinó la cabeza al ver a Patch, que con ese simple gesto comprendió el peso exacto de su responsabilidad.

Desde el recibidor, la niña observó los detalles con ojo crítico. Se fijó en el suelo de parqué, en los listones que Patch había colocado en longitudes exactas.

Charlotte, sin tocar nada, se quedó allí con el abrigo rosa abotonado y la maletita sujeta contra el pecho. Miró las obras que cubrían las paredes, el sofá, la alfombra de cuero y las cortinas tupidas.

—¿Quieres ver tu habitación?

—Nada de lo que hay aquí es mío.

La siguió por las escaleras.

La cama era blanca, con rosas y hojas talladas a mano en el cabecero. Un dosel rosa colgaba del techo, por si quería aislarse del mundo. Y con ese mismo fin Patch había hecho los postigos blancos, con persianas de lamas encastradas, porque la habitación daba al sur. Le preocupaba que hiciera demasiado calor en verano, así que puso rendijas de ventilación en los marcos; o demasiado frío en invierno, así que quitó el yeso y añadió otra capa de lana mineral antes de

volver a enyesar. Había pintado varias veces, con distintos tonos de rosa que al principio parecían quedar bien y al pensarlo mejor no le convencían.

Un flexo para leer, porque Misty decía que tenía muchos libros. Un armario de tres cuerpos, porque Misty decía que tenía mucha ropa. Una docena de peluches porque le gustaban los animales.

Dio media vuelta y bajó de nuevo, y al fondo del jardín vio un gran roble del que colgaba un columpio. Se acercó y pasó los dedos por el asiento de alerce.

—¿Es el columpio de mi madre?

—Sí.

Se sentó bajo la fresca luz del sol.

Patch no sabía muy bien cómo tratarla.

Tardó casi tres horas en quitarse el abrigo y otra más en quitarse los zapatos.

166

Esa primera noche comieron pizza que preparó él mismo porque le preocupaba que las que se pedían a domicilio llevaran demasiada sal.

—Cocinas como mi madre —dijo, y la apartó.

Le preparó zumo de naranja, pero no pensó en diluirlo un poco, así que ella también se lo dejó.

—¿Quieres algo dulce? Puedo preparar barcos de banana.

—¿Qué demonios es un barco de banana?

Peló un plátano y le puso dos bolas de helado. Vio que fruncía el ceño y apartaba el plato.

—A lo mejor querías decir «mierda de banana» —dijo.

Le preparó un baño y luego llamó a Sammy porque no sabía a qué hora debía irse a la cama.

—A medianoche.

—¿No es un poco tarde?

—Once y media, entonces. Joder. ¿Qué sé yo?

Había ido a recoger un televisor nuevo.

—¿Quieres ver la tele? Tienes una televisión para ti en tu cuarto.

Charlotte se levantó bruscamente y subió las escaleras.

Esperó quince minutos y la encontró en la cama, encogida contra la pared.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—Los cuentos son para los críos.

—¿Quieres que te lo cuente de todos modos?

No contestó.

Le contó la historia de un loco que condujo por la espina dorsal de California, desde el lago Tahoe pasando por Mammoth Lakes hasta la cuenca de Badwater, porque una chica desaparecida le había hablado una vez de torres de toba y de un bosque de pinos longevos que albergaba los seres vivos más antiguos de la tierra. Y de cien horas en la ruta hacia Alaska, durmiendo al lado de las gasolineras, esperando a que abrieran porque necesitaría más de un depósito para el próximo repostaje, y porque esa misma chica una vez le contó que el lago Muncho era exactamente del mismo color esmeralda que sus ojos.

Colocó una sillita de madera delante de su puerta y se sentó hasta oírla respirar profundamente. Patch quizá se habría quedado allí toda la noche de no ser porque llamaron abajo.

Le abrió la puerta a Sammy, que cruzó la casa y salió al patio trasero, donde los faroles colocados en la capa exterior de ladrillo iluminaban la albardilla con una luz cálida.

Patch conocía la rutina tan bien como para coger un vaso de la cocina y seguirlo.

Se sentaron mientras Sammy descorchaba una botella con etiqueta azul y se servía.

—¿No te apuntas?

Patch señaló con la cabeza hacia la ventana.

—Ah, sí, la princesa ha llegado.

—¿Qué se celebra?

—Llamadas de Nueva York.

Patch suspiró.

—*Grace número uno*. ¿No quieres oír la oferta? Déjate llevar, hombre.

—No me importa demasiado, y lo sabes.

—¿Es que ahora vas a parar? —dijo Sammy.

La pregunta quedó suspendida en el aire fresco del atardecer.

—Me veo reflejado en la niña —dijo Patch.

Sammy soltó un bufido.

—Pues te toca hacer de padre.

—No sé cómo.

—Tampoco sabías pintar.

—Tú me enseñaste.

Sammy rió por lo bajo; seguía siendo tan guapo como siempre, aunque los años le habían añadido canas.

—Seguro que sabes que eso no es verdad.

—Pero tú no crees que algo pueda ser un don divino.

—Para eso tendría que creer en Dios. —Encendió un puro y Patch miró hacia arriba para asegurarse de que la ventana de Charlotte estaba bien cerrada—. ¿Alguna vez piensas en Marty Tooms?

Patch sabía que se agotaban los recursos, los aplazamientos, las alegaciones. En poco tiempo, la única persona que podía llevarlo hasta ella se habría ido.

—Hoy han nombrado un nuevo gobernador —dijo Sammy—. Mark Conrad Bracklin, se llama. La gente está harta de que haya tantos hombres a la espera de una ejecución. Con él se avecinan tiempos sangrientos.

—Tooms debería morir por lo que hizo.

Sammy fumaba.

—No sé muy bien lo que pienso sobre ese tema. Cambio de opinión según lo que he bebido. ¿Piensas volver a pintar?

—No.

—Bueno, entonces no te lo voy a preguntar más.

Esa noche Patch subió las escaleras y vio el tenue resplandor que salía del cuarto de su hija. Dormía profundamente, con el mando a distancia en la mano. Estaba a punto de apagar la televisión cuando vio la noticia del joven que entró armado con un Mak-90 en el

hospital de una base aérea y abrió fuego. Cuatro muertos y más de veinte heridos.

Patch se quedó quieto y sintió el grave peso que entrañaba velar por la vida de otra persona contra adversidades tan despiadadas y fortuitas.

167

Encontraron el cuerpo en la playa de Iona, Minnesota.

Saint cogió la llamada tarde, todavía en el despacho, y supo que Himes estaba al otro lado. Oyó el golpeteo del péndulo de Newton, el sorbo de café y, finalmente, a su jefe dando un bocado a algo.

—Puedes comer a todas horas —dijo.

—Puedo.

—No significa que debas.

—O que no deba.

El fax tardó un rato, Saint se paseó de un lado a otro mientras las imágenes salían poco a poco.

—Arena rosa —dijo.

—Tiene algo que ver con la pared rocosa y también con las olas y bla bla bla.

—Me gusta cuando te pones técnico.

Ocho páginas. Se sentó de nuevo en la silla y contempló la zanja, larga y profunda. Nada más que huesos. Con el tiempo descubrirían que la chica se llamaba Crystal Wright.

Saint observó cómo se conservaban las cuentas del rosario.

—El tipo viajaba —comentó.

—Desde luego.

—¿Cuántas más serán?

Himes por fin dejó de comer.

—Una es demasiado.

Charlotte no hablaba mucho aquel primer mes.

La llevó a la biblioteca municipal, sorprendido de que una lectora tan voraz no hubiera estado antes allí.

—O sea que otra gente ha manoseado los libros, incluso puede que los haya leído en el retrete, ¿y tú te los llevas a casa? —preguntó.

La sorpresa se disipó.

Ella observaba a otros niños con sus madres, incómoda, hasta que él se agachó a su lado, hizo una selección y la acompañó a los pufs, donde se quedó sentada con la espalda tiesa como un palo durante media hora, con el libro cerrado a su lado.

Patch eligió cuatro novelas, de Louisa May Alcott a Robert Louis Stevenson, recordando los favoritos de Grace.

Al volver al Manicomio los dejó en la encimera de la cocina, y él empezó leerlos en voz alta todas las tardes. Al principio Charlotte le decía que estaba loco, que leyera para sus adentros, que se callara de una santa vez. Patch continuó, dando vida a Jim Hawkins y el capitán Smollett, a los amotinados de *La Hispaniola*.

Charlotte no quería sentarse cerca de él, quien se conformaba con captar el reflejo de su hija en la ventana, acurrucada detrás del sofá, escuchando. Al día siguiente, Patch colocó la alfombra de lana fina delante de la chimenea encendida mientras caían los copos de nieve al otro lado de la ventana. Ella se tumbó como un gato, inmóvil, con los ojos cerrados, ahogando un grito cuando el asesino, Silver, atacó.

Madrugaba igual que él, y antes de desayunar caminaban en silencio hasta el pie del terreno, donde ella recogía ramas de fresno y él cortaba leña. Llenaban tanto la carretilla que a Patch le costaba manejarla, hasta que ella la agarraba de un lado y juntos la llevaban de vuelta hasta la casa.

Charlotte decidió que el olor de la madera del abedul era el que más le gustaba, aunque se quemaba rápido y costaba horrores limpiar los restos de resina.

Después de desayunar bajaban andando hasta Main Street y pasaban un rato en la galería, donde Sammy miraba a la chica como si fuera

una especie de toro bravo, estremeciéndose cada vez que ella apuntaba un cuadro con los cuernos, insistiendo en que la niña se quitara las botas antes de entrar. Una vez incluso le sugirió que se pusiera guantes blancos de trabajo al volver del lavabo. Charlotte rechazaba cada petición con una ferocidad que dejaba a Sammy impresionado, sin palabras.

Patch la instaló en el estudio, bajó el caballete y el taburete, e hizo caso omiso a su mirada ceñuda cuando exprimió un poco de óleo en la paleta y le entregó sus primeros pinceles.

—Cielo santo —dijo Sammy, mordiéndose el puño antes de llenarse la copa.

—¿Cómo va a aprender si no?

—Con las putas ceras de colores —masculló Sammy.

Patch llevaba un año sin trabajar, a pesar de las llamadas, de las incesantes arengas de los marchantes de Nueva York, desesperados por mantener una onda de larga distancia.

Almorzaban en la cafetería de Lacey, donde Charlotte cada vez se ponía las botas con manjares nuevos. Bocadillo de salchicha, patatas fritas, carne en conserva, panecillos con carne de cerdo y salsa de pimienta.

—Tiene los morros llenos de comida —dijo Sammy tapándose la boca horrorizado.

—Es una niña —respondió Patch.

—Creo que esto no me gusta —dijo Charlotte levantando la vista de su chili de ternera.

—Y aun así has lamido el plato hasta dejarlo limpio —dijo Sammy, todavía escaldado después de haber intentado enseñarle a Lacey a preparar un *croque-madame*—. Creo que la bechamel es mayonesa —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Todas las tardes, Charlotte pasaba un rato con su abuela mientras Patch se sentaba en el patio bajo una florida pérgola en la que en otros tiempos la madre de Misty había imaginado que se casaría su hija.

A veces Charlotte subía a la antigua habitación de su madre y

dormía una siesta, y Patch se preguntaba si de veras podía quedarse despierta hasta medianoche.

La señora Meyer sirvió café para los dos y se sentaron en la grandiosa cocina, mirando hacia las cumbres nevadas de Saint Francois.

—Estás haciéndolo bien —le dijo ella, en voz baja.

—Ella todavía me odia —contestó, en voz baja.

—Está enfadada. Yo también estoy enfadada.

—Me preocupa que no hable de Misty —señaló Patch.

—¿Lo has intentado?

—Cambia de tema. No llora. No quiere ir a visitar la tumba.

—El tiempo transforma nuestra capacidad para encajar de otra manera las cosas que nos duelen.

—Pero no el dolor.

—No. El dolor, no.

169

Por las noches Charlotte elegía entre la pila de recetas que le había dejado su madre, y Patch procuraba entender por qué Misty se burlaba de él desde el más allá.

De pie junto a la encimera de piedra, Patch se rascó la cabeza.

Charlotte, con el delantal puesto, se rascó la cabeza.

—Así que lo horneas, aunque sea helado. Y no se derrite. Y haces un bizcocho. Y luego le prendes fuego —dijo él.

—Exacto. Y tiene sabor a Alaska.

Casi dos horas después se sentaron delante de la mesita de roble, cuchara en ristre, y probaron el amasijo carbonizado.

—Resulta que Alaska tiene sabor a caca —dijo Charlotte.

—Tal vez deberíamos guardar estas recetas en el sótano. Bajo llave.

—Ni siquiera sabía que había sótano —indicó ella.

La acompañó abajo y vio cómo se detenía al ver las paredes, cubiertas de bocetos y cuadros y recortes de periódicos, cartas y

mapas y postales y fotografías. Patch no le dijo nada de entrada, dejó que paseara a sus anchas asimilando el grado de la locura de su padre.

Después de una hora ojeando las dos últimas décadas de la vida de Patch sin apenas hacer ningún comentario, Charlotte le dijo que estaba cansada y quería irse a dormir.

Al cabo de un rato subió y la encontró acurrucada en su cuarto, dándole la espalda; sólo las pegatinas fluorescentes del techo estrellado evitaban que la oscuridad fuera total.

—¿Quieres volver a bajar? Los sábados por la noche vemos una película —le explicó.

—La chica —dijo Charlotte, sin volverse.

Se sentó en el suelo, a su lado. Arriba vio que Polaris estaba un poco movida, como si saliera disparada de la Osa.

—Tú me recuerdas a ella —le respondió él.

—Sé que le salvaste la vida a mi madre. Eso es algo noble, ¿no?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque no lo decidí. Si hubiera sopesado las opciones y hubiera tomado la decisión de ir… de sacarla del apuro, entonces quizá la gente podría decir que fue un acto de valor. Pero si haces algo sin pensar, si es una reacción que te sale de dentro, ¿podemos estar seguros de la intención que la impulsa?

—Mamá me dijo que debía sentirme orgullosa de ti.

—Creo que eso tendré que ganármelo, Charlotte.

—Yo te quería. Antes. Quería un padre.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que no te quedarás. Puedes construir una casa y traerme a vivir contigo, pero… no es real. No tienes vida, no tienes amigos ni…

—¿Y Saint qué?

—La mujer que te pegó un tiro.

—¿Y Sammy?

—Mamá decía que es tu chulo. —Se dio la vuelta—. ¿Y sabes qué más decía mamá?

—Cuéntamelo.

—Decía que en tu corazón apenas hay sitio para el amor, porque

una vez que se lo daña se encoge.

Pensó en Misty, en cómo la había tratado.

—¿Es eso lo que te preocupa, que no haya sitio para ti en mi corazón?

Charlotte no contestó.

Y cuando se quedó dormida, la miró muy de cerca y deseó con todas sus fuerzas besar la suave piel de su mejilla.

—Siempre me tendrás aquí. Te lo juro.

170

Cuando hacía una hora que había empezado el primer día del semestre, Patch abrió la galería y revisó la correspondencia, inquieto porque Charlotte había dejado para último momento decirle que las zapatillas de deporte le dolían. Fue al ir a dejar el correo en la pila para Sammy cuando vio el sobre caído detrás del escritorio.

Estaba a punto de echarlo al mismo saco, sin prestar atención, cuando vio el matasellos.

A mediodía enfilaban ya la ruta sesenta y tres, después de haber ido a buscar a Charlotte a la escuela, donde la señora de secretaría que lo atendió miraba a Patch como si estuviera presenciando un secuestro pero fuese demasiado educada para intervenir.

Charlotte no apartaba la vista del vasto verdor, y alargó el cuello cuando pasaron por Jefferson City y cruzaron el río Misuri.

Pararon a comer en Columbia, frente a la universidad, las columnas y el césped. Charlotte picoteaba patatas fritas observando a los estudiantes que subían los escalones de piedra.

—¿Has pensado alguna vez qué quieres ser de mayor? —le preguntó él.

—A lo mejor seré escritora. Contaré historias y deslumbraré a la gente con mis palabras. Quiero ir a Harvard.

—Como tu madre.

—Pero yo no abandonaré los estudios.

—Ella era muy lista.

—Y luego la dejaste embarazada. Sé que fui un accidente. Una bastarda de Boston.

—Ése podría ser tu seudónimo.

Se comió dos trozos de tarta y siguió pidiendo un tercero hasta que él cedió, y luego vomitó por la ventanilla al lado del parque natural de Finger Lakes.

—Me siento mejor ahora que lo he echado todo —dijo, y volvió a vomitar delante del templo budista de Silver Fork.

—Seguro que eso es un delito de odio —bromeó Patch mientras le limpiaba la boca con una servilleta.

—Hay que purgarse antes de alcanzar el nirvana —contestó ella, y Patch se preguntó qué libros estaba permitiendo sacar de la biblioteca a su hija.

Se quedó dormida un rato y se despertó cuando el extrarradio de Minneapolis se desplegaba en el horizonte mortecino.

Callejearon por la ciudad mientras los oficinistas salían en tromba de los rascacielos, y avanzaron en caravana a lo largo del río Misisipi; Charlotte iba mirando las luces cuando él encontró Saint Paul Street, bordeada de árboles.

Era una casa de tablones grises; la alambrada impedía que la maleza de hoja ancha invadiera al vecino. Llamaron a la puerta y esperaron, aunque estaba claro que la vivienda llevaba mucho tiempo vacía.

Aquella noche, mientras la niña dormía en la habitación del motel barato, Patch se llevó el teléfono al minúsculo cuarto de baño y se encerró para llamar, pinzando el cable con la puerta.

—¿Dónde estás? —dijo Saint.

—No lo sé.

—¿Cómo está la chica?

—Tampoco lo sé.

Olió el moho, el tufo del humo impregnado en todas las telas, y a través del tabique oyó el gemido de una mujer ejerciendo su oficio.

—Recibí una carta —dijo.

—Pensé que habías terminado con las cartas.

—Ésta se había caído al suelo. Parecía una señal. Y llevaba matasellos de Saint Paul. Grace mencionó una vez cómo las luces de la ciudad rebotan en el río Misisipi.

Patch notó el cansancio en la voz de Saint cuando dijo:

—Así que has conducido casi ochocientos kilómetros para encontrar una casa vacía.

—Pero sé el nombre. Salió el vecino y me dijo que los Carter se mudaron un tiempo después de que su hija desapareciera. Quedó en que me llamaría si averiguaba adónde se marcharon.

—Charlotte debería estar en la escuela.

Se agarró las rodillas, permaneciendo completamente oculto en la oscuridad.

—La chica desaparecida se llamaba Rosie. ¿Podrás comprobarlo si te doy la dirección?

Ella suspiró, tardó unos momentos en contestar.

—Sabes que sí.

—¿Alguna vez piensas en la niña que fuiste, Saint?

—Trae a Charlotte a casa.

A él se le entrecortó la voz.

—Las desaparecidas… son como un destello de luz en un mapa de la oscuridad. Veo uno y me lanzo en su busca, pero se apaga antes de que llegue. Y luego veo otro. Y son sólo…

—Estoy trabajando en un caso de asesinato. Tenemos una confesión, pero seguimos puliendo todos los matices. Recopilamos datos hasta tener bien cerrado cualquier asomo de duda. Declaraciones y antecedentes, registros telefónicos y extractos de tarjetas de crédito. Respondemos a cada pregunta antes de que nos las hagan. Todavía sigo los casos de secuestro sin dar nada por sentado. Todavía lo hago.

Entreabrió la puerta. La luz de la luna iluminaba a su hija.

—He hablado con el profesor de la penitenciaría estatal. Le conseguirán a Tooms otro aplazamiento —dijo Patch. Había hecho una docena de llamadas similares en la última década, cada vez que solicitaba un aplazamiento, en un caso incluso escribió varios párrafos pidiendo al juez que fuera indulgente. Pensaban que era un gesto noble por su parte, que había encontrado un dios que le quitaba la sed

de venganza, la necesidad de restaurar un presunto equilibrio.

—La gente es egoísta, Patch.

—No puedes...

—Tienes una hija. La arrastras de estado en estado porque buscas la absolución.

Miró el lavabo, olió el agua dura, el abandono.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Has oído hablar alguna vez del sentimiento de culpa del superviviente? —dijo suavizando un poco la voz.

—Buenas noches, Saint.

—Eh. Nosotros no hacemos eso.

Patch se quedó en silencio.

—¿Cómo es... que a mí nunca me has pintado? —preguntó Saint, en un susurro.

—Porque nunca has necesitado que te pintara.

Patch escuchó la respiración de Saint. Y al cabo de un largo rato le preguntó si se había dormido, y ella no contestó.

171

En la habitación sacó una manta del armario y la colocó delante de la puerta. Comprobó que las ventanas estaban cerradas y luego se tumbó. Olió el polvo de las faldas de la cama al volver la cabeza hacia su hija y supo que ella no debería estar allí.

Sonó el teléfono y él contestó antes de que pudiera despertarla.

El vecino había encontrado una dirección a la que reenviaban el correo de los Carter. La anotó. Tardó diez minutos en averiguar que no figuraban en la guía.

Dakota del Norte estaba a ocho horas de viaje, como mínimo.

Vio todo escrito en las estrellas y no supo cómo cambiar el mensaje que se desvanecía. Había presenciado prodigios de una inmensa belleza. El otoño en la ruta del Kancamagus, el azul lágrima del lago del Cráter. El amanecer sobre el lago Tahoe, que había tardado dos

millones de años en labrarse su lugar. La puesta de sol en el valle de Skagit en primavera, los tulipanes absolutos en cada tonalidad. Había estado bajo la copa colosal del roble del Ángel. Y en cada uno de esos momentos recordó que no eran obras de Dios, porque junto a cada uno de esos parajes había visto rostros desaparecidos y almas destrozadas.

Patch supo entonces que había llegado a la última encrucijada.

Durante la noche estuvo recapitulando la primera mitad de su vida.

Antes pensaba que no lo había llevado a nada bueno.

Pero ahora sabía que le había llevado a Charlotte.

Y a medida que la tierra siguió girando y aquel motel barato recibía las primeras aguadas de la luz del sol, Patch cogió la dirección, rompió el papel por la mitad y lo tiró a la basura.

—Tengo sitio para ti —dijo, tan quedamente que ella no se movió.

En ese momento supo que había encontrado a su hija.

Y que había perdido a Grace.

La pausa

1995

172

Había pasado un año desde aquel día en que Patch se despidió de Grace.

Un año tranquilo en el que acompañaba a su hija al colegio y notaba el paso de las estaciones por la ropa que ella se ponía. En enero Saint y su abuela fueron al Manicomio para ver cómo los del 49 destrozaban a los Chargers en el estadio Joe Robbie. Aquella tarde Charlotte encontró un viejo balón de fútbol americano en el desván, salió al patio helado y practicó hasta que aprendió a lanzar pases largos, apuntando hacia Patch en la zona de anotación del cerezo, y acabó con los dedos tan colorados que él la llevó dentro para que se le descongelaran.

—Creo que quiero ser futbolista —anunció Charlotte mientras cenaba raviolis fritos.

—Los deportes de contacto te volverán estéril —le dijo Norma.

—¿Qué es estéril? —preguntó Charlotte.

—Incapaz de tener hijos —dijo Norma.

Charlotte se encogió de hombros.

—A lo mejor ni siquiera querré tener hijos. A lo mejor seré lesbiana, como tú.

Norma suspiró.

El último viernes de cada mes iban en coche hasta el Alamo Theatre a ver una película y compartían las palomitas; Charlotte temblaba de miedo mientras Freddy Krueger se abría paso a cuchilladas en una nueva Pesadilla.

—¿Estás segura de que esta película es apropiada? —le preguntó

Patch.

—Sí —dijo ella tapándose la cara con las manos.

En primavera se acurrucaron juntos y vieron cómo una bomba desgarraba el corazón de Oklahoma; Charlotte no durmió esa noche, pensando en las familias, en los diecinueve niños. Patch se quedó en la silla al lado de su puerta hasta el amanecer. A las nueve se unieron a la concentración en Saint Raphael, cabizbajos, y encendieron velas.

Charlotte leyó que una madre había perdido a su hija entre las ruinas. La mujer casi la dio por muerta durante siete horas antes de que rescataran a la niña de entre los escombros, con la cara polvorienta, y una cámara captaría el reencuentro que iba a dar la vuelta al mundo y aparecería en todos los periódicos, no como testimonio de lo que se había perdido, sino como símbolo de esperanza y promesa frente a las más crueles adversidades.

Al día siguiente Charlotte le preguntó a Patch por las chicas desaparecidas.

173

Charlotte tardó más de un mes en clavar las fotografías en un tablero y cotejar nombres y ubicaciones, contagiándose un poco de la locura de su padre, aunque tenía más disciplina y estaba mejor preparada para la tarea.

Durante una ola de calor en julio, mientras el pueblo de Monta Clare languidecía, Patch cogió de nuevo el pincel tras más de una década. Esta vez seguía un horario ordenado durante el día, asegurándose de que le quedara tiempo para estar con su hija, de que ella practicara con el piano de media cola que ocupaba gran parte del estudio. Y sólo se dedicaba a sus bocetos cuando ella se iba a dormir, y pintaba con la luz de la mañana antes de que ella se despertara.

Sammy se fijó en las salpicaduras de color en los vaqueros de Patch, en la pintura seca debajo de sus uñas. No preguntó, no sonrió, sólo respiró un poco aliviado, como si también él hubiera encontrado lo

que parecía perdido.

Tres chicas en seis meses. Patch hablaba con sus padres hasta altas horas de la noche, informándose sobre sus vidas, sus rasgos y sus esperanzas. No sabía hasta qué punto se plasmaban esos antecedentes en la instantánea que cobraba vida, sólo que saber esas cosas le ayudaba a encontrar el tono. Cuando se avecinaba otro invierno pillaron *Toy Story* en el Alamo, y Charlotte sentenció que la película era una chorrada para niños antes de enjugarse las lágrimas cuando Buzz descubrió su verdadera identidad. Patch se dio cuenta de que las chicas habían empezado a vestirse como su madre, con pantalones de campana y el pelo largo y lacio.

—Han vuelto los setenta —le dijo Charlotte.

—¿Así que por fin vuelvo a estar de moda?

—No.

Al arrullo del fuego, Charlotte se tumbó boca abajo sobre la gruesa alfombra a responder cartas de hacía una década mientras Patch ponía en fila a las chicas desaparecidas, cada una en su caballete, antes de llamar a Sammy.

—Tengo algo para ti —le dijo.

—Por fin —contestó Sammy.

174

—Vaya cambio —dijo Saint mientras Patch servía en su cuenco un cucharón de estofado Brunswick.

—Lo ha hecho Charlotte.

—Bajo coacción —dijo Charlotte.

Saint probó un bocado y se relamió los labios.

—Noto el sabor a coacción.

Charlotte puso cara de circunstancias y bajó al sótano.

—Recuerdo que su madre hacía el mismo gesto —dijo Saint.

Patch sonrió.

—Miras a Charlotte de una forma…

—¿Cómo?

Bebió un sorbo de vino.

—Se nota que te…

Saint le lanzó un trozo de pan.

—A comer. Te veo flaco.

Después dejó que Patch recogiera y bajó al sótano, donde Charlotte estaba enfrascada en el tablero, con la naricita respingona fruncida y los pies descalzos.

Saint se asombró ante el lujo de detalles, la escala del mapa y la ingente cantidad de nombres y fechas que figuraban en él.

—¿Qué significan los colores? —le preguntó.

—Las azules son chicas a las que sabemos con certeza que raptaron. Las verdes se fugaron de casa. Las naranjas desaparecieron sin dejar rastro.

Desde Texas hasta las Dakotas, desde Oregón hasta Virginia.

—¿Y las rojas?

Charlotte no apartó la vista del mapa.

—Ésas son las chicas muertas.

Patch bajó, le tendió a Saint una copa de vino y se acomodó en el diván.

Durante un largo rato Saint se quedó mirando el mapa en silencio; la tarea que tenían entre manos era inabarcable, crecía demasiado rápido.

Reconoció algunos nombres.

Se acercó y añadió a Crystal Wright en rojo.

Charlotte la observó en silencio, con respeto.

—Me las sé de memoria —dijo Charlotte, y no por alardear, era sólo un hecho que los dejó a los tres compungidos.

—Angela Rossi —dijo Saint en voz baja, mientras observaba el mapa.

Charlotte la señaló.

—Summer Reynolds —dijo Saint.

Charlotte la encontró.

—Ahí has escrito «Reino de Colorado» —dijo Saint entrecerrando

los ojos para leer la letra garabateada de la chica.

—Es el antiguo nombre de Breckenridge. Me gusta más.

Y fue entonces, después de dos copas de vino, dos raciones de estofado Brunswick y un buen trozo de tarta de chocolate, cuando Saint encontró una coincidencia.

Sin más explicaciones, les dio las buenas noches.

El corazón le latía con fuerza mientras corría hacia su coche.

175

Saint puso las cintas de las entrevistas en su apartamento. Cintas que no había escuchado en más de una década.

Se pasó allí toda la noche, la persiana abierta a una luna menguante y los ruidos de la ciudad y el rumor reconfortante de los coches.

Con su propio mapa clavado en la pared.

En el estéreo sonaba la voz de Patch a los catorce años, mientras recitaba textualmente cada palabra que había dicho Grace.

Me habló del cielo en Baldy Point, de cómo el lago Altus-Lugert rebasaba la presa, abriéndose paso a lo largo del afluente del río Rojo.

Saint marcó el parque natural de Quartz Mountain y el lugar donde habían enterrado a Sky Jones.

La fiebre del oro. De California al verano en el reino de Colorado. Por supuesto no es sólo metal precioso enterrado en tierra de nadie, pero ya te haces una idea.

Saint marcó Breckenridge. Summer Reynolds.

Se paseó por la estancia, aturdida, mientras respiraba hondo e intentaba calmar la adrenalina.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —dijo él.

—Diez sueños.

—Deben de haber sido más de…

—Tienes la cabeza en las…

—En las nubes —dijo Patch.

—En el pico de las nubes, con el ángel. A lo mejor puedes ver Misty Moon desde allí arriba.

Saint marcó el arroyo de Tensleep. Alimentado desde Cloud Peak. Angela Rossi.

Volvió a pasear alrededor. Luego se quedó un par de horas más sentada.

—Píntame —le pidió ella.

—Necesito verte.

—Estoy descalza en una orilla de los lagos del norte, con la arena rosada bajo mis pies porque la franja de riolita del noroeste es tan preciosa que duele mirarla. Como si fuera a petrificarme. Más de sesenta kilómetros abajo, con los cristales. Momificada en rosa. Ojalá me conserve igual de bella.

Saint marcó la milla cuarenta y dos de la ruta panorámica de la orilla norte del Lago Superior. En la playa rosa. Crystal Wright.

Saint volvió a sentarse, la habitación le daba vueltas, aún mareada cuando cogió el teléfono y marcó el número de Himes.

—Grace.

—¿Qué pasa con ella?

—Nos estaba guiando hasta las otras chicas.

Él tomó la noticia con exasperante serenidad.

—¿Cuántas?

—Cuatro. Hasta ahora. Pero aún me quedan un par de horas de grabaciones.

—¿Algo más?

Saint volvió a poner la cinta. A todo volumen.

Tal vez un día seré la primera en verlo después de la Resurrección.

—María Magdalena fue la primera en ver a Jesús después de la Resurrección —aventuró Himes.

Y si soy elegida, me enviará con las tres personas.

—La Santa Trinidad —añadió.

Y me vaciarán por dentro. Verán cómo se derrama mi sangre sobre la roca negra, como si yo nunca hubiera existido.

—¿Qué significa eso? —preguntó Himes.

—Algo —dijo Saint—. Todo significa algo.

176

Veinte grados en Central Park.

Patch pasó junto al monumento por el lado del sur sorteando a hombres trajeados, mujeres y niñeras que empujaban cochecitos con críos que tenían los ojos muy abiertos e intentaban entender la algarabía. Por un momento deseó ir hacia el agua, montarse en el transbordador y alejarse hasta que la isla no fuera más que un trozo de tierra sin expectativas de tanto peso.

Charlotte lo guió por el laberinto moviéndose como si hubiera nacido allí; fulminaba con la mirada a todo el que se acercaba, le hizo la peineta a un camionero que les tocó el claxon antes de que Patch pudiera tapar con la mano el dedo ofensivo.

—Es Nueva York, matar o morir —dijo Charlotte, sin apartar los ojos del camionero y pasándose el pulgar por la garganta como si amenazara con decapitarlo.

Ella saludó con la cabeza a un portero y se disponía a entrar cuando Patch levantó la vista, impresionado por el majestuoso edificio.

—¿Tu abuela te ha traído al Plaza? —preguntó.

—Es su dinero. Sigue diciendo que no puede llevárselo. ¿Crees que no sabe cómo funcionan las herencias?

Sammy se reunió con ellos a las seis en la champañería, vestido con esmoquin azul marino, camisa blanca y corbata dorada, un reloj de platino finísimo y unos gemelos que brillaron mientras pedía tres tragos de Macallan 18 y luego le decía a Patch que se los reclamaría como parte de las dietas.

Patch frunció el ceño en dirección a Charlotte, que intentaba echar un chorrito de whisky escocés en su Coca-Cola con el beneplácito de Sammy.

—¿Y un julepe de menta? Vamos a leer *Gatsby* el próximo semestre —le dijo Charlotte al camarero.

—Adonde fueres... —Sammy le dio la razón.

—Tiene doce años —dijo Patch.

Sammy movió la mano para quitarle importancia.

—Yo tomé mi primer lingotazo de Pappy cuando apenas era un...

Patch respiró con alivio cuando la señora Meyer cruzó el majestuoso salón. Arañas de luces caían de floridas molduras ante unas cortinas doradas que enmarcaban una vista de la Quinta Avenida y la Fuente Pulitzer.

Elegante con un vestido verde y tacones, le pidió a Charlotte que la acompañara para cambiarse los vaqueros y las zapatillas.

—¿Nervioso? —le preguntó a Patch.

Aunque él se encogió de hombros, ella se dio cuenta y le pasó una mano por el brazo mientras se iba.

Sammy lo observó detenidamente, desde la chaqueta oscura hasta los pantalones holgados de color crema, la camisa blanca con el cuello bien desabrochado dejando ver la piel curtida de trabajar en el jardín.

—Pareces...

—¿Un capullo? —le susurró Patch al oído a Sammy.

Contempló la ciudad a través del ventanal, pensó en la noche que tenían por delante y por un momento le entraron ganas de volver a su hotel y esconderse, dejar que Sammy se encargara y le contara todo cuando terminara.

—Lo haces por ellas —dijo Sammy—. Y por la chica.

Patch no sabía a qué chica se refería, pero supuso que a las dos. El futuro de Charlotte, el recuerdo de Grace.

Patch intentó pedir un Yoo-hoo al camarero y Sammy suspiró.

—Avergonzarme nunca pasa de moda —dijo.

—No sé de lo que estás hablando.

—Deberíamos tomar un Van Winkle reserva especial, en homenaje —dijo Sammy haciéndole una seña al camarero.

Patch ojeó la carta y al ver el precio se murió un poco por dentro.

La galería ocupaba una nave de ladrillo rojo en Wooster Street. Patch se apartó del ruido y se tomó un momento de respiro, observando los coches que circulaban por la calle adoquinada y a los conductores que se agachaban para echar un vistazo a través de las ventanas de doble altura, donde doscientas personas a las que Patch no conocía pero que sí parecían conocerlo a él examinaban la mayor parte de la obra de su vida y no se inmutaban al oír las cifras cuando preguntaban el precio de una pieza. Charlotte había ayudado a Sammy a recopilarlas, y Patch vio bocetos que apenas recordaba, trabajos primerizos tan toscos que casi se avergonzaba de que los demás proyectaran una mirada crítica sobre su proceso de aprendizaje.

Las estrellas eran las chicas desaparecidas, a las que se mencionaba sólo por el nombre de pila, de Lucy a Anna, de Ellen a Eloise. Todos querían verlas de cerca, leer las escuetas notas al margen que no contaban casi nada sobre sus vidas.

El público formaba corrillos, con sus americanas monocromas, sus camisas almidonadas y sonrisas fáciles. Y no tardaron en empezar las pujas por los conjuros de su mente; una señora de Sacramento pagó una pequeña fortuna por un boceto que Patch había acabado en los huesos de una noche tan famélica que recogió la alfombra de la habitación de un viejo motel y durmió sobre las tablas desnudas mientras la luz de la luna servía moho negro en la albardilla de aluminio. Nada de aquello tenía ningún glamur.

Le preguntó a la señora por qué lo quería.

—¿No ves lo bella que haces la tragedia?

—No —repuso, y Sammy lo acompañó afuera, preocupado de que echara a perder las ventas.

A través del vidrio observó a su hija, radiante con un vestido rosa que le recordó a su madre, y por un momento añoró a Misty; el dolor aún conseguía sorprenderlo, como si la pérdida fuese siempre reciente.

—¿Estás escaqueándote de tu propia exposición?

Patch se dio la vuelta y al ver a Saint sonrió con sinceridad por primera vez esa noche.

—Hola.

—Qué hay, chaval.

La estrechó con fuerza en un abrazo un poco más largo de la cuenta, porque al apartarse vio un destello de inquietud en los ojos de su amiga y se preguntó si para ella siempre sería un crío de catorce años.

—Me gusta ese parche.

Levantó la mano y lo palpó con aire absorto. Antes de salir su hija había insistido en que aquella noche iba a ser lo más parecido a una boda y le lanzó el trozo de tela con la calavera y los huesos cruzados.

—Me sorprende que hayas venido —dijo Patch.

—Estoy trabajando por aquí cerca.

—Claro.

—Y quería verte. Quería ver tu éxito. Hay mucha gente ahí dentro.

—Es gracias a Sammy.

—Ya. —Saint se acercó a la ventana y juntó las manos para mitigar el reflejo—. Por un momento he creído ver a Misty Meyer. Caramba, es…

—Me preocupa que sea para nada. Todo esto.

—Hemos estado igual muchas veces, Patch.

—Tengo la impresión de estar actuando. Cuando soy padre, cuando soy amigo. Cuando hago algo de comer o me ducho. Estoy interpretando un papel en una historia que en el fondo sé que no puede acabar bien.

—¿Cómo acabará? —preguntó ella.

Levantó la vista hacia Washington Square, taconeando con las botas sobre los adoquines.

—¿Qué tal en una playa lejos de aquí?

—O en un barco.

—O en algún pueblo perdido…

—Haciendo miel.

—¿Así lo llamáis ahora la juventud?

Saint se rió, como si en aquel momento volviera a ser una adolescente.

—A veces me convenzo de que ella no era real. Sabemos que Tooms está loco, que dirá cualquier cosa, pero ella… Nunca encontraste nada. Nada. Así que, si no era real, creo que ahora podría aceptarlo. Aunque

al mirar atrás viera que he perdido tanto que ni siquiera puedo llevar la cuenta.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que tal vez no hayas perdido?

—¿Qué quieres decir? —dijo él.

—Grace te abrió tu mundo con sus ojos. Has vivido. ¿Y cuántos de nosotros podemos decir lo mismo, en el fondo?

Saint se fijó en el cuadro colgado en el centro.

Grace número uno.

Patch no lo vendería.

—Míranos, Saint. Mira dónde estamos.

—Y qué, ¿ya lo averiguaste? —preguntó ella.

Pareció desconcertado.

—Si las azaleas crecen en Nueva York. No me digas que lo has olvidado, chaval.

Patch sonrió.

—Dime que sigues tocando el piano.

—Sigo. Temía que se me olvidara, pero resulta que hay cosas que se te quedan grabadas.

A pesar de que en la calle sólo se oía el ruido de los coches y los silenciosos chorros de vapor que salían por las rejillas de ventilación, la abrazó y empezó a mecerse lentamente con ella.

—¿Estás borracho? —dijo.

—Un poco. Es culpa de Van Winkle.

—Maldito Sammy.

Patch pegó la cabeza a la suya.

—Menos mal que en este mundo hay gente como tú.

178

Una hora más tarde Patch cruzó la calle y subió por la Sexta Avenida sin mirar atrás, perdido entre extraños y respirando el olor a

almendras garrapiñadas que le recordaron que no había comido nada en todo el día. Se movía con soltura, sintiendo que a cada paso los músculos se aflojaban mientras pasaba por delante del carrusel apagado de Bryant Park, el palpitante corazón del Midtown West y los luminosos teatros.

A las diez consiguió que le dieran mesa en Barbetta, se sentó solo y comió garganelli con salsa de tomate y albahaca. Bebió vino tinto y dejó una generosa propina.

—¿Cómo estaba? —preguntó el camarero.

—Casi perfecto —dijo Patch.

Caminó toda la noche, solo y sin rumbo, aunque sin duda seguía los pasos de ella.

Salió el sol sobre Manhattan y Patch paseó a la sombra del puente de Brooklyn mientras los camiones hacían cola frente a la lonja. Pensó en el capitán de aquel barco pesquero y su tripulación, en aquella fatídica noche en que viajó a Boston sin saber que el universo conspiraba.

Se unió al ajetreo del mercado de agricultores de Union Square y miró a la gente que compraba bajo los toldos fruta fresca y queso de granja, pan artesano y carnes autóctonas. Siguió la marea de los miles de viajeros que salían del metro antes de desvanecerse en edificios plateados revestidos de cristal verde. Vio turistas, familias, oyó que hablaban de Battery Park y los barcos. Las Torres Gemelas, tan prominentes que se detuvo largo rato a contemplarlas hasta que grabó su silueta en la memoria.

Cuando ya era una hora decente, entró en el Plaza y encontró un rincón tranquilo.

Sammy fue el primero en bajar, bastante fresco porque aún no se había acostado.

Se sentaron juntos a una mesa con un mantel blanco y Sammy le contó que lo habían vendido todo en apenas una hora. Así que en ese momento nuevos compradores buscaban a los antiguos y les ofrecían el doble de lo que habían pagado. Sammy no recordaba una venta como ésa en las últimas dos tristes décadas.

—Mandarás el dinero a…

—Ya lo sé, chico, ya lo sé.

No sería una suma que causara asombro en el mundo del arte, pero daría a las familias de las chicas desaparecidas un poco de libertad para buscarlas, para llorarlas, o quizá simplemente para tomarse un respiro.

A las once Charlotte llegó con un periódico bajo el brazo a la legendaria champañería, donde Sammy y la señora Meyer se tomaban un bloody mary codo con codo.

Charlotte desplegó el periódico sobre la mesa y pasó las hojas hasta llegar a la sección de Arte. Vieron el artículo a toda página, con fotografía y el titular.

UN PIRATA CONQUISTA MANHATTAN

Charlotte se dio la vuelta, incapaz de disimular la sonrisa.

Su padre aparecía en el *New York Times*.

179

La autopista de Long Island.

La calefacción despedía un aire somnoliento, y Saint abrió la ventanilla del coche de alquiler y observó el tráfico que se acumulaba desde el túnel Queens-Midtown y hacia fuera. A medida que cruzaba el condado de Nassau y Suffolk los grises reverdecían, y sintió que se le hacía un nudo en el estómago al llegar a los bosques en dirección a Riverhead.

La voz de Patch sonó en el equipo de música.

Igual que en cada viaje que había hecho desde entonces.

Necesitaba oír la voz de Grace una última vez para saber que merecía la pena intentarlo.

Tal vez un día seré la primera en verlo después de la Resurrección.

Y si soy elegida, me enviará con las tres personas.

Y me vaciarán por dentro. Verán cómo se derrama mi sangre sobre la roca negra, como si yo nunca hubiera existido.

Saint se abrió paso por pueblecitos y enclaves costeros que se habían desnudado tiempo atrás para la llegada del invierno, y a los que los vientos huracanados habían quitado el brillo veraniego.

Aparcó a un buen trecho de la iglesia y se subió el cuello del abrigo mientras recorría una calle ancha de árboles esqueléticos y hierba aletargada que conducía a casas unifamiliares, la mayoría ya con los postigos cerrados.

Era el pueblo de Black Rock.

Dio un paso atrás y miró el cartel.

SAINT MARY MAGDALENE
TRINITY ROAD

180

Saint contempló el campanario que se elevaba desde un torreón oscuro como el hierro, y más abajo la logia a través de arcos rematados con unos espléndidos mosaicos.

Por la puerta principal entró en una nave abovedada tan impresionante que en un primer momento Saint sólo alcanzó a desear que su abuela pudiera verla.

Pensó en Grace.

Se preguntó por qué la habría llevado justamente hasta esa iglesia, ese pueblo en particular. Saint se preguntó si habría otra chica enterrada allí. Había buscado en los archivos hasta cuatro décadas atrás, pero no pudo encontrar ningún indicio.

A través de un laberinto de habitaciones y cruzando un patio al fondo, pasó a un edificio más pequeño donde los libros se alzaban en anaqueles de madera ennegrecida con betún. Había una mujer sentada detrás de una caja registradora que Saint dedujo que no veía mucha actividad.

En la placa se leía HERMANA ISABELLE.

Saint salió y rodeó el edificio de detrás, el hospicio, junto a un patio de cemento pintado de colores con rayas de tizas y números y caras sonrientes. Vio una pluma perfecta y la alzó a la luz. El gris de una

paloma torcaz. Una vez Norma le había contado que eran un símbolo de la protección, el amor y los ángeles de la guarda. Se la metió en el bolsillo.

Saint estuvo un par de horas intentando descifrar una clave que no existía. Paraba a la gente y hacía preguntas sobre la historia del lugar, paseó por el cementerio y comprobó las lápidas una por una.

Mostró fotos de archivo de Eli Aaron a la monja de la caja registradora, y luego a los ancianos que había reunidos en la puerta de la iglesia.

En el púlpito resiguió las frases en latín, deslizó los dedos por las tallas de cada uno de los bancos.

—¿Qué intentas decirme, Grace? —susurró frente al presbiterio.

Saint se hizo a un lado cuando pasaron las hermanas.

A pesar de que mantuvo la cabeza ligeramente inclinada en señal de respeto, se fijó en su forma de caminar, en la solemnidad con la que se comportaban.

Miró sus sandalias.

Observó sus velos y sus túnicas, sus medallas y sus cofias.

Y luego...

Vio los rosarios que llevaban.

181

—Muéstramelo —le pidió la hermana Cecile.

Saint sacó la bolsa del maletín y con cuidado puso el rosario encima del escritorio.

—Sí —dijo la hermana Cecile.

—¿Se pueden comprar? —preguntó Saint.

—No se exponen... no hay suficiente espacio en las estanterías. La gente ahora se decanta por opciones más baratas. Pero estas cuentas son de madera de cedro. Vidrio negro. La hermana Agnes hizo estos rosarios, y tenía muy buen gusto. La medalla. Es María Magdalena.

—La patrona de los pecadores arrepentidos —dijo Saint a continuación.

—Según mi experiencia no existe otra clase de pecador. Por lo menos a la hora de la verdad.

Saint pensó en Marty Tooms mientras sacaba las fotos de Eli Aaron y las dejaba sobre la mesa.

La hermana Cecile se puso las gafas y echó un vistazo.

—Es Robert. Era monaguillo. Los recuerdo a todos.

—¿Robert? —dijo Saint.

—Robert Peter Frederick. No lo he visto desde...

—Desapareció. Probablemente haya muerto.

La noticia no impresionó a la hermana.

—Y encontraron el rosario entre sus pertenencias, por supuesto.

—¿Por qué lo dice?

—Robert era... problemático. Se tomaba la palabra de Dios al pie de la letra.

—Eso es lo que les enseñan, ¿no?

La hermana Cecile sonrió como si tratara con una criatura.

—Enseñamos a perdonar. El nuestro no es un Dios vengativo. Robert debía de estar al cuidado de la hermana Agnes antes de que ésta muriera.

—¿Les daba ella un rosario a los niños que creía que necesitaban ser salvados? ¿Por qué necesitaba salvarse Robert, en todo caso? —dijo Saint.

La hermana Cecile carraspeó.

—Una mujer del pueblo se quedó embarazada. Era soltera. Y vino a confesarse, y Robert escuchó a hurtadillas y luego la siguió a casa.

Saint la miró fijamente.

Notó el primer indicio de rubor en las mejillas de la mujer.

—No pasó nada.

—¿Se lo contaron a la policía? —preguntó Saint.

—La mujer salió ilesa. No quiso presentar una denuncia.

—¿Y Robert?

—Poco después se marchó.

—Lo conocemos como Eli Aaron —dijo Saint.

La hermana Cecile suspiró.

—Y será juzgado.

—¿Cómo sabe que…?

—Elí, hijo de Aarón. Oficiaba como juez en el tribunal. El Antiguo Testamento.

—¿Y qué le ocurrió?

—Sus hijos lo defraudaron. No los castigó con la firmeza necesaria cuando pecaban, y por eso Dios lo maldijo.

—No fue lo bastante severo —repitió Saint.

Eli Aaron se había criado en un hospicio. Viajaba. Probablemente había más tumbas en otros lugares. Más chicas desaparecidas a las que nunca encontrarían.

Saint siguió a la hermana hasta el interior de la librería, donde la caja registradora permanecía desatendida. La hermana Cecile fue a buscar en un cajón el último rosario que le quedaba.

Saint lo cogió y se dirigía a la salida cuando se tropezó con la hermana Isabelle. Las dos prácticamente habían salido al aire frío cuando oyó sus palabras.

—El segundo que vendemos en lo que va de año.

Saint se detuvo.

En seco.

Y se volvió.

—¿Quién compró el otro? —preguntó Saint.

La hermana Isabelle quizá tenía su edad, una cara rolliza, de piel tersa y sin manchas.

—Un hombre.

Saint palideció.

—No puede ser —dijo la hermana Cecile—. Él… ¿Cómo has dicho que murió?

—Le prendí fuego —contestó Saint mientras sacaba la fotografía.

Hubo un momento en que lo supo. A pesar del tiempo que había pasado.

Leyó la mirada de la hermana Isabelle.

La mirada de una mujer que acaba de ver un fantasma.

182

—Cabe la posibilidad de que esa hermana esté equivocada —dijo Himes.

—Se lo vi en la mirada.

Estaban en una cafetería frente al edificio federal a la que iban cuando necesitaban consuelo, para olvidar, o quizá para recordar por qué se dejaban tanto la piel en su trabajo.

Saint se había pasado la semana indagando en la vida de Eli Aaron. Tirando un poco más del hilo encontró un registro que daba la fecha en la que llegó a la casa de acogida, con sólo seis años. Su madre tenía antecedentes, vendía su cuerpo por dinero. Drogadicta. Sufrió una sobredosis. Una historia tantas veces repetida que al leerla ni siquiera se inmutó.

Consiguió el nombre de la mujer a la que Aaron había seguido a casa desde el confesionario, hacía una eternidad. No le sonsacó nada más que lo que le había contado la hermana Cecile.

—Pensé que lo había matado, Himes. Que ya estaba muerto —dijo Saint.

—Entonces, ¿compró otro rosario este mismo año? —preguntó Himes.

—Ajá.

Himes cogió su hamburguesa.

—Ya sabes lo que significa eso.

Saint cerró los ojos.

—Significa que tienes que matarlo de nuevo.

183

—¿Me dejas ver qué hay debajo del parche? —preguntó Charlotte.

—Se me ocurren mejores regalos. Una chica no cumple trece años todos los días.

Los preparativos habían empezado poco menos de un año antes,

cuando Charlotte anunció que la adolescencia tal vez sería un cambio que la dejaría irreconocible. Necesitaría un sujetador nuevo, le dijo, de los que marcaban escote. Llamó inmediatamente a su abuela, que se presentó en la puerta esa misma tarde y se llevó a la niña al pueblo para ir a ver a la señorita Delaine. Tras los arreglos necesarios, hicieron las compras. Patch se escondió en el patio hasta asegurarse de que el asunto quedaba resuelto.

Charlotte también anunció que necesitaría una llave del Manicomio, así que le hizo la correspondiente copia en la ferretería de Monta Clare. También necesitaría un vestido para el día y otro para la noche. Otra expedición a la boutique de la señorita Delaine; esta vez Patch se quedó en la acera mientras la niña y su abuela atacaban los percheros como fieras.

—Y tendré que organizar una fiesta —dijo mientras desayunaba bollos con beicon.

Patch levantó la mirada.

—¿Qué clase de fiesta?

—Elegante, sofisticada, con un punto salvaje, y opulenta.

—La lista de lecturas que te mandan en el instituto tiene que cambiar.

—Debería haber una bandeja de profilácticos por si las cosas se descontrolan.

—¿A qué te refieres, a antibióticos?

—No. Pero tener penicilina a mano no es mala idea.

Ese día le cubrió las espaldas y no fue a clase; habló con su profesora, la señorita Lyle, que frunció el ceño y le señaló la política de la escuela, y también que había visto su obra colgada en la galería de Sammy. Patch aceptó ir a dar una clase de pintura, y así cerraron el acuerdo.

A las seis la llevó hasta la cocina, donde había un joyero sobre la encimera.

Charlotte sacó el collar y lo levantó: era una cadena con un colgante, una sola piedra del mismo azul que sus ojos.

—Como el de mamá —dijo, por un momento callada antes de

animarse de nuevo—. A ver, no es lo que yo habría elegido, pero supongo que un día podré empeñarlo. Evitará que me meta en el porno.

—No pido nada más.

Y entonces le entregó la lámina.

El boceto que había hecho casi catorce años antes, mientras su madre dormía. El boceto que Misty le había legado para que él recordara que en su mundo, en su vida, había ocurrido algo especial.

Charlotte se quedó largo rato mirándolo.

—Hice ese dibujo el día que te concebimos.

—Puaj.

Saint apareció como si hubiera olido las magdalenas y en la entrada, bajo un remolino de hojas caídas, dejó un remolque, en el que llevaba una colmena de madera de cedro con siete cuadros y ventana de observación.

Charlotte se acercó.

—Precioso. ¿Qué es? ¿Una especie de laboratorio móvil de metanfetamina?

Saint habló del encerado a alta temperatura, de los peines y las llaves con los que la miel caía automáticamente del panal.

—Mucho más simple que la colmena que yo tenía.

—¿Todo en orden, agente especial Brown? —le preguntó Patch.

—Todo en orden —dijo ella, dudando si eso había sido cierto alguna vez para ninguno de los dos.

—¿Alguna novedad?

—No. —Saint le había contado que Eli Aaron andaba suelto. Que la foto y la descripción que manejaba la policía en todos los estados estaban muy desfasadas. Había pasado una semana comprobando las grabaciones de las cámaras de seguridad en un radio de ochenta kilómetros alrededor de la iglesia adonde Eli Aaron había ido a buscar el rosario. Las hermanas no estaban seguras de la fecha, sólo de la época. Fue un trabajo minucioso que no la había llevado a ninguna parte.

—¿Hay posibilidades... después de todos estos años? —dijo Patch.

—Posibilidades hay.

—¿Y si lo encuentras?

—Entonces nos podría llevar hasta Grace.

184

Media hora más tarde se pasó Sammy, que depositó un largo estuche de latón y cuero en la encimera, abrió su cerradura y levantó la tapa de pino macizo.

Charlotte se asomó para mirar dentro y el pelo rubio cayó sobre sus ojos ahumados por la sombra.

—¿Le has comprado a Charlotte una escopeta de caza? —dijo Saint.

—Una Boss and Co., fabricada en Londres en 1912. Según dicen, con ésta despacharon a un irlandés por deudas de juego.

Charlotte soltó un silbido al levantar el arma y la amartilló.

—Es... es perfecta. Gracias, Samuel.

—Mantendrá a los chicos a raya —dijo Sammy guiñándole un ojo a Saint.

—O atraerá a los que valgan la pena —repuso Charlotte guiñándole un ojo a Saint.

—Y entonces podrás arrestarlos —añadió Patch guiñándole el ojo a Saint.

—Técnicamente eso que haces no es un guiño, sino un parpadeo —dijo Saint.

Patch la miró ceñudo.

Saint tenía que volver a Kansas, así que sólo padre e hija hicieron los cien kilómetros del trayecto. Charlotte iba hablando de la fiesta, de un chico llamado Dallas que a Patch le cayó mal desde el primer momento.

—O sea, ya tiene tres novias, pero ellas no quieren abrirse de piernas, así que me imagino que tengo alguna posibilidad, y si eso falla, ahora tendré alguna oportunidad —dijo, mientras conducían por la autovía de cuatro carriles, donde un susurro de árboles era todo lo

que cortaba el gris.

Patch pensó que Charlotte desprendía un entusiasmo contagioso. Era su piedra angular, su ancla a todo lo bueno que tenía en la vida. A raíz de la publicación de aquel artículo en el *New York Times* llegaba tanta correspondencia que Sammy amenazó al cartero con emprender acciones legales, así que se las remitían al Manicomio. Charlotte siguió recopilando las cartas, comprometiéndose a responderlas todas, aunque sólo fuera para decir que su padre no iba a pintar más por el momento. Varios medios se habían hecho eco de la historia, que desde Nueva York se extendió por la costa y a gran parte del país.

Antes de salir habían ido a ver la tumba de Misty, y Patch dejó a Charlotte a solas con su madre mientras paseaba alrededor de Saint Raphael. Al volver la encontró con los ojos enrojecidos y le tendió una mano, aunque ella la rechazó.

—Se me ha cagado un pájaro en el ojo —dijo.

Dejaron el coche en el aparcamiento y cruzaron las puertas del zoo de Culpepper.

Bajo un sol radiante, Charlotte desplegó un mapa, sacó un bolígrafo del bolsillo y señaló una ruta para abarcar todos los recintos, permitiéndose por un momento ser una niña.

Patch compró comida para los animales de granja, y Charlotte abría la manita cuando las cabras se acercaban a la valla. A la luz azulada del acuario pegó la cara contra el vidrio para ver pasar una locha payaso. Cuando empujó la puerta pesada y lo condujo al interior del reptilario, Patch empezó a encontrarse mal. Se sofocaba y notó la piel fría y pegajosa.

Intentó quitarle importancia, diciendo que tenía el pulso acelerado por tomar demasiado café. Consiguió sonreírle, pero se agarraba a la resbaladiza pared de piedra para mantenerse erguido. Se llevó una mano al pecho y luego al cuello.

Oyó que Charlotte lo llamaba para que fuera a ver las serpientes, pero tenía los músculos agarrotados. Masculló en voz baja, se concentró en Charlotte y en la atención con que observaba a los reptiles mientras él intentaba recuperar el equilibrio. Fue empeorando, empezaron a temblarle las manos mientras el cuerpo se rebelaba

contra él. Mientras todo se quedaba a oscuras, la vio. Vio la cara de Grace, totalmente presente, totalmente real.

Lo último que oyó fue el grito de su hija el día de su cumpleaños.

185

Patch se despertó en un quirófano, y por un momento se sintió tan perdido que volvió a tener catorce años y a buscar a una enfermera, a un médico para que le explicaran adónde había ido a parar el último año. Quizá lo hubiera soñado todo y cuando pasara por Main Street vería a Misty Meyer del brazo de Chuck, encontraría a su madre en casa durmiendo después del turno de noche. Otra oportunidad para cometer nuevos errores, menos trascendentes en todos los sentidos.

Delante, las ventanas se abrían a las copas de árboles dispersos, el cielo era un lago claro, y el paisaje estaba salpicado por las sombrillas de un millar de flores blancas.

Vio un carrito plateado, un ordenador y arriba un grupo de luces alienígenas que brotaban de un tallo de acero. En la pared había un monitor y al lado un escritorio blanco con un hombre sentado detrás.

Al cabo de un momento Patch recordó dónde estaba y se incorporó haciendo traquetear el carrito.

El hombre se volvió y levantó una mano tranquilizadora, mirándolo como si lo conociera.

—Tu hija está con Jen, una de las guardianas. Creo que justo ahora están dando de comer a las suricatas. Te has desmayado. No eres el primero que se desmaya en el zoo, así que no te preocupes. Suele pasar en verano cuando aprieta el calor. La gente no se pone gorra, no se hidrata.

—Fue por… las serpientes. El olor que desprenden o algo así.

Tenía una cara afable, aunque no sonreía.

—¿Estás enfermo?

Patch negó con la cabeza.

—¿Tomas alguna medicación?

—No.

—Ve al médico a que te eche un vistazo. Siempre es mejor cuando pasan estas cosas.

Patch se levantó, con un ligero dolor de cabeza.

—Ah, ¿tú no eres médico?

—No. Al menos no trato a seres humanos. —Sonrió y le dio a Patch una botella de agua—. Tendré que sacarte en un momento, he de atender a un lobo con tuberculosis.

Patch le dio las gracias de nuevo y al volverse vio el nombre grabado en la puerta. Jimmy Walters.

186

Hubo un momento antes de que cayera en la cuenta, antes de que cuestionara el frío rastro del destino, y en ese momento vio a su hija, con su collar nuevo y cuidando de sus abejas, igual que Saint hacía con su abuela en otros tiempos.

Miró a aquel hombre, observó sus manos y sus brazos, su boca, sus labios y sus ojos. Patch conocía bien la podredumbre que ocultaba en su interior, cómo no se podía saber la mierda de alguien por su aspecto o por el trabajo que desempeñaba: había que destriparlo para verlo, había que buscar el veneno en sus venas.

Jimmy dijo algo más, soltó una carcajada, pero Patch no prestaba atención, sólo vio a Saint, su amiga, en toda su pureza y su bondad. La vio arrastrándose por un bosque enmarañado, con el frío del invierno calando hondo en sus huesos mientras seguía buscando, intentando dar con él mientras el mundo a su alrededor lo había enterrado hacía tiempo. Vio el cariño con que ella cuidaba a su abuela, con que trataba a Charlotte, y no entendió cómo aquel hombre pudo arrebatar tanto a alguien que sólo sabía dar.

Patch sabía que había momentos en los que tomabas una mala decisión incluso siendo plenamente consciente de lo que vendría después.

También sabía que no iba a consentir que su hija creciera en un mundo en el que los buenos se quedaran de brazos cruzados. En un mundo en el que su padre no defendía a los pocos que le importaban. Una vez le dijo a Nix que había dejado la vieja versión de sí mismo en la oscuridad, pero entonces supo que no era cierto del todo. Una vez le había dicho a Saint que formaban un equipo. Si se metían con uno, se metían con los dos.

—Jimmy —dijo Patch.

Jimmy asintió.

—¿Te acuerdas de mí?

—Me acuerdo de ti, Joseph —dijo Jimmy.

—Y te acuerdas de Saint. Te acuerdas de que le pegaste. Te acuerdas de que fuiste pregonando por el pueblo…

—Que había asesinado a mi hijo.

Patch sabía lo que era la voluntad, el libre albedrío y el designio divino. Conocía el peso del determinismo y la necesidad de forjar un futuro.

Sabía que quizá aquélla hubiera sido la única vileza que Jimmy Walters había cometido. Que tal vez podría reescribir aquel capítulo siniestro y salvar su propia historia.

Patch sabía todo eso y más.

Pero nada que pudiera cambiar lo que estaba a punto de ocurrir.

El preso

1998

187

La ventana era alta y estrecha como un buzón puesto de lado.

Con la anchura de apenas una cabeza humana, proyectaba una franja de luz y desde su litera Patch a veces imaginaba que el techo se abría al firmamento.

Su visión del mundo se extendía a lo largo de cuatrocientas hectáreas de recinto carcelario, y más allá había una torre de agua que se aguantaba sobre seis patas de aguja del mismo blanco que las nubes del invierno, con la panza oscura, hinchada por la lluvia. Los cables telefónicos se cruzaban, y a veces los oía crepitar con mil voces que corrían para ser oídas. Imaginó a madres e hijas diseccionando a Monica Lewinsky, las dificultades de Hillary al denunciar en el *Today Show* una conspiración contra su marido, después de que Bill se mantuviera firme y noble, añadiendo capas a su castillo de naipes, de fundamentos intachables. Tal vez un par de tipos estarían hablando de Dale Earnhardt y las victorias ganadas a pulso. Una línea hacia las grandes ciudades donde los agentes de bolsa comentaban sus resultados, el Dow Jones marcando nuevos máximos mientras el desempleo caía a nuevos mínimos. Un tiroteo en una escuela de Thurston, otro en Arkansas. Un tornado en Minnesota, otro en Birmingham.

La penitenciaría era la tercera más antigua del país, y los años podían contarse en las grietas de los muros de piedra y los fallos eléctricos, en el polvo que tosían los conductos de ventilación y el reguero de sangre de la trata de esclavos, sangre derramada ciento cincuenta años atrás.

Desde aquella ventana vio cómo la nueva cárcel iba tomando forma; los cimientos de hormigón se tendían en bloques a medida que las retroexcavadoras amarillas recorrían los caminos llenos de surcos y sacaban la tierra reventada por martillos neumáticos tan ruidosos que las paredes de su celda temblaban. Al final de las duras jornadas, los trabajadores se sentaban en las máquinas, fumaban y volvían la vista hacia el pabellón penitenciario. Patch saludaba con la mano, sabiendo que no lo veían. Y al terminar pasaban farragosos controles antes de emprender el camino de doce kilómetros que los llevaba de vuelta a la civilización, donde se darían una ducha hirviendo que arrastrara la mugre de su piel y su memoria.

Aunque la cárcel era otra, y la sentencia y el protocolo eran distintos, Patch básicamente retomó el día a día donde lo había dejado, como si aquel paréntesis de libertad no hubiese sido más que un indulto pasajero de una condena de tiempos inmemoriales.

A las siete de la mañana salía de la celda y comía algo antes de ir a la biblioteca de la cárcel, en el esternón del bloque central, por pasillos encalados que podrían haber pertenecido a un hospital en decadencia de no ser por las rejas y los aparatosos cerrojos de las puertas. Después de un año al cuidado de la biblioteca le concedieron una llave, que recogía en un puesto de servicio a cargo de un condenado a cadena perpetua poco dado a las sonrisas.

Al entrar en la biblioteca de la cárcel encendía las luces celestiales, tan radiantes que necesitaba un momento para que el ojo se ajustara mientras repasaba los turnos, vaciaba el buzón y empezaba a colocar en las estanterías los libros devueltos. Cuatro mil libros. Se iba rotando en el trabajo con once reclusos más, supervisados por dos bibliotecarios que acudían desde localidades próximas en autobús y atendían consultas sobre todo relacionadas con el derecho y la empresa. Patch trabajaba en la sección de referencia, creando un fondo bibliográfico de arte, además de orientar a los nuevos hacia la autoayuda, la meditación y la terapia cognitivo-conductual.

A las nueve apareció Cooper, el bibliotecario, con el periódico bajo el brazo, quejándose de las obras, después de tragar polvo doce kilómetros detrás de un camión hormigonera.

Llevaba gafas, el pelo un poco largo para la moda del momento. Metro ochenta, ancho y fibrado, mantenía el orden con el tono de su voz, seguía el protocolo porque era disciplinado por naturaleza.

Empezó a trabajar un mes después de que llegara Patch y todavía estaban tanteándose mutuamente. Patch cumplía con su cometido, acataba las normas a rajatabla y esbozaba una sonrisa cuando era necesario. Y así, al cabo de quinientos trece días, escribió su carta al alcaide Riley.

Dos meses más tarde, una hora después de comer, sacaron a Patch de su celda, lo esposaron y lo llevaron desde la planta principal a través de dos puertas de seguridad hasta el patio. El guardia, Blackjack, no medió palabra hasta que salieron del centro de recepción.

—Al despacho del alcaide; ¿qué demonios has hecho, Patch? —le preguntó.

Patch echó un vistazo a aquel hombre de casi dos metros de altura y cien kilos de peso. La mayoría de los reclusos lo llamaban «El Muro» y decían que el estado de Misuri podría haberse ahorrado un par de millones de dólares en seguridad con sólo poner a Blackjack en la entrada.

—Sé que no te has metido en peleas. Habría visto el parte.

—¿Cómo está tu chica? —dijo Patch, y el grandullón le sonrió.

—Lo bordó.

La chica era la hija de Blackjack. Tenía once años y en la escuela le habían pedido un proyecto sobre metales preciosos. Patch había apuntado a Blackjack hacia Gustav Klimt.

Caminaban despacio porque el guardia sabía que era un lujo sentir el sol en la piel.

—Pensaba que te conocía, pensaba que tus intenciones eran buenas, pero ¿por qué demonios fuiste a matar a aquel vigilante del zoológico? —le preguntó Blackjack, para variar.

Al entrar esperaron mientras una secretaria atendía una llamada del Vigésimo Quinto Circuito Judicial. Patch oyó hablar de recusación y de un cambio de juez mientras la mujer tomaba notas.

Esperaron durante veinte minutos en silencio, Patch contento de salir de sus confines, de contemplar los paneles de madera, la alfombra estampada y los mástiles dorados de las banderas.

Cuando por fin Blackjack lo hizo entrar en el despacho, el alcaide Riley le pidió que le quitara las esposas.

—Somos caballeros —dijo Riley, como si fueran a tomar un té helado disfrutando de las vistas en su plantación de almas perdidas.

Le estrechó la mano a Patch con excesivo vigor, la cara llena de capilares rotos y cortes de la cuchilla de afeitar, y unos ojos de perro apaleado. Llevaba un traje de raya diplomática y el cuello de la camisa le iba tan justo que la papada se desbordaba como carne en conserva saliendo de un tubo. Le indicó a Patch que se sentara al otro lado del escritorio de caoba.

Riley se desplomó en un sillón de cuero marrón y, al acercarse, Patch vio que en la pared del fondo había un único cuadro colgado en el centro, bajo un reluciente aplique de níquel, como si la mano de Dios lo hubiera puesto allí en señal de advertencia.

Patch miró a su alrededor, pensando que era una broma.

Y luego se quedó largo rato mirando la escena.

Conocía bien aquella avenida rebosante de color. A uno de los lados había una cafetería, al otro las colinas ondeaban tras los tejados de pizarra azul bajo una puesta de sol que se descomponía en una miríada de reflejos.

—Precioso, ¿verdad? —dijo el alcaide Riley volviéndose para echarle una ojeada—. No hay nadie que entre aquí y no se quede absorto en ese cuadro.

Patch no lo había visto en casi veinte años. La primera obra que vendió: la técnica era tosca, él sólo veía imperfecciones. Motas donde había cargado el pincel más de la cuenta, la mano torpe en el sangrado de la acera.

—¿Dónde lo encontró? —preguntó Patch, atónito.

—Fue Aileen. Mi esposa. Ha decorado este despacho media docena

de veces, escogiendo telas y gamas de colores. Ese cuadro es la única constante. Caray, si hasta hubo que elegir mi butaca para que no desentonara.

Patch se acordó de sonreír cuando el hombre soltó una carcajada.

Riley se remangó la camisa descubriendo sus brazos rollizos y cogió la carta que tenía encima de la mesa.

—Quiere un servicio de biblioteca para los caballeros del nivel C.

—Sí, señor.

El alcaide Riley se reclinó hacia atrás, la butaca crujió mientras entrelazaba los dedos y fruncía el ceño, como si lo que ya se había decidido dejara aún espacio para reflexionar. Patch intentó no sentir la atracción del cuadro, aquel dolor sordo en las tripas, en los huesos. Intentó no ver la cara de Sammy mientras él trabajaba, la de Saint cuando pasaba con un plato de comida porque su madre no podía ocuparse de él. Intentó no ver a Nix, a Misty, el Manicomio ni el pueblo de Monta Clare. Y sobre todo, cuando se acostaba cada noche en el silencio atronador de la cárcel, intentaba no ver a Charlotte.

—La Agencia Federal de Prisiones hace ciertas salvedades.

—Sí, señor —dijo Patch, y se abstrajo de sus explicaciones, concentrándose en repasar machaconamente el último año, en el que tanto esfuerzo había hecho por mantener un perfil bajo. Sin mover un dedo cuando una pelea en el patio se descontroló, cuando un motero de Kansas City se le echó encima y le soltó un derechazo. Patch hincó una rodilla en el suelo, escupió su propia sangre y encajó un par de patadas en el costado. Aquella noche tosió con fuerza y notó que tenía alguna costilla rota, pero al día siguiente no dijo ni pío, continuó con su trabajo en la biblioteca sin rechistar.

Una semana después la gente del motero quiso involucrarlo en un chanchullo, Patch supuso que relacionado con las drogas. Resistirse le costó un par de dientes, se los hicieron saltar antes de que Blackjack los separara. Aquella noche Patch, tumbado en su litera, se tragó la sangre y vio cómo la brisa perseguía sombras por su celda hasta la mañana siguiente. Una mesa y un banco atornillados a la pared. Un lavabo y un retrete de acero sin tapa. A veces el olor a mierda recorría el pasillo como un río, se colaba por debajo de las puertas como para

recordarles las aguas residuales que había entre ellos.

—Tienes una hija, pero… ¿no viene de visita? —dijo el alcaide Riley hojeando un fino expediente, chasqueando la lengua al leer el delito, como si le viniera de nuevas. Como si no hubiera salido en los periódicos, la historia del conocido pintor que había soltado un solo puñetazo al entrañable veterinario, que al caer de espaldas se golpeó la cabeza.

—¿Y vas a la capilla?

—Sí, señor.

El alcaide Riley asintió como si eso diera legitimidad a la petición.

—En tu carta decías que estabas dispuesto a ir a entregar personalmente los libros, porque no podemos prescindir de nuestros empleados. Me atrevería a decir que tampoco es un sitio donde nadie quiera pasar más tiempo del necesario.

—A mí me gustaría… Yo me refugio en la lectura en los momentos difíciles. Evadirse un rato es algo que todos necesitamos, de vez en cuando. La gente dice que no se lo merecen, que ninguno de nosotros lo merece. Pero estamos aquí cumpliendo nuestra condena. Muchos de nosotros no volveremos a conocer la libertad. Leer no es un privilegio, señor. Creo que todos tenemos derecho a dejar de lado nuestros problemas y escapar a otro mundo, aunque sea a través de la palabra escrita. —Patch oía las palabras saliendo de la boca de Cooper mientras las pronunciaba literalmente. Seis meses practicando. Una única oportunidad para fallar o dar en el blanco.

—Y los presos del nivel C…

—«Sed amables y compasivos unos con otros, perdonándoos mutuamente, como Dios os perdonó a vosotros en Cristo» —recitó Patch.

—De acuerdo —dijo el alcaide Riley.

Esa noche Patch no durmió.

Al día siguiente visitaría el nivel C.

El corredor de la muerte.

Saint estaba sentada frente a su escritorio en la comisaría de Monta Clare cuando sonó el teléfono.

El agente Michaels no disimuló la crispación cuando le pasó la llamada.

—Es del instituto, jefa —dijo.

Michaels era diez años más joven y demasiado impaciente. Llevaba el uniforme tan impecable como su corte de pelo, rapado a los lados como un marine que ha dado un paso en falso y ha aterrizado lejos de la acción.

Saint suspiró y miró hacia la avenida mientras hablaba con Mildred, la secretaria del director, con la que mantenía un trato muy estrecho desde que, a veces de camino al trabajo, le llevaba un trozo de tarta de nueces de la pastelería de Monta Clare.

Mientras paseaba despacio oyó el reclamo primaveral de un junco y al levantar la vista vio a Mitch Evans pintando el rótulo de la óptica. El verde bosque se había aprobado en un pleno municipal donde se caldearon tanto los ánimos que Saint había amenazado con sacar la pistola para calmarlos. Se agachó a recoger una piña del suelo, comprobó si tenía piñones y se la guardó con cuidado en el bolsillo.

Mitch levantó una mano para saludarla. Saint hubiera preferido que no la soltara de la escalera.

Se topó con Sammy, que cruzaba la calle con una bolsa de papel de estraza, y disimuló la risa al adivinar adónde iba ella, porque le veía en la cara que se avecinaba tormenta.

Viejos establecimientos con fachadas nuevas; coches que no se atrevían a aparcar en doble fila y daban vueltas buscando un hueco; el esqueleto blanco y descolorido de unos grafitis tan rudimentarios que Saint redujo el cerco de los culpables a una pandilla de chavales de secundaria y les hizo pasar un fin de semana restregando la pared entre los vapores de la acetona y los abucheos de los transeúntes. La gente murmuraba que era más dura que Nix, que trabajaba más y mejor, que se preocupaba y que se tomaba cada infracción tan a pecho que los niveles de delincuencia habían bajado hasta desaparecer. Era una sensación, en realidad; la veterana del FBI que regresaba al lugar donde nació para convertirse en la jefa de policía más joven de la

historia del estado de Misuri. El respeto y el miedo distaban mucho de la aprobación, pues el rastro de Jimmy Walters la perseguiría siempre.

—Que les den. Y que le den a la iglesia —había dicho Nix al pasar de camino a la farmacia el día que ella estrenó el cargo, con el nombre del comisario en letras doradas todavía en la puerta de vidrio, en una muestra de respeto que perduraría.

Al llegar al instituto de Monta Clare, Saint se sentó en el pasillo y soltó sapos y culebras con Mildred.

El director era nuevo, el protocolo no. Saint no necesitaba salir en defensa de Charlotte porque todo el mundo estaba al corriente de su situación, todos la conocían. Eso era parte del problema, supuso Saint, accediendo a una semana de expulsión.

Al salir caminaron al sol y la chica derrochaba indiferencia. Saint estaba tan cansada como para no sonreír ante transgresiones que llevaban el sello de un tal Patch Macauley.

—¿Quieres que acabemos de una vez? —dijo Charlotte, con reflejos rubios en el pelo y la piel pálida y delicada a pesar del fuego que ardía justo debajo.

—¿Quién fue? —le preguntó Saint.

—Noah Arnold-Smith.

Saint sabía quién era el chaval, sabía de qué calaña era, pero no sabía cómo ser madre o tutora por mucho que Patch se empeñara.

—Le has dislocado el hombro.

—Tú me enseñaste cómo se hacía —respondió Charlotte.

Se detuvieron al pie de Walnut Avenue, donde la gente había ido remodelando poco a poco los antiguos caserones y ahora se veían coches extranjeros en las entradas empedradas junto a céspedes de postal con borduras de salvia azul y lirios crestados.

—No deberías haberlo hecho —dijo Saint.

—Me metió mano en el culo.

Saint pensó en Noah Arnold-Smith, y en que los chicos populares seguían con la misma sonrisa de prepotencia de siempre. Recordó a Chuck Bradley y cómo avasallaba a chavales como Patch y como ella.

—Aun así… no deberías haber hecho eso, Charlotte.

—Conoces a su familia. Sammy le dijo a la abuela que la señora

Arnold-Smith es un mal bicho de cuidado.

Saint apartó la mirada un momento y se mordió el labio inferior hasta hacerse daño, como siempre que la chica soltaba aquellas barbaridades.

Se sentó en el banco y esperó una eternidad a que Charlotte se decidiera a sentarse a su lado.

—No vienes por aquí —dijo Saint.

Miró la tumba de Misty, con las flores que cambiaba cada semana la señora Meyer.

—¿Vas a contárselo a mi abuela?

Saint negó con la cabeza.

Charlotte se puso el pelo detrás de la oreja.

—Está a punto de cortarme el grifo. Y necesito desesperadamente los cinco pavos de la paga semanal que me da si quiero ahorrar para empezar esa nueva vida en Las Vegas.

—Bien.

La chica tragó saliva.

—No necesito venir aquí para recordar a quién estoy defraudando.

—Eso no es...

—Menos de cuatro años hasta que puedas dejar de fingir que te importa una mierda, Saint.

190

Saint había leído libros sobre cómo tratar con adolescentes en la biblioteca de Pecaut, había escuchado los consejos de Norma cuando la chica dejó de comer, los del doctor Caldwell cuando la chica dejó de dormir. Había consultado con la señora Meyer cuando sus notas en la escuela bajaron, y las dos tomaban juntas el té los lunes por la tarde, observando las nubes ondulantes de Misuri, del mismo gris que sus temores. Todos los sábados pasaban un par de horas con Sammy, que acabó por arrastrar un sillón de cuero hasta la acera y sentarse al sol de la tarde mientras Charlotte se encerraba en el viejo estudio de

su padre y ponía Nirvana a todo volumen. No pintaba ni una sola pincelada.

Los martes, después de clase, Saint la dejaba en una casita que lindaba con la reserva natural de Thurley, donde Charlotte permanecía en absoluto silencio en la consulta de la doctora Rita Kohl. La psicóloga le mandaba las facturas a su abuela, maravillada para sus adentros ante su solemne voto de silencio.

Saint habló con suavidad:

—Hay otro artículo sobre tu... sobre Patch en el *Washington Sun*. Mi abuela lo ha recortado para dártelo. Su obra ahora se cotiza... los cuadros que tienes son...

—Dile a tu abuela que lo tire a la basura.

Los rayos del sol atravesaban la torre. Saint había intentado visitar a Patch una docena de veces. Podía conducir hasta allí con los ojos vendados. Podía distinguir las cordilleras distantes desde el aparcamiento, conocía cada bache que había a lo largo de los doce kilómetros del camino. Sabía que el edificio se caía de viejo, que las celdas eran una nevera en invierno y un horno en verano. Saint apoyó discretamente la campaña a favor de un cambio, añadió su nombre a las peticiones para humanizar la prisión, para acelerar los plazos de la construcción del nuevo centro. A veces llegaba hasta la alta verja y se quedaba fuera hablando con Blackjack, un gigante que le había tomado tanto cariño que se cohibía cuando hablaban.

—Lo que le has hecho a Noah...

Notó que la chica alzaba la mirada.

—A lo mejor ahora se lo piensa dos veces antes de hacérselo a otra chica —dijo Saint.

—¿Tú crees?

—No se me da bien esto. Nunca tuve una... Tengo a mi abuela, y la quiero, pero una abuela no es...

Charlotte se quedó mirando la tumba.

—Quiero que me dejen en paz. No quiero hablar cuando la gente me pide que hable. Ni pintar. Ni expresar unos sentimientos que ni siquiera tengo, maldita sea. No quiero que me toquen el culo. Y si quiero enfurecerme, me enfureceré.

Saint se levantó.

—Este fin de semana voy a enseñarte a retorcer un testículo.

191

Norma le dijo una vez a Saint que para criar a un niño hacía falta un pueblo. Aunque no lo tenía, el último viernes de cada mes Saint abría de par en par las puertas del caserón de Pinehill Cemetery Road, preparaba comida e invitaba a su abuela, a Charlotte, a la señora Meyer y, con fervientes reservas, a Sammy.

A las seis, Charlotte llegó del patio con un tarro y se quedó junto a Saint mientras mezclaba la polenta y la harina de trigo. Charlotte espolvoreó un poco de azúcar, batió los huevos y el suero de leche. Habían acordado una paga de dos dólares a la semana a cambio de que Charlotte hiciese de pinche de cocina, y la niña había perfeccionado sus habilidades tan rápido que Norma no dudaba en declarar que su pan de maíz era mejor que el de Saint. A lo que Saint declaró que su abuela era una traidora y amenazó con desertar de la cocina para siempre.

La señora Meyer llegó con una botella de tinto, Sammy, con dos botellas de Buffalo Trace Bourbon.

Saint preparó pollo glaseado a la cazuela mientras Charlotte se llevaba la masa del bizcocho al rincón para incorporar los arándanos. La señora Meyer puso la mesa. Las tres mujeres iban orquestando sus respectivas tareas mientras Sammy y Norma se emborrachaban en silencio.

Cenaron en el porche. Charlotte miraba el cielo encendido, al lado de su abuela.

—Es el pollo más dulce que he probado —comentó Norma.

—Lleva la miel de Charlotte —dijo Saint.

—Las muy cabronas sólo me picaron treinta veces en esta tanda. Ese regusto seguramente sea de mi sangre —declaró Charlotte.

La señora Meyer suspiró. Llevaba una chaqueta blanca de lana

virgen, pintalabios de Dior y chinelas adornadas con pedrería. Cada vez que aparecía por la puerta, Saint tomaba nota en silencio de las combinaciones y luego intentaba copiar el atuendo rebuscando entre las oportunidades del centro comercial de Three-Rivers. Solía preguntarse si la señora se arreglaba porque luego iba a algún lugar más elegante, hasta que Charlotte le dijo que su abuela ahora sólo salía de casa para visitarlas.

Cuando Charlotte sacó el postre, Sammy intentó rehusar hasta que Saint amenazó con requisarle la segunda botella.

—Es la miel más rica que he probado nunca —dijo Norma, relamiéndose los labios hasta que Saint la amenazó también—. O sea… la de Saint era rica, pero es que Charlotte tiene un auténtico toque de granjera.

—¿Por eso todos los chicos quieren que los ordeñe? —preguntó Charlotte.

—Ay, Dios —resopló Saint.

—No blasfemes —ordenó Norma.

La señora Meyer suspiró una vez más.

—Charlotte es lo más parecido que tengo a una bisnieta —anunció Norma—. Contaba con Saint, pero creo que ya se me ha echado el tiempo encima, y a ella también. No da tiempo a que se enamore…

—¿Y llene el nido de polluelos? —dijo Saint.

—Para eso no hace falta un hombre —afirmó Charlotte.

—No estarás hablando de un… ¿cómo se llama? —farfulló Norma.

—¿Donante de semen? —sugirió Sammy.

—Ay, Dios —dijo Saint.

—No blasfemes —dijo Norma.

—Todo está delicioso —dijo la señora Meyer tratando de reconducir la conversación.

Saint sonrió.

—He registrado a Charlotte en la Federación Americana de Apicultura.

—A veces me preocupa que me conozca demasiado bien —dijo Charlotte.

—Ponte tan insolente como quieras, pero creo que serías la candidata perfecta a la Princesa de la Miel de este año —señaló Saint lanzándole una mirada sugerente a Charlotte.

—Y ése podría ser también mi nombre de *stripper* —añadió Charlotte haciendo a Sammy rugir de la risa.

Cuando acabaron, cuando se terminó el vino, cuando Sammy en plena borrachera intentó darle un beso de despedida a la señora Meyer, que se escabulló con tal delicadeza que él se cayó de bruces desde el escalón de la entrada y desapareció entre las ramas de un arbusto de nueve cortezas, Saint se sentó al viejo piano y se puso a tocar.

Saint contempló el cuadro de la casa blanca mientras tocaba.

—¿Por qué siempre tocas esta canción? Norma me dijo que también sonó el día de tu boda —preguntó Charlotte, de pie detrás de ella.

—Perteneció a dos personas mucho antes de que yo me casara.

—¿Patch morirá ahí dentro? —preguntó Charlotte.

—No.

—Lástima.

—No digas eso.

—No creerás que hay un cielo para gente como él, ¿verdad?

—Es por lo único que rezo.

192

Veinte celdas, de las que dieciocho estaban ocupadas.

Barrotes plateados, ligeramente herrumbrosos en el centro, donde solían apoyar los brazos, flexionando las manos, con los monos naranjas remangados sobre unos antebrazos cada vez más enclenques. La luz natural provenía de la hilera de ventanas de enfrente, demasiado altas para ver nada que no fuese un cielo gris plomo moteado.

Blackjack abrió la última puerta y Patch metió un saco de lona repleto de libros. En otros tiempos había servicio de biblioteca, a

finales de los ochenta, antes de que el alcaide Riley aplicara recortes presupuestarios; el negocio penal no era del todo inmune al mundo exterior. Las celdas de allí eran muy parecidas a la suya, quizá con un poco más de color, mucho póster, un par de cactus, el rumor de una radio de fondo. El primero de todos era Ricky Nelson, y Patch calculó que tenía sesenta años. Pidió cigarrillos y no quiso material de lectura. El segundo era Howie Goucher, que hizo como si no viera a Patch. Un par de reclusos le pidieron un libro al azar. Patch eligió *Meridiano de sangre, Lonesome Dove* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Pasó los dedos por el lomo del *Gatsby* y el recuerdo de su hija lo paralizó, tensándole la mandíbula y el cuello.

Patch sabía que la media de espera era de quince años en una celda de dos metros y medio por tres; también sabía que una cuarta parte de los condenados moriría antes de que el Estado pudiera ejecutarlos.

Sabía que eran más propensos a padecer enfermedades, desnutrición, psicosis. Cada media hora se les interrumpía el sueño por el chirrido de las cerraduras en los recuentos. Patch sabía que un cuatro por ciento eran inocentes. No se garantizaba el derecho a la asistencia religiosa, a pesar del dictamen del Tribunal Supremo. Patch sabía esas cosas porque había pasado el primer año en la biblioteca de la cárcel leyendo, escuchando y preparándose el terreno.

Así que cuando llegó a la última celda, se detuvo un instante para recordar el pasado, para oír la voz en la oscuridad, para sentir el roce en la piel.

En la radio alguien cantaba a unos ojos azules como el cielo.

El hombre estaba más delgado, iba bien peinado y tenía las manos a los costados. Se miraba las botas.

Patch no acertó a encontrar las palabras que había ensayado tantas veces.

Ni siquiera se acordaba de respirar.

No era capaz de imaginar cómo podía vivir un hombre durante diecinueve años sin siquiera una sombra de esperanza.

Y entonces, por fin, sus miradas se encontraron.

—Hola, Joseph —dijo Marty Tooms.

—Con todo lo que hiciste para seguir con vida, al final vienes a morir aquí —dijo Tooms.

—Había preparado unas palabras —dijo Patch.

—De acuerdo.

—Pero ahora que estoy aquí… Quiero atravesar los barrotes y agarrarte del cuello hasta que me digas dónde está ella.

—Lo siento —dijo Tooms.

Patch lo miró, observó las profundas arrugas alrededor de sus ojos, el ligero temblor de sus manos, y supo que el hombre lo sentía de verdad.

—Dijiste que estaba muerta.

Tooms echó una ojeada hacia la ventana, hacia el cielo de un mundo que ya había perdido. Siete meses después lo trasladarían a un cuarto con una sola ventana. Le colocarían correas en las piernas, el estómago y la cabeza, y un par de vías insertadas por si fallaban las venas. El pentotal sódico lo dejaría inconsciente y el bromuro de vecuronio le paralizaría los músculos. El cloruro potásico detendría los latidos de su corazón. Tras veinte años de espera, su vida acabaría en diez minutos. Los activistas se manifestarían delante de la verja, encenderían velas y cantarían y darían fe de sus propios principios. Guardarían silencio durante esos diez minutos en los que su gobierno cometería un asesinato para vengar otro. La prensa local cubriría la noticia y hablaría de un crimen olvidado hacía tiempo, tal vez señalando la ironía de que el único superviviente de aquél estuviera encarcelado en la misma cárcel, aunque en sí mismo eso no fuera tan inusual. No habría nadie manifestándose por Patch. No habría nadie manifestándose por Grace.

Patch vio a Blackjack en la puerta.

—¿De verdad la mataste? —preguntó Patch, con un temblor en la voz.

Marty Tooms no apartó la mirada del cielo.

Y entonces se echó a llorar.

Saint hablaba con Himes una vez al mes.

Él había aceptado su dimisión con serenidad, convencido de que volvería; la entendía, pero sabía que estaba destinada a metas más altas.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Saint mirando a través de la pared de vidrio de su despacho hacia la calle en penumbra del anochecer.

—Si hubiera novedades, ¿no crees que te habría llamado?

—¿Qué estás comiendo?

—Un huevo.

—Entero. Como una serpiente.

—Cada mes antes de hablar contigo pido que el equipo compruebe si se sabe algo de Eli Aaron. Nada.

—Es posible que cambiara el modus operandi —dijo Saint.

Era un temor del que no se libraría jamás. Cada noche, cuando se sentaba en el porche con su abuela y pasaba un coche despacio por la calle, sentía un pálpito en el pecho, consciente de que tenía la firme responsabilidad de mantener a Charlotte a salvo de quienquiera que estuviese rondando por ahí.

—Es posible. Como hizo Carl Eugene Watts, que...

—Apuñalaba. Estrangulaba. Una vez violó. Usaba armas. Las manos —recitó ella con desapego.

—A veces se me olvida con quién estoy hablando.

Encima del escritorio Saint tenía una taza de café con leche caliente. En el cajón guardaba una novela romántica.

—La hermana Isabelle usa lentes trifocales —dijo Himes.

—Me alegra que lo sepas, Himes.

—Está fatal de la vista. Es probable que se equivocara.

—Mándame el expediente del caso.

—No te servirá de nada.

Le decía lo mismo cada vez que hablaban.

Patch esperaba cada semana su cita con Marty Tooms en estado agónico, a tal punto que la noche antes apenas dormía; las preguntas iban rebotando en aquellas paredes de piedra hasta que atrapaba al vuelo las más pertinentes y se las guardaba.

Durante el día estaba más tranquilo; Cooper lo llevó aparte en la biblioteca durante la jornada de trabajo y le preguntó por su estado anímico. En el patio contempló a unos tipos grandullones lanzando a la canasta mientras él paseaba siguiendo la valla del recinto. Los peones en la hondonada levantaban tanto polvo que Patch sintió un escozor en el ojo. Al dar la segunda vuelta se le unió un anciano al que apodaban Tug por sus fechorías. En 1964 había ganado apostando en un casino flotante de Saint Louis hasta que el crupier tuvo tal racha que Tug perdió el dinero del alquiler de todo un año. Tug lo siguió hasta la cubierta superior y lo tiró por la borda, alegando ante el jurado que sólo quería borrarle la sonrisa de la cara. Por desgracia para Tug, y para el crupier, en ese mismo momento pasaba por allí un remolcador. Seis horas después sacaron el cadáver del río Misisipi.

—¿Así que puedes pedir libros? —preguntó Tug.

—¿Qué quieres? —dijo Patch.

—Sólo charlar un poco, Pirata. ¿Es que uno ya no puede ni preguntar?

Tug era un tipo de mecha corta, como su estatura, puesto que apenas llegaba al metro y medio. Cuando hablaba con él, Patch se dirigía a la parte superior de su cabeza.

Dieron una vuelta más.

—Ursula Andress.

—¿Cómo? —dijo Patch.

—Honey Ryder.

Patch soltó un suspiro.

—El puto Doctor No. La chica Bond. Ursula Andress. Nacida el 19 de marzo. Piscis. Llevo enamorado de ella desde 1955. Solía imaginar su cara cuando...

—Uf. No puedo conseguir películas.

—Veo las chorradas que tienes en esa biblioteca. Esos dichosos manuales de cómo hacer jabón casero. ¿Quién coño quiere hacer jabón en una cárcel? ¿Sabes lo peligroso que sería eso en las duchas? ¿Y no puedes conseguirme nada donde salga mi amor?

Despotricó un rato más, con evidente decepción.

—Me gustaría montarme en una de ésas —dijo Tug, y señaló en dirección a una excavadora de oruga.

Tenía el pelo blanco y largo como el bigote que seguía la curva descendente de su boca. Actuaba con un optimismo que Patch no había visto en hombres que acabarían sus días en la cárcel.

—¿Te haría sentir más grande? —preguntó Patch.

—¿Qué coño insinúas, Tuerto? La llevaría hasta estas vallas y las derribaría justo a la hora de patio. Huirían todos en desbandada.

Su sonrisa se convirtió en una carcajada tan estridente y maníaca que Patch dedujo que el optimismo del tipo se debía a que le faltaba un tornillo.

—Es la única salida —dijo Patch.

—La salida más rápida.

Había una torre de vigilancia a unos mil metros.

—¿Alguien lo ha conseguido alguna vez? —dijo Patch.

El bigote de Tug se crispó un poco mientras miraban hacia el páramo agreste que caía hacia el barranco.

—El último fue hace cuarenta años. Sonny Parker. Hizo un túnel.

—¿Escapó por un túnel?

Tug lo miró con sorna.

—Nadie puede escapar de aquí por un túnel. ¿Ves esa máquina de ahí? Es una perforadora para los pilotes. Misuri se asienta sobre un lecho de roca. No puedes llegar a la profundidad necesaria sin maquinaria pesada.

Patch observó el eje de acero de la barrena, más ancho que sus espaldas.

—Entonces ¿cómo escapó?

—Sonny tenía una banda. No te puedes fugar de ningún sitio sin ayuda. Así que sus hombres hicieron un agujero a poca profundidad y abrieron un pequeño túnel donde está la nueva ala cinco. Sólo seis

metros y ya habían pasado todas las vallas. Ese agujero medía poco más de un palmo de diámetro.

Patch frunció el ceño.

—Apenas cabría un conejo.

Tug sonrió.

—Pero cabía de sobra una pistola.

—¿Metieron una pistola en la cárcel?

—Sonny la usó para salir, al estilo Dillinger.

Se volvieron al oír que se armaba una pelea. Antes de que llegara a mayores Blackjack agarró a uno de los tipos y lo estampó contra la valla.

—No estarás pensando en intentarlo, ¿eh, Pirata? —dijo Tug.

Patch vio un par de gotas de sangre en el suelo, que enseguida cubrieron las pisadas y el polvo.

—No tengo adónde ir.

196

Aquella tarde se quedó fuera de la celda de Tooms y estuvo mirando la pesada sábana que colgaba del interior a través de los barrotes, bloqueando todo lo que había dentro. A casi treinta y siete grados como estaban allí dentro, Tooms prefería refugiarse en su propio infierno antes que mirar de frente los crímenes que había cometido. Patch se dio la vuelta y vio que Blackjack se había retirado al fresco despacho del caporal.

Cuando empezó a hablar, los otros hombres se asomaron y apoyaron los brazos entre los barrotes, y la radio se apagó.

—Grace tenía una mente prodigiosa. Tanto que no parece real cuando lo cuento. Me sacó de la oscuridad y me mostró su mundo. Recitaba poemas de memoria, contaba historias y sabía cosas que yo creía que se había inventado. Sabía que los perritos de la pradera se besan, que los cangrejos fantasma gruñen usando unos dientes que tienen en el estómago. Sabía que las huellas dactilares de los koalas

son tan parecidas a las nuestras que podrían contaminar las pruebas en la escena de un crimen.

—¡Ya les dije a esos putos policías que había sido el koala! —gritó Ricky Nelson, y soltó una risotada.

—Era buena. Algo que no abunda. La policía dijo que recordaba demasiado, que en parte debía de ser fruto de mi imaginación. Yo la conozco. Todavía la conozco. La echo de menos. La he llevado conmigo cada día de mi vida. Puedes devolvérmela, Tooms. Estás aquí metido, donde no hay nada que hacer. Donde no tienes nada. Pero sí puedes actuar con nobleza. Está en tu mano. Sólo dime quién era. Dime dónde está enterrada.

Blackjack golpeteó el metal con el bastón y Patch soltó los barrotes.

Al volver le entregó un ejemplar de *El color púrpura* a Howie Goucher, en la celda dos, que se lo quedaría durante un mes y le hablaría a Patch cada vez que pasaba por allí de la maravillosa Celie.

Poco después se haría el silencio en el corredor, porque se llevaron a Howie.

197

—¿Quién es ese chico con el que sale? —preguntó Norma.

Se sentaron juntas en el porche mientras disfrutaban de una preciosa tarde de primavera.

—Matt Leavesham —dijo Saint observando la calle, aunque sabía que Charlotte aún tardaría horas en volver del cine.

—Conozco a los Leavesham. Su madre es diabética. Por no cuidarse —comentó Norma.

Cuando refrescó un poco, Norma llevó una caja y la dejó caer al lado de Saint.

—Es de Himes —dijo Saint comprobando la etiqueta—. El expediente de Eli Aaron.

—Ah, sí, ya lo sé.

—¿Cuándo llegó?

—Ya tienes bastante con lo que lidiar.

Saint le lanzó una mirada furibunda. Norma se la devolvió.

—Es importante, abuela.

—Lo importante es cuidar de esa chica.

—Hago lo que puedo.

Norma sostenía una novela entre las manos, con las esquinas de las páginas dobladas. Llevaba una rebeca que Saint le había tejido.

—Creo que quieres decirme algo. —Saint se levantó, fue hasta la baranda, y se inclinó para tocar un balaustre que empezaba a pudrirse en el travesaño de abajo.

Norma negó con la cabeza, pero Saint se lo notó en los ojos.

—No te preocupes por si hieres mis sentimientos. Después de ser tan fría durante años.

—Vaya disparate —dijo Norma. Saint volvió a lanzarle una mirada —. Es sólo que… estarías mejor preparada para esto si hubieras… con Jimmy.

Saint le dio la espalda un momento.

—¿No se merecía él un poco más de tiempo? —quiso saber Norma, en voz baja.

—Yo…

—Abortaste cuando te dejó embarazada, Saint. Y luego te divorciaste de él. ¿Por qué?

Saint se volvió.

—No era un buen marido. No era…

—No era Joseph.

Saint contuvo las lágrimas y respiró hondo.

—Eso no tiene…

—Al principio muchos no son buenos maridos. No le diste tiempo. Jimmy es un buen hombre. Lo sé. Fui yo quien os empujé a salir juntos. Quise que le dieras una oportunidad porque lo veía en la iglesia y sabía… Sabía que era el muchacho que necesitabas. Y buscaste el bebé, y cuando llegó…

—Por favor —dijo Saint luchando para que no se le quebrara la voz.

Norma tragó saliva.

—Hiciste un pacto con Dios. Prometiste que si traía de vuelta a Joseph irías por el buen camino en la vida. Que...

Saint la interrumpió.

—No lo entiendes. Jimmy era... —Se contuvo.

Y por un instante vio a su abuela, la mujer que la había criado. Y Norma se levantó, se acercó a ella y le abrió los brazos.

Saint se apretó contra su pecho. En ese momento era su único refugio. Era lo único que la mantenía en pie.

—¿Qué era Jimmy? —dijo Norma.

Saint cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de su abuela.

—No era Patch.

198

Saint estuvo inquieta durante la cena y, después de que la señora Meyer la llamara para contarle que había visto al chico Leavesham en la farmacia de Monta Clare y suponía que estaba comprando condones o algún tipo de sedante para que su nieta fuera más flexible, Saint colgó el teléfono y siguió con la inquietud, conteniendo el impulso de ir a casa de los Leavesham y amenazar a la madre diabética a punta de pistola.

A las nueve empezó a pasearse por la casa.

A las diez hizo unas llamadas, y a las once encontró la dirección de los Leavesham, donde al llegar vio por la ventana a Charlotte y Matt dándose el lote en el estudio. Aporreó la puerta e inmovilizó a Matt contra el papel floreado de la pared del impecable vestíbulo.

Saint alcanzó a Charlotte al final de Cotterham Avenue y la agarró del brazo.

—No me toques, joder—dijo Charlotte, con las mejillas encendidas.

Saint dio un paso atrás, igual de colorada.

—Has roto el toque de queda.

Charlotte la fulminó con la mirada.

—Tú no eres mi madre.

—Y todos los días doy gracias a Dios de no serlo —contestó Saint sin pensar y sin imaginar lo mucho que se arrepentiría de sus palabras más tarde.

Charlotte tardó un instante en asimilar el golpe, y jadeó antes de devolvérselo.

—Supongo que si fueras mi madre ni siquiera estaría aquí —dijo.

Saint dio un paso atrás.

—No sé…

—Eso es lo que haces cuando te quedas embarazada, ¿no es verdad?

Saint negó con la cabeza.

Charlotte continuó, soltándole verdades que Saint ya sabía: que se avergonzaba de vivir con ella, de que las vieran juntas.

—Guardas ese baúl en tu armario. Recoges hojas y piñas. Te sientas en casa con tu abuela. No tienes vida, así que te dedicas a fastidiar la mía. Ni siquiera pudiste retener a tu marido. Eres…

Saint sintió que le subía por dentro, sintió el peso de la conversación con su abuela aquella misma tarde. Y percibió cómo la miraba la chica, cómo la miraba todo el mundo en Monta Clare. Y no pudo impedir que las palabras salieran de su boca.

—Él me pegó.

Charlotte se detuvo en seco.

Y las dos quedaron cara a cara en medio de la calle.

Saint cerró los ojos para no ver la luna y las estrellas.

—Estaba embarazada y Jimmy… me dio una paliza. Me fracturó la cuenca del ojo. Y la mandíbula… todavía me cruje al comer.

Al oír sus palabras, Charlotte empezó a negar con la cabeza, era demasiado.

—Fui al dentista porque se me quedó un diente suelto.

La calle se extinguió a su alrededor. El pueblo, el bosque y el cielo. Y todo lo que una vez había parecido tan hermoso y seguro se perdió.

—Una vez mi abuela me dijo que el odio es miedo mal canalizado. Y quizá tenga razón, porque cada noche al irme a dormir sigo temiendo que vuelva y lo haga de nuevo. No importa que sea policía.

O que lleve un arma. Me da miedo…

De pronto se quedó callada al ver la mirada de Charlotte.

Y entonces Charlotte se dio la vuelta y echó a correr.

199

Saint fue de punta a punta del pueblo. Despertó a Michaels y a dos ayudantes, sacó a Sammy de la galería y se reunió con la señora Meyer en Main Street.

Durante una hora estuvo a punto de perder la cabeza, despertó a la mitad de los vecinos para que recorrieran todas las calles, sintiendo que un dolor sordo le subía desde el estómago a la cabeza recordando lo que había vivido dos décadas atrás.

Desde Saint Raphael hasta el instituto de Monta Clare, iba mirando el reloj a medida que los minutos se consumían en la tortura del anochecer. Volvió a la casa y vio a Norma de pie en el porche.

—¡Dios! —gritó detestándose a más no poder.

—Ya aparecerá.

—¿Cuándo? ¿En qué estado?

Siguió a pie porque conocía todos y cada uno de los atajos.

Saint se detuvo en casa de los Brayer y despertó a Melissa y a sus padres; hizo lo mismo en casa de Madeline Collins. Eran las únicas amigas que recordaba haberle oído nombrar a Charlotte. Entonces se dio cuenta de que apenas sabía nada de la vida de la chica.

De nuevo en Main Street vio a Sammy consolando a la señora Meyer, deshecha en llanto, sobrio en el frío de la noche, con el temor que todos llevaban dentro, todos los que se acordaban de Patch y Misty, y del médico, Marty Tooms.

En el claro del bosque Saint se abrió paso entre las lianas de las enredaderas como antaño y buscó huellas a la luz de la linterna, pero el suelo no era más que polvo. Sintió que el arma la quemaba en la cadera, como recordándole que ya no era una novata, que dispararía

primero si alguien se acercaba a la chica que era de Patch y, de alguna manera, también suya.

Al salir del bosque y volver trotando por Rosewood Avenue vio la luz encendida en el Manicomio. Soltó un bufido de alivio cuando encontró a Charlotte sentada en el viejo sillón de su padre, mirando fijamente la luz del televisor.

—Maldita sea, Charlotte. Maldita sea. He sacado a medio pueblo de la cama para buscarte, y tú aquí sentada viendo la televisión.

Charlotte no apartó la vista de la pantalla.

—Los sábados por la noche veíamos una película juntos.

Podría haberla reñido, podría haber acabado de derruir lo que quedaba en pie entre ellas si no hubiera echado un vistazo a las imágenes en las que la chica estaba absorta.

El programa dramatizaba el momento en que, dos años antes, le habían devuelto la chica a su padre, y los dos se fundieron en un abrazo tan emotivo que hasta los reporteros guardaron silencio, en un momento tan insólito que casi había caído en el olvido.

En la puerta de un hospital de Texas, sobre un césped artificial, la escena del abrazo dio paso a una fotografía fija de la chica en la época de su desaparición, dos décadas antes.

Eloise Strike.

Saint ahogó un grito, no porque reconociera el nombre, sino la cara. La cara que había contemplado en el escaparate de Monta Clare Fine Art durante tres veranos.

—Él la pintó —dijo Charlotte.

Saint siguió con estupor el hilo de la historia. El reportero contó que una mujer de Arlington había ido a visitar a su hermana a Nueva York cuando se topó por casualidad con un cuadro colgado en el escaparate de una pequeña galería de Tribeca. Se detuvo en seco porque reconoció a la chica. La misma chica que había visto en la ventana de una vivienda unifamiliar junto a un acceso al parque lineal de Fish Creek, allá en Texas. Todas las mañanas, cuando salía a pasear, veía a la niña sentada junto a la ventana trasera de la casa, mirando hacia el bosque. No sabía que la niña estaba retenida, que llevaba casi dos mil

días sin salir de aquel cuarto. La mujer entró en la galería, supo la historia que había detrás del retrato y marcó inmediatamente el teléfono de emergencias.

—Dios mío —murmuró Saint.

La chica y su padre, Walter Strike, no se habían sentido con fuerzas de compartir su historia hasta entonces.

Saint se arrodilló al lado de Charlotte, respiró el perfume que se había puesto, se fijó en sus sandalias rojas, su falda vaquera y las horquillas doradas que llevaba en el pelo. Había esperado que su primera cita no hubiese sido más que eso, una primera cita. No tenía por qué haber amor, no tenía por qué ir a ninguna parte. Tan sólo una noche en la que poder alejarse de aquella larga sombra.

Saint vio las primeras lágrimas resbalando por las mejillas de la chica. Supo que era mejor no intentar consolarla.

—Eso que me has dicho… —empezó Charlotte.

Saint supo también que en ese momento la chica necesitaba la verdad más que ella su silencio.

—Tu padre… hizo eso por mí.

Reproduciría ese instante y se maravillaría ante las conexiones universales del destino, propagando cada decisión a partir del aleteo de una mariposa, en busca de una red de patrones trazados en otra vida.

Se preguntaría si habría cambiado algo para cualquiera de ellos.

Pero al volverse y ver a Sammy en la puerta, lívido, supo que nadie tenía el control de absolutamente nada.

—Tu abuela —le dijo.

200

Aquella noche en la UCI Charlotte no quería marcharse, angustiada pensando que sus actos le habían provocado el infarto a Norma, por mucho que Saint le recordara la edad de su abuela, los antecedentes

en la familia, su adicción a la miel, al bourbon y a los puros. Aun así, cuando le tendió la mano, la chica se encogió de hombros y se acurrucó en el banco sin apartar la vista del televisor, donde retransmitían las noticias una y otra vez. Un asesino en serie de California; atentados en una embajada; nuevos partes sobre un choque de trenes en Indiana.

La señora Meyer se sentó junto a Sammy, que puso su gran abrigo en la silla de ella para que no se le manchara el vestido color crema.

Saint conocía bien la sala. Allí había esperado a que salvaran una vida, a que una historia empezara y tocara a su fin.

Un poco después de las tres de la madrugada fue a buscarla una enfermera, y se alegró de que los demás estuvieran durmiendo. Era una enfermera mayor, prudente, y no hizo falta que le explicara que había llegado la hora porque Saint lo leyó en el pesar de su sonrisa.

—Está lista —dijo nada más, y Saint no le confesó que en cambio ella no lo estaba.

Se sentó al lado de Norma y se quedó a solas con el órgano incansable de la máquina que hinchaba su pecho, con los pálpitos cada vez más débiles de un corazón que ya había latido suficiente.

Miró el cúmulo de interruptores, botes, aparatos y enchufes a su alrededor. Miró hacia la ventana en la que una vez pegó la cara rogando a las estrellas que perdonaran a un chico que algún día iba a ser un hombre brillante.

—Maldita sea —dijo, mientras tomaba la mano de Norma y le pedía perdón por maldecir. La mano que Norma le había dado cuando tenía siete años para cruzar la calle. Cuando por primera vez oyeron el zumbido de las abejas. Saint la había cogido para ir paseando juntas hacia el instituto de Monta Clare el día de su graduación. Y ahora Saint la estrechaba entre las suyas.

»Le prometí a Dios que no pecaría. Le prometí que si salvaba a Joseph viviría con dignidad y no haría daño a nadie. Y que siempre sería buena con los demás.

Apretó la mejilla contra la mano de Norma.

—Puede que parezca mucho pedir, que sea prometer demasiado, pero sabía que podía hacerlo, abuela. Sabía que podía hacerlo porque

tú me enseñaste.

Por fin levantó la vista y vio a su abuela, con aquellas muñecas ahora tan finas.

—Me decías que me llamasteis Saint porque os traje una alegría inmensa. Y sin embargo me preocupa... me preocupa que sólo te haya hecho la vida más difícil. Eres la mejor persona que conozco.

Tañerían las campanas en la iglesia.

—¿Por qué nos aferramos a las cosas malas y olvidamos las buenas? —preguntó, buscando la respuesta en la medallita prendida en la manga de Norma, en los pasillos desiertos, en los bancos de cuero verde botella, en el techo de plomo y el reloj que marcaba la cuenta atrás—. Quiero que me lleves a tomar un helado a la cafetería de Lacey. Quiero pedirle a Dios que escuche mi ruego. Pero sé que ya he pedido muchísimo.

Se inclinó y besó la mejilla de su abuela.

—Siento mucho haberte decepcionado, abuela.

Empapó la cara de Norma con sus lágrimas.

201

—Confiscaron una ronda de Beaufort d'Été —dijo Sammy lanzando una mirada penetrante al guardia—. Les dije que lo primero que muere en un lugar así es el paladar. Malditos bárbaros.

Hablaron un rato, Sammy le resumió cómo estaba el mercado: la demanda de sus obras se había disparado tanto que *Grace número uno* probablemente alcanzaría las siete cifras. Patch lo miró impasible, no le hizo caso cuando habló de asegurar el futuro de su hija, porque sabía que entre la herencia de Misty y la de su abuela a Charlotte no le faltaría de nada.

—¿Cómo está? —le preguntó.

Sammy recobró un poco la sobriedad, echando una ojeada a los otros hombres que había sentados a su alrededor, la mayoría con sus

familias, aferrándose a los últimos asideros, aunque los niños con edad de darse cuenta llevaban la pérdida escrita en la sonrisa.

—Ha empezado a pintar otra vez.

—¿Sí?

—No mucho, quizá sólo esté tanteando. Echó a perder un par de lienzos.

—Gracias, Sam.

Sammy le quitó importancia con la mano.

—La cuenta.

—Necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás —dijo Sammy.

—Hay una caja en el desván del Manicomio. Son los únicos recuerdos que conservo de cuando era niño. Dentro hay un *Playboy*. De junio de 1965.

—Sabes que el porno ha evolucionado mucho...

Esta vez fue Patch quien levantó una mano.

Sammy bajó la voz.

—Tengo una colección que podría...

—Basta.

Se sentaron un rato.

Y entonces Sammy se aflojó el cuello de la camisa *oxford*. Y le dijo a Patch que Norma había muerto esa mañana.

—Saint...

Sammy sonrió y asintió con tristeza.

—¿Le dirás que...?

—Por supuesto —dijo Sammy.

Patch se fijó en una niña que estaba sentada delante de su padre dibujando algo, agarrando con fuerza una cera y manchando los colores.

—Dile que yo...

—Lo haré.

Sammy se levantó para marcharse.

—Nunca preguntaste —dijo Patch.

Sammy había hecho el trayecto una docena de veces, y aunque aseguraba que tenía negocios por allí, Patch sabía que su red de

contactos no se extendía a esos remotos lugares. Había acudido a la comparecencia inicial, se sentó al fondo y bebió un sorbo de la petaca de plata de ley; le temblaron un poco las manos mientras leían los cargos. A veces le escribía, nada más que una cita escueta, a menudo de Oscar Wilde y su lógica insidiosa. Otras veces le mandaba postales de un solo color, siempre de un tono que Patch había utilizado en alguna de sus obras. Patch las guardaba en una gran lata de tabaco que le había regalado Tug. Sammy no era tan sensiblero como para decirle que lo echaba de menos, que echaba de menos sentarse en el plácido silencio de la terraza a beber juntos un whisky mientras observaban las idas y venidas de Monta Clare.

—Nunca me preguntaste por qué lo hice —dijo Patch.

Sammy hundió las manos en los bolsillos de su americana de terciopelo y se enderezó el sombrero de fieltro de conejo.

—Nunca me hizo falta.

202

En esa siguiente visita le habló a Tooms de Grace y sus pasos de ballet: *sauter* y *tourner*, *glisser* y *élancer*. Patch hablaba mirando hacia la tupida sábana, pero otros reclusos prestaban atención y acabaron por acribillarlo a preguntas sobre ella, porque sus palabras eran una nota de color en la monotonía de sus días. Tooms seguía sin dejarse ver, así que Patch deslizó un ejemplar de *El cuervo* entre los barrotes; la carta que metió entre sus páginas era casi tan gruesa como el propio libro. Ya no le suplicaba ni le pedía nada, se limitó a escribir sobre lo poco que esperaba para el resto de la vida, a sabiendas de que no vería crecer a su hija, no vería cómo se convertía en una mujer tan impresionante como lo fue su madre.

Patch se sentó en el suelo de hormigón y apoyó la espalda contra los barrotes.

Los otros hombres perdieron interés.

—Sentí la muerte de tu madre. Nunca te lo dije, pero lo sentí.

Patch no se volvió hacia la voz, pero notó la presencia de Tooms, recostado contra los mismos barrotes, espalda con espalda.

—Mi madre intentó hacer las cosas lo mejor que pudo —dijo Patch.

—No lo dudo, Joseph.

—¿Por qué algunas personas se quedan tan cortas?

—Depende de con qué lo compares.

Al fondo del pasillo Patch vio cómo se escabullía una rata.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

Patch echó una ojeada hacia atrás y pudo ver entonces su silueta, el perfil de un hombre al que en otros tiempos había conocido por su bondad.

—¿Cómo has acabado aquí? —preguntó Patch.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Más que a ti.

Tooms se echó a reír.

Patch se rió también.

203

La semana siguiente estuvieron una hora sentados porque avisaron a Blackjack por una pelea en el módulo.

Espalda contra espalda, como si en cierto modo eso aliviara la presión.

—Nunca quise ser médico —dijo Tooms, con una voz suave que emanaba compasión y cariño.

—Yo nunca quise atracar un banco —dijo Patch—. En realidad, eso podría ser una mentira.

Tooms se rió. Patch lo oía reír a menudo, y a menudo se le contagiaba la risa.

—Mi hermana murió cuando yo tenía catorce años —dijo Tooms.

—¿Cómo?

—Tenía diecinueve años y se quedó embarazada.

Patch pasó la mano por el cemento frío.

—La encontré yo. No sé cómo consiguió pasar la cuerda por encima de aquella rama tan alta. Ni siquiera sé cómo aprendió a hacer un nudo corredizo. Nunca fue una chica de campo —bromeó, con una tristeza en la que Patch oyó la conmoción que dejan ciertos recuerdos.

En cambio, Tooms no preguntó a Patch por su búsqueda, o por sus luchas, sino que se interesó por cuestiones personales. Por las cosas que disfrutaba. Por Misty y, aunque le dolía en las entrañas, por Charlotte.

—Recuerdo que, después de lo de tu padre, tu madre vino a verme. Me di cuenta de que se le iba a hacer cuesta arriba —dijo Tooms.

Patch escuchó su voz, la ternura con que hablaba.

—Te ocupaste de mí —dijo Patch.

—No hice lo suficiente, ni mucho menos.

—Aun así.

—Como padre, ¿qué quieres para tus hijos? —se preguntó Tooms.

—Más de lo que quieres para ti mismo.

—O sea que en tu caso el listón está muy bajo.

Patch sonrió.

—Siento que estés aquí, Joseph. Pero me alegra escuchar tu voz, caramba.

204

Al pasar por Main Street, Saint vio que los dueños de todos los negocios del pueblo aguardaban en la entrada de sus establecimientos, con sus mejores galas y la cabeza gacha, antes de echar a andar detrás de ella. Aquella mañana Monta Clare lloraba a una de las suyas, y la gran iglesia de Saint Raphael se llenó hasta los topes y la multitud se desbordó hasta el césped. Los que estaban dentro fueron afortunados de oír a Saint al órgano tocando a Chopin.

El reverendo Franks ofició el funeral y, cuando llegó su turno, a

Saint le temblaron las rodillas al atravesar el presbiterio y quedar desamparada en el altar, donde procuró abarcar el dolor centrándose en la vida de Norma, tan humilde y honesta desde la distancia, pero un prodigio de resistencia y amor si se miraba de cerca. Paseó la mirada por aquel mar de rostros, algunos conocidos de la ruta del autobús, otros de primos lejanos que habían hecho largos viajes en coche. Nix estaba sentado solo en el rincón más alejado, sonrió cuando Saint lo miró a los ojos, aunque en ellos vio un vacío que empañaba los vitrales, el triforio y el claristorio de color.

Sammy ocupó el otro rincón. Llevaba un atrevido traje de rayas y una corbata blanca y rosa, además de un bastón de madera que dejó apoyado en la piedra.

Echó de menos a Joseph Macauley, que debería haberlos acompañado en ese momento. Había mandado una tarjeta, un sencillo boceto del viejo porche un atardecer de invierno, donde se apreciaban tres siluetas sentadas, poco más que un borrón. Sólo había utilizado dos tonos.

Enterraron a Norma al sol de la mañana. Saint le había preguntado una vez a su abuela si querría que la enterraran en la ciudad, con su marido y su hija. Norma le dijo que no, que prefería quedarse cerca del caserón, de los recuerdos que habían forjado juntas.

Comieron unos emparedados en el pequeño camposanto. La señora Meyer se ocupó de los detalles, le encargó a Lacey el catering y a Charlotte una selección de pasteles y tartas.

Saint evitó los abrazos, sonriendo mientras contaban anécdotas que había oído infinidad de veces. Buscó a Nix por allí, pero se había ido; buscó a Sammy y lo encontró solo en el banco. Bebió de una petaca y le ofreció un trago, que Saint aceptó aunque se arrepintió enseguida.

Fue al final del día, mientras Charlotte leía tranquilamente en el porche, cuando sonó el teléfono.

Saint se quedó sola en la cocina.

Paralizada al escuchar la voz de la hermana Cecile.

—Eli Aaron acaba de pasar por aquí.

—Ni en mi época de estudiante ni en mis años de ejercicio profesional estuve nunca tan cerca de encontrar una maravilla semejante de la ciencia médica, un trastorno tan prodigioso —dijo Tooms.

Por la ventana Patch observó que una tormenta seca se cernía a lo lejos, sublimando cada ráfaga de lluvia, como si fuera un espectáculo sólo para ellos.

—Suena emocionante —dijo Patch.

—Ah, lo es, sin duda. Pero es algo más, ¿verdad? Te quita el hambre. Te impide dormir, te impide pensar.

Patch oyó la sonrisa en la voz de Marty mientras hablaba.

—Así que lo has sentido —dijo Patch.

—Una vez. Hace mucho tiempo. Pero resulta que una vez es más que suficiente.

—¿Quién era la dama?

Marty se rió.

—Supongo que tal vez la persona menos indicada para mí en todos los sentidos. Nos enamoramos y fue como... ya sabes, cuando de repente todo cobra sentido. Sentido de verdad, con un propósito.

—Como el color en la oscuridad —dijo Patch.

—Sí. Exactamente. Si se da, nada es tan oscuro en este mundo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Tenía diecisiete años. Cada año, mis padres daban trabajo a jóvenes de la región cuando llegaba la cosecha. Era un trabajo duro, de partirse el lomo.

—Divertido.

Tooms se rió.

—Tan divertido que de la escuela fue la única alma cándida que se presentó. Pasamos todo el verano juntos en las tierras de mi familia. Acabamos compenetrándonos mucho. Teníamos nuestras diferencias, pero en lo fundamental... la bondad era algo que llevábamos dentro, ya sabes. Éramos chavales con buen corazón. No hay muchas cosas en esta vida más importantes que eso.

Ambos se quedaron un rato en silencio.

—¿Qué pasó? —preguntó Patch.

—Se nos rompió el corazón, se nos curó y se nos volvió a romper. Pero vivimos, Joseph. Como tú. Vivimos y reímos, y nos amamos sin condiciones. Y por eso cuando llegue el momento, cuando me lleven a esa sala, sé que me bastará recrear una sola imagen en mi cabeza para transportarme lejos.

—Píntamela —dijo Patch sintiendo el duro acero en la espalda.

—Una sonrisa. No parece gran cosa, pero cuando me miró con aquella sonrisa supe con certeza que no necesitaba nada más.

La tormenta desapareció de la vista. Sólo quedó la calma.

—Hay tantas cosas que no entiendo —murmuró Patch.

—No puedo decirte dónde está la chica, Joseph.

Ambos se volvieron a la vez.

Y Patch lo vio claramente en sus ojos.

—Porque no lo sabes.

Tooms echó un vistazo hacia la puerta, donde Blackjack ya estaba buscando la llave.

—Pero sabes algo —dijo Patch siguiendo su mirada—. Tienes que contármelo. No puedes dejarme así, Marty. Después de todos estos años, no.

Blackjack se acercaba caminando despacio por el suelo enlosado.

Patch le agarró la mano a Marty a través de los barrotes.

—Por favor. Te lo suplico... Te lo suplico, joder. No puedo seguir así el resto de mi vida.

Marty lo miró, con lágrimas en los ojos.

—Te veré la semana que viene.

—¿Y? —Patch contuvo el aliento y sintió el sudor en la espalda, la falta de aire; lo que quedaba allí era poco más que un depósito de cadáveres.

Tooms asintió.

Se lo diría.

Patch escribió cartas al tribunal supremo solicitando un aplazamiento para el hombre que lo había secuestrado; la fecha se cernía amenazante como el oleaje en aguas más tranquilas.

Escribió a los párrocos de una docena de iglesias y les pidió que presionaran al fiscal del distrito para que frenaran el tren fuera de control.

Leyó libros sobre la historia de la pena capital, mamotretos de derecho más gordos que su brazo. Se informó sobre ciertas lagunas jurídicas que no beneficiarían a Tooms, de precedentes que se habían sentado y revocado.

Apenas un mes después oyó hablar de Teddy Fawn Durston, un candidato demócrata que se presentaría a gobernador de Misuri. Patch encontró una entrevista antigua en un periódico donde hablaba de moratorias. Esa noche llamó a Sammy y le pidió que donara veinte mil dólares a su campaña.

Y entonces, el 14 de septiembre, Cooper llevó un ejemplar del *St Louis Post-Dispatch* y lo dejó con cuidado en el escritorio de Patch.

Patch lo cogió y leyó la noticia.

—Lo siento —dijo Cooper.

Patch lo leyó de nuevo; sabía que antes o después iba a llegar, y al mismo tiempo no acababa de creer que llegaría.

En poco más de dos semanas ejecutarían a Marty Tooms, y Patch sabía que Grace moriría con él.

207

Saint aterrizó en el bullicioso Aeropuerto Internacional de Miami, y se abrió paso entre veraneantes y una humedad en ascenso.

Con la camisa pegada por el sudor recogió un Ford Crown Victoria de alquiler y condujo veinticinco kilómetros por la autopista noventa y cinco, donde el océano acaparaba el horizonte pero no su atención. Trabajaba en coordinación con Himes, y daba gracias a Dios o al diablo de que el FBI hubiera accedido a instalar cámaras de vigilancia

en la entrada de la iglesia donde Eli Aaron se había presentado a buscar otro rosario. La hermana Cecile le contó que después había entrado en la capilla a encender una docena de velas, y le había dicho a la hermana Isabelle que estaba haciendo la obra de Dios, que se dirigía al sur, una zona más cálida en muchos sentidos.

Averiguaron la matrícula del coche.

Averiguaron la marca y el modelo de la furgoneta.

Le siguieron la pista por la ciudad, pero luego lo perdieron; pensaban que había cambiado de vehículo o de matrícula.

Había controles policiales en las carreteras y una brigada de agentes revisando mil horas de grabaciones de vigilancia. Habían trazado una probable ruta por Filadelfia hacia el sur a través de las Carolinas. Lo situaron en la costa, entre Wilmington y Myrtle Beach. Lo desplazaron hacia el interior por la interestatal ochenta y uno, en Virginia, hasta volver a la interestatal setenta y siete a través de Charlotte.

En cualquier caso, convergían en Jacksonville. La interestatal noventa y cinco hacia Miami.

Eran dos mil kilómetros y más del doble según las variantes.

Tardaron cinco horas en encontrar una coincidencia en un peaje a ochenta kilómetros de Boca Ratón. El tipo de la garita observó que las matrículas eran distintas, pero la foto de la furgoneta que habían difundido parecía la misma.

Saint abrió la ventanilla para oír los sonidos del condado de Miami-Dade, al horizonte fracturado por los rascacielos grises que opacaban los colores.

—Voy a por ti —dijo.

208

El agente Gil, en la primera planta del edificio de la División de Miami, le explicó lo que tenían hasta el momento.

—Ashlee Miller. Tiene veintidós años. Raptada hace dos horas en la esquina de Crystal Avenue. La furgoneta se subió a la acera.

—Maldita sea —dijo Saint secándose el sudor del labio.

—¿Cómo elige a sus víctimas? —preguntó el agente Gil.

—Busca pecadoras.

—Eso acota el terreno, entonces.

Saint suspiró, frustrada, consciente de que iban a contrarreloj, de que el tiempo y la vida se escabullían a una velocidad vertiginosa.

Durante una hora estuvieron sentados en el despacho sofocante. El agente Gil al teléfono, Saint ordenando el expediente, y los recuerdos.

—Cuéntame todo lo que sepas sobre Summer Reynolds —le dijo a Patch un domingo por la tarde.

Patch recitó los datos como si los tuviera delante.

—Tenía dieciséis años cuando desapareció. Salía con un chico que al padre no le gustaba.

—Los antecedentes los tengo. Dame algo más.

—Tocaba el piano. No era una chica popular, ni tampoco estaba sola. Se le daban bien las matemáticas y pensaba que quizá iba a ser maestra.

Saint suspiró.

—Y era una girl scout —añadió Patch.

Saint frunció el ceño.

—¿Como las que venden las galletas?

—Una girl scout medalla de oro. Fue desde castores hasta cadetes. Ella sola podría trazar una ruta a través del parque nacional de Big Bend. Montar una tienda y poner trampas para la cena. La chica se las podía arreglar para sobrevivir.

Saint miró los otros expedientes.

—Ashlee Miller… ¿alguna vez iba de acampada?

El agente Gil llamó por teléfono y localizó al agente que estaba sobre el terreno en la casa.

—Su amiga dijo que pasaron el último fin de semana en la reserva natural de Ocala.

Saint sintió un escalofrío.

—Eli Aaron me dijo una vez que le gustaba ir de acampada. Quizá la vio. Quizá volvió a buscarla.

El agente Gil se movió rápido, hizo varias llamadas; sabía que

probablemente había vuelto a cambiar las placas de la matrícula, pero mandó a todos los coches patrulla de la zona hacia los campings de los cayos.

Tardaron menos de una hora en recibir la llamada.

209

En un sedán destartalado arrancaron desde la ciudad hacia el sendero de Tamiami, en dirección al parque natural de Big Cypress. Desde el manglar, pasando por los pinares hasta los cañaverales, Saint alargó la mirada por el humedal inabarcable. La carretera lo cortaba sin piedad, un flagelo de la naturaleza.

La llamada procedía de un agente de la policía local que vio una furgoneta que encajaba con la descripción en la entrada del camping de Black Coal.

Vieron coches patrulla más adelante. Las sirenas a lo lejos indicaban que había más en camino.

Al salir del coche Saint sintió el calor brutal, tan denso que se movió para apartárselo de la cara y poder respirar.

Sudorosos, los agentes se dispersaron.

A lo largo de la orilla vio cómo un centenar de aves acuáticas de las que no sabía el nombre trazaban unos preciosos arcos mientras ella desenfundaba el arma y sentía la empuñadura resbaladiza. En su cabeza se imaginaba sola siguiéndole la pista. En la realidad habían hecho falta cincuenta agentes de once estados aunando recursos y conocimiento hasta que se presentó la oportunidad.

Avanzaron juntos por un terreno lleno de ciénagas que bordeaban con cuidado entre enjambres de mosquitos. Saint no se movió para ahuyentarlos cuando cruzaron una pasarela de madera y se encontraron con una ruta de senderismo.

Un patrullero levantó la mano y señaló un hilillo de sangre que se perdía entre los penachos de nube rosa, de un metro y medio de altura, un mar púrpura cuando llegara el otoño.

Se separaron, a cien metros unos de otros mientras vadeaban la ciénaga, con las armas a punto por si se les ponía a tiro un hombre agazapado. Saint conocía el protocolo, y también sabía que dispararía a matar otra vez si no lo detenían.

Avanzó midiendo cada paso entre una maleza forjada por la escorrentía, el golfo de México que acababa en una península ahora surcada por ríos y arroyos. El lago Okeechobee y las aguas que rodeaban Kissimmee, desembocando en la bahía de Florida. Su abuela le había contado una vez que en invierno las marismas eran praderas, que no se inundaban durante unos preciosos meses, emergiendo como un submarino.

Estaba a punto de volverse para comprobar el rumbo cuando tropezó.

Saint dio un grito al verla.

Ashlee Miller yacía boca abajo.

Saint le dio la vuelta rápidamente.

Trató de reanimarla.

Y chilló.

210

Comían en bandejas marrones sobre mesas de metal con cucharas de plástico rígido.

Tug picoteaba del taco, una carne parduzca, y al lado un panecillo que empezaba a enmohecerse por los bordes. Cada semana, un grupo de reclusos ocupaba las mesas centrales de la biblioteca y trabajaba en una demanda colectiva liderada por Larry Medeau, un antiguo abogado de Kansas City que había matado a tiros a su jardinero en una disputa por el cardo borriquero. Larry argumentaba que la comida era tan pésima que constituía un castigo cruel e insólito. Cooper recogió apuestas de cuánto tardaría un juez en desestimarla.

—Así que van a ejecutar a Tooms —dijo Tug sacándose maíz de los dientes con una uña—. ¿Tú lo ves cuando entras ahí?

Patch no contestó.

—Qué noble es eso que haces, joder. La forma más rápida de deshacerse de la ignorancia es leyendo un libro. Te despojas de ella con cada página que pasas, dejando entrar el conocimiento, ya sabes. ¿Quieres el hojaldre?

Patch se lo pasó, y vio a un par de tipos de la Hermandad Aria. Se quedaron aparte, con las mangas subidas por las que asomaban los tatuajes de los antebrazos, tréboles flamantes, burdos.

—¿Los ves? —murmuró Tug todavía comiendo. No había levantado la vista ni se había vuelto para echar una ojeada ni una sola vez.

—Sí —dijo Patch mordiendo el pan.

Los hombres que estaban a su lado se levantaron y se fueron, con la comida casi intacta.

—¿Les faltaste el respeto? —dijo Tug.

—Hace tiempo.

—Ésos no olvidan.

—¿Piensan actuar aquí? —preguntó Patch.

Tug asintió.

—Pardillos. Tienen que demostrar su valía. Llevo ya treinta años viendo la misma mierda. No se los puede culpar. Probablemente les cayó la misma condena que a ti. Prefieren cumplirla sabiendo que tienen las espaldas cubiertas, ¿vale?

—Vale.

Patch intentó seguir comiendo, pero se le secó la boca, la masa parecía un chicle y al tragar con agua notó que las manos le temblaban un poco.

—¿Demasiado tarde para hacer lo que te piden? —quiso saber Tug.

—Demasiado tarde.

Tug se puso de pie, asintió y se alejó mientras ellos se acercaban.

Hubo un momento antes de que se liara en que Patch notó que se hacía un silencio. Las ventanas altas filtraban la luz del atardecer. Una docena de pilares apuntalaban el techo, pintados de blanco y enterrados en un suelo cubierto de goma con pegotes, de las comidas pisoteadas. Uno de los dos parecía joven, tal vez era adolescente, con el miedo en los ojos a medida que cruzaban la sala hacia él.

Patch sabía que tenía opciones, ninguna buena. Podía levantarse y huir, pero no perdonarían el desaire que les hizo, no olvidarían que una vez se atrevió a decirles que no. Quizá aguantaría una semana más, una semana en la que perdería la poca dignidad que le quedaba. Perdería al chaval con el parche en el ojo que plantaba cara porque lo llevaba en la sangre. Y su hija también lo llevaría en la sangre. Pensó en los hermanos Barbarroja, surcando los llameantes mares del norte de África quinientos años atrás. En Aruj, que siguió peleando cuando los españoles le cercenaron el brazo. Patch sabía que podía hacer frente a muchas cosas, pero nunca a su propio destino.

Así que cuando el chico sacó una tosca porra de cuero y plomo, cuando el grandullón apretó el puño, Patch tomó aire, levantó la bandeja y atizó con todas sus fuerzas.

211

La celda medía dos metros de ancho por tres y medio de largo.

No había ventana, la cama estaba tan cerca del váter que el colchón tocaba el borde. Tug le dijo una vez que las celdas de aislamiento llevaban en desuso desde los años setenta, pero como los obreros estaban derribando el antiguo bloque siete, Patch se encontró cara a cara ante un episodio de la historia que más valía olvidar. Las paredes de piedra rezumaban humedad, eran frías y resbaladizas al tacto. Los barrotes daban a un banco de ladrillo encalado que desprendía escamas. La única luz provenía de bombillas amarillas.

Patch estaba tumbado en la litera, con los dos puños hinchados. Se había medido con el chico, pero mandó al grandullón a la enfermería. Sabía que después las cosas serían distintas, que era tan hombre muerto como Marty Tooms.

Cerró el ojo y en los confines de aquella celda le resultó más fácil recordar a Grace.

—*Sal de aquí y no mires atrás. Nunca. Prométeme que saldrás y dejarás*

todo esto atrás —dijo Grace.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Puedes. Sal y sigue adelante. Vive. Me lo debes, joder.

En aquel momento, en aquel espacio inhóspito, se preguntó hasta qué punto había fracasado; no sólo al no encontrarla, sino en todos los aspectos de la vida en que una persona podía fracasar.

—Pirata.

Oyó la voz del chico en la celda contigua a la suya, un poco nasal, con la nariz limpia y rota.

—¿Estás bien?

—Sí, chaval —dijo Patch.

Oyó respirar al chico, un tabique de piedra era lo único que los separaba. Patch no lo odiaba. No había lugar para eso.

—Antes... No quiero estar aquí.

Patch se examinó las manos.

—No llores, chico. Será peor.

El chico lloraba.

—Dime una cosa —dijo Patch—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

A Patch le pareció que arrastraba un poco las palabras, supuso que por la nariz rota, o tal vez incluso tuviera algunos dientes sueltos.

—La profesión más antigua del mundo es la de dentista. Han tenido tiempo de sobra para practicar. Pronto volverás a sonreír.

—Se suponía que te íbamos a matar.

—Ya me mataréis.

Por un momento se preguntó qué había hecho el chico, qué era exactamente lo que llevaba a encerrar a un adolescente para el resto de sus días.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo... Todos me llaman White. No tengo certificado de nacimiento ni nada. Lou, mi padre adoptivo, me llamaba Tommy, pero nunca me identifiqué con ese nombre. Tom, quizá. Tom a secas.

Patch lo escuchó hablar un rato, de todo y de nada: el chico trataba de evadirse de sus propios pensamientos, el peso del silencio se le hacía insoportable. Hablaba como un crío, como si no se diera cuenta

de que todo se endurecería y moriría. Amigos de otra época, tiendas, chicas y lugares.

Patch sabía muy bien que sería un proceso gradual y definitivo, hasta que él naciera dentro del sistema y la vida de antes fuesen las páginas de un libro olvidado que nadie volvería a pasar.

212

—Fue más duro de lo que me esperaba… no sabes cómo me miró.

—¿Quién? —dijo Patch.

—El alcaide Riley. Es que el grandullón me llevó directamente a la oficina del alcaide, sin que me curaran la nariz ni nada. Llegué chorreando sangre.

Patch pensó en el alcaide Riley, sabiendo que mandaría a un par de reclusos a limpiar el rastro de sangre antes de que pudiera dejar una huella de cómo ejercía su oficio.

—Me soltó un rapapolvo que no veas, como si estuviera en la escuela… Te digo que por la pinta podría haberme…

—Es duro porque tiene que serlo. No te preocupes.

—No me… Sólo me quedé mirando ese cuadro que tiene colgado justo detrás, como si esto no fuera una cárcel sino algo más elegante.

Patch tamborileó con los dedos en el marco de la cama pensando en su cuadro.

—¿Tú lo has visto? —continuó el chaval—. Creo que… ya sabes, que hay gente que tiene talento para pintar, cantar o tocar la guitarra. Como Lou solía decir: se puede enseñar, pero entonces no es auténtico.

—Aquí puedes aprender, Tom.

Otro resoplido.

—Hay cosas que no se aprenden. Sentí como si estuviera en ese lugar, ¿sabes? Como si me hubiera marchado allí y luego volviera. ¿Crees que puedo pedirles que me consigan una copia o algo, y ponerla en mi celda?

Patch pensó en el futuro que le esperaba al chaval, y luego en el que le esperaba a él, tan cansado que supo que la lucha había acabado. Renunciaba. Devolvería su llave de la biblioteca, agacharía la cabeza cuando llegara el momento, reconocería una derrota más en una vida donde había perdido cada batalla en la que se embarcaba. Rezaría en silencio para que Marty Tooms se fuera rápido. Y luego esperaría a que la Hermandad volviera al ataque, y esta vez no movería un dedo. No era un pirata. No era un padre o un amigo. No hacía nada noble. Vivía una vida insignificante.

—Me pregunto si él habrá estado allí —dijo el chico.

Patch bostezó.

—¿Quién?

—El pintor. Me pregunto si habrá estado en el pueblo o habrá visto una foto o algo así. Quiero decir que no todo es exacto, pero se acerca bastante.

Patch abrió el ojo, vio la celda borrosa, encandilado, sintiendo el fuerte olor atascado en la garganta. No dijo nada durante un buen rato, sólo repasó las palabras del chico antes de comprenderlas del todo.

—¿De qué estás hablando, chaval?

—De Alabama.

Patch se acercó a los barrotes, enlazó los brazos y se pegó al tabique de piedra.

—Sé lo que me digo. Crecí dos pueblos más allá. Aunque podría haber estado a un mundo de distancia. Tienen la escuela de élite y las caídas de agua y todo eso.

Patch se agarró con fuerza a los barrotes, el sonido se fue apagando hasta que lo único que oyó fue el rumor de su propio torrente sanguíneo.

—Ese pueblo… ¿estás diciendo que existe de verdad? —preguntó Patch.

—Por supuesto, es real, Pirata. He estado allí una pila de veces. Iba a pipear las casas de los ricachones cuando tenía quince años, pero pusieron perros y todo eso.

—¿Estás seguro, Tom?

—Claro.

—Dime cómo se llama el sitio.

Patch contuvo la respiración y sintió que las viejas paredes empezaban a derrumbarse. Temblaba, con la frente apoyada en el acero herrumbroso durante ese momento fugaz.

—Grace Falls. El pueblo del cuadro es Grace Falls, Alabama.

213

A menos de mil metros, Saint estaba en el aparcamiento, observando desde su coche patrulla el edificio que alojaba a su único amigo.

Quería contarle que había faltado poco.

Que gracias a él habían conseguido dar con la pista de Eli Aaron a tiempo para salvar a una joven, una mujer llamada Ashlee Miller. Una mujer que podría seguir viviendo su vida.

Quería contarle que había avanzado por la ciénaga, con la pistola a punto, pero no logró encontrar al hombre que los llevaría hasta Grace. Aunque había estado cerca. Muy cerca.

Al caer el día se paró en el bar más cercano, se sentó en un taburete y pidió un bourbon, apoyando las manos en el nudoso mostrador mientras un par de tipos jugaban al billar debajo de un rótulo rojo que parpadeaba sobre el fieltro verde.

Había un televisor en un rincón, encima de fotografías y pancartas clavadas en los paneles de madera amarilleados por el humo de los cigarrillos. Saint se acercó el vaso a la barbilla e inhaló el aroma del licor.

Cerró los ojos para abstraerse del murmullo de la conversación y aspiró hondo las especias hasta sentirse como si estuviera con su abuela en el porche.

Sólo los abrió cuando oyó al reportero del telediario en el zoológico de Culpepper, de pie ante una multitud respetable para celebrar la inauguración del nuevo recinto. Y luego la dedicatoria, en memoria de un tal Jimmy Walters. Saint miró fijamente su cara en la imagen;

recordaba la sonrisa, no la dignidad.

Lanzó el vaso e hizo añicos la pantalla del televisor.

Hubo gritos.

Saint sintió que le ponían una mano recia en el hombro y la condujían fuera con tacto.

—Conocías al hombre de la pantalla —dijo Blackjack.

—Era mi… No era un hombre. O por lo menos no un buen hombre.

No le preguntó si estaba bien, no se quedó a su lado, se limitó a entrar de nuevo para pagarle la cuenta y cubrir los desperfectos.

Saint tomó una bocanada de aire bajo un cielo al que no culpaba de nada, ni siquiera juzgaba o mucho menos comprendía.

214

El alcaide Riley conocía lo bastante bien las facciones que formaban una prisión, y sabía que cada una reinaba en su dominio, desde los caporales hasta los guardias y los reclusos. Cada cual ocupaba una jerarquía y, aunque sólo su nombre estaba en la cima, no se hacía ilusiones pensando que ejercía pleno control.

Por eso cuando Blackjack presentó el parte, el alcaide Riley sabía que no habría sido Joseph Macauley quien empezó la pelea, aunque el informe también explicaba claramente que fue Joseph quien la zanjó. Riley se encargaría de que al grandullón, Mick Hannigan, lo trasladaran cuando saliera de la enfermería. El chico, White, no había participado en otras peleas, así que cumpliría un mes en aislamiento y luego volvería con los presos comunes, donde la Hermandad le daría un escarmiento peor que cualquier castigo que le impusiera Riley.

Y en cuanto a Joseph, Riley sintió cierta satisfacción al retirarle el acceso al corredor de la muerte, y a su vez el acceso de los condenados a la biblioteca, como si hubiera estado esperando la menor excusa.

—No creas que esto me complace en absoluto —dijo.

Patch se puso de pie.

—Ándate con cuidado —se despidió Riley—. Y ya sabes por qué lo digo.

—Sí, señor.

Blackjack lo acompañó de vuelta al módulo y le entregó el saco de libros procedentes de las celdas de los condenados a cadena perpetua.

Sólo cuando Patch regresó a la biblioteca y empezó a ordenarlos, lo encontró.

En un maltrecho ejemplar de la historia de Janie Crawford que había estado en manos de Marty Tooms.

Patch sacó un sobre bien camuflado entre las páginas.

La caligrafía de Tooms era una preciosa letra ligada tan arcaica que, por un momento, Patch no advirtió el nombre escrito en el anverso de la carta.

Y cómo conocía ese nombre.

215

Patch desayunó con Tug, en el ruidoso comedor, todos masticando a mandíbula batiente, escupiendo la comida entre gritos y risas. Le lanzaron algunas miradas porque había aguantado el tipo con la Hermandad, aunque la mayoría estaban acostumbrados; dos contra uno no siempre era sólo cuestión de números.

A las tres llegó Sammy a visitarlo y se quedaron los dos sentados casi en silencio. Sammy no hizo bromas, no se quejó de Blackjack ni de los guardias, ni del viaje ni del calor en la sala de visitas. No preguntó qué le había pasado en las manos, todavía llenas de cortes, con sangre reseca oscura en las líneas de los nudillos.

Y cuando se acababa el tiempo, agarró a Patch con fuerza.

—Nunca tuve un hijo. Creo que fue la voluntad de Dios para proteger al mundo. Pero de haberlo tenido…

—Desearías que no se pareciera en nada a mí, Sam.

Sammy sonrió.

—Contigo… tengo una cuenta pendiente. Un hombre de verdad salda sus deudas —dijo Patch.

—Considérala saldada. La pagaría cien veces sólo por el honor de conocerte.

Sammy le dio un abrazo, el primero y el único que le daría.

Patch le deslizó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Eres el chico que salvó a la chica de los Meyer.

—Es lo único bueno que he hecho en la vida —dijo Patch.

—Todavía hay tiempo.

216

Desbrozaron ellas mismas la mayor parte del terreno.

Durante un fin de semana largo Saint y Charlotte trabajaron a pleno sol, gruñendo al arrancar las frondas, tirando de las raíces del laurel de montaña, del avellano de las brujas y de los arándanos silvestres.

Hicieron una pausa para almorzar unas judías guisadas con jamón y un pan de maíz que la chica había perfeccionado. A la sombra del caserón y del recuerdo de Norma, trabajaban con el zumbido de fondo de las abejas de Charlotte.

El domingo por la mañana acudió un podador y taló media docena de robles; como quería la madera para el molino de su padre, no les cobró nada. Saint le dio un par de trozos de bizcocho de mantequilla. Charlotte refunfuñó porque había pensado en comerse hasta la última migaja.

Cogieron las palas y las carretillas y volvieron a la faena, hasta desbrozar un claro de diez por diez. Al cabo de una semana el constructor de Sammy iría a poner los cimientos para construir el estudio.

En un principio Charlotte se resistió, le había dicho a Saint que estaba loca si quería malgastar su dinero de esa manera, pero finalmente reconoció que la idea de disponer de un espacio propio le gustaba.

—No creáis que voy a acabar haciéndoos ricos a todos, como el pirata, ¿eh? —les advirtió mientras estudiaban los planos en la galería.

—Eso ni de casualidad —dijo Sammy, con una pena exagerada.

Charlotte se topó con un abeto Douglas, encontró un hacha de mango corto en la leñera y arremetió contra el tronco hasta que le ardió el hombro. Cuando lo derribó, se subió encima, lo miró con desprecio y lanzó un escupitajo tachándolo de «bastardo». Saint puso cara de circunstancias.

A primera hora de la tarde el terreno quedó despejado como para que entrara la máquina.

—Echo de menos a Norma —dijo Charlotte.

—La gente siempre dice que con el tiempo es más fácil, pero es sólo porque cada día estamos un poco más cerca de volver a verlos.

Charlotte la miró.

—Ahora me dirás que pensabas que no era creyente porque no voy a la iglesia —dijo Saint.

—Veo que rezas.

—Quizá cuando rezamos no pedimos una intervención divina. Sólo nos recordamos las cosas que importan. Metes la pata y necesitas perdonarte a ti misma. Alguien pierde el rumbo y tú buscas dentro de ti una guía para ayudarlo.

Charlotte empezó a caminar por el borde de la parcela despejada, con los brazos en cruz, como si hiciera equilibrios en la cuerda floja.

—Creo que a tu abuela le gusta Sammy —dijo Saint.

—Creo que tengo más posibilidades yo de que me nombren Princesa de la Miel que él de ensartar a mi abuela.

—¿Ensartar?

Charlotte se rió tanto que perdió el equilibrio y cayó aparatosamente. Masculló mientras Saint se agachaba para ayudarla a levantarse. Le goteaba un hililllo de sangre por el codo.

—Hay algo afilado ahí abajo —dijo Charlotte.

Al sol del atardecer, una bruma violeta se extendía sobre las montañas de Saint Francois cuando Saint sostuvo un fragmento

astillado en alto hacia el cielo púrpura.

—¿Qué es? —dijo Charlotte.

Saint lo dejó en el suelo y luego sacó otro, moviéndose con rapidez, escarbando hasta que la silueta tomó forma.

Charlotte se arrodilló a su lado.

—¿Eso son…?

—Huesos —dijo Saint—. Un montón de huesos.

Charlotte se puso de pie mientras la brisa mecía las copas de los árboles, dejando entrever las tierras que había detrás.

Donde estaba la antigua casa de Tooms.

Se volvió al ver que el agente Michaels aparecía por la cancela.

—¿Qué pasa?

—Ha habido un asesinato.

217

Saint condujo noventa kilómetros hasta el pueblecito de Darby Falls.

Vio a lo lejos las agujas de una iglesia y bajó la ventanilla porque en ese momento ansiaba oír las campanas.

La calle parecía una postal, como si al recuerdo de la niña le hubiesen dado una pátina donde no faltaban los pasteles horneados, las cercas blancas de madera, las fiestas de otoño y los céspedes impecables.

Un policía solitario esperaba delante de la casa.

—Seguimos esperando al equipo forense —dijo el agente. Era joven, flacucho y nervioso—. El vecino avisó de que Richie no había salido a por el periódico esta mañana. Se asomó por la ventana y lo vio.

—De acuerdo —dijo Saint.

—Sabe que Richie era policía…

—Sí.

El agente se quedó delante de la casa. Saint sintió su rabia.

Dentro se oía el movimiento parsimonioso de un reloj de pie, la

moqueta verde estaba desvaída debajo de cada ventana. No había ningún olor en el salón. Sólo el cadáver de Richie Montrose, con un agujero de bala en el pecho. Todo estaba limpio y ordenado, y Saint sabía que se encontrarían el estropicio detrás de su cuerpo, filtrándose en la manta color crema del sofá.

Sabía leer la escena de un crimen que no es que tuviera mucho misterio.

Richie había conocido a su asesino.

Tal vez al principio se sentaron y hablaron.

No hubo forcejeo, nada tirado ni roto. Fue una ejecución en toda regla, alguien decidido a eliminar a Richie del mundo sin contemplaciones. Un precio que debía pagar.

En la repisa de la chimenea, Saint vio una sola fotografía en un marco dorado. Callie Montrose, congelada en el tiempo.

Saint recordaba haber ido al velatorio de la chica, y a pesar de todo el tiempo transcurrido, la sensación estaba aún a flor de piel.

Y vio que en la mesa al lado de Richie Montrose había una carta.

Saint, con los guantes puestos, la recogió; se fijó en el sobre.

Richie Montrose.

Te veré en el infierno.

Saint tardó menos de veinte minutos en dar con la grabación de la cámara de seguridad de un vecino.

Cuando la rebobinó de nuevo lo reconoció en el acto.

El hombre no había intentado ocultarse ni evitar que lo vieran.

Cerró los ojos.

Se le encogió el corazón.

218

Saint condujo treinta kilómetros desde Monta Clare, lejos de las montañas, con las ventanillas bajadas pasando por los viñedos y los puestos de fruta y, a medida que subía, por una red de antiguas rutas de comercio en su mayoría engullidas ahora por la pujanza de los

bosques.

La casa estaba flanqueada por extensiones de campos de labranza. Aparcó en el camino de la entrada y salió al aire pesado del verano; se quedó un rato allí, mirando la casa Shaw al otro lado de la calle, adonde en otros tiempos iba a tomar clases de piano.

La casa de Nix era pequeña para la parcela, pulcra y simple. Estaba recién pintada de blanco, con el porche lijado y barnizado. Mientras caminaba por el sendero contempló el cerezo okame, inmaculado y perfecto.

Saint respiró hondo, desenfundó la pistola, llamó a la puerta y aguardó.

Vio el Ford aparcado, así que dio la vuelta por detrás, con los zapatos haciendo crujir la grava. La tierra se desplegaba en unas vistas impresionantes; los campos lejanos resplandecían con el brillo cálido de la colza. Un par de establos se veían vacíos. Había un cortacésped a la sombra.

Probó la puerta de la cocina y sintió un ligero vuelco en el estómago al encontrarla abierta.

—¿Jefe? —llamó, olvidando por un momento quién ocupaba el cargo, quién llevaba el arma.

Era una cocina anticuada y limpia. Avanzó por el pasillo, el instinto la impulsaba hacia delante. Llegó al estudio luminoso, con una moqueta mullida de pelo sintético. Una hilera de jarrones en la ventana rebosaba de flores silvestres recogidas en los alrededores.

Tres dormitorios, preparados para huéspedes que Saint no imaginaba que él recibiera. Oyó el chorro del agua en el cuarto de baño. Con el arma a punto, empujó suavemente la puerta.

La cisterna perdía, no paraba de caer agua.

Afuera, a la luz del sol, recorrió uno de los dos senderos que llevaban a los establos.

Y entonces lo vio.

Nix llevaba una pala y una sonrisa.

Había bolsas de heno junto a la puerta, y a lo lejos pastaban un par de caballos.

Saint lo apuntó con la pistola.

—Tal como te enseñé —dijo él.

No hizo ademán de ir hacia ella; y por eso, y por un millón de otras razones, sintió que lo quería tanto.

219

—Fui a ver a Richie Montrose —dijo.

Nix se mantuvo erguido, todavía apuesto, aunque los años se le echaban encima. Colocó la pala en el suelo con cuidado, despacio y sin movimientos bruscos. Dirigió la mirada hacia los caballos.

—Animales inteligentes. Sólo tienen un hueso menos que nosotros, ¿lo sabías?

Saint negó con la cabeza.

—Pueden ver a trescientos cincuenta grados a su alrededor. Visión básicamente monocular. Con poca percepción de la profundidad. Sólo ven la superficie.

—A veces eso es lo único que necesitas.

—Así es, chavala. Ves un cuerpo, averiguas quién y cómo. El porqué no vale para nada, al fin y al cabo. No a los ojos de la ley.

Saint se secó el sudor de la frente, con un gesto rápido, sin dejar de apuntarlo con la pistola.

—Aun así, yo necesito saberlo.

—Apunta a alguien con un arma y la verdad saldrá a la luz.

—Y aquí estoy, apuntándote con una pistola —contestó ella.

Sonrió una vez, un gesto fugaz, como si la hubiera visto crecer.

—Me temo que no me corresponde a mí contar la historia, Saint.

—Odio que hayamos llegado a esto, joder —dijo ella, y aunque se le empañaron los ojos de lágrimas, resistió y no las dejó caer.

—¿Te importa que vaya al menos a por mi sombrero? Así podrás salir de aquí con una sombra de lo que fui.

Consiguió sonreír.

—Claro, jefe.

Más tarde, esa noche, cuando cerrara los ojos, se preguntaría por cada movimiento que había hecho. Y se plantearía si, de haberlo sabido, habría hecho una sola cosa de otra manera.

Vio que entraba en el establo y no reaccionó hasta que la puerta se cerró de golpe y el pestillo se deslizó.

Sólo entonces se movió.

Saint corrió hacia la puerta.

Y gritó y suplicó, y aporreó los tablones hasta que se le lastimaron las manos.

Hasta que se le rompió la voz.

Hasta que oyó el disparo.

Se dio la vuelta, apoyó la espalda en la madera y se dejó caer hasta el suelo.

220

A las siete y cuarto de la tarde, mientras Patch barría el suelo del taller de metalurgia, se cortó la luz.

No era un incidente inusual. Blackjack despotricaba por las obras cada semana. El alcaide Riley se excusaba asegurando que toda la red se renovaría y un generador industrial sustituiría por fin el viejo Kohler.

Hasta entonces las luces empezaban a parpadear cuando el armatoste ya no daba más de sí y se caía el sistema de ventilación. Patch oyó los aullidos lejanos de hombres que sabían que la noche iba a ser insoportable, cada celda un horno. No dejó de barrer, ni siquiera cuando los fluorescentes se apagaron y quedaron encendidas las luces amarillas de emergencia, que apenas iluminaban los largos pasillos y le daban a todo el pabellón un aire enfermizo, como un almacén a punto de cerrar.

Cuando terminó, dejó la escoba, el cubo, los trapos y el

desinfectante en el armario de la limpieza, y después se adentró en el edificio y se detuvo en la biblioteca, donde Cooper estaba cerrándolo todo. El último jueves de cada mes Cooper hacía inventario y, aunque se quejaba de que el Estado no pagaba las horas extras, también disfrutaba de la tranquilidad.

—Tengo que devolverte mi llave —dijo Patch—. El alcaide me dijo que continuara este mes hasta que formemos a alguien.

—¿Me ayudas con estas cajas antes de irte?

Patch metió un par en el almacén. Cooper lo siguió, eran un montón de libros.

Cuando lo dejaron todo listo, regresó por el mismo camino que se sabía de memoria: dos veces a la izquierda y luego giró a la derecha para volver al módulo principal, donde la sala común estaba vacía. Se puso el parche en el ojo, subió los escalones metálicos y entró en su celda; se tumbó en la litera y sacó un libro de debajo del colchón. El nuevo guardia cerró su celda para pasar la noche.

En la biblioteca, Cooper se puso el sombrero colgado en la percha y, cargando el impermeable en un brazo, cogió su gastada cartera de cuero. Dentro había un solo libro, una manzana y las esquelas del *Examiner*. Cerró con llave, bajó hacia el bloque B y atravesó dos puertas; la cerradura se trabó por un momento.

En el mostrador, dejó las llaves en el cajón y esperó a que le abrieran para salir.

Blackjack hojeaba la sección de Deportes y silbó por lo bajo sorprendido al ver que los Yankees iban directos al libro de los récords, y volvió a silbar al ver al «Tigre» Woods persiguiendo a todos esos hombres blancos.

—Dicen que es el nuevo Jack Nicklaus —comentó Blackjack mirando la foto del chico con una sonrisa en la cara.

—Ya era hora, aunque en realidad no es que me vaya ese deporte —dijo Cooper, mientras le firmaba la salida, pasaba la página y volvía a firmar la de la mañana.

—A mí tampoco, pero a lo mejor ahora me irá más.

Cooper se echó a reír y saludó con la mano a Blackjack, que tocó el timbre.

Si hubiera apartado la vista del periódico se habría dado cuenta. Aquella noche Cooper arrastraba una leve cojera al caminar.

221

La llamada se produjo poco después de las nueve y sacó a Saint de un sueño entrecortado.

Había pasado la tarde y gran parte de la noche en la casa de Nix, tratando con el forense, redactando su informe y manteniendo a raya a un par de vecinas consternadas al pie del sendero. Había muchas piezas sueltas, preguntas suspendidas en el aire, que al tratar de alcanzarlas se alejaban aún más.

Se incorporó al oír la voz de Himes.

—Joseph Macauley se ha escapado de la cárcel esta mañana.

Por un momento se quedó allí quieta, despeinada, contemplando las paredes luminosas de su habitación mientras el temor poco a poco le iba calando por dentro.

—Encerró a un trabajador de la biblioteca en un almacén, le robó el sombrero y las llaves y luego desapareció.

—¿Qué coño quieres decir con que desapareció?

Himes mantuvo la voz firme, aunque era evidente que estaba comiendo.

—Los guardias aseguran que nadie salió por las puertas. Encontraron su camisa.

—¿Los guardias aseguran? Pero ¿dónde están las putas cámaras?

—Había un corte de luz. El generador da para lo estrictamente necesario. Aún siguen sin ventilación, tienen un panorama tremendo ahora mismo. Esta mañana se ha montado una gran pelea. Un viejales llamado Tug azuzó a los reclusos y se desató el caos.

Saint se abrochó la camisa con una mano.

—No puede haber ido muy lejos. Quiero decir que los cuentan, ¿no?

—Ajá. Pero como ya te he dicho, se montó una pelea y el alcaide… ha cerrado todo a cal y canto, bloqueando las carreteras. Voy a enviar

a Peterson y Lina…

—Haré lo que pueda.

—Lo sé.

—Patch estará bien.

—Me parece que ésa no es nuestra mayor preocupación.

—No supone ninguna amenaza —dijo Saint.

Se hizo un silencio.

—Mató a un hombre.

—No es una amenaza.

—¿Necesitas que te mande a alguien? —dijo, planteando la pregunta como si se la estuviera haciendo a sí mismo—. Tienes a su hija a tu cargo.

—No es tan estúpido como para volver a casa.

—Pero, aun así, ¿mando a alguien?

—Estás dudando de mí. Fui yo quien le pegó un tiro una vez, quien lo detuvo por algo que…

—No dudo de ti, Saint. Sólo me pregunto cuánta influencia tienes en los distritos de alrededor. Mirando el mapa, calculo que puedes avisar a cuatro departamentos y conseguir que se movilicen.

Se vio de refilón en el espejo. Sabía quién era.

—No he estado fuera tanto tiempo, Himes. Sé cómo organizar una persecución.

—¿Volverás con nosotros para esta última?

222

Patch se sentó en la arboleda delante del instituto de Monta Clare.

La correhuela crecía en los lechos de madera. Nunca había olido un aire más dulce.

Cuando salió el sol se vio reflejado en un manto de agua, y por un momento el pánico se apoderó de él mientras se alisaba frenéticamente el pelo y deseaba haber podido afeitarse.

Alguien le había dicho una vez que las maldades no importan si

decides no repetirlas, pero al ver cómo entraban los primeros grupos de niños para empezar el día supo que las segundas oportunidades costaban sudor y lágrimas, y a veces eran inalcanzables por mucho que te empeñaras.

Se pasó una hora sentado allí, en el viejo roble caído, hasta que la vio aparecer.

La belleza de su hija lo tomó por sorpresa.

El momento se extendió hasta las montañas de Saint Francois que los envolvían en aquel marco maravilloso. Dio unos pasos hacia ella sintiendo que empequeñecía, retrocediendo hasta que volvió a tener catorce años, sentado junto a su madre.

Estaba a punto de llamarla, de que se diera cuenta, pero entonces vio que el coche patrulla atravesaba la reja de la entrada, y se escabulló entre los árboles.

No se merecía a esa hija.

Y ella no había hecho nada para merecer a un padre así.

223

Saint se reunió con ella en la puerta principal y se apoyó en el capó del coche.

—Tu padre se ha fugado de la cárcel esta mañana —le dijo.

Charlotte al principio no reaccionó.

Llevaba un vestido de verano y una trenza rubia que le caía enroscada por encima del hombro.

Incluso entonces los rezagados la miraban al pasar como si fuera una especie de animal exótico, que tanto podía enseñarte los dientes como ignorarte.

—Cabe la posibilidad de que venga por aquí, y si viene tienes que avisarme. Por su propio bien, tienes que avisarme. Los polis de por aquí... los polis de cualquier sitio, dispararán antes de hacer una sola pregunta.

Cruzaron el pueblo, dejaron el coche al lado de las viejas vías del

tren y echaron a andar juntas por el bosque. Saint pasó despacio por el claro, el recuerdo tenaz.

—¿Alguna vez te pasa que sabes algo, pero prefieres convencerte de que no es verdad? —preguntó Saint.

—Me pasó con Santa Claus. Pillé a mi abuela comiéndose las galletas cuando tenía seis años. Seguí creyendo totalmente en él. Nunca se lo conté a nadie.

—Porque una vez que lo cuentas, se hace realidad. —Saint fijó los ojos en el agua mientras hablaba, sin querer ver el mundo a su alrededor—. Lo que te conté de… Jimmy Walters… Sabes que murió cuando…

—Sé lo suficiente.

—Cuesta ver a una persona del todo. Se tarda mucho tiempo. Y a menudo, cuando lo ves, es demasiado tarde. Jimmy era amable, era un tipo decente. Hasta que dejó de serlo. A pesar de las virtudes, puede haber muchos defectos… —Observó a una garza inmóvil, acompasó el corazón al canto de las cigarras. Y entonces notó que la mano de Charlotte se deslizaba en la suya y la estrechaba con fuerza.

Saint contuvo las lágrimas.

—No pretendo hacer de madre, como me dijiste. Sé que no estoy hecha para serlo, ni de ti ni de nadie. Sólo quiero ser tu amiga. Porque nunca… desde los trece años, nunca he tenido otro amigo.

—Antes has dicho que él quizá vendría aquí.

Saint asintió.

—No vendrá. Por mí, no. Nunca estoy en primer lugar —dijo Charlotte.

—Eso no es…

—Recuerdo que el día que lo conocí le dije que Grace era su conexión arcoíris. Bobadas de una cría. Pero… pero tal vez sólo haya una, Saint.

El asesinato de Montrose quedó aparcado mientras Saint se centraba de lleno en buscar a Joseph Macauley.

Se pasó la tarde atendiendo llamadas de Himes, de la comisaría del condado de Alwyn y de todos los demás departamentos de policía en trescientos kilómetros a la redonda. No lo dijo, pero lo pensó: Patch se había pasado media vida buscando, así que sin duda sabría un par de cosas sobre cómo esconderse. Vio su fotografía en las noticias de las cadenas locales, y después en las nacionales de las seis. Tras el informativo de la noche hubo una docena de llamadas de gente que aseguraba haberlo visto. Le dieron un halo mítico a la noticia cuando en el *New York Times* publicaron un artículo hablando de sus cuadros, del trasfondo de la historia, de que era pirata de nacimiento.

—Es demasiado conocido —comentó Michaels, sentado en la esquina de su escritorio con los bíceps prietos bajo la camisa, en tensión, como si esperara a oír el pistoletazo de salida—. Es imposible que la gente no se fije en el parche.

El alcaide Riley salió a la puerta de la penitenciaría y capeó las preguntas como un político en horas bajas. A Saint no le gustó su mirada. La humillación sacaba la vena más mezquina de cierta gente. Les recomendó a los habitantes del condado de Alwyn que cerraran las puertas con llave, pero también que no se preocuparan; lo encontrarían y lo devolverían al lugar donde debía estar. Intercalaron la imagen de policías pasando de puerta en puerta, de los perros tirando de las correas en los bosques aledaños.

Al anochecer, Saint cruzó la calle y encontró a Sammy arriba, en el balcón, levantando la copa hacia el cielo mientras las campanas de la iglesia daban las siete.

Se fijó en la botella de Laphroaig, con el número cuarenta estampado.

—¿Celebras algo, Sammy?

Le sirvió un trago y Saint por fin se sentó.

Observaron cómo se iba calmando el trajín de Main Street a medida que el cielo amoratado se imponía sobre las cumbres de las montañas.

—Me he enterado de lo de Nix. Ayer mismo lo vi. Se llevó mi correo, conocía la dirección cuando le pregunté. Siempre cuidando de

los demás, ya sabes —dijo Sammy.

Saint ignoró el zumbido de la radio, la imagen de Michaels atendiendo llamadas en lugar de cerrar de una vez. Repasó su vida a lo largo de los años y encontró a Nix en todos.

—Sé cosas que la prensa no sabe.

Sammy, bronceado, tenía la corbata floja y los gemelos de oro encima de la mesa.

—¿Qué es lo que sabes, Saint?

—Sé que anoche a las siete un operario de la obra cortó el principal cable que abastecía la cárcel. —Sammy bebió sin comentar nada—. Hablamos de un cable blindado y grueso, y el tipo va y le mete una sierra circular.

—A veces la gente se equivoca.

—Puede ser. Luego tenemos a Cooper, el tipo que trabaja en la biblioteca. Es igual de alto que Patch, fibrado, fortachón, pero se queda encerrado allí y no puede escapar ni nada. Y resulta que el guardia que hizo el último recuento jura y perjura que Patch estaba en su celda. También tenemos a Blackjack en la puerta esa noche, que vio salir a Cooper pero dejó el puesto por la mañana porque un veterano lió una pelea en el primer recuento.

Sammy se recostó un poco y encendió un puro.

—Tenemos a todo ese personal. Algunos están limpios, cierto. Comprobamos los antecedentes, demonios, porque de entrada hace falta un expediente limpio para conseguir el trabajo. Pero ahora tenemos a los federales encima. Y ellos cuentan con departamentos enteros que van a sacudir a estos tipos hasta que salga a la luz cualquier trapo sucio que hayan ocultado en su vida. ¿Me sigues?

Sammy se pasó una mano por los rizos.

—Ni por asomo.

—Si hay dinero, si algo te salpica…

—¿Prefieres que Patch se pudra ahí dentro?

—Maldita sea, Sammy.

—No tengo nada que ver con esto —aseguró él levantando las manos.

—Me gustaría creerte.

Sammy alargó la mirada hacia el pueblo.

—¿Pero?

—Sé que lo quieres tanto como yo.

225

Tras veinticuatro horas de búsqueda infructuosa, habían cubierto ciento cincuenta kilómetros alrededor de la prisión.

Las obras del nuevo módulo se paralizaron, la mayoría de los presos estaban con los nervios a flor de piel y los guardias agachaban la cabeza. La policía local rastreaba los pueblos cercanos, registrando graneros, silos y búnkeres. Los granjeros se despertaban por la noche al ver los haces de las linternas en sus tierras. Detuvieron a un hombre en Arrow Port simplemente porque le faltaba un ojo, que había perdido en Vietnam. Las cafeterías se llenaron de policías forasteros que tomaban café, cansados ya de la búsqueda.

En Monta Clare, los periodistas se paraban en el pilar de Main Street y hablaban del pirata. Encontraron y fotografiaron el Manicomio, que se mantenía en todo su esplendor porque Charlotte iba a cuidar la casa todas las semanas. Era una inversión para su futuro, decía. Saint sabía que era algo más.

A última hora de la mañana, el alcaide Riley estaba tan furioso que atravesó con la mano la vitrina que había al lado del cuadro. La secretaria fue a buscar un pañuelo para vendarle el corte, y se retiró enseguida para que no desahogara en ella su mal humor. Riley llamó a los guardias y los abroncó a gritos, rojo como un tomate y soltando espumarajos de baba que les aterrizaban en la cara. Despidió al guardia nuevo, y a toda la brigada de la obra, a pesar de que los retrasos serían costosos.

—¿Con quién demonios se codeaba? Alguien tiene que saber algo —escupió Riley.

Media hora más tarde sacaron a Tug del patio y lo sentaron delante del alcaide.

—Tú eres el que empezó el jaleo —dijo Riley.

—No hay ventilación… no somos ganado.

—Se saltaron el recuento de la mañana por tu culpa. —Riley dio un manotazo en el escritorio que los separaba prorrumpiendo en toda clase de amenazas. Tug se alisó el bigote, cruzó una pierna encima de la otra y echó una ojeada al cuadro, y después al excelente revestimiento de madera y la alfombra persa.

—Una vez oí decir que pocas cosas son tan peligrosas como un hombre sin nada que perder.

—¿Qué demonios significa eso? —dijo Riley mirando a Blackjack, que se encogió de hombros.

—Significa… que tampoco hay muchas cosas más frustrantes para ti que un hombre sin nada que ganar.

Riley se paseó alrededor sopesando de cuántas maneras podía empeorarle la vida al viejo, y las probabilidades de que eso sirviera de algo.

—¿Qué quieres?

Una hora más tarde llevaron a un barbero de la ciudad de Hartville. Trabajó allí mismo, en el despacho del alcaide, y las greñas blancas de Tug cayeron sobre la mullida alfombra. Le hizo un tupé alto, y le dejó el pelo de los lados y de la nuca bien corto. El barbero le pasó un espejo y Tug sonrió.

—¿Aún se lleva este corte?

Blackjack bajó la cabeza para disimular una sonrisa y se mordió el labio cuando Tug pidió un afeitado con brocha y jabón, y un poco de manteca de karité para refrescar la piel.

—También me gusta ponerme una gota de aceite de semilla de albaricoque para cuidar el bigote. ¿Todavía se usa?

El barbero miró a Blackjack, que miró a Riley, que salió de la habitación. Tug levantó una mano; había llegado más lejos de lo que esperaba.

Cuando despidieron al barbero, aspiraron el despacho y volvió el alcaide, Tug se recostó en su silla.

—Quiero que me garantice que lo traerá de vuelta sano y salvo. Es el hombre más digno que he conocido.

Riley asintió.

—Tiene una chica, allá en Dakota del Norte. En Bismarck. No hay nada más poderoso que el deseo del corazón humano.

Riley ordenó a Blackjack que llevara a Tug directo a una celda de aislamiento.

Salieron juntos y caminaron al sol en silencio.

En la puerta, Blackjack le entregó a Tug un manual para hacer jabón casero.

—Cooper me dijo que ha llegado esto para ti.

En aquella celda pequeña y húmeda Tug aspiró la exuberancia del aceite de sándalo, se recostó en el colchón y abrió el libro.

Dentro estaba el número de junio de 1965 de *Playboy*.

Hojeó el reportaje fotográfico de doce páginas y le sonrió a Ursula Andress.

Y luego cerró los ojos y volvió a sonreír, esta vez pensando en que había mandado a Riley y sus polizontes a más de mil quinientos kilómetros en la dirección equivocada.

226

Ciento cincuenta kilómetros al sur, Patch se sentó junto al risco y siguió con la vista la serpiente del Misisipi hasta el brazo muerto del río. Llevaba el pelo cortado al rape, la cara bien afeitada. A su lado tenía un macuto de cuero azul con ropa, dinero y prácticamente todo lo que pudiera necesitar. Lo había encontrado en el maletero del coche de Cooper antes de abandonarlo a un par de kilómetros.

Con la gorra de béisbol la cara quedaba en sombra y, aunque no se sentía cómodo sin el parche, se lo guardó en el bolsillo y se puso gafas oscuras.

Patch siguió andando hasta que la puesta de sol fraguó en el agua de hierro el paso de la incandescencia a la abstracción, y la tierra y el cielo se encontraron en un instante que le habría gustado pintar.

Halló un bosquecillo y se tumbó delante del carrizo, con el macuto

de almohada, esperando a que cayera la noche. Al día siguiente desplazarían los controles de carreteras y él cruzaría a Tennessee.

Al día siguiente estaría un poco más cerca de ella.

227

Saint condujo cuarenta y cinco minutos hasta un complejo de apartamentos tan desangelado que le trajo a la memoria sus primeros tiempos como agente de la ley.

Igual que con la persecución de Eli Aaron, Himes la reincorporó al equipo, le dio acceso a todo el material que tenían y le dijo que echara mano de lo que necesitara. No necesitaba mucho.

Cooper vivía solo, aquel lugar no tenía ni chispa de vida. La ropa colgaba de un perchero abierto. Había un solo sofá delante de una sola ventana que daba a un aparcamiento, y a través de las persianas bajadas entraba el resplandor e iluminaba a aquel hombre que la observaba sin interés.

—Imagino el mal trago que pasó —le dijo Saint.

Era alto y delgado, y su cara mostraba la clase de simetría que debería haberle dado confianza mientras relataba lo sucedido una vez más. Saint cotejó la declaración con la original y comprobó que no se había desviado en lo más mínimo.

—No tengo ninguna información sobre usted, ningún antecedente. Nada —le dijo—. En la oficina de la cárcel estaban desbordados, la línea del alcaide Riley recibía tantas llamadas que su secretaria la desconectó.

Cooper le contó que llevaba una vida tranquila, había trabajado una década en bibliotecas públicas antes de aceptar el puesto en Hannington. No tenía mujer ni hijos; no mencionó los años anteriores.

—Habrá más preguntas. Debería buscarse un abogado —le dijo Saint levantándose para marcharse.

Él se levantó también, cortés, y la acompañó hacia la puerta.

Fue al volverse cuando la vio.

Una fotografía al lado de la cama.

Saint se acercó a mirarla, impresionada por el rostro de aquella chica de pelo oscuro, y cogió el marquito dorado, el único atisbo de vida que había allí dentro.

Como un recuerdo olvidado.

O un recordatorio.

Estudió con atención la fotografía, tan descolorida que costaba apreciar los detalles, los labios carnosos y aquellos ojos verdes que tan familiares le resultaban.

Saint miró de nuevo al hombre y se dispuso a salir.

—Ya nos veremos, señor Cooper.

—Cooper es mi nombre de pila, en realidad.

Saint se volvió.

Esta vez la miró a los ojos y sonrió.

—Mi apellido es Strike. Me llamo Cooper Strike.

228

Las furgonetas de la prensa se marcharon. La cafetería de Lacey se vació hasta que sólo quedaron los habituales, y entre tortitas con nata, salchichas y café, Saint escuchó cuando por fin empezaron a hablar de Nix.

Volvería la calma necesaria para que pudieran llorar al hombre que había mantenido el orden durante casi treinta años. Un par de vejestorios levantaron tazas de café.

Charlotte apenas probó la tostada francesa y después echaron a andar las dos hacia el instituto de Monta Clare.

—Es esta noche —dijo Charlotte—. Ejecutan al hombre que se llevó a Patch.

—Sí. ¿Quieres hablar de ello?

—¿Es una muerte dolorosa?

—No.

Charlotte la miró fijamente, apretando la boca.

—Pues debería. ¿Por qué se lo ponen tan fácil?

—Apuesto a que para Marty Tooms nada ha sido fácil estos últimos años.

En la comisaría Saint recibió la llamada de Himes, que le dijo que probablemente Patch se dirigía a Dakota del Norte, donde según el alcaide Riley tenía una chica. Saint, escéptica, le informó sobre Cooper Strike.

—Joseph Macauley trajo a casa a su hermana desaparecida —dijo Himes.

—Le devolvió la vida a esa chica.

Saint colgó a tiempo de ver que Jasper salía de su bufete y cruzaba la calle. Tomó asiento delante de ella y se sacudió unas pelusas de la solapa.

—Nix te ha dejado su casa.

—¿Cómo?

Jasper sacó del bolsillo un pañuelo con sus iniciales y se secó el sudor de la frente.

—Redactó sus últimas voluntades la mañana antes… antes del suceso.

—¿Por qué? —quiso saber ella, una pregunta que él no podía responder.

El abogado colocó un montón de papeles y un juego de llaves encima del escritorio.

—Tardará un poco en tramitarse, pero te lo dejo por si quieres cuidar del lugar. Sé que tiene caballos.

—¿Qué demonios se supone que voy a hacer yo con un caballo? —preguntó.

Jasper echó una ojeada a su reflejo en la vitrina que había detrás de Saint; el pelo canoso le daba un aire distinguido, a pesar de que se dedicaba a perseguir ambulancias.

—No creo que tuviera a nadie más.

Saint volvió sola andando a casa y encontró a una forense llamada Stevie Harris esperándola en el patio, con su furgoneta aparcada al

otro lado del camino. Saint casi ni se acordaba ya de los huesos que habían encontrado en el patio.

Bajaron hasta el claro, donde la obra se había demorado unos días.

—¿Vais a construir? —le preguntó Stevie.

—Un estudio.

Stevie llevaba allí una hora, había excavado un poco, pero paró en cuanto se hizo su composición de lugar. No llamó a ningún equipo; era un trabajo de escasa importancia.

—Los huesos… son caninos —dijo Stevie. Tenía el pelo largo pero recogido, unos ojos oscuros y cansados—. Llevan ahí mucho tiempo.

Saint le dio las gracias y, mientras la acompañaba a la furgoneta, Stevie sacó algo de una bolsa transparente y se lo dio.

—La encontré con el esqueleto. Tírala, si quieres.

Saint miró la sencilla chapa dorada de un perro, cubierta de mugre, prendida entre un par de tiras de cuero. Dentro empezó a sonar el teléfono y llegó justo a tiempo para coger la llamada.

229

Himes hablaba con la boca llena.

—Interrogamos al operario que cortó la luz, pero no hemos llegado a ninguna parte. El tipo es un veterano y lo cuenta como si fuese un fallo de verdad, que ocurre fácilmente.

—¿Nombre?

—Owen Williams.

Saint se pellizcó el puente de la nariz.

—Déjame adivinar; ¿hija llamada Lucy?

Oyó el susurro del papel, pero no necesitó esperar la respuesta.

Saint atendió otra llamada, esta vez del correccional James Connor, y le dio las gracias al alcaide Thompson por ponerse en contacto con ella.

Charlaron de todo un poco, y Thompson no logró ocultar su regocijo al preguntarle por el alcaide Riley.

—Sólo quería saber si Joseph Macauley hizo amistad con alguien durante el tiempo que estuvo en su centro. Sé que fue hace mucho tiempo, pero...

—Sólo con un guardia. —La voz de Thompson era sonora y cálida—. Cuidaba del chico. Nadie más, que yo recuerde. ¿Crees que tiró de un contacto para la fuga?

—No. Simplemente estoy comprobando los detalles. Ese guardia, ¿cómo se llamaba?

—Darnell Richardson.

A Saint ese nombre no le sonaba de nada, así que le dio las gracias al alcaide y archivó el asunto. Luego subió al desván, donde hacía tanto calor que empezó a sudar, y cuando encontró la caja tenía ya las axilas pegajosas. Sopló el polvo de la tapa, se la cargó al hombro para bajar la empinada escalera y, por primera vez en doce años, abrió el expediente del secuestro de Macauley.

Pensó que quizá algo le llamara la atención, indicándole adónde se dirigía Patch en este momento, dónde había estado. Puso la cinta por el bafle y casi sonrió al oír la voz de su amigo.

Con Grace y todos sus recuerdos como telón de fondo, Saint iba pasando las páginas de aquel primer caso, mientras pegaba notas en la pizarra del despacho y revisaba cada fotografía y cada interrogatorio transcrito. Análisis del suelo de la granja de Tooms. Informes de las huellas dactilares y de los materiales. Trabajó hasta bien entrada la tarde, aprovechando que Charlotte estaba con su abuela, y sólo hacía una pausa para sentarse en el porche cuando se le atascaban las ideas. Encontró el viejo mapa con el que había seguido los movimientos de Patch: los lugares donde atracaba un banco, donde se reunía con las familias, donde pintaba las escenas que Grace le había pintado.

Anochecía cuando llegó a Tooms. Se sentó en el viejo sillón de cuero, aspiró el aroma a puro y, por un momento, le costó creer que nunca más volvería a hablar con su abuela.

—*Ya os lo he dicho. Estaba buscando al perro*. —La voz de Marty Tooms llenó la habitación.

Saint cerró los ojos y lo vio claramente. Ni cuando lo arrestaron había vacilado, en ningún momento se desvió de su versión de la

verdad.

—No sé la raza, quizá sea un cruce, porque tenía las patas muy largas y las orejas le colgaban casi hasta los ojos. Le compré un collar por si acaso... Sé que a veces se los llevan. Scout, *lo llamaba. También le compré una medalla. Me preocupaba que terminara en alguna perrera. No hay derecho de que los maten como los matan...*

—Ah, entonces ¿crees en el derecho a la vida? —dijo Nix.

A Saint le extrañó la pregunta. Tooms hizo una larga pausa.

—¿No crees en jugar a ser Dios? —insistió Nix, sin alterar la voz.

—Soy médico. Mi trabajo es jugar a ser Dios. Me paso todas las horas del día velando por hacerlo mejor.

—Para salvar vidas, pero no para quitarlas.

—Aunque dicen que es humanitario, a mí me parece un asesinato, por mucho que quieran hacerlo pasar por otra cosa.

Le había parecido un cuento, su excusa para explicar por qué estaba en el bosque aquella mañana.

Nix habló de nuevo, implacable, y fue como escuchar a un fantasma.

—Así que aparecía de vez en cuando, ¿y le dabas de comer? Y luego dejó de aparecer, y lo buscaste, aunque no era tuyo. Un chucho.

—A ti no te gustan los perros.

—Me gustaban. Antes.

Una tos.

—No sé qué más decir. Apareció en mis tierras, a veces venía de los árboles de atrás. Estaba en los huesos y quise... supongo que llevo en la sangre ayudar al débil.

Subió tanto el volumen que el silencio crujía. Y después rebobinó, volvió a poner la cinta y llevó el mapa de Monta Clare. Repasó por dónde pasaban las lindes de las tierras mientras Tooms contaba que el perro aparecía por los árboles.

Trazó la línea y llegó al terreno de su abuela, a los arbustos demasiado tupidos para pasar.

Demasiado tupidos para que pasara una persona.

Saint se levantó y sacó la chapa dorada de la basura. Dejó correr el agua caliente del grifo para quitarle la tierra y luego la restregó con

un cepillo de alambre, sacándole lustre poco a poco.

Se quedó mirando las tenues letras que lucían orgullosas y deslizó un dedo por las muescas.

SCOUT

230

Un día en Union bajo un sol feroz.

Patch había caminado desde el amanecer, haciendo un alto sólo para contemplar el lago, o más bien uno de sus brazos pantanosos. Las ramas empapadas de los sauces que burlaban el agua, con las raíces hundidas bajo peines de algas. Vio los atolladeros, las arenas movedizas y los cipreses a lo lejos. Aspiró hondo para llevárselo todo en el recuerdo. Viajó en tres autobuses distintos, agachando la cabeza, pero nadie se fijaba en él ni mostraba demasiado interés. Cuando se cruzaban con un coche de la policía, respiraba con calma, demasiado cansado para preocuparse, demasiado cerca para dar marcha atrás.

En las calles de la ciudad llevaba la gorra bien calada, pero se movía con naturalidad mientras ojeaba los escaparates, y luego se sentaba en la esquina de una cafetería a tomar un café. Se detuvo a la sombra del primer monumento a los muertos confederados anónimos y por un instante pensó en su padre. Tomaría una ruta poco común, subiría al autobús que saliera más pronto. El primero salía de Union a las ocho y media de la mañana. Iría hasta Evansville, donde pasaría algo más de cinco horas esperando al 1167, que lo trasladaría durante la noche a la otra punta del estado.

A las cuatro de la madrugada, cuando rompieran a cantar los primeros cardenales, llegaría a Alabama.

231

Esa tarde Saint se sentó en su despacho con el expediente Macauley.

La huida de Patch la había hecho descarrilar su pensamiento, su proceso mental. Y para colmo el asunto de Richie Montrose y Nix le supondría más trabajo del que había tenido desde que asumió el cargo.

El agente Michaels atendió una llamada en la parte de atrás, su novia le cantaba las cuarenta por las horas que eran. Aunque Saint le había dicho que se marchara a casa, Michaels se quedó allí sentado como si supiera que iba a hacer falta.

Saint repasó de nuevo lo que sabía y lo que necesitaba saber.

Nix había cogido su pistola y había conducido cincuenta minutos hasta Darby Falls, donde había entrado en casa de Richie Montrose y le había pegado un tiro en el pecho. Tooms podía haber dicho la verdad respecto al perro, pero Saint sabía que eso no significaba una mierda. Que quizá estaba buscándolo y Misty se cruzó en su camino. Con tantas variables, nada tenía sentido excepto el hecho puro y duro. Habían encontrado sangre de Callie Montrose en la granja de Marty Tooms.

Estaba a punto de salir cuando sonó el teléfono. Saint esperaba oír la voz de Himes, pero resultó ser Lucy Alston, del laboratorio.

—Tengo unas huellas para ti —le dijo Lucy.

—La carta —dijo Saint, pensando en Richie Montrose y en el sobre que encontró a su lado. *Te veré en el infierno*.

—Coinciden con las de Nix.

—Vale. —Saint cerró los ojos y se frotó las sienes al notar un inminente dolor de cabeza—. ¿Y ya está?

—En realidad un par más. Bastante claras en el papel.

Saint agarró con fuerza el auricular.

—Coinciden con Martin Tooms. Y con Joseph Macauley.

232

Saint abrió la puerta de la casa de Nix con la llave.

Apenas había pasado un día y sintió el vacío como un dolor alojado

en lo más hondo de su pecho. El resplandor anaranjado de la luz del rellano volvía el lugar un poco más sombrío, el aire un poco más vaporoso. Pasó rápidamente de una habitación a otra, pero no encontró gran cosa. Ninguna señal de vida al margen del trabajo de Nix, ningún indicio de la profundidad del hombre al que había admirado toda la vida.

Facturas de los suministros municipales y del seguro del vehículo. Detalles de una cuenta corriente con algo más de veinte mil dólares. En el armarito del cuarto de baño encontró Advil, colonia, espuma de afeitar y pasta de dientes. No había nada escondido en el fondo del armario, detrás de las camisas de vestir y los pantalones azul marino y el viejo uniforme.

Desde la ventana del dormitorio se quedó contemplando las tierras y la hendidura entre las colinas, como si las nubes pesaran demasiado. Y entonces recordó los últimos momentos de Nix: no había visto ningún miedo en los ojos de su antiguo jefe, sólo la aceptación de un final que ya esperaba. Pensó en la cara que había puesto al verla, en que salió a recibirla con pantalones de pinzas y camisa a pesar de que llegaba del establo.

Saint miró hacia el cobertizo.

Había tantas estrellas mientras recorría el sendero que la linterna sólo le sirvió de guía al acercarse al establo. Un vecino con bastante terreno se había llevado ya los caballos.

Respiró hondo antes de abrir la pesada puerta, y fue un alivio encontrar todo en orden dentro, porque habían tenido la bondad de retirar el heno teñido de rojo.

Saint tiró de un cordón para prender la tétrica luz de una bombilla desnuda; no vio nada que le llamara la atención, hasta que levantó la vista.

La escalera de mano era fuerte, y apoyó bien los pies para abrir la trampilla y asomarse a un espacio del desván entablado y aislado con esmero. Subió a pulso por el hueco. Había cajas apiladas y, en el centro, una mecedora.

Bajó con cuidado una caja, se sentó en la butaca y empezó a abrir los álbumes.

Cientos de fotos.

Nix a lo largo de los años.

Saint fue remontándose atrás en el tiempo, desde fechas recientes a las de su época de novato, en la que llevaba un bigote más fino.

Y después vio una imagen anterior.

Se dejó caer contra el respaldo, atónita.

Porque contaba el principio de una historia que duraría toda la vida. Sacó otra, una instantánea tomada junto al río Meramec, las sonrisas en toda su pureza, preciosas. Vio cenas de Acción de Gracias e inviernos blancos, veranos apacibles y excursiones a la montaña. A pesar de que la mayoría, se dio cuenta, estaban tomadas en las mismas hectáreas de tierra. Un santuario cuya importancia no había comprendido.

El comisario Nix le dijo una vez que amar y ser amado era más de a lo que se podía aspirar, más que suficiente para colmar a una persona aunque viviera mil veces.

Y entonces, en la estantería, como olvidada ahí para que la descubrieran por casualidad en un futuro lejano, vio una carta.

Y en el sobre leyó su nombre.

233

Saint despertó al ayudante Michaels, le dijo que cerrara el pico y escuchara con atención. Y luego le pidió que llamara a la oficina de Mark Cully, el juez del distrito. Que llamara a la oficina de John Lester, el fiscal general. Al Tribunal Supremo de Misuri. Que pusiera en pie a todo el puto estado.

Marty Tooms era inocente.

—Puedo hacer todo eso —contestó Michaels—. Pero en poco más de una hora van a ejecutar a Marty Tooms.

Saint corrió hacia el coche patrulla y puso las luces al entrar en la carretera. Llamó a la cárcel mientras conducía, la centralita estaba

saturada. El juez Cully era el único que tenía línea directa. Con una mano en el volante y la otra llamando a Proyecto Vida, pasó junto a una hilera de camiones haciendo chirriar los neumáticos. El teléfono sonó tanto rato que cortó cuando la llamó Michaels.

—Tooms no tiene abogado. Nadie para que pueda interceder.

—¿Has dado con Cully?

—Comunica. Los activistas.

—Joder, Michaels. Vete a buscar a Cully y agárralo por el pescuezo y haz que te escuche.

—Sí, jefa.

Sabía que podía contar con él, Michaels vivía para las órdenes directas.

Iba recortando kilómetros de oscuridad y de pronto las luces azules se cruzaron con una manada de ciervos; sus ojos negros centellearon al resplandor de la luna justo cuando Saint vio un único parpadeo en el tablero. El piloto de la gasolina se puso en rojo. Soltó una retahíla de palabrotas golpeando el salpicadero con la mano. Saint no levantó el pie del acelerador hasta que el coche se detuvo, y por poco se pone a chillar.

En un tramo frío de la carretera, se plantó en el centro para hacerle señas a un viejo jeep, levantó al conductor de su asiento y lo apuntó a la cara con la pistola cuando intentó resistirse. Dio la vuelta con el todoterreno, dejando al tipo en medio de la polvareda. Abrió las ventanillas al calor de la noche y se maldijo por haberse dejado olvidado el móvil en el coche patrulla. Sin radio, sin tiempo para parar en una cabina telefónica, sin forma de saber si alguno de sus mensajes había llegado a buen puerto.

Encendió la radio y sintonizó una emisora de noticias que debatía sobre la pena de muerte, cada vez la misma historia. El todoterreno temblaba cuando pasó de ciento sesenta, entonces puso las luces de emergencia y atajó por la carretera en sentido contrario, pasando junto a un anciano que sacó el puño por la ventanilla de un Dodge.

Cuando vio la señal, la curva y las luces, sintió que la descarga de adrenalina pegaba más fuerte. Habían llevado guardias de la categoría B de Fordham y habían bloqueado la entrada de la pista. Atravesó las

señales de CARRETERA CERRADA y tomó el camino de tierra a cien por hora; cada bache la hacía saltar en el asiento mientras agarraba con fuerza el volante. A menos de un kilómetro de las luces de la penitenciaría llegó a una barrera, las vallas hundidas en la tierra y enganchadas a un camión amarillo de plataforma baja vacío.

Saltó del jeep y echó a correr, y cuando por fin se topó con el caos tenía las zapatillas polvorientas. Las cámaras de la prensa enfocaban pancartas con lemas como LA VIDA HUMANA POR ENCIMA DE LA VENGANZA HUMANA o EL ASESINATO PREMEDITADO PROMUEVE LA SOCIEDAD DE LA VIOLENCIA. Pasó a toda prisa junto a grupos sentados pacíficamente en el suelo, corros de personas que rezaban de la mano con la guía de un pastor, y junto a él un hombre levantando una fina cruz blanca de madera. A la luz de las velas, los policías mantenían el orden en la noche más violenta.

Saint se abrió paso hasta la barrera, llamó a gritos a los guardias, que la echaron hacia atrás, sin prestar atención a su placa, como si estuviera dispuesta a buscarse problemas. Dijo cómo se llamaba y el rango que tenía a voz en grito, preguntó por Blackjack y el alcaide Riley. La ignoraron.

Saint sintió que la embargaba el pánico a medida que crecía el griterío. Se metió a empujones entre la multitud. Sólo cuando oyó las primeras notas y la multitud congregada cantó alabando su presencia cada hora que pasaba, se secó las lágrimas y vio en el reloj que el segundero hacía la última vuelta del día.

No temo a ningún enemigo.

Pensó en Nix y Tooms, y en Patch y Misty, y en el azar con que convergían la inocencia y la culpa. Pensó en dos décadas trazadas como un camino sinuoso. Y en su abuela, que aguardaba allí arriba para acompañar a otra alma hasta el último reino.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Dónde estás? ¿Por qué recae todo sobre nosotros?

Saint rezó en silencio.

Desenfundó el arma.

Apuntó al cielo y abrió fuego.

Se sentaron juntos.

Tooms no iba esposado. No quedaba ningún rastro de las horas previas, de lo cerca que había estado de perder la vida. Saint se maravilló de lo que una persona era capaz de soportar.

—¿Qué tal la última comida? —le preguntó.

Él se echó a reír, liberando tensión.

—Queso a la plancha. No hay una comida mejor en este mundo.

Ella captó la inflexión de su voz y sonrió.

El cielo nocturno se colaba por la minúscula ventana cuando por fin Tooms se recostó en la silla y empezó a hablar.

—Aún recuerdo el olor de aquella mañana. El verano... tiene una atmósfera propia en Monta Clare, ¿verdad? Antes de que empiece el calor del día. Nix tenía un perro, de niño. Supongo que si te gustan los perros, piensas que son de la familia. La cara que puso cuando ese chucho apareció...

Ella dejó que hablara; el agotamiento del día anterior le ardía en los ojos, en la piel y en los huesos.

—Yo simplemente estaba buscando a *Scout*.

Saint sonrió.

—Lo he encontrado. Molestó a la colmena que teníamos en el patio. Las abejas matan para proteger a su reina, incluso si eso implica sacrificar su propia vida.

Blackjack llamó a la puerta y dejó dos cafés en el suelo, pero a Saint le dio tiempo de fijarse en el nombre de su placa.

Darnell Richardson.

Se quedó mirando un instante al hombretón, la sonrisa y la amabilidad en sus ojos. Suspiró cuando los dejó a solas de nuevo, sin saber ya de qué cara había caído la moneda.

Tooms aspiró el aroma de la taza humeante.

—Sé lo que hiciste por esas chicas —dijo Saint; sin embargo, él guardó silencio, manteniendo un juramento que moriría por proteger. Volvió a sonreír, aunque estaba completamente rota—. Les diste una oportunidad cuando nadie más se la daba. Puede que les salvaras la

vida.

—No a todas.

Lo imaginó visitando los institutos, merodeando fuera por si lo buscaban. Se quedaba allí para que supieran que no estaban solas. Pensó en las chicas, algunas ni siquiera mayores que ella entonces, que acudían a la granja y las llevaba a aquel cuarto donde quitaba una vida para salvar otra. Sin preguntas. Sin culpar a nadie. Chicas de pueblos religiosos, de familias implacables. Ricas. Pobres. Él les devolvía la vida. Y entonces alguien se enteró.

—Háblame de Eli Aaron —le dijo.

—Eli Aaron era un hombre malo. Me di cuenta el día que vino a la escuela a fotografiar a los críos. Oí cómo hablaba, con Misty Meyer, con las otras chicas. Así que fui a su casa para decírselo, para que supiera que alguien lo estaba vigilando.

—Y él…

—Me hizo saber que alguien me vigilaba a mí.

—Por eso encontramos muestras capilares tuyas en la casa de Aaron.

Asintió.

Saint no pudo contener un escalofrío.

—Así es como las elegía. Estaba haciendo la obra de Dios. Elegía pecadoras arrepentidas. Las chicas embarazadas que acudían a ti para abortar.

Tooms guardó silencio.

—Podrías haberlas avisado —dijo Saint.

—Pensé que él iba sólo detrás de su dinero, prometiendo convertirlas en modelos. Cuando me dijo que sabía lo que yo estaba haciendo, me preocupé. Temí que se lo contara a los padres o algo así. Y traté de avisarlas, pero es que ni siquiera apuntaba sus nombres. Por precaución.

Saint cerró los ojos.

—Así que empezaste a esperarlas delante de los institutos. Intentabas advertirles que fuesen con cuidado.

—Debería haber hecho más para protegerlas.

Saint puso una mano en la suya.

—Hiciste mucho. Hiciste todo.

No había ningún orgullo, ningún sentido de haber obrado bien. Tooms constataba un hecho porque no era nada más que eso.

—Confesaste que habías matado a Grace —dijo Saint.

Él se enderezó un poco.

—Traté a la madre de Joseph durante más de una década. Vi cómo empeoraba. Era mi deber informar a los Servicios Sociales.

—Pero no lo hiciste.

Negó con la cabeza.

—Le fallé completamente a ese chico.

—Mentiste al decir que la habías asesinado.

Asintió.

—El muchacho ya había perdido bastante en la vida. Y sabía que pasaría el resto de sus días buscando. Nix me dijo que la chica no existía. Que era fruto de la imaginación de Joseph.

—Me escribiste... Quisiste contármelo porque sabías que Nix no lo iba a aceptar.

—Le di a Joseph una salida. Iban a condenarme a muerte de todos modos. El dolor es parte de la vida. La incertidumbre es lo que realmente nos hunde.

Saint pensó en Patch.

—Cuando vi a Joseph aquí me pasé la noche llorando porque supe que había fracasado. Supe que había tomado la decisión equivocada. Al oírlo hablar, ofreciendo la compasión y la esperanza que a él mismo se le negaba. No me sentía digno de mirarlo a los ojos. Y entonces escapó. Y durante las horas que pasé con el capellán esperando a que me ejecutaran, mi última oración fue para pedir que nunca volviera.

235

Saint respiró hondo porque sabía lo que vendría, pero no estaba preparada para afrontarlo.

—Háblame de Callie Montrose.

Marty Tooms se echó a llorar. No se detuvo a respirar ni a dar explicaciones. Simplemente lloró con un desconsuelo difícil de presenciar, desentrañando una historia que se había guardado dentro durante tanto tiempo.

Cuando se calmó, bebió un poco.

—La hemorragia. Siempre es un riesgo, pero… es que no pude detener el sangrado.

Saint se dio cuenta de que también estaba llorando.

—No sabía que él volvería contigo, y que me lo vería en la cara, porque yo nunca pude mentirle… —Rompió a llorar de nuevo. Un sonido desgarrador.

—¿A quién? —preguntó Saint, aunque lo sabía. Pensó en las fotografías. Sabía lo que era el amor, sabía que se plasmaba en los gestos más pequeños, en las atenciones que apenas se perciben. Y sabía que era la causa de los actos más grandes y los más oscuros, de los mayores sacrificios y del dolor en toda su crudeza. Y cuando Tooms pronunció su nombre, lo oyó en su voz.

—A Nix.

—Aquella primera noche que fui a tu casa… —empezó Saint.

—Fue la noche que Callie murió. Llevaste a Nix a mi casa y se dio cuenta de lo que había hecho. Le pedí que diera parte, pero no quiso.

—Así que lo hizo desaparecer —dijo Saint.

Tooms asintió, como si ya no tuviera fuerzas para hablar.

—Lo conociste en la escuela —dijo Saint, y por un momento encontró una sonrisa.

—Lo quise desde que hablamos por primera vez. Claro que en aquellos tiempos era distinto, con la iglesia y todo lo demás. Te juzgaban.

—Tal vez no era tan distinto a ahora —comentó ella.

—Nunca nos ocultamos. Simplemente no lo íbamos anunciando. Teníamos la granja, donde nos aislábamos del mundo, y nos bastaba con…

—Vivir —dijo Saint.

Tooms sonrió.

—Amar.

Saint se tomó un momento.

—¿Nix no sabía lo que hacías? ¿Que ayudabas a esas chicas embarazadas?

—Nunca quise decírselo. Le habría puesto en una situación imposible. Yo sólo veía lo que estaba pasando. Demonios, lo que todavía está pasando.

Saint le dio la mano, y por un momento se quedó perplejo. Tal vez porque hacía mucho tiempo que no sentía ese calor, o porque no creía merecerlo. Pero cuando Saint lo miró no vio más que corazón.

—¿Nix no quería que contaras la verdad?

—Ah, desde luego. Venía a visitarme cada semana. Me amenazó mil veces con sus bravatas y estuvo a punto de romper. Me pidió que le contara al juez que estaba ayudando a las chicas. Y que la sangre era por eso.

—Pero no quisiste.

Tooms se secó los ojos.

—No quise traicionar a Callie. Merecía que la siguiera protegiendo igual que en vida. No quise traicionar a Nix. Y sé cómo suena.

—Noble, doctor Tooms. Suena noble, nada más.

—Callie estaba embarazada. Ya lo sabes. Pero cuando estaba tumbada, cuando empezó a sangrar, cuando empezó a desvanecerse, me dijo quién era el padre.

Saint respiró hondo y pensó en Nix y Richie Montrose. Y pensó en Patch y Eli Aaron. Pensó en las mejores personas que conocía y en las peores, en cómo chocaban a menudo.

—No podía contárselo a nadie sin traicionar a Callie —dijo Tooms.

—Entonces ¿cómo es que Nix…?

—Siempre sospechó que algo iba mal. Callie fue a verlo poco antes de desaparecer. Cogió cuatro autobuses sólo para dar con un policía que no tuviera relaciones con su padre.

—Nix la envió de vuelta a casa —dijo Saint.

—La chica estaba un poco desnortada, y por eso pensó que era

mejor que su padre se hiciera cargo.

—El padre que la violaba —dijo Saint sintiendo un vacío.

—Por eso le escribí a Richie. Quería que supiera que alguien lo sabía. Que no viviría el resto de sus días en paz. Le escribí a Richie y le di la carta a Patch. Pensé que tal vez se la daría a Sammy para que la enviara por correo.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Saint, aunque ya lo sabía.

—Algo que había que decir. Algo que no podía mandar desde aquí porque lo habrían entendido como una amenaza cuando revisaran mi correspondencia.

Tomó aire, se calmó un poco.

—Y Callie Montrose, ¿dónde está? —preguntó Saint.

—Nunca intenté averiguarlo. Sólo le dije a Nix que merecía descansar en un lugar hermoso. Un lugar donde no volvieran a molestarla ni acosarla.

Saint se desinfló.

Abrazó a Tooms largo rato y, mientras se marchaba, se preguntó por el valor de la confianza, y por el precio que se pagaba por ofrecerla, y por traicionarla.

236

Pasando junto a plantaciones de estilo neogriego y míseras granjas en medio de la nada, pegó la cara al vidrio de la ventanilla y observó la confluencia iluminada por la luna mientras la ciudad dormida se alzaba como una estela de prosperidad. La meseta de Cumberland se perdía a lo lejos en lomas boscosas sobre una tierra marcada por las fracturas de la historia.

Patch hizo la llamada desde una cabina telefónica.

—Lo siento —dijo al oír la voz de su hija.

—No deberías llamar —dijo Charlotte, casi en un susurro, aunque él sabía que Saint estaría en la comisaría—. ¿Por qué huiste?

—Creo que la he encontrado.

—Existe —susurró ella.

—Hay un pueblo llamado Grace Falls. Es igual que el del cuadro, Charlotte.

—La policía te está buscando. Sale en las noticias. Saint dijo que te…

—Fui a verte. Fui a decirte que…

Al otro lado oyó que se abría la puerta de la calle.

Oyó que Saint llamaba a la chica.

Oyó que ésta colgaba el teléfono.

237

El teléfono sonó cuando Saint estaba a punto de meterse en la cama y dar el largo día por terminado.

Se había refrescado la cara en el lavabo. Blackjack vigilaría a Tooms mientras lo llevaban de nuevo a su celda. A su debido tiempo habría que contestar todas las preguntas, y entretanto Saint llamó a Jasper y le pidió que fuera a la cárcel, donde Tooms lo contrataría para que lo representara. Aunque Jasper protestó por las horas que eran, cuando le desveló el motivo se aplacó, salivando al pensar en la atención que iba a atraer. Saint no sabía lo que depararía el futuro, pero sí sabía que Marty Tooms sería puesto en libertad en los próximos días; fuera cual fuese su crimen, había cumplido con la condena. Había pagado con creces.

Saint escuchó en silencio a Himes.

Demasiado cansada para enfadarse, porque en el fondo sabía que era un acierto que le hubieran pinchado la línea telefónica.

Fue a echarle una ojeada a Charlotte y vio que estaba durmiendo.

La chica no perdonaría la traición.

Aunque Saint llevara a su padre sano y salvo.

238

Después Patch ya no pudo dormir, sintió cada momento en aquel autobús como toda una vida de espera, con el estómago vacío.

En el puente de Rowan, una mujer se acercó para ir al baño y se quedó mirándolo con tanta insistencia que pensó en bajarse en Birmingham, pero mantuvo la calma y siguió a solas una hora más; la noche era aún tan cálida que el conductor mantenía la ventanilla abierta.

Una hora antes del amanecer, Patch levantó el macuto del asiento y salió al aire de Alabama. Varios coches pasaron despacio hasta remontar la cuesta y caer en la penumbra. La luna llena brillaba aun cuando el sol empezó a salir por el horizonte.

En la ciudad ribereña de Montgomery se erguía la cúpula blanca del capitolio estatal.

Las calles se llenaron de los sonidos de los trabajadores matutinos yendo de un lado para el otro mientras Patch se alejaba de la ciudad en el último autobús, con la cabeza recostada en el respaldo hasta que se bajó, consultó su mapa y respiró hondo antes de echar a andar los últimos kilómetros.

Al llegar al cartel, levantó la mano y tocó las letras.

GRACE FALLS

239

Patch pasó junto a casas unifamiliares y avenidas sinuosas, llegó a Main Street y se detuvo en seco porque ya conocía aquel lugar. Le parecía tan increíble que estuvo a punto de alargar la mano para comprobar que era real. Todas las casas y edificios parecían sacados del cuadro que pintara Patch. Y aún oía la voz de Grace como si acabara de escucharla momentos antes.

Te contaré lo que yo echo de menos. Echo de menos cuando la luna se desliza bajo el agua y todo se vuelve azul. Echo de menos las cuatro caras del tiempo. Echo de menos los caminos de baldosas amarillas y los hombres de hojalata. Echo de menos el otoño.

Unos toldos verdes colgaban sobre arcos blancos descoloridos, el ladrillo se extendía como una majestuosa alfombra en el medio de la acera. Se acercó al reloj y miró la hora en la esfera dorada como si el tiempo llevara veinticinco años congelado. Arces plateados enmarcaban el horizonte.

En la cafetería de la Luna Bajo el Agua se sentó aturdido en un reservado rojo y pidió un café a una chica demasiado joven para parecer tan cansada. Observó el despertar de un pueblo que creía conocer bien, procurando ignorar los retortijones que sentía mientras veía pasar a la gente de camino a la panadería y la tienda de ultramarinos.

—¿Te has perdido o algo?

Se volvió hacia la chica. Llevaba un delantal, y el pelo le caía en ondas castañas. La mirada era seria, pero sus labios esbozaban una sonrisa curiosa.

—¿Quieres que te ponga más café?

—No. Gracias. No me he perdido. No creo que me haya perdido.

Patch se quedó allí sentado una hora, hasta que el sol caldeó la calle y en la fuente del fondo empezó a derramar el agua sobre el estanque de piedra que la rodeaba. Era un pueblo precioso, no muy diferente de Monta Clare. Se examinó las cicatrices que le atravesaban los nudillos. Vio que una mujer con un cochecito se agachaba para hacerle carantoñas a un bebé. Destellos de vidas corrientes que parpadeaban como luciérnagas, tan luminosas que le hubiera gustado alcanzarlas y retenerlas un poco más.

—Dices que no te has perdido, pero tienes esa mirada, como si tal vez estuvieras desorientado pero fueras demasiado terco para pedir ayuda. Mi padre era así. Una vez condujo más de ciento cincuenta kilómetros en la dirección equivocada porque era demasiado orgulloso para hacerle señas a alguien y preguntar.

Patch sonrió.

—¿Crees que es cosa de hombres? —dijo la chica.

Él asintió.

—Podría ser.

En la chapa que llevaba en el pecho se leía KATIE. Se sentó al otro

lado de la mesa, se inclinó hacia delante y se frotó las pantorrillas.

—Nueve horas de pie.

—Debe de ser duro.

Agitó la mano.

—Duro es no poder pagar las facturas. Y por aquí hay mucha gente rica, así que las propinas son decentes. Menos cuando vienen los polis, que tratan esto como si fuera su casa. Una vez uno incluso me tocó el culo, como si la placa le diera autoridad para eso.

—La verdad es que estoy buscando un sitio, pero no sé si voy bien encaminado.

La chica sonrió.

—Dime, ¿cuánto tiempo llevas perdido?

—No recuerdo ningún momento en que no lo haya estado.

En la pared de la esquina había un pequeño televisor. Patch pensó que la chica quizá había visto su cara en las noticias días atrás.

—¿Quieres decirme qué estás buscando? —le preguntó ella enarcando una ceja.

—Una casa.

Katie levantó la otra ceja.

—Es… era blanca.

—Estás buscando una casa blanca en el sur de Estados Unidos. —Sonrió.

—Hay un largo sendero que llega hasta allí, con altos árboles a ambos lados. Árboles que se elevan como si enlazaran los brazos para proteger a la gente que camina debajo.

La chica dejó de sonreír y escuchó.

—Y una hierba tan verde que parece que la hubieran pintado. Y en los parterres al pie de los ventanales, las flores de sangre resplandecen como una hoguera.

Ella dejó de frotarse las pantorrillas y le hizo un gesto para que continuara.

—Hay postigos en las ventanas, y un balcón que rodea todo el edificio. Hay una escalera de caracol que sube desde el patio hasta el dormitorio, y en invierno la puedes ver porque los árboles lánguidos pierden la hoja hasta que la casa aparece como un copo de nieve en

un día de verano.

Lo miró fijamente.

Patch tragó saliva, temiendo preguntar lo que ahora veía en sus ojos.

—¿Conoces la casa?

Katie, indecisa, volvió a sonreír.

—Sí. Conozco la casa.

240

Veinticuatro horas después de salvarle la vida a Marty Tooms, Saint aterrizaba en el aeropuerto internacional de Birmingham-Shuttlesworth.

Atravesó el aeropuerto a toda prisa, adelantando a viajeros agotados que acarreaban maletas, encontró el mostrador de los coches de alquiler y fue a buscar su Taurus.

Saint abrió la ventanilla para respirar el aire de Alabama, encontró la ruta y pisó el acelerador.

241

La Casa Blanqueada estaba a poco más de un kilómetro del pueblo.

El guillomo se derramaba sobre un largo trecho de la cerca serpenteante que iba junto a los senderos del bosque y las enredaderas. Un río se abría paso y Patch al acercarse vio los reflejos plateados y dorados de las mojarras.

Caminaba despacio, como si supiera que era la última estación de una línea de ferrocarril que había caído en el olvido tiempo atrás.

Y a medida que se acercaba a la reja ornamentada, se despojaba a cada paso de un año de su vida, hasta que no tuvo más que trece.

Encontró las puertas oxidadas lo bastante abiertas para poder pasar.

Y tal como ella había dicho, los árboles se curvaban en lo alto, enlazando los brazos en ademán de oración mientras él se fijaba en la hierba demasiado verde. Así que cuando apareció la casa, tal como se la había pintado, supo que había encontrado a Grace.

Era un espejo del Manicomio, sólo que ésta había cedido a los elementos tiempo atrás. Había señales de una reforma que podría llevar toda una vida: los marcos de madera de las ventanas estaban podridos, el estuco roto y el sendero agrietado y desigual.

Dio los últimos pasos como en un sueño, demasiado cansado para sonreír, para hacer otra cosa que descansar la cabeza en la madera maciza. Sendos pilares blancos descascarillados se alzaban a ambos lados. El arco de la entrada tenía vidrios teñidos de gris medianoche.

Levantó la mano, llamó a la puerta y dio un paso atrás.

242

A más de mil kilómetros de allí, Tom White llegaba a su tercer día en la celda de aislamiento: encerrado desde hacía noventa horas, el cuerpo del chico no estaba acostumbrado a semejante padecimiento. El jergón era fino como el papel en un catre de acero. El mal olor le ardía en la garganta; el goteo constante de un agua marrón por la tubería oxidada que atravesaba la pared de arriba resonaba cada vez más fuerte, hasta que se tapó los oídos con los dedos. Le dolía la tripa de hambre. Hasta entonces se había creído fuerte. Duro de pelar, como en el instituto, donde seguía haciendo flexiones cuando los demás ya no daban más de sí. Duro como cuando su padre adoptivo se metió con él. En ese momento supo que prefería que le propinaran una paliza a plantar cara a la orden expresa dada por el alcaide Riley de dejarlo allí hasta que aprendiera que ya no era dueño de su voluntad.

Lloró de vergüenza.

Luego se puso de pie, pegó la cara a los barrotes y gritó hasta que el guardia acudió a ver qué pasaba.

—Necesito ver al alcaide —dijo el chico.

El guardia lo miró impasible, esperando.

—Sé dónde está el pirata.

243

Patch esperó cinco minutos, llamó a la puerta una docena de veces y luego se asomó a una ventana deteriorada por los elementos, con algas adheridas al antepecho.

Dentro vio los suelos desnudos, un gran recibidor donde había flores silvestres en botellas de leche vacías, el único indicio de calidez en una estancia donde los postigos de madera se apoyaban contra unas ventanas altas tan finas que Patch sólo pudo pensar en el frío que haría allí en invierno.

Fue a otra ventana y vio papel pintado que se amontonaba junto al zócalo, abandonado allí para que amarilleara con el sol. Avanzó por los parterres hundidos donde no crecían flores ni malas hierbas, y acercando las manos al vidrio atisbó más habitaciones vacías y en mal estado, una con un par de latas de pintura al pie de una escalera de madera.

Por el lateral de la casa llegó a unas jardineras de piedra con flores silvestres moradas y a una fuentecita de agua que se había secado hacía tiempo.

Habían cortado la hierba, pero el tamaño de la finca era impresionante, y a lo lejos Patch vio dos graneros, y más allá unas colinas que trazaban un amplio arco alrededor del terreno.

Probó la puerta trasera, pero la encontró cerrada, y a través de un vidrio rajado vio una encimera de cocina llena de tarros y botes de mermeladas y conservas caseras. Vio una cocina de leña. Vio señales de vida.

Estaba a punto de rodear la casa cuando oyó el débil restallido de un trueno.

Patch levantó la mirada justo cuando se cernía la tormenta sobre él.

244

Saint aminoró la marcha al entrar en la ciudad de Grace Falls y observó a unos niños que se movían a sus anchas por una amplia calle en la que los árboles sobresalían cada cincuenta metros. Se detuvo y consultó el mapa. Las grandes casas ocupaban amplias parcelas, donde las camelias resaltaban sobre los tablones blancos.

Pasó un dedo sobre la ruta mientras atendía la llamada y oía la voz de Himes.

—¿Estás ahí?

—Aquí estoy —respondió Saint.

—Saqué imágenes de satélite de la ciudad. Sé dónde está la casa.

Saint agarró el teléfono con fuerza mientras Himes le daba la dirección. Vio a una madre que paseaba con sus hijos, y llevaba al más pequeño cogido con riendas. A lo lejos acechaban nubes de tormenta.

—He oído que la Patrulla Estatal de Alabama está colaborando con la comisaría local —dijo Himes.

—Lo matarán a tiros.

—Pues encuéntralo primero.

245

Con el primer relámpago Patch corrió hacia el granero que vio más cerca, en la loma del trigal al lado de la casa.

El portón se abría a un armazón de seis montantes, con los vanos de en medio vacíos.

Una escalera al fondo conducía a un pajar que no podía ver.

Empezó a arreciar la lluvia con tanta fuerza que cerró la puerta.

Se quedó completamente a oscuras.

De pronto sintió que se le echaba encima el miedo, la esperanza, el puro agotamiento de los últimos días.

Se sentó sobre unos listones de madera, olió el heno y cerró los ojos.

Mientras el aguacero resonaba al caer sobre el viejo tejado con más fuerza todavía, Patch se preguntó qué había encontrado; estaba seguro de que era la casa de Grace, pero no podía saber si ella había vivido allí desde entonces, si habían vendido la propiedad o simplemente dejaron que se viniera abajo.

No quedaba ningún lugar donde buscar, ninguna avenida que no hubiera recorrido ya, ningún rincón de la memoria por tamizar.

Patch se echó hacia atrás y tragó saliva, y durante un momento de amargura sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas intentando no pensar en los estragos que había causado, en las vidas afectadas por la búsqueda de una chica a la que entregó sus mejores años. De niño a hombre. De Monta Clare a atracar bancos, de las exposiciones de arte a la cárcel. Había perdido una hija, una amiga, un amor y una madre. Había perdido más de lo que se podía contar.

Y cuando sintió el roce de una mano, supo que era fruto de su imaginación, que no podía ser real. Que tal vez nunca lo había sido.

Se le cortó la respiración cuando la mano subió por su pecho hasta el hueco de la garganta.

Los dedos se deslizaron entre sus lágrimas mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

Intentó quitársela de la cabeza, volver a encontrarse a sí mismo, pero entonces oyó una voz susurrante que reconoció en el acto, de un recuerdo que jamás olvidaría.

—Alguien me dijo una vez que se podía oír una sonrisa.

Y cuando él habló volvió a tener trece años, y la oportunidad de hacerlo todo de nuevo.

—Mentira.

A ella se le quebró la voz.

—Di algo y te diré si sonríes.

—Aunque esté oscuro, siempre te encontraré. Aunque seas más fuerte que yo, siempre me aseguraré de que estés a salvo. Para mí, siempre serás lo primero.

—Estás sonriendo.

—Porque es la verdad.

Recostó la cabeza contra la suya.

—Grace —dijo él.

—Sí.

246

Los patrulleros de Alabama peinaron Grace Falls, pasando de puerta en puerta, mostrando fotografías y registrando garajes. Cortaron las dos carreteras que entraban y salían del pueblo mientras esperaban a la policía del condado de Dallas. Se desplegaron agentes de la oficina del FBI en Birmingham. Llovía a cántaros, así que se abrocharon las cremalleras de los chalecos antibalas y se calaron las gorras mientras chapoteaban por el barro con las botas.

Cuando llegaron a Main Street, se dividieron en cuatro equipos y trataron de mantener la calma mientras los alborotados vecinos iban a sus casas a buscar escopetas y agazaparse hasta que amainaran las dos tormentas.

Dentro de la cafetería de la Luna Bajo el Agua encontraron a la camarera, Katie Mitcham, sentada en la parte de atrás, despidiendo el turno de noche con un café, un cigarrillo y una falta de seriedad que cabreó sobremanera al patrullero Sadler cuando la acorraló bajo un toldo combado por la lluvia.

—Buscamos a este hombre —dijo Sadler, y Katie le quitó la fotografía y la estudió con sagacidad.

—Qué guapo.

—Es un asesino.

Se recreó un poco más mirándolo mientras el policía esperaba, y al final negó con la cabeza.

—No lo he visto por aquí.

247

Patch no podía respirar.

Durante un largo rato la estrechó entre sus brazos mientras ella se aferraba a él como si fuera el salvavidas que le faltaba. Él apretó los labios contra la raya de su pelo aspirando el olor que exhalaba.

Le pasó las manos por los brazos y subió por la espalda hasta su nuca. Trazó ligeramente los contornos de su cara y ya no le cupo ninguna duda, porque era una cara que había pintado cien veces y soñado mil más.

El alivio no llegó. La ansiaba tanto que le dolía en los huesos, el corazón y la cabeza, y estrujó la tela de su vestido entre los dedos, con las manos temblorosas, el cuerpo tembloroso.

Y mientras los relámpagos se colaban por las ranuras en la cúspide del tejado a dos aguas, la vio iluminada.

La delicada curva de sus labios, el verde intenso de sus ojos. Miró su piel, sus piernas, sus pies y sus manos. Tenía el pelo de un rojo vivo, el vestido ceñido a la cintura. Un espejo de la *Grace número uno*, tan idéntico que costaba creer que fuera real.

—Te encontré —dijo.

—Te esperaba —dijo ella.

248

Saint condujo fuera del pueblo a la sombra de la tormenta y de los policías de la zona, con una flota de coches patrulla que crecía a medida que se corría la voz. La lluvia aporreaba el parabrisas, tan fuerte que por un momento se detuvo en medio de la tranquila carretera y esperó a que pasara, buscando un respiro, buscando la calma por lejana que fuera.

La encontró cuando vio aparecer la casa.

La misma casa que había contemplado en la pared encima de su piano durante toda una vida.

Saint la observó como si fuera un espejismo, como si en cualquier momento fuera a desvanecerse y ella volviese a perseguir sombras.

Aparcó el coche junto a la verja, salió y subió a pie por el sendero, sin intentar siquiera protegerse de la lluvia, sin preocuparse por tener el pelo apelmazado y la ropa empapada.

Llamó a la puerta, siguió los pasos de Patch rodeando la casa y asomándose por las ventanas, buscó en vano señales de vida.

Alargó la mirada hacia las tierras anegadas bajo la nube de medianoche, sintiendo cada rugido atronador.

Sus ojos se posaron en los graneros.

Vio que uno de ellos conservaba la pintura rojiza, la madera más nueva.

Echó a andar por la hierba, no se inmutó cuando un relámpago iluminó el horizonte; el aire estaba cargado de electricidad cuando llegó al granero rojo y empujó suavemente la puerta.

249

Yacían uno junto al otro en la oscuridad, en un espejo del pasado.

—No puedes estar aquí —le susurró ella, y sus palabras tenían algo frenético—. Pero me alegro de que hayas venido.

La lluvia amainó y Patch pudo oír el sonido de la respiración de Grace.

—Llevo mucho tiempo buscándote.

—Me quedé aquí. Aquí mismo. Nací en esta casa, que parece majestuosa pero se está cayendo a pedazos, y no hay dinero para arreglarla y devolverle su antiguo esplendor. Sabía que si me marchaba no volvería a verte nunca más, así que le rogué que nos quedáramos.

Patch apretó su mano como si no fueran dos extraños, como si cada uno supiera dónde había estado el otro.

—Eres real —le dijo.

—Eras mis sueños y mis pesadillas —dijo ella—. He vivido este momento mil veces, pero era una egoísta, y ahora tienes que irte.

Patch negó con la cabeza, sintió que el fuego seguía ardiendo en su interior.

—¿Por qué?

Grace le estrujó la mano con desesperación.

—Porque no quiero que mi padre te encuentre.

250

Dentro estaba oscuro.

Saint primero notó el olor.

Una vaharada química tan brutal que se tapó la boca con la mano hasta que se le acostumbraron los ojos.

Distinguió formas, una silla y taquillas metálicas, un par de mesas de acero y un lavabo, y en las paredes papeles colgados que no alcanzaba a distinguir.

—Patch —llamó, en voz baja porque la tormenta se estaba extinguiendo, a pesar de los últimos fogonazos, los estertores de la muerte.

Vio bandejas de plástico, pinzas, papeles. Había frascos en un estante.

Fijador rápido.

Baño de paro con indicador.

Tetenal en polvo.

Saint llegó al fondo del granero, se detuvo delante de una falsa pared y entornó los ojos para distinguir las imágenes en la oscuridad.

Los truenos cesaron de forma tan repentina como habían empezado.

Y cuando el sol asomó a través de la lluvia y entró la luz por la puerta abierta, de pronto vio lo que estaba mirando.

La chica de la fotografía estaba aterrorizada.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Bizqueaba hacia la cámara, sin gafas.

Saint clavó la mirada en su yo adolescente mientras desenfundaba la pistola.

Una mano le tapó la boca.

Y ahogó su grito.

251

Arrastrándolo de la mano, ella empujó la pesada puerta con el cuerpo, delgado pero fuerte, y la luz la iluminó de lleno.

Grace.

La siguió a trompicones, retrocedió un poco sólo para poder verla mejor.

Ver que era real, que estaba justo allí, mientras la lluvia empapaba su vestido, su pelo y su piel de porcelana.

Intentó tirar de ella hacia el granero, pero ella tiró con la misma firmeza, lanzándole una mirada desquiciada mientras le clavaba las uñas en la piel.

Grace resbaló y cayó de rodillas, y se levantó penosamente bajo la lluvia torrencial.

Patch se soltó.

Ella se encaró con él, mirando de reojo mientras lo empujaba tan fuerte que él cayó hacia atrás.

—Ahora vete. Ya has visto que estoy aquí. Que estoy bien.

Patch se mantuvo firme, se limpió la lluvia de la cara, se echó el pelo hacia atrás y negó con la cabeza.

—No voy a dejarte otra vez.

Furiosa, volvió a empujarlo.

—Tienes que irte. No necesito que me salven.

Otro empujón.

—Aléjate de mí. Lárgate de aquí. No lo entiendes. —Lloraba, desesperada, presa del pánico, pero Patch no cedió y le agarró las manos cuando intentó empujarlo de nuevo, sollozando, y la atrajo contra su pecho—. Te matará, Patch. Me lo prometió. Me lo juró. Y nunca rompe una promesa.

—Cuéntame lo que pasó.

Grace cerró los ojos con fuerza, como si todo fuera un sueño, como si la presencia de Patch allí fuera sólo un sueño mientras hablaba. Le contó que había crecido en aquella preciosa casa, hasta que su madre cayó enferma y falleció. Sin más familia a la que recurrir, buscaron a su padre, que la llevó con él por todo el país, de un estado a otro, en una cruzada que ella no podía comprender.

—Eli Aaron es tu padre —dijo Patch, atónito.

Pasaron unos instantes mientras, lentamente, las piezas sueltas desde hacía más de dos décadas empezaron a encajar y dar forma a una imagen devastadora.

—Era demasiado joven para darme cuenta —murmuró.

—No es culpa tuya.

—Y cuando tomé conciencia, estaba demasiado asustada para...

—A mí no me mató —dijo Patch.

—Le supliqué —dijo llorando—. Tú no habías pecado. Llevabas una cruz. Según él hacía la obra de Dios. Pero por temor a que lo hubieras visto, que supieras dónde estaba la casa, te encerró en ese sótano. Y yo bajaba a hurtadillas cuando podía.

—Quiso llevarse a Misty.

—La vio en la portada del periódico. El día que Jane Roe ganó el juicio. Y no olvidó su cara.

Patch pensó en Misty con aquella pancarta en alto, sonriente, porque por una vez triunfaba la dignidad. Pensó en aquellos momentos en que Grace no estaba, en que los horrores que había conjurado en su imaginación ahora eran distintos, pero no menos espantosos.

Ella se apartó el pelo de los ojos.

—Durante trescientos siete días fuiste mío, Patch. Eras el vínculo que me unía a algo real, algo puro y real. Y yo podía ser una persona distinta. Eso es lo que tiene la oscuridad. Tú me mirabas y no veías las cosas que yo había visto. Podía enseñarte todo lo que aprendí en los libros, todo lo que vi cuando viajábamos. Podía guiarte adonde quería que fueras, para enmendar lo que yo no pude arreglar.

La agarró de la mano con fuerza, temiendo que se le volviera a

escapar.

—Y entonces llegó la chica. Y la vi en las cámaras.

Patch pensó en Saint. En la persona más valiente que había conocido.

—Y deseé que apretara el gatillo. Que acabara con todo. Pero entonces vi el humo. Y sentí el calor. Y tú estabas muy enfermo, pero conseguí sacarte y te dejé allí. Y mi padre me atrapó. Hay cien caminos para salir de aquellas tierras que la policía no encontró.

Lloraba desconsolada.

Patch se acercó para decirle que no pasaba nada, pero no era verdad. Ni mucho menos.

—Vi las linternas y llegó la policía, y supe que estarías bien, porque tenías a tu madre, a tus amigos, un colegio y una vida. Y podrías superarlo. Podrías olvidarme.

«No te olvidé —pensó—. No pude.»

—Después volvimos a Alabama.

—¿No acudiste a la policía?

Vio el terror en sus ojos, el miedo que una vez él había conocido demasiado bien. Un miedo que te iba mermando poco a poco hasta que ya no sabías ni quién eras.

—Me mataría. Aquí hay cámaras. Hay un cuarto oscuro, igual que donde te encerró. Y cuando me mete allí… no sabes el alivio que siento cuando vuelve. El alivio que siento al ver la luz de nuevo.

Patch habría muerto por ella, por liberarla de la pesadilla en que había vivido y seguía atrapada.

—Y entonces te vi en el periódico. Eras sólo un chaval, pero tus cuadros… La casa. Esta casa.

Él recordó aquella primera exposición en Monta Clare.

—Mi padre la vio, también. Me juró que si intentaba escapar, iría a buscarte después de matarme a mí. Él no miente, Patch. Nunca miente.

Él apretó la frente contra la de ella.

Pensó en la búsqueda, en las chicas desaparecidas. Pensó en Saint y Sammy, en Charlotte y Norma. Pensó en el Manicomio. A pesar de todo por lo que había pasado, había vivido. En cambio Grace no.

Sintió cómo se le tensaban los músculos, ese dolor sordo en la boca del estómago, la sangre que corría por sus venas.

—Lo único que quería era ser normal, Patch. Arreglar esta casa, porque conserva los únicos recuerdos que merece la pena rescatar. Ése es mi sueño. ¿Crees en las segundas oportunidades?

—Sin duda, Grace. Siempre y cuando no haya deudas pendientes con el pasado, nada que te persiga.

—Ahora quiero que te vayas. Quiero que te vayas y sigas adelante, y te olvides de mí, igual que yo me olvidaré de ti.

—Nosotros…

Grace sonrió.

—No hay un nosotros. No vamos a tener nuestro final feliz. Aquí jamás viviré una vida normal. No puedo volver a la oscuridad. No puedo soportarlo más. No es…

—Tu padre —la interrumpió—. ¿Dónde está?

Ella negó con la cabeza, pero Patch captó la mirada.

La mirada que lanzó sin querer hacia el granero que tenía detrás.

Y echó a andar hacia allí.

Grace le gritó que se detuviera.

252

Eli Aaron la agarraba del cuello con firmeza, empezaba a aplastarle la tráquea mientras Saint pataleaba y se debatía sin parar.

La pistola estaba en el suelo junto a la puerta.

—Poesía —dijo él en un susurro.

Saint alcanzó a ver las facciones corrientes de un rostro demasiado sereno, como si estuviera exprimiendo una naranja, con los brazos y la boca en tensión.

Saint levantó la rodilla con fuerza, pero él la agarró y apenas dejó de apretar un momento.

Alcanzó a ver destellos de lo que la rodeaba, más chicas fotografiadas, los retratos colgando de alambres, igual que en el otro

granero tantos años atrás.

El hombre se abalanzó de nuevo sobre ella, sin indicios de que se hubiera saciado, de que hubiera perdido el control.

Más fuerte, con las venas del cuello como lombrices, se le escapó un levísimo gruñido, como si dentro de él viviera una bestia salvaje.

Saint pataleó de nuevo, dio manotazos y le arañó la cara.

Con los ojos enrojecidos, desencajados, apagándose.

No hubo tiempo para reflexionar, ni para sopesar los triunfos y los fracasos, lo que había ganado y lo que había perdido. Ni para pensar en Charlotte y en su abuela, y en Jimmy, y en Patch.

Hubo un disparo, en cambio, que le voló a Eli Aaron la tapa de los sesos.

253

Patch la ayudó a levantarse y a salir a la luz del día.

Las nubes de tormenta se desvanecieron y dejaron un horizonte azulado. Saint cayó de rodillas, con arcadas y espasmos de tos, mientras Patch se agachaba a su lado y le ponía una mano en la espalda.

—Estás a salvo —le dijo.

—Lo has matado —dijo Saint.

Jadeó, volvió a toser y sintió que le abrasaba la garganta y le dolía el pecho. Se sentó y él se arrodilló a su lado, le apartó el pelo de los ojos y le puso la mano en la mejilla. Entonces lo vio. Pensó en Tooms y Nix, pensó en Monta Clare y en cuánto se habían alejado de casa.

La pistola estaba en el suelo y, con el corazón encogido, Saint la recogió y se puso de pie.

Él recibió sus lágrimas con una sonrisa.

Saint empuñó la pistola, le apuntó al pecho.

Patch se quedó mirando el cañón, el pulso firme de las manos de Saint.

Se dio la vuelta y no huyó, sino que levantó las manos con una

resignación que casi le partió el alma a Saint.

Saint alargó la vista más allá, hacia la imponente casa que le trajo un recuerdo de su hogar, del día que encontró a Charlotte absorta en la pantalla, viendo cómo la obra de su padre había logrado sacar a una familia de la más absoluta desesperanza.

—La casa —le dijo. Lo miró, miró los estragos del tiempo, año tras año, un niño que ahora era un hombre, una sombra en la luz—. Dime que era ella, Patch.

—Era ella —contestó mirando hacia al granero, donde Grace aguardaba escondida esperando a que todo acabara.

Saint rompió a llorar. La búsqueda había terminado.

—Cuidarás de ella —dijo Patch.

—Sabes que sí.

—Tú cuidas de todos, Saint.

—Menos de la persona que más me importa.

—Haces lo correcto. Siempre. Y te quiero por eso.

Sin soltar la pistola, se secó las lágrimas.

—Vienen a por ti, chaval.

Sonrió.

—Creo que ya están aquí, Saint.

Deslizó las esposas del cinto.

—¿Cómo está Charlotte? —preguntó él observándola.

—Se las arregla bien.

—Es fuerte, como su madre. Como su amiga.

—Y como su padre.

A lo lejos oyó el sonido de las sirenas, los patrulleros cerrando el cerco. En cuestión de horas volvería a ingresar en la cárcel, donde pagaría por el crimen que había cometido. Saint sabía que para algunas personas estaba escrito en las estrellas que, por mucho que se empeñaran en labrarse un camino, no acabarían bien.

—Al principio pensé que debía de haber un auténtico cerebro para sacarte de allí. Y quizá dinero. Algunos sobornos. Luego me di cuenta de que sólo se necesitaba un gran corazón. Ganas de reparar un daño —afirmó Saint.

—Ya me tienes. No hace falta que busques…

—No lo haré. No me interesa saber quiénes en concreto te ayudaron a escapar. Aunque podría adivinar quién dirigió la operación. Alguien que no sobreviviría comiendo rancho —dijo ella.

Él respiró hondo y miró hacia el granero, donde Grace permanecía como un fantasma, como una visión que por fin podría dejar ir.

Patch le sonrió mientras hablaba con Saint.

—O sea que así es como termina.

Ella se acercó un paso más.

—¿Te arrepientes de algo?

—De tan pocas cosas que no merece la pena mencionarlas.

Saint lo estrechó entre sus brazos.

Detrás, las nubes dieron paso a un arcoíris de luz que no advirtieron.

Las sirenas sonaron más fuertes.

Se quedaron juntos, abrazados.

Saint no estaba dispuesta a dejarlo marchar.

Amar y ser amado era más de a lo que se podía aspirar, más que suficiente para colmar a una persona aunque viviera mil veces.

Ella no lo había entendido hasta entonces.

Mitos y leyendas

2001

254

Era una radiante mañana de primavera cuando Sammy salió de la galería y bajó por la avenida.

Tomó un café con Mary Meyer, ambos tan cómodos en mutua compañía como para sentarse cada cual con su periódico, él ceñudo ante la imagen de un Carter posando sonriente con Castro, mientras ella leía sobre el amplio dispositivo de la investigación que abarcaba ya diecisiete estados. Dirigidos por el FBI y la jefa de policía Saint Brown, habían utilizado las transcripciones de las entrevistas con Joseph Macauley para rastrear minuciosamente la vida de Eli Aaron. Habían recuperado el último cadáver en el condado de Pearl River, junto al pantano de Hemmsford. Era un triste consuelo, pero a las familias tan necesitadas les concedía una oportunidad de enterrar su dolor y al fin iniciar el proceso de duelo. No se había mencionado a Grace en ningún periódico ni informe.

—Se ha hecho justicia —dijo.

—Y sólo han tenido que pasar tres décadas —comentó Sammy.

—¿Crees en el karma, Samuel?

—Cada día más.

—Te estás poniendo romántico conmigo —dijo ella.

—Todavía me acuerdo de la cara de tu padre.

—Si volvieras atrás… —le preguntaba ella a menudo, y él sonreía, como si no pensara darle la satisfacción de contestar.

—Mandaría a la mierda a tu padre, y al padre de Franklin. Dejaría el Rothko donde estaba, porque ya tenía algo mucho más hermoso con lo que empezar en la vida.

Mary Meyer desvió la mirada pero no pudo resistirse a la sonrisa, y luego pasó la página y se fijó en la cartelera. Aquella noche Sammy la llevaría al Palace 7, que acababa de reabrir sus puertas, y verían una reposición de *Cleopatra*.

Él le cogería la mano.

Ella se lo permitiría.

255

A las nueve Sammy consultó su reloj de bolsillo, se levantó, la besó en la mejilla y, sintiendo la caricia del sol, subió al coche que lo esperaba.

Se hundió en el terso cuero y cerró los ojos al arrullo del motor. Mientras daban un amplio rodeo al pueblo de Monta Clare, abrió la ventanilla para disfrutar del aire endulzado por los jardines en flor y respiró satisfecho.

El chófer estuvo a punto de pasarse el desvío, la pista aparecía como una muesca en la espesura. Al llegar a la vieja granja, Sammy se apeó y contempló el paisaje, desde las llanuras de la pradera hacia las montañas de Saint Francois. Nunca había estado allí, pero ahora comprendía su encanto.

Encontró a Marty Tooms detrás de la casa, arrancando una mata de zarzaparrilla, y cuando lo vio se levantó y le sonrió, a pesar de que ahora eran unos perfectos desconocidos.

—Usted debe de ser del banco —dijo Tooms; se limpió la mano en los vaqueros oscuros y se la tendió—. Hablé con el señor Fulbright y me dijo que no había problema si venía a despejar un poco el terreno antes de la subasta del fin de semana. Para ser sincero, no había mucho que hacer.

Sammy sonrió.

—Por lo que he oído, el antiguo jefe de policía solía venir todos los meses a poner un poco de orden. Era todo corazón, ¿sabes?

Marty sonrió, por un instante se quedó sin palabras.

—Hay ciertos lugares donde es más fácil situar los buenos recuerdos. Encontrarán un comprador ahora que la gente se ha enterado, estoy seguro. Espero que lo disfruten tanto como… como nosotros.

—No soy del banco, Marty.

Tooms mantuvo la sonrisa pero frunció un poco el ceño. Seguía erguido, y no parecía que los últimos años le hubieran hecho mella. Sammy sabía que había alquilado un pequeño apartamento dos pueblos más allá. De día trabajaba en un aserradero de Preston, los fines de semana iba de voluntario a la reserva natural de Thurley, a etiquetar árboles y arreglar senderos, puertas y escalones. Lo habían puesto en libertad discretamente, y él no reclamó que lo indemnizaran porque, según admitió, había hecho mal muchas cosas.

Habían encontrado el cuerpo de Callie Montrose enterrado bajo las alas de algodón de azúcar del cerezo okame, en las tierras de Nix. Saint se sentó en el banco, junto al árbol, igual que Nix se había sentado durante veinte años, y dedicó unos momentos a recordar las sencillas complejidades de la vida mientras los colores se esparcían desde la copa.

Sammy sabía que el bien y el mal eran términos subjetivos. También sabía que algunos hombres ponían su propio precio a la redención.

Caminaron hacia la casa.

Tooms no levantó la mirada hasta que Sammy sacó el sobre del coche.

Las manos le temblaron un poco al abrirlo y hojear las páginas.

—No lo entiendo —dijo Tooms.

—La tierra es tuya, Marty. La casa, la finca. Los recuerdos. Todo lo que ves. Vuelve a ser tuyo.

Tooms miró a su alrededor.

—Alguien te legó un cuadro. Tiene un valor considerable. Me tomé la libertad de concederte un préstamo con ese aval, para que recuperaras esta tierra, porque sé que Ernie Fulbright está cansado de tenerla en los libros.

Tooms se aclaró la garganta.

—¿Un cuadro?

—Un cuadro que pasé los mejores años de mi vida contemplando. Un cuadro que me gustaría que siga expuesto donde está. Junto a los otros. Porque me recuerdan a... a un amigo. Ése es el pago de tus intereses. Podemos arreglar los detalles, y por supuesto puedes venir a verlo cuando quieras. O puedes mandarme al diablo.

Tooms lo miró desconcertado.

—Sé que ahora mismo todo esto no debe de tener mucho sentido para ti, pero quizá lo tenga cuando lo veas.

256

Sammy sostuvo la puerta e hizo pasar a Tooms a la galería, donde Callie Montrose ocupaba un lugar en la inmensa pared blanca que recorría el fondo del edificio.

Tooms se quedó mudo, sin poder apartar la vista del espléndido cuadro, deslumbrado.

Sammy lo dejó a sus anchas, para que compartiera un rato con una chica a la que había intentado salvar, una chica por la que había entregado su vida, seguro de que no dudaría en volver a hacerlo.

Y después Tooms contempló el cuadro de la izquierda, el que muchos decían que era la verdadera joya oculta de una colección que alcanzaría cifras millonarias.

—*Grace número uno* —leyó Marty en la placa.

—Recién adquirido. Hice la misma oferta que te propuse a ti, sólo que esta vez fue a una joven de Alabama. Destinará el dinero a convertir su casa en un hogar —dijo Sammy con una sonrisa.

Después se sentaron en la terraza, al aire cálido primaveral, mientras la vida en Monta Clare seguía su curso.

Marty Tooms no supo qué decir ni siquiera cuando Sammy le entregó un cheque que iba con la casa. Así podría dedicarse a trabajar sus tierras, de nuevo a su nombre, y a custodiar sus recuerdos.

—¿Y el cuadro del escaparate? —preguntó Tooms.

—La casa blanca. Acabo de adquirirla… a una amiga muy querida.

—¿No tienes intención de vender las obras?

Sammy sonrió.

—Soy coleccionista, Marty. Y esta colección está tan arraigada a Monta Clare como las tradiciones populares. Para recordar que, a veces, contra todo pronóstico, la esperanza triunfa.

—Gracias —dijo Tooms finalmente.

—En realidad a mí no tienes que agradecerme nada —dijo Sammy, y bebió un sorbo de bourbon añejado en barricas de roble.

—Joseph Macauley —murmuró Tooms, y por fin esbozó una sonrisa —. No sé dónde podría encontrarlo.

Sammy levantó su vaso hacia el cielo.

—He ahí la cuestión: nadie lo sabe.

257

Saint hizo el viaje sola.

Surcaba la carretera sin más compañía que las onduladas llanuras del noroeste y los nervios que la atenazaban.

En el maletero llevaba todo lo que tenía: regalos con la fecha de cada cumpleaños; las cartas y las postales. Conchas marinas que había encontrado, veneras intactas, un abulón con iridiscencias verdes y moradas, y una caracola tritón que susurraba el rumor de las olas si te la acercabas al oído. Una hoja de magnolia, una castaña y una pluma de paloma torcaz. Una piña de pino de Monterrey que se conservaba perfecta porque le dio una mano de barniz. Cada cosa llevaba una tarjetita en la que se decía dónde la había encontrado.

También estaban las fotografías que había hecho ella misma: el sol poniéndose tras las montañas de Saint Francois; la bruma matinal sobre los tejados de Monta Clare; la vieja iglesia donde su abuela yacía al lado del jefe de policía que tanto la había marcado; Main Street y la colmena de Charlotte; y el caserón donde había pasado los mejores momentos de su vida. Metió los recortes que había encontrado en un

baúl debajo de la cama de Norma, con todos los casos en los que había trabajado, desde Joseph Macauley y los atracos de bancos hasta los homicidios. El día que los encontró, tumbada en aquella cama y arropada con su manta, sintió cómo la envolvían el amor y el orgullo de su abuela. Y un único libro, *Donde viven los monstruos*.

En su última carta le hablaba de Charlotte, de que cuando llegó era casi una desconocida y, después de un tiempo en que se rebelaba y pataleaba, Saint había descubierto hacía poco que la confianza era cosa de dos. Charlotte era una chica brillante, cada día la deslumbraba con un aplomo y una desenvoltura que sin duda iban a abrirle el mundo. Metió en el sobre el único dibujo que había hecho Charlotte, las dos sentadas en el porche, a partir de un recuerdo que recreaban cada tarde, hiciera el tiempo que hiciese.

Durante los largos días de aquellos meses, cenando con su abuela y Sammy, Charlotte fue poco a poco comprendiendo los entresijos de la vida de su padre, y luego se refugiaba en su pequeño estudio, donde encontró en el arte la manera de canalizar sus emociones. Y aunque Sammy le decía que lo que pintaba era una porquería, fue puliendo su talento, y con el talento llegó la confianza. Se centró en los estudios y sus notas mejoraron, y a pesar de la cola de chicos que la rondaban, pasaba los fines de semana haciendo excursiones por la reserva natural de Thurley, donde veía cómo Saint le sonreía al hombretón que se ocupaba de mantener los senderos transitables, siempre con una mirada tierna y una sonrisa.

Saint le contó que Charlotte quería ir a la universidad, a Boston, donde había estudiado su madre. Sólo que Charlotte acabaría estudiando Derecho. Contagiada por la necesidad de su padre de ayudar a los demás, había decidido que en un futuro se dedicaría a defender a los pobres. Según Sammy, pobre era todo el mundo en comparación con la joven princesa de Monta Clare.

Cuando Saint llegó al verde condado de Madison, pasó varios puentes cubiertos hasta la aldea de Robins Elk, donde se detuvo en una gasolinera y se arregló el vestido que Charlotte le había elegido para la ocasión.

Tardó diez minutos en encontrar la finca, un sendero forjado por rodadas de grava suelta que llevaba hasta una flamante granja con un tejado rojo.

Aparcó al pie de las tierras y abrió el maletero. Dentro había una maleta de cuero de un intenso color avellana, las hebillas de latón pulidas, la base forrada con un suave algodón. Había pasado demasiado tiempo eligiéndola, asegurándose de que todos los regalos estuvieran bien envueltos, las cartas atadas con un cordel y las fechas en orden.

La sacó con cuidado, la dejó junto al buzón y no se atrevió a imaginarlo allí dentro, creciendo en aquella casa, libre en aquella tierra tan hermosa que sintió que la nostalgia que la embargaba le pesaba aún más.

Podría haberse conformado con eso, podría haber hecho el viaje de vuelta sabiendo que no había irrumpido en su vida hasta que tuviese la edad suficiente de saberlo, de no ser porque la vieron desde el ventanal de la cocina de la granja.

Saint agachó la cabeza mientras la mujer cruzaba el largo sendero. No fue hasta que la vio de cerca cuando la reconoció de la habitación del hospital, tantos años atrás. Candice Addis, mujer y madre tan ejemplar que Saint se alisó el vestido y se maldijo por habérselo combinado con zapatillas de deporte.

Se quedaron cara a cara un momento, y entonces Candice se acercó y le dio un abrazo tan fuerte que Saint hizo lo que pudo para no romperse allí mismo.

Candice dio un paso atrás, la miró de arriba abajo y sonrió.

—Siempre he esperado que vinieras.

Candice la condujo hasta un pequeño banco a la sombra de un arce plateado y hablaron largo y tendido. De cómo iba la granja, de los precios de la cosecha, del trabajo de Saint, y Candice le contó que la había visto una vez en las noticias, cuando el joven se fugó de la cárcel.

—¿Estuviste allí? —dijo Candice con los ojos castaños abiertos por el asombro.

—Sí.

—Pero no lo encontrasteis, ¿verdad?

Saint recordó la tarde en que llegaron los policías estatales a la gran casa blanca. Ella se había llevado a Grace de allí, coordinándose con Himes para alejarla de los focos. Juntos escucharon una historia que hasta a Himes le quitó las ganas de comer. Grace dijo que quería quedarse en la casa donde había vivido su madre. Desde entonces Saint la había visitado a menudo para asegurarse de que recibía ayuda asistencial. El camino de vuelta sería largo y arduo, pero la libertad traía esperanza.

—Joseph Macauley escapó —contestó Saint, igual que se lo había dicho a Himes, que la había observado durante un rato, rumiando, hasta que dejó de darle vueltas al asunto, pues Saint había sentado unas bases tan sólidas que no se sentía capaz de cuestionarla. En el fondo de su corazón Saint sabía reconocer el bien y la justicia. Ya no necesitaba una placa para corroborarlo.

Hablaron de Theodore, de lo bien que se le daban los deportes, las matemáticas y la lengua, prácticamente todo lo que se le ponía por delante. Saint siguió escuchando, aguantando la sonrisa hasta que le dolieron las mejillas, mientras Candice hablaba de lo buen chico que era.

—Le hemos hablado de ti, por supuesto. ¿Te gustaría conocerlo?

Saint miró hacia la casa y más allá para mantener la calma.

—Pues… no, creo que no debería. Yo sólo… —Tragó saliva, decidida, sintiendo que se le desmoronaban las defensas, mientras respiraba hondo para controlar el pulso y se mordía el labio inferior para detener el temblor—. Sólo quería que supiera…

Tal vez fue al recordar que Jimmy no le había dejado terminar la frase, no le había dejado contar que había ido a la clínica pero fue incapaz de abortar porque le había hecho una promesa a Dios, una promesa por la que vio a su amigo regresar a salvo de un infierno, una promesa por la que se vio expulsada, señalada, convertida en paria del lugar que tanto amaba.

Tal vez fue al recordar cómo se había encogido para protegerse de los puñetazos y las patadas de Jimmy, acunando la vida que crecía en su interior.

O tal vez fue simplemente el gesto de ternura lo que la quebró, cuando la mujer la atrajo hacia sí y la consoló. Necesitó reunir las pocas fuerzas que le quedaban para no desmoronarse, y concentrarse en lo hermosa que era la tierra al otro lado de la casa, en el cruce de los arroyos alimentados por manantiales, cuatrocientas hectáreas de tierra fértil que serían para el chico.

—La granja —dijo Saint. Candice miró las tierras—. Saldréis adelante…

Saint había acudido todos los años al bufete de Jasper y Coates para que hicieran el seguimiento de las cuentas de la finca de Robins Elk, tranquilizándose en los años de abundancia y padeciendo cuando caían las ganancias.

—Estoy esperando la nueva ley agraria, pero Nicholas… dijo que prefería perderlo todo a sobreexplotar la tierra —dijo Candice, y Saint vio en sus ojos que era el único motivo de preocupación.

Se acordaba un poco de Nicholas, de cuando hacía unos años les había entregado a su hijo y buena parte de su corazón.

—Hay algo en la maleta, algo… para dar las gracias. Ni siquiera es dinero que haya ganado yo. Tenía un cuadro y… y el cheque va a nombre de Theodore, pero sé que os ayudará…

Candice intentó rechazarlo, le dijo que ni hablar, pero al ver el gesto implorante de Saint, su necesidad, se limitó a abrazarla una vez más. Se levantaron y Candice la siguió hasta el coche; Saint oyó el rumor cuando el viento finalmente amainó.

—¿Criáis abejas? —preguntó Saint.

Candice sonrió.

—Las cría Theodore. Encontró una vieja colmena enterrada en el bosque. La miel más dulce que he probado nunca.

Saint esperó hasta alejarse de aquellas tierras, hasta que Candice y la granja se desvanecieron en el espejo retrovisor, y sólo entonces paró a un lado de la carretera y lloró.

Por la niña que había sido en el pasado.

Por el hombre en el que se convertiría su hijo.

Fue una exposición íntima.

La mayoría eran familiares y amigos, aunque Daisy Creason llevó una cámara y prometió sacarla en *The Tribune*. Aunque hacía tiempo que peinaba canas y le temblaba un poco la mano al tomar notas en su cuaderno, recordaba una exposición similar casi tres décadas antes.

Charlotte llevaba un sencillo vestido amarillo, el pelo recogido y un ligero toque de maquillaje. Y se movía por la sala con soltura, sonriendo a sus amigos y atrayendo a posibles clientes como Sammy le había enseñado.

—Vas a echarla de menos cuando se vaya a la universidad —dijo Saint.

—La mejor ayudante que he tenido —dijo Sammy—. Una vez le vendió un grabado de Rosenquist a un turista que entró para ir al baño. Se notaba que no se lo podía permitir. La cosa más bonita que he visto.

—Adorable.

Sammy, con esmoquin jacquard en sarga de satén y camisa a medida con un par de botones abiertos para lucir bronceado, se quedó en el rincón más alejado de la galería, contento de no ejercer por una vez de maestro de ceremonias.

Saint paseaba despacio, contemplando cada uno de los paisajes, deseando que su abuela hubiera estado a su lado para ir señalándole las escenas del pueblo, del bosque y del agua que tenía delante.

La mayoría, se dio cuenta, estaban marcados con una pegatina roja en la cartela.

—Tiene éxito —dijo Saint.

—Un postor telefónico —dijo Sammy dando vueltas a la copa de whisky—. Siempre buscando la última sensación.

Mary Meyer seguía a su nieta sin disimular su orgullo. Llevaba un vestido de noche de seda con bordados florales, y Saint no pudo sino admirar el refinamiento de las Meyer, recordando a Misty, en cómo habría sonreído esa noche.

—Te vi en el periódico —dijo Sammy.

Saint se encogió de hombros, como quitándole importancia.

La Medalla al Mérito del FBI. Himes le había estrechado la mano y había posado para una foto sujetando un perrito caliente a la espalda mientras elogiaba todos los años que Saint había dedicado a la persecución de Eli Aaron.

Durante un tiempo la habían acosado las pesadillas, seguía viendo su cara en aquel granero de Alabama y se despertaba sudando, sólo para descubrir que Charlotte se había metido en la cama a su lado, y fingía dormir hasta que a Saint se le calmaba el corazón. Por la mañana la chica ya no estaba. No hablaban del tema.

Cuando se acabó la última botella de vino, se vendió el último cuadro y los visitantes cayeron en los brazos de una noche de verano, Daisy pidió una última foto de la chica y su familia.

Charlotte se colocó entre Saint y su abuela, y llamó a Sammy para que se les uniera.

Sammy negó con la cabeza. Sabía que no era la pieza que faltaba en aquel rompecabezas.

—Por favor, abuelo —dijo Charlotte.

—Joder, ni se te ocurra llamarme así —dijo Sammy apuntándole con un dedo y salpicándose la manga de Dalmore.

Al salir, Charlotte echó la llave.

Más adelante, Mary Meyer cogió del brazo Sammy y los dos se encaminaron hacia la colina.

—A veces me los imagino en la cama —empezó Charlotte.

—Por favor —dijo Saint.

—Pero entonces pienso que no puede tener una erección con todo ese alcohol en el cuerpo.

Saint asintió sombríamente y no le habló a la chica de la marea azul de pastillas que asolaba el país.

—¿Crees que es un buen hombre? —preguntó Charlotte observando a Saint con aquellos ojos.

—No.

Charlotte miró hacia la iglesia.

—Pero intenta serlo —añadió Saint, y sonrió.

—¿Puedo ir a ver a mamá? A veces la abuela afloja un par de pavos extras cuando le digo que he estado en el cementerio.

—Claro.

Y mientras Charlotte visitaba a su madre, Saint aprovechó para sentarse delante de Norma y el comisario Nix. Ya no rezaba mucho. Aunque seguía creyendo. Con una fe total y absoluta.

Si hubiera girado la cabeza tal vez habría visto el roble y, a cierta hora, iluminadas por la luz del sol, las iniciales tenues aún grabadas en el tronco.

A veces se imaginaba a Patch por ahí, pintando, trabajando, viviendo una vida discreta, totalmente a la suya. Charlotte hablaba más de él, aquel primer año iba corriendo al teléfono cada vez que sonaba, al buzón cuando llegaba el correo. Veía las noticias cada noche, atosigaba a Saint cada semana para que llamara a Himes por si había novedades. Durante un tiempo su padre fue el protagonista de los informativos nacionales, pero Saint sabía que con el tiempo la historia se enfriaría hasta que llegara el día en que su nombre caería en el olvido, y sólo de vez en cuando se susurraría en los patios de las cárceles como el hombre que derrotó al alcaide Riley y a la mitad de la policía de Misuri. Himes la mantenía al tanto de los rumores: que había atracado otro banco en Texas antes de cruzar a México, que quizá estaba muerto, que sus cuadros ahora cambiaban discretamente de manos a cambio de millones de dólares que de algún modo llegaban hasta él. Saint no se creía nada. No eran más que mitos y leyendas.

Fue mientras subían los escalones chirriantes del porche en el caserón cuando Charlotte vio el paquete.

Llevaba escrito su nombre.

—Un admirador secreto —dijo Saint.

—Más vale que no sea Noah otra vez. Acaba de recuperar el testículo.

Charlotte se arrellanó en el balancín del porche mientras Saint entraba en casa y preparaba un cacao caliente para las dos, una costumbre heredada. Una costumbre que la hacía sonreír cada noche

cuando se sentaban juntas y veían centellear las luciérnagas en las montañas de Saint Francois.

Saint sacó dos tazas y se hizo un hueco al lado de la chica, que se había quitado los zapatos y en ese momento estaba acurrucada en el asiento.

Saint se fijó entonces en lo que Charlotte sostenía entre las manos.

El tarro resplandecía.

Charlotte lo contempló a la luz de la luna, viendo cómo los colores variaban del cardenal al granate.

Parecían de otro mundo.

Una belleza imposible.

—¿Qué es? —preguntó Charlotte.

Saint respiró hondo.

—Es miel. Es miel morada.

259

En los rescoldos del verano cargaron el todoterreno de Saint y emprendieron el viaje una hora antes del amanecer.

Faltaban dos semanas para que Charlotte se marchara a Boston, adonde Saint ya tenía previsto ir a visitarla a menudo, aunque sólo fuera para llevarle a la chica algo de comida casera decente.

Al ser poco menos de dos mil kilómetros, no se entretuvieron demasiado en planificar la ruta, marcaron sólo un par de paradas que harían por el camino.

Un viaje por carretera, no de madre e hija, sino de dos amigas. Amigas que habían pasado por un sinfín de vivencias juntas.

Se desviaron en Mount Vernon para trazar un largo rodeo hacia Nashville. Charlotte iba en vaqueros y ponía los pies descalzos en el salpicadero mientras coreaba las canciones de Dolly Parton y Hank Williams, de Loretta Lynn y, por supuesto, de Johnny Cash.

Cuando llegaron al motel, a Saint le zumbaban los oídos de la serenata y le dolía la boca de tanto reír.

—Se te da tan bien cantar como a tu madre la cocina —le dijo.

Comieron pollo picante y deambularon por las pasarelas relucientes, Charlotte canturreando como Elvis al posar para la foto delante de los rótulos luminosos de MUSIC ROW, imitando el tic en el labio mientras Saint se desternillaba de la risa.

Hicieron una parada en el bosque nacional de Cherokee, y la chica se quedó sobrecogida al ver cómo el cielo se arrebolaba sobre las cumbres de los Apalaches, tan frondosas que reflejaban el lustre de las profundas gargantas de los ríos. Caminaron un par de horas y Saint consiguió retratar tortugas de caja orientales y eslizones de cinco líneas, juncos y halcones peregrinos. Con el tiempo llenaría otro álbum, pensando en Theodore mientras pegaba con cuidado las fotografías que tal vez él viera algún día.

En una cascada que caía sobre riscos y cornisas de roca rojiza, Charlotte se detuvo y se volvió hacia ella.

—Aquello que dije… que no quería que me hicieras de madre…

—Ya lo sé —dijo Saint.

—Quiero decir que… eres todo. Y tú…

—Eso también lo sé.

Charlotte le dio un abrazo rápido y efusivo.

Al día siguiente el horizonte se extendía desde la ruta panorámica de la cordillera Azul hasta el infinito. Inventaron juegos para entretenerse, buscaban pegatinas en los parachoques, asignando distintas puntuaciones cada vez que señalaban una de ¿QUÉ HARÍA JESUCRISTO?, LA VIDA ES DURA y, a medida que se acercaban a su destino, OBX.

Pararon a almorzar, Charlotte siguiendo el ritmo del bluegrass con el pie, aunque Saint veía la tensión en sus hombros, que sonreía menos y se quedaba callada. No era un viaje con un destino o un fin claro. Ninguna de las dos decía nada, aunque albergaban una llama de esperanza.

El tarro de miel morada llevaba una etiqueta.

Y después de un día atravesando Piedmont llegaron a Hillcrest Farm.

No era un lugar que apareciera en ninguna guía turística, y cuando

Charlotte encontró tarros iguales en los estantes, Saint decidió correr el riesgo de enseñarle una fotografía de Patch a la chica que atendía en el mostrador.

La chica negó con la cabeza.

Y se truncó un sueño que quizá siempre había sido inalcanzable.

A partir de ahí Charlotte apenas habló, mientras conducían sin rumbo por una meseta de lomas a medida que la tierra se allanaba en dirección a las marismas lejanas.

—Quiere protegerte —dijo Saint.

—Podría estar muerto —dijo Charlotte.

Pasaron otro día cruzando Carolina del Norte en silencio. Encontraron tráfico a la salida de Raleigh.

Atasco.

—Otra vez la pegatina —dijo Saint, y Charlotte le echó un vistazo y sonrió.

Las iniciales OBX, y al lado una calavera con los huesos cruzados.

Volvieron a verla varias veces a lo largo del trayecto hacia las llanuras.

En un apeadero de camiones lejos de cualquier sitio, Charlotte se paró junto al coche aparcado al lado del suyo a mirar otra pegatina en el parachoques.

Las letras eran las mismas, sólo que en vez de una calavera llevaba la cara de un pirata.

—¿Qué significa? —le preguntó al grandullón que bajaba del coche.

Era alto, y bajo los hombros anchos tenía una tripa prominente.

—Outer Banks, Carolina del Norte —dijo el tipo sonriéndole.

—¿Por qué la lleva tanta gente? —dijo Charlotte.

Otra sonrisa, ahora más simpática.

—¿Has estado alguna vez en el Caribe?

Charlotte negó con la cabeza.

—Si vas a Outer Banks, ya no te hará falta.

Charlotte entrecerró los ojos hacia el sol del atardecer.

—¿Y el pirata?

El hombre se apoyó en el capó de su coche.

—Ése es Barbanegra, cómo no.

—Barbanegra —repitió Charlotte en un susurro.

—El pirata, Edward Teach. De todos los lugares remotos que hay en el mundo, decidió esconderse allí.

260

Outer Banks. Cerca de doscientos kilómetros de costa abierta.

De arena marfil y aguas tan claras que las rocas resplandecían desde el fondo como joyas.

Avanzaron despacio, recorriendo pueblecitos y sorteando ganchos para turistas. Charlotte, con un sombrero de ala ancha, contemplaba desde la arena las aletas blancas de los veleros lejanos más allá de la media luna de arrecife de barrera.

A través de bulliciosos puertos deportivos.

Cala Pirata.

Puerto Seguro.

Nombres que evocaban el tipo de desenlace por el que rezaba Saint. Por Charlotte. Por ella misma.

Perdieron días buscando, sus esperanzas subían y bajaban con la marea. Y cuando el número de islas, y de turistas, disminuyó, llegaron al último puerto.

Al amainar el calor antes del anochecer, vieron cómo los primeros barcos de pesca emprendían el regreso.

Charlotte, con los pies dentro del agua, escudriñaba cada embarcación, sin despegar las manos del cuerpo. Atrás, Saint contaba los barcos, y jadeaba cada vez que aparecía otro ocupado sólo con pescadores del lugar.

Veía cómo la chica se animaba con cada barco, y luego su desconsuelo a medida que los botes fueron menguando.

Los colores del crepúsculo se hacían añicos en el agua.

Charlotte la miró, y Saint cerró los ojos para no ver sus lágrimas.

Iba a levantarse, a decirle que lo sentía, que había estado segura de

encontrarlo, cuando de pronto vio otro barco.

El velero era blanco, de unos quince metros de eslora, y cortaba grácilmente el agua. La cubierta de teca estaba blanqueada por el sol. La luz refulgía en el casco, pulido y recién pintado. Saint miró a Charlotte, que se quedó observándolo, inmóvil por un momento, como si esperara a un veraneante más.

Y luego siguieron el mástil.

Saint sonrió.

Vio la bandera. Era pequeña. Negra.

La calavera y los huesos cruzados se iluminaron bajo un cielo al rojo vivo.

Se sentó en una roca, notando el temblor en los músculos, en el corazón, mientras Charlotte se quedaba esperando a que el barco llegara al pequeño atracadero al final de un largo muelle.

Patch se quedó de pie en la proa y, al verla, el tiempo se detuvo.

Patch saltó de la barca. Empezó a caminar y echó a correr cuando Charlotte fue hacia él.

Se encontraron a la orilla del agua, y la sonrisa de Patch devolvió a Saint a una época que temía haber perdido para siempre.

A un par de pasos uno del otro, la chica se detuvo.

Y entonces su padre le abrió los brazos.

Y Charlotte se dejó arropar.

261

La noche era tan cálida que Charlotte se tumbó en la cubierta.

Y, feliz, se quedó dormida bajo las estrellas.

Saint se sentó con Patch y se dejaron mecer por el suave vaivén de las olas. Él miraba a su hija, y Saint lo miraba a él.

Su pelo claro, su piel dorada.

Saint no le preguntó cómo se las había arreglado para sobrevivir, para comprar el barco y ocultarse tan bien. No le hizo falta, porque a

través de la escotilla vio una selecta botella de coñac y, al lado, dos vasos de cristal de fondo grueso.

—Pienso en ti —le dijo él.

Saint sonrió.

—Pensé que habías abandonado el país.

—Le prometí a Charlotte que siempre me tendría a su lado.

—Es peligroso.

—Y ambos sabemos que no soy amigo del peligro.

Saint se rió.

—Y también me quedo por ti —le dijo mirándola a los ojos.

Ella apartó la cabeza un momento, tomó aire.

—Ha sido una suerte que te encontráramos —dijo.

—Salgo a navegar cada día y regreso al atardecer. Sueño… cada vez que llego al puerto sueño con veros a las dos esperándome.

—¿Qué haces por ahí todo el día?

—Pinto.

—¿Pintas?

Le habló de Grace, de las cartas que ella le había enviado, a veces de hasta cien páginas. Escribía de cuando era niña, de los recuerdos que le había dejado su madre, del esplendor del hogar que habían compartido y sobre el hermoso pueblo que llevaba su nombre. Y de las chicas desaparecidas, cuyas tumbas pensaba visitar, cuyos recuerdos compartiría con sus familias olvidadas. Grace le contó cómo él la había alentado a vivir con sus cuadros, su historia, su fuerza para enderezar el pasado, para encontrar su pasión. Para amar. Le mandó fotografías de la casa blanca, de los graneros derribados, en las que él no vio la inmensidad de la tarea que tenía entre manos, sino cómo la esperanza resurgía poco a poco incluso ante las peores adversidades.

En su última carta le contaba que una vez había perdido la fe, que una vez había rezado tan sólo por sobrevivir, pero que, a pesar de que la suya era una historia ya contada, el final todavía no estaba escrito.

Saint, a su vez, le habló de Charlotte. Y de Theodore. Y él la escuchó largo rato en silencio, y sonrió, y acabó riendo, y le secó las lágrimas.

Y sólo cuando ella acabó, Patch le dio la mano y la hizo pasar con cuidado por la escotilla, la escalera empinada, que daba a una sencilla

cabina.

En esencia diáfana y funcional, excepto la pared, donde había un único recuerdo plasmado en lienzo.

—Guardaba lo mejor para el final —le dijo.

Contempló el cuadro, el único del que Patch no se había desprendido. Aunque más tarde, cuando llegara el momento de que partieran, insistiría en que se lo llevara.

Saint conocía bien la escena.

De un valor incalculable, aunque para nadie más que para ella.

Sonrió al contemplar las dos figuras tendidas bajo las estrellas, con las cabezas muy juntas, los pies señalando el norte y el sur de una brújula.

El pirata de trece años.

Y la guardiana de la colmena que le salvó la vida.

Agradecimientos

Gracias

A mis lectores. Soy un escritor lento, pero quiero que sepáis que no es por falta de empeño. Gracias por la espera. Gracias por todos los mensajes, fotos, regalos que me habéis mandado, por vuestro cariño y vuestro apoyo. Espero no defraudaros nunca: os quiero. A todos, de todo corazón.

A Charlie. A George. A Isabella. Me he reconciliado al fin con todas mis meteduras de pata, pero sólo porque formaban parte de un camino muy específico que me llevó hasta vosotros. Todas las palabras os las dedico a vosotros. Y a Victoria, por ser una madre tan maravillosa. La vida no ha sido fácil para nosotros, pero sé que por fin hemos salido con la verdad por delante.

A Emad Akhtar. Hacía tiempo que oía hablar de tu talento, y luego he tenido el privilegio de experimentarlo de primera mano. Algunas personas han venido a este mundo para hacer cosas increíbles: tú eres una de ellas. Gracias por ayudarme a que los últimos cuatro años hayan sido los más creativos de mi vida. Por ver la historia que quería contar y encaminar mis pasos con habilidad, humor y churrascos. Te quiero.

A Amy Einhorn. Es difícil saber qué decir aquí. Hemos recorrido un largo camino desde Duchess, y desde entonces has seguido apostando por mí. Hay muy pocas personas en mi vida que hayan demostrado tanta fe, y siempre te estaré agradecido a ti y a tu asombrosa capacidad para guiarme hacia el libro que estaba seguro de que quedaba fuera de mi alcance. No soy especialmente inteligente o talentoso, pero tú me haces sentir ambas cosas.

A Cathryn Summerhayes. Tú serías mi llamada «comodín», porque siempre sabes ver la cara positiva de las cosas. No estaría aquí sin ti.

Te quiero.

A Jennifer Joel. Por no tener miedo. Por hacer de mí un mejor narrador y saber exactamente cómo manejar cada situación. Respiro más tranquilo por el mero hecho de tenerte en mi vida. Y estoy mucho más gordo después de nuestras comidas en Nueva York. ¡Pero nos faltó la *crème brûlée* de maíz!

A Jason Richman. Me cautivaste desde aquel primer almuerzo. Gracias por ser tan encantador, ingenioso y paciente. Por ver esta historia desde ángulos que a mí se me escapaban. Y por ser un compañero de copas fenomenal.

A Jordy Moblo. Nadie ha esperado más tiempo y con más (im)paciencia este libro que tú. Gracias por escuchar mis divagaciones esbozando a Ivy hace tantos años. Por seguir a mi lado y aconsejarme con tan buen ojo y tan buen corazón. Y, sobre todo, por ser mi amigo. Te quiero, colega.

A Katie McGowan. Por cambiar mi vida. Por educarme el paladar. Por ser la defensora más apasionada de mis historias.

A Aoife MacIntyre y el equipo de Derechos de Traducción.

A Ellen Turner y Sandra Taylor. Nunca me dejo llevar por el pánico, porque sois las mejores. No sé qué haría sin vosotras, la verdad. Gracias por hablarle al mundo sobre este libro.

A Tom Noble, la única persona que he conocido en la vida tan adorable como el verdadero Thomas Noble, y a Ellie Nightingale, por la magia de la promoción.

A Katie Espiner. Por permitir que Emad pagara de más.

A Anna Valentine. Por Paul Bearer.

A Sarah O'Hara y Millie Prestidge. Por su destreza en la corrección.

A Jen Wilson, Catherine Worsley, Esther Waters («No, gracias, ahora estoy comiendo un filete») y el brillante equipo de ventas. Este libro no habría llegado a ninguna parte sin vosotras.

A Nick Shah, Steve Marking y Tomas Almeida. Por obras artísticas que rivalizan con la de Patch.

A David Shelley y todos los demás en Orion. Por hacerme sentir parte de vuestra sobresaliente familia.

A Elaine Egan, Jim Binchy, Siobhan Tierney y el resto en Hachette

Irlanda. Cuento los días que faltan para volver a veros.

A Karin Burnik, Louise Stark, Katrina Collett, Anna Kennedy y todo el equipo de Hachette en Australia y Nueva Zelanda. Os quiero.

A Annabel White y el equipo de CB.

A Sindhu Vegesena y el equipo de CAA.

A Annabelle Janssens y el equipo de UTA.

A Jess Molloy. Encantadora a niveles estratosféricos.

A Felicitas von Lovenberg, Anne Scharf y todo el equipo de Piper.

A Richard Herold y todo el equipo Natur & Kultur.

A mis maravillosos editores extranjeros. Por enseñar al mundo lo que somos capaces de hacer.

A Helen Carr. Por (intentar) enseñarme: gramática, americanismos, geografía y ortografía básica. Sé que soy tu peor alumno. Gracias por no tirar nunca la toalla.

A Robin Slutzky. Por señalar que no puedo llamar Mitch a cuatro personajes.

A Conor Mintzer. Te echo de menos. Las Vegas.

A todas las librerías, clubes de lectura, blogs y críticas que me han dedicado su valioso espacio. Me habéis cambiado la vida. Siempre os estaré agradecido.

A mamá. Nunca te podré devolver todo lo que has hecho por mí.

A papá. Ha sido un año duro. Gracias por enseñarme cómo hay que llevarlo.

A Jenna Bush Hager. Por ser genial y por meterte de cabeza en esta historia desde el principio. Hemos recorrido un largo camino, aunque parece sólo el principio.

A Sue Naegle. La guía más certera para poner palabras sobre la pantalla. También por tus consejos sobre las relaciones personales y la vida misma, y por hacerme reír.

A Gubbins. No hay nadie en el mundo en quien confíe más para poner esto en sus manos, ni nadie con quien me guste más comer ostras.

A todo el mundo en Universal Studios Group.

A Nick Matthew. Nickelback. Nicaragua. Por las reuniones de producción y el jolgorio en Soho House, y por ser lo más.

A Tommy Kail. La Angelica/Eliza de mi Peggy.

A Jennifer Todd y todo el mundo en Twentieth TV.

A Sinead Daly. Por preocuparte tanto como yo.

A Disney. Aunque ese ratón es duro de pelar.

A Mary Summerhayes. Mi primera lectora y la primera que siempre me pone una sonrisa en la cara.

A Margaret, Richard y Dan. Por vuestra infinita amabilidad, la comida, el vino, el billar y los datos curiosos sobre Luton.

A Laura y Ade. Por las ocasiones especiales, y por financiar el interminable ascenso de los soldados de a pie.

Al inimitable Tom Wood. Una vez dijiste que en toda amistad hay uno que da y otro que recibe. Estoy trabajando en eso. No te rindas conmigo. Vámonos juntos al balneario. Llevaré toallas (de mano).

A Isabelle Broom. Por aguantarme cuando no es tan fácil ser mi amiga.

A Lisa Howells. Si algún día tengo que sentarme en un campo de trigo en llamas, me alegra saber que estás ahí velando por mí.

A Rebecca Tinnelly. Por los almuerzos con cóctel de Alka-Seltzer. Por darme un pellizco en el culo cada vez que poso para una foto. La cara de sorpresa es el nuevo mohín.

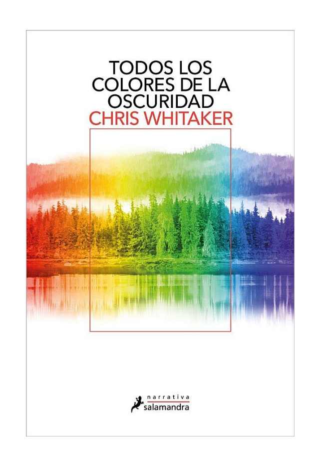
A mis amigos escritores. Por dejar que me siente a vuestra mesa. Por ser tan generosos con vuestras palabras de apoyo.

A Siobhan O'Neill. Siempre.

A Nicci Cloke. Mi cura para la resaca de Pixar. Mi jamón. Por películas del sudeste asiático. Las arenas movedizas. La mantequilla que quiere pasar por queso. Por no dejarme nunca jugar al Wordle. Por las turbulencias, el triplete, la teletransportación y la genialidad en general. Te quiero.

Nos volveremos a ver dentro de otros cuatro años. (A vosotras antes, Amy y Jenn, lo prometo.)

Dos amigos de la infancia separados por un crimen devastador. Una búsqueda obsesiva de la verdad que podría destruirlos



A finales de un verano, el pueblo de Monta Clare, en Missouri, se ve sacudido por el secuestro de un adolescente local llamado Joseph «Patch» Macauley a manos de un predador. Nadie estará más afectado que la joven Saint Brown, destrozada por la desaparición de su mejor amigo. Patch permanece completamente solo, en una habitación a oscuras, durante días o quizá semanas, hasta que siente una mano entre las suyas. Su nombre es Grace y, aunque no pueden verse, ella lo saca de la oscuridad y pinta su mundo con sus palabras. En este lugar sin esperanza, se enamoran.

Pero cuando por fin escapa de la jaula, no hay ningún rastro de que ella haya existido.

Para volver a encontrarla, Patch emprende una búsqueda épica por todo el país. Y, para liberarlo de su obsesión, su mejor amiga Saint seguirá su viaje por un camino más oscuro para dar caza al hombre que se los llevó.

Aunque descubrir la verdad signifique perderse el uno al otro para siempre…

La crítica ha dicho:

«Impecablemente elaborada, profundamente emocional, totalmente demoledora. Me cautivó desde la primera página.»
Bonnie Garmus, autora de *Lecciones de química*

«La última novela de Chris Whitaker es un libro en el que perderse. [...] Trasciende su género para convertirse en algo de alcance épico, inquietante y, en última instancia, profundamente conmovedor. Un gran logro.»
Alex Michaelides, autor de *La paciente silenciosa*

«Nunca había leído nada igual: apasionante, desgarrador y edificante a partes iguales. Este libro te acompañará durante mucho tiempo.»
Lucy Foley

«Este libro golpea como un mazo. [...] Una novela imprescindible.»
Gillian Flynn, autora de *Perdida*

Chris Whitaker nació en Londres y trabajó una década como agente financiero en la City antes de dedicarse a la escritura. Es autor de *Tall Oaks* (premio John Creasey New Blood Dagger de la CWA), *All The Wicked Girls*, el libro juvenil *The Forevers* y *Empezamos por el final*, uno de los fenómenos editoriales de 2021. Aclamada unánimemente por el público y la crítica, los derechos de traducción de esta novela se han vendido a veinticinco idiomas y Disney la llevará a la gran pantalla. En la actualidad, Whitaker vive en Hertfordshire con su esposa y sus tres hijos.



Titulo original: All the Colours of the Dark
Primera edición: enero de 2025

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de © The Orion Publishing Group
Imágenes de la cubierta: Shutterstock y Getty Images

ISBN: 978-84-19851-71-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro**».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice